Helen E. Fisher

Anatomía del amor

Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio

Lectulandia

—Según fuentes dignas de crédito, más de un cincuenta por ciento de las mujeres casadas comete adulterio, cifra muy similar a la de los hombres en las mismas circunstancias, y la mayoría —especialmente entre las jóvenes generaciones— sin el menor asomo de culpabilidad. ¿Se dirán a sí mismas que está demostrado que la necesidad, o el impulso, de ser infieles están inscritos en nuestros genes? No parece que éste sea un argumento muy socorrido, pero según la autora de esta aguda, inteligente disección del amor, una «historia natural del adulterio, la monogamia y el divorcio», es una de las explicaciones más probables para un fenómeno que ella ha observado en las culturas más dispares y en diversos períodos de la historia. Y en realidad no se trata de la famosa «comezón del séptimo año», sino del «cuarto», período verdaderamente crítico en todas las parejas estables en edad de procrear.

Pero no es solamente sobre el adulterio y su lugar en nuestra sociedad adonde Helen E. Fisher apunta las armas de su aparato crítico y su saludable mirada desmitificadora, sino que hace un vasto estudio comparativo sobre el apareamiento y todas sus maneras y sus rituales, tal como es practicado en diferentes especies animales, y en diversas culturas del pasado y del presente. Y es así como la relación entre los hombres y las mujeres, y entre los hombres, las mujeres y el poder, adquiere nuevos significados a medida que la autora ilumina su historia, desde las primeras parejas en las cavernas de África hasta la estructura de las familias en las sociedades occidentales contemporáneas.

Lectulandia

Helen E. Fisher

Anatomía del amor

Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio

ePub r1.1
Titivillus 09.01.15

Título original: *Anatomy of Love. The Natural History of Monogamy, Adultery and Divorce*
Helen E. Fisher, 1992
Traducción: Alicia Plante
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Co-editor: german25
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Ray Carroll

Índice

Agradecimientos

AL LECTOR: Una «forma de mirar»

1. EL CORTEJO, Juegos que juega la gente
2. EL ENAMORAMIENTO, ¿Por qué él? ¿Por qué ella?
3. LOS VÍNCULOS HUMANOS, ¿Es natural la monogamia?
4. ¿POR QUÉ EL ADULTERIO?, La naturaleza de la infidelidad
5. RADIOGRAFÍA DEL DIVORCIO, La comezón del cuarto año
6. «CUANDO EL NOBLE HOMBRE SALVAJE CORRÍA LIBRE POR LOS BOSQUES», Nuestros antepasados: la vida en los árboles
7. FUERA DEL EDÉN, Una teoría acerca del origen de la monogamia y el abandono
8. EROS, La aparición de las emociones sexuales
9. CANTOS DE SIRENA, Evolución de la anatomía sexual humana
10. ¿POR QUÉ LOS HOMBRES NO PUEDEN SER MÁS PARECIDOS A LA MUJERES?, Desarrollo del cerebro sexual humano
11. LAS MUJERES, LOS HOMBRES Y EL PODER, La naturaleza de la política sexual
12. CASI HUMANOS, Génesis del parentesco y de la adolescencia
13. LA PRIMERA SOCIEDAD OPULENTA, El surgimiento de la conciencia
14. PASIONES VOLUBLES, El idilio de antaño
15. «HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE», Aparición de la subordinación femenina en Occidente
16. LA SEXUALIDAD DEL FUTURO, Avanzando hacia el pasado

BIBLIOGRAFÍA

AUTORA

APÉNDICE

NOTAS

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Ray Carroll, Florine y Gene Katz, y a Helen Fisher, mi madre, por el estupendo apoyo que me brindaron. Gracias a Judy Andrews y Sue Carroll por su importante colaboración en las tareas de investigación.

Les estoy enormemente agradecida a Mary Cunnane, mi editora de W. W. Norton, así como a William Rusin, Fran Rosencrantz, Jeannie Luciano, Patricia Anthonyson, Caroline Crawford, y al resto del personal de Norton, por sus inapreciables contribuciones en la preparación de este libro.

También quiero darles las gracias a Amanda Urban, mi agente, por su experto asesoramiento, a Lynn Goldberg y Louise Brockett por sus sabios consejos, a Nancy Crampton por tomar mi fotografía, a Michael Rothman por dibujar la ilustración del libro y a Otto Sonntag por corregir las pruebas.

Me siento en deuda con mis colegas Robert Alford, Laura Betzig, Vern Bullough, Robert Carneiro, Ray Carroll, Andrew Cherlin, Ceciley Collins, Ellen Dissanayake, Perry Faithorn, Stan Freed, David Givens, Terry Harrison, Sarah Hrdy, Albin Jones, Florine Katz, Warren Kinzey, Laura Klein, Peter Lacey, Michael Liebowitz, Richard Milner, Merry Muraskin, Barbara Pillsbury, Carolyn Reynolds, Alice Rossi, Lionel Tiger, Wenda Trevathan, Michael Trupp, Randall White y Milford Wolpoff por sus excelentes opiniones e importantes comentarios acerca de diversas secciones del manuscrito.

Además, quiero agradecer a mis amigos y a mi familia su paciencia y buen humor durante los años que duró la preparación del libro.

AL LECTOR:
Una «forma de mirar»

Mi hermana y yo somos gemelas idénticas. Cuando cumplí cuatro o cinco años empecé a notar que los mayores nos observaban a mi hermana y a mí y nos hacían preguntas. ¿Percibía yo cuando Lorna tenía un problema? ¿Nos gustaban los mismos juguetes? ¿Pensaba yo alguna vez que era ella? Nos recuerdo sentadas en el asiento posterior del coche de la familia mientras comparábamos nuestras manos. Nuestra risa era igual, y aún lo es. A las dos nos atrae el peligro, si bien lo vivimos de maneras muy diferentes. Ella es piloto de un globo aerostático en Colorado, mientras que yo participo en polémicas sobre temas candentes como el adulterio y el divorcio en mesas redondas, por televisión o desde un estrado. Además ella es artista. Pinta telas enormes con pequeños toques de pincel, mientras que yo cambio de lugar minúsculas palabras a lo largo de cientos de páginas de manuscrito. Ambas son tareas que requieren paciencia y meticulosidad con los detalles. Y ambas trabajamos solas.

De modo que ya de pequeña comencé, casi sin darme cuenta, a observar mi conducta: ¿en qué proporción era heredada? ¿Cuánto se debía al aprendizaje?

Luego, en la universidad, descubrí el debate sobre la polaridad «naturaleza-educación» (*nature-nurture*). El concepto de John Locke de la *tabula rasa*, o página en blanco, me perturbó profundamente. ¿Era realmente cada niño como una hoja en blanco sobre la cual la cultura inscribía la personalidad? No podía creerlo.

Luego leí el libro de Jane Goodall *En la senda del hombre*, sobre los chimpancés salvajes de Tanzania. Estos animales tenían diferentes personalidades, y hacían amistades, se cogían de la mano, se besaban, se daban unos a otros obsequios de hojas y hierbas, y estaban de duelo cuando moría un compañero. Me impresionó la continuidad emocional entre hombres y bestias. Y quedé convencida de que parte de mi comportamiento era de origen biológico.

De modo que este libro trata de los aspectos *innatos* del sexo y el amor y el matrimonio, esos rasgos y tendencias del apareamiento que *heredamos* de nuestros antepasados. El comportamiento humano es una mezcla compleja de fuerzas ambientales y hereditarias y no pretendo minimizar el poder que tiene la cultura de influir en las acciones humanas. Pero son las contribuciones genéticas de la conducta las que siempre me han intrigado.

El libro comenzó en el metro de Nueva York. Leía unas estadísticas sobre el matrimonio en los Estados Unidos cuando descubrí lo relativo al divorcio. Me pregunté si ese mismo esquema aparecería en otras culturas. Entonces analicé la información sobre el divorcio en sesenta y dos sociedades incluidas por las Naciones

Unidas en sus anales demográficos. Me encontré con patrones peculiares muy semejantes. Luego examiné datos sobre adulterio en cuarenta y dos culturas. Cuando comparé estas cifras sobre los vínculos humanos a escala mundial con modelos de monogamia, «infidelidad» y abandono en pájaros y mamíferos no humanos, encontré semejanzas tan impresionantes que llegué a formular una teoría general sobre la evolución de la sexualidad y de la vida familiar en los humanos.

¿Por qué nos casamos? ¿Por qué algunos de nosotros cometemos adulterio? ¿Por qué las personas se divorcian? ¿Por qué lo intentamos una vez más y volvemos a casarnos? El libro comienza con capítulos sobre la *naturaleza* del cortejo, el enamoramiento, la monogamia, el adulterio y el divorcio. Luego, a partir del capítulo VI, retrocedo hasta el comienzo de la vida social humana y rastreo la evolución de nuestra sexualidad desde sus comienzos en las praderas de África oriental unos cuatro millones de años atrás, pasando por la vida de los pintores de cavernas de la edad de hielo europea hasta los tiempos modernos, tanto en Occidente como en regiones más «exóticas».

Durante la presentación de mis teorías analizo por qué nos enamoramos de una persona y no de otra, la experiencia del amor a primera vista, la fisiología del afecto y de la infidelidad, por qué los hombres tienen grandes penes y las mujeres exhiben permanentemente sus pechos agrandados, las diferencias entre sexos a nivel cerebral, la evolución del concepto «mujeres, hombres y poder», la génesis de la adolescencia, el origen de nuestra conciencia, y muchas otras creaciones del impulso sexual humano. Finalmente, en el último capítulo, utilizo toda esta información para hacer algunas predicciones sobre los «vínculos» del mañana y, si sobrevivimos como especie, de los próximos milenios.

Pero, primero, algunas advertencias. A lo largo del libro incurro en muchas generalizaciones. Ni la conducta del lector ni la mía encajan en todos los modelos que describiré. ¿Por qué había de ser de otro modo? No existe ningún motivo para esperar una correlación estrecha entre todas nuestras conductas y las reglas generales de la naturaleza humana. Lo que puntualizo son los esquemas predominantes más que las excepciones.

Por otra parte, no hago el menor esfuerzo por ser «políticamente correcta». La naturaleza hizo a los hombres y a las mujeres para que trabajen hombro a hombro. Pero no puedo afirmar que son iguales. No lo son. Y he dado explicaciones evolucionistas y biológicas de las diferencias cuando me ha parecido apropiado.

También me he resistido a algunas modas en antropología. Actualmente, por ejemplo, ha caído en desuso utilizar a los bosquimanos !kung de África meridional como modelo para reconstruir la vida en nuestro pasado de cazadores-recolectores. Las razones por las cuales elegí seguir recurriendo a dicha sociedad como modelo las explico en muchas notas al final del texto que espero que el lector tenga tiempo de

leer.

Algo muy alarmante para muchos lectores es que incursione en los posibles componentes genéticos y adaptativos de conductas sociales complicadas, polémicas y a menudo muy dolorosas como el adulterio y el divorcio. Y, por cierto, *no defiendo* la infidelidad ni el abandono; más bien trato de entender estos perturbadores fenómenos de la vida humana.

Por último, yo soy etóloga, es decir, alguien interesado en los aspectos genéticos de la conducta. Los etólogos, como Margaret Mead dijo en una oportunidad de la perspectiva antropológica, tienen «una forma de mirar». Desde mi punto de vista, los seres humanos poseen una naturaleza común, un juego de tendencias o potencialidades *inconscientes* compartidas que están codificadas en nuestro ADN y que evolucionaron porque les eran útiles a nuestros antepasados millones de años atrás. No estamos al tanto de estas predisposiciones, pero aún hoy motivan nuestra conducta.

No creo, sin embargo, que seamos títeres de nuestros genes, que nuestro ADN *determine* nuestros actos. Al contrario, la cultura esculpe innumerables y diversas tradiciones con nuestro material genético. Luego los individuos responden a su ambiente y herencia en formas idiosincrásicas que desde tiempos inmemoriales los filósofos atribuyen al «libre albedrío».

En nuestro empeño por comprendernos, primero estudiamos el sol, la luna y las estrellas, luego las plantas y animales que nos rodean. Hace apenas dos siglos que analizamos científicamente nuestras redes sociales y nuestras mentes. Durante la época victoriana los libros escritos por hombres o por mujeres iban en estantes separados. Alfred Kinsey, el sexólogo, realizó sus revolucionarios estudios sobre la vida sexual en los Estados Unidos ya en la década de los cincuenta. Y los académicos sólo últimamente han empezado a analizar las corrientes genéticas que subyacen a las costumbres humanas de apareamiento. De modo que este libro intenta explorar la *naturaleza* de nuestra vida erótica.

Hay magia en el amor, como bien saben los poetas y los enamorados. No pretendo violar ese santuario. Pero nuestros imperativos sexuales son tangibles, cognoscibles. Y creo firmemente que cuanto mejor comprendamos nuestra herencia humana, más la dominaremos y más amplio será nuestro libre albedrío.

Helen E. Fisher

Conócete entonces a ti mismo, no supongas que Dios se ocupará; el hombre es el objeto de un correcto estudio de la humanidad. Ubicado en este istmo de un estado intermedio, un ser oscuramente sabio y groseramente grande: con demasiados conocimientos para el Escepticismo, con demasiadas debilidades para el Estoicismo, allí se balancea, vacilando entre la acción y el reposo; sin saber si considerarse Dios o bestia; dudando de si cuerpo o mente preferir; nacido apenas para morir, y racional apenas para errar; igualmente ignorante su razón, sea porque piensa poco o demasiado; caos de pensamiento y pasión, todo confundido; aún responsable de engaños y desengaños; creado tanto para erguirse como para caer; gran señor de todas las cosas, y sin embargo presa de todas ellas; único juez de la verdad, enredado en errores interminables; gloria, broma y enigma del universo.

ALEXANDER POPE

I. EL CORTEJO
Juegos que juega la gente

Motivados por la fuerza del amor, fragmentos del mundo se buscan entre sí para que pueda haber un mundo.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

En una historia apócrifa, un colega se dirigía al gran genetista británico J. B. S. Haldane de esta manera: «Dígame, señor Haldane, sabiendo de sus trabajos sobre la naturaleza, ¿qué puede decirme acerca de Dios?». Haldane respondía: «Que siente una asombrosa simpatía por los escarabajos». Realmente, hay en el mundo más de trescientas mil especies de escarabajos. Yo agregaría que a «Dios» le encantan los juegos humanos de apareamiento, ya que ningún otro aspecto de nuestra conducta es tan complejo, tan sutil o tan penetrante. Y a pesar de que las estrategias sexuales varían de un individuo a otro, la coreografía esencial del cortejo, del amor y del casamiento entre los seres humanos tiene una miríada de diseños que parecen inscritos en la mente humana como resultado del tiempo, la selección y la evolución.

Comienzan en el momento en que hombres y mujeres, con nuestras formas de flirtear, entramos en el terreno del galanteo.

El LENGUAJE DEL CUERPO

En la década de los sesenta, Eibl-Eibesfeldt, un etólogo alemán[1], creyó descubrir un curioso esquema de conductas femeninas de flirteo. Eibl-Eibesfeldt había utilizado una cámara con una lente secreta: cuando la apuntaba al frente en realidad estaba fotografiando lo que tenía al costado. De este modo podía enfocar objetos cercanos y fotografiar expresiones faciales no ensayadas de las personas que tenía junto a él. En sus viajes a Samoa, Papúa, Francia, Japón, África y Amazonia, registró numerosas secuencias de cortejo. Después, en su laboratorio del Instituto Max Planck de Fisiología de la Conducta, ubicado cerca de Munich, Alemania, analizaba cuidadosamente, cuadro por, cuadro, cada episodio de cortejo.

Un esquema universal del flirteo femenino comenzó a surgir. Aparentemente,

mujeres de lugares tan diferentes como la jungla amazónica, los salones de París y las tierras altas de Nueva Guinea, flirtean con la misma secuencia de expresiones.

En primer lugar, la mujer sonríe a su admirador y levanta las cejas con una sacudida súbita mientras abre bien los ojos para observarlo. Luego baja los párpados, ladea y baja la cabeza y mira hacia otro lado. Con frecuencia también se cubre el rostro con las manos, riendo nerviosamente mientras se oculta tras las palmas. Esta secuencia gestual de flirteo es tan característica que Eibl-Eibesfeldt está convencido de que es innata, una táctica femenina de cortejo a la que la hembra humana llegó millones de años atrás para indicar interés sexual.

Otras estrategias utilizadas por la gente quizá también provengan de nuestro pasado primitivo. La mirada tímida es un gesto en el cual la mujer tuerce la cabeza y levanta los ojos tímidamente hacia su pretendiente. El opósum hembra hace lo mismo, y gira la cabeza hacia el macho, ladeando el hocico para mirarlo directamente a los ojos. Es frecuente que los animales muevan la cabeza para llamar la atención. Las mujeres lo hacen comúnmente mientras flirtean: alzan los hombros, arquean la espalda y echan el pelo hacia atrás con un único movimiento de balanceo. El albatros tuerce la cabeza y hace crujir el pico entre tandas de movimientos afirmativos, reverencias y restregamiento mutuo del pico. Las tortugas de barro extienden y retraen sus cabezas, hasta llegar casi a tocarse las narices. Las mujeres no son las únicas criaturas que recurren a la cabeza para flirtear[2].

Los hombres también utilizan tácticas de cortejo similares a las que se observan en otras especies. ¿Ha entrado usted alguna vez en la oficina de su jefe y lo ha visto recostado contra el respaldo de su sillón, las manos cruzadas detrás de la cabeza, los codos levantados y el pecho echado hacia adelante? Tal vez salió de detrás del escritorio, caminó hacia usted, sonrió, arqueó la espalda y echó hacia adelante, en su dirección, la parte superior del torso. Si fuera así, cuidado. Podría estarle anunciando inconscientemente el dominio que ejerce sobre su persona. Si usted es una mujer, en cambio, tal vez le esté haciendo la corte.

El «pecho hacia adelante» es parte de un mensaje postural básico utilizado en todo el reino animal: «el cuerpo bien enhiesto». Los animales muy poderosos se hinchan. Los bacalaos agrandan la cabeza y avanzan las aletas pelvianas. Las víboras, sapos y escuerzos insuflan sus cuerpos. Los antílopes y camaleones se ponen de costado para parecer de mayor tamaño. Los cariacús miran de reojo para mostrar la cornamenta. Los gatos se erizan. Las palomas se dilatan. Las langostas se elevan sobre las puntas de sus patas y extienden las pinzas bien abiertas. Los gorilas se golpean el pecho. Los hombres simplemente echan el pecho hacia adelante.

En la confrontación con un animal más poderoso, muchas criaturas se contraen. Las personas doblan hacia dentro los dedos de los pies, encogen los hombros y bajan la cabeza. Los lobos meten la cola entre las patas y huyen furtivamente. Las langostas

sumisas se agazapan, y muchas especies se inclinan. Un bacalao sometido dobla el cuerpo hacia dentro. Las lagartijas mueven todo el cuerpo de arriba abajo. En señal de respeto los chimpancés sacuden la cabeza afirmativamente tan rápida y repetidamente que los primatólogos lo llaman meneo.

Estas actitudes de «encogerse» y «asomarse» observadas en cantidad de animales se manifiestan asimismo en el cortejo. Recuerdo una tira cómica de una revista europea. En el primer cuadro un hombre en bañador está de pie en una playa desierta: la cabeza le cuelga, la barriga le sobresale, el pecho es cóncavo. En el siguiente cuadro, una mujer atractiva aparece caminando por la playa cerca del hombre: ahora la cabeza del hombre está erguida, la barriga metida para adentro, el pecho inflado. En el último cuadro, la mujer ha desaparecido y él ha vuelto a su habitual postura desgarbada. No es raro ver que hombres y mujeres se hinchen o encojan a fin de indicar importancia, vulnerabilidad y disponibilidad.

LA MIRADA «COPULATORIA»

La mirada es posiblemente la más asombrosa técnica humana de cortejo: el lenguaje de los ojos. En las culturas occidentales, donde el contacto visual entre los sexos está permitido, hombres y mujeres a menudo miran fijamente a una pareja potencial por dos o tres segundos durante los cuales sus pupilas pueden dilatarse: una señal de extremo interés. Luego el o la que mira baja los párpados y aparta la vista[3].

No es extraño que la costumbre del velo haya sido adoptada en tantas culturas. El contacto visual parece tener un efecto inmediato. Dispara una parte primitiva del cerebro humano, y provoca una de dos emociones básicas: interés o rechazo. Los ojos de otra persona fijos en los propios no pueden pasar inadvertidos, es necesario responder de alguna manera. Uno puede sonreír e iniciar una conversación; puede desviar la mirada y dirigirse a la puerta disimuladamente. Pero primero es probable que uno se toque el lóbulo de la oreja, se acomode el suéter, bostece, juegue con las gafas o realice cualquier otro movimiento sin importancia —un «gesto sustituto»— destinado a aliviar la tensión mientras uno decide cómo reaccionar ante la invitación, por ejemplo abandonando el lugar o permaneciendo allí y aceptando el juego del cortejo.

Esta mirada, identificada por los etólogos como la mirada copulatoria, bien podría estar inscrita en nuestro psiquismo evolutivo. Los chimpancés y otros primates miran al enemigo para amedrentarlo; se miran profundamente a los ojos también para reconciliarse después de una batalla. La mirada se emplea asimismo antes del coito, como puede observarse en los chimpancés «pigmeos», unos monos íntimamente emparentados con el chimpancé común pero más pequeños y tal vez más inteligentes. Varios de estos animales casi humanos viven en el zoológico de San Diego, donde

machos y hembras copulan con regularidad. Pero, inmediatamente antes de tener relaciones, la pareja pasa unos momentos mirándose a los ojos fijamente[4].

Los babuinos o mandriles también se miran a los ojos durante el cortejo. Esos animales quizá sean un desprendimiento de nuestro árbol evolutivo humano, ocurrido más de diecinueve millones de años atrás, y sin embargo la semejanza en el flirteo aún subsiste. Como dijo la antropóloga Barbara Smuts respecto del galanteo de dos babuinos en las montañas Eburru de Kenia: «Me parecía estar observando a dos principiantes en un bar para solteros»[5].

La relación comenzó una noche cuando una babuina joven, Thalia, giró sobre sí misma y descubrió a un joven macho, Alex, mirándola fijamente. Estaban a unos cinco metros de distancia uno de otro. De inmediato, él apartó la mirada. Entonces ella lo miró a él, hasta que Alex volvió a mirarla. En ese momento, ella comenzó a mover los dedos de los pies con extrema concentración. Y así continuaron. Cada vez que ella lo miraba, él apartaba los ojos; cada vez que él la miraba, ella se ocupaba de sus pies. Hasta que al fin Alex la pescó mirándolo: la «mirada de respuesta».

A continuación él aplastó las orejas contra la cabeza, entrecerró los ojos, y comenzó a chasquear los labios, con el gesto de simpatía por excelencia en la sociedad de los babuinos. Thalia quedó helada. Entonces, durante un largo rato, lo miró a los ojos. Justo después de producido este contacto visual, Alex se aproximó a ella, momento en el cual Thalia comenzó a acicalarlo. Era el comienzo de una amistad y de un vínculo sexual que seis años más tarde, cuando Smuts regresó a Kenia para estudiar la amistad entre los babuinos, habían preservado toda su intensidad.

Tal vez sean los ojos —y no el corazón, los genitales o el cerebro— los órganos donde se inicia el idilio, ya que es la mirada penetrante la que con frecuencia provoca la sonrisa humana.

«Hay una sonrisa de amor / y una sonrisa mentirosa», escribió el poeta William Blake. En realidad, los seres humanos tienen un repertorio de por lo menos dieciocho tipos de sonrisas diferentes[6], de las cuales sólo usamos algunas durante el flirteo. Tanto hombres como mujeres usan «la sonrisa simple», un gesto con la boca cerrada con el cual se saluda a un conocido que pasa cerca. En esta expresión los labios están cerrados pero extendidos y no se ven los dientes; a menudo el gesto se acompaña de un movimiento de cabeza que expresa reconocimiento. Las personas que le sonrían de este modo posiblemente no se detengan para entrar en conversación.

En las personas, la «sonrisa de mitad superior» indica un interés más marcado. En esta expresión se descubren los dientes para indicar que se tienen intenciones positivas. La sonrisa de mitad superior a menudo se acompaña de un relampagueo de cejas de un sexto de segundo en el cual las cejas se elevan y vuelven a bajar. Eibl-

Eibesfeldt observó esa sonrisa entre europeos, balineses, indios amazónicos y bosquimanos de África del Sur, e informa que se utiliza en todo tipo de contactos cordiales, entre ellos el flirteo. Los chimpancés y los gorilas utilizan esta media sonrisa cuando juegan, pero muestran los dientes inferiores en lugar de los superiores. De este modo ocultan los colmillos superiores, afilados como dagas, que muestran para amenazarse.

«La sonrisa abierta», en la cual los labios están del todo separados y se ven tanto los dientes superiores como los inferiores, es la que solemos utilizar para «animarnos» unos a otros. La sonrisa del expresidente Jimmy Cárter es un ejemplo notable. Cárter cortejaba nuestras mentes, nuestros votos, nuestras opiniones; de haber combinado esta «supersonrisa» con la secuencia de flirteo: la actitud tímida, el ladeo de cabeza, el avance del pecho o la mirada penetrante, sus intenciones habrían sido inconfundiblemente sexuales.

Otro tipo de gesto humano, la «sonrisa social nerviosa», cumple un papel claramente negativo en el cortejo. Surge de la antigua costumbre de los mamíferos de mostrar los dientes cuando se ven arrinconados. Una vez presencié un soberbio ejemplo durante una entrevista por televisión. Mi anfitriona era hostigada verbalmente por la otra invitada. No podía ser descortés ni abandonar el lugar. Entonces entreabrió los labios y mostró los dientes, firmemente apretados. En ese momento se quedó congelada, manteniendo mientras tanto su sonrisa nerviosa.

Los chimpancés utilizan la sonrisa social nerviosa, «muestran los dientes», cuando los desafía un superior. Lo hacen para expresar una combinación de miedo, cordialidad y deseo de aplacar al otro. Nosotros también recurrimos a la sonrisa social nerviosa en situaciones sociales difíciles, pero jamás cuando flirteamos. De modo que si un posible pretendiente le sonríe con dientes apretados, puede tener la seguridad casi absoluta de que piensa más en sobrevivir a la situación que en flirtear con usted.

SEÑALES UNIVERSALES DEL CORTEJO

A pesar de la evidente correlación entre los gestos de cortejo de los seres humanos y los de los de otros animales, ha hecho falta más de un siglo de investigaciones para demostrar que las personas de todo el mundo realmente comparten muchas señales no verbales. Darwin fue el primero en preguntarse qué papel desempeña la herencia en las expresiones faciales y en las posturas del cuerpo del ser humano. Para confirmar su sospecha de que todos los hombres y mujeres recurren a los mismos gestos y posturas a fin de expresar las emociones humanas básicas, en 1867 envió un cuestionario a colegas de lugares tan remotos como las Américas, África, Asia y Australia.

Entre las muchas preguntas relativas a los aborígenes figuraban las siguientes: «Cuando un hombre está indignado o adopta una actitud desafiante, ¿frunce el ceño, endereza los hombros y la cabeza, y aprieta los puños?». «¿Expresan la repugnancia doblando el labio inferior hacia abajo y alzando ligeramente el superior, con una exhalación repentina?». «Cuando están contentos, ¿sus ojos echan destellos y la piel presenta pequeñas arrugas alrededor y debajo de los ojos, mientras la boca aparece ligeramente curvada hacia abajo en las comisuras?»[7]

Las respuestas que Darwin recibió de parte de científicos, periodistas, misioneros y amigos de todo el mundo fueron afirmativas, y él quedó convencido de que la alegría, la felicidad, la sorpresa, el miedo, así como muchas otras emociones humanas, se expresaban de acuerdo con modelos gestuales comunes a todos los seres humanos, provenientes de un pasado evolutivo común. Estas señales no verbales incluían la sonrisa humana. Como escribió más tarde en su libro *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872): «En todas las razas humanas la expresión de la alegría es aparentemente la misma y se la reconoce con facilidad».

Más de un siglo había transcurrido cuando el psicólogo Paul Ekman y sus colegas confirmaron la convicción de Darwin de que los mismos gestos faciales básicos son utilizados por diferentes pueblos de todo el mundo. Cuando mostró fotografías de rostros norteamericanos a indígenas de la tribu fore de Nueva Guinea, a aldeanos sadong de Sarawak, a brasileños y japoneses, y les pidió que identificaran las expresiones, esos hombres y mujeres de tan diversos orígenes reconocieron fácilmente las expresiones de pena, sorpresa, repugnancia, miedo y cólera, así como la sonrisa norteamericana[8].

Aparentemente nacimos para sonreír. Algunos bebés comienzan a imitar la sonrisa de su madre a las treinta y seis horas de nacidos, y todos los niños comienzan a tener sonrisas sociales a los tres meses de edad[9]. Hasta los niños ciegos y sordos de nacimiento estallan en radiantes sonrisas, a pesar de que nunca han visto este gesto facial en los que los rodean.

Al igual que la sonrisa, la secuencia del flirteo —la actitud tímida, el ladeo de cabeza, el pecho hacia adelante y la mirada penetrante— es probablemente parte de un repertorio estándar de gestos humanos que, utilizado en ciertos contextos, evolucionó como un código para atraer a la pareja.

¿Podrían estas señales de cortejo formar parte de una danza humana de apareamiento más extensa?

David Givens, un antropólogo, y Timothy Perper, un biólogo, así lo creen. Ambos científicos pasaron varios cientos de horas en reuniones sociales de los Estados Unidos observando cómo hombres y mujeres se seducían mutuamente. Givens llevó a cabo su investigación en pubs de la zona del *campus* que la Universidad de

Washington tiene en Seattle. Perper bebía cerveza observando a jóvenes solos de ambos sexos y tomando notas en el Main Brace Lounge, en The Homestead y otros bares de Nueva Jersey, Nueva York y el Canadá oriental. Ambos jóvenes científicos *voyeurs* verificaron el mismo esquema general de conducta en el proceso de flirteo[10].

Según estos investigadores, el cortejo en los bares norteamericanos frecuentados por personas solas tiene varios estadios, cada uno con etapas progresivas precisas. Las dividiré en cinco. La primera es la fase de «llamar la atención». Los hombres y mujeres jóvenes utilizan técnicas ligeramente diferentes. En cuanto entran en el bar, es típico que tanto unos como otros establezcan sus territorios: un asiento, un espacio donde apoyarse, un lugar junto a la máquina tocadiscos o cerca de la pista de baile. Una vez instalados, comienzan a llamar la atención hacia ellos.

Las tácticas varían. Los hombres tienden a avanzar y mover los hombros, se estiran, se yerguen hasta alcanzar su máxima estatura, y pasan el peso del cuerpo de un pie a otro de un modo ondulante. También exageran los movimientos del cuerpo. En lugar de usar sólo la muñeca para mezclar una bebida, los hombres a menudo usan todo el brazo, como si revolvieran barro. El ademán normalmente suave que se requiere para encender un cigarrillo se convierte en un movimiento de todo el cuerpo, que culmina en una elaborada sacudida desde el codo a fin de apagar el fósforo. Utilizan el cuerpo entero para emitir una carcajada alegre, a la cual se le imprime volumen suficiente para atraer a una multitud. De ese modo los gestos más simples son adornados, sobreactuados.

Luego está el balanceo hacia adelante y hacia atrás que es tan frecuente en los hombres jóvenes. Los babuinos machos en África oriental también se balancean cuando prevén un posible encuentro sexual. El gorila macho avanza y retrocede rígidamente mientras observa a una hembra de reojo. Esta puesta en escena es conocida por los primatólogos con el nombre de «estar al acecho». Los machos de muchas especies también «acomodan sus plumas». Los machos humanos se acomodan el cabello y la ropa, se frotan el mentón, o realizan otros movimientos de autocontacto o de acicalamiento que difunden la energía nerviosa y mantienen el cuerpo en acción.

Los hombres de más edad tienen recursos diferentes, y anuncian su disponibilidad por medio de alhajas o ropas costosas u otros adornos que denotan éxito. Pero todas estas señales pueden reducirse a un triple mensaje básico: «Aquí estoy; soy importante; soy inofensivo». Una combinación de señales difíciles de trasmitir simultáneamente: importancia y disponibilidad. Sin embargo, los hombres lo logran; las mujeres por regla general cortejan a los hombres.

«Es mejor que te miren de arriba abajo a que no te miren», dijo Mae West una vez. Y las mujeres lo saben. Las más jóvenes abren la fase de «llamar la atención»

con muchas maniobras iguales a las de los hombres: sonríen, miran fijamente, se balancean, cambian de pie, están al acecho, se estiran, se mueven dentro de su territorio para llamar la atención. A menudo incorporan además una serie de gestos femeninos. Enredan los dedos en los rizos del cabello, tuercen la cabeza, alzan los ojos con timidez, ríen nerviosamente, levantan las cejas, hacen chasquear la lengua, se lamen los labios, se sonrojan, y ocultan la cara para enviar la señal de «aquí estoy».

Algunas mujeres utilizan también una forma característica de caminar cuando tratan de seducir: arquean la espalda, empujan hacia adelante los pechos, menean las caderas y se pavonean. No es sorprendente que tantas mujeres usen tacones altos. Esta extráña costumbre occidental, inventada por Catalina de Médicis en el 1500, arquea antinaturalmente la espalda, levanta las nalgas y resalta el pecho de la mujer, otorgándole una pose de «aquí estoy». El sonido agudo de sus tacones de aguja ayuda a llamar la atención.

Con ese andar que les dan los tacones altos, con labios fruncidos, caídas de ojos, bailoteos de cejas, manos desplegadas, pies levemente torcidos hacia dentro, cuerpos cimbreantes y dientes deslumbrantes, las mujeres indican a los hombres su disponibilidad.

CHARLA DE ENAMORADOS

La etapa dos, la del «reconocimiento», comienza cuando se encuentran las miradas; entonces uno de los dos amantes potenciales reconoce la maniobra con una sonrisa o un leve cambio de postura corporal, y la pareja está en condiciones de iniciar una conversación[11]. Esto puede ser el comienzo de un idilio.

Pero no implica ni la mitad del riesgo que el siguiente punto de la escalada, la etapa tres: «la charla». Esta conversación lánguida, a menudo inconsecuente, que Desmond Morris identifica como charla de enamorados, se distingue porque casi siempre las voces se vuelven más agudas, más suaves y más acariciantes, con los tonos que muchas veces también se emplean para expresar afecto a los niños e interés por aquéllos que necesitan cuidados.

La charla de enamorados comienza con comentarios tan inocentes como: «Me gusta tu reloj» o «¿Está buena tu comida?». Las frases para romper el hielo varían tanto como lo permite la imaginación humana, pero las mejores aperturas son los cumplidos o las preguntas, ya que ambas demandan respuestas. Más aún, *lo* que se dice muchas veces importa menos que *cómo* se dice. Esto es fundamental. Desde el momento en que se abre la boca para hablar, uno delata sus intenciones por medio de las inflexiones y entonaciones. Un «hola» agudo, suave y melifluo es con frecuencia señal de interés sexual, mientras que un saludo cortante, grave, concreto o

impersonal, rara vez conduce al idilio. Si un pretendiente ríe un poco más de lo que la situación justifica, él o ella probablemente también estén flirteando.

Hablar es peligroso por una razón importante. La voz humana es como una segunda firma que revela no sólo las intenciones de su dueño, sino también su ambiente social, su grado de educación e intangibles idiosincrasias de carácter que pueden atraer o repeler al pretendiente en un instante. Los actores, los oradores públicos, los diplomáticos y las personas acostumbradas a mentir, conocen el poder de las entonaciones de la voz, y por lo tanto modulan sus voces habitualmente. Los actores y actrices de cine elevan sus voces casi una octava para adoptar tonos dulces y fluidos cuando flirtean frente a la cámara. Un mentiroso hábil evita engañar por teléfono, un medio puramente auditivo que permite reconocer con más facilidad las sutiles inconsistencias de énfasis y entonación. Desde chicos se nos enseña a controlar las expresiones faciales, como cuando nuestros padres nos dicen «sonríele a la abuelita», pero casi nadie es consciente del poder de la voz.

Tanto Givens como Perper observaron cómo numerosos idilios potenciales fracasaban enseguida de iniciarse la conversación[12]. Pero si una pareja sobrevive a esta embestida perceptiva —y cada uno comienza a escuchar *activamente* al otro—, casi siempre pasan a la etapa siguiente: el contacto físico[13].

El tocarse comienza con «señales de intención»: inclinarse hacia adelante, apoyar un brazo sobre la mesa próximo al de la otra persona, acercar un pie si ambos están de pie o palmear el propio brazo como si fuera el del otro. Luego el clímax: uno de los dos toca al otro en el hombro, el antebrazo, la muñeca, o cualquier otra parte del cuerpo socialmente aceptable. Por regla general, la mujer toca primero, rozando con la mano el cuerpo de su festejante de modo casual pero perfectamente calculado.

Qué insignificante parece este contacto y, sin embargo, qué importante es. La piel humana es como una pradera en la que cada hoja de hierba equivale a una terminación nerviosa, sensible al más leve contacto, y capaz de dibujar en la mente humana el recuerdo del instante. El receptor percibe este mensaje de inmediato. Si vacila, la seducción se terminó. Si retrocede, por poco que sea, la emisora puede no intentar tocarlo nunca más. Si no se da por aludido, tal vez ella lo toque otra vez. Pero si se inclina en su dirección y sonríe, o si retribuye el contacto con un contacto deliberado, han superado una barrera enorme, bien conocida en la comunidad animal.

La mayoría de los mamíferos se acarician cuando flirtean. Las ballenas azules se frotan mutuamente con las aletas. Las mariposas macho golpean y frotan el abdomen de sus parejas mientras se aparean. Los delfines se mordisquean. Los topos restriegan sus narices. Los perros se lamen. Los chimpancés se besan, se abrazan, se palmean y se toman de las manos. Los mamíferos, en general, golpetean, acarician u hociquean antes de copular.

El tacto ha sido definido como la madre de todos los sentidos. Sin duda es verdad,

ya que todas las culturas humanas tienen códigos que indican quién puede tocar a quién, y cuándo, dónde y cómo. Imaginativos y creativos en su riqueza de recursos, estos juegos son esenciales también en la seducción humana. De modo que si la pareja que observamos continúa charlando y tocándose —balanceándose, torciéndose, mirando fijamente, sonriendo, meciéndose, flirteando—, en general alcanza la última etapa del ritual del cortejo: la sincronía física total.

SEGUIR EL RITMO

La sincronía física es el componente final y más enigmático de la seducción. Cuando los enamorados en potencia llegan a sentirse cómodos, giran sobre sí mismos hasta que, con los hombros alineados, quedan frente a frente. La rotación hacia el otro puede comenzar antes que la charla u horas después, pero pasado cierto tiempo el hombre y la mujer pasan a moverse en espejo. Al principio, ligeramente. Cuando él levanta su copa, ella hace lo mismo. Luego desincronizan sus movimientos. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, vuelven a copiar los movimientos cada vez más. Cuando él cruza las piernas, ella cruza las suyas; cuando él se inclina hacia la izquierda, ella se inclina hacia la izquierda; si él se pasa la mano por el pelo, ella hace otro tanto. Se mueven con ritmo perfecto mirándose profundamente a los ojos.

Este compás del amor, de la sexualidad, de la eterna reproducción del hombre, puede verse interrumpido en cualquier momento. Pero si la pareja está llamada a perpetuar la especie, recuperarán el ritmo y continuarán con su danza de apareamiento. Las parejas que logran una total sincronía de los cuerpos suelen salir juntas del bar.

¿Son universales las cinco etapas de la seducción para hombres y mujeres? No lo sabemos. Por cierto, no todo el mundo cumple con la totalidad de los esquemas de conducta que Givens y Perper observaron en los bares estadounidenses para personas solas. La gente de la mayoría de las sociedades no se conoce en bares. Muchos ni siquiera flirtean abiertamente; en cambio, sus matrimonios son concertados. Además, pocos antropólogos han estudiado las posturas, ademanes y expresiones de hombres y mujeres que interactúan en otras culturas. Pero hay muchos datos que indican que algunos de estos modelos son comunes a toda la humanidad.

En Borneo, por ejemplo, una mujer dusun a menudo ladea la cabeza y mira fijamente al posible amante. Cuando le alcanza el vino de arroz durante una fiesta, también toca sus manos como al pasar[14]. En realidad, la mayor parte de los viajeros sabe que no es necesario conocer la lengua local para flirtear con éxito. La mirada fija, la sonrisa, la caricia delicada se interpretan de la misma forma en todas partes.

Hay más pruebas aún de que la sincronía física es universal en el flirteo humano. En toda sociedad donde hombres y mujeres pueden elegir libremente a sus parejas,

los solteros se conocen en fiestas o festivales, y bailan. ¿Y qué es el baile sino gestos rítmicos, movimiento corporal en espejo?

Los medlpa de Nueva Guinea incluso han ritualizado la mímica. Entre esta gente las mujeres solteras conocen a sus potenciales esposos en un *tanem het*, una habitación colectiva en la casa de sus padres. Varios cónyuges potenciales, ataviados de pies a cabeza con finas ropas, se reúnen y se sientan de dos en dos. Las fiestas en que «ruedan las cabezas» comienzan al son del cántico de las parejas. Entonces las parejas potenciales balancean la cabeza, se frotan recíprocamente la frente y la nariz, y se hacen mutuas y reiteradas reverencias, todo al compás de un ritmo muy fuerte. Para los medlpa, la sincronía es armonía. Dicen que mientras mejor mantenga una pareja el ritmo, más probable es que luego se lleven bien[15].

En realidad, la sincronía corporal es fundamental en muchas interacciones sociales, de las cuales el flirteo es sólo una. En la década de los sesenta, un estudiante del antropólogo Edward Hall llevó una cámara a un patio de juegos del Medio Oeste de los Estados Unidos. Con el fin de grabar y filmar, se puso en cuclillas detrás de un automóvil abandonado y logró tomas de los movimientos que realizaban los niños durante la interacción de un recreo. Analizando cuidadosamente las secuencias filmadas, Hall notó un ritmo sincronizado, uniforme en los movimientos corporales de los niños. Aparentemente todos los niños jugaban moviéndose en espejo, con un cierto ritmo. Más aún, una niña muy activa saltaba con un pie alrededor del patio de juego, estableciendo el compás. Los demás niños inconscientemente seguían su ritmo[16].

Este mecanismo de espejo humano recibe el nombre de sincronía interaccional y comienza en la infancia. Al segundo día de vida el recién nacido ha comenzado a sincronizar sus movimientos corporales con los esquemas rítmicos de la voz. Y actualmente es sabido que en muchas culturas los individuos adaptan sus ritmos cuando se sienten a gusto unos con otros. Existen fotografías y filmaciones en cámara lenta tomadas a personas en bares, estaciones de ferrocarril, supermercados, fiestas y otros lugares públicos de diversas sociedades que ilustran esta tendencia humana a adoptar las posturas del otro.

Y el ritmo continúa. Cuando se les han tomado electroencefalogramas —mediciones de la actividad cerebral— a dos amigos, los trazos captados demuestran que incluso las ondas cerebrales entran en sincronía cuando dos personas mantienen una conversación armoniosa. En realidad, si uno observa cuidadosamente a su alrededor durante una comida familiar, es posible dirigir la conversación con la mano mientras los presentes conversan y comen. Las sílabas enfatizadas normalmente marcan el ritmo. Pero aun los silencios son rítmicos; mientras una persona se palmea la boca con la servilleta, otra se estira para tomar el salero, al mismo tiempo. Los descansos y las síncopas, las voces amortiguadas, los codos levantados marcan el

pulso de la vida tanto como el del amor[17].

Nuestra necesidad de mantener el compás del otro responde a una mímica rítmica que es común a muchos otros animales. En múltiples oportunidades, al internarse en el sector de los chimpancés de un centro de investigaciones con primates, el primatólogo Wolfgang Kohler se encontró con un grupo de machos y hembras trotando en torno a un poste «a más o menos el mismo ritmo». Kohler dice que los animales movían la cabeza a un lado y a otro mientras corrían, y que todos avanzaban con el mismo pie. Es también frecuente que los chimpancés se balanceen lateralmente mirándose fijamente a los ojos justo antes de copular. En realidad, no hay nada más básico en el cortejo entre animales que el movimiento rítmico. Los gatos describen círculos. Los ciervos rojos hacen cabriolas. Los monos aulladores flirtean con movimientos rítmicos de lengua. Los peces espinosos realizan una especie de danza en zigzag. Durante los prolegómenos amorosos todos los animales, desde los osos a los escarabajos, ejecutan rituales rítmicos para expresar sus intenciones.

La danza es algo natural. Me parece por lo tanto razonable sugerir que la sincronía corporal es una etapa universal del proceso humano de flirteo: en la medida en que nos sentimos atraídos por otro, comenzamos a compartir un ritmo.

EL CORTEJO FUNCIONA CON MENSAJES

El cortejo humano tiene otras semejanzas con su equivalente en los animales «inferiores». Normalmente, las personas avanzan despacio en el proceso de seducirse. La cautela durante el cortejo también es característica de las arañas. La araña-lobo macho, por ejemplo, debe penetrar en el largo y oscuro túnel que conduce al habitáculo femenino a fin de galantear y copular. Esto lo hace lentamente. Si se pone ansioso, ella lo devorará.

Hombres y mujeres que se muestran demasiado apremiantes al comienzo del proceso de cortejar también sufren consecuencias desagradables. El que se acerca demasiado, toca antes de tiempo o habla en exceso, probablemente será rechazado. Igual que entre las arañas-lobo, los babuinos y muchas otras criaturas, la seducción entre los seres humanos se desarrolla por medio de mensajes. En cada coyuntura del ritual los participantes deben responder correctamente, si no el cortejo fracasa.

En realidad, Perper comenzó a observar una curiosa división del trabajo en este intercambio de señales. En los Estados Unidos, la mujer es en general la que inicia la secuencia de cortejo, a partir de sutiles señales no verbales tales como un leve cambio en el apoyo del peso del cuerpo, una sonrisa o una mirada de soslayo. Dos tercios de las conquistas observadas por Perper fueron iniciadas por las mujeres. Y aquéllas a las que más tarde entrevistó tenían plena conciencia de haber inducido a una pareja en potencia a la conversación, rozándola cuidadosamente aquí o allá, estimulándola a

avanzar más y más con miradas coquetas, preguntas, cumplidos y bromas.

La osadía femenina no es un fenómeno exclusivo de los Estados Unidos, por supuesto. En la década de los cincuenta, Clellan Ford y Frank Beach, conocidos tabuladores de prácticas sexuales interculturales, confirmaron que si bien la mayoría de las personas piensa que la iniciativa en los escarceos amorosos debe recaer en los hombres, en la práctica son las mujeres las que, en todo el mundo, inician los vínculos sexuales. Esto sigue siendo así. Hombres y mujeres de setenta y dos sociedades —de un total de noventa y tres que fueron estudiadas en la década de los setenta— sostuvieron que ambos sexos comparten la iniciativa sexual en niveles parejos[18].

La poderosa iniciativa sexual de las mujeres es un reflejo de la conducta en otros ámbitos del reino animal. Todos los mamíferos hembras se excitan, y cuando aparece el celo buscan activamente al macho, conducta que se conoce con el nombre de proceptividad femenina.

Una chimpancé hembra en celo, por ejemplo, caminará serenamente hacia un macho, le apuntará con sus nalgas a la nariz y lo hará poner de pie para copular. Cuando el macho haya terminado, ella copulará con prácticamente todos los demás machos de la comunidad. En el entorno de un laboratorio, las chimpancés cautivas iniciaron hasta el 85% de los apareamientos[19]. Los orangutanes cautivos tienden a quedarse dormidos después del coito, pero en el clímax del celo las hembras molestarán al macho y lo mantendrán despierto para un segundo asalto. Si el lector no ha tenido oportunidad de observar la determinación sexual de los simios hembra, al menos seguramente habrá notado las travesuras de las perras. Es necesario poner candado en la puerta si se desea mantener casta a una perra en celo.

Esta persistencia sexual femenina tiene una explicación biológica. Como señaló Darwin, los que se reproducen sobreviven. Por lo tanto, es de interés genético para una hembra provocar la cópula.

En realidad, es curioso que los occidentales sigan aferrados al concepto de que son los hombres los que seducen y las mujeres las receptoras pasivas y sometidas a la iniciativa masculina. Semejante error conceptual es probablemente una reliquia de nuestro prolongado pasado agrícola, cuando las mujeres eran como los peones de ajedrez en los complejos intercambios de patrimonio que rodeaban al matrimonio, y su valor dependía de su «pureza». De ahí que las niñas fueran estrictamente vigiladas y que sus impulsos sexuales resultaran negados. Sin embargo, actualmente la mujer occidental ha recuperado su libertad sexual. Liberada del mundo de las dotes arregladas y del subyugamiento sexual, a menudo va tras lo que le interesa.

Sin embargo, algún día el hombre debe responder a la iniciativa femenina si el vínculo ha de prosperar. Como una mujer le dijo a Perper: «Llegado cierto momento, el hombre debería captar el mensaje y, a partir de ahí, hacerse cargo».

Los hombres parecen darse cuenta de este cambio en el liderazgo, un cambio que Perper denomina transferencia de la iniciativa. Normalmente ocurre enseguida de que una pareja sale del bar. Ahí el varón debe dar sus propios «pasos»: poner el brazo alrededor de los hombros de la mujer, besarla, emitir las señales que la predispongan para el coito. Es interesante observar lo bien que los hombres conocen su papel. Cuando Perper interrogó a treinta y uno de sus informantes masculinos pidiéndoles que describieran la secuencia de la seducción, todos salvo tres omitieron mencionar las primeras etapas, dirigidas por la mujer. Sólo un hombre pudo recordar en detalle quién había hablado primero, quién tocó a quién y cuándo, o cómo cada uno expresó su interés por el otro. Pero los treinta y un hombres hablaron extensamente de sus propias responsabilidades, y de cómo habían comenzado a besar, acariciar y conducir a la mujer a la cama.

¿Quién, entonces, es el cazador y quién la presa? ¿Quién seduce y quién es embrujado? Es evidente que ambas partes desempeñan papeles esenciales. Si uno u otro interpreta mal una señal, la secuencia se corta. Cuando se han recibido todas las señales y cada uno de los dos responde correctamente, el ritmo continúa. Pero, como los demás animales entregados a un flirteo, los seres humanos deben reaccionar adecuadamente para que la seducción tenga éxito.

Los bares norteamericanos para gente sola se asemejan de un modo peculiar a los puntos de reunión de ciertos pájaros: los *lek. Lek* es un término ornitológico sueco que alude al territorio donde pájaros macho y hembra se encuentran, se mezclan y se aparean. No son muchas las especies de aves que copulan en un *lek*, pero entre las que lo hacen está la chachalaca norteamericana. A comienzos de marzo la chachalaca macho aparece en zonas que van desde California oriental a Montana y Wyoming. Allí, en puntos específicos de la pradera que utilizan anualmente para aparearse, cada macho establece un pequeño territorio de «exhibición» que usa para promocionarse. Mantiene esta actitud durante varias horas a partir del amanecer y a lo largo de seis semanas. Dicha actividad consiste en pavonearse, limpiar y acomodar sus plumas, bramar y resoplar para resaltar su importancia ante las hembras que sobrevuelan el territorio[20].

Las chachalacas hembra migran al *lek* después de que los machos se han instalado. La hembra empieza por pavonearse dentro de los límites de los territorios establecidos por los machos y les pasa revista, proceso que puede llevarle de dos a tres días. Entonces descansa dentro del territorio del individuo que encontró atractivo. De inmediato, el dueño de casa y su visitante dan comienzo a la danza del cortejo, adaptándose mutuamente al ritmo del otro y paseándose, como prueba de afecto antes de la cópula.

¿Son acaso fundamentalmente diferentes de esto los juegos que personificamos

en un cóctel o en la vida social de nuestra parroquia, o durante los almuerzos de trabajo, o en los bares y puntos de reunión nocturna? Como antropóloga, no puedo pasar por alto el hecho de que tanto las personas como las chachalacas establecen territorios de exhibición, que unas y otras despliegan actitudes destinadas a seducir al otro, y que ambas comparten la sincronía de movimientos frente a la pareja. Aparentemente, la naturaleza tiene algunas reglas básicas para el flirteo.

LA INVITACION A CENAR

Hay dos aspectos del cortejo que son menos sutiles: la comida y las canciones. Probablemente no exista entre los potenciales amantes de Occidente un ritual más difundido que «la invitación a cenar». Si el hombre festeja a la mujer, paga la cuenta; y la mujer casi instintivamente sabe que su compañero la pretende. En realidad, la técnica de seducción más difundida es ofrecer comida con la esperanza de obtener favores sexuales a cambio. En todo el mundo los hombres dan regalos a las mujeres antes de hacerles el amor. Un pescado, una porción de carne, dulces y cerveza son algunas de las innumerables delicias que los hombres han inventado como ofrendas[21].

Esta táctica no es exclusiva del hombre. La mosca rastrera macho a menudo caza pulgones, arañas de patas largas o moscas domésticas sobre el suelo del bosque. Cuando atrapa una presa especialmente sabrosa, exuda secreciones olorosas de una glándula abdominal, que transportadas por la brisa, anuncian el éxito de una expedición de caza. Muchas veces una hembra que pasa cerca se detiene a disfrutar la comida, no sin copular mientras come. Los pájaros macho también alimentan a la hembra que pretenden. La golondrina macho común a menudo trae un pequeño pescado de regalo a su amada. El correcaminos macho obsequia pequeñas lagartijas. Los chimpancés macho que habitan a lo largo del lago Tanganica, en África oriental, ofrecen un bocado de gacela, liebre u otro animal que han capturado y matado. La hembra en celo consume el regalo y luego copula con el donante[22].

«El camino al corazón de un hombre pasa por el estómago», reza el dicho.

Tal vez. Algunas hembras mamíferas alimentan a sus enamorados; las mujeres están entre ellas. Pero en ningún lugar del mundo las mujeres alimentan a sus pretendientes con la frecuencia que los hombres las alimentan a ellas[23]. En aquellos casos en que la comida no resulta un regalo adecuado o socialmente aceptado, los hombres dan a sus mujeres tabaco, alhajas, ropa, flores, o algún otro objeto pequeño pero apreciado como prenda de amor y como delicado estímulo a una retribución.

El «alimento seductor», como se llama a esta costumbre, probablemente sea anterior a los dinosaurios, porque cumple una importante función reproductora. Al entregar comida a las mujeres, los machos prueban su habilidad como cazadores,

proveedores y valiosos compañeros de procreación.

«Si la música es el alimento del amor, deja que suene». Shakespeare rindió elegante tributo a la última de las primitivas técnicas de seducción: la melodía. Cantar o tocar un instrumento a fin de llamar la atención de la persona deseada es práctica común en el mundo entero. Observaciones de los indios hopi, habitantes del Sudoeste de los Estados Unidos, revelan que los hombres tradicionalmente les cantan una complicada canción de amor a sus cortejadas. Lo mismo hacían los hombres de Samoa, sobre el Pacífico occidental; los chiricahua del Sudoeste de los Estados Unidos, y los sanpoil, de lo que hoy es la porción oriental del Estado de Washington. El hombre apache confiaba conducir a su enamorada al monte tocando una serenata con la flauta, y tanto los hombres como las mujeres ifugao, de la zona central de Luzon, Filipinas, utilizaban el arpa del amante para generarle pasión amorosa[24].

Sin embargo, quizá la sociedad más cautivada por la música sea la nuestra. Tanto las radios que los adolescentes escuchan a todo volumen por la calle como los altavoces que a volumen atronador están casi siempre presentes en los lugares públicos de reunión son prueba de que la música reina dondequiera que hombres y mujeres se congreguen. Y cuando a uno lo invitan a la casa «de él» o «de ella» a cenar, con seguridad recibirá algo más que una pizza o un bistec: también le darán música.

Tal como es de esperar, la música del galanteo humano tiene su correlato en las melodías de la comunidad animal. Sólo es preciso salir a la puerta de la propia casa una noche agobiante de verano para oír la batahola. Los sapos croan, los grillos cantan. Los gatos maúllan. Los insectos zumban. Los puercoespines emiten un gemido agudo. Los cocodrilos braman. En todo el reino animal, las apremiantes llamadas de los machos —desde el tamborileo de la vejiga de aire de los bacalaos y el sordo rumor que emiten los elefantes hasta el gritito de la minúscula salamandra— sirven como potentes mensajes de cortejo.

Algunas décadas atrás, Otto Jespersen, el filólogo danés, incluso consideraba posible que los primeros sonidos humanos de cortejo hubiesen promovido el desarrollo del lenguaje. «El lenguaje nació cuando hombres y mujeres empezaron a cortejarse; las primeras formas verbales murmuradas por la humanidad las imagino como algo a mitad de camino entre la llamada nocturna de amor del gato sobre los tejados y las melodiosas canciones de amor del ruiseñor», sostenía Jespersen[25]. Esto suena rebuscado. Posiblemente hubo múltiples razones por las cuáles hombres y mujeres necesitaron una comunicación más avanzada. Pero las canciones de amor, como los himnos patrióticos, pueden ciertamente «poner los pelos de punta».

Me gustaría pensar que el cortejarse empieza cuando «él» o «ella» hacen una broma maravillosa sobre un político al que nadie quiere, una crítica ingeniosa sobre

la economía mundial o un comentario profundo acerca de un espectáculo teatral o de un encuentro deportivo: algo divertido, inteligente. Pero el enamoramiento puede comenzar a partir de un leve movimiento de cabeza, de una mirada, de un roce delicado, de una sílaba tierna, de una chuleta de carne asada en un restaurante sofisticado o de una melodía susurrada durante el baile. En seguida el cuerpo se precipita, y deja para el intelecto la tarea de desentrañar el enigma que hay detrás del enamoramiento: «¿Por qué él?». «¿Por qué ella?».

II. EL ENAMORAMIENTO
¿Por qué él? ¿Por qué ella?

El encuentro de dos personalidades es como el contacto de dos sustancias químicas; si se produce alguna reacción, ambas se transforman.

CARL JUNG

«Por si te viera un solo instante, / mi voz de inmediato se acalla en susurros; / sí, se quiebra mi lengua y una y otra vez fuegos impalpables / me recorren debajo de la piel y me estremecen». Así comienza un poema que, a fin de expresar su enamoramiento, escribió Safo en la isla griega de Lesbos unos veinticinco siglos atrás[26].

Casi todo el mundo conoce las sensaciones del enamoramiento. Esa euforia. Ese tormento. Esas noches en vela y esos días sin descanso. Envueltos en éxtasis o aprensión, soñamos despiertos durante una clase o en el trabajo, olvidamos el abrigo, seguimos de largo donde debíamos doblar, nos sentamos junto al teléfono o planeamos lo que diremos, obsesionados, ansiando otro encuentro con «él» o «ella». Y entonces, cuando esto ocurre, el más mínimo gesto de él nos congela el pulso. La risa de ella nos marea. Corremos riesgos estúpidos, decimos tonterías, reímos demasiado, revelamos secretos oscuros, hablamos la noche entera, paseamos de madrugada y a menudo nos abrazamos y besamos, ajenos al resto del mundo, cautivados y febriles, sin aliento, etéreos de felicidad.

A pesar de miles de poemas, canciones, libros, óperas, obras de teatro, mitos y leyendas que, desde épocas anteriores a la era cristiana, describen el enamoramiento, a pesar de las innumerables veces que el hombre o la mujer han abandonado familia y amigos, se han suicidado, han asesinado o han languidecido a causa del amor, pocos científicos han investigado esta pasión con la profundidad que merece. Sigmund Freud la desechó por considerarla un impulso sexual bloqueado o postergado. Havelock Ellis definió la atracción romántica como «sexo-más-amistad», una descripción poco convincente de la fiebre que origina. Y muchas personas consideran que el enamoramiento es una experiencia mística, intangible, inexplicable, casi sagrada, que desafía las leyes de la naturaleza y el escrutinio de la ciencia. Cientos de

académicos y filósofos mencionan al enamoramiento al pasar; pocos intentaron comprender esta atracción animal hacia otro ser humano.

ENAMORARSE

Sin embargo, una elocuente disección de esta locura aparece en *Love and Limerence*, de la psicóloga Dorothy Tennov[27].

A mediados de la década de los sesenta, Tennov preparó aproximadamente doscientos enunciados sobre el amor romántico y solicitó a cuatrocientos hombres y mujeres de la Universidad de Bridgeport, Connecticut, y alrededores, que anotaran si en su opinión eran «verdaderas» o «falsas». Cientos de personas más contestaron versiones posteriores de su cuestionario. A partir de las respuestas, así como de diarios íntimos y de otros relatos personales, Tennov identificó una constelación de características comunes a la condición de «enamoramiento», un estado que ella denomina *limerence* o amartelamiento, que algunos psiquiatras llaman atracción, y que yo llamaré enamoramiento.

El primer aspecto significativo de esta condición es su comienzo, el momento en que otra persona adquiere un «significado especial». Puede ser un viejo amigo al que de golpe vemos desde una nueva perspectiva, o un perfecto desconocido, pero tal como lo describe un encuestado: «Toda mi vida se había transformado. Tenía un nuevo eje y ese eje era Marilyn».

A partir de ese instante el enamoramiento se desarrolla de un modo característico, empezando por la «invasión de ideas». Pensamientos del «objeto de amor», o persona amada, invaden la mente. Algo que él nos dijo resuena en nuestros oídos, vemos la sonrisa de ella, recordamos un comentario que hizo, un momento especial, una alusión, y lo atesoramos. Nos preguntamos qué pensaría nuestro enamorado del libro que estamos leyendo, de la película que acabamos de ver o del problema con que nos enfrentamos en el trabajo. Cada instante del tiempo que los dos han pasado juntos adquiere peso y se transforma en material para analizar.

En un principio las conexiones intrusivas ocurren a intervalos irregulares. Algunos encuestados informaron que los pensamientos relativos a la persona amada ocupaban menos del 5% de sus horas de vigilia. Pero muchos dijeron que, a medida que la obsesión crecía, pasaban del 85% a casi el 100% de sus días y noches en una atención mental sostenida, pensando en ese único individuo. Más aún, comenzaban a prestar atención a aspectos muy triviales del ser adorado y a magnificarlos como parte de un proceso que Tennov llama cristalización.

La cristalización se diferencia de la idealización en que la persona enamorada ve claramente las debilidades de su ídolo, hombre o mujer. En realidad, todos los sujetos de Tennov pudieron enumerar los fallos de la persona amada. Pero los dejaban a un

lado o se convencían a sí mismos de que dichas debilidades eran únicas y simpáticas. E infaliblemente se derretían por los aspectos positivos de la apariencia física o la personalidad del ser amado.

Dos sentimientos dominaban las ensoñaciones de los enamorados encuestados por Tennov: la esperanza y la inseguridad. Si la persona adorada tenía la más mínima reacción positiva, el «amartelado» revivía esos preciosos recuerdos durante días y días. Si, en cambio, él o ella rechazaban una iniciativa del enamorado, la inseguridad podía convertirse en angustia, y el sujeto rumiaba su desgracia, ausente y apático, hasta que él o ella lograban explicar el malentendido y renovar la conquista. Resultó interesante observar que la adversidad es una clave incendiaria que siempre estimula la pasión.

Subyaciendo a toda esta angustia y éxtasis estaba el miedo sin atenuantes. Un camionero de veintiocho años sintetizó lo que dijeron casi todos los encuestados: «Vivía en vilo. Era parecido a lo que llaman pánico a salir al escenario, como aparecer frente a una platea llena de gente. Me temblaban las manos cuando tocaba el timbre. Cuando la llamaba por teléfono me parecía oír el pulso en mis sienes con más fuerza que el timbre del aparato…».

La mayoría de los encuestados por Tennov hablaron de temblores, palidez, rubor, una debilidad generalizada y sensaciones abrumadoras de incomodidad, tartamudez, y hasta pérdida de casi todas sus facultades y capacidades básicas. Stendhal, el novelista francés del siglo XIX, describió a la perfección este sentimiento. Recordando los paseos vespertinos con su amada, escribió: «Cuando le daba el brazo a Leonora siempre tenía la impresión de que me iba a caer, y era preciso que pensara cómo caminar»[28].

La timidez, el miedo al rechazo, la expectativa y el ansia de lograr la reciprocidad eran otras características del enamoramiento. Sobre todo, aparecía la sensación de impotencia, la idea de que esa pasión era irracional, involuntaria, que no estaba en los planes, y que era incontrolable. Como decía un ejecutivo de algo más de cincuenta años que le escribió a Tennov acerca de una relación dentro del ámbito de la empresa: «Cada vez estoy más convencido de que esta atracción por Emily es una especie de reacción biológica, semejante a lo instintivo en el sentido de que no está sujeta a mi voluntad ni al control de la lógica… Me domina. Intento desesperadamente hacerle frente, poner límites a su influéncia, canalizarla (hacia el sexo, por ejemplo), negarla, disfrutarla, y sí, maldición, ¡lograr que ella comparta mis sentimientos! A pesar de saber que Emily y yo no tenemos ninguna posibilidad de construir una vida juntos, la idea de ella me obsesiona».

Parecería que el enamoramiento es una panoplia de emociones intensas que van del cielo al infierno, y que están como sujetas a un péndulo manejado por una sola persona, cuyos caprichos nos dominan en detrimento de todo lo que nos rodea,

incluso del trabajo, la familia y los amigos. Y este mosaico involuntario de sensaciones está sólo parcialmente relacionado con el sexo. El 95% de las mujeres encuestadas por Tennov y el 91% de los hombres rechazaron la siguiente afirmación: «Lo mejor del amor es el sexo».

¿Por qué nos enamoramos de Ray y no de Bill, de Sue y no de Ceciley? ¿Por qué él? ¿Por qué ella? «El corazón tiene razones que la razón no entiende», afirmaba el filósofo Blaise Pascal. Los eruditos pueden, sin embargo, proponer algunas explicaciones «razonables» para semejante huracán de emociones.

LA SEDUCCION DE LOS AROMAS

El enamoramiento podría desencadenarlo, en parte, uno de nuestros rasgos más primitivos: el sentido del olfato. Cada persona tiene un olor ligeramente diferente; todos tenemos un «olor distintivo» personal que se distingue al igual que nuestra voz, nuestras manos, nuestro intelecto. Cuando somos bebés recién nacidos podemos reconocer a nuestra madre por el olor, y a medida que crecemos llegamos a poder reconocer diez mil aromas diferentes[29]. De modo que si nos dejamos guiar por la naturaleza, es probable que seamos susceptibles a la seducción de los aromas.

Muchas criaturas utilizan el olor para seducir, tal como estableció con abundantes pruebas el naturalista francés Jean Henri Fabre casi un siglo atrás. Fabre había encontrado un capullo de la hermosa polilla imperial. Lo llevó consigo a su casa de campo y lo dejó en el laboratorio durante la noche. A la mañana siguiente una hembra emergió del capullo, aún rodeada de los destellos de la metamorfosis. Fabre la colocó dentro de una jaula. Para su asombro, cuarenta machos de polilla imperial volaron a través de la ventana abierta de su laboratorio esa noche para cortejar a la virgen; más de ciento cincuenta machos aparecieron a lo largo de las noches subsiguientes. Como estableció Fabre posteriormente, la polilla hembra había exudado por el abdomen expandido una secreción invisible: una «feromona», cuyo olor había atraído a sus festejantes en un radio a campo traviesa de un kilómetro y medio[30].

Desde la época de los experimentos de Fabre, se han aislado los aromas seductores de más de doscientas cincuenta especies de insectos y de muchos otros animales. Algunos de estos olores —como el castóreo de las glándulas odoríferas de los castores de Rusia y el Canadá; el almizcle, esa feromona roja de consistencia gelatinosa que proviene del ciervo almizclero asiático, y el civeto, una secreción melosa del gato civeto de Etiopía—, han sido utilizados por pueblos tan diversos como los antiguos griegos, los hindúes y los chinos para embriagar a un enamorado o enamorada.

Pero el cuerpo humano puede producir algunos de los más poderosos afrodisíacos

olfatorios. Tanto el hombre como la mujer tiene glándulas «apocrínicas» en las axilas, alrededor de los pezones y en las ingles. Estas glándulas entran en actividad en la pubertad y son almacenes aromáticos que difieren de las glándulas «ecrinas» —que cubren casi todo el cuerpo y producen líquidos inoloros—, debido a que su exudado, en combinación con las bacterias de la piel, produce el potente y acre olor de la transpiración.

Baudelaire pensaba que este sudor erótico era la residencia del alma humana. El novelista francés del siglo XIX Joris Karl Huysmans solía seguir a las mujeres a través de los campos mientras las olía. Huysmans escribió que el aroma de las axilas de una mujer «liberaba fácilmente al animal enjaulado dentro del hombre». Napoleón estaba de acuerdo. Según se comenta, envió una carta a Josefina en la que le decía: «Llegaré a París mañana por la noche. No te laves»[31].

Actualmente, en lugares de Grecia y los Balcanes algunos hombres se colocan pañuelos bajo los brazos durante las festividades y ofrecen estos olorosos obsequios a las mujeres que invitan a bailar. El éxito está garantizado. En realidad, en todo el mundo se utiliza el sudor como ingrediente de los brebajes afrodisíacos. En la época de Shakespeare, las mujeres se colocaban una manzana pelada bajo el brazo hasta que la fruta se saturaba de su aroma, y entonces la entregaban al amante para que la oliera. Una receta contemporánea cocinada por unos inmigrantes caribeños en los Estados Unidos da las siguientes indicaciones: «Prepare una hamburguesa. Imprégnela en su propio sudor. Cocínela. Sírvala a la persona que desea conquistar»[32].

Ahora bien, ¿podría el olor de un hombre *realmente* enamorar a una mujer? Esto es algo extraordinariamente difícil de comprobar. En 1986 Winnifred Cutler, George Preti y sus colegas del Monel Chemical Senses Center, en Filadelfia, descubrieron una relación entre las mujeres, los hombres y los olores que les intrigó[33]. Diseñaron un experimento en el cual varones voluntarios usaron almohadillas debajo de los brazos durante varios días a la semana. De dichas almohadillas se extrajo luego una «esencia viril». La mezclaron con alcohol, la congelaron y guardaron. Posteriormente, a las mujeres que iban a la clínica tres veces por semana les colocaban una gota de la sustancia entre el labio superior y la nariz. Las mujeres dijeron no sentir ningún olor más que el del alcohol.

Los resultados eran sorprendentes. Ciertas mujeres sometidas a la prueba presentaban ciclos menstruales irregulares, períodos ya fuera más prolongados o más breves que el promedio de 29,5 días. Sin embargo, tras doce a catorce semanas de tratamiento, el ciclo menstrual de estas mujeres se volvió más regular. La esencia viril parece estimular la normalización menstrual, un aspecto importante de la fertilidad potencial.

Esta posible relación entre la esencia viril y la salud reproductora femenina podría darnos una clave en el tema de la atracción. Las mujeres perciben los olores mejor que los hombres. Son cien veces más sensibles al exaltolide, un compuesto muy parecido al almizcle sexual masculino[34]. Pueden percibir un olor suave a transpiración a más o menos un metro de distancia. Al promediar el ciclo, durante la ovulación, las mujeres pueden reconocer el almizcle masculino con mayor nitidez aún. Tal vez durante la ovulación las mujeres se vuelven más susceptibles al enamoramiento si pueden oler esencia viril y ser inconscientemente inducidas por ella a mantener ciclos menstruales normales.

Sin embargo, un dato clave de los informes de Cutler y Preti es el descubrimiento de que las mujeres son afectadas por la esencia viril solamente si hay contacto directo con el cuerpo. Si las feromonas masculinas pueden atraer a una mujer a distancia es un hecho que no nos consta.

De todos modos hay algunas pruebas de que los olores del cuerpo femenino pueden tener efecto a distancia sobre los hombres. Hace más de una década que los investigadores establecieron que las compañeras de cuarto en los dormitorios universitarios y las mujeres que trabajan o viven con gran intimidad tienen ciclos menstruales sincronizados[35]. Éstos son datos especulativos. Pero entre otros animales, la sincronía del celo es causada por misiles de olor o feromonas.

¿Podría una «esencia femenina» causar este tipo de sincronía también en las mujeres? Para averiguarlo, Preti, Cutler y sus colegas expusieron a diez mujeres con ciclos normales al sudor axilar de otras mujeres[36]. Emplearon la misma técnica: a intervalos de pocos días las mujeres recibían una gota de sudor femenino bajo la nariz. A los tres meses, las menstruaciones de estas mujeres empezaron a coincidir con los ciclos de las donantes de sudor. Si realmente las mujeres exudan olores tan penetrantes como para afectar a otras mujeres, tal vez esos mismos olores puedan seducir a un hombre que está al otro lado de un salón lleno de gente.

El olor de él o de ella puede desencadenar reacciones físicas y psicológicas muy internas. Entre nuestros ojos, dentro del cráneo, en la base del cerebro, unos cinco millones de neuronas olfativas cuelgan del techo de cada cavidad nasal, balanceándose al ritmo de las corrientes de aire que inhalamos. Estas células nerviosas trasmiten mensajes a la porción del cerebro que controla nuestro sentido del olfato. Pero también están vinculadas con el sistema límbico, un grupo de estructuras primitivas emplazadas en el centro del cerebro que gobiernan el miedo, la cólera, el odio, el éxtasis, la lujuria. A causa de estas conexiones cerebrales, los olores tienen la posibilidad de generar intensos sentimientos eróticos.

El olor de una mujer o de un hombre puede también despertar un sinfín de recuerdos. El sistema límbico es asiento del centro de la memoria a largo plazo. Así es como uno puede recordar un olor tras varios años de no percibirlo, mientras

numerosas percepciones visuales y auditivas se desvanecen en días o semanas. Hay una conmovedora referencia a este tipo de evocaciones en el poema de Kipling «Lichtenberg», en el cual dice que el olor de las acacias empapadas por la lluvia significaba para él el hogar. Sin duda todo el mundo recuerda el olor de un árbol de Navidad, del perro de la casa, hasta de un antiguo amante, y todos los sentimientos asociados a ellos. De modo que un cierto olor humano en el momento adecuado podría evocar vividos recuerdos agradables y posiblemente provocar ese asombroso momento inicial de adoración romántica.

Pero los norteamericanos, los japoneses y mucha otra gente consideran que los olores corporales son ofensivos. Para casi todos ellos el olor de la transpiración resultará más repelente que atractivo. Algunos científicos consideran que a los japoneses los perturban los olores del cuerpo debido a su larga tradición de matrimonios negociados: hombres y mujeres eran forzados a entrar en íntimo contacto con parejas que no les resultaban atractivas[37]. No conozco la razón de la fobia norteamericana a los olores naturales del cuerpo. Tal vez las agencias de publicidad nos han deformado para poder vendernos productos desodorantes.

Pero ciertamente nos gusta percibir en nuestra pareja los aromas fabricados para la venta. Consumimos fragantes champúes, jabones aromáticos, lociones para después de afeitarse y perfumes a precios exorbitantes. Además, todos los aromas de la comida, del aire fresco, del tabaco, y los olores de la oficina y el hogar se mezclan con nuestros olores naturales para conformar una cóctel de fragancias. Una etiqueta silenciosa. Y la gente reacciona. En una encuesta reciente que realizó Fragrance Foundation, tanto hombres como mujeres opinaron que el olor es un aspecto importante del atractivo erótico y le atribuyeron una puntuación de 8,4 sobre 10[38]. Como las polillas imperiales, los seres humanos consideran que los olores poseen atractivo sexual.

Pero las opiniones culturales acerca de la transpiración varían claramente. El clima, los tipos de ropa, el acceso al baño diario, los conceptos de limpieza, la crianza y muchas otras variables culturales condicionan el gusto de las personas por los olores. Más aún, el vínculo entre las feromonas humanas y el estado de euforia y angustia al que llamamos enamoramiento sigue siendo un enigma.

Sin embargo, propongo lo siguiente: cuando el lector conoce a una persona nueva a la que considera atractiva, probablemente «le gusta cómo huele» y ello contribuye a predisponerlo al idilio. Luego, una vez que el enamoramiento florece, el aroma de esa persona se convierte en un afrodisíaco, un estímulo continuo para el erotismo.

LOS MAPAS DEL AMOR

Un mecanismo más importante que lleva a los seres humanos a quedar cautivos

de «él» o «ella» podría ser lo que el sexólogo John Money llama el mapa del amor de cada uno[39]. Mucho antes de que una persona quede fijada a Ray en lugar de a Bill, a Sue en lugar de a Ceciley, ha construido un mapa mental, un molde repleto de circuitos cerebrales que determinan lo que la excitará sexualmente, lo que la hará enamorarse de una persona y no de otra.

Money considera que los niños desarrollan esos mapas entre los cinco y los ocho años de edad (o incluso antes) como resultado de asociaciones con miembros de su familia, con amigos, con experiencias y hechos fortuitos. Por ejemplo, de pequeña una persona se habitúa al alboroto o a la calma hogareña; al modo en que la madre presta atención, reprende o acaricia; a las bromas del padre, a su forma de caminar o a sus olores. Ciertos rasgos de personalidad de sus amigos y parientes le resultarán atractivos; otros quedarán asociados con incidentes perturbadores. Gradualmente los recuerdos comienzan a formar un modelo dentro de su mente, un molde subliminal de lo que le produce rechazo y de lo que la atrae.

A medida que esa persona crece, el mapa inconsciente toma forma y una protoimagen compuesta de la pareja ideal emerge poco a poco. Luego, en la adolescencia, cuando las pulsiones sexuales inundan la mente, esos mapas eróticos se solidifican y se vuelven «bastante concretos en cuanto a detalles de la fisonomía, estructura física, raza y color del amante ideal, y mucho más del temperamento, los gustos y demás»[40]. Surge una imagen mental de la pareja ideal, de los rasgos que uno encuentra atractivos y de los temas de conversación y actividades sexuales que a uno lo excitan[41].

De modo que, mucho antes de que el verdadero amor pase a nuestro lado en el aula del colegio, por la calle o en la oficina, uno ya ha elaborado los elementos esenciales de la persona ideal a quien amar. Entonces, al encontrar realmente a alguien que encaja en las características ideales, uno se enamora de él o de ella y proyecta sobre esta «mancha amorosa» el propio mapa del amor. El receptor generalmente difiere bastante del verdadero ideal. Pero uno deja a un lado esas contradicciones y se derrite por el ser que construyó. De ahí las famosas palabras de Chaucer: «El amor es ciego».

Estos mapas del amor varían de un individuo a otro. Algunas personas se excitan cuando ven un traje elegante o la bata de un médico, a otros les atraen los pechos grandes, los pies pequeños o el sonido de una carcajada alegre. La voz, la sonrisa, las amistades, la paciencia, la espontaneidad, el sentido del humor, los proyectos, la coordinación, el carisma: una miríada de elementos subliminales, tan obvios como nimios, se combinan para convertir a este hombre o a esta mujer en alguien mucho más atractivo que cualquier otra persona. Todos podemos enumerar unas cuantas cosas concretas que consideramos atractivas, y en lo profundo de nuestra mente hay

muchas más.

Sin embargo, los gustos norteamericanos en materia de parejas ideales evidencian ciertos rasgos definidos. En una encuesta de la década de los setenta, 1.031 estudiantes caucásicos de la Universidad de Wyoming definieron el retrato de la persona sexualmente atractiva[42]. Sus respuestas se ajustaron a lo que cabía esperar. Los hombres tendían a preferir a las rubias de ojos azules y piel clara, mientras a las mujeres les resultaban más atractivos los hombres de piel más oscura. Pero hubo algunas sorpresas. A pocos hombres les gustaban los pechos grandes o las mujeres muy delgadas, con cuerpos de muchachito, y a casi ninguna de las mujeres le atraía los físicos masculinos muy musculosos. En realidad, ambos sexos preferían un modelo promedio. Demasiado bajos o demasiado altos, demasiado delgados o demasiado fornidos, demasiado rubios o demasiado morenos: todos los extremos eran rechazados.

El modelo promedio sigue llevando ventaja. En un estudio más reciente los psicólogos seleccionaron treinta y dos rostros de mujeres norteamericanas caucásicas y por medio de computadoras extrajeron los promedios de todos sus rasgos. Luego mostraron estas imágenes compuestas a estudiantes universitarios. De noventa y cuatro fotografías de rostros femeninos reales, sólo cuatro recibieron una puntuación más alta que los rostros inventados[43].

Como es de suponer, el mundo no comparte los ideales sexuales de los estudiantes caucásicos de Wyoming. Cuando los europeos emigraron inicialmente a África, el pelo rubio y la piel blanca de la mayoría hizo pensar a los Áfricanos en los albinos, considerados por ellos como repugnantes. Al tradicional nama del África meridional le gusta que los labios de la vulva cuelguen, de modo que las madres masajean con tenacidad los genitales de sus hijas pequeñas para que en la adolescencia los labios se les balanceen seductoramente. Es tradicional que las mujeres de Tonga hagan dieta para mantenerse delgadas, mientras que las mujeres siriono de Bolivia comen continuamente para mantenerse gordas.

En realidad, las cosas que pueden hacerse para embellecer el cuerpo humano y suscitar el enamoramiento parecerían no tener fin: cuellos estirados, cabezas moldeadas, dientes limados, narices perforadas, pechos con cicatrices, pieles quemadas o «doradas», y tacones tan altos que casi impiden a las mujeres caminar, así como las fundas de medio metro, en color naranja calabaza, con que los indios de Nueva Guinea cubren sus penes y las barbas teñidas de púrpura de los distinguidos caballeros isabelinos. La belleza, realmente, está en los ojos del que mira. Pero en todas partes la gente se siente sexualmente atraída por determinados aspectos de los que la rodean.

Sin embargo, a pesar de las marcadas diferencias en las normas de belleza y el poder de seducción, existen algunas opiniones generalmente compartidas acerca de lo

que incita la pasión. Los hombres y las mujeres de todo el mundo gustan de un buen cutis. En todas partes la gente se siente atraída por lo que consideran que es una persona limpia. Casi en general los hombres prefieren a las mujeres rollizas y de caderas anchas en lugar de a las delgadas[44]. El aspecto físico es importante.

El dinero también. De un estudio con treinta y siete personas de treinta y tres países el psicólogo David Buss infirió una diferencia marcada en las preferencias sexuales de hombres y mujeres[45]. Tanto a los zulúes de las zonas rurales como a los brasileños de las grandes ciudades les gustan las mujeres jóvenes, hermosas y dinámicas, mientras que a las mujeres les atraen los hombres con un patrimonio, propiedades o dinero en efectivo. Las norteamericanas no son ninguna excepción. A las adolescentes les gustan los muchachos con automóviles lujosos, y las mujeres mayores prefieren a los hombres que tengan su propia casa, tierras, barcos u otros bienes costosos. Por lo tanto, a las mujeres que no conquiste el carpintero gentil y poético, probablemente se las quede el insensible banquero.

Estos gustos masculinos/femeninos probablemente sean innatos. Al macho le conviene genéticamente enamorarse de una mujer que le dará hijos sanos. Una mujer joven, de piel clara y ojos brillantes, con pelo reluciente, dientes blancos, un cuerpo suave y una personalidad vivaz es una mujer sana, con la vitalidad que necesita el futuro genético del hombre. Para las mujeres, el patrimonio indica poder, prestigio, éxito y la capacidad de satisfacer sus necesidades. Y la mujer tiene buenas razones para que esto le importe: le conviene biológicamente ser conquistada por un hombre que la ayudará a mantener a sus hijos. Como lo resumió Montaigne, el ensayista francés del siglo XVI: «No nos casamos por nosotros mismos, no importa lo que digamos; nos casamos tanto o más por nuestra posteridad».

LA PERSECUCION

Pero que no falte el misterio. Una cierta falta de familiaridad resulta esencial en el enamoramiento. Casi nunca las personas son cautivadas por alguien que conocen muy bien, como lo ilustra claramente un clásico estudio llevado a cabo en un *kibbutz* de Israel[46]. Allí los niños eran ubicados en grupos de pares durante las horas del día en que sus padres trabajaban. Era frecuente que antes de cumplir los diez años estos niños se iniciaran en el juego sexual, pero al acercarse a la adolescencia tanto varones como niñas se inhibían y se ponían tensos en presencia unos de otros. Luego, ya en la adolescencia, desarrollaron fuertes vínculos fraternales. Sin embargo, casi ninguno de ellos se casó con un compañero de aquel grupo de pares. Un análisis de 2.769 casamientos de muchachos criados en *kibbutz* estableció que sólo trece ocurrieron entre pares. En todos ellos, uno de los dos había abandonado el grupo comunal antes

de los seis años de edad.

Aparentemente, durante un período decisivo de la niñez la mayoría de los individuos pierden para siempre todo interés sexual en aquéllos a los que frecuentan de forma regular. El misterio es fundamental en el amor romántico.

Las barreras también parecen fomentar esta locura. La persecución. Si una persona es difícil de «conquistar», ello provoca nuestro interés. En realidad, este elemento de la conquista es con frecuencia esencial en el enamoramiento, de ahí lo que se conoce como el efecto Romeo y Julieta: si existen impedimentos reales, tales como la enemistad entre los Capuleto y los Montesco de Shakespeare, los obstáculos probablemente intensificarán nuestra pasión. No es para sorprenderse que las personas se enamoren de aquél que está casado, es extranjero o del que se está separado por dificultades que parecen casi insuperables. Sin embargo, en general debe existir alguna remota posibilidad de satisfacción antes de que los primeros síntomas de enamoramiento se incrementen hasta convertirse en una obsesión.

La oportunidad también desempeña un papel importante en el enamoramiento[47]. Cuando los individuos buscan una aventura, ansian abandonar el hogar paterno, se sienten solos, están desarraigados en un país extranjero, en transición hacia una nueva forma de vida, o financiera y psicológicamente preparados para compartir la vida o formar una familia, se vuelven susceptibles. A partir de sus investigaciones con más de ochocientos norteamericanos, Tennov informa que el enamoramiento se produjo justo cuando se sintieron en condiciones de brindar todo tipo de atenciones a un objeto amoroso.

Por último, nos atraen las personas semejantes a nosotros mismos. Las personas tienden a casarse con sus símiles, es decir, individuos del mismo grupo étnico, con rasgos físicos y niveles de educación parecidos, lo que los antropólogos llaman apareamientos de asociación positiva.

Los enamoramientos en general comienzan poco después de la pubertad, pero pueden ocurrir en cualquier etapa de la vida. Los jóvenes conocen el amor adolescente; algunos octogenarios se enamoran desesperadamente. Sin embargo, una vez que un individuo se vuelve receptivo, él o ella está en peligro de enamorarse de la primera persona aceptable que le pase cerca.

EL FLECHAZO

Es esta constelación de factores, *simultáneamente* presentes —la oportunidad, los obstáculos, el misterio, las semejanzas, un mapa del amor compatible, hasta los olores adecuados—, lo que a uno lo vuelve susceptible de enamorarse. Entonces, cuando ese potencial objeto amoroso ladea la cabeza, sonríe o nos mira, uno siente el impacto. Puede ocurrir gradualmente o en un instante, de allí el fenómeno del

flechazo o amor a primera vista.

Esta atracción poderosa, a veces instantánea, no es exclusiva de los occidentales.

Andreas Capellanus, un clérigo de la corte de Eleonor de Aquitania en la Francia del siglo XII, escribió acerca del enamoramiento: «El amor es un cierto dolor innato derivado de la visión de una belleza del sexo opuesto, acompañada de una exagerada meditación sobre ella, que lleva a cada uno a desear por encima de todas las cosas los abrazos del otro»[48]. Desde entonces algunos occidentales han llegado a pensar que el amor romántico es una invención de los trovadores, esos caballeros, poetas y románticos de los siglos XI a XIII, que en Francia derramaban palabras elocuentes acerca de las vicisitudes del amor.

Esto me parece totalmente absurdo. El amor romántico está mucho más extendido. Vatsya, el autor del *Kama Sutra*, la clásica obra sobre el amor en idioma sánscrito, vivió en la India en algún momento entre los siglos I y VI de la era cristiana, y describió claramente el amor romántico entre hombres y mujeres. Da incluso detalladas instrucciones acerca de cómo una pareja puede flirtear, abrazarse, besarse, juguetear y copular. Desde siempre las tradiciones chinas aparecen impregnadas del mandato confuciano de obediencia filial y, sin embargo, ya en el siglo VII de nuestra era aparecen relatos escritos que describen el tormento de hombres y mujeres atrapados en el conflicto de obedecer a sus mayores o ceder a la pasión romántica[49]. En el Japón tradicional algunas veces los amantes desafortunados elegían el doble suicidio, conocido como *shin ju*, si los comprometían con otras parejas.

El cherokee oriental creía que si un hombre joven le canta a medianoche a su dama, «ella soñará con él, sentirá nostalgia y cuando vuelvan a verse, no podrá resistirse a su atractivo». Las jóvenes yukaghir, del noreste de Siberia, escribían cartas de amor en la corteza del abedul. En Bali los hombres creían que una mujer se «enamoraría» de aquél que le diera a comer un determinado tipo de hoja sobre la cual se hubiese dibujado la imagen de un dios dotado con un gran pene.

Aun los pueblos que reniegan del concepto de «amor» o de la condición de «enamorado» actúan de modo contradictorio. Los mangaianos de la Polinesia son aparentemente indiferentes al tema de las relaciones eróticas, pero de vez en cuando un joven al que no se le permite casarse con la mujer que ama se suicida. Los bembem, de las zonas montañosas de Nueva Guinea, tampoco admiten conocer esta pasión, pero de pronto una muchacha se niega a casarse con el hombre elegido por su padre y huye con el hombre del que está «realmente enamorada». Los tiv de África, que no tienen un concepto formal del idilio, llaman a esta pasión «locura»[50].

Las historias de amor, los mitos, leyendas, poemas, canciones, manuales de instrucciones, las pociones afrodisíacas y los amuletos, las peleas de enamorados, los lugares de encuentro secretos, las fugas y los suicidios son parte de la vida en las sociedades tradicionales de todo el mundo. Más aún, en una encuesta realizada en

ciento sesenta y ocho culturas, los antropólogos William Jankoviak y Edward Fischer descubrieron pruebas directas de la existencia del amor romántico en el 87% de esos pueblos tan diferentes[51].

Esta locura, este amartelamiento, esta atracción, este enamoramiento, este éxtasis dejado con mucha frecuencia de lado por los científicos, debe de ser un rasgo humano universal.

Es bien posible que el enamoramiento tampoco sea un fenómeno exclusivamente humano. Lo que primero me hizo sospechar esto fue la historia antropológica de una gorila de nombre Toto, criada en los Estados Unidos. Toto entraba regularmente en celo en el medio de su ciclo menstrual, estado que se prolongaba unos tres días; al parecer también se enamoraba de los varones humanos. Un mes era el jardinero y al siguiente el chófer o el mayordomo, a los que miraba con «inconfundibles ojos de amor»[52].

Al aparearse, los leones expresan una gran ternura mutua durante el período de celo de la hembra. Las jirafas se acarician dulcemente antes de aparearse. Los babuinos, los chimpancés y otros primates más altos en la escala evidencian clara preferencia por un individuo respecto de otro, y son amistades que perduran más allá del período en que la hembra está sexualmente receptiva. Y una hembra y un macho de elefantes pasarán horas juntos durante el celo de la hembra, frecuentemente dándose golpecitos con las trompas. Muchos animales se palmean, restriegan sus hocicos, se arrullan y se miran a los ojos con cariño durante la conquista.

Sin embargo, la historia más notable de un posible enamoramiento fuera de la especie humana es una de la que se presentó un informe en 1988. Los periódicos publicaron la noticia de un alce que parecía haberse enamorado de una vaca en Vermont, Estados Unidos[53]. El herbívoro hechizado siguió a la hembra de sus sueños durante setenta y seis días antes de darse por vencido en sus señales y «embestidas amorosas». Esa angustia, esa euforia del enamoramiento, parece golpear no sólo a la humanidad.

Flechazo. Amor a primera vista. ¿Podría provenir de la naturaleza esta capacidad humana de adorar a otro a los pocos segundos de conocerlo? Creo que sí. En realidad, el flechazo podría cumplir una esencial función adaptativa entre los animales. Durante la temporada de apareamiento la ardilla hembra, por ejemplo, necesita procrear. No le conviene copular con un puercoespín. Pero si ve pasar una saludable ardilla macho no debería perder tiempo. Debería evaluarlo, y si lo encuentra aceptable, haría bien en aprovechar la oportunidad de copular. Quizá el amor a primera vista no sea más que una tendencia innata de muchas criaturas, que surgió para estimular el proceso de apareamiento. Entonces, lo que entre nuestros antepasados humanos era una atracción animal evolucionó hasta transformarse en el enamoramiento instantáneo.

Pero ¿cómo creó realmente la naturaleza esa sensación física del enamoramiento? ¿Qué es eso que llamamos amor?

LA QUIMICA DEL AMOR

Es probable que la gente empezara a hablar de la atracción hace más de un millón de años, mientras se echaban a orillas de los ríos Áfricanos para descansar y contemplar el cielo. Pensadores más modernos propusieron interpretaciones ingeniosas de esta fiebre. W. H. Auden comparó el deseo sexual con una «intolerable comezón neuronal». H. L. Mencken la describió de otra manera al decir: «Estar enamorado es simplemente un estado de anestesia de los sentidos». Ambos intuyeron que ocurre algo físico a nivel cerebral, anticipándose así a lo que podría ser el asombroso descubrimiento de una química del amor.

La violenta perturbación emocional que llamamos enamoramiento (o atracción) podría iniciarse en una pequeña molécula llamada feniletilamina, o FEA. Conocida como la amina excitante, la FEA es una sustancia localizada en el cerebro que provoca sensaciones de exaltación, alegría y euforia. Pero a fin de comprender exactamente cómo podría contribuir la FEA a la atracción es necesario saber un poco qué es lo que tenemos dentro de la cabeza.

El cerebro humano tiene aproximadamente el tamaño de un pomelo y pesa más o menos un kilo y medio. El volumen promedio es de unos 1.400 centímetros cúbicos. Es unas tres veces más grande que el de nuestros parientes más cercanos, los chimpancés y los gorilas, cuyo volumen promedio va de los 400 a los 500 centímetros cúbicos, respectivamente.

En la década de los setenta, el investigador del sistema nervioso Paul MacLean postuló que el cerebro está dividido en tres secciones generales. En realidad el tema es bastante más complejo, pero la perspectiva de MacLean aún resulta útil como panorama general. La sección más primitiva rodea el bulbo terminal en el extremo de la espina dorsal. Esta área, que bien merece su reputación de «cerebro de reptil», gobierna nuestras conductas instintivas, por ejemplo la agresividad, el territorialismo, los rituales y el establecimiento de las jerarquías sociales. Es probable que sea esta parte del cerebro la que usamos cuando, durante el flirteo, «instintivamente» nos pavoneamos, acomodamos la postura y coqueteamos.

Por encima del cerebro de reptil, y rodeándolo, existe un grupo de estructuras localizadas en medio de la cabeza que se conocen con el nombre colectivo de sistema límbico. Tal como ya mencionamos, dichas estructuras gobiernan las emociones básicas: el miedo, la cólera, la alegría, la tristeza, la repugnancia, el amor y el odio. De modo que cuando nos sentimos inundados de felicidad o paralizados de miedo, enfurecidos, asqueados o abatidos, se debe a que porciones del sistema límbico nos

producen perturbaciones eléctricas y químicas. La tormenta del enamoramiento casi seguramente tiene su origen físico en esta zona.

Por encima del sistema límbico (y separado de él por una gruesa capa de materia blanca que comunica las diferentes partes del cerebro) está la corteza, una superficie gris enrollada de materia esponjosa que se halla debajo mismo del cráneo. La corteza procesa funciones básicas como la vista, el oído, el habla y la capacidad matemática y musical. La función más importante de la corteza consiste en integrar nuestras emociones y nuestros pensamientos. Es esta zona del cerebro la que *piensa* en «él» o «ella».

Así es, probablemente, como la FEA (y quizá otras sustancias neuroquímicas, como la norepinefrina y la dopamina) desempeña su papel. Las neuronas o células nerviosas —en cantidades nunca inferiores a los cien mil millones— están ubicadas dentro del cerebro y conectan sus tres zonas básicas. Los impulsos se trasladan a lo largo de las neuronas y saltan de una a otra a través de un espacio que las separa: la sinapsis. De este modo brincan por las carreteras neuronales de la mente.

La FEA se encuentra al final de algunas células nerviosas y ayuda al impulso de saltar de una neurona a la siguiente. Igualmente importante es el hecho de que la FEA es una anfetamina natural; dinamiza el cerebro. De ahí que el psiquiatra Michael Liebowitz, del New York State Psychiatric Institute, opine que nos enamoramos cuando las neuronas del sistema límbico, nuestro núcleo emocional, se saturan o son sensibilizadas por la FEA y/u otras sustancias químicas cerebrales, y estimulan el cerebro[54].

Con razón los enamorados pueden permanecer despiertos toda la noche conversando y acariciándose. Con razón se vuelven tan distraídos, tan atolondrados, tan optimistas, tan sociables, tan llenos de vida. Las anfetaminas se han acumulado de forma natural en los centros emocionales del cerebro. Los enamorados están «acelerados» por la naturaleza.

LA ADICCIÓN AL IDILIO

Liebowitz y su colega Donald Klein llegaron a esta conclusión mientras trataban a pacientes que denominaron adictos a la atracción. Dichas personas ansian una relación amorosa. En su apuro eligen una pareja que no les conviene. A corto plazo son rechazados y su dicha se convierte en desesperación, hasta que retoman la búsqueda. Mientras continúa este ciclo de desafortunadas aventuras amorosas, el adicto al idilio se siente ya sea profundamente desgraciado o profundamente dichoso, según la etapa de sus inadecuados idilios en que se encuentre.

Ambos psiquiatras sospecharon que estas personas enfermas de amor padecían alteraciones en sus conexiones románticas, en concreto, una necesidad de FEA.

Entonces tomaron la decisión altamente experimental de administrar inhibidores de la MAO a estos adictos al idilio. Dichas drogas antidepresivas bloquean la acción de una enzima cerebral especial, la monoamina oxidasa, o MAO, una clase de sustancia que descompone la FEA y otros neurotrasmisores (la norepinefrina, la dopamina y la serotonina). O sea que los inhibidores de la MAO elevan el nivel de la FEA y de esas otras anfetaminas naturales, incrementando la euforia del enamoramiento.

Para asombro de todos, en pocas semanas de administración de los inhibidores de la MAO, un hombre perpetuamente enfermo de pasión comenzó a poner más cuidado en la elección de la pareja, y pudo incluso vivir solo con bienestar. Aparentemente ya no anhelaba la euforia de FEA que le proporcionaban sus excitantes aunque desastrosas relaciones amorosas. Este paciente hacía años que estaba en terapia, sesiones que lo ayudaban a entenderse a sí mismo. «Sin embargo, parecería que hasta que se le administró un inhibidor de la MAO no tuvo mayor éxito en aplicar lo que había descubierto, debido a su irrefrenable respuesta emocional», afirma Liebowitz.

Independientemente del experimento de Liebowitz, el psiquiatra Héctor Sabelli llegó a idéntica conclusión acerca de la FEA. En un estudio que realizó con treinta y tres personas que mantenían relaciones de pareja satisfactorias y que informaban al doctor Sabelli que se sentían muy bien, pudo establecer que *todos* ellos presentaban un alto nivel del metabolito de la FEA también en orina. Los niveles de la FEA eran bajos en un hombre y una mujer que atravesaban un divorcio, probablemente porque ambos esposos sufrían una depresión menor a causa de la separación[55].

La FEA parece tener un efecto igualmente poderoso en las criaturas no humanas. Cuando se les inyecta FEA, los ratones saltan y gritan en un despliegue de euforia conocido en los laboratorios como el «síndrome palomitas de maíz». Los macacos de la India tratados con sustancias químicas semejantes a la FEA producen con los labios sonidos normalmente reservados al flirteo, y los babuinos tratados oprimieron el llamador de sus jaulas más de ciento sesenta veces en tres horas para obtener complementos que mantuvieran la euforia de la FEA.

Auden y Mencken probablemente fueron astutos al describir el enamoramiento. El sentimiento de amor puede resultar de la inundación de la FEA y/u otros estimulantes naturales que saturan el cerebro, transformando los sentidos y alterando la realidad.

Pero el enamoramiento es más que una mera euforia. Es parte del amor, una devoción profunda y «mística» por otro ser humano. ¿Esta compleja sensación se debe solamente a los estimulantes naturales del cerebro?

Por supuesto que no. Tal como indica Sabelli, la FEA en realidad no puede proporcionarnos más que una sensación generalizada de dinamismo, un estado de alerta, una excitación y un humor exaltado. Sabelli midió la cantidad de FEA eliminada con la orina por unos paracaidistas antes y después del salto. Durante la

caída libre los niveles de FEA eran altísimos. Una pareja que se estaba divorciando también alcanzó esos niveles durante las audiencias en los tribunales[56]. Parecería, entonces, que la FEA sólo nos proporciona una pequeña descarga de dicha y recelo, una exaltación química que acompaña a un amplio espectro de experiencias, de las cuales el enamoramiento es sólo una más.

LA SEGUNDA FLECHA DE CUPIDO: LA CULTURA

El trabajo de Liebowitz y Sabelli con la química del amor desató una gran polémica, no sólo entre colegas que, como ellos, reconocían que esta investigación aún es especulativa, sino también entre aquellos enredados en la vieja controversia naturaleza/educación, es decir, ese debate perenne acerca de cuánto de nuestro comportamiento deriva de los genes, la naturaleza y lo heredado, y cuánto de las experiencias de la infancia, la cultura y lo aprendido.

De modo que a estas alturas quisiera subrayar un concepto fundamental. El cerebro y el cuerpo producen docenas (si no cientos) de sustancias químicas diversas que afectan a nuestra conducta. La adrenalina, por ejemplo, es secretada por las glándulas suprarrenales cuando nos enojamos, nos asustamos o nos ponemos eufóricos; hace que el corazón lata más rápido, acelera la respiración y prepara el cuerpo para la acción de muchas maneras. Pero no es la adrenalina la que dispara la cólera, el miedo o la alegría. Son los estímulos del medio ambiente.

Por ejemplo, un compañero de oficina comenta algo desagradable de nuestro trabajo. Uno se siente insultado, una respuesta en general producto de la educación. El cuerpo secreta adrenalina. Uno siente este combustible. Y entonces la mente, culturalmente condicionada, *convierte* esta energía natural en furia, en lugar de en miedo o alegría.

Y uno larga una respuesta cáustica al compañero.

De la misma manera, la cultura desempeña un papel principal en el amor. En la niñez comenzamos por sentir gusto o disgusto ante los olores que nos rodean. Aprendemos a responder a ciertos tipos de humor. Nos acostumbramos a la paz o la histeria de nuestros hogares. Y comenzamos a construir nuestro mapa del amor a través de nuestras experiencias. Luego, en la adolescencia, el varón entra en el servicio militar, entramos en la universidad, o de alguna otra manera nos vemos desarraigados. Éstos y muchos otros hechos *culturales* determinan a *quién, cuándo y dónde* amaremos. Pero después de encontrar a esa persona especial probablemente sea la FEA y/u otras sustancias neuroquímicas las que determinarán *cómo* nos sentimos *cuando* amamos. Como siempre ocurre, la cultura y la biología van de la mano.

Sin embargo, parecen existir ciertas variaciones individuales en esta experiencia.

Algunas personas que dicen no haber estado nunca enamoradas sufren de hipopituitarismo, una enfermedad fuera de lo común en la cual la pituitaria funciona mal en la infancia y provoca problemas hormonales, así como una «ceguera al amor». Estos hombres y mujeres llevan vidas normales; algunos se casan por la compañía; pero ese rapto, ese dolor del corazón para ellos son pura mitología[57].

Tennov también descubrió variaciones entre más de ochocientos norteamericanos a los que consultó sobre el tema del idilio en las décadas de los sesenta y de los setenta. Algunos hombres y mujeres afirmaron que jamás se habían enamorado, mientras otros dijeron que se enamoraban con frecuencia. Pero Tennov informa que la enorme mayoría tanto de hombres como de mujeres conocían el éxtasis del amor romántico, y que lo habían experimentado «en proporciones bastante parejas». Los sexólogos John Money y Anke Ehrhardt confirman estos datos; igual que Tennov, descubrieron que la diferencia de sexo no se traduce en diferencias en la experiencia del enamoramiento[58].

Los científicos están muy lejos de comprender esta obsesión. Pero hay un hecho cada día más innegable: el enamoramiento es un fenómeno tanto físico como psicológico. Y los mecanismos físicos se modifican con la evolución. El sistema límbico, el núcleo emocional del cerebro, es rudimentario en los reptiles pero está bien desarrollado en los mamíferos. Por lo tanto, en los próximos capítulos sostendré que nuestros antepasados heredaron la emoción primaria de la atracción animal que, unos cuatro millones de años atrás, con la evolución y la adaptación a un mundo enteramente nuevo en las praderas de África, se convirtió en la envolvente sensación del enamoramiento.

Pero atención, el enamoramiento desaparece. Como dijo Emerson: «El amor predomina durante la conquista; en la posesión, la amistad». En algún momento esa vieja magia negra se desvanece. En la adolescencia la «pasión» puede durar una semana. Los amantes que tienen contacto esporádico debido a alguna barrera, por ejemplo el océano o un anillo de casamiento, pueden en algunos casos sostener el embrujo durante muchos años.

Sin embargo, parece haber una regla que siempre se cumple. Tennov buscó establecer la duración del amor romántico a partir del momento en que se produce el mágico despertar hasta la aparición del «sentimiento neutral» para con la persona amada. Llegó a la siguiente conclusión: «El período más frecuente, así como el promedio, es de aproximadamente dieciocho meses a tres años». John Money concuerda, proponiendo que una vez que el contacto con la persona amada se vuelve regular, lo típico es que la pasión dure de dos a tres años[59].

Liebowitz sospecha que el final del enamoramiento tiene también un fundamento fisiológico. Formula la teoría de que el cerebro no puede sostenerse eternamente en el estado de exaltación de la felicidad romántica. Ya sea porque las terminaciones

nerviosas se habitúan a los estimulantes naturales del cerebro, o porque los niveles de FEA (y/u otras sustancias naturales semejantes a la anfetamina) comienzan a disminuir. El cerebro no tolera más el asalto de semejantes drogas. Como él lo sintetiza: «Si deseamos que perdure una situación de excitación con nuestra pareja a largo plazo, deberemos trabajarla, porque en cierto modo nos estaremos resistiendo a una marea biológica»[60].

Aquí surge una nueva y más insidiosa emoción: el apego, ese sentimiento cálido, cómodo y seguro del que hablan tantas parejas. Y Liebowitz está convencido de que, a medida que el enamoramiento pierde terreno y el apego crece, un nuevo sistema químico entra en acción: los opiáceos de la mente. Estas sustancias, las endorfinas (abreviatura de morfinas endógenas), son químicamente semejantes a la morfina, un opiáceo, un narcótico. Como la FEA, la endorfina reside en las terminaciones nerviosas del cerebro, se traslada de un nervio a otro a través de las sinapsis y se acumula en puntos específicos del cerebro. A diferencia de la FEA, serenan la mente, eliminan el dolor y reducen la ansiedad.

Liebowitz considera que, en la etapa del apego, las parejas se provocan mutuamente la producción de endorfinas, y de este modo surge la sensación de seguridad, estabilidad y tranquilidad. Ahora los amantes pueden conversar, comer y dormir en paz[61].

Nadie ha especulado acerca de la duración de la etapa del apego, ya sea en el cerebro o en el vínculo. Yo pienso que depende de las características de cada cerebro humano, de las circunstancias sociales y de la edad. Como se comprobará a lo largo de la lectura de este libro, con el paso de los años es más fácil permanecer en esta etapa. Pero la sensación de enamoramiento tiene tanto un principio como un final. Como Stendhal tan bien lo describe: «El amor es como una fiebre que llega y se va con total independencia de la voluntad».

¿Por qué el amor mengua y fluye? El ritmo del enamoramiento, como tantos otros aspectos del flirteo, puede ser parte de un esquema de la naturaleza, y estar delicadamente conectado en el cerebro por el tiempo, la evolución y arcaicos modelos de vinculación entre los seres humanos.

III. LOS VÍNCULOS HUMANOS
¿Es natural la monogamia?

Respira allí un hombre de piel tan dura, ¿quién dice que dos sexos no bastan?

SAMUEL HOFFENSTEIN

Cuando Darwin acuñó el concepto *supervivencia del más apto* no se refería a la belleza de los rasgos físicos ni a lo abultado de la cuenta bancaria; lo que hacía era ocuparse de nuestros hijos. Si traemos niños al mundo que traerán a su vez a otros, somos lo que la naturaleza define como aptos. Hemos traspasado nuestros genes a la siguiente generación y, en términos de supervivencia, ganamos la batalla. De modo que los sexos están atrapados en una danza de apareamiento, en la cual buscan eternamente la recíproca adaptación de los movimientos. Sólo en un tándem pueden hombres y mujeres reproducirse y mantener el pulso de la vida humana.

Esta danza de apareamiento —nuestra «estrategia de reproducción» humana básica— comenzó mucho, mucho tiempo atrás, cuando el mundo era joven y nuestros antepasados primigenios evolucionaron hasta adoptar dos sexos diferenciados.

¿POR QUÉ EL SEXO?

Las distintas especies responden de distinta manera. Algunas, como una variedad de lagartijas de cola azotadora, han eliminado por completo lo sexual. Esos pequeños reptiles recorren los chaparrales semiáridos del Sudoeste norteamericano. Durante la época de cría cada uno desarrolla de ocho a diez huevos no fertilizados que empollarán como perfectas réplicas de sí mismos. Semejante tipo de reproducción asexuada —la partogénesis o alumbramiento virgen— tiene sus ventajas. Las lagartijas de cola azotadora no pierden tiempo ni energía cortejándose. No mezclan sus genes con los de otros ejemplares, individuos que podrían tener características genéticas inferiores. No necesitan acarrear pesadas cornamentas como el ante macho a fin de pelear con otros pretendientes, ni extravagantes plumas en la cola como los pavos reales para seducir a las hembras. Ni siquiera atraen a los depredadores

mientras se cortejan o copulan. Y sus crías presentan el ciento por ciento de su ADN.

¿Es necesario el amor entre sexos? No para las lagartijas de cola azotadora de las praderas desérticas, para las matas de diente de león o de mora, para los álamos crespos o los asexuados pastos silvestres. Estas especies sencillamente prescinden del apareamiento[62].

Y sin embargo, a pesar de las enormes ventajas darwinianas de la asexualidad, nuestros antepasados y muchas otras criaturas eligieron la vía sexual de reproducción por al menos dos razones. Los individuos que se aparean introducen en sus crías una característica vital: la variedad. Un collie y un caniche pueden dar origen a un cachorro que no se asemejará a ninguno de los dos. Ello puede tener consecuencias negativas: algunas veces la mezcla da por resultado un mal producto. Pero la recombinación crea nuevas «personalidades» genéticas. Algunas morirán. Pero otras vivirán y resistirán el eterno esfuerzo de la naturaleza por eliminar a los más débiles.

Recientemente los biólogos propusieron una explicación más sutil para el hecho de que nuestros ancestros evolucionaran hacia la reproducción sexual: confundir al enemigo[63]. Esto se conoce como la hipótesis de la Reina Roja, en referencia a un incidente en el libro de Lewis Carroll *A través del espejo*.

La Reina Roja toma a Alicia del brazo, y cogidas de la mano se lanzan a correr en forma alocada. Pero cuando se detienen, están exactamente en el lugar de partida. La Reina explica esta extraña circunstancia a Alicia diciendo: «Bueno, como ves, es necesario correr todo lo posible para permanecer donde uno estaba». Traducido al lenguaje evolucionista, esto significa que las criaturas que cambian con regularidad son biológicamente menos vulnerables a las bacterias, virus y demás parásitos que las atacan. De ese modo, la reproducción sexual evolucionó para eludir los gérmenes personales[64].

Pero ¿por qué *dos* sexos: masculino y femenino? ¿Por qué nuestros primeros progenitores no eligieron una estrategia reproductora que permitiera a cualquier individuo intercambiar su material genético con el de otro individuo?

Las bacterias lo hacen. Los organismos simplemente se juntan e intercambian ADN. A puede aparearse con B; B puede aparearse con C; C puede aparearse con A; todos y cada uno pueden aparearse con quien se les antoje. Las bacterias no tienen diferencias sexuales[65]. Sin embargo, a diferencia de las bacterias, los remotos antepasados del hombre (y de muchas otras criaturas) se diferenciaron en dos grandes grupos: hembras con grandes óvulos indolentes que contienen ADN y sustanciosos nutrientes, y machos con espermatozoides pequeños y ágiles, desprovistos de todo salvo de sus genes.

Nadie sabe cómo los dos sexos se diferenciaron de la pegajosa sustancia inicial. Una posible explicación es que nuestros primeros antepasados sexuados tuvieron ciertas semejanzas con las bacterias pero fueron de mayor tamaño, formas

multicelulares de vida que producían células sexuales (gametos) que contenían la mitad de su ADN. Como las bacterias, cada individuo producía gametos capaces de combinarse con cualquier otro gameto. Pero algunos organismos diseminaron grandes gametos rodeados de una gran cantidad de citoplasma nutritivo. Otros esparcieron células sexuales más pequeñas con menos alimento. Un tercer grupo eyectó pequeños gametos casi desprovistos de nutrientes.

Todas estas criaturas sexuadas lanzaron sus células sexuales en las corrientes marinas. Sin embargo, cuando dos gametos pequeños se juntaban carecían de los nutrientes suficientes para la subsistencia. Si se unían dos células sexuales grandes, eran demasiado torpes para seguir adelante. Pero cuando un gameto pequeño, ágil y libre de trabas, una protoesperma, se unía con un gameto recubierto de nutrientes, un protóvulo, el nuevo organismo sobrevivía a sus precarios comienzos. Y con el tiempo evolucionaron dos sexos separados, uno que portaba los óvulos, el otro que llevaba la esperma[66].

Hay aspectos de ésta teoría que son objetables, y además existen otras hipótesis[67]. Lamentablemente, no disponemos de organismos vivos que reflejen los hábitos de nuestros primeros antepasados sexuados. Sin embargo y de alguna manera, miles de millones de años atrás aparecieron individuos de dos razas complementarias. Más tarde surgieron dos sexos separados. Sus crías, siempre diferentes, vivieron y se multiplicaron a lo largo de la eternidad de nuestro inquieto y cambiante pasado.

SENDEROS SEXUALES QUE NUESTROS ANTEPASADOS NO EXPLORARON

Sorprende que nuestros rudos antepasados no hayan optado por la vida sexual de las fresas, las cuales, como la lagartija de cola azotadora, pueden reproducirse asexualmente pero que también se aparean sexualmente. Cuando las fresas se sienten seguras, la zona no ha sido explotada y el entorno es estable, se reproducen por clonación. ¿Para qué molestarse por el sexo? Cuando el espacio es escaso, forzando a las fresas a dispersarse por tierras que no tenían previstas, emiten flores y se aparean. Después de que las pioneras se instalan, recurren nuevamente a la reproducción clónica.

Los gusanos de tierra utilizan otra variante de la sexualidad. Estos animales son al mismo tiempo macho y hembra; pueden autofecundarse. Pero la mayoría de las plantas y animales hermafroditas se toman grandes trabajos para evitar la autofertilización, un proceso que presenta los déficits tanto de la sexualidad como de la asexualidad.

Tal vez la forma más excéntrica de reproducción, comparada con la humana, sea la de ciertos individuos capaces de adoptar un sexo u otro. Entre éstos se encuentran unos peces que habitan la Gran Barrera de Arrecifes de Australia. Conocidos como

peces limpios o *Labroides dimidiatus*, esos habitantes de los arrecifes viven en grupos formados por un macho y cinco o seis hembras. Si el único macho muere o desaparece, la hembra más poderosa comienza a metamorfosearse en macho. En pocos días «ella» se convierte en «él».

Si los hombres y las mujeres fueran capaces de reproducirse por clonación, si pudiéramos tener ambos sexos a la vez, o si pudiéramos transformarnos totalmente en pocas horas pasando de un sexo a otro, es probable que nunca hubiésemos desarrollado nuestra mirada seductora, nuestra expresión para el flirteo o la fisiología cerebral que nos prepara para el enamoramiento y el apego. Pero los antepasados de la especie humana, como la mayoría de las demás especies vivientes, no eligieron la vida sexual de las fresas clónicas, de los gusanos hermafroditas o de los peces transexuales. Nos convertimos en hombres y mujeres, en subespecies que debemos mezclar nuestros genes o deslizamos al olvido.

La cópula no es la única forma que tenemos de garantizar nuestro futuro genético. Una segunda forma de que los organismos sexuados propaguen su ADN es la conocida como selección por parentesco[68]. El nombre deriva de una realidad de la naturaleza: todo individuo comparte su estructura genética con sus parientes. De la madre el niño recibe la mitad de sus genes; del padre, la otra mitad. Si un niño tiene hermanos o hermanas de los mismos padres, comparte la mitad de sus genes con cada uno de ellos. Un octavo de sus genes es compartido con sus primos, etcétera. De modo que si un hombre o una mujer pasan toda la vida criando a parientes genéticos, están en realidad contribuyendo al desarrollo de su propio ADN. Cuando los parientes genéticos sobreviven, uno sobrevive, de allí el concepto de «aptitud inclusiva»[69]. No en vano todos los pueblos del mundo tienden a favorecer a sus consanguíneos.

Sin embargo, el camino más directo a la posteridad es el apareamiento. En realidad, todos nuestros rituales humanos relacionados con el galanteo y el apareamiento, el casamiento y el divorcio, pueden ser considerados como guías a través de las cuales hombres y mujeres se seducen entre sí a fin de reproducirse, lo que los biólogos denominan estrategias reproductivas. ¿En qué consisten estos juegos de apareamiento?

Los hombres, del mismo modo que las mujeres, tienen dos alternativas que se reconocen fácilmente con sólo contar cabezas. El hombre puede formar pareja con una sola mujer por vez: monoginia (del griego *mono,* «uno», y *ginia,* «hembra»), o puede tener varias parejas simultáneas: poliginia (varias mujeres). Las mujeres tienen dos posibilidades semejantes: la monandria (un hombre) o la poliandria (varios hombres). Son los términos que suelen utilizarse para describir los diferentes tipos de matrimonios humanos. De este modo, el diccionario define *monoginia* como «la

situación o costumbre de tener una sola esposa por vez», *monandria* como «un marido», *poliginia* como «varias esposas», y *poliandria* como «varios maridos». *Monogamia* significa «un cónyuge»; *poligamia* connota «varios cónyuges», sin definición de sexo[70].

Por lo tanto, monogamia no implica fidelidad.

Es importante tener esto en cuenta: la palabra monogamia casi siempre se emplea de forma equivocada. El *Oxford English Dictionary* define la monogamia como «la condición, regla o costumbre de estar casado con sólo una persona a la vez». Esto no implica que los integrantes de la pareja sean sexualmente fieles entre sí. Los zoólogos James Wittenberger y Ronald Tilson emplean el término *monogamia* para referirse a «una asociación prolongada y una relación de apareamiento esencialmente exclusiva entre un hombre y una mujer»[71]. Pero la fidelidad no es tampoco un elemento central de esta definición científica. Agregan: «Con las palabras "esencialmente exclusiva" queremos decir que la existencia de apareamientos furtivos ocasionales fuera del vínculo de la pareja (o sea, "engaños") no significa que la monogamia no exista».

Por lo tanto, *monogamia* y *fidelidad* no son sinónimos. Es más, el adulterio generalmente va de la mano de la monogamia, así como de la de otras estrategias reproductivas aquí enumeradas[72].

EL *PEYTON PLACE* DE LA NATURALEZA

Los mirlos de alas rojas macho, por ejemplo, controlan un gran territorio pantanoso durante la época de apareamiento. Varias hembras se unen a un solo macho en su parcela de territorio y copulan sólo con él: monandria. Al menos eso se cree. Hace poco un grupo de científicos realizaron vasectomías de algunos de estos machos antes de la época de apareamiento[73]. Las hembras se unieron luego a los machos neutralizados, copularon con ellos e hicieron nido dentro de su espacio: nada extraordinario.

Sin embargo, muchas hembras pusieron huevos fértiles. Resulta evidente que las hembras monándricas en cuestión no habían sido fieles a sus parejas. Para asegurarse de este hecho, los científicos tomaron muestras de sangre de los pichones de treinta y una hembras de mirlo de alas rojas. Casi la mitad de los nidos contenían uno o más pichones cuyo padre no era el dueño de la casa. La mayoría de las hembras habían copulado con «vecinos», es decir, con machos que vivían en la parcela de al lado[74].

El adulterio es común también en otras especies. Los ornitólogos han observado estas cópulas extramaritales, o «traiciones», en más de cien especies de pájaros monogámicos. Los titís, pequeños monos sudamericanos, en su variedad femenina de marmosetos y tamarinos, así como muchas otras hembras mamíferas monogámicas que se pensaba eran el paradigma de la virtud, también «engañan». Los pantanos, las

praderas, los bosques que cubren la superficie de la tierra, serían algo así como el *Peyton Place* de la naturaleza.

El que no haya verificado por sí mismo la combinación de monogamia e infidelidad en las hembras de mirlo o en las monas titís, seguramente habrá verificado la existencia de la infidelidad entre la gente. Todos los hombre y mujeres de los Estados Unidos son, por definición, monógamos. La bigamia está penada por la ley. Según cálculos recientes, más del 50% de los norteamericanos casados son asimismo adúlteros[75]. Nadie puede comprobar la precisión de estas cifras. Pero nadie negará que el adulterio existe en todas las culturas del mundo.

He aquí, entonces, lo que nos importa. En algunas culturas los hombres tienen una sola esposa mientras otros, en otras sociedades, tienen un harén. Algunas mujeres se casan con un solo hombre, mientras que otras tienen varios maridos a la vez. Pero el matrimonio es sólo una parte de nuestra estrategia de reproducción humana. Las relaciones sexuales extramaritales son con frecuencia un componente secundario y complementario de nuestras tácticas *mixtas* de apareamiento. Por otra parte, antes de explorar la amorfa confusión del adulterio humano, querría ver qué ocurre con los modelos humanos de apareamiento que están a la vista, nuestros sistemas de matrimonio[76].

Quizá la más curiosa característica compartida por ambos sexos sea que deseen casarse. El matrimonio es culturalmente universal; predomina en todas las sociedades del mundo. Más del 90% de los hombres y mujeres norteamericanos se casan. Los registros a través de censos modernos se remontan hasta mediados del siglo pasado[77]. Mediante el estudio de registros parroquiales y judiciales, y de listados de defunciones y matrimonios, en noventa y siete sociedades industrializadas y agrícolas, el Departamento de Estadística de las Naciones Unidas reunió información sobre casamientos realizados a partir de 1940. Entre 1972 y 1981 un promedio del 93,1% de las mujeres y 91,8% de los hombres estaban casados al llegar a la edad de cuarenta y siete años[78].

El matrimonio también es la norma en regiones donde aún no se llevan registros. Para los indios cashinahua de Brasil el casamiento es una cuestión secundaria. Cuando una adolescente comienza a interesarse en la posibilidad de contraer matrimonio y obtiene la autorización de su padre, le pide al futuro marido que la visite en su hamaca cuando la familia se retira a dormir. El pretendiente debe desaparecer antes del amanecer. Gradualmente va trayendo sus posesiones a la casa de la familia. Pero al matrimonio no se le presta mayor atención hasta que la mujer queda embarazada o la relación tiene como mínimo un año de existencia. En la India, en cambio, los padres le eligen marido a su hija a veces antes de que la niña aprenda a caminar. Existen varios ritos de esponsales sucesivos. Tiempo después de haberse

consumado el matrimonio, las familias de la novia y el novio continúan intercambiando propiedades de acuerdo con los términos negociados con años de antelación.

Las costumbres varían en lo que respecta al casamiento. Pero desde las estepas de Asia hasta los arrecifes coralinos del Pacífico occidental, la enorme mayoría de los hombres y de las mujeres se desposan. Más aún, en todas las sociedades tradicionales el matrimonio marca el umbral de la entrada a la vida adulta; las solteras y los solteros son raros.

¿Cuáles son las estrategias matrimoniales de hombres y mujeres? Si bien sostengo que la monogamia, o vínculo de pareja, es la marca de fábrica del animal humano, es incuestionable que una minoría de hombres y mujeres se guían por otros cánones. Los hombres son más variables como sexo, de modo que empecemos por ellos.

LA FORMACION DE UN HAREN

«Hogamus, higamus, los hombres son polígamos», dice la cantilena. Sólo el 16% de las ochocientas cincuenta y tres culturas estudiadas prescriben la monoginia, en la cual al hombre se le permite sólo una esposa por vez[79]. Las culturas occidentales son parte de ese 16%. Somos una minoría, por lo tanto. Un clamoroso 84% de todas las sociedades humanas permiten que el hombre tome varias esposas a la vez: poliginia.

A pesar de que los antropólogos han gastado mucha tinta y papel para describir hipotéticos motivos culturales que expliquen la difundida tolerancia con los harenes, se la puede explicar con un simple principio de la naturaleza: la poliginia proporciona a los hombres enormes beneficios genéticos[80].

Según los datos de que disponemos, el hombre que mayor éxito tuvo en la formación de harenes fue Moulay Ismail el Sanguinario, un emperador de Marruecos. *El Libro Guinness de los récords mundiales* informa que Ismail engendró 888 niños con sus múltiples esposas. Pero es posible que lo hayan superado. Algunos emperadores chinos muy «trabajadores» copulaban con más de mil mujeres, las cuales se turnaban de modo que visitaran los aposentos reales en el momento de mayor fertilidad. Estos privilegiados jefes de Estado, sin embargo, no son los únicos que han experimentado los harenes. La poliginia es extremadamente común en algunas sociedades del África occidental, donde más o menos el veinticinco por ciento de los hombres mayores tienen dos o tres esposas al mismo tiempo.

En términos occidentales, el ejemplo más pintoresco de formación de harenes es el de los tiwi, que habitan la isla Melville, a unos cuarenta kilómetros de la costa norte de Australia.

En esta gerontocracia la tradición establecía que todas las mujeres debían casarse,

incluso las que aún no habían sido concebidas. Así pues, tras la primera menstruación las niñas púberes emergían del aislamiento provisional de los bosques para saludar a su padre y a su futuro *yerno*. Tan pronto como encontraba a estos hombres, la niña se echaba en la hierba y fingía dormir. Delicadamente, el padre colocaba una lanza de madera entre sus piernas, a continuación entregaba esa arma ceremonial a su compañero, que la palmeaba, la abrazaba y se dirigía a ella como a su esposa. Mediante esta simple ceremonia, el amigo del padre —hombre de unos treinta años— acababa de contraer matrimonio con todas las hijas *no concebidas* que la niña púber daría a luz algún día.

Debido a que se comprometían con bebés que todavía no habían sido gestados, los hombres tenían que esperar hasta pasar los cuarenta años para hacer el amor a sus esposas púberes. Los hombres jóvenes copulaban, naturalmente; los amantes se escapaban al bosque constantemente. Pero los muchachos ansiaban el prestigio y el poder que aportaba el matrimonio. De modo que aprendían a negociar, a trocar promesas, comida y trabajo por riquezas y esposas potenciales para más adelante. Así, mientras acumulaban consortes y engendraban hijos, los hombres lograban el control de las hijas no concebidas de sus hijas, a las que casaban con sus amigos a cambio de aún más esposas potenciales[81]. Al llegar a los setenta años de edad, un hábil caballero tiwi podía haber acumulado hasta diez esposas, si bien la mayoría tenía muchas menos.

Este tradicional sistema tiwi de enlace se mantuvo vigente hasta la llegada de los europeos. A causa de las grandes diferencias de edad entre los cónyuges, los hombres y las mujeres se casaban varias veces. A medida que avanzaban en edad, las mujeres tiwi preferían que sus nuevos maridos fueran hombres jóvenes. Los hombres y las mujeres maduras disfrutaban de la ingeniosa negociación que esto implicaba.

Y según decían los tiwi, todo el mundo gozaba de la variedad en materia sexual.

Las mujeres en la mayoría de las sociedades intentan impedir que sus maridos desposen a mujeres jóvenes, si bien están más dispuestas a aceptar como coesposa a una hermana menor. Las mujeres tampoco quieren ser la esposa más joven. Además de los celos crónicos y de las batallas para llamar la atención del esposo, las mujeres casadas con el mismo hombre tienden a enfrentarse por la comida y los demás recursos que suministra el marido común. Sin embargo, llega un punto en que las mujeres desean entrar en un harén, un Rubicón conocido como el umbral de la poliginia[82].

Esta era la situación entre los indios piesnegros, habitantes de las praderas de Norteamérica a fines del siglo XIX. A esas alturas la guerra se había vuelto crónica y las bajas eran enormes, de modo que los hombres piesnegros disponibles se volvieron muy escasos. Las mujeres necesitaban maridos. Al mismo tiempo, los hombres

necesitaban más esposas. Los caballos y las armas de fuego adquiridas a los europeos permitían a los indios cazar más búfalos que los que mataban a pie, con arco y flechas. Los cazadores más hábiles necesitaban manos extra para teñir las pieles, columna vertebral de su poderío comercial. Esto inclinó la balanza. Las jóvenes solteras preferían ser la segunda esposa de un hombre rico a ser la única de uno pobre, o a permanecer solteras[83].

La poliginia también se practica en los Estados Unidos. A pesar de que la formación de harenes es ilegal aquí, algunos hombres mormones toman varias esposas por razones religiosas. Sus precursores en la Iglesia de los Santos de Jesucristo de los Ultimos Días, fundada en 1831 por Joseph Smith, originalmente establecían que los hombres debían tomar más de una esposa. Y si bien la Iglesia mormona dio oficialmente la espalda a la poliginia en 1890, algunos devotos fundamentalistas mormones aún practican los matrimonios plurales. No sorprende descubrir que muchos mormones que practican la poliginia son además hombres acaudalados[84].

Si la poliginia estuviera permitida en Nueva York, Chicago o Los Ángeles, un feligrés de la Iglesia episcopal con un patrimonio de doscientos millones de dólares posiblemente también atraería a varias mujeres jóvenes dispuestas a compartir su amor y su billetera[85].

De modo que los hombres desean la poliginia para desparramar sus genes, mientras que las mujeres ingresan en los harenes para obtener recursos y asegurar la supervivencia de sus hijos. Pero es importante recordar que éstas no son motivaciones conscientes. Si se le pregunta a un hombre por qué desea una segunda esposa, quizá responda que lo seduce su ingenio, su talento para los negocios, su espíritu dinámico o sus soberbias caderas. Si se le pregunta a una mujer por qué está dispuesta a «compartir» a un hombre, podría responder que le encanta la forma en que sonríe o los lugares a los que la lleva de vacaciones.

Pero al margen de las razones que ofrezcan las personas, la poliginia permite al hombre engendrar más hijos, y en las circunstancias adecuadas también la mujer obtiene beneficios reproductores. De modo que tiempo atrás los hombres ancestrales que buscaron la poliginia y las mujeres ancestrales que se avinieron a la vida de harén, sobrevivieron desproporcionadamente, inducidos en su selección por estos motivos inconscientes. No es para sorprenderse que los harenes surjan donde puedan.

El HOMBRE: UN PRIMATE MONOGÁMICO

A causa de las ventajas genéticas que la poliginia proporciona a los hombres y de que tantas sociedades permiten la poliginia, muchos antropólogos piensan que la

formación de harenes es una característica del animal humano. Yo no estoy de acuerdo. Evidentemente es una estrategia reproductiva secundaria *oportunista*. Pero en la gran mayoría de las sociedades en las que la poliginia está permitida, sólo del 5% al 10% de los hombres tiene en realidad más de una esposa a la vez[86]. A pesar de que la poliginia es un tema de discusión tan difundido, no es muy practicada.

En realidad, tras analizar doscientas cincuenta culturas, el antropólogo George Peter Murdock resume la polémica de la siguiente manera: «Un observador imparcial que empleara el criterio de la preponderancia numérica, se inclinaría a definir como monogámicas a casi todas las sociedades humanas conocidas, a pesar de que la abrumadora mayoría prefiere y de hecho practica la poliginia»[87]. En todo el mundo los hombres tienden a casarse con una sola mujer a la vez.

«Higamus, hogamus, las mujeres son monógamas». En efecto, las mujeres también tienden a tomar un solo marido: monandria. Todas las mujeres de las así llamadas sociedades monogámicas tienen un solo marido a la vez; nunca tienen dos esposos al mismo tiempo. En las así llamadas sociedades poliginias, la mujer también toma un solo marido, a pesar de que puede compartirlo con varias otras coesposas. Dado que en el 99,5% de las culturas del mundo la mujer se casa con un solo hombre a la vez, es razonable concluir que la monandria, un único esposo, es el modelo matrimonial abrumadoramente predominante para la hembra humana.

Esta afirmación no implica que las mujeres jamás formen un harén de hombres. La poliandria es rara. Sólo el 0,5% de las sociedades permiten a la mujer tomar varios maridos al mismo tiempo[88]. Pero, en ciertas circunstancias peculiares, por ejemplo cuando las mujeres son muy acaudaladas, el caso se presenta.

Los indios tlingit de Alaska meridional eran muy ricos antes de la llegada de los europeos. Vivían, como lo siguen haciendo, a lo largo de la costa de la región pesquera más abundante del mundo: el archipiélago de Alaska. Durante los meses de verano los hombres tlingit se dedicaban a la pesca del salmón y atrapaban miríadas de animales en los bosques contiguos a la costa. Las mujeres se unían a sus maridos durante la temporada estival de pesca y caza, cosechaban frutas pequeñas y plantas silvestres y convertían lo obtenido en pescado seco, ricos aceites, carnes ahumadas, pieles y valiosos bienes de intercambio como madera y corteza. Luego, en el otoño, hombres y mujeres recorrían la costa en expediciones de trueque.

Pero el comercio para los tlingit era esencialmente diferente del europeo. Las negociaciones estaban a cargo de las mujeres. Ellas establecían los precios, se ocupaban del regateo, cerraban los tratos y se embolsaban las ganancias. Las mujeres ocupaban con frecuencia lugares de prestigio[89]. Y no era raro que las mujeres adineradas tomaran dos maridos.

También se verifica la práctica de la poliandria en los Montes Himalaya, si bien por razones ecológicas muy diferentes. Las familias tibetanas opulentas de la región

montañosa de Limi, en Nepal, están decididas a mantener sus tierras unidas. Si dividen sus territorios entre los herederos, el precioso patrimonio se devaluará. Por otra parte, los padres necesitan varios hijos para trabajar la tierra, cuidar los rebaños de yaks y cabras y trabajar para los amos. De modo que, si una pareja tiene varios hijos, los inducirán a compartir la esposa. Desde el punto de vista de la mujer, esto es poliandria.

No es de extrañar que los coesposos tengan problemas entre sí. Los hermanos son a menudo de diferente edad, y una esposa de veintidós puede encontrar que su marido de quince es inmaduro y en cambio su marido de veintisiete es excitante. Los hermanos menores tienen que avenirse al favoritismo sexual para poder permanecer en la tierra de la familia, aunque rodeados, de joyas, tapices, caballos: la buena vida. Pero los resentimientos fermentan.

La poliandria es rara entre las personas, y también entre los animales, por poderosas razones de orden biológico[90]. Los pájaros hembra y los mamíferos pueden engendrar sólo un número limitado de crías a lo largo de sus vidas. La gestación requiere tiempo. Los cachorros a menudo precisan de cuidados especiales hasta el destete. Las hembras necesitan intervalos fijos entre sucesivas gestaciones. Las mujeres, por ejemplo, no pueden gestar más de unos veinticinco hijos durante su vida. El récord lo batió una mujer rusa que dio a luz sesenta y nueve hijos, la mayoría nacimientos múltiples, a través de veintisiete embarazos. Pero esto es excepcional. La mayoría de las mujeres pertenecientes a culturas de economía agrícola-cazadora no dan a luz más de unas cinco criaturas[91]. La poliandria puede asegurar la subsistencia de los descendientes de una mujer, pero no hará que una mujer engendre más de un número limitado de criaturas.

Para los hombres, la poliandria puede significar un suicidio genético. Los mamíferos macho no son los que engendran a sus hijos, no les dan de mamar. De modo que, tal como hacían los antiguos emperadores chinos, cualquier hombre puede engendrar miles de crías, si logra organizar un desfile de parejas y soporta el agotamiento sexual. Por lo tanto, si un hombre integra el harén de una sola mujer, mucho esperma suyo se desperdiciará.

LA VIDA EN LAS HORDAS

Todavía más fuera de lo común que la poliandria es el «matrimonio de grupo», la poliginandria, término derivado del griego «muchas mujeres y varones». Esta táctica sexual merece ser mencionada no a causa de su frecuencia, sino porque pone de manifiesto el rasgo más importante en los vínculos humanos.

Pueden contarse con los dedos de la mano los pueblos que practican este tipo de

matrimonio. Entre ellos están los pahari, una tribu del norte de la India. Allí las esposas son tan costosas que algunas veces dos hermanos juntan su dinero para poder pagar «el precio de una esposa» al padre de una muchacha. Esta se casa con ambos a la vez. Luego, si los hermanos prosperan, compran una segunda esposa. Aparentemente, las dos esposas hacen el amor con ambos maridos[92].

Los enlaces grupales se llevan a cabo en los Estados Unidos en las comunas sexuales que surgen cada década[93]. Pero el ejemplo clásico es la comunidad oneida, y lo que ocurrió en ella ilustra cómo funciona el más esencial aspecto de los juegos humanos de apareamiento.

Esta colonia de vanguardia comenzó a funcionar en la década de 1830 a instancias de un fanático religioso, John Humphrey Noyes, un hombre osado y sexualmente enérgico que deseaba fundar una utopía cristiano-comunista[94]. En 1847 esta comunidad se instaló en Oneida, Nueva York, donde funcionó hasta 1881. Cuando estaba en su apogeo, más de quinientas mujeres, hombres y niños trabajaban las tierras comunales y fabricaban las trampas de acero que vendían al resto del mundo. Todos vivían en el mismo edificio, Mansión House, que sigue existiendo. Cada mujer u hombre adulto tenía su propio dormitorio, pero todo lo demás era compartido, incluso los niños que aportaban a la comunidad, sus ropas y sus parejas.

Noyes gobernaba. El amor romántico por una persona en particular era considerado egoísta y vergonzante. Los hombres tenían prohibido eyacular a menos que una mujer hubiese pasado la menopausia. Ningún niño debía nacer. Y se suponía que todos copulaban con todos.

En 1868 Noyes levantó la prohibición de reproducirse y, autorización especial mediante, varias mujeres dieron a luz. Noyes y su hijo engendraron a doce de los sesenta y dos niños que nacieron en los dos o tres años siguientes. Pero los conflictos entre los integrantes de la comunidad fueron aumentando. Se esperaba que los hombres más jóvenes fecundaran a las mujeres mayores, mientras que Noyes tenía prioridad sobre todas las niñas púberes. En 1879 los hombres se rebelaron y acusaron a Noyes de violar a varias jóvenes. El hombre huyó. En pocos meses la comunidad se disolvió.

Lo más interesante del experimento sexual oneida es lo siguiente: a pesar de su tiránico reglamento, Noyes nunca fue capaz de evitar que hombres y mujeres se enamoraran y formaran parejas clandestinas. La atracción entre las personas era más poderosa que sus decretos. En rigor, ningún experimento occidental de matrimonios grupales ha logrado sostenerse por muchos años. Como dice Margaret Mead: «No importa cuántas comunidades se inventen, la familia siempre vuelve a infiltrarse»[95]. El animal humano parece estar psicológicamente condicionado para formar pareja con una sola persona.

¿Es natural la monogamia?

Sí.

Por supuesto, hay excepciones. Si se les da la oportunidad, los hombres a menudo eligen tener varias esposas para ampliar su perdurabilidad genética. La poliginia también es natural. Las mujeres se integran en harenes cuando los recursos que obtendrán pesan más que las desventajas. La poliandria es natural. Pero las coesposas entran en conflicto. Los coesposos también se pelean. Tanto hombres como mujeres tienen que ser persuadidos por los bienes materiales para decidirse a compartir al cónyuge. Mientras los gorilas, los caballos y los animales de muchas otras especies *siempre* forman harenes, entre los seres humanos la poliginia y la poliandria parecen ser opciones excepcionales y oportunistas. La monogamia es la regla general[96]. No es casi nunca necesario persuadir a los seres humanos de que formen pareja. Lo hacemos naturalmente. Flirteamos. Nos enamoramos. Nos casamos. Y la inmensa mayoría de nosotros se casa con una sola persona a la vez.

El vínculo de a dos es una característica del animal humano.

EL AMOR CONVENIDO

No por eso pensamos que todos los hombres y mujeres llegan al matrimonio enamorados uno del otro. En casi todas las sociedades tradicionales el primer matrimonio del hijo o la hija es negociado[97]. En los casos en que las familias se valen del matrimonio para lograr alianzas —por ejemplo, entre muchos pueblos agricultores tradicionales de Europa y África del norte, así como en la India, China y Japón preindustriales—, una pareja joven puede llegar a contraer enlace sin siquiera haberse conocido previamente. Pero en la enorme mayoría de las culturas se busca el acuerdo del varón y la mujer antes de seguir adelante con los planes de la boda.

Los egipcios modernos son un buen ejemplo. Los padres de los potenciales cónyuges organizan un encuentro entre los jóvenes. Si se gustan, los padres comienzan a proyectar el casamiento. Aun en plena ciudad de Nueva York, los chinos, coreanos, judíos originarios de Rusia, hindúes occidentales y árabes tradicionales con frecuencia presentan a sus hijos e hijas a pretendientes adecuados y los inducen a casarse.

Resulta interesante que en muchos casos estas personas se enamoran. En la India el fenómeno está bien documentado. A los niños hindúes se les inculca que el amor marital es la esencia de la vida. De modo que hombres y mujeres a menudo ingresan en la vida de casados llenos de entusiasmo, *confiando* en que florecerá un idilio. Y, en efecto, a menudo surge el idilio. Como explican los hindúes: «Primero nos casamos, luego nos enamoramos»[98]. No me sorprende. Dado que el amor puede ser disparado

por una sola mirada en un determinado momento, no es de extrañar que algunos matrimonios convenidos se conviertan rápidamente en vínculos amorosos.

¿A qué hemos llegado, entonces? La estrategia reproductora humana básica es por lo tanto la monogamia, un cónyuge, a pesar de que los seres humanos a veces viven en harenes. Pero no es posible destruir el amor romántico. Aun en los casos en que hombres y mujeres viven con varios esposos a la vez, hay una pareja a la que prefieren. En las comunidades de sexo libre hombres y mujeres tienden a formar pareja. Aun cuando los matrimonios son el resultado de convenios estrictos y el amor romántico está proscrito, el amor aparece, como tan bien ilustra la novela *La familia*, de Ba Jin.

Jin describe la vida en un hogar chino tradicional en la década de 1930. Oscilando entre el ancestral mandato chino del amor filial y los valores modernos del individualismo, los jóvenes hijos de un tiránico anciano luchan por otorgar sentido a sus vidas. El mayor acepta su destino y un matrimonio convenido. Pero cada día sufre por su amada, una novia que muere de amor por él. La sirvienta de la familia se arroja a las aguas de un lago y se ahoga; no pertenece a la clase social adecuada para casarse con el hijo del que está enamorada y quiere evitar el matrimonio convenido con un viejo desagradable. Bajo la luz de la luna, el hijo menor abandona la propiedad familiar buscando realizarse en una ciudad de la China occidental donde las costumbres son más modernas. Mientras todos estos hechos ocurren, el viejo patriarca cena con su concubina, una mujer de la que se enamoró años antes.

Durante cientos de años la tradición china intentó doblegar el enamoramiento. El destino, la resignación y la obediencia eran inculcados a los jóvenes. Y la más denigrante de todas las prácticas del mundo —la de vendarles los pies, que tiene más de mil años de antigüedad— mantenía a la joven esposa en su telar, evitando que huyera de la casa del esposo. Hoy en día, sin embargo, los chinos han comenzado a abandonar la tradición de convenir los matrimonios. Cada vez más personas compran novelas románticas, cantan canciones sentimentales, se dan cita, se divorcian de parejas a las que nunca amaron y eligen sus propios cónyuges. Llaman a estas nuevas convenciones «amor libre».

Existen tabúes, mitos, rituales y un sinfín de invenciones culturales que instan a los jóvenes del mundo entero a formalizar matrimonios convenidos. Sin embargo, donde estos casamientos pueden disolverse, como en Nueva Guinea, en los atolones del Pacífico, en gran parte de África y en el Amazonas, es común que las personas se divorcien y vuelvan a casarse con personas que eligen por sí mismas. Flirtear, enamorarse, formar pareja, es característico de la naturaleza humana.

¿Por qué algunos de nosotros rompemos nuestros votos de fidelidad sexual?

IV. ¿POR QUÉ EL ADULTERIO?
La naturaleza de la infidelidad

> Que podamos considerar nuestras a tan delicadas criaturas y no a sus apetitos. Preferiría ser un escuerzo, y vivir de los vapores de una mazmorra, antes que reservar una parte de lo que amo para que lo disfruten otros.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

A lo largo de la costa meridional del Adriático, las playas italianas se ven interrumpidas cada tanto por colinas rocosas que descienden hasta el mar. Aquí, detrás de las rocas, en cavernas aisladas con piscinas naturales de agua arenosa y poco profunda, los jóvenes hombres italianos seducen a las mujeres extranjeras que han conocido en los hoteles de temporada, las playas, bares y lugares de reunión. Aquí los muchachos pierden la virginidad antes de los veinte años y perfeccionan sus dotes sexuales, contabilizan sus conquistas y desarrollan una reputación como audaces y apasionados amantes italianos, personaje que cultivarán durante el resto de sus vidas.

Debido a que las mujeres italianas locales están demasiado vigiladas como para que puedan acceder a ellas y como la prostitución no se practica en estos pueblos, los jóvenes dependen del turismo de temporada para su educación sexual hasta que se casan. Pero al llegar a la madurez estos hombres ingresan en una nueva red de vínculos sexuales, un sistema complejo y cuasiinstitucionalizado de relaciones extramaritales, con las mujeres del lugar. Con el tiempo, estos donjuanes aprenden a comportarse con discreción y cumplen con una serie de estrictas reglas que todo el mundo comprende.

Tal como concluye la psicóloga Lewis Diana, el adulterio es más bien la regla que la excepción en estos pueblos que salpican la costa adriática meridional; prácticamente todos los hombres tienen una amante a la que visitan con regularidad durante los días de semana, ya sea cerca del mediodía o al anochecer, mientras los maridos aún trabajan en los viñedos, los botes de pesca, los pequeños comercios minoristas, o están ocupados en sus propios asuntos clandestinos.

En general, los hombres de clase media o alta mantienen prolongadas relaciones

con mujeres casadas de su misma clase o de una clase inferior. Algunas veces los jóvenes sirvientes visitan a las esposas de sus patrones, mientras los hombres de prestigio se citan con sus criadas o cocineras. Pero las relaciones más duraderas son las que mantienen los hombres y mujeres casados con otros; muchos de estos vínculos duran varios años y algunas veces toda la vida.

Las únicas relaciones tabú son aquellas entre mujeres mayores y sin compromisos, y los hombres jóvenes y solteros, en general porque los hombres jóvenes gustan de alardear. El chismorreo es insoportable. En estos pueblos, la familia sigue siendo el fundamento de la vida social, y las murmuraciones ponen en peligro el secreto de la red de relaciones extramaritales y, por consiguiente, la cohesión comunitaria y la vida de familia. De modo que, aunque la infidelidad sea un lugar común entre los adultos —un hecho conocido por la mayoría debido a la falta de intimidad—, se respeta un código de absoluto silencio. La vida de familia debe ser preservada.

Esta complicidad colectiva fue quebrada en una oportunidad cuando un comerciante italiano retirado de los negocios y que había vivido en los Estados Unidos desde la infancia, hizo un comentario en un club de hombres acerca de una mujer que deseaba seducir. Todos los que lo rodeaban se quedaron en absoluto silencio. Acto seguido, cada uno de ellos se levantó y se alejó. Como informa Diana: «El hombre había cometido un desliz monumental. Ningún hombre casado habla jamás de su interés por otras mujeres. El tabú es estricto e inquebrantable. Ya es bastante difícil la vida como para poner en peligro uno de sus escasos atractivos»[99].

A un océano de distancia, en la Amazonia, los vínculos extramaritales son igualmente furtivos, pero mucho más complejos. Los hombres y mujeres kuikuru, un grupo de aproximadamente ciento sesenta personas que viven en una misma aldea sobre las márgenes del río Xingú, en las selvas brasileñas, en general se casan poco después de la pubertad. Pero en algunos casos a los pocos meses de la boda, ambos cónyuges comienzan a tener amantes a los que llaman *ajois*[100].

Los *ajois* gestionan sus citas por medio de amigos; luego, a la hora convenida, salen caminando lentamente del territorio comunitario con la excusa de buscar agua, tomar un baño, ir de pesca o cuidar el jardín. En cambio, los enamorados se encuentran y se escabullen a algún distante claro de la selva donde conversan, intercambian pequeños regalos y hacen el amor. Informa el antropólogo Robert Carneiro que hasta los hombres y mujeres kuikuru de más edad se escapan regularmente de la aldea para un encuentro al atardecer. La mayoría de los aldeanos mantienen relaciones simultáneas con un número de amantes que oscila entre los cuatro y los doce.

Sin embargo, a diferencia de los hombres del litoral italiano, los kuikuru disfrutan conversando de estos asuntos. Hasta los niños pequeños suelen recitar la trama de las

relaciones *ajois*, del mismo modo que los niños norteamericanos repiten el abecedario. Sólo marido y mujer evitan hablar entre ellos de sus aventuras sexuales extramaritales, más que nada porque una vez enfrentados con los hechos, uno de los cónyuges podría sentirse obligado a denunciar a su cónyuge públicamente, una alteración del orden que nadie desea. Sin embargo, si una mujer hace ostentación de una de sus aventuras, o pasa demasiado tiempo fuera de la aldea y descuida sus obligaciones domésticas, el marido puede llegar a irritarse. Entonces se discute el problema públicamente. Pero los kuikuru consideran normal la libertad sexual; el castigo por adulterio es raro.

Existen varios estudios etnográficos —sin mencionar los incontables informes históricos y obras de ficción— que dan testimonio de la frecuencia de las relaciones sexuales extramaritales entre hombres y mujeres del mundo entero[101]. Si bien es cierto que flirteamos, nos enamoramos y nos casamos, los seres humanos también tendemos a ser sexualmente infieles a nuestros cónyuges. De modo que el presente capítulo explora este segundo aspecto de nuestra estrategia humana de reproducción: cómo varían las relaciones clandestinas; por qué el adulterio ha evolucionado.

LAS DIFERENTES CARAS DEL ADULTERIO

Los turu de Tanzania se conceden libertad sexual durante la ceremonia de pubertad de sus hijos varones. Durante el primer día de las fiestas, los amantes extramaritales danzan imitando la cópula y entonan canciones de exaltación del pene, la vagina y la cópula. Si estas danzas no son «calientes», o llenas de pasión sexual, como dicen los turu, la celebración fracasará. Esa noche los amantes consuman lo que insinuaron a lo largo de todo el día[102]. Más cercano a nosotros, los festejos de Carnaval también tienen un aire de liberalidad sexual.

El préstamo de la esposa, conocido como hospitalidad femenina, es habitual para los pueblos inuit (esquimales). Esta forma de adulterio surge de su concepto del parentesco. Si un marido está interesado en cimentar su amistad con un compañero de caza, puede ofrecerle los servicios de su esposa, pero sólo si ella está de acuerdo. Si todos se ponen de acuerdo, ella copulará con este socio a lo largo de varios días, e incluso semanas. Las mujeres también se ofrecen sexualmente a visitantes y extranjeros. Pero las mujeres inuit consideran estos vínculos extramaritales como preciosos ofrecimientos de una duradera amistad, no como una indiscreción social[103].

Tal vez la más curiosa costumbre que instituye el adulterio abierto sea la que nos viene de nuestra herencia occidental. En diversas sociedades europeas, el señor feudal se reservaba el derecho de desflorar a la novia de su vasallo la noche de la boda, una costumbre conocida como el *jus primae noctis*, de «derecho de la primera noche» o

«derecho de pernada». Algunos historiadores ponen en duda que esta tradición estuviera muy difundida, pero parece haber algunas pruebas de que los nobles escoceses realmente llevaban a la cama a las novias de sus súbditos[104].

Todo lo cual plantea el siguiente interrogante: ¿en qué consiste el adulterio? Las definiciones varían. Los lozi de África no asocian el adulterio con la relación sexual. Sostienen que si un hombre camina por un sendero junto a una mujer casada a la cual no lo une una relación de parentesco, o si la convida con cerveza o con rapé, ha cometido adulterio. Esto parece una exageración. Pero los norteamericanos tampoco asocian necesariamente el adulterio con hacer el amor. Si un hombre de negocios norteamericano se encuentra de visita en una ciudad e invita a comer a una colega atractiva y realiza con ella toda clase de actividades sexuales excepto la cópula, podría sentir que ha cometido adulterio, aunque no haya llegado al coito. Más aún, en una encuesta realizada por la revista *People* en 1986, el 74% de 750 encuestados consideró que no era necesario llegar a hacer el amor para cometer adulterio[105].

Los kofyar de Nigeria definen el adulterio de manera muy diferente. Una mujer insatisfecha con su marido que sin embargo no desee el divorcio puede tomar legítimamente un amante que vivirá con ella en la casa de su marido. Los hombres kofyar gozan del mismo privilegio. Y nadie considera estas relaciones extramaritales como adulterio.

El *Oxford English Dictionary* define el *adulterio,* como relaciones sexuales de una persona casada con alguien que no es el cónyuge. De modo que, de acuerdo con los valores occidentales, los hombres italianos, las mujeres esquimales y la esposa kofyar que buscó un amante, son adúlteros, mientras que el marido lozi y el norteamericano casado que invitó a una mujer con una copa, que tal vez hasta llegó al orgasmo con ella —pero sin llegar al coito—, no lo son. Las tradiciones culturales realmente inciden en la definición y la actitud de las personas respecto al adulterio.

En ningún lado es esto tan evidente como en las sociedades agrícolas donde la gente emplea el arado (en lugar de la azada) para cultivar la tierra, culturas como la japonesa, la china, la hindú tradicional o la europea preindustrial. En estas sociedades patriarcales, *adulterio* no era un término que siquiera se aplicara a los hombres; se lo consideraba un vicio principalmente femenino.

La aplicación parcial del término surgió en las culturas agrícolas junto con la creencia de que el varón es el portador de la «semilla» familiar. Era su responsabilidad reproducirse y traspasar su linaje. Pero sólo en la India se exigía que los hombres fueran fieles a sus esposas. En casi todo el territorio asiático, a los maridos se los estimulaba a tomar concubinas[106]. En China, donde los hombres estaban autorizados a tener una sola esposa legal, a menudo, cuando se incorporaban concubinas a la casa de la familia, se les asignaban departamentos privados, lujos y atenciones. Más aún, estas mujeres eran tratadas con mucho más respeto que una

amante occidental hoy en día, sobre todo porque las concubinas cumplían una función importante: concebían hijos. Y como sus hijos eran portadores de la sangre paterna, en China todas las criaturas nacidas fuera del matrimonio eran consideradas legítimas.

Un chino o un japonés tradicional sólo podía ser acusado de adulterio si dormía con la esposa de otro hombre. Esto era tabú. La sexualidad ilícita con una mujer casada era una violación de la dignidad del esposo de dicha mujer y de todos sus antepasados. En China los que violaban esta ley morían en la hoguera. En la India, si un hombre seducía a la esposa de su gurú, se lo podía obligar a sentarse sobre un disco de acero al rojo vivo y luego a cortar su propio pene. La única salida honorable para un japonés era el suicidio. En las sociedades agrícolas tradicionales de Asia, sólo las *geishas*, las prostitutas, las esclavas y las concubinas eran juego limpio. El sexo con ellas sencillamente no se consideraba adulterio.

Los derechos sexuales de la mujer en las sociedades tradicionales de India, China y Japón eran una cuestión totalmente diferente. La valía de una mujer se medía de dos maneras: por su habilidad para incrementar el patrimonio y prestigio de su esposo por medio de la dote que aportaba al matrimonio, y por la capacidad de su vientre de fecundar la semilla del esposo. Dado que la tarea de la mujer en la vida era producir descendientes para su pareja, debía llegar casta al matrimonio y mantenerse fiel a su esposo durante toda su vida. La paternidad debía estar garantizada para no poner en peligro la línea de herencia familiar paterna. Como resultado de todo esto, las niñas respetables generalmente eran dadas en matrimonio a los catorce años para no darles oportunidad de sucumbir a seductores clandestinos. A partir de ese momento, quedaba presa en la casa de su esposo para toda la vida, bajo supervisión de su familia política.

El sexo extramarital estaba estrictamente prohibido para las mujeres. Una mujer infiel no merecía vivir. Un hindú podía matar a su esposa adúltera. En China y Japón, en cambio, se esperaba que la mujer culpable se suicidara. En estas sociedades patriarcales, una esposa promiscua representaba una amenaza para la tierra del marido, para su patrimonio, su nombre y su posición. Tanto sus antepasados como sus descendientes estaban en peligro.

Entre los padres de la civilización occidental, esta aplicación de preceptos con relación al adulterio femenino se registró por primera vez en varios códigos de leyes escritos en dialectos semíticos entre el 1800 y el 1100 antes de Cristo, en poblados de la antigua Mesopotamia[107]. Los trozos que sobrevivieron se ocupaban de la posición legal y de los derechos de la mujer.

Tal como en otras comunidades agrarias, estos pueblos antiguos del valle entre el Tigris y el Eufrates consideraban que la mujer debía «cuidar su virtud». La esposa adúltera podía ser ejecutada o se le podía cortar la nariz. Mientras tanto, el marido

tenía la libertad de fornicar con prostitutas cuantas veces quisiera; la infidelidad sólo era una transgresión si el hombre seducía a la mujer de otro hombre o desvirgaba a la hija casadera de un par. Sólo por estos delitos podía aplicársele una multa severa, o se lo podía castrar o ejecutar.

Sin embargo, tal como ocurre hoy en los Estados Unidos, se aplicaba más de un código simultáneamente. Algunos antiguos celebraban fiestas de la fertilidad en las que cabía esperar realizar el coito extramarital[108]. En ellas, el sexo tenía un aura sagrada; el acto sexual traería fertilidad y poder. Pero en general, en la cuna de la civilización occidental prevalecieron códigos más severos. Sólo a las mujeres, sin embargo, se les exigía que fueran fieles a sus esposos. Para la mayoría de los pueblos asiáticos históricos que cultivaron la tierra, el adulterio masculino era esencialmente una transgresión contra la propiedad de otro hombre. Más aún, igual que en otras sociedades agrícolas antiguas, el adulterio no era considerado pecado ni una ofensa contra Dios.

Esto iba a cambiar.

«NO COMETERAS ADULTERIO»

Según el historiador Vern Bullough, fueron los antiguos hebreos quienes primero relacionaron el adulterio con el pecado en la historia de Occidente. Antes del exilio de Babilonia, el judaismo tradicional tenía un sencillo código de conducta sexual; algunas prácticas sexuales eran equiparadas con la inmoralidad. Pero en el período posterior al exilio, aproximadamente entre el año 516 antes de Cristo hasta que los romanos destruyeron Jerusalén en el año 70 de la era cristiana, los hábitos sexuales judíos se fueron relacionando más y más con la idea de Dios. Según la ley mosaica la mujer debía llegar virgen a la noche de bodas y permanecer fiel a su esposo toda la vida. Pero las prostitutas, concubinas, viudas y sirvientas podían relacionarse con los hombres. Sólo las relaciones con las mujeres casadas estaban prohibidas[109]. Dios había dicho: «No cometerás adulterio».

En el período talmúdico posterior, a lo largo de los primeros siglos de la era cristiana, la actitud de los hebreos ante el sexo se tornó más explícita.

Se decía que Dios había decretado que los cónyuges realizaran el acto sexual durante la víspera del sabat. Se confeccionaron listas de obligaciones sexuales mínimas para las diferentes clases sociales. Los caballeros acaudalados debían copular con sus esposas todas las noches; a los obreros residentes en la misma ciudad en la que trabajaban, se les indicaba tener relaciones dos veces por semana; a los mercaderes que viajaban a otras ciudades, una vez por semana; la obligación de los camelleros era cada treinta días. Y los eruditos debían realizar el acto sexual los viernes por la noche[110]. El sexo dentro del matrimonio fue bendecido, celebrado,

santificado.

«¡Despierta, oh, viento norte, y ven, oh, viento sur! Sopla sobre mi jardín y lleva su fragancia hasta otras tierras. Haz que mi amado venga a su jardín a comer el fruto mejor». Esto era sólo parte de la Canción de Salomón, la extravagante y alegre oda al amor entre marido y mujer que los judíos incluyeron en la Biblia Hebrea, documento redactado alrededor del año 100 de la era cristiana. El cabello, los dientes, los labios, las mejillas, el cuello y los pechos de una esposa eran motivo de celebración ante el Señor[111]. Los judíos equipararon el amor entre los cónyuges con el amor entre los pueblos de Israel y el Señor. Pero la homosexualidad, las relaciones sexuales con animales, el travestismo, la masturbación y el adulterio por parte de la mujer, o del hombre con una mujer casada, eran condenados por Dios.

Esta actitud hebraica ante el adulterio, así como algunas curiosas tradiciones de los antiguos griegos, iban a ejercer gran influencia sobre las costumbres occidentales.

A menudo considerados el primer pueblo de la historia que se dedicó organizadamente a la recreación, los griegos se deleitaban con sus juegos. Como los dioses griegos permitían la concupiscencia, también lo hacían los mortales. Ya en el siglo V antes de Cristo, los juegos sexuales eran uno de los pasatiempos favoritos para los hombres. Los varones griegos se consideraban superiores a las mujeres. Las niñas de buena familia eran entregadas en matrimonio en la temprana adolescencia a hombres que duplicaban su edad. Sus maridos las trataban más como pupilas que como esposas y las encerraban en sus casas para que engendraran hijos. La única transgresión sexual para un marido era el coito con la esposa de otro hombre, acción por la cual se lo podía condenar a muerte.

Pero estos lazos que ponían en peligro la vida no se daban con demasiada frecuencia. En cambio, la mayoría de los gentilhombres casados de Atenas y Esparta se distraían con una gran variedad de legítimos vínculos extramaritales. Las concubinas se ocupaban de satisfacer sus necesidades cotidianas. Las cortesanas educadas, conocidas como *hetairas*, los divertían fuera de sus casas. Y algunos hombres, especialmente en la clase alta, participaban con regularidad en encuentros homosexuales con adolescentes.

Los primeros cristianos iban a reaccionar violentamente ante estas costumbres, pero sin embargo abrazaron otros ideales griegos. A pesar de que en general los griegos ensalzaban el sexo, algunos de ellos intuían que la sexualidad era contaminante e impura, que corrompía el espíritu[112]. Veían el celibato como algo celestial. Ya en el siglo VI antes de Cristo los intelectuales habían empezado a elegir el ascetismo y el celibato, conceptos que serían adoptados por grupos periféricos de tradición hebraica y luego se trasmitirían de generación en generación hasta influir en los primeros líderes cristianos y con el tiempo saturar las costumbres de hombres y mujeres occidentales[113].

El ascetismo y el celibato permanecieron vigentes —si bien de forma marginal a la vida diaria— en la Roma clásica. Los antiguos romanos son bien conocidos por sus hábitos libertinos[114]. En el siglo I antes de Cristo aparentemente el criterio de muchos romanos respecto al adulterio era semejante al de los norteamericanos que encuentran justificada la evasión de impuestos.

Pero los romanos también tenían un lado estoico. Muchos aspiraban a volver a las fuentes, a la época en que Roma era una ciudad de alta integridad moral y todo el mundo tenía *gravitas*, un sentido de la dignidad y la responsabilidad. Una tendencia subyacente de moralidad, continencia y abstinencia era común en el carácter romano[115]. Y a pesar de los excesos sexuales de emperadores y ciudadanos comunes —mujeres tanto como hombres—, durante los días de gloria del Imperio, algunos filósofos y maestros siguieron difundiendo y propiciando la escasamente conocida filosofía griega de la negación de los placeres carnales.

Esta veta grecorromana del ascetismo, combinada con el concepto hebreo de que ciertas formas de la actividad sexual —el adulterio una de ellas— eran pecado a los ojos de Dios, atrajo a los primeros líderes cristianos.

Las interpretaciones de las enseñanzas de Jesús sobre el tema de la conducta sexual varían enormemente. Tal vez Jesús tenía una excelente opinión de la sexualidad dentro del matrimonio. Pero San Marcos, 10:11, le hace decir lo siguiente acerca del adulterio: «El que se divorcie de su esposa y se case con otra mujer, comete adulterio contra la primera; y si la mujer se divorcia de su esposo y se casa con otro hombre, comete adulterio contra él». Incluso el divorcio y un nuevo matrimonio eran vistos como actos promiscuos.

En los siglos siguientes al nacimiento de Cristo, algunos líderes influyentes de la fe cristiana se volvieron más y más hostiles al sexo de cualquier clase. A pesar de que hay quienes creen que Pablo puede haber sido un judío de la tradición hebraica que había adoptado una posición positiva respecto al sexo, es también un hecho cierto que estaba a favor del celibato. Tal como escribió en 1 *Corintios* 7:8-9: «Para los solteros y las viudas digo que está bien que permanezcan sin pareja como lo hago yo. Pero si no pueden contenerse, deben casarse. Porque es mejor estar casado que arder en las llamas de la pasión»[116].

Vade retro, sexualidad. El celibato no se impuso oficialmente al clero cristiano hasta el siglo XI. Pero a medida que pasaban las generaciones, en el mundo cristiano la abstinencia sexual se asociaba cada vez más a Dios y el adulterio al pecado, tanto para los hombres como para las mujeres.

San Agustín, que vivió entre los años 354 y 430 de la era cristiana, iba a difundir estas enseñanzas a todo el mundo cristiano. De joven, Agustín estaba ansioso por convertirse al cristianismo, pero no podía controlar las pasiones sexuales por su

amante ni el amor por el hijo de ambos. Como dice en sus *Confesiones*, donde relata la historia de su conversión y que es el libro del misticismo cristiano por excelencia, le rezaba a Dios constantemente diciéndole: «Dame castidad y continencia, pero no todavía»[117].

A instancias de su madre, Mónica, una mujer dotada de una voluntad poderosa, Agustín con el tiempo echó a su concubina a fin de tomar una esposa legal del nivel social adecuado. Pero su matrimonio jamás se llevó a cabo. Durante los dos años que esperó para casarse, tuvo una amante provisional. Fue la gota que colmó el vaso. Enfermo de culpa, abandonó los planes de casamiento, se convirtió al cristianismo y llevó una vida de continencia. No mucho más tarde, Agustín llegó a ver el coito como algo vil, la lujuria como vergonzosa, y todos los actos que rodean el acto sexual como antinaturales[118]. Consideraba el celibato como el mayor bien. La cópula entre marido y mujer debía estar exclusivamente al servicio de la reproducción. Y el adulterio, por parte de mujeres tanto como de hombres, era el demonio encarnado.

Esta actitud frente al adulterio como transgresión moral *tanto para hombres como para mujeres* dominó, desde entonces, las costumbres occidentales.

INFIELMENTE SUYO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Este código moral no impidió que hombres y mujeres occidentales —o la gente de cualquier sociedad— engañaran a sus cónyuges. Los norteamericanos no son ninguna excepción. A pesar de nuestra actitud de rechazo ante la infidelidad como algo inmoral, a pesar de nuestros sentimientos de culpa cuando incurrimos en aventuras amorosas, a pesar del riesgo para nuestras familias, nuestros amigos y nuestro modo de vida, siempre amenazados por el adulterio, nos permitimos iniciar relaciones extramaritales con regular avidez. Como describe George Burns: «La felicidad consiste en tener una familia grande, encantadora, cariñosa y unida, en otra ciudad»[119].

Cuántos norteamericanos son adúlteros es algo que nunca sabremos. En la década de los veinte, el psiquiatra Gilbert Hamilton, un pionero en la investigación sexológica, informó que veintiocho de cada cien hombres, y veinticuatro de cada cien mujeres entrevistados habían cometido deslices[120]. Esto dio que hablar en nuestras reuniones sociales durante más de una década.

Los famosos informes Kinsey de fines de la década de los cuarenta y comienzos de la de los cincuenta afirmaban que algo más de un tercio de los 6.427 maridos encuestados había engañado a sus esposas. Sin embargo, debido a que la mayoría de estos hombres vacilaban en hablar de sus aventuras, Kinsey dio por sentado que sus cifras eran demasiado bajas, que probablemente la mitad de los hombres

norteamericanos eran infieles a sus esposas en algún momento del matrimonio. Kinsey informó además que el 26% de las 6.972 mujeres norteamericanas casadas, divorciadas o viudas que fueron entrevistadas, había tenido relaciones sexuales extramaritales antes de los cuarenta años. El 41% de las adúlteras había hecho el amor con una sola pareja; el 40% lo había hecho con de dos a cinco; el 19% había tenido más de cinco amantes[121].

Casi dos décadas más tarde estas cifras aparentemente no habían cambiado de manera significativa, a pesar de los enormes cambios en la actitud norteamericana respecto al sexo que se produjeron durante las décadas de los sesenta y setenta, período cumbre de la «revolución sexual». Una investigación encargada por la revista *Playboy* y dirigida por Morton Hunt en la década de los setenta dio como resultado que el 41% de 691 hombres y más o menos el 25% de las 740 mujeres casadas, blancas, de clase media de la población encuestada habían sido infieles.

Sin embargo, dos nuevas tendencias aparecían: ambos sexos tenían sus primeras aventuras más temprano que en décadas anteriores, y la aplicación de preceptos iguales para ambos sexos había ganado terreno… Mientras que en los años cincuenta sólo el 9% de las esposas de menos de veinticinco años había tenido algún amante, en los años setenta la cifra se elevaba al 25%. Hunt llegó a la siguiente conclusión: «La mujer busca el sexo fuera del matrimonio con la misma frecuencia que el hombre si ella y su medio social establecen que tiene tanto derecho a hacerlo como él»[122]. Una investigación de *Redbook* confirmó los datos obtenidos por Hunt para la década de los sesenta. De unas 100.000 mujeres encuestadas, el 29% de las que estaban casadas había tenido relaciones sexuales extramaritales, pero la infidelidad había ocurrido poco tiempo después de casarse[123]. «¿Para qué esperar?», parecía ser la explicación.

¿Habrán aumentado las cifras en los años setenta?

Quizá sí, quizá no. Una encuesta de 106.000 lectores de la revista *Cosmopolitan* a comienzos de los años ochenta indica que el 54% de las mujeres casadas participantes había tenido al menos una aventura amorosa[124], y un escrutinio con 7.239 hombres estableció que el 72% de los hombres casados había cometido adulterio en los dos últimos años[125]. Las cifras sobre hombres y mujeres fueron luego independientemente verificadas por otros investigadores[126]. Según el número del 1 de junio de 1987 de *Marriage and Divorce Today*: «El 70% de todos los norteamericanos tienen una aventura en algún momento durante su vida de casados»[127]. El adulterio continúa haciendo su aparición cada vez más temprano. En una investigación reciente con una población de 12.000 individuos casados, cerca del 25% de los hombres y mujeres de menos de veinticinco años había engañado a sus cónyuges[128].

Pero ¿cómo saber si estas cifras son correctas?

Los hombres tienden a alardear sobre sexo, mientras que las mujeres en general ocultan sus deslices. Quizá en décadas anteriores las mujeres casadas estaban menos dispuestas a confesar todas las aventuras que habían tenido, mientras que las de los años ochenta son más sinceras. Tal vez las mujeres de clase media de hoy en día tienen más «oportunidades» porque trabajan fuera de casa. Es posible que los hombres se sientan más libres de jugar al donjuán en la medida en que las mujeres se vuelven más independientes económicamente. Es indudable que las encuestas tampoco llegan a una población escogida al azar, y que los investigadores pueden estar formulando preguntas diferentes o encuestando poblaciones en las que la infidelidad es más esperable o que están más dispuestas a admitir sus aventuras amorosas en una encuesta.

«¿Quién ha dormido en mi cama?», pregunta Papá Oso en uno de nuestros cuentos infantiles típicos. Nadie sabe con certeza qué alcance tiene la vida adúltera en los Estados Unidos en la actualidad ni en el pasado. Después de todo, a diferencia de lo que le ocurre a Hester Prynne en la novela de Nathaniel Hawthorne, *La letra escarlata*, las mujeres adúlteras no anuncian sus aventuras con una letra A. Y si bien las leyes sobre adulterio se mantienen vigentes en veinticinco estados, nuestras leyes actuales respecto al divorcio «sin ofensa» cambiaron la definición del matrimonio y lo presentan más como una asociación económica de las partes; la transgresión sexual muy excepcionalmente llega a los tribunales o a los que hacen los censos. De modo que los científicos que piensan que lo saben todo acerca de la infidelidad en los Estados Unidos pecan de ingenuos.

Pero de una cosa estoy segura: a pesar de nuestros tabúes culturales en contra de la infidelidad, los norteamericanos son adúlteros. Nuestros hábitos sociales, nuestras enseñanzas religiosas, nuestros amigos y parientes, todos nos inducen a invertir toda nuestra energía sexual en una sola persona, marido o mujer. Pero, en la práctica, un alto porcentaje de hombres y mujeres distribuyen el tiempo, el vigor y el amor entre múltiples parejas, cuando se deslizan en los dormitorios de otros[129].

No tenemos nada de extraordinarios. Hace poco leí cuarenta y dos etnografías acerca de pueblos diversos del pasado y del presente y comprobé que el adulterio estuvo presente en todos ellos. Algunos vivieron en palacios, otros en casas estándar o chozas con techo de paja. Algunos cultivaron el arroz, otros el dinero. Algunos eran ricos, otros eran pobres. Algunos abrazaron el cristianismo, otros adoraron dioses encarnados en el sol, el viento, las rocas o los árboles. Al margen de sus tradiciones respecto del matrimonio, a pesar de sus códigos de divorcio, sin prestar atención a sus hábitos culturales sobre sexo, en todos hubo conductas adúlteras, aun si el adulterio era castigado con la muerte.

Estos cuarenta y dos pueblos no están solos en su tendencia a la infidelidad. Como afirma Kinsey en la conclusión: «La forma en que tanto biografías como

ficción en el mundo se preocupan, a lo largo del tiempo y en todas las culturas, de las actividades extramaritales de hombres y mujeres es prueba de la universalidad de los deseos humanos en este tema»[130]. El adulterio es causa principal de los divorcios y de la violencia familiar en los Estados Unidos y en muchos otros lugares. No existe ninguna cultura en la cual el adulterio sea desconocido, ni hay recurso cultural o código alguno que haga desaparecer la aventura amorosa.

«La amistad es constante en todas las situaciones, salvo en el oficio y en los asuntos del amor», escribió Shakespeare. La tendencia humana a los vínculos extramaritales parece revelar el triunfo de la naturaleza sobre la cultura. Igual que el flirteo estereotipado, la sonrisa, la fisiología cerebral del enamoramiento y nuestra necesidad de formar pareja con un solo cónyuge, la infidelidad parece ser parte de nuestro arcaico juego reproductivo.

¿POR QUÉ EL ADULTERIO?

Los azotes; los estigmas; los garrotazos; el ostracismo; la mutilación de genitales; la amputación de narices y orejas; los tajos en pies, en caderas o muslos; el divorcio; el abandono; la muerte por lapidación, en la hoguera, por asfixia bajo el agua, por estrangulamiento, fusilamiento o apuñalamiento: todas estas crueldades se practican en el mundo para castigar la infidelidad. Considerando la magnitud de las penas es asombroso que los seres humanos osen tener relaciones extramaritales. Y sin embargo las tenemos.

¿Por qué? Desde una perspectiva darwiniana, es fácil explicar por qué los hombres están interesados —por naturaleza— en la variedad sexual. Si un hombre tiene dos hijos con la misma mujer, genéticamente hablando se ha «reproducido». Pero si también se permite tener aventuras con más mujeres y sucede que engendra a otros dos hijos, dobla su participación en la siguiente generación. De modo que, si aceptáramos la explicación biológica, los hombres que buscan la variedad también tienden a tener más hijos. Estos vástagos sobreviven y aportan a las generaciones posteriores ese elemento del mapa genético masculino que procura «carne fresca», como decía Byron de la necesidad de los hombres de la novedad sexual[131].

Pero ¿por qué son las mujeres adúlteras? Una mujer no puede engendrar un hijo cada vez que se desliza en una cama con un nuevo amante: puede quedar encinta sólo en cierta etapa de su ciclo menstrual. Más aún, una mujer tarda nueve meses en gestar a un niño, y pueden pasar varios meses y años también antes de que pueda concebir a otro. A diferencia del hombre, la mujer no puede engendrar cada vez que copula. El antropólogo Donald Symons afirma que, en realidad, dado que el número de hijos que una mujer puede engendrar es limitado, las mujeres están menos motivadas biológicamente para buscar carne fresca.

¿Están realmente menos interesadas las mujeres en la variedad sexual? Podemos abordar la cuestión desde diferentes perspectivas. De modo que yo me colocaré en el lugar del abogado del diablo para explorar la posibilidad de que las mujeres estén tan interesadas en la variedad sexual y sean tan adúlteras como los hombres, si bien por motivos que les son propios. Empezaremos con Symons, que propone un argumento interesante para sostener que los hombres tienden más que las mujeres a la novedad sexual.

Symons basa su premisa de que los hombres están más interesados que las mujeres en la variedad sexual no sólo en la lógica genética antes explorada, sino también en los hábitos sexuales de los homosexuales norteamericanos. Afirma que dichos individuos proporcionan la «prueba ácida» de las diferencias sexuales entre hombres y mujeres porque la conducta homosexual «no se enmascara detrás de las transacciones que implican las relaciones heterosexuales y los mandatos morales»[132].

Symons acepta este presupuesto como si fuera el evangelio, y cita diversos estudios de los años sesenta y setenta sobre los homosexuales de los Estados Unidos para llegar a la conclusión de que los hombres homosexuales tienden a vincularse por una noche, buscan el sexo fácil, anónimo y sin compromiso. Prefieren el coito libre de compromisos con varias parejas diferentes, la formación de harenes y el recambio de amantes. Las mujeres homosexuales, en cambio, tienden a buscar relaciones más duraderas y comprometidas, tienen menos amantes, parejas semejantes y una sexualidad con afecto más que el sexo por el sexo mismo.

Symons propone también que estas diferencias en las «psicologías sexuales» de hombres y mujeres provienen del largo pasado de caza y de recolección de la humanidad: durante incontables milenios, los machos que gustaban de la variedad sexual impregnaron más hembras, procrearon más crías y enriquecieron sus linajes genéticos. Por lo tanto, para los machos ancestrales la infidelidad era adaptativa.

Pero el objetivo fundamental de la hembra ancestral era conseguir un único protector que garantizara la supervivencia de sus hijos. La mujer que buscara la variedad sexual corría el riesgo de ser abandonada por una pareja celosa. Más aún, las aventuras sexuales femeninas quitaban tiempo a la cosecha de vegetales y al cuidado de los hijos. De modo que las hembras que se apareaban con más de un varón morían con mayor facilidad o procreaban menos, y trasmitieron a la mujer moderna la tendencia a la fidelidad.

Con su lógica darwiniana, sus ejemplos de homosexuales y sus hipótesis evolutivas, Symons concluye que los hombres son, *por naturaleza*, más propensos a la variedad sexual que las mujeres.

De esto resulta que el hombre es un donjuán natural y la mujer una esposa sumisa, y los norteamericanos se apresuraron a creerlo. A causa de nuestro pasado de

agricultores y de nuestra parcialidad sexual nos pareció aceptable considerar a los hombres como donjuanes potenciales y a las mujeres como el más noble de los sexos. De modo que cuando Symons presentó una explicación evolutiva para la inestable naturaleza masculina, muchos científicos adoptaron su teoría. La idea de que los hombres ansian la variedad sexual más que las mujeres satura hoy los textos y las mentes de los académicos.

¿CUÁL DE LOS DOS SEXOS ES MÁS INFIEL?

De cualquier modo, no estoy en absoluto convencida de que la homosexualidad ilustre verdades esenciales acerca de la naturaleza sexual de hombres y mujeres. La mayoría de los expertos cree que aproximadamente el 5% de los hombres norteamericanos y un porcentaje algo menor de las mujeres son homosexuales[133]. El comportamiento homosexual no constituye una norma en los Estados Unidos ni en ningún otro lugar del mundo. Más aún, no estoy de acuerdo con Symons en que la conducta homosexual represente la naturaleza «concentrada» de ninguno de los dos sexos; al contrario, los homosexuales están probablemente tan condicionados por sus entornos como los heterosexuales. En los años setenta, cuando se hizo el muestreo utilizado por Symons, la sexualidad inconsecuente y liberal estaba «de moda» entre los hombres. Las lesbianas, por otra parte, pueden haber estado condicionadas por la creencia cultural de que las mujeres no deben permitirse las aventuras sexuales.

Un factor de igual importancia es que la sexualidad varía con la edad y con otros factores. Kinsey y sus colegas descubrieron que los hombres jóvenes de la clase obrera se permitían cometer numerosas infidelidades entre los veinte y los veinticinco años, y que sus impulsos sexuales disminuían alrededor de los cuarenta. Los empleados de oficina y los profesionales, en cambio, tendían a ser más fieles entre los veinte y los treinta, pero sus amoríos aumentaban a casi una vez por semana a los cincuenta. Las mujeres, por otra parte, alcanzaban la cima de sus infidelidades a los treinta y cinco y hasta apenas pasados los cuarenta[134]. Si la mayoría de los hombres y mujeres homosexuales analizados por Symons eran, por ejemplo, obreros *jóvenes*, no sería nada sorprendente que sus datos indicaran que los hombres buscaban la variedad sexual más que las mujeres.

Existe además un obvio problema aritmético. Después de todo, cada vez que un hombre heterosexual «duerme con alguien», copula con una mujer. Y dado que la enorme mayoría de los adultos de todas las sociedades del mundo están casados, por lógica, cuando un hombre casado se esconde con una mujer entre los matorrales de la Amazonia o detrás de las rocas de las planicies australianas o se mete en una choza de África o Asia, lo más probable es que esté copulando con una mujer casada.

En las culturas urbanas modernas, el conjunto de personas solteras es rotativo y

altera esta simple correlación matemática. Más aún, de un 8% a un 15% de las infidelidades de los hombres norteamericanos ocurren con prostitutas[135]. Pero corresponde aclarar que la enorme mayoría de las aventuras heterosexuales del mundo se producen entre hombres casados y *mujeres casadas*. Y cuesta creer que todas las mujeres casadas del planeta que copularon con parejas ocasionales a lo largo de la historia de la humanidad fueran forzadas a cometer adulterio.

En realidad, hay por lo menos cuatro razones por las cuales el adulterio podría haber sido biológicamente adaptativo en el caso de nuestras abuelas.

El más evidente de todos fue elegantemente descrito por Nisa, una mujer !kung que vive actualmente en el Desierto de Kalahari, África meridional. Cuando la antropóloga Marjorie Shostak la conoció en 1970, Nisa vivía con un grupo de cazadores-recolectores junto con su quinto marido. Además, Nisa había tenido cantidad de amantes. Cuando Shostak preguntó a Nisa por qué había tenido tantos amantes, Nisa respondió: «Una mujer debe realizar muchos tipos de trabajo y debería tener amantes dondequiera que vaya. Si va de visita y está sola, alguien le dará cuentas de colores, otro le ofrecerá carne y habrá quien le dé otros alimentos. Cuando vuelva a su aldea se habrán ocupado de sus necesidades»[136].

En pocas frases Nisa ofreció una estupenda explicación adaptativa del interés femenino en la variedad sexual: la subsistencia complementaria. Los bienes y servicios adicionales habrían proporcionado a nuestras abuelas adúlteras más resguardo y alimento adicional, lo que se traducía en mayor protección y mejor salud, algo que, en última instancia, significaba la supervivencia desproporcionada de sus vástagos.

En segundo término, el adulterio probablemente servía a las mujeres ancestrales de póliza de seguro. Si un «marido» moría o abandonaba el hogar, había otro varón al que podía convencer de ayudarla en las tareas domésticas.

En tercer lugar, si una mujer ancestral estaba «casada» con un cazador pobre, con problemas en la vista y un temperamento terrible y que le brindaba poco apoyo, tenía posibilidades de mejorar su línea genética si tenía hijos con otro hombre: el señor Buenos Genes.

En cuarto término, si una mujer tenía hijos con diferentes padres, cada uno podía ser ligeramente diferente, con lo cual aumentaban las posibilidades de que alguno de ellos sobreviviera a las fluctuaciones imprevisibles del entorno.

En tanto las hembras prehistóricas fueran discretas respecto a sus aventuras extramaritales, podían lograr recursos complementarios, tener un seguro de vida, mejores genes y un ADN más variado en su futuro biològico. Por lo tanto, las que se escapaban al bosque con amantes furtivos sobrevivían, pasando inconscientemente a través de los siglos ése no sé qué del espíritu femenino que hoy motiva a la mujer moderna a ser infiel.

En consecuencia, la infidelidad femenina fue probablemente adaptativa en el pasado. Tan adaptativa, en realidad, que dejó su marca en la fisiología femenina. En el momento del orgasmo los vasos sanguíneos de los genitales masculinos envían la sangre de vuelta a la cavidad del cuerpo, el pene se pone laxo y el acto sexual termina. El hombre debe recomenzar desde el principio para lograr otro orgasmo. Para la mujer, sin embargo, el placer puede estar en sus inicios. A diferencia de sus compañeros, los genitales femeninos no expelen toda la sangre. Si ella sabe cómo hacerlo, y lo desea, puede alcanzar el clímax una y otra vez. Algunas veces los orgasmos se suceden tan rápidamente que uno no se distingue de otro, un fenómeno conocido como orgasmo múltiple.

Este alto rendimiento orgàsmico de la hembra humana, en conjunción con datos de otros primates, condujo a la antropologa Sarah Hrdy a formular una hipótesis novedosa acerca de los comienzos primitivos del adulterio humano femenino[137].

Hrdy señala que los simios y monos hembra participan en frecuentes apareamientos no reproductivos. Durante el celo, por ejemplo, la hembra chimpancé copula con todos los machos de las cercanías excepto sus hijos. Esta actividad sexual secundaria de las hembras chimpancés y de muchas otras hembras primates no es necesaria para concebir una cría. Sobre la base de estas observaciones, Hrdy propone que el instinto sexual de la hembra chimpancé que la lleva a procurar la variedad sexual cumple dos propósitos darwinianos: aplacar a los machos que podrían querer matar al recién nacido y, a la vez, confundir la paternidad para que cada macho de la comunidad actúe paternalmente con respecto a la criatura por nacer.

Hrdy pasa luego a aplicar este razonamiento a las mujeres, atribuyendo là gran magnitud de impulso sexual femenino a una táctica evolutiva ancestral —copular con múltiples parejas— para obtener así de cada varón la inversión suplementaria de protección paternal que impida el infanticidio. Es una buena idea. Tal vez cuando nuestras abuelas primitivas vivían en los árboles procuraban llegar al coito con múltiples varones para hacer amistad. Luego, cuando unos cuatro millones de años atrás nuestros ancestros fueron empujados a las praderas de África y surgió el apareamiento de a dos para la crianza de los hijos, las hembras pasaron de la promiscuidad desembozada a las cópulas furtivas, y lograron así el beneficio de mayores recursos y, al mismo tiempo, una mayor variedad de genes.

Casi nadie aceptaría la teoría de Donald Symons o la creencia norteamericana de que el donjuanismo es prerrogativa de los hombres mientras que las mujeres son las receptoras tímidas y pasivas de la sexualidad.

La tradición del velo se desarrolló en la sociedad musulmana en parte porque el pueblo islámico está convencido de que las mujeres son muy seductoras. La clitorisectomía o mutilación del clítoris (y a menudo de parte del tejido vecino) se realiza en diversas culturas Áfricanas para aplacar la potente libido femenina. Los

escritores talmúdicos de comienzos de la era cristiana estipulaban que era responsabilidad del marido copular con regularidad con su esposa precisamente porque pensaban que la mujer tiene impulsos sexuales más poderosos que el hombre. Los indios cayapa del Ecuador occidental piensan que las mujeres son promiscuas. Hasta los españoles, que se pavonean, engalanan y seducen a las mujeres en las pequeñas aldeas de Andalucía están convencidos de que las mujeres son peligrosas, potentes y promiscuas, de ahí la costumbre del acompañante («ir de carabina»).

En realidad, si Clellan Ford y Frank Beach, investigadores sexuales de la década de los cincuenta, hubiesen sido consultados acerca de cuál era el sexo que más se interesaba en la variación sexual, habrían respondido: «En las sociedades en que no existe la parcialidad en materia sexual y en las que la diversidad de vínculos está permitida, las mujeres buscan su oportunidad con tanta ansiedad como los hombres»[138]. Kinsey estuvo de acuerdo, y afirmó: «Aun en aquellas culturas que más rigurosamente pretenden controlar el coito extramarital en las mujeres, es muy evidente que dicha actividad se manifiesta, en muchos casos, con considerable regularidad»[139].

Por cierto que todos estos datos nos llevan a sospechar que las mujeres disfrutan procurándose amantes ilícitos, quizá tan ávidamente como los hombres.

Por lo tanto, el rompecabezas del adulterio va tomando forma: la necesidad biológica de los hombres de desparramar sus genes y el número notablemente alto de varones homosexuales activos permiten suponer que los hombres están más interesados por naturaleza que las mujeres en la variedad sexual. Por otra parte, cada vez que un hombre heterosexual comete una infidelidad, lo hace con una mujer. Más aún, la necesidad biológica femenina de adquirir recursos, obtener una póliza de seguro y lograr un ADN más variado o mejor, la intensa y prolongada respuesta sexual femenina, y la alta incidencia del adulterio femenino en las sociedades en las que no existe la parcialidad sexual, indican que las mujeres buscan la variedad sexual regularmente, tal vez tan regularmente como los hombres.

Hay una última prueba para incorporar al caldero de nuestro análisis: la de la prostitución.

LA MÁS ANTIGUA DE LAS PROFESIONES

En las sociedades agrícolas con reglas morales estrictas respecto a la conducta femenina, las mujeres elegían tiempo atrás una de dos carreras profesionales sexuales muy diferentes. Una, el matrimonio, implicaba el encierro correspondiente a la esposa. La otra, las convertía en cortesanas, concubinas o prostitutas. En dichas culturas, por lo tanto, algunas mujeres tenían una sola pareja, mientras las otras

copulaban con muchos hombres. Estas «damas de la noche» tampoco existían solamente en las sociedades agrícolas[140].

En la aldea mehinaku de la selva amazónica, la persona sexualmente más activa era una mujer que, en pago por sus favores a una gran variedad de compañeros, recibía pescado, carne o chucherías[141]. Tradicionalmente, algunas mujeres navajo elegían no casarse; en cambio, vivían solas y recibían una gran variedad de visitantes masculinos a los que cobraban honorarios[142]. En muchas otras tribus indígenas norteamericanas las mujeres acompañaban a los cazadores en sus expediciones y regresaban a sus casas con carne a cambio de satisfacer las necesidades sexuales de *varios* de los cazadores[143].

En el centro de Brasil, una muchacha canela soltera que deseara obtener alimentos o servicios elegía un amante en potencia y por medio de su propio hermano concertaba una cita. Muchas de estas aventuras se convertían en convenios comerciales duraderos[144]. Las madamas florecieron entre los tradicionales habitantes de Sierra Tarascana de México. Estas mujeres mayores disponían de un grupo de jovencitas a las que podían convocar de un instante para otro[145]. Las mujeres nupe de la zona al sur del Sáhara, en África, llegaban al mercado por la noche ataviadas con sus mejores ropas y joyas; allí vendían nueces de cola, pero los compradores también podían pagarles por pasar la noche con ellas[146].

El lector puede argüir que estas mujeres (así como tantas otras en muchas culturas) se dedicaban a la prostitución por razones puramente económicas. Sin embargo, muchas mujeres afirman que disfrutan de la variedad sexual.

Y las mujeres que se enrolan en esta vocación no están solas. El reino animal está repleto de hembras independientes. Como se recordará, en el capítulo I describíamos la conducta de las hembras de chimpancé y de otras especies de mamífero, así como de las hembras de ciertas especies de aves, insectos y reptiles que salen a buscar a los machos y copulan a cambio de comida. En Australia, a la ofrenda erótica del grillo macho se la llama —igual que a la de otros insectos— regalo nupcial. La prostitución merece su venerable título: «La profesión más antigua del mundo».

UNA PROPUESTA HUMILDE

De modo que volvemos a la misma pregunta: ¿Quién busca más la variedad sexual, los hombres o las mujeres?

La explicación que humildemente propongo es que durante la larga historia de nuestra evolución la mayoría de los machos buscaron tener aventuras a fin de diseminar sus genes, mientras que las hembras desarrollaron dos estrategias *alternativas*: algunas eligieron ser relativamente fieles a un solo hombre para poder

sacarle múltiples beneficios; otras prefirieron involucrarse en el sexo clandestino con diversos hombres a fin de sacarles beneficios a todos. Este panorama coincide a grandes rasgos con la creencia del vulgo: el hombre es el donjuán por naturaleza; la mujer, en cambio, es una santa o una ramera.

Un viejo axioma entre los científicos afirma que uno tiende a descubrir precisamente lo que busca. Este puede muy bien haber sido el caso en el análisis científico del adulterio. Por ejemplo, en un estudio reciente de Donald Symons y Bruce Ellis, se les preguntó a 415 estudiantes universitarios si se acostarían con un/una estudiante desconocido/a del sexo opuesto. En esta situación imaginaria, se les dijo que no habría peligro alguno de embarazo, de ser descubiertos o de contraer enfermedades. Los resultados fueron los esperables. Las respuestas de la población masculina fueron más positivas que las de la población femenina, y esto dio pie a que los investigadores llegaran a la conclusión de que los hombres están más interesados en la variedad sexual que las mujeres[147].

Pero aquí está el fallo. El estudio toma en consideración la motivación genética primaria de la infidelidad masculina: fecundar mujeres jóvenes. Pero no hace lo mismo con el motivo primario de la infidelidad femenina: la adquisición de recursos.

Cabe preguntarse qué habría pasado si Symons y Ellis hubiesen formulado a los mismos hombres una pregunta diferente: «¿Estarías dispuesto a pasar la noche con una mujer del geriátrico más cercano?». Dudo mucho de que dichos hombres hubiesen manifestado tan buena disposición a la variación sexual. ¿Qué habría pasado si Symons y Ellis hubiesen planteado a las mismas muchachas la siguiente pregunta?: «¿Estarías dispuesta a tener una aventura de una noche con Robert Redford a cambio de un Porsche cero kilómetro?». La lógica evolutiva propone que las mujeres tienen aventuras a cambio de bienes y caprichos. Y hasta que los científicos tomen en consideración las motivaciones genéticas subyacentes de cada sexo, así como la edad y nivel social de los encuestados, nunca sabremos qué sexo está más interesado en la variedad sexual.

Al margen de lo que hagamos con toda esta información y estas ideas, la realidad es que nada demuestra que las mujeres sean sexualmente tímidas o de que eviten las aventuras sexuales clandestinas. Tanto hombres como mujeres, en cambio, parecen poner de manifiesto una estrategia reproductora mixta: a nosotros nos toca la monogamia y el adulterio.

EL AMOR «PERFECTO»

Tal vez no sepamos nunca quién es más infiel. Lo que sí sabemos es por qué hombres y mujeres *dicen* ser adúlteros.

Cuando las encuestas preguntan a hombres y mujeres *por qué* tienen aventuras extramaritales, los adúlteros siempre responden: «por placer», «por amor», o «no lo sé». Los psicólogos agregarían que algunos adúlteros quieren ser descubiertos para poder hacer las paces con sus cónyuges. Otros usan las aventuras para mejorar sus vínculos conyugales, satisfaciendo ciertas necesidades fuera de casa. Y están también aquéllos a los que los deslices les sirven de excusa para abandonar al cónyuge. Algunas personas buscan llamar la atención. Otras necesitan más autonomía o más independencia. Hay quienes buscan sentirse especiales, deseados, más masculinos o más femeninas, más atractivos o mejor comprendidos. El objetivo puede ser una mejor comunicación, una mayor intimidad, o simplemente una vida sexual más intensa. Otros ansian la fantasía, la excitación o el peligro. Unos pocos lo hacen para vengarse. Algunos otros buscan el amor «perfecto». Y hay quienes buscan demostrarse a sí mismos que todavía son jóvenes, buscan la aventura que representa la última oportunidad[148].

Carol Botwin nos dice que algunos hombres son incapaces de mantenerse fieles porque están detenidos en la «etapa del bebé». Estas personas necesitan tener a su lado a uno de sus progenitores cuando viajan o cuando su cónyuge no está disponible. Otros hombres o mujeres adúlteros se criaron en hogares donde sus padres nunca buscaban la intimidad, de modo que de adultos estas personas tienden a formar parejas superficiales y a procurarse relaciones poco comprometidas. Algunos hombres ponen a sus esposas sobre pedestales pero gustan de pasar la noche con mujeres «de la calle». Algunas mujeres y algunos hombres son narcisistas: necesitan múltiples amantes para hacer alarde de sus deslumbrantes fachadas. Unos pocos disfrutan de las relaciones triangulares, o de la competencia con otro. A otros los excita la clandestinidad. Y otros quieren solucionar un problema sexual[149].

Hay muchos otros factores sociológicos y psicológicos que se relacionan con el adulterio además de los anteriores. El trabajo de horario completo en el caso de las mujeres, nuestro nivel de educación, la década en que nacimos, la frecuencia con que vamos a la iglesia, nuestro grado de independencia económica, la experiencia sexual previa al matrimonio que tenemos, el código de valores y la ocupación de nuestros padres, la enfermedad crónica de un cónyuge, la frigidez de la esposa o los viajes constantes de uno de los cónyuges, todo puede afectar nuestra tendencia al adulterio.

Pero, como darwinista, prefiero la simple explicación del hombre que dice buscar la variedad y la de Nisa, que cuenta lo siguiente: «Un hombre te dará sólo un tipo de comida, pero si tienes amantes, uno te traerá una cosa y el otro te traerá otra. Uno llegará de noche con carne, otro con dinero, otro con cuentas de colores»[150]. Estas respuestas tienen veracidad evolutiva. Porque si bien la mujer que se acuesta con un colega no está pensando en su futuro genético cuando se mete entre las sábanas, y un embarazo es lo último que quiere el marido que seduce a una compañera de trabajo

después del brindis de Navidad, son los milenios de escaparse con un amante —y los beneficios proporcionados por dicha práctica— lo que explica la tendencia mundial actual al adulterio.

«Cometerás adulterio». Debido a un error de imprenta en la edición de 1805 de la Biblia, este mandamiento de pronto ordenó practicar la infidelidad. Rápidamente pasó a ser conocida como la Biblia perversa[151]. Pero el animal humano parece condenado a una contradicción del espíritu. Buscamos el verdadero amor, lo encontramos y echamos raíces. Después, cuando el hechizo empieza a desvanecerse, la mente comienza a vagar. Oscar Wilde sintetizó así nuestra contradicción: «Hay dos grandes tragedias en la vida, perder al ser amado y encontrar al ser amado».

¡Ay de nosotros! El éxito a menudo nos conduce a otra región de nuestra estrategia reproductora, la tendencia humana al divorcio.

V. RADIOGRAFÍA DEL DIVORCIO
La comezón del cuarto año

Fue una mujer respetable toda su vida, maridos a la puerta
de la iglesia tuvo cinco.

GEOFFREY CHAUCER, la esposa de Bath

«Ay, ojos míos, sed fuertes. Adoráis a una persona y ella os abandonará». Safia, una beduina de mediana edad del Desierto Occidental egipcio, reprimió las lágrimas mientras recitaba este triste poema a la antropóloga Lila Abu-Lughod[152]. El año anterior, tras casi veinte años de matrimonio, su esposo se le había acercado mientras cocinaba para decirle: «Considérate divorciada». En ese momento Safia había actuado con displicencia. Aún fingía indiferencia, y dijo a la antropóloga: «No me importó en lo más mínimo cuando se divorció de mí. Nunca lo quise». Pero Safia ocultaba su angustia. Sólo en un breve poema reveló cuán vulnerable era y todo su anhelo o apego.

A pesar de que sus canciones y sus relatos expresan la pasión entre hombres y mujeres, los beduinos consideran que el amor romántico es vergonzante. En esta sociedad los individuos deben casarse según los intereses familiares. Sólo debe sentirse amor profundo por los padres, hermanos, hermanas e hijos, no por el cónyuge. De modo que los beduinos se horrorizan ante las manifestaciones públicas de afecto entre marido y mujer. Y a pesar de creer que los cónyuges pueden enamorarse profundamente, la gente respetable debe cuidar su *hasham*: la discreción y el decoro sexuales. La pasión desembozada sólo se expresa en unos cortos versos[153].

Actualmente estos nómadas han formado asentamientos donde crían ovejas, cultivan higos y olivos, hacen contrabando u otras actividades comerciales, pero llevan dentro un antiguo amor por el amor.

Antes de que llegara el ferrocarril, antes de que aparecieran los camiones Toyota, sus antepasados atravesaban el desierto del norte de África transportando dátiles y otros productos por medio de caravanas que iban de un oasis a otro a través de las arenas del valle del Nilo. Traían con ellos sus costumbres tribales árabes: amor por la independencia, honor, coraje, caballerosidad y hospitalidad, propensión a las

venganzas y, sobre todo, afición a las mujeres, al vino y a las canciones[154]. El breve poema de Safia, como toda la poesía beduina moderna sobre las penas de amor o la exaltación del idilio, es una reminiscencia de los grandes maestros de la canción, desaparecidos mucho tiempo atrás.

«Me divorcio de ti; me divorcio de ti; me divorcio de ti». Estas palabras, también, vienen de la época preislámica. En aquellos días las mujeres eran honradas y respetadas. También significaban un bien muy apreciado. Las muchachas eran pupilas de la familia. Después de la boda, las mujeres se convertían en propiedad del esposo y podían ser despedidas si no lo satisfacían. De acuerdo con la descripción que hace al-Ghazali, el extraordinario intelectual y escritor del siglo XI, el divorcio en la antigua sociedad árabe se obtenía con facilidad[155]. Bastaba con declararse divorciado tres veces.

En el siglo VI de la era cristiana, el profeta Mahoma basó sus argumentos en esta costumbre tribal. A diferencia de los padres del cristianismo que veneraban el celibato, Mahoma pensaba que el coito era uno de las mayores alegrías de la vida y que el matrimonio ayudaba a hombres y mujeres a ponerse a salvo del mundo sin religión de la promiscuidad. Por lo tanto insistía en que sus seguidores se casaran. Según sus palabras: «Yo ayuno y como, hago vigilia y duermo, y estoy casado. Y si alguien no está dispuesto a seguir mi Sunna (tradición), no me pertenece»[156]. No habría celibato en el islam.

La doctrina de Mahoma produjo una influencia que perdura todavía y que los científicos definen como una cultura islámica sexual positiva, una sociedad que venera el amor, el sexo y el matrimonio entre un hombre y una mujer. La sociedad occidental, en cambio, es definida algunas veces como sexualmente negativa porque históricamente nuestros preceptos religiosos alabaron el celibato y el monasticismo.

El sello de Mahoma aparece también en otras tradiciones. Si bien consideró a las mujeres como seres subordinados a los hombres, una creencia heredada de los pueblos preislámicos, Mahoma introdujo una serie de códigos sociales, morales y legales para proteger a las mujeres, así como una lista explícita de derechos y deberes de cada cónyuge. Entre ellos figuraba que ningún hombre podía tener más de cuatro esposas y debía distribuir sus atenciones entre todas en noches consecutivas. Por encima de todo, el esposo debía proveer a las necesidades de todas sin favoritismos.

La esposa también tenía obligaciones, en especial las de parir hijos, criarlos, cocinar y obedecer al marido. En el islam, el matrimonio se basaba en un contrato legal. A diferencia del casamiento cristiano, que se volvió un sacramento y por lo tanto indisoluble, el compromiso matrimonial musulmán podía quebrarse. El mandato del profeta venía de Dios.

En la actualidad, este procedimiento tradicional para divorciarse sigue vigente en

gran parte del mundo islámico, si bien en algunos lugares el divorcio se volvió algo más difícil de lograr. La forma más aceptada de divorcio sigue siendo Talaqus-Sunna, de acuerdo con los dictados del profeta. Esta forma de *talaq* o divorcio puede llevarse a cabo de dos maneras ligeramente diferentes, ambas aceptadas. Una de ellas, *talaq ahsan*, consiste en una simple declaración: «Me divorcio de ti; me divorcio de ti; me divorcio de ti», que debe hacerse en un momento en que la esposa no esté menstruando y después de tres meses de abstinencia sexual. El divorcio se revoca si el esposo retira sus palabras o si la pareja vuelve a tener relaciones sexuales durante los tres meses de espera.

La ley islámica establece una cantidad de estipulaciones más en relación con el divorcio —cuándo es apropiado que la esposa deje al esposo y cómo cualquiera de los dos puede negociar la separación con sensatez—, ya que Mahoma apreciaba la armonía entre hombres y mujeres, estuvieran o no juntos. Como prescribe el Corán: «Entonces, llegado el momento, acéptalo otra vez con amabilidad o sepárate con amabilidad»[157].

Aun así, Safia sufrió cuando su esposo la dejó.

SEPARARSE

Todos tenemos problemas. Pero posiblemente una de las situaciones más difíciles de vivir es la de abandonar a un cónyuge. ¿Existe alguna forma de hacerlo bien?

Lo dudo. Pero las personas han ideado muchos métodos para dar por terminado un matrimonio. En algunas sociedades existen tribunales o consejos especiales para negociar los divorcios. A veces el jefe de la aldea escucha los casos de divorcio. Con mayor frecuencia se considera el divorcio como un asunto privado que deben arreglar los interesados y sus familias[158]. Esto puede ser tan sencillo como trasladar una hamaca de una chimenea a otra, o puede perturbar a toda una comunidad, como ocurrió recientemente en la India.

En 1988 el *New York Times* informó sobre el divorcio de una joven hindú, Ganga, que abandonó al hombre con el que llevaba casada cinco años después de que éste la golpeó duramente[159]. Al día siguiente más de quinientas personas se reunieron en un campo cerca de la aldea para escuchar lo que la pareja y su parentela contestarían a ciertas preguntas formuladas por los ancianos de la casta. Pero cuando Ganga acusó a su suegro y al hermano de su suegro de haber intentado abusar de ella sexualmente, estalló la polémica. Los insultos derivaron rápidamente en una pelea con garrotes y en pocos minutos varios hombres golpeados y cubiertos de sangre yacían en el campo. La batahola sólo se detuvo cuando corrió la voz de que la policía estaba por llegar. Las deliberaciones del divorcio sin duda continuaron con amargas palabras detrás de los muros de adobe. Sea con furia o desapasionadamente, con todas las de la

ley o con un mínimo de escándalo, el divorcio es indudablemente parte de la condición humana. En casi todos los países del mundo el divorcio está permitido. Los antiguos incas no lo practicaban. La Iglesia católica apostólica romana se negaba a admitirlo. Algunos otros grupos étnicos y sociedades no aceptan la disolución matrimonial[160]. En algunas culturas los divorcios son difíciles de obtener[161].

Pero, desde las tundras de Siberia a la selva amazónica, la gente acepta el divorcio como algo lamentable, pero algunas veces necesario. Tiene procedimientos sociales o legales específicos para el divorcio. Y, efectivamente, se divorcia. Más aún, a diferencia de muchos occidentales, los pueblos tradicionales no hacen del divorcio una cuestión moral. Los mongoles de Siberia expresan sintéticamente lo que en realidad es la opinión de todo el mundo: «Si dos personas no pueden vivir juntas armoniosamente, mejor será que se separen»[162].

¿Por qué se divorcian las personas? Las discusiones amargas, los comentarios hirientes, la falta de sentido del humor, ver demasiada televisión, la incapacidad de escuchar, el alcoholismo, el rechazo sexual: los motivos que hombres o mujeres dan para querer interrumpir el vínculo matrimonial son tan variados como los que tuvieron para casarse. Pero hay algunas circunstancias comunes a todas las personas que eligen terminar una relación.

El adulterio manifiesto encabeza la lista. En un estudio sobre 160 sociedades, la antropóloga Laura Betzig demostró que la infidelidad desembozada, en especial por parte de la mujer, es la ofensa más comúnmente alegada para desear el divorcio. La esterilidad y la impotencia le siguen. La crueldad, sobre todo por parte del marido, aparece en tercer lugar entre las razones esgrimidas en el mundo para el divorcio de una pareja. Luego sigue un conjunto de acusaciones acerca de la personalidad y la conducta del cónyuge. Entre las razones más aducidas están: el mal carácter, celos en exceso, hablar demasiado, regañar constantemente, no ser respetuoso, que la esposa es vaga, que el marido no aporta los recursos necesarios, la indiferencia sexual, la violencia, el estar siempre ausente o la existencia de otra pareja[163].

No me sorprende que el adulterio y la infertilidad sean considerados tan graves. Darwin sostenía la teoría de que las personas se casan sobre todo para reproducirse. Es indudable que mucha gente llega al matrimonio para obtener un cónyuge económicamente valioso o para acumular hijos que los mantengan cuando envejezcan; otros lo hacen para cimentar vínculos políticos con parientes, amigos o enemigos. Pero como demuestra Betzig, Darwin tenía razón: dado que las principales razones esgrimidas para el divorcio están íntimamente relacionadas con la sexualidad y la reproducción, se deduce que las personas se casan para reproducirse[164].

También debería ocurrir que la mayoría de las personas divorciadas en edad de reproducirse volvieran a casarse. Y así lo hacen[165]. A pesar de los sueños frustrados,

del recuerdo fresco de las amargas peleas, indiferentes a la prueba de que el matrimonio puede ser irritante, aburrido y doloroso, la enorme mayoría de la gente divorciada vuelve a casarse. En los Estados Unidos el 75% de las mujeres y el 80% de los hombres que se separan vuelven a contraer matrimonio[166]. Y como el matrimonio nos define como adultos en la mayoría de las culturas, las personas divorciadas del mundo buscan una nueva pareja.

Parecería que somos eternamente optimistas acerca de la nueva oportunidad.

EL DINERO TIENE LA PALABRA

Samuel Johnson definió el nuevo matrimonio como el triunfo de la esperanza sobre la experiencia. Los norteamericanos bromean acerca de la «comezón del séptimo año». Los‘antropólogos definen este hábito humano como «monogamia en serie». Llámesela como se quiera, la tendencia humana a divorciarse y volver a casarse es un fenómeno mundial. Y tiene otras características notables.

En primer lugar, el divorcio es frecuente en las sociedades donde *tanto las mujeres como los hombres* son dueños de tierras, animales, dinero en efectivo, información u otros bienes valiosos o recursos, y donde *ambos* tienen el derecho de distribuir o intercambiar sus patrimonios fuera del círculo de la familia inmediata. Si una persona es la dueña de un banco en la ciudad de Nueva York, o tiene la concesión sobre la explotación del único pozo de agua en el Desierto de Kalahari, en el África meridional, o si transporta cereales a Nigeria y vuelve a casa con dinero que puede ahorrar, invertir, prestar o regalar, esa persona es rica. Cuando hombres y mujeres no dependen uno del otro para la supervivencia, una pareja con problemas puede divorciarse, y de hecho a menudo lo hace.

Un ejemplo que ilustra el poder de la autonomía económica lo dan los bosquimanos !kung del desierto de Kalahari. Es frecuente entre ellos que hombres y mujeres se casen más de una vez[167]. Y no creo que sea una coincidencia que las mujeres !kung sean también económica y socialmente poderosas.

A pesar de que los !kung están adoptando rápidamente los valores y la tecnología moderna del mundo occidental, su alta tasa de divorcios no es un hecho nuevo. Cuando en la década de los sesenta los antropólogos registraron sus formas de vida, durante la temporada de las lluvias esa gente vivía en pequeños grupos de diez a treinta individuos. Luego, cuando el clima cambiaba y el sol abrasador de octubre secaba la superficie, se agrupaban en comunidades mayores en torno a los pozos de agua permanentes. Pero aun cuando los !kung se desparramaban por la espesura, hombres y mujeres se visitaban con regularidad en las diferentes comunidades. Esto mantenía una fluida red de comunicación entre varios cientos de parientes.

Las mujeres !kung se trasladaban hasta el lugar de trabajo, aunque no todas las

mañanas. Pero cada dos o tres días, cuando las provisiones disminuían, las esposas debían ir a buscar comida. Llevaban al bebé de pecho amarrado a la espalda dentro de una pañoleta y dejaban a los niños mayores a cargo de amigos o familiares para agregarse a un grupo de mujeres y marchar a través del chaparral.

Cada expedición de cosecha era diferente de las anteriores. Algunas veces la mujer regresaba con frutas de baobab, con cebollas silvestres, melones de tsama y dulces nueces de mongongo. Otro día traía ciruelas agrias, bayas de tsin, verduras de hoja y raíces acuáticas. También eran alimento la miel, las orugas, las tortugas y los huevos de pájaro. Y lo que la mujer siempre encontraba era información valiosa. Por la huella de los animales que descubría en su recorrido podía saber qué bestias habían pasado, cuándo, cuántas integraban el grupo y adonde se dirigían.

Los hombres !kung salían de caza dos o tres veces por semana en busca de ciervos, guacos, liebres de primavera, puercoespines, un antílope o incluso una jirafa. Algunas veces el marido volvía a casa con carne apenas suficiente para alimentar a su mujer y sus hijos; otras, un grupo de hombres abatía a una bestia lo bastante grande para compartirla con los compañeros de caza, parentela y amigos. La carne era un refinamiento, y a los buenos cazadores se los honraba. Pero los hombres traían carne a casa sólo cada cuatro días.

En consecuencia, las mujeres aportaban de un 60% a un 80% de la cena de todos los días. Las mujeres también compartían los derechos sobre los puntos del desierto que tenían agua, una situación no demasiado diferente de ser dueña del banco local. Durante los años aptos para la fecundación las mujeres tenían gran prestigio como reproductoras. Las mujeres mayores a menudo se convertían en chamanes y también en líderes de los asuntos de la comunidad.

De modo que las mujeres !kung eran poderosas.

Y cuando un hombre y su esposa se encontraban en una situación desesperada como pareja, uno u otro generalmente empaquetaba sus escasas pertenencias y se iba a otro campamento. ¿Por qué? Porque se lo podían permitir. Los cónyuges !kung en general discutían durante meses antes de tomar la decisión de separarse. Palabras duras y lágrimas amargas corrían por las arenas del desierto. Los vecinos terminaban siempre involucrados, pero con el tiempo la mayoría de las relaciones desgastadas se interrumpían. De los 331 matrimonios !kung declarados por las mujeres a la antropóloga Nancy Howell en la década de los setenta, 134 terminaron en divorcio[168]. Luego tanto hombres como mujeres contrajeron nuevos enlaces. Algunas mujeres !kung tuvieron hasta cinco esposos consecutivos.

Esta correlación entre independencia económica y divorcio se verifica en numerosas culturas[169]. Por ejemplo, entre los yoruba del África occidental son las mujeres quienes controlaban el complejo sistema económico. Manejaban el cultivo, luego transportaban la cosecha hasta el mercado semanal, un mercado que

controlaban por entero mujeres. Como resultado de esto, las mujeres traían a casa no sólo provisiones sino también dinero y artículos suntuarios, riqueza independiente. Hasta un 46% de los matrimonios yoruba terminaban en divorcio[170].

Los hadza habitan en las praderas alrededor del desfiladero de Olduvai, Tanzania. A pesar de que el área es seca y rocosa, abundan las raíces, las frutas y los pequeños ciervos, y durante la temporada de lluvias es normal que los cónyuges abandonen individualmente los campamentos para obtener sus propios alimentos. Luego, en la temporada de sequía, se forman grupos que acampan en torno a los pozos de agua permanente, los hombres salen de caza y traen grandes presas y todos juntos danzan, juegan, chismorrean y comparten la carne. Pero los hombres y mujeres hadza no dependen unos de otros para llenar la olla diaria de comida. Y sus parejas reflejan este espíritu de independencia. En la década de los sesenta su tasa de divorcio era una cinco veces más alta que la de los Estados Unidos[171].

La autonomía económica personal genera libertad para separarse. Y, a mi juicio, la más innegable prueba de esta correlación la proporcionan los navajos del Sudoeste norteamericano, sin duda porque en 1968 viví con ellos durante varios meses.

Si se toma la Ruta 66 Oeste en Gallup, Nuevo México, y tras unos cuarenta y cinco minutos de automóvil se dobla en dirección al norte por un ancho camino de tierra que atraviesa el chaparral, el polvo y el aroma a salvia, luego se pasa el almacén de ramos generales de Pine Springs hasta la choza abandonada (una cabaña de troncos de siete lados) y se dobla a la derecha después del pino grande, subiendo por la ladera de flores silvestres, aparece nuestra casa de madera. Tiene una estufa panzona para dar calor, una hornalla para cocinar pan frito, café y sopa de cordero, dos grandes camas de bronce, una mesa de cocina y tres lámparas de queroseno que usamos de noche para sentarnos a conversar. Disfruto de mi casa, con su puerta de entrada que mira al éste, los dos grandes depósitos de preciosa agua potable anidando en el bosquecillo de pinos, y el cañón anaranjado atravesando como una cinta frente al enorme jardín.

Mi «madre» navajo organizaba la vida cotidiana. Juntaba escrofularias y otras flores silvestres, cardaba y teñía lana y tejía las típicas mantas de los navajos para mantener a su familia de cinco. Además, era dueña de toda la tierra que la rodeaba. Los navajos son matrilineales; sus hijos rastrean la ascendencia a través del linaje materno, de modo que las mujeres tienen grandes propiedades. También son ellas las que realizan los diagnósticos médicos y desempeñan un papel de vital importancia en la vida ritual de los navajos[172]. Examinan a los enfermos, identifican las enfermedades físicas y espirituales, y prescriben la ceremonia curativa apropiada para cada caso. Por lo tanto, las mujeres tienen mucho prestigio; participan de todos los asuntos comunitarios y aproximadamente una de cada tres se divorcia[173].

«No tiene sentido casarse para ser desgraciado el resto de la vida», dicen los

micmac del Canadá oriental[174]. Casi todo el mundo está de acuerdo. Donde mujeres y hombres *pueden permitirse* dejar al cónyuge, la gente que no es feliz a menudo lo hace. Y en general después vuelven a casarse.

Las tasas de divorcio son mucho más bajas cuando los cónyuges dependen unos de otros para la subsistencia. La más notable correlación entre dependencia económica y una baja tasa de divorcios se verifica en la Europa preindustrial y en todas la sociedades que trabajan la tierra con arado, como es el caso de la India y China[175]. Algunas personas atribuyen el bajo índice de divorcio entre los europeos cristianos históricos a razones religiosas, por razones comprensibles. Jesucristo prohibía el divorcio[176]. Y como ya lo mencioné, en el siglo XI después de Cristo el matrimonio cristiano se había convertido en un sacramento; el divorcio era imposible para los cristianos.

Pero la cultura a menudo se complementa con las leyes de la naturaleza, y los bajos índices de divorcio de las sociedades europeas preindustriales se debían también a una ineludible realidad ecológica: las parejas de agricultores se necesitaban mutuamente para sobrevivir[177]. Una mujer que viviera en una granja dependía de su marido para quitar las rocas, talar los árboles y arar la tierra. El marido precisaba de ella para sembrar, quitar la maleza, cosechar, acondicionar y almacenar los vegetales. Hombro a hombro trabajaban la tierra. Y además, si uno de los dos elegía dejar al otro, tenía que hacerlo sin llevarse nada. Ninguno de los cónyuges podía coger la mitad del trigo y volverlo a plantar en otro lado. Los agricultores estaban atados a la tierra, uno al otro, y a una compleja parentela que conformaba una red inalterable. En estas circunstancias ecológicas, el divorcio no era una alternativa práctica.

No es extraño que el divorcio fuera algo fuera de lo común en la Europa preindustrial, a todo lo ancho del granero formado por la región caucásica y entre los varios pueblos agricultores que habitaban las tierras que llegan hasta el borde del Pacífico.

La Revolución Industrial modificó la relación económica entre hombres y mujeres, y contribuyó a estimular el surgimiento de modelos más modernos de divorcio (véase el capítulo XVI).

Los Estados Unidos son un buen ejemplo. Cuando aparecieron las fábricas detrás de los graneros de la América agrícola, mujeres y hombres comenzaron a abandonar las granjas para buscar trabajo. ¿Qué traían a casa si no dinero: patrimonio trasladable, divisible? Durante buena parte del siglo XIX la mayoría de las mujeres seguían a cargo del gobierno de la casa. Pero en las primeras décadas del siglo XX las mujeres norteamericanas de clase media comenzaron a incorporarse al mercado laboral en cantidades cada vez mayores, lo cual les dio autonomía económica.

No es casualidad que el índice de divorcio en los Estados Unidos, que empezó a aumentar con el advenimiento de la Revolución Industrial, haya seguido creciendo lenta pero constantemente. Porque el marido dejará a la esposa que trae a casa un sueldo con mayor facilidad que a la mujer que le desmaleza el jardín. Y la mujer que cobra un sueldo será probablemente menos tolerante con los problemas matrimoniales que una que depende de él para tener qué comer cada día. Numerosos observadores identifican el trabajo femenino fuera de casa —y el consiguiente control de su propio dinero— como el factor principal en este aumento de las tasas de divorcio[178].

Ya se observó antes en la historia de Occidente un incremento correlativo de la tasa de divorcio y de la autonomía económica femenina. Cuando en los siglos anteriores al nacimiento de Cristo los romanos ganaron varias guerras en el extranjero, los monopolios del comercio generaron una riqueza sin precedentes en el Imperio. Surgió una clase alta urbana. Los acaudalados patricios se mostraron entonces menos dispuestos a traspasar grandes dotes a manos de sus yernos. De modo que, en el siglo I antes de Cristo, mediante una serie de nuevas reglamentaciones del matrimonio, las mujeres de clase alta pasaron a controlar una mayor porción de sus fortunas, y de su futuro. Y en la medida en que esto daba pie a la aparición de una nueva clase —la de las mujeres financieramente independientes—, en la antigua Roma el divorcio se volvió epidémico[179].

LAZOS QUE ATAN

«All you need is love» (Todo lo que necesitas es amor) cantaban los Beatles. Y no es así. Existen muchos otros factores culturales además de la autonomía económica que contribuyen a la estabilidad o a la inestabilidad del matrimonio.

Tradicionalmente, los índices de divorcio eran más altos en los Estados Unidos en el caso de los cónyuges provenientes de medios socioeconómicos, étnicos y religiosos diferentes[180]. Esto, sin embargo, tal vez esté cambiando. En un estudio sobre una población de 459 mujeres de Detroit, el sociólogo Martin Whyte descubrió que estos factores tenían escasa incidencia en el destino de una relación. En cambio, las características de personalidad semejantes, los hábitos compartidos, los intereses paralelos, los valores en común, las actividades recreativas compartidas y los mismos amigos eran la base de los mejores pronósticos de estabilidad matrimonial. Resulta interesante el hecho de que Whyte también llegara a la siguiente conclusión: «Es un buen pronóstico casarse en la madurez, si se está muy enamorado, si se es de color blanco y se proviene de un hogar donde hubo comunicación y amor»[181]. Las personas que no presentan estas características corren más riesgos.

Los psicólogos informan que las personas inflexibles forman parejas inestables[182]. Los terapeutas afirman que las parejas unidas por lazos más fuertes que los factores que tienden a separarlos suelen mantenerse unidas[183]. La forma en que los cónyuges se adaptan uno a otro, negocian entre sí, se pelean, se escuchan y se persuaden, también tiene importancia en los resultados; cuando las transacciones son escasas, las parejas son más propensas a disolverse[184]. Los demógrafos demuestran que, cuando abundan los hombres o escasean las mujeres, las esposas se convierten en un bien preciado y las parejas se separan menos[185]. Las parejas norteamericanas con un hijo varón tienen, estadísticamente, una mayor posibilidad de permanecer juntas[186]. Esto es también aplicable a las esposas con hijos en edad preescolar[187]. Por otra parte, las parejas que se casan muy jóvenes suelen divorciarse[188].

Los antropólogos agregan una perspectiva transcultural a nuestro análisis del divorcio[189]. El divorcio es común en las culturas matrilineales como la de los navajos, probablemente porque la esposa dispone de recursos, los hijos son miembros de su propio clan y el marido tiene más responsabilidades respecto a los hijos de su hermana que a los propios. Por lo tanto, los cónyuges son compañeros, no socios económicos vitales. Cuando el marido está obligado a «pagar por la novia» a la familia de su pretendiente a cambio del privilegio de desposarla, el índice de divorcio suele ser inferior porque, en caso de divorcio, hay que devolver dichos bienes. La endogamia —el matrimonio dentro de la propia comunidad— está asociada a relaciones más duraderas porque los parientes, amigos y obligaciones en común tienden a cimentar el vínculo dentro de una red que ambos comparten[190].

La poliginia tiene un curioso efecto sobre el divorcio. Cuando un hombre tiene varias esposas, éstas tienden a luchar por la atención y los beneficios del marido que comparten. Los celos originan confrontaciones y divorcios. Más aún, un hombre con varias esposas puede prescindir de los servicios de una de ellas, mientras que el que tiene sólo una lo pensará dos veces antes de abandonar a la única mujer que cocina para él. En realidad, los índices de divorcio han *disminuido* en las sociedades musulmanas a partir del contacto con las costumbres occidentales[191]; nuestra tradición monogámica está estabilizando la vida de familia en el islam.

«No hay ninguna sociedad en el mundo en la cual la gente haya permanecido casada sin una enorme presión de la comunidad para que así lo hagan», afirmó Margaret Mead[192]. Y tenía razón. La tasa de divorcio de muchas sociedades tradicionales es tan alta como la de los Estados Unidos[193].

Esto puede parecer extraño. Después de tantas sonrisas y miradas, de la embriagadora sensación del enamoramiento, de los secretos compartidos y las bromas privadas, de los hermosos momentos en la cama, de los días y las noches con la familia y los amigos, a pesar de los hijos que trajeron al mundo, del patrimonio que acumularon juntos, de las divertidas experiencias vividas durante horas, meses y años

de reír y amarse y luchar hombro con hombro, ¿por qué hombres y mujeres dejan atrás relaciones tan ricas?

Quizá esta inestabilidad sea generada por corrientes ocultas en nuestra mente, fuerzas reproductoras profundas que han evolucionado a través de millones de apareamientos cotidianos a lo largo de nuestro ignoto pasado.

LA COMEZON DEL CUARTO AÑO

Con la esperanza de lograr una mejor comprensión de la naturaleza del divorcio, recurrí a las publicaciones demográficas anuales de las Naciones Unidas. Estos libros comenzaron a aparecer en 1947, cuando los censistas de países tan diferentes en lo cultural como Finlandia, Rusia, Egipto, Sudáfrica, Venezuela y los Estados Unidos empezaron a interrogar a sus habitantes sobre el tema del divorcio. De dicha información, reunida cada década por la Oficina de Estadística de las Naciones Unidas en distintas sociedades, seleccioné las respuestas a tres preguntas: ¿Cuántos años llevaba casada/o al divorciarse? ¿Qué edad tenía cuando se divorció? ¿Cuántos hijos tenía en el momento de divorciarse?

Surgieron tres tendencias notables.

Y las tres aluden a las fuerzas evolutivas.

Lo más notable es que el divorcio se produce a los pocos años del casamiento —con una mayor concentración aproximadamente en la época del cuarto año— y los porcentajes bajan en la medida en que aumentan los años de convivencia[194]. En realidad, me decepcionó descubrir esto; esperaba que la mayor concentración se diera alrededor del séptimo año de matrimonio[195]. Pero no fue así. Finlandia representaba un ejemplo típico. En 1950 el número de divorcios fue en su mayoría de parejas que llevaban casados unos cuatro años; el porcentaje declinaba gradualmente en parejas de períodos más prolongados. En 1966 los divorcios en Finlandia ocurrían con mayor frecuencia durante el tercer año de matrimonio. En 1974, 1981 y 1987 los porcentajes volvían a concentrarse en torno al cuarto año[Apéndice, gráfico 1].

Al comparar estos cuatro picos porcentuales del divorcio en Finlandia y los picos en sesenta y una culturas más, según una tabulación general de todos los años disponibles[Apéndice, gráfico 2], resultó evidente que en todos estos pueblos el divorcio solía llegar a su punto máximo *alrededor del cuarto año* de matrimonio. La comezón del séptimo año no existía; lo que en cambio aparecía era la comezón del cuarto año.

Por supuesto, había diferencias en el pico del cuarto año. En Egipto y otros países musulmanes, por ejemplo, el divorcio se producía con mayor frecuencia durante los primeros meses de matrimonio, en absoluto cerca del pico de los cuatro años[Apéndice, gráfico 3].

Sin embargo, tales variaciones no eran sorprendentes. En estas culturas la familia

del novio tiene que devolver a la nuera a sus padres si ella no se adapta bien al nuevo hogar, algo que los suegros hacen sin dilación cuando toman una decisión[196]. Más aún, el Corán exceptúa al marido musulmán de pagar la mitad del estipendio por matrimonio si disuelve la unión antes de consumarla[197]. De ese modo, la presión social y los incentivos económicos empujan a egipcios y a otros musulmanes con matrimonios desgraciados a divorciarse sin demora. Finalmente, dichas estadísticas incluyen los «divorcios revocables», decretos provisionales que requieren pocas reparaciones financieras. Los divorcios revocables hacen que el proceso de separación sea rápido y sencillo, y acortan el período de matrimonio[198].

El pico de divorcio en los Estados Unidos oscila algo más abajo de la media de cuatro años, y también resulta muy interesante especular sobre semejante diferencia. Durante algunos años, como en 1977, el pico de divorcios se concentró en torno al cuarto año de matrimonio[199]. Pero en 1960, 1970, 1979, 1981, 1983 y 1986, el pico se produce antes, entre el segundo y el tercer año desde la boda[Apéndice, gráfico 4][200]. ¿A qué se debe esto?

Sé que este pico de divorcios en los Estados Unidos no guarda relación alguna con el *creciente porcentaje* de divorcios en el país. El porcentaje de divorcios se duplicó entre 1960 y 1980, y sin embargo durante dicho período las parejas se divorciaban alrededor de dos años después de casarse. Sé que tampoco se explica por el creciente número de parejas que viven juntas. La cantidad de hombres y mujeres que se fueron a vivir juntos sin casarse casi se triplicó en la década de los setenta, pero el pico de divorcios en los Estados Unidos no aumentó[201].

Puramente a modo de conjetura, yo diría que el pico norteamericano de divorcios puede estar relacionado con la actitud norteamericana ante el matrimonio en sí mismo. Nosotros no solemos casarnos por razones económicas, políticas o de interés familiar. En cambio, como señala el antropólogo Paul Bohannan: «Los norteamericanos se casan para enriquecer su mundo interior, una región en general muy secreta»[202].

El comentario me parece fascinante, y correcto. Nos casamos por amor *y para subrayar, equilibrar o enmascarar partes de nuestro mundo interior*. Esa es la razón de que a veces un discreto funcionario se case con una exuberante rubia o de que una científica se case con un poeta. Tal vez no sea casualidad que el pico de divorcios en los Estados Unidos se corresponda tan perfectamente con la duración promedio del enamoramiento: de dos a tres años. Si los cónyuges no están satisfechos con la pareja, se separan poco después de que el clímax del enamoramiento quede atrás.

De modo que hay algunas excepciones a la comezón del cuarto año.

Estos datos presentan algunos problemas[203].

En algunas sociedades el hombre y la mujer se hacen la corte durante meses; en otras se casan de inmediato. El tiempo empleado en los preparativos de la boda, los

meses o años que una persona soportará un matrimonio desdichado, lo simple o complicado que resulte obtener un divorcio y el tiempo que transcurrirá hasta que el trámite de divorcio se complete también varían de una cultura a otra. En realidad, entonces, las relaciones humanas comienzan antes de quedar legalmente registradas y fracasan antes de ser legalmente finiquitadas.

No hay manera de medir todas las variables que afectan a estos datos reunidos por las Naciones Unidas. Pero he aquí un asunto que es central en este libro: dada la enorme cantidad de factores culturales y diferencias individuales puestos en juego por un matrimonio o un divorcio, cabría esperar que no aparecieran coincidencias ni remotamente significativas; es sorprendente que un patrón *cualquiera* se manifieste. Sin embargo, a pesar de la gran variedad de tradiciones matrimoniales, del sinfín de opiniones que definen el divorcio en el mundo, y de la diversidad de procedimientos para separarse, hombres y mujeres se abandonan mutuamente más o menos de la misma manera.

Algunas personas son banqueros, otros se ganan la vida haciendo jardinería, criando ganado, pescando o con un comercio. Algunos son universitarios; otros son analfabetos. Entre los cientos de millones de hombres y mujeres pertenecientes a 62 culturas, los individuos hablan diferentes idiomas, tienen diferentes oficios, usan ropas diferentes, llevan en sus bolsillos monedas diferentes, entonan diferentes plegarias, temen a diferentes demonios, y acarician diferentes esperanzas y diferentes sueños. Sin embargo, sus divorcios se arraciman siempre en torno al pico de los cuatro años.

Este patrón transcultural no se relaciona con los índices de divorcio. Se presenta en sociedades donde la tasa de divorcio es alta y en culturas donde el divorcio es algo fuera de lo común[204]. Es una constante que se mantiene a lo largo del tiempo, incluso dentro de la misma sociedad, a pesar de la gran incidencia del divorcio. Qué peculiar: *el matrimonio tiene un patrón transcultural de decadencia*.

Este patrón de vinculación humana está presente incluso en la mitología occidental. Durante el siglo XII los trovadores ambulantes europeos convocaban a damas y caballeros, nobles y plebeyos, a oír la dramática saga épica de Tristán e Isolda: el primer idilio occidental moderno. Decía un poeta: «Mis señores, si desean oír una maravillosa historia de amor y muerte, aquí está la de Tristán y la reina Isolda. Cómo para su bien y alegría, pero también para su pena, se amaron, y cómo al fin murieron un día juntos de ese mismo amor: ella a manos de él, y él a manos de ella»[205].

Como el escritor francés Denis de Rougemont dijo acerca de este mito sobre el adulterio: «Es una especie de arquetipo de nuestros más complejos sentimientos de inquietud». Su observación es más sagaz todavía de lo que él pensaba. La historia comienza cuando un joven noble y una hermosa reina beben juntos un elixir que

saben induce al amor *durante aproximadamente tres años*.

¿Existe un punto débil inherente a los vínculos humanos de pareja? Tal vez.

También existen otros.

EL DIVORCIO ES PARA LOS JOVENES

Entre 1946 y 1964 nacieron alrededor de setenta y seis millones de norteamericanos. Bienvenido el *baby boom*, un auge de nacimientos en masa que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día estas personas tienen entre casi treinta años y más de cuarenta. Y como ven que sus pares se divorcian suponen que la disolución del matrimonio predomina en la edad madura. No es así. El pico más alto de divorcios se da en los más jóvenes.

En los Estados Unidos el *riesgo* de divorcio para hombres y mujeres alcanza el punto más alto entre los veinte y los veinticuatro años, edad un poco baja en comparación con la media mundial. En las veinticuatro sociedades sobre las cuales los anuarios de las Naciones Unidas ofrecen información, el riesgo de divorcio alcanza su pico máximo entre los veinticinco y los veintinueve años para los hombres, mientras que el riesgo de divorcio para las mujeres tiene un doble pico máximo, entre los veinticinco y los veintinueve, y entre los veinte y los veinticuatro años. En los grupos de mayor edad, el divorcio se vuelve menos y menos frecuente. Y ya en la edad madura el divorcio es un fenómeno raro. El 81% de todos los divorcios ocurre antes de los cuarenta y cinco años en el caso de las mujeres; el 74% de todos los divorcios ocurre antes de los cuarenta y cinco años en el caso de los hombres[206].

Resulta sorprendente. Parecería más natural pensar que, con el transcurso de los años, los cónyuges se aburren o se sacian uno de otro, o que abandonan la vida conyugal una vez que los hijos dejan el hogar a causa del trabajo o del ingreso en la universidad. No ocurre así. En cambio, hombres y mujeres se divorcian con una regularidad impresionante entre los veinte y los treinta años, cuando están en el punto más alto de su capacidad reproductora y parental.

También nos separamos cuando hay hijos.

Un tercer patrón que se deduce de la información de las Naciones Unidas se relaciona con «el divorcio de padres con hijos dependientes».

Entre los cientos de millones de parejas de cuarenta y cinco sociedades que, según los registros, se divorciaron entre 1950 y 1989, el 39% no tenía hijos dependientes; el 26% eran parejas con un solo hijo dependiente; el 19% eran parejas con dos; el 7% eran parejas con tres; el 3% eran parejas con cuatro, y las parejas con cinco o más hijos raramente se separaron[207]. Por lo tanto, parecería que, cuantos más hijos tiene una pareja, menos probable es que los cónyuges se divorcien.

Los datos de la ONU son menos concluyentes sobre este tercer patrón que sobre

los dos anteriores[208]. Sin embargo, lo sugieren con insistencia y además tiene sentido desde la perspectiva genética. Desde el punto de vista del darwinismo, es lógico que las parejas sin hijos se separen; ambos cónyuges formarán una nueva pareja y probablemente tengan hijos, y así garantizarán su futuro genético. En la medida en que las parejas tienen más hijos se sienten menos capacitadas económicamente para abandonar una familia en expansión. Y es genéticamente razonable que permanezcan juntos para cuidar de su cría.

Pero esto sí es «innegable»: un cuarto de todos los divorcios corresponde a parejas con un solo hijo dependiente; casi el 20% se da en parejas con dos hijos. Mucha gente se divorcia después de traer al mundo uno o dos hijos.

A menudo me preguntan: «¿Cuál de los dos sexos abandona con mayor frecuencia al otro?».

Nunca lo sabremos. Las leyes y las costumbres a menudo indican cuál de los cónyuges debe iniciar los trámites de divorcio. Pero qué individuo inicia realmente la separación emocional, física y legal no es un dato mensurable. Después de que las discusiones y las lágrimas terminan, a veces ni los mismos interesados saben con certeza quién dejó a quién. Pero una cosa es evidente: la enorme mayoría de las personas vuelven a casarse.

Es «típico» que las mujeres norteamericanas se casen de nuevo unos cuatro años después del divorcio, mientras que «típicamente» los hombres dejan pasar tres años desde la ruptura del vínculo anterior para volver a casarse[209]. El período promedio entre divorcio y nuevo casamiento es de tres años[210]. Y el tiempo promedio entre divorcio y nuevo casamiento en función de la edad varía entre los tres y los cuatro años y medio[211]. Más aún, el 80% de todos los varones divorciados norteamericanos y el 75% de las mujeres divorciadas norteamericanas vuelven a casarse[212].

En 1979 la edad pico para el nuevo matrimonio de los varones se ubicaba entre los treinta y los treinta y cuatro años; para las mujeres oscilaba entre los veinticinco y los veintinueve años. El porcentaje de hombres y mujeres pertenecientes a otras culturas que vuelven a casarse no fue calculado por los censistas de las Naciones Unidas. Pero en las 98 culturas analizadas entre 1971 y 1982, la edad pico para un nuevo matrimonio era, entre los varones, de los treinta a los treinta y cuatro años, y para las mujeres, de los veinticinco a los veintinueve, igual que en los Estados Unidos[213].

¿ESTA CAYENDO EN DESUSO EL VINCULO DE PAREJA?

Tal vez. El matrimonio muestra, sin duda, diversas modalidades de decadencia. Los cálculos estadísticos de divorcio apuntan a los cuatro años. El riesgo de divorcio

es mayor en el caso de los cónyuges de entre veinte y treinta años, o sea, de las personas en la cima de su capacidad reproductora. Un gran número de divorcios afecta a parejas con uno o dos hijos. Las personas divorciadas vuelven a casarse mientras son jóvenes. Y cuanto más tiempo permanece casada una pareja, es decir, a medida que envejecen los cónyuges, y probablemente cuantos más hijos tengan, menos probable es que los cónyuges se separen[214].

Ello no significa que todo el mundo se ajuste a este modelo. George Bush, por ejemplo, no lo hizo. Pero Shakespeare sí. A fin de continuar con su carrera de dramaturgo, a los tres o cuatro años de casado dejó a su esposa, Anne, en Stratford y partió hacia Londres[215]. En coincidencia con las características del matrimonio de Shakespeare, los casos de divorcio registrados en el mundo trazan un mapa, un diseño primitivo. *El animal humano parece destinado a cortejar, enamorarse y contraer matrimonio con una persona a la vez; luego, en la cima de su capacidad reproductora, a menudo con un solo hijo, se divorcia; algunos años más tarde, vuelve a casarse*.

¿Cómo se escribió este guión? La explicación de los patrones de conducta humana para formar pareja es el nudo de los próximos capítulos de esta obra.

A lo largo de los afluentes del Amazonas, en los atolones coralíferos del Pacífico, en los desiertos árticos y en las llanuras australianas, así como en otros lugares remotos del mundo, hombres y mujeres también se separan. Pocos científicos o censistas han tenido acceso a dicha gente para preguntarles cuánto duraron sus matrimonios, a qué edad se divorciaron o cuántos niños habían tenido. Pero vale la pena echar una vistazo a la escasa información de que disponemos.

Entre los yanomano, un pueblo tradicional de Venezuela, casi el 100% de los niños vive con su madre natural, la mayoría convive además con su padre natural. Pero la convivencia de los padres biológicos declina rápidamente cuando los niños alcanzan los cinco años de edad, no sólo porque uno de los padres muere, sino porque los padres se divorcian[216]. En la comunidad de los ngoni de Fort Jameson (África meridional), el pico más alto de divorcio también se manifiesta entre el cuarto y el quinto año de matrimonio[217]. Estos datos confirman la comezón del cuarto año.

También la información disponible sobre el divorcio entre los jóvenes coincide con los datos de las Naciones Unidas. En las islas Truk de Micronesia, y entre varios pueblos dedicados a la horticultura y la caza en Nueva Guinea, África, la costa del Pacífico y el Amazonas, los matrimonios son muy frágiles entre las personas que rondan los veinte años[218].

La gente de todo el mundo afirma que el nacimiento de un hijo fortalece el vínculo de sus padres[219]. Por ejemplo, en el Japón rural es frecuente que las autoridades a cargo de llevar los registros ni siquiera anoten los casamientos hasta

que la pareja tiene un hijo[220]. Los isleños andaman de la India no consideran que un matrimonio esté realmente consumado hasta que los esposos se convierten en padres[221]. Y los tiv de Nigeria hablan de «matrimonio de prueba» hasta que un hijo cimenta el lazo de la pareja[222].

Pero no deberíamos dar por sentado que el nacimiento de un niño necesariamente genera una relación *para toda la vida*[223]. Sospecho que los aweikoma del Brasil oriental son un buen ejemplo de las tendencias en las sociedades tradicionales. Para ellos «una pareja con varios hijos permanecerá unida hasta la muerte…, pero las separaciones antes de que nazcan varios hijos son incontables»[224]. Este es exactamente el patrón que se deduce de los datos de las Naciones Unidas.

Hay excepciones, naturalmente. Las estadísticas demuestran que el divorcio entre los musulmanes kanuri, de Nigeria, alcanza el pico máximo antes del primer aniversario. El antropólogo Ronald Cohen opina que este pico temprano de divorcio se debe a que «las muchachas jóvenes tienden a separarse de sus primeros maridos con los cuales los padres las fuerzan a casarse»[225]. Resulta interesante comprobar que los bosquimanos !kung también se divorcian poco después de casarse, y que también ellos negocian el primer matrimonio[226].

Hasta esto coincide con los ejemplos de las Naciones Unidas, a pesar de ser una excepción y no la regla. Como el lector recordará, Egipto y otros países musulmanes muestran sin excepción un pico máximo de divorcio anterior al primer año de matrimonio. Dichos países tienen una alta incidencia de matrimonios convenidos, y un matrimonio convenido puede llevar a cualquiera a separarse rápidamente, y de esta forma se anticipa la comezón del cuarto año.

Todo tipo de hábitos culturales desvirtúan los patrones de conducta en los vínculos humanos: la autonomía económica femenina, el urbanismo, el secularismo y los matrimonios convenidos representan sólo una parte. A pesar de tales influencias, el apareamiento humano presenta algunas reglas generales: hombres y mujeres, desde Siberia occidental hasta el extremo sur de Sudamérica, se casan. Muchos se separan. Otros abandonan al cónyuge alrededor del cuarto año de matrimonio. Muchos interrumpen la convivencia cuando son jóvenes. Muchos se divorcian mientras tienen un solo hijo. Y muchos vuelven a casarse.

Durante años, décadas y siglos, representamos una y otra vez este antiguo guión: nos pavoneamos, acomodamos las plumas, flirteamos, nos hacemos la corte, nos deslumbramos y nos atrapamos mutuamente. Luego hacemos nido, nos reproducimos, nos somos infieles y abandonamos el redil. A corto plazo, embriagados de esperanza, flirteamos otra vez. Con eterno optimismo, el animal humano padece de inquietud mientras está en edad de reproducirse y luego, al madurar, él y ella sientan cabeza.

¿Por qué? Creo que la respuesta se esconde entre los caprichos de nuestro pasado,

«cuando el noble hombre salvaje corría libre por los bosques».

VI. «CUANDO EL NOBLE HOMBRE SALVAJE CORRÍA LIBRE POR LOS BOSQUES»
Nuestros antepasados: la vida en los árboles

> Soy tan libre como la naturaleza hizo primero al hombre
> antes de que las innobles leyes de la esclavitud comenzaran,
> cuando el buen salvaje corría libre por los bosques.
>
> JOHN DRYDEN, *The Conquest of Granada*

Arboles de caoba, árboles tropicales de hoja perenne, laureles, perales salvajes, nefelios, mangos, gomeros, mirros, ébanos: árboles, árboles y más árboles se extendían desde las playas doradas de Kenia hasta la costa atlántica[227]. Veinte millones de años atrás, África ecuatorial era una impenetrable cortina verde. La espesura se veía interrumpida de vez en cuando por algunos claros, charcos, pantanos y arroyos, uno que otro monte de vegetación menos tupida y praderas cubiertas de hierba. Pero semillas fosilizadas, frutas y nueces desenterradas en la isla Rusinga del lago Victoria y sus alrededores indican que África oriental estaba cubierta principalmente por bosques libres de viento[228].

Las mariposas danzaban en la tenue luz que se filtraba por el follaje. Las ardillas voladoras planeaban de horqueta en horqueta y los murciélagos colgaban de las grietas oscuras. Arcaicos antepasados de los rinocerontes, elefantes, hipopótamos, jabalíes, okapis y ciervos, así como otros animales de la selva, se alimentaban entre los helechos. Y las polillas doradas, las musarañas elefante, los hámsters, erizos, ratones, jerbos y muchos otros pequeños animales buscaban larvas de insecto, lombrices de tierra, hierbas o frutas sobre el húmedo suelo de la selva. La temperatura era un poco más alta que la actual y casi todas las tardes la lluvia caía sobre los vapores de la jungla, alimentando lagunas y arroyos con agua fresca y golpeando las capas superiores de la espesa bóveda vegetal.

Nuestros antepasados deambulaban entre estos árboles.

Nos referimos a ellos con una gran variedad de nombres científicos, pero se los conoce colectivamente como hominoideos: los antecesores de simios y humanos. Se han encontrado cientos de sus dientes y huesos fósiles en África oriental (así como en

Eurasia), y se calcula que tienen entre veintitrés y catorce millones de años de antigüedad. Todos ellos tenían rasgos mixtos, semejantes tanto a los simios como a los monos, si bien algunos se parecían más a los monos y en cambio otros compartían más características con los simios[229].

Los huesos de una especie localizada en la isla Rusinga indican que estas criaturas tenían más o menos el tamaño de un gato doméstico actual, mientras que otros eran tan grandes como el chimpancé moderno. Ninguno de ellos se asemejaba a los seres humanos. Pero de estas familias provendrían en algún momento tanto nuestros antepasados como los grandes simios vivientes.

No es fácil deducir de qué manera los hominoideos pasaban sus días y sus noches. Algunos tal vez corrían por las ramas más altas como hacen hoy día muchos monos, saltando de una a otra y trepando para tomar el siguiente camino por encima de las copas de los árboles. Otros quizá se colgaban de las ramas y se columpiaban.

La distinción es muy importante para la evolución humana, ya que una y otra opción implican formas muy diferentes de desplazamiento. Cuando los precursores de monos y simios abandonaron la vida en las gruesas ramas centrales y pasaron a colgarse de las inferiores y más delgadas, desarrollaron la estructura básica de nuestro esqueleto humano. En primer lugar, nuestros antepasados perdieron el rabo. Estos apéndices llenos de gracia habían cumplido la misma función que la vara de los equilibristas, un elemento perfectamente adecuado para ayudarlos a mantener el equilibrio y para darles mayor estabilidad mientras se deslizaban por encima de las robustas ramas. Pero en la medida en que los antepasados de monos y simios empezaron a colgarse por debajo del nivel de las ramas, las colas se convirtieron en equipaje que la naturaleza podía descartar.

Hubo otros rasgos determinantes que también derivaron de columpiarse de las ramas, sobre todo modificaciones del hombro, brazo y torso. Si tomamos delicadamente a un gato por las patas delanteras, veremos que su cabeza cuelga detrás de las zarpas; el gato no puede ver lo que hay entre sus patas. Si entonces nos agarramos con las manos de una barra de gimnasia y dejamos colgar todo el peso del cuerpo, notaremos cómo nuestros hombros no se colapsan delante de la cara; podemos mirar entre los codos mientras estamos suspendidos. Las clavículas humanas, el emplazamiento de nuestros omóplatos a lo ancho de la espalda, nuestro gran esternón, nuestra amplia caja torácica y nuestras pequeñas vértebras lumbares fueron el resultado de que el cuerpo colgara de lo alto en lugar de apoyarse en la base.

Otro rasgo distintivo es que los humanos y todos los simios podemos girar las muñecas ciento ochenta grados. Gracias a ello somos capaces de columpiarnos de una barra de gimnasia con las palmas de las manos hacia adelante o hacia atrás. Nuestros antepasados adquirieron todos estos rasgos anatómicos de los brazos y parte superior

del cuerpo tiempo atrás, a fin de poder balancearse entre las ramas de los árboles y hamacarse entre las ramas más delgadas, alimentándose mientras tanto con frutos y flores.

Exactamente cuándo ocurrió esto ha sido motivo de debate durante décadas. Una posibilidad es que nuestros antepasados comenzaran a diferenciarse de los monos primitivos y a colgar debajo de las ramas hace treinta millones de años[230]. Sin embargo, habrían mantenido el aspecto de simios y monos hasta unos dieciséis millones de años atrás[231]. De modo que no sabemos cómo se propulsaban los hominoideos hace veinte millones de años.

Pero vivían entre las hojas. Y por las docenas de quijadas y dientes que dejaron atrás resulta evidente que dichos animales pasaban gran parte del tiempo juntando frutos[232]. Con sus hocicos adelantados, afilados colmillos y dientes delanteros aserrados, estos hominoideos arrancaban, despellejaban, descarozaban y deshollejaban su ración cotidiana. Deberían de beber de las bromelias con forma de tulipa, de otras plantas, y de las grietas donde cada día se juntaba el agua de lluvia. Y seguramente charlaban con sus compañeros, competían por el liderazgo y la comida, y se acomodaban en las amplias horquetas de los árboles para dormir.

AMOR EN LA SELVA

Sin duda los hominoideos también «hacían el amor». Tal vez hasta sentían algo parecido a un enamoramiento mientras se olían, palmeaban y acariciaban antes de copular. Pero es poco probable que el sexo fuera cosa de todos los días para estos arcaicos antepasados nuestros. ¿Por qué? Porque todas las hembras primates —excepto las mujeres— tienen un período de celo o estro. Las monas de algunas especies entran en celo estacionalmente; otras, y todos los simios hembra, tienen mensualmente un ciclo menstrual de modo muy semejante al de las mujeres. Pero en la mitad de cada ciclo, que puede durar de veintiocho a cuarenta y cinco días, entran en celo durante un período de unos veinte días, dependiendo de cada individuo y de la especie.

Los babuinos son un buen ejemplo del patrón común de conducta sexual de los primates, y su vida sexual expresa varias cosas acerca del coito entre nuestros parientes hominoideos de hace veinte millones de años.

Al entrar en celo, el olor de la hembra babuina cambia, y la «piel sexual» alrededor de sus genitales se inflama anunciando su condición de fertilidad como si fuera una bandera. Comienza a «presentarse», ladea las nalgas, mira sobre el hombro, se pone en cuclillas y retrocede hacia los machos para incitarlos a la cópula. Sin embargo, cuando su período de celo empieza a desaparecer, la babuina siempre rechaza la cópula, hasta el mes siguiente. Las hembras normalmente no copulan

mientras están encintas. Y después del parto no reanudan los períodos de celo ni la actividad sexual regular hasta destetar a la cría, en total, entre cinco y veintiún meses. Por lo tanto, las babuinas sólo están disponibles para la cópula durante una veinticincoava parte de su vida adulta[233].

Es posible que nuestros antepasados no fueran más activos sexualmente que los babuinos.

La vida sexual de varios simios lo confirma. Las hembras del chimpancé «común» tienen períodos de celo que duran de diez a catorce días; las gorilas permanecen en celo de uno a cuatro días, y los orangutanes hembra presentan estros que se prolongan entre cinco y seis días de su ciclo menstrual[234]. La enorme mayoría de las cópulas de estos salvajes parientes nuestros ocurre durante dichos períodos de celo[235]. Durante la preñez estos simios cesan en sus ciclos e interrumpen la actividad sexual habitual. Y el celo no reaparece hasta que la madre desteta a la cría, un período de reposo sexual posparto que se prolonga de tres a cuatro años entre las hembras de chimpancé y gorila común, un lapso mucho más largo entre las hembras de orangután[236]. Sólo los chimpancés pigmeos copulan más a menudo. Pero como dichos animales presentan un patrón de sexualidad atípico, probablemente no se los pueda considerar un modelo válido para la vida de unos veinte millones de años atrás[237].

Es realmente posible que nuestros antepasados fueran semejantes a los primates comunes, y que la actividad sexual fuera periódica. Algunas hembras eran más sensuales que otras, igual que algunas hembras de primate y algunas mujeres de hoy. Estaban las que permanecían en celo más tiempo y otras eran más populares entre los machos. Pero el apareamiento probablemente estaba restringido al período de estro. La vida apacible tal vez se hacía orgiástica cuando las hembras entraban en celo y los machos luchaban entre los árboles por el privilegio del coito. Pero las hembras debían de volver al reposo sexual durante la preñez y seguramente se abstenían hasta destetar a la cría. Es probable que su actividad sexual se limitara a unas pocas semanas intermitentes cada varios años.

Sin embargo, los primates comunes también tienen conductas excepcionales, y eso me lleva a formular algunas especulaciones más acerca de la vida sexual de nuestros peludos ancestros. Como la excitación social estimula a las hembras de muchas especies a copular en momentos que no corresponden al clímax de su propio celo, es posible que factores como un nuevo líder, la incorporación de un miembro a la comunidad o algún alimento especial, por ejemplo un poco de carne, indujeran a las hembras a copular aunque no estuvieran en celo[238]. Las hembras posiblemente usaban la sexualidad para obtener bocados deliciosos y ganar amigos.

Es probable que durante la preñez o el amamantamiento las hembras se permitieran breves incursiones ocasionales en la sexualidad. Los macacos de la India,

así como las chimpancés y gorilas comunes, algunas veces copulan durante los primeros meses de preñez[239] o antes de destetar a sus crías[240]. De modo que es razonable suponer que nuestras antepasadas también lo hacían. Algunas veces pueden haberse masturbado, tal como hacen las gorilas[241]. Dado que la homosexualidad es un fenómeno observable entre hembras de gorila, chimpancé y muchas otras especies, nuestras abuelas debían de montarse o frotarse mutuamente como estímulo[242]. Por último, como los simios macho algunas veces fuerzan a las hembras a la cópula cuando éstas se resisten, es probable que las hominoideas fueran violadas alguna que otra vez[243].

No podemos agregar nada más acerca de la sexualidad o sistema de apareamiento de esos animales, salvo que los profundos cambios en el clima empujarían imperceptiblemente a algunos de ellos hacia la humanidad, y hacia nuestra costumbre de flirtear, enamorarnos, casarnos, sernos infieles, divorciarnos y formar nueva pareja.

Todo empezó con los derretimientos y las corrientes que sacudieron el interior de la Tierra.

CONMOCION EN EL OCEANO

Veinte millones de años atrás África y Arabia formaban una sola gran isla-continente que estaba emplazada un poco más al sur que en la actualidad[244]. Hacia el norte había un mar, el océano Tetis, que se extendía desde el Atlántico, al oeste, hasta el Pacífico, al éste, y que conectaba las aguas del mundo. En aquel entonces, esta compuerta era el radiador de la Tierra. Corrientes submarinas cálidas provenientes del Tetis bañaban todo el globo, elevando la temperatura de las mareas y los vientos que bañaban todas las playas del mundo con olas cálidas y empapaban las selvas con tibias lluvias[245].

Esta caldera iba a desaparecer. Unos diecisiete millones de años atrás, empujada por feroces corrientes subterráneas, la plataforma afro-árabe de la corteza terrestre comenzó a desplazarse hacia el norte hasta chocar contra lo que hoy denominamos el Oriente Medio, y dio origen a las cadenas montañosas Zagros, Taurus y Cáucaso. Pronto un inmenso corredor terrestre se desplegó desde África hasta Eurasia, conectando los infinitos bosques del mundo antiguo[246].

A consecuencia del proceso, el Tetis se dividió por la mitad. La porción oeste se convirtió en el mar Mediterráneo, y tibias aguas saladas continuaron vertiéndose en el océano Atlántico. Pero el Tetis oriental, lo que luego evolucionó hasta conformar el océano índico, dejó de recibir corrientes tropicales. Los océanos Atlántico e Indo-Pacífico quedaron desconectados: ya no había mareas cálidas que bañaran el globo,

entibiando las selvas del mundo antiguo[247]. Más de sesenta y cinco millones de años atrás, cuando en los albores de la era cenozoica los mamíferos reemplazaron a los dinosaurios, las temperaturas del mundo habían empezado a bajar. En este punto volvieron a bajar. En la Antártida se formaron capas de hielo sobre la cima de las montañas. A lo largo del ecuador la tierra comenzó a secarse.

La Tierra se estaba enfriando.

Las transformaciones climáticas afectaron entonces al África oriental. Anteriores forcejeos en la corteza terrestre habían dejado dos tajos profundos, grietas paralelas que se extendían de norte a sur, a lo largo de cinco mil kilómetros, cruzando Malaui desde la región hoy llamada Etiopía. Pero cuando el continente afroárabe se desplazó hacia el norte, estas fisuras empezaron a alejarse una de otra. A su alrededor el suelo se hundió, dando origen al paisaje actual de África oriental: una serie de valles bajos que anidan entre tierras altas y montañosas[248].

Entonces, mientras las nubes del África ecuatorial depositaban su cálida humedad antes de remontar la saliente oeste de la Grieta Occidental, los vientos alisios del océano índico, en camino a la Grieta Oriental, descargaban las lluvias. La región del Valle de la Grieta, en África oriental, quedó dentro de la «sombra de la lluvia». Donde la bruma había velado el sol de la mañana, ahora los días eran claros y resecos.

Las estaciones pronto marcaron la ronda incesante de nacimientos y muertes. Diecisiete millones de años atrás el monzón ya soplaba desde el océano índico entre octubre y abril, pero para mayo las plantas estaban en latencia. Las higueras, las acacias, los mangos y los perales silvestres ya no daban frutas y flores a lo largo de todo el año; los retoños, las hojas nuevas y las nuevas ramas sólo aparecían en la estación de las lluvias[249]. Las lluvias tibias que empapaban al África oriental todas las tardes se estaban convirtiendo en un fenómeno del pasado.

Lo que era peor, los volcanes empezaron a escupir rocas derretidas. Algunos ya habían entrado en erupción veinte millones de años antes. Pero, al llegar a dieciséis millones de años atrás, el Tinderet, el Yelele, el Napak, el Moroto, el Kadam, el Elgon y el Kisingeri lanzaron olas de lava y nubes de cenizas sobre los animales y las plantas que había debajo[250].

El enfriamiento de la Tierra, los efectos de la sombra de lluvia y la entrada en actividad de los volcanes de la zona provocaron que las selvas tropicales de África oriental comenzaran a encogerse, mientras los bosques del resto del mundo iban volviéndose más ralos.

En lugar de los árboles aparecieron dos nuevos fenómenos ecológicos: los montes y las sabanas[251]. En las márgenes de lagos y ríos, los árboles aún formaban grupos nutridos. Pero en cuanto el terreno subía y los arroyos se convertían en hilos de agua,

aparecían los montes, donde árboles más achaparrados extendían sus ramas, y los follajes apenas alcanzaban a rozarse. Y donde el agua era aún más escasa, hierbas y pastos que habían luchado por sobrevivir bajo la bóveda de ramas, ahora cubrían kilómetros y kilómetros de montes y sabanas[252]. Al llegar a catorce millones de años atrás, el mundo frondoso y protector de los hominoideos completaba su declinación.

Reinaba la destrucción.

También las oportunidades.

En esta época muchos animales de la selva habían empezado a desaparecer. Los minúsculos antepasados del caballo y otras criaturas emigraron a África desde las disminuidas selvas de Eurasia. Y muchas otras especies emergieron de los claros de la selva para congregarse en grupos más numerosos, y evolucionaron hasta convertirse en las nuevas especies de las estepas. Entre los inmigrantes de las praderas estaban los antepasados del rinoceronte y de la jirafa actuales, el avestruz, infinitas variedades de antílopes y los otros herbívoros que pastan y que rumian que hoy pueblan la llanura de Serengeti. Junto con ellos evolucionaron los depredadores, leones, leopardos y otros carnívoros, así como chacales y hienas, los basureros del mundo antiguo[253].

La agitación en el océano, el nuevo puente terrestre hacia el norte, el cielo de las estaciones, la reducción de las bóvedas de follaje y la expansión de los montes y las praderas cubiertas de hierba iban a afectar profundamente a los hominoideos. Al llegar a los quince millones de años atrás, nuestros precursores habían experimentado una «radiación adaptativa». Indudablemente, gracias al nuevo camino de salida desde África, algunos se desplazaron hacia Francia, España y Hungría e incluso hasta Asia, antes de que la mayoría desapareciera del registro de fósiles hace unos once millones de años. Algunos derivados florecieron, luego se extinguieron, meros callejones sin salida.

El más interesante de estos grupos de exploradores se conoce colectivamente con el nombre de los ramamorfos (que incluye a los *Ramapithecus* y a los *Sivapithecus*), que ya desde hace tiempo se considera el eslabón perdido. Estos «cascanueces» aparecieron en el África oriental unos catorce millones de años atrás, y luego se irradiaron a través de Medio Oriente hasta la India y China. El grueso esmalte de sus molares sugiere que recorrían los bosques comiendo nueces y frutas de cáscara dura, aunque probablemente también incursionaban en regiones más descampadas[254]. Parece ser que desaparecieron unos ocho millones de años atrás.

¿Quiénes eran los ramamorfos? Hoy en día algunos antropólogos consideran que dichos animales eran parientes arcaicos de los orangutanes, de apariencia apañuscada, simios de pelaje rojo que aún habitan las selvas en retroceso del sudeste asiático[255]. Otros sostienen que de ese grupo en general surgieron nuestros antepasados casi

humanos, así como todos los simios vivientes[256]. No se ha zanjado la cuestión y en su esencia perdura un interrogante básico: ¿qué era el eslabón perdido, esa raza de hominoideos que abandonó los árboles de África y que comenzaría la marcha hacia la humanidad? Aún no lo sabemos.

Seis millones de años atrás los pastizales cubrían el África oriental; las condiciones estaban dadas para que emergiera la humanidad. Se han hallado pedacitos y restos de huesos casi humanos fosilizados, pero no alcanzarían a llenar una caja de zapatos. Y prácticamente no se han descubierto restos fósiles de los simios correspondientes a este período de tiempo. De modo que los científicos no disponen de pruebas suficientes de ese antepasado arbóreo que iba a emerger en las praderas para construir el mundo sexuado en el que luchamos hoy.

Sin embargo, hay una clave esencial que se ha materializado. A partir de semejanzas bioquímicas en las proteínas de la sangre y en otras moléculas, la gente de ciencia ha descubierto que los antepasados del orangután son un derivado de este grupo básico de los ramamorfos, surgidos unos diez millones de años atrás. Por lo tanto, estamos muy estrechamente emparentados con los simios Áfricanos, gorilas y chimpancés. Nuestros antepasados homínidos probablemente se diferenciaron de los de estos animales hace no más de cuatro o cinco millones de años[257].

Los amigos se eligen, de los parientes no se escapa. De modo que la relación con los simios Áfricanos es importante para rastrear la historia del amor humano; la naturaleza juega con lo que tiene: por medio de las adaptaciones de un animal selecciona los nuevos diseños. O sea que si bien los simios Áfricanos son, por supuesto, el resultado de una evolución de milenios, sus íntimos vínculos biológicos con la humanidad los vuelve excelentes modelos para reconstruir cómo era la vida antes de que nuestros antepasados fueran forzados a abandonar las selvas en vías de desaparición del África oriental, justo antes de que los patrones humanos de casamiento, adulterio y divorcio se desarrollaran.

LAS TACTICAS DE LOS GORILAS

Los gorilas viven en harenes. En la actualidad, estos tímidos y encantadores animales todavía vagabundean por los inactivos volcanes Virunga de Zaire, Uganda y Ruanda. Hasta su asesinato en la selva en 1985, la antropóloga Dian Fossey estudió a treinta y cinco bandas de gorilas y registró su vida cotidiana a lo largo de dieciocho años.

Cada harén está a cargo de un único adulto de lomo plateado (así llamados por la montura de pelo plateado que les atraviesa el lomo) y de dos «esposas» como mínimo. A menudo un macho de lomo negro (subadulto) o un macho más joven pero plenamente desarrollado ocupan en la banda una posición de menor autoridad junto al

jefe. Este subjefe va acompañado de sus propias esposas jóvenes. De modo que el líder, los machos menores, las esposas de cada uno y un racimo de jóvenes recorren juntos el corazón de África, y entre la bruma y la maleza que rodean los troncos cubiertos de musgo de los árboles de hagenia buscan cardos y apio silvestre.

Las gorilas empiezan a copular entre los nueve y los once años de edad. Cuando entra en celo, estado que le dura de uno a cuatro días, una hembra comienza a coquetearle al macho de mayor jerarquía, que no sea su padre ni su hermano[258]. Inclina las nalgas hacia él, lo mira fijamente a los ojos marrones y retrocede decidida hacia él frotando los genitales rítmicamente contra su cuerpo o sentándose a horcajadas sobre sus rodillas para copular frente a frente. Mientras tanto emite todo el tiempo una llamada suave, aguda y ondulante[259].

Sin embargo, si en su banda de origen no hay un «marido» disponible, la abandona para unirse a otro grupo del que forme parte un macho adecuado. Y si tampoco allí encuentra pareja, se une a algún soltero solitario y viaja independientemente con él. No obstante, si su parejá no consigue una segunda hembra en pocos meses, la hembra abandonará a su amante para integrarse a un harén. Las gorilas hembra no toleran la monogamia, prefieren la vida del harén.

Los machos jóvenes también son volubles. Si un macho de lomo negro alcanza la pubertad dentro de una banda en la que hay una o más hembras jóvenes, a menudo permanece en el grupo de origen para tener cría con ellas. Pero si no hay hembras púberes o son todas hermanas, se unirá a otro grupo o vagará como soltero solitario a fin de atraer a las hembras jóvenes y formar su propio harén. Esta movilidad impide el incesto. En realidad, en sólo una ocasión presenció Fossey un incesto: un lomo plateado se apareó con su propia hija. Curiosamente, algunos meses después del parto, la parentela dio muerte a la cría. La presencia de partículas de hueso en sus heces indica además que comieron parcialmente el cuerpo del bebé muerto[260].

Una vez formado el harén, el marido y sus esposas se establecen en un lugar fijo. Normalmente el apareamiento es para toda la vida, juntos tomarán baños de sol cuando aparecen los primeros rayos y cumplirán en pareja la rítmica ronda de actividades de trabajo y juego. De vez en cuando una hembra abandona a su esposo para unirse a otro macho: monandria en serie[261]. Pero es raro. Sin embargo, los cónyuges no son necesariamente fieles en el plano sexual. La hembra en celo se aparea sólo con su marido e interrumpe las provocaciones a otros machos. No obstante, una vez que está preñada, la hembra a menudo copula con los machos de menor jerarquía, en las narices del marido. Y a menos que el acto sexual resulte demasiado entusiasta, el marido no interrumpe tales encuentros. Los gorilas son infieles y toleran el adulterio.

¿También nuestros antepasados —en la época en que vivían en los árboles— se habrán desplazado en harenes al estilo de los gorilas, seis millones de años atrás? ¿Se

aparearían para toda la vida machos y hembras para luego copular ocasionalmente con otros miembros de la banda? Tal vez.

No obstante, existen marcadas diferencias entre las preferencias sexuales humanas y los hábitos reproductores de los gorilas. Los gorilas siempre copulan en público, mientras que una importante característica del apareamiento humano es la intimidad. Y una diferencia aún más importante es que el gorila macho *siempre* forma harenes. Los hombres, en cambio, no. Como es sabido, la enorme mayoría de los machos humanos tienen una sola esposa a la vez. Las hembras gorila y las hembras humanas tienen todavía menos características en común. Si bien las mujeres pueden formar parte de harenes, en general entran en conflicto con la otra esposa. Las mujeres no se adaptan por temperamento a la vida del harén.

Sin embargo, lo que más distingue a los seres humanos de los gorilas es la duración de nuestras «relaciones». Los gorilas casi siempre establecen vínculos para toda la vida. Las personas, en cambio, suelen cambiar de cónyuge, en algunos casos varias veces. En nuestro caso, un matrimonio durable es algo difícil de lograr.

LA HORDA PRIMITIVA

Darwin, Freud, Engels y muchos otros pensadores han postulado que nuestros primeros antepasados vivían en una «horda primitiva», es decir, que hombres y mujeres copulaban con quien querían, cuando se les antojaba[262]. Como decía Lucrecio, el filósofo romano del siglo I de la era cristiana: «Los seres humanos que en esos días vivían en los campos eran gente más dura, como la dura tierra los había hecho… Vivieron muchas revoluciones del sol, vagando de un lado a otro a la manera de las bestias salvajes. Y Venus unía los cuerpos de los amantes en la selva, ya que era el mutuo deseo lo que los hacía buscarse, o la fuerza frenética y la violenta lujuria de los varones, o un soborno con bellotas, peras o frutas de madroño»[263].

Es posible que Lucrecio tuviera razón. Nuestros parientes más cercanos, los chimpancés comunes y los chimpancés pigmeos, viven en hordas, y el soborno sexual es cosa de todos los días entre ellos, en especial entre los pigmeos, la más pequeña de las variedades. Además, somos genéticamente tan semejantes a estos chimpancés como el perro doméstico al lobo. De modo que podemos deducir bastante acerca de nuestro pasado mediante la observación de sus hábitos de vida.

Hoy en día, los chimpancés pigmeos (*Pan paniscus*), llamados comúnmente bonobos, se conservan en unas pocas selvas pantanosas que abrazan el río Zaire (Congo), donde realizan proezas acrobáticas, se cuelgan de los brazos, pegan brincos, se zambullen y caminan sobre los miembros traseros como equilibristas, a menudo a treinta metros del suelo. No obstante, la mayor parte del tiempo se mueven sobre el

suelo a cuatro patas, recorriendo los bosques, buscando frutas jugosas, semillas, brotes nuevos, hojas, miel, lombrices y orugas, haciendo agujeros en la tierra para buscar hongos o robando azúcar y piñas a los granjeros[264].

También comen carne. En dos ocasiones antropólogos que los estudiaban observaron cómo machos de chimpancé pigmeo intentaban atrapar ardillas voladoras, sin éxito. En otras dos ocasiones los vieron cazar y matar en silencio un pequeño antílope del bosque, y compartir la carne. Los aldeanos locales afirman que los bonobos cavan en el barro junto a los arroyos para cazar peces, y que desparraman los hormigueros de termitas para comerse a las residentes[265]. Quizá nuestros antepasados cazaban animales e ingerían otras proteínas para complementar la dieta de frutas y nueces.

Los antropólogos empiezan ahora a investigar la vida social de los bonobos. De lo que pueden inferir, los animales en cuestión se trasladan en grupos mixtos de machos, hembras y crías. Algunos grupos son pequeños, de dos a ocho individuos que se desplazan en bandas relativamente estables. Sin embargo, de quince a treinta, y a veces hasta cien individuos, se reúnen para comer, distenderse o dormir unos junto a otros. Los individuos van y vienen entre un grupo y otro, según la disponibilidad de comida, y forman así una comunidad cohesionada de varias docenas de animales. He aquí una horda primitiva.

El sexo es casi un pasatiempo cotidiano. El período mensual de celo de las hembras de bonobo es extenso, ya que abarca casi tres cuartas partes de su ciclo menstrual. Pero la sexualidad, como decíamos más arriba, no está limitada al celo. Las hembras copulan durante casi todo el ciclo menstrual, un patrón de conducta sexual más semejante al de la mujer que al de cualquier otro animal[266].

Y es frecuente que las hembras sobornen con el sexo a los machos conocidos. Por ejemplo, una hembra irá a sentarse junto a un macho que está comiendo caña de azúcar y con la palma de la mano hacia arriba, a la usanza humana, lo mirará a los ojos con expresión melancólica y le pedirá que comparta su banquete con ella. Sus ojos pasarán entonces al azúcar, luego volverán a mirarlo a él. El macho siente el peso de esa mirada. Cuando la convida, ella ladea las nalgas y copula con él; luego se aleja con el pedazo de caña en la mano. No está excluido que las hembras provoquen a otras hembras. Una de ellas, por ejemplo, se acercará a una camarada y trepará a sus brazos de frente, abrazada a su cintura con las patas traseras, y frotará sus genitales contra los de la otra antes de aceptar un trozo de caña. La homosexualidad entre machos, la estimulación oral del pene, también ocurre[267].

Los bonobos copulan para disolver las tensiones, para estimular la comida compartida, para disminuir la tensión durante los viajes y para cimentar las amistades durante las reuniones conflictivas. «Haz el amor y no la guerra» es evidentemente un lema bonobo.

¿Hacían lo mismo nuestros antepasados?

Los bonobos, en realidad, despliegan muchos hábitos sexuales que se observan en la gente en medio de la calle, en los bares y restaurantes y detrás de las puertas de los pisos de Nueva York, París, Moscú y Hong Kong. Antes del coito los bonobos a menudo se miran fijamente a los ojos. Como ya he mencionado, la mirada copulatoria es también un componente central del galanteo humano. Y los bonobos, como los seres humanos, caminan del brazo, se besan las manos y los pies y se dan largos y apretados abrazos y besos de lengua[268].

Darwin sospechaba que el beso era natural en las personas. Si bien sabía que era una práctica desconocida en varias culturas, pensaba que el impulso de acariciar al ser amado era innato.

Y tenía razón. Más del 90% de los pueblos registrados se besan. Antes de los primeros contactos con Occidente, el beso era, según los informes, desconocido para los somalíes, los lepcha de Sikkim y los siriono de Sudamérica, mientras que los thonga de Suráfrica y algunos otros pueblos tradicionalmente consideraban el beso como algo repugnante[269]. Pero aun en estas sociedades los amantes se acariciaban, lamían, frotaban, chupaban, mordisqueaban o soplaban en la cara antes de copular. Los grandes besadores del mundo son los hindúes y los occidentales; hemos hecho un arte del beso. Pero los bonobos —y muchos otro animales— comparten nuestra afición.

Los bonobos en el zoológico de San Diego también copulan en la postura del misionero (cara a cara con el macho encima) el 70% de las veces, aunque esto tal vez se deba a que allí disponen de una superficie plana y seca[270]. En la jungla Áfricana, 40 de las 106 copulaciones observadas fueron cara a cara; el resto, en cambio, fue en la postura de penetración desde atrás[271]. Pero a los chimpancés pigmeos les gusta variar. La hembra puede sentarse sobre las rodillas del macho para copular, acostarse sobre él, ponerse en cuclillas mientras él está de pie, o pueden estar ambos de pie, o colgados de una rama de árbol. Algunas veces se toquetean mutuamente los genitales mientras copulan. Y siempre se miran a los ojos mientras «hacen el amor».

Nuestros últimos antepasados que vivían en los árboles probablemente también se besaban y abrazaban antes del coito; quizá hasta «hacían el amor» cara a cara mirándose profundamente a los ojos[272].

Como los bonobos parecen ser los más sagaces de los simios, como tienen muchas características semejantes a las nuestras y como copulan con gracia y gran frecuencia, algunos antropólogos deducen que los bonobos son muy parecidos al prototipo de hominoideo Áfricano, nuestro último antepasado en los árboles[273]. Tal vez los chimpancés pigmeos son reliquias vivientes de nuestro pasado. Pero, por otra parte, manifiestan algunas diferencias fundamentales en su conducta sexual. Para

empezar, los bonobos no establecen parejas a largo plazo como los humanos. Ni crían a sus hijos como marido y mujer. Los machos se ocupan de los hermanos pequeños[274], pero la monogamia no es vida para ellos. Prefieren, en cambio, la promiscuidad.

Si los chimpancés pigmeos son lo que queda de nuestros antepasados primordiales que vivían en los árboles, el adulterio humano es entonces realmente muy antiguo.

LA EPOCA DE LOS CHIMPANCES

Los chimpancés comunes, o *Pan troglodytes*, nombre impuesto en honor a Pan, espíritu de la madre naturaleza y dios de los antiguos griegos, son igual de promiscuos. Desde 1960 Jane Goodall viene observando a estos animales en la Reserva de Gombe Stream, Tanzania, y ha registrado algunas conductas notables que nos ayudan a comprender cómo pudo ser la vida de nuestros antepasados en los árboles unos seis millones de años atrás.

Dichos chimpancés viven en comunidades de quince a ochenta individuos, en territorios de cinco a doce kilómetros cuadrados sobre la margen oriental del lago Tanganica. Lo que llamarían su «hogar» presenta características que varían de la selva tupida al bosque más aireado y a los claros tipo sabana cubiertos de pasto y con árboles aislados. Dado que el alimento está disperso y es desigual, los individuos se ven obligados a viajar en grupos pequeños y provisionales.

Los machos recorren el territorio en grupos de cuatro o cinco. Dos o más madres con cría a veces se juntan durante unas horas en una especie de reunión de «guardería». Y los individuos de ambos sexos muchas veces vagabundean por su cuenta o se reúnen con uno o más amigos en pequeños grupos mixtos. Los grupos son flexibles, los individuos van y vienen. Pero si los integrantes de un grupo encuentran una cantidad exuberante de higos, brotes nuevos o algún otro manjar, aúllan por la selva o golpean los troncos de los árboles con los puños para atraer a los demás. Entonces todos se reúnen para el banquete.

Las hembras de chimpancé común entran en celo en mitad del ciclo, y a menudo el estro les dura entre diez y dieciséis días, y sus patrones de sexualidad me parecen el mejor modelo de cómo puede haber sido la vida de nuestros antepasados tiempo atrás[275].

Cuando una hembra entra en celo la piel que rodea sus genitales se hincha hasta adoptar el aspecto de una enorme flor rosada, un pasaporte para la actividad masculina. A menudo se une a un grupo de machos y procede a seducirlos a todos, excepto a sus hijos y hermanos. Hasta ocho machos pueden hacer fila y esperar turno en lo que se conoce como apareamiento oportunista. Los machos completan la cópula

en dos minutos antes de hacer lugar al siguiente; la penetración, fricción y eyaculación normalmente les lleva sólo de diez a quince segundos[276].

Los cortejadores más dominantes, en cambio, pueden tratar de monopolizar a la hembra en celo, en lo que se llama «apareamiento posesivo». El macho la mirará fijamente para llamarle la atención, se sentará con las patas abiertas para exhibir el pene en erección, le dará golpecitos, oscilará a un lado y a otro, la llamará con los brazos abiertos, se contoneará frente a ella o la seguirá obcecadamente[277]. Un macho durmió toda la noche bajo la lluvia esperando que una hembra en celo saliera de su territorio. Cuando un macho logra atraer a su lado a una hembra, se queda cerca de ella y trata de evitar que los otros machos copulen con ella. Algunas veces, incluso, los machos persiguen o atacan a los otros pretendientes. Pero las confrontaciones de este tipo ocupan un tiempo precioso, minutos que la hembra a veces usa para copular con hasta tres admiradores más.

Las hembras de chimpancé son sexualmente agresivas. En una oportunidad Flo, la más sensual de las chimpancés de Gombe, copuló varias docenas de veces en el curso de un solo día. Las hembras adolescentes a veces resultan insaciables y llegan a pellizcar el fláccido pene de los compañeros indiferentes. Parece ser que algunas hembras también se masturban. Además, las hembras pueden ser exigentes. Prefieren a los machos que las atienden y les dan de comer, no necesariamente los individuos dominantes en la jerarquía de los machos[278]. A ciertos aspirantes los rechazan de plano. Con otros mantienen amistades profundas y copulan con ellos con más regularidad. Y ambos sexos evitan el coito con los parientes cercanos, como por ejemplo la madre o las hermanas[279].

Las hembras de chimpancé gustan de las aventuras amorosas. Las adolescentes de Gombe a menudo abandonan el grupo de origen mientras les dura el celo para unirse a machos de una comunidad vecina, un hábito que a veces mantienen de adultas. Los machos extraños observan la piel sexual inflamada y rosada de las hembras en celo y les inspeccionan la vulva. Entonces ellas copulan con el extraño en lugar de atacarlo. Como algunas adolescentes humanas, las hembras en general dejan el hogar para aparearse. Algunas regresan; otras, en cambio, convierten la escapada en una transferencia permanente.

¿Eran las hembras hominoideas sexualmente agresivas? ¿Se unían a los grupos de machos durante el estro, copulaban con estos solteros, se masturbaban de vez en cuando y hacían amistad con ciertos y determinados machos? Es probable.

Puede ser que también tuvieran relaciones más durables.

DARSE CITA

Algunas veces una hembra en celo y un macho soltero desaparecen para copular donde no serán observados ni oídos, lo que se conoce como ir de safari[280]. Estas aventuras a menudo las inicia el macho. Con el pelo y el pene en erección, le hace señas, se balancea de un lado a otro, abanica el aire con ramas de árboles y mira fijamente a su cortejada. Cuando ella avanza, él se da la vuelta y se aleja, confiando en que ella lo seguirá. Los gestos se vuelven más intensos hasta que ella obedece sus órdenes. Algunas veces un macho llega a atacar a la hembra hasta que ella lo acepta.

O sea que estamos ante algunos signos de monogamia, con coito en privado y todo. Los galanteos clandestinos se prolongan a menudo durante varios días; a veces pueden durar semanas, y tienen compensaciones reproductoras. Por lo menos la mitad de las preñeces registradas en Gombe se concretaron cuando la hembra había estado de safari[281]. Quizá nuestros antepasados en los árboles a veces también formaban parejas a corto plazo, desaparecían entre el follaje para copular cara a cara, abrazarse, acariciarse, besarse las caras, las manos y los cuerpos, y anidar uno en brazos del otro, convidarse mutuamente con pequeños trozos de fruta y, gracias a estas «aventuras», reproducirse.

Pero una vez más dichos chimpancés difieren de los seres humanos en un aspecto esencial. Cuando una hembra de chimpancé común está visiblemente preñada, comienza a vagabundear sola o se incorpora a un grupo de madres y niños. Y cuando se acerca la fecha del parto, se echa en un territorio propio que funciona como «nido». Algunas hembras prefieren hacerlo en el centro de una comunidad; otras, en la periferia. En esta guarida acolchada dan a luz a su criatura y la crían sin ayuda de nadie. Los chimpancés no forman pareja para criar a sus hijos. Para ellos, el papel del padre es desconocido.

Los chimpancés comunes despliegan muchos otros hábitos sociales que habían de germinar entre nuestros antepasados para luego florecer en la humanidad. Uno de ellos es la guerra.

Los machos de Gombe patrullan los límites de su guarida. Tres o más machos adultos parten juntos. A veces pegan gritos, tal vez para amedrentar a los extraños, pero en general patrullan en silencio. Se detienen para erguirse y miran en derredor sobre los pastizales altos, o trepan a un árbol para observar las propiedades adyacentes. Algunos revisan el alimento descartado, examinan las guaridas vacías o prestan atención para detectar el sonido de chimpancés intrusos mientras se desplazan furtivamente. Cuando se encuentran con vecinos, orinan o defecan a causa del nerviosismo y se tocan entre ellos para darse confianza, pegan gritos agresivos y parodian un ataque. Algunos sacuden ramas de árboles. Otros golpean el suelo. Y están los que arrojan o empujan rocas. Luego ambos grupos retroceden[282].

En 1974 se desató una guerra de chimpancés. A comienzos de la década de los

setenta un desprendimiento de siete machos y tres hembras había comenzado a recorrer principalmente la parte sur del territorio perteneciente a la comunidad kasakela, y para 1972 estos emigrantes se habían establecido como una comunidad independiente, a la cual los observadores denominaron kahama, por el valle del río homónimo, ubicado al sur. De vez en cuando los machos kasakela se encontraban con machos kahama en su nueva frontera y, antes de retirarse, ambos grupos aullaban, golpeaban los árboles y arrastraban ramas dramatizando su hostilidad.

Sin embargo, en 1974, cinco machos kasakela se adentraron profundamente en un territorio ubicado más al sur, sorprendieron a un macho kahama y le propinaron una paliza. Según la descripción que Goodall hizo del incidente, un macho kasakela sostuvo al intruso mientras los demás lo mordían, pateaban, golpeaban con los puños y le saltaban encima. Finalmente, uno de los machos se levantó sobre sus patas traseras, dio un grito que se oyó sobre el ruido de la batahola y arrojó una piedra al enemigo. No le acertó. La violencia continuó diez minutos más y los guerreros abandonaron al macho kahama, que quedó lleno de heridas sangrantes y huesos rotos[283].

Durante los tres años siguientes otros cinco machos kahama y una hembra corrieron la misma suerte. Para 1977, los machos kasakela habían exterminado a casi todos sus vecinos; el resto desapareció. Poco después la comunidad kasakela extendió sus territorios al sur hasta las márgenes del lago Tanganica[284].

¿Habían comenzado a hacerse la guerra nuestros antepasados que vivían en los árboles seis millones de años atrás? Parece verosímil.

Probablemente también habían empezado a cazar animales[285]. Los cazadores chimpancé son siempre adultos, y casi indefectiblemente machos. Las víctimas son en general babuinos jóvenes, monos, gamos o cerdos salvajes. Algunas veces un macho atrapa a un mono desprevenido que se alimenta cerca de él en un árbol y lo destroza: «caza oportunista». Pero las expediciones de caza organizadas y en equipo también son frecuentes. La caza siempre es silenciosa. La dirección de la mirada del cazador, su pelo erizado, la cabeza ladeada, la cautela de su andar o una mirada intercambiada alertan a los otros de que hay una presa cerca. Entonces un grupo de machos rodea colectivamente a la víctima.

Tan pronto como un chimpancé atrapa a la presa comienzan los tirones y la lucha por los mejores pedazos. Cada cazador da alaridos y arranca trozos y, en pocos minutos y sin alejarse demasiado, se forman los «grupos de participación» en torno a los poseedores de los restos. Algunos chimpancés mendigan con las palmas de las manos hacia arriba; otros miran fijamente al dueño o a la carne, y también los hay que hurgan en el pasto buscando los bocados caídos. Entonces todos se sientan a comer, agregando lánguidamente algunas hojas a la carne para complementar las

proteínas: el proverbial bistec con ensalada. A veces una docena de chimpancés pueden tardar un día entero en acabar una presa que pesaba menos de diez kilos, lo cual resulta bastante semejante a una cena de Navidad norteamericana.

Los chimpancés pelean por la carne. En algunas ocasiones pierden la paciencia, pero resulta interesante el hecho de que la jerarquía no significa necesariamente una porción mayor. En este único aspecto de la vida social de los chimpancés, los subordinados no se diferencian de los líderes. En cambio, la edad sí influye. También la capacidad de seducción de las hembras. Una hembra en celo siempre recibe bocados extra[286].

El talento para anticiparse, la caza en equipo, la cooperación, la disposición a compartir: estas características de la caza iban a ser muy mejoradas por nuestros ancestros, ya que los chimpancés en general carecen de un elemento clave en nuestras estrategias de caza: el uso de las armas. En una sola ocasión un chimpancé de Gombe utilizó un objeto para cazar a la presa. Un grupo de machos había rodeado a cuatro cerdos salvajes y los cazadores intentaban hacer salir un lechón del centro. Finalmente, un macho entrado en años arrojó una piedra del tamaño de un melón que fue a golpear a un cerdo adulto. La manada escapó. De inmediato, los chimpancés cazadores atraparon, destrozaron y devoraron al lechón[287].

Los chimpancés utilizan armas más a menudo cuando se enfrentan entre ellos[288]. Dejan caer gruesas ramas de árbol sobre los que están debajo, fustigan a sus enemigos con pequeños árboles, se elevan sobre las patas traseras para blandir garrotes, arrojan piedras y ramas y arrastran troncos o hacen rodar rocas cuando cargan contra sus adversarios. Quizá cuando nuestros antepasados que vivían en los árboles no estaban cortejando a las hembras en celo se dedicaban a hacer la guerra, a cazar, o a luchar unos con otros con garrotes y piedras. Lo más probable es que también invirtieran bastante tiempo en tratar de mantener la paz[289].

Los chimpancés macho suelen recurrir a las armas, pero las hembras fabrican y utilizan herramientas con mayor frecuencia, sobre todo cuando buscan insectos[290]. Las hembras de chimpancé «hurgan» buscando hormigas, abriendo hormigueros subterráneos con los dedos e introduciendo ramitas. Cuando las hormigas trepan por el palo, la cazadora se mete los pequeños y rápidos animales en la boca como si fueran cacahuetes, y los mastica frenéticamente para devorarlos antes de que las hormigas le piquen la lengua. Los chimpancés también usan las piedras para abrir nueces y frutas de cáscara dura. Pescan en los túneles de los hormigueros con varitas de pasto y usan hojas de los árboles para quitarse la suciedad del cuerpo, palitos para escarbarse los dientes, hojas para espantar a las moscas, hojas masticadas para absorber agua de la grieta de un árbol, y palitos y piedras para arrojar a gatos y

víboras, o a chimpancés hostiles[291].

Nuestros antepasados deben de haber usado herramientas todo el tiempo.

La odontología y la medicina probablemente empezaron también con nuestros predecesores. En Gombe, la chimpancé aprendiz de «dentista», Belle, utilizó ramitas para limpiar los dientes de un macho joven mientras él mantenía la boca abierta de par en par. En una ocasión Belle logró incluso hacer una extracción, arrancando una muela infectada mientras su paciente se quedaba quieto, con la cabeza echada hacia atrás y la boca muy abierta[292]. En el Centro de Investigaciones con Primates de la Universidad de Washington un macho joven utilizó una ramita para limpiarle una herida en el pie a un compañero[293]. Los chimpancés también se sacan mutuamente las costras cuando se acarician.

Los chimpancés no abandonan a sus enfermos graves. En Gombe, después de que una hembra fue atacada por un grupo de machos, la hija estuvo sentada junto a su cuerpo destrozado durante horas y le espantó las moscas hasta que la madre murió. Pero la joven no dejó una hoja de árbol, una rama o una piedra que conmemorara la muerte. Sólo los elefantes «entierran» a sus muertos, colocando ramas sobre la cabeza y hombros del difunto[294].

Por otra parte, nuestros antepasados probablemente tenían un rico código de etiqueta seis millones de años atrás. Hoy en día los chimpancés hacen regalos de hojas y raíces a sus superiores, se inclinan ante los compañeros de gran jerarquía, mantienen «amistades» y viajan con dichos compañeros. Se dan la mano, se palmean en señal de solidaridad y se dan golpecitos en el trasero al estilo de los jugadores de fútbol norteamericano. Aprietan los dientes y retraen los labios igual que hacemos nosotros en la llamada sonrisa social nerviosa. Hacen pucheros, se ponen de mal humor y tienen caprichos. Y a menudo se acarician, quitándose mutuamente trocitos de pasto y de polvo del pelo de una forma muy semejante a como nosotros arrancamos bolitas de lana del suéter de otra persona.

LOS BUENOS SALVAJES

¿Vivirían nuestros últimos antepasados en comunidades como los chimpancés[295]? ¿Formarían pandillas, protegerían sus fronteras y harían la guerra contra sus vecinos, una pasión que obsesiona a los seres humanos actuales? ¿Planearían sus actividades, usarían palitos para cazar hormigas, cooperarían en las excursiones de caza y compartirían lo obtenido? Parece razonable pensar que sí.

Algunos tal vez fueron precursores de la medicina; otros, guerreros. Probablemente se gastaban bromas y arrojaban agua u hojas de árbol sobre un compañero distraído porque a los chimpancés les encanta hacer de bufones y

bromean unos con otros. Algunos de nuestros antepasados debieron de ser serios; otros, creativos; algunos tímidos y algunos valientes; otros cariñosos; algunos serían seguramente egoístas y otros pacientes; los habría cautos, mezquinos, como las personas y todos los simios pueden serlo.

También debieron de tener un sentido de la familia. Los chimpancés, los gorilas y todos los primates superiores se relacionan con sus madres, hermanas y hermanos. Y probablemente hacían regalos a sus amigos, se asustaban de los extraños, reñían con sus pares, se inclinaban ante los superiores, besaban a sus amantes, caminaban del brazo y se tomaban de las manos y los pies. Indudablemente se comunicaban con afecto, se divertían, se irritaban y sentían muchas otras emociones que expresaban con el rostro, con risitas, resoplidos y aullidos. Y seguramente pasaban largo rato sentados en el suelo de la selva, palmeándose, abrazándose, sacándose mutuamente suciedades y hojas, jugando con sus crías, amigos y amantes.

Tal vez desaparecían en la jungla con la pareja durante días o semanas para copular en privado. Quizá algunos sentían adoración por este cónyuge pasajero o se entristecían cuando terminaba el safari. Pero casi con certeza el sexo era una cuestión secundaria. Seis millones de años atrás los hijos crecían bajo la tutela de mamá y sus amigas. El «padre», el «marido», la «esposa», nuestra estrategia reproductora humana de monogamia en serie y adulterio clandestino no había surgido aún.

Pero el escenario estaba preparado; los actores esperaban entre bastidores. Pronto nuestros antepasados serían arrojados fuera del Paraíso, a los bosques y praderas del mundo antiguo. Allí desarrollarían la ambivalente compulsión a buscar un amor y a serle infiel, que perseguiría a sus descendientes hasta el día de hoy.

VII. FUERA DEL EDÉN
Una teoría acerca del origen de la monogamia y el abandono

> La bestia y el ave se ocupan de la misma carga, las madres les dan abrigo, y los señores protección; los jóvenes se despiden para recorrer aire o tierra, y allí se detiene el instinto, y allí acaban los cuidados; los lazos se disuelven, cada uno procura un nuevo abrazo, otro amor aparece, otra carrera. Y un cuidado más duradero la indefensión del hombre reclama; ese cuidado más prolongado le proporciona lazos más estables.
>
> ALEXANDER POPE, *Ensayo sobre el hombre*

Comenzaba la estación húmeda en el África oriental, unos tres millones seiscientos mil años atrás. Hacía varias semanas que el volcán Sadimán venía escupiendo nubes de grises cenizas volcánicas y diariamente las praderas que lo rodeaban aparecían cubiertas de una capa de polvillo. Todos los mediodías la llovizna mojaba la ceniza y al atardecer el frío de la tarde la endurecía formando una costra. Sobre ella quedaban marcadas las gotas de lluvia, el relieve de las hojas de acacia y las huellas de antílopes, jirafas, rinocerontes, elefantes, cerdos, gallinas de Guinea, babuinos, liebres, insectos, hienas, gatos de dientes afilados y algunos antiguos parientes nuestros[296].

Tres homínidos primitivos[297], los más antiguos precursores de los que hay registro en la línea que conduce al hombre moderno, eligieron pasar por el lodazal volcánico y dejaron a la posteridad las huellas de sus pies. El de mayor tamaño atravesó la ceniza y a cada paso se hundió unos cinco centímetros. Junto a sus huellas están las de un homínido más pequeño, tal vez una hembra, que apenas superaba el metro veinte. Y dado que un tercer juego de huellas se superpone con las de la criatura más grande, deducimos que un homínido algo más pequeño los seguía, y que fue metiendo cuidadosamente los pies en las huellas del líder. Iban rumbo al norte, hacia un pequeño desfiladero, tal vez para acampar bajo los árboles junto a un arroyo,

porque los rastros avanzan unos veinticinco metros hasta el borde del cañón y de repente se detienen.

En 1978, Mary Leakey, la bien conocida arqueóloga y esposa de Louis Leakey, el ahora desaparecido y célebre padre de la paleoantropología Áfricana, descubrió con su equipo las huellas mencionadas en un estrato geológico antiguo sobre el cual se destacaban por efecto de la erosión[298]. Desde mediados de los años setenta, Leakey había estado excavando en una localidad llamada Laetoli, una región al norte de Tanzania a la cual los nativos masai bautizaron así a causa de las lilas rojas que la cubren actualmente. A pocas semanas de comenzar la estación de siembra descubrió este mensaje a través del tiempo. Salvo por pequeñas diferencias, las huellas eran exactamente iguales a las de los hombres y mujeres actuales.

Estos animales pueden haber estado paseando, viajando o eligiendo un rumbo, y pueden haber pasado juntos o en diferentes momentos. Es algo que no se ha podido deducir de los muchos estudios que se han realizado de las huellas. Pero sí es indudable que vivieron y murieron cerca del desfiladero. En otras estaciones de siembra Leakey desenterró una gran cantidad de fósiles de homínidos, en su mayoría cráneos y fragmentos de mandíbula, así como dientes que aparecieron aislados de otros restos y que pertenecieron a más de veintidós individuos que recorrían estas praderas bajo el monte Sadimán hace de 3,5 a 3,8 millones de años[299].

No estaban solos. Al norte, junto a lo que es hoy el río Hadar, en la región Afar de Etiopía, vivía Lucy. El antropólogo Donald Johanson y miembros de su equipo la desenterraron en 1974. Llamada así por la canción de los Beatles «Lucy in the Sky with Diamonds», (Lucy en el cielo con diamantes), Lucy medía en su tiempo un metro cinco centímetros de estatura, pesaba veintisiete kilos y comía su cena a la orilla de un lago poco profundo en lo que entonces era el paisaje irregular y boscoso de Etiopía. Sufría de artritis y murió con poco más de veinte años de edad, aproximadamente tres millones de años atrás[300].

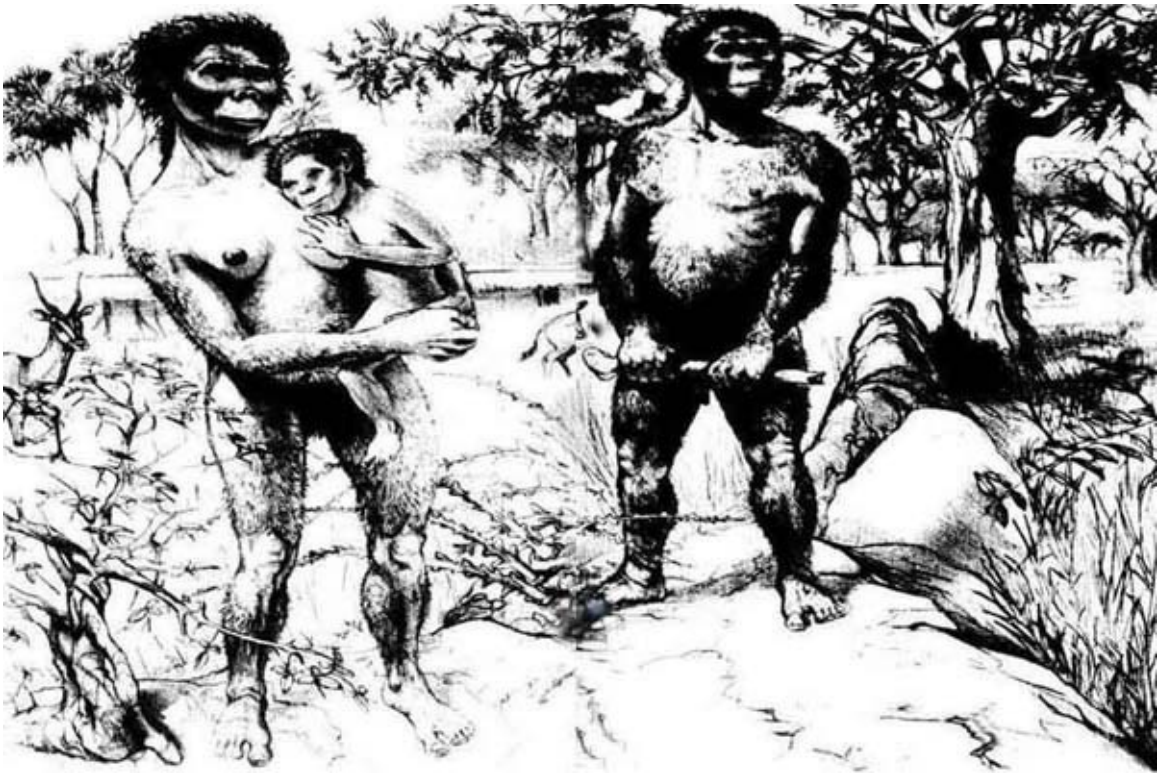
El equipo de Johanson recobró más o menos el 40% del esqueleto de Lucy. Y a pesar de que los dedos de sus pies y manos estaban curvados y eran algo más largos que los nuestros, lo cual indica que Lucy pasaba mucho tiempo en los árboles, los restos de la cadera, rodilla, tobillo y pie confirman que caminaba a dos patas en lugar de a cuatro[301]. Al año siguiente Johanson descubrió los restos parciales de no menos de otros trece individuos, tal vez los amigos de Lucy, que recorrieron los bosques de Etiopía mucho tiempo atrás. Recientemente fueron rescatados los fragmentos de unos quince homínidos más.

No sabemos con exactitud quiénes eran estos homínidos de Laetoli y Hadar. Los especialistas en pisadas de hominoides son conocidos como icnólogos, y ellos piensan, igual que muchos otros antropólogos, que las huellas de Laetoli pudieron ser hechas por un pie como el de Lucy. De modo que asignan a todos estos individuos a

la misma especie arcaica, los *Australopithecus afarensis*, una rama de los homínidos bastante cercana al origen de la línea humana[302].

El aspecto de estos animales era posiblemente semejante al de los chimpancés actuales, con cerebros algo más grandes (pero no mucho más que la tercera parte de los nuestros), órbitas protuberantes bajo las cejas, ojos y piel oscuros, labios delgados, un mentón recesivo, y mandíbulas prominentes con dientes centrales hacia afuera y colmillos afilados. Muchos detalles de sus cráneos, mandíbulas y esqueletos recordaban a los simios, pero sus cuerpos eran notablemente humanos. Y caminaban erguidos. La raza humana había hecho su aparición sobre la Tierra.

¿De dónde venía esta «gente»? ¿Cómo habían hecho sus antepasados la transición hacia la humanidad?



Un momento en la evolución de nuestros antepasados: La escena anterior (Ilustración de Michael Rothman), *muestra a miembros de la especie* Australopithecus afarensis, *nuestros antepasados más antiguos, que habían comenzado a vivir en los bosques y llanuras del África oriental unos cuatro millones de años atrás. Esta «gente» tenía dedos largos (y un poco curvos) en manos y pies, piernas cortas, brazos largos, cerebros pequeños, mandíbulas prominentes y otros rasgos anatómicos que los diferencian de las personas contemporáneas. Pero caminaban erguidos y habían comenzado su marcha hacia la vida humana moderna. Estos individuos posiblemente se desplazaban en grupos de doce a veinticinco amigos y parientes, formaban pareja poco después de la pubertad, compartían los alimentos con el cónyuge, permanecían unidos por lo menos durante la infancia de*

un hijo (alrededor de cuatro años) y solían separarse cuando el niño tenía edad suficiente para participar en las actividades comunitarias. Entonces era típico que cada uno formara nueva pareja con alguien de otro grupo vecino y diera a luz otros hijos. En capítulos posteriores sostengo que la actual anatomía sexual humana y las emociones sexuales humanas evolucionaron simultáneamente con la estrategia de reproducción de la monogamia en serie y el adulterio clandestino.

LA ENCRUCIJADA

«Dos caminos se abrían ante mí en el bosque, y yo…, yo elegí el menos transitado. Y eso cambió totalmente las cosas». Robert Frost captó ese momento de la vida que irrevocablemente modifica todo lo que viene después. En la evolución humana hubo un momento así, una era en la que nuestros primeros antepasados dieron un paso irreversible que los alejó para siempre de sus parientes que vivían en los árboles, y avanzaron por el camino que los llevaría a la vida social humana tal como la conocemos hoy. Los restos fósiles correspondientes a este surgimiento guardan silencio. El «eslabón perdido» se extravió en el tiempo y entre las piedras. Sin embargo, a lo largo de los siglos, teólogos, filósofos y científicos han urdido teorías acerca de nuestra génesis basadas en delgados hilos de información.

La siguiente es otra versión. Proviene de datos científicos de diversas disciplinas, incluso de lo que se sabe de animales y plantas que tuvieron su apogeo en África oriental millones de años atrás, de las costumbres de simios y monos, de los hábitos de apareamiento de otras especies monogámicas, como zorros y petirrojos, de la forma de vida de los pueblos cazadores y recolectores contemporáneos, y de los patrones de enamoramiento, apego y abandono humano que expongo en este libro. He aquí, pues, una hipótesis acerca de los orígenes del matrimonio, el divorcio y la formación de una nueva pareja.

El período tuvo lugar de cuatro a seis millones de años atrás, digamos cuatro, un poco antes de que los contemporáneos de Lucy dejaran sus huesos y huellas al pie del monte Sadimán. Junto a los lagos azul-verdosos, al borde del agua perezosa de los ríos, bajo los árboles de la selva y las vides trepadoras, se ocultaba la costa. Pero a cierta distancia del agua los árboles de caoba y los árboles de hoja perenne empezaban a ser menos densos y crecían entre montes de árboles silvestres. Y más allá de los montes, al otro lado de las ondulantes colinas de África oriental, se extendía un océano de hierba[303].

Antiguas variedades de elefantes, avestruces, okapis, gacelas, cebras, ñu azules y negros, gamos del chaparral, antílopes, búfalos, hasta caballos primitivos venidos de Asia, recorrían las llanuras. Sus enemigos, leones ancestrales, leopardos y perros

salvajes, iban tras ellos. Al amanecer, al caer el sol, a lo largo de todo el día y de toda la noche, estos carnívoros atrapaban a los más débiles de cada manada. Entonces los buitres, hienas, chacales y demás animales que se alimentaban de carroña se encargaban de los restos[304].

Fue hacia este escenario —hacia las vastas extensiones de sabana— que nuestros primeros antepasados se vieron empujados por el retroceso de las selvas. El proceso había comenzado miles de años antes, cuando nuestros predecesores que vivían en los árboles, semejantes a los simios, se aventuraron por primera vez a salir de la jungla y a incursionar en los bulevares de hierba que entretejían su trama en torno a árboles más espaciados[305]. Quizá pequeños grupos de machos recorrieron los bosques buscando carne fresca. Tres o cuatro hembras pueden haber aparecido juntas en el bosque buscando hormigueros de termitas. Y en algún momento comunidades enteras, tal vez hasta treinta individuos —los ancianos, los jóvenes, los osados y los temerosos—, se congregaron bajo las ramas ya despojadas de frutos.

Cuántos siglos pasaron nuestros antepasados en este hábitat de los bosques es algo que nunca sabremos. Pero con el tiempo fueron empujados hacia el borde de estos árboles que se desparramaban. Allí se sentaron a contemplar la llanura. La jungla que habían dejado atrás estaba llena de zonas seguras. Aun en los bosques, donde los árboles estaban más separados, había siempre una vía de escape cerca. En las llanuras cubiertas de hierba no había dónde esconderse. Pero unos cuatro millones de años atrás nuestros antepasados no tenían alternativa: era necesario comer. De modo que posiblemente avanzaron con cautela hacia la hierba, manteniéndose uno cerca del otro durante la marcha.

Si descubrían un bosquecillo de anacardos o un campo de simientes daban gritos para atraer a los menos valientes a la pradera abrasada por el sol. Y los tímidos venían, inducidos por una curiosidad nacida de la necesidad. Al comienzo, nuestros antepasados posiblemente se aventuraban hacia los pastizales sólo en la temporada seca, cuando la selva y las frutas y brotes nuevos del bosque eran difíciles de encontrar. Pero el hambre y la rivalidad debieron de presionarlos. Entonces, como los ratones, como los rinocerontes, como muchas otras especies selváticas, incursionaban en lo desconocido. En las sabanas calcinadas nuestros ancestros posiblemente se apropiaban de huevos de avestruz, aves que empollaban en sus nidos, musarañas, crías de antílope y hasta babuinos desprevenidos, cualquier cosa que les pareciera comestible, incluso animales muertos.

El hombre comedor de carroña. Varios antropólogos han propuesto hace poco que el «acopio oportunista» y la ingesta de carroña precedieron la caza de piezas grandes, que nuestros antepasados llegaron a las llanuras del mundo antiguo para vivir de la caza de pequeños animales y de carroña[306].

PIRATAS DE LA CARNE

Poco tiempo atrás el antropólogo Gary Tunnell puso a prueba esta hipótesis. Usó los recursos de la selva para comprobar si millones de años atrás nuestros antepasados podrían haber sobrevivido por medio de la caza oportunista y la ingesta de carroña[307]. En 1984 Tunnell instaló su carpa en la llanura Serengeti del África oriental. Eligió un área de seis kilómetros cuadrados al sudoeste de Kenia, correspondiente al ecosistema de Serengeti. Compartió el territorio con nueve leones. El objetivo era comer los restos de la cena de los leones en lugar de convertirse en parte de ella.

Por la noche Tunnell dormía al pie de dos altas colinas, rodeado de los árboles en que pernoctaba el grupo local de babuinos. Estos vecinos lo alertaban cuando el león más grande hacía su visita nocturna para husmear a Tunnell y marcar el territorio de su dominio en torno a su carpa. Durante la noche, y nuevamente al amanecer, Tunnell prestaba atención. De este modo pudo saber dónde cazaban los leones de noche. Entonces, a las nueve de la mañana, cuando los leones se quedaban dormidos, recorría una ruta prefijada en busca de carne.

Tunnell siempre encontraba proteínas comestibles: un suido Áfricano imprudente, un topi herido, tres murciélagos dormidos, varios buitres ahitos de comida, diez bagres en un charco a punto de desaparecer, un lagarto de un metro de largo en un pequeño cañón, o el esqueleto de un búfalo, un ñu azul o una gacela Grant cazados horas antes por leones o leopardos. Tunnell no comió nada de lo que encontró. Pero llegó a la conclusión de que con sólo una piedra filosa y un palo con punta un carroñero humano y alguien que lo ayudara a descarnar podían alimentar fácilmente a un grupo de diez, siempre y cuando se mantuvieran fuera del territorio de las hienas, el mayor rival de la humanidad en la obtención de carne.

Del mismo modo que lo hizo Tunnell, los actuales hadza de Tanzania a veces buscan carroña en la estación seca. Escuchan las llamadas nocturnas de los leones y observan el vuelo de los buitres. A la mañana siguiente buscan los restos del festín, avanzan sobre el lugar, espantan a los carnívoros y mediante herramientas sencillas rescatan la carne.

Es improbable que nuestros primeros antepasados terrestres utilizaran herramientas de la manera que lo hacen los hadza, al menos no se descubrió resto alguno de herramientas. De modo que estos primeros antepasados humanos no habrían podido cortar la piel ni las articulaciones ni pirateado grandes pedazos de carne cuatro millones de años atrás. Pero otros primates comen carroña de vez en cuando, y no emplean utensilios[308].

Además, los leones y leopardos generalmente abandonan las piezas atrapadas sin dar cuenta de ellas. Los leopardos ni siquiera cuidan su presa, que queda colgando del

árbol donde la estuvieron comiendo[309]. Tal vez nuestros antepasados esperaban hasta que el último felino trastabillaba de sueño, y entonces se deslizaban en silencio hasta la víctima para romperle el cráneo, sacarle el cerebro, deshollarla, quitarle los tendones y buscar restos de carne. En otras ocasiones tal vez arrojaban piedras a los carnívoros mientras comían, para espantarlos por un momento, y les robaban pedacitos de carne antes de darse a la fuga.

Indudablemente nuestros predecesores también se alimentaban con frutas y vegetales, así como con semillas, raíces y rizomas[310]. Como recordarán, las mujeres de los cazadores-recolectores !kung de África meridional juntaban más de noventa variedades de frutas y vegetales, y contribuían con más del 65% de las calorías ingeridas diariamente por la banda[311]. Y las mujeres !kung generalmente salían de expedición sólo dos o tres veces por semana, y dedicaban el resto de su tiempo al esparcimiento, los juegos, a planear rituales y a chismorrear. Las tareas domésticas les llevaban aproximadamente cuatro horas por día[312]. En realidad, debido a la extensión de los territorios de los que disponían, el antropólogo Marshall Sahlins llamó a nuestros antepasados cazadores-recolectores la «primera sociedad opulenta»[313].

Con sólo un palo y una piedra nuestros predecesores podrían haber comido una gran variedad de frutas, nueces y también bayas.

Sin embargo, sus comidas deben de haber sufrido frecuentes interrupciones. A campo abierto es imposible comer sin ser visto. Comer lleva tiempo. Los grandes felinos, enemigos primordiales de los primates, estaban a la altura de los ojos, y la seguridad de las ramas había desaparecido. De modo que, igual que Tunnell, nuestros primeros antepasados posiblemente permanecían donde el pasto estaba corto, mantenían árboles y colinas a la vista y evitaban el pasto alto, los matorrales y las orillas de la selva, donde rondaban los leones. Es posible que también vigilaran a los grupos de babuinos. Cuando estos animales se ponían nerviosos, el estado de alerta era aún mayor. Entonces, cuando un león avanzaba, nuestros antepasados se amontonaban espalda contra espalda, se erguían sobre las patas traseras, agitaban los brazos en alto, arrojaban piedras y pegaban alaridos.

Hicieron una última adaptación, una adaptación que cambiaría irrevocablemente el curso de la historia humana y con el tiempo la vida sobre la Tierra. En algún momento nuestros antepasados comenzaron a alzar y a *cargar* en sus brazos la comida que obtenían y a almacenarla en un montecillo, una grieta, un hoyo arenoso junto a un lago: un lugar donde podrían comer sin ser molestados por depredadores. Tunnell está convencido de que nunca permanecían en el lugar donde cazaban ni llevaban la comida a donde dormían. En cambio, la juntaban, la trasladaban y «salían a cenar».

Y para trasladar con las manos y salir a cenar es necesario caminar erguido.

«Sólo el hombre ha llegado a ser bípedo», escribió Darwin en 1871[314]. Dedujo que nuestros antepasados se alzaron sobre los pies a fin de usar las manos para arrojar piedras y ramas a los enemigos y atacar a sus presas. El hombre, un cazador, y también un protector de las mujeres.

Desde la época de Darwin hasta aquí, generaciones de científicos se han dedicado a reconstruir este enfoque. En los años sesenta todo el mundo pensaba que nuestros antepasados se pusieron de pie para cargar armas y estar en condiciones de cazar presas grandes como jirafas y cebras, y que esgrimían armas para proteger a sus parejas. En respuesta a esta explicación machista, diversas antropólogas argüyeron en los años setenta y ochenta que nuestros antepasados posiblemente caminaban erectos a fin de juntar y transportar vegetales[315]. La mujer recolectora. Ahora la opinión de los especialistas ha vuelto a cambiar y los antropólogos sostienen que los primeros homínidos caminaban con dos pies para poder reunir y comer carroña[316].

Probablemente todas estas teorías son correctas. Al llevar consigo un palo afilado, los hombres y mujeres primitivos podían desenterrar raíces y tubérculos del suelo. Llevando consigo piedras, podían derribar un suido Áfricano, una cría de antílope o un babuino. Cargando ramas, podían espantar chacales o buitres de la comida. Si disponían de una rudimentaria bolsita de hojas y una cuerda, podían trasladar carne y vegetales a un punto seguro en las rocas o los árboles. El caminar con dos pies también favorece un metabolismo eficaz, necesario para emprender largas y lentas marchas. La cabeza está elevada, lo cual es bueno para avizorar el alimento y a los depredadores. Por último, cuando los primeros seres humanos usaban sus manos para cargar, podían usar las bocas para aullar ante un depredador, alertar a un compañero o dar indicaciones.

¡Qué transformación deben de haber sufrido nuestros antepasados! Es posible que al principio apenas se alzaran momentáneamente sobre sus miembros traseros, que se pusieran de pie manteniendo con dificultad el equilibrio y que avanzaran dando tumbos algunos metros —como hacen los chimpancés—, antes de recuperar la posición cuadrúpeda. Sin embargo, con el tiempo los pulgares de sus pies giraron hasta quedar paralelos a los demás dedos. Además, desarrollaron un arco desde el talón a los dedos y un segundo arco a lo largo de la base de los dedos que, combinados, operaban como trampolines, alargándose y luego encogiéndose con cada paso a fin de propulsar el cuerpo hacia adelante. Con poderosos músculos nuevos en las nalgas, una pelvis que se había ensanchado y achatado, rodillas alineadas con las caderas y fuertes huesos en los tobillos, ya no necesitaban balancearse al caminar. En cambio, recogían casi sin esfuerzo el peso cuando caían hacia adelante y daban el paso humano.

Con el caminar, el acopio y la carga, los antepasados de los abuelos de los abuelos de los abuelos de Lucy encontraron su hogar en la sabana.

Pero yo sostengo que al tranformarse en bípedos se inició una revolución sexual.

Cuando nuestros antepasados vivían en los árboles y las mujeres caminaban a cuatro patas, los recién nacidos se aferraban al abdomen de la madre; a medida que la criatura crecía se montaba sobre su espalda mientras ella se desplazaba sin entorpecimientos. Pero en las praderas las mujeres caminaban erguidas. Ahora tenían que llevar a sus bebés en brazos.

¿Cómo podía una mujer cargar palos y piedras, saltar para atrapar una liebre, salir disparada detrás de una lagartija o arrojar piedras a los leones para obligarlos a abandonar una presa, y además llevar un bebé en brazos? ¿Cómo podía una mujer exponerse al peligro de estar sentada sobre el pasto buscando raíces, acopiando vegetales o atrapando hormigas, y proteger a su hijo? En la selva los niños jugaban entre los árboles. Había rincones seguros por todos lados. En la llanura los niños debían ser cargados y vigilados constantemente porque, si no, podían terminar en la panza de los leones.

¿Quién podría sobrevivir en el desierto australiano llevando una carga pesada y ruidosa durante varios años? Al empezar a caminar con dos pies las madres necesitaron protección y comida extra, o sus crías no sobrevivirían. El momento había llegado para la entrada en escena del esposo y padre[317].

LA PATERNIDAD

La pareja es rara en la naturaleza. El cocodrilo del Nilo, el escuerzo americano, los peces damisela, los langostinos comedores de asterias, las cucarachas de la madera, los escarabajos del estiércol, los escarabajos con cuernos y algunos piojos de la madera del desierto son todos monógamos. El 90% de las aves forma parejas. Pero sólo el 3% de los mamíferos forma parejas a largo plazo con un solo cónyuge. Entre ellos figuran algunas ratas almizcleras, algunos murciélagos, las nutrias sin garras del Asia, los castores, ciertas especies de ratas, las mangostas enanas, distintos tipos de antílopes, los gibones y las siamangas, algunas focas y unos pocos monos sudamericanos, y todos los perros salvajes. Los zorros, coyotes, chacales, el lobo melenudo de Sudamérica y el mapache de Japón forman parejas estables y crían a sus cachorros como «marido» y «mujer»[318].

La monogamia es rara entre los mamíferos porque genéticamente al macho no le conviene permanecer con una sola hembra cuando puede copular con varias y traspasar más genes suyos a la posteridad. De modo que la mayoría de las especies, como los gorilas, tratan de formar un harén.

Lo hacen de diversas maneras. Si un macho puede defender su patrimonio, como por ejemplo el mejor lugar para comer o copular, varias hembras se congregarán a su alrededor dentro de su territorio. Los machos de impala, por ejemplo, compiten entre

ellos por los mejores pastos a fin de que sus rebaños errantes de hembras puedan pastar allí. Si los recursos están distribuidos de forma tan pareja en la región que no es preciso defender los territorios, los machos pueden adoptar establemente a un grupo de hembras para viajar con ellas y protegerlas de otros machos que puedan rondar sus fronteras, del mismo modo que hacen los leones. Y cuando un macho no logra hacerse con un harén de un modo u otro, puede demarcar un gran territorio y apropiarse de las hembras que vivan dentro de los límites, algo como la ronda del lechero que recorre el barrio casa por casa. Los orangutanes hacen precisamente esto.

De modo que son necesarias circunstancias muy especiales para que un macho llegue a viajar con una *única* pareja y que la ayude a cuidar de sus crías.

Desde una perspectiva femenina, el vínculo de pareja tampoco es normalmente adaptativo; un macho puede traer consigo más problemas que soluciones. Las hembras de muchas especies prefieren vivir con otras hembras y copular con sus visitantes; las hembras de elefante hacen esto. Y si una hembra necesita de un macho para tener protección, ¿por qué no viajar en un grupo mixto y copular con varios machos, que es precisamente la táctica de las hembras de chimpancé? Todo un conjunto de condiciones ecológicas y biológicas deben estar presentes en las proporciones adecuadas para que la gratificación supere el costo, y que la monogamia sea la mejor —o la única— alternativa tanto para los machos como para las hembras de una especie.

Sin embargo, una combinación apropiada de estas condiciones está presente en el caso de los zorros rojos y los petirrojos orientales. Y el estudio de sus hábitos sexuales me dio la primera pista importante en la comprensión de cómo evolucionó la monogamia y el divorcio en la humanidad[319].

Las hembras de zorro rojo dan a luz cachorros muy indefensos e inmaduros, un rasgo que se denomina altricialidad[320]. Al nacer, los cachorritos son sordos y ciegos. Y no es sólo que la hembra gesta crías indefensas, además a menudo nacen un mínimo de cinco. Por otra parte, al contrario de las ratas que producen una leche rica y pueden dejar a sus recién nacidos altriciales en el nido mientras ellas buscan comida en otro lado y regresan, la zorra produce una leche pobre en grasas y proteínas, de modo que debe alimentar a sus crías constantemente durante varias semanas. No puede abandonarlas ni un momento.

Qué acertijo ecológico. La hembra de zorro rojo se moriría de hambre si no tuviera una pareja que le trajera alimento mientras se ocupa de sus indefensos cachorritos[321].

Sin embargo, la monogamia también le conviene al macho. Estos animales viven en territorios donde los recursos están muy desparramados. En circunstancias normales el macho no puede apoderarse de un pedazo de territorio tan rico en

alimento ni con tan buenos lugares donde anidar como para que dos hembras estén dispuestas a residir en él, compartiendo su atención. La poliginia pocas veces es una alternativa. Pero el macho puede desplazarse con una hembra y evitar que se le acerquen otros machos durante el clímax de su celo (para asegurar la paternidad de los cachorros), y luego ayudarla a criar los bebés altriciales en un pequeño territorio propio[322].

La monogamia es entonces la mejor solución para ambos sexos, y los zorros rojos forman parejas estables a fin de criar a sus hijos. Pero he aquí la clave: los zorros no se aparean de por vida.

En febrero la zorra comienza su danza de apareamiento. Es típico que varios festejantes se peguen a sus talones. En el punto máximo de su celo uno de ellos se convertirá en su pareja. Se besan y lamen las caras, caminan uno junto al otro, marcan su territorio y construyen varias madrigueras mientras termina el invierno. Entonces, después de dar a luz en primavera, la hembra amamanta a sus crías durante casi tres semanas mientras su «marido» regresa todas las noches para darle de comer un ratón, un pescado o algún otro manjar. A lo largo de los vibrantes días y noches de estío, ambos padres hacen guardia frente a la madriguera, entrenan a los cachorros y cazan para la voraz familia. Pero cuando pasa el verano, papá viene cada vez menos a casa. Para agosto el temperamento maternal de mamá también cambia; saca a sus cachorros del nido y ella también parte.

Entre los zorros el apareamiento no dura más que la crianza de los cachorros[323].

La monogamia durante la estación de cría también es común para las aves. La mayoría de las aves forman pareja por la misma razón que los zorros. Como los territorios varían poco en la calidad de los alimentos y de los espacios adecuados para anidar, el petirrojo oriental macho, por ejemplo, rara vez puede construir un nido tan atractivo como para atraer a varias hembras a sus dominios. Pero puede defender un pequeño territorio y cuidar de una sola pareja. Un factor igualmente decisivo es que la hembra de petirrojo oriental da a luz varios pichones altriciales, huevos que requieren incubación, pichones que necesitan alimento y protección. Alguien debe permanecer con las criaturas constantemente. Y como los bebés de petirrojo no maman la teta, los machos están igualmente capacitados para encargarse de ellos.

A causa de estas circunstancias, los petirrojos orientales y alrededor del 90% de más de nueve mil especies aladas forman pareja mientras crían a sus pichones[324].

Pero aquí está la clave otra vez: como los zorros rojos, los petirrojos orientales no forman pareja para toda la vida. Se aparean en la primavera y crían una o más nidadas durante el tórrido calor de los meses de verano. Pero cuando en agosto el último pichón abandona el nido, los padres se separan para unirse a una bandada. El ornitólogo Eugene Morton calcula que por lo menos el 50% de las especies de aves

que se aparean *monogámicamente lo hacen sólo durante la estación de cria*, apenas el tiempo suficiente para que sus pichones maduren[325]. Al año siguiente una pareja puede volver al mismo lugar y aparearse otra vez; pero es más frecuente que uno de ellos muera o desaparezca, y que el otro cambie de pareja.

UNA TEORIA SOBRE LA NATURALEZA DE LA MONOGAMIA Y EL ABANDONO

Nuestros primeros antepasados homínidos tenían varias cosas en común con los zorros rojos y los petirrojos orientales. En la cuna de la humanidad nuestros predecesores sobrevivieron caminando, acopiando, comiendo carroña y cambiando de lugar. Las nueces, bayas, frutas y carne podían encontrarse en distintos puntos de la pradera. Un macho nómada no podía acopiar ni defender suficientes recursos para un harén. Tampoco podía monopolizar el mejor lugar para habitar porque nuestros antepasados copulaban durante el descanso para a continuación seguir el viaje; el mejor lugar sencillamente no existía. Y aun si un macho lograba atraer a un grupo de hembras, ¿cómo podía protegerlas? Cuando los leones no estaban cuidando de su rebaño de «esposas», los solteros podían llegar sigilosamente desde la retaguardia para robárselas. En circunstancias normales la poliginia no era posible[326].

Pero el macho podía caminar junto a una única hembra, tratar de protegerla de los otros machos durante el celo y ayudarla a criar su progenie: monogamia.

El problema femenino era todavía más apremiante. Es poco probable que nuestras primeras antepasadas dieran a luz bebés marcadamente inmaduros, altriciales, como los que procrean las mujeres hoy (véase el capítulo XII), o que engendraran más de uno a la vez.

Ninguno de los simios engendra varios hijos, bebés que se caerían de los árboles. Sin embargo, según decíamos antes, cuando nuestros antepasados se alzaron sobre las piernas, las hembras quedaron sometidas a la carga de sus crías.

De modo que el vínculo de pareja se convirtió en la única alternativa posible para las hembras —un vínculo que, además, era viable para los machos—, y así surgió la monogamia.

Pero ¿qué necesidad había de que los vínculos de pareja fueran permanentes? Tal vez, igual que los zorros rojos y los petirrojos, nuestros antepasados sólo necesitaban formar pareja el tiempo suficiente para que las crías superaran la infancia.

Lo que me hizo pensar esto fue la notable correlación entre la duración de la infancia humana en las sociedades tradicionales, cerca de cuatro años, y la duración de muchos matrimonios, cerca de cuatro años. Entre los !kung tradicionales las madres mantienen a sus hijos cerca de la piel, les dan de mamar a intervalos regulares

durante todo el día y la noche, les prestan atención especial cuando el bebé lo requiere y les ofrecen el pecho a modo de chupete. A consecuencia de este constante contacto corporal y esta estimulación del pezón, así como de la gran cantidad de ejercicio físico que realizan las madres y de su dieta baja en calorías, la ovulación se interrumpe y la capacidad de quedar embarazadas de nuevo se detiene durante más o menos tres años[327]. De ahí que los bebés !kung nazcan cada cuatro años. Cuatro años es el período usual de espera entre sucesivos nacimientos de los aborígenes australianos que también practican el amamantamiento continuo[328] y entre los gainj de Nueva Guinea[329]. Los niños también son destetados aproximadamente en el cuarto año por los yanomano de Amazonia[330], los esquimales netsilik[331], los lepcha de Sikkim[332], y los dani de Nueva Guinea[333].

A pesar de que la espera entre nacimientos varía de un pueblo cazador-recolector a otro, y la edad a la que se produce el primer parto, así como el número de hijos previamente dados a luz por una mujer inciden sobre los intervalos entre nacimientos, estos datos han conducido a la antropóloga Jane Lancaster[334] y a otros a concluir que el patrón de cuatro años entre partos —causado por el ejercicio frecuente y el hábito de amamantar continuamente durante todo el día y la noche— era el patrón reproductivo habitual durante nuestro largo pasado evolutivo[335].

De este modo, el pico mundial actual de divorcio —aproximadamente cuatro años — se adecúa al período tradicional entre los nacimientos humanos: cuatro años.

Y ésta es mi teoría, entonces. *Tal como en las relaciones de pareja entre zorros, petirrojos y muchas otras especies que se aparean sólo durante el período de crianza, los vínculos humanos de pareja se desarrollaron en un principio para durar sólo el tiempo que lleva criar a un hijo dependiente durante la infancia, es decir, los primeros cuatro años, a menos que un segundo hijo sea concebido*.

Seguramente hubo variaciones sobre este tema. Algunas parejas pasaban meses o años después del apareamiento sin concebir un hijo. A menudo el hijo moría en la infancia, con lo cual la cuenta volvía a cero y extendía la duración del vínculo. Algunas parejas probablemente permanecían juntas indiferentes a la esterilidad porque gustaban uno del otro o porque no había otras parejas disponibles. Todo un conjunto de factores debe de haber afectado a la duración de las parejas primitivas. Pero a medida que se sucedían las estaciones, mientras las décadas se convertían en siglos, esos primeros homínidos que permanecían unidos *hasta que su criatura era destetada* sobrevivían desproporcionadamente, y preparaban el terreno para la monogamia en serie.

La comezón del séptimo año, reformulada como ciclo humano reproductivo de cuatro años, puede ser un fenómeno biológico.

AMISTADES ESPECIALES

Cómo surgió la monogamia en serie es algo sobre lo que sólo podemos hacer suposiciones. Nuestros primeros antepasados probablemente vivieron en comunidades muy semejantes a las de los chimpancés modernos[336]. Todos copulaban con casi todos, salvo con la madre o los hermanos directos. Luego, gradualmente, la monogamia en serie fue apareciendo. Sin embargo, la forma de vida de los babuinos aceituneros nos proporciona un modelo fascinante para la comprensión de cómo evolucionaron el vínculo de pareja, el núcleo familiar y el divorcio en estas hordas primarias[337].

Los babuinos aceituneros viajan en manadas de unos sesenta animales, recorriendo las praderas del África oriental. Cada manada está compuesta por varias familias matriarcales, gobernadas por una hembra rodeada de sus hijos, y a menudo por las hermanas y sus crías. Los hijos varones abandonan el grupo en la pubertad para unirse a grupos vecinos. Igual que las familias humanas de muchos pueblos pequeños, una familia babuina «matrilineal» domina la vida social local; otra familia ocupa el segundo lugar en jerarquía y así sucesivamente. Y todos saben cuál es el lugar de cada uno.

Los machos babuinos participan en la red de vida social a través de «amistades especiales» con hembras específicas. En primer lugar, dichas amistades les proporcionan el acceso a la manada. Ray, por ejemplo, era un macho saludable y atractivo que apareció en la periferia de una manada de babuinos, el Grupo Pumphouse, poco antes de que la antropóloga Shirley Strum comenzara también a rondarlos. Ray permaneció fuera de las actividades del grupo durante varios meses, un solitario. Pero poco a poco se fue haciendo amigo de Naomi, hasta que al final se sentaron juntos para comer y durmieron uno cerca del otro todas las noches. A través de Naomi, Ray trabó amistad con otras hembras y con el tiempo fue aceptado en la manada.

Las amistades especiales tienen otros beneficios. En el punto culminante de su celo la hembra babuina toma como consorte a un único macho, casi siempre un «amigo especial». Otros machos los siguen, los molestan y tratan de distraer al macho para robarle la «novia». Pero si además los consortes son amigos especiales, la hembra tiende a permanecer cerca de su «amante» y dificulta la intención de los machos. Si su amigo especial atrapa una gacela bebé escondida en el pastizal, ella es la primera en obtener un bocado. Su vigilancia también crea una «zona de recreación»: un espacio en el cual ella puede bajar la guardia, jugar con sus crías y comer tranquila.

El macho también obtiene beneficios de una amistad especial. A menudo se

convierte en el padre social de las crías de la hembra. Las carga, las cuida, las mima y protege. Pero también las usa. Si otro macho lo amenaza, el macho agarra al pequeño y lo sostiene contra el pecho. Esto detiene el ataque de inmediato. Entre los babuinos, los amigos especiales son camaradas con los cuales se intercambian favores, toma y daca.

Probablemente nuestros antepasados trababan amistades especiales mucho tiempo antes de bajar de los árboles. Como recordará el lector, a menudo los chimpancés van de safari con su pareja. Pero cuando el caminar con dos pies obligó a las hembras a cargar con sus crías a través de pastizales peligrosos, con lo cual pasaron a necesitar de protección masculina, dichas amistades podrían muy bien haberse convertido en relaciones más profundas y durables, el comienzo primitivo del matrimonio humano.

Es relativamente sencillo explicarnos cómo nuestros antepasados homínidos conocían a una futura «esposa». Las bandas formadas por cuatro o cinco hembras, sus amigos especiales y las crías respectivas —un grupo lo bastante grande para protegerse a sí mismo y a la vez lo bastante pequeño para moverse rápidamente— sin lugar a dudas viajaban juntos[338]. Lo más probable es que los territorios de tales bandas se superpusieran. De esta manera una presa pasada por alto por un grupo de «gente» primigenia era atrapada por el siguiente grupo que pasaba cerca.

En muchas especies dé primates, ya sea los machos o las hembras abandonan el grupo natal en la pubertad, de modo que parece razonable pensar que cuando los grupos se cruzaban, los adolescentes a veces cambiaban de residencia. Cuatro millones de años atrás, en las ardientes llanuras de África, los individuos probablemente crecían dentro de una red de varias manadas conectadas sin restricciones. Los jóvenes seleccionaban entre dichos individuos a aquellos con quienes establecerían amistades especiales y luego relaciones de pareja: los primitivos matrimonios homínidos.

Probablemente las hembras se sentían atraídas por los machos que se mostraban simpáticos, atentos y dispuestos a compartir su comida, mientras que los machos puede que se sintieran atraídos por las hembras más sensuales y pertenecientes a familias de prestigio. Durante el estro femenino, su cónyuge seguramente trataba de evitar los avances de los otros machos, quizá no siempre con éxito, machos y hembras probablemente se escapaban a los pastizales con otros amantes siempre que podían. Pero la hembra y el macho apareados recorrían juntos la llanura. Juntos buscaban y comían su comida. Juntos protegían y criaban a sus hijos. Y entonces, una mañana, él o ella abandonaba la banda para viajar con un nuevo amigo especial perteneciente a otro grupo.

ADVERTENCIAS

No pretendo insinuar que nuestros antepasados se tomaban a la ligera la cuestión de abandonarse mutuamente. El «divorcio» debe de haber generado el caos, igual que lo hace hoy. En todo el mundo la gente discute antes de separarse. Hay quienes cometen homicidio o suicidio. Los hijos terminan confundidos, asustados y desplazados. La parentela se enemista. En ocasiones, comunidades enteras acaban involucrándose. Aun entre los primates las redistribuciones en el orden social a menudo originan peleas feroces.

Tampoco afirmo que los niños primitivos eran independientes a los cuatro años de edad, ni en lo nutricional ni en lo emotivo. Pero los niños de las comunidades modernas de cazadores-recolectores comienzan a integrarse en los grupos de juego de diversas edades más o menos para esa época de la vida. Los hermanos mayores, parientes, amigos y las demás personas de la comunidad también participan más en su cuidado. En otras especies a esos hermanos mayores se los llama ayudantes del nido, mientras que los parientes adultos de la madre y sus amigos, que echan una mano en la crianza del niño, son llamados «alopadres». No cabe duda de que estas madres extra, presentes en gran cantidad de otras especies y en todas las culturas humanas, también existían en las bandas prehistóricas.

De modo que, en cuanto la madre dejaba de cargar a su hijo constantemente, o dejaba de darle de mamar noche y día, su urgente dependencia de un protector-proveedor disminuía. Su incipiente «marido» también dependía menos de ella. Para poner a salvo su futuro genético, se había visto obligado a proteger a su progenie hasta que otros pudieran empezar a ayudarlo en la tarea. Sin embargo, en la medida en que el niño salía de la infancia, una vez más estaba en condiciones de responder al imperativo biológico de reproducirse de nuevo. Es posible que los antiguos amantes *no necesitaran* permanecer en pareja pasada la primera infancia del bebé, a menos que un segundo bebé dependiente naciera.

Por último, tampoco afirmo que *todos* los machos y hembras de nuestra temprana prehistoria se abandonaran mutuamente en cuanto sus crías empezaban a salir tambaleando de la infancia. En realidad, los datos sobre el divorcio moderno indican la presencia de diversas circunstancias sorprendentes que hacen que la monogamia de por vida sea un fenómeno frecuente, circunstancias que indudablemente también hicieron que nuestros ancestros practicaran el vínculo para toda la vida.

Una circunstancia asociada con los vínculos de pareja estables en las personas es el aumento de la edad cronológica. Como recordará el lector, en todo el mundo las cifras de divorcio disminuyen de modo impresionante después de los treinta años. Quizá cuatro millones de años atrás las parejas entradas en años permanecían unidas a fin de darse apoyo recíprocamente y para ver crecer a sus nietos, y así marcaron pautas para la tendencia humana actual.

En segundo lugar, la monogamia de por vida *parece* ser común hoy en día en parejas incluidas en las muestras de las Naciones Unidas que tienen tres o más hijos dependientes, un patrón que *es muy* común en las sociedades tradicionales[339]. Por lo tanto, cuantos más niños se den a luz, más probable será que la pareja permanezca unida. Dicha tendencia quizá también provenga de los remotos días de la humanidad en que los consortes con varios hijos no podían abandonar la familia. ¿Por qué habían de hacerlo? Si los cónyuges eran compatibles —y el apareamiento era conducente a la crianza de varios hijos—, era genéticamente ventajoso para ambos formar una pareja permanente.

En tercer lugar, la monogamia de por vida se pone en práctica por razones ecológicas. El lector recordará que el divorcio es menos frecuente en las sociedades donde hombres y mujeres dependen recíprocamente en lo económico, lo cual es más evidente en las sociedades que trabajan la tierra con arado. El divorcio también es de índices bajos en las culturas que crían animales y en otras sociedades en las que los hombres realizan la mayor parte de las tareas pesadas y controlan recursos importantes de los cuales las mujeres dependen para sobrevivir. Por lo tanto, si ambos sexos dependían por completo de los recursos del otro en aquellos días remotos de la humanidad, la monogamia permanente era probablemente lo normal.

Sin embargo, dudo de que ésta fuera la regla general. Antes de que surgiera el trabajo de la tierra, antes del arco y la flecha, antes de que la «gente» fabricara armas de piedra, nuestros antepasados viajaban en pequeños grupos nómadas de cuatro o cinco parejas, sus hijos y algunos parientes y amigos solteros. La carne era un lujo que se compartía. Las mujeres eran eficientes recolectoras. Y como se verá en próximos capítulos, cada sexo tenía una relativa autonomía económica. De ese modo, cuando los cónyuges terminaban atrapados en un «matrimonio» conflictivo, ya fuera ella o él recogían unos pocos efectos personales y se alejaban; la monogamia en serie era probablemente la regla.

Por lo tanto, la vida monogámica de algunas aves y mamíferos, la conducta de primates no humanos, la vida cotidiana de las personas en las sociedades cazadoras-recolectores como los !kung tradicionales, y los modernos patrones de matrimonio y divorcio de todo el mundo me llevan a pensar que cuando Lucy y sus amigos pasaban caminando por el lodazal al pie del monte Sadimán unos tres millones y medio de años atrás ya habían adoptado nuestra estrategia humana básica mixta de reproducción.

Dicha estrategia reproductora constaba de varias partes. Las parejas jóvenes y sin hijos tendían a vincularse, a separarse y a aparearse de nuevo. Las parejas con uno o dos hijos tendían a permanecer juntas por lo menos el tiempo suficiente para verlos superar la infancia. Luego se «divorciaban» y escogían nuevos cónyuges. Las parejas con tres o más hijos tendían a permanecer juntas de por vida. Las parejas entradas en

años tendían a permanecer juntas. Y algunos machos y hembras cometían adulterio mientras tanto. No todo el mundo seguía este guión sobre la reproducción; muchos todavía no lo hacen. Pero debido a que estos patrones se reiteran en todo el planeta, es probable que resulten de una evolución genética.

Probablemente también eran adaptativos.

LA NATURALEZA ROJA EN LOS DIENTES Y EN LAS GARRAS

Cuando le preguntaron por qué todos sus matrimonios habían fracasado, Margaret Mead respondió: «Estuve casada tres veces y ninguna de las tres fue un fracaso». Mead era una mujer fuerte. Pero la mayoría de los norteamericanos idealizan los matrimonios de por vida; para ellos, y para muchos pueblos, divorcio equivale a fracaso. Desde una perspectiva darwiniana, sin embargo, la monogamia en serie de milenios atrás tuvo sus ventajas.

En primer lugar, la variedad. Si los descendientes eran variados en inclinaciones y habilidades, unos cuantos sobrevivirían al impulso persistente de la naturaleza de destruir a los débiles. De igual importancia era que los machos ancestrales pudieran elegir hembras más jóvenes y capaces de dar a luz bebés sanos[340], y las hembras podían elegir a los machos que les proporcionarían mejor protección y más provisiones[341]. Hoy en día estas premisas se mantienen vigentes. Hombres y mujeres a menudo dan a luz un niño con una pareja, y luego otros con un segundo cónyuge. Los hombres continúan casándose con mujeres más jóvenes en segundas nupcias, y las mujeres siguen haciéndolo con hombres que consideran más responsables y más capaces de proveer a sus necesidades. A pesar de que estos reciclajes pueden conducir a conflictos sociales dolorosos, desde un enfoque darwiniano tener hijos con diferentes cónyuges es genéticamente sensato.

Pero ¿les convenía genéticamente a los machos abandonar a sus hijos biológicos para volver a aparearse y tal vez asumir responsabilidades respecto a sus hijos adoptivos? De la misma manera, ¿tenía sentido, desde un punto de vista reproductor, que las hembras ancestrales sometieran a sus hijos a los caprichos de un «padrastro»? El sentido común darwiniano indica que no es adaptativo abandonar el propio ADN para ocuparse del protoplasma ajeno.

Las respuestas a estas preguntas son, en mi opinión, muy sencillas. Las vicisitudes de la relación entre padrastros e hijastros se han complejizado con la vida moderna. En general, actualmente los padres occidentales crían a sus hijos por sí mismos, y los costos de la educación y la recreación son altos. Los chicos quieren bicicletas, estéreos, computadoras, y quieren ir a la universidad. Por lo tanto, hacerse cargo de hijos ajenos puede representar una gran desventaja económica. Pero en nuestro pasado prehistórico, los niños se integraban a los grupos de juegos de edades

mixtas al poco tiempo de ser destetados, y sus hermanos, abuelos y otros miembros de la comunidad ayudaban a criar a los niños. El núcleo familiar *aislado* no existía. Las guarderías eran gratuitas. Y el costo de la educación y la recreación era bajo. De modo que para un macho convertirse en padrastro (pasada la primera infancia del niño) era bastante menos exigente en el pasado. En realidad, es muy común en las sociedades tradicionales de la actualidad, probablemente por estas razones.

Los niños ancestrales posiblemente tampoco sufrían demasiado a causa del divorcio primitivo, en tanto en cuanto el padrastro aparecía en escena cuando él ya estaba integrado en un grupo de juego y en la comunidad en general. Sin embargo, si el padrastro aparecía mientras el niño todavía tomaba el pecho de la madre, las consecuencias para el niño pueden haber sido desastrosas, debido a otra dura realidad de la naturaleza que los leones ilustran muy bien.

Cuando un nuevo grupo de leones machos se apoderan de un territorio y desplazan a sus líderes, matan a todos los leones pequeños que encuentran; desde una perspectiva darwiniana, no les conviene criar cachorros que no engendraron. Al perder a sus hijos, las hembras del territorio rápidamente entran en celo, los nuevos líderes se aparean con ellas, y de ese modo los machos crían cachorros que tienen su propio ADN[342].

Este patrón de infanticidio tiene su atroz equivalente en los seres humanos actuales. Hoy en día, en los Estados Unidos y el Canadá los padrastros también matan hijastros pequeños. Cuando los niños superan los cuatro años de edad el índice de infanticidios disminuye[343]. He aquí, entonces, otro motivo por el cual las hembras ancestrales posiblemente se sentían más libres de cambiar de pareja cuando el hijo había aprendido a caminar y a hablar y se había integrado en la vida de la comunidad.

También puede haber habido ventajas culturales para el primitivo «divorcio» y «segundo matrimonio». Edward Tylor, uno de los padres fundadores de la antropología, afirmó en 1889: «En las tribus de escasa cultura se conoce un solo medio de mantener alianzas, y ese medio son los matrimonios convenidos»[344]. Actualmente, muchos pueblos dedicados a la horticultura en Nueva Guinea, África, Amazonia y otros tantos lugares entregan sus hijos en matrimonio con el objetivo de hacer amistades. Pero los primeros matrimonios no suelen ser duraderos[345]. Aparentemente nadie se preocupa demasiado por estos divorcios. El compromiso de matrimonio se cumplió. La alianza entre los adultos fue cimentada. Los hijos han regresado sin sufrir daños. No nacieron nietos. Y los padres están encantados de recuperar a sus hijos.

Si estas actitudes prevalecían milenios atrás, ¿por qué no volver a casarse? Con cada nuevo apareamiento los lazos sociales se ampliaban a las bandas vecinas. Las costumbres, ideas e información también entraban en circulación.

Es indudable que nuestros primeros antepasados no pensaban en el ADN cuando

se abandonaban; la gente continúa siendo bastante indiferente a las consecuencias genéticas de su vida sexual y reproductora. Pero los machos y hembras ancestrales que se abandonaban mutuamente unos cuatro millones de años atrás sobrevivieron desproporcionadamente, y establecieron los patrones primitivos del matrimonio, el divorcio y el nuevo matrimonio que nos fueron legados a través de infinitas noches y días a cada uno de nosotros.

En la película *La reina de África*, Katharine Hepburn le dice a Humphrey Bogart: «En este mundo, señor Alnutt, fuimos puestos frente a la naturaleza para superarla». ¿Podemos superar nuestra herencia natural?

Por supuesto que sí. Nuestros patrones contemporáneos de matrimonio son testimonio del triunfo de la cultura y la personalidad sobre las tendencias humanas naturales. Casi la mitad de los matrimonios norteamericanos duran toda la vida; aproximadamente la mitad de las personas casadas son fieles a sus cónyuges. El mundo está lleno de gente que se casa una sola vez y renuncia al adulterio. Algunos hombres tienen harenes; algunas mujeres tienen harenes. Prácticamente todas las estrategias reproductoras conocidas —salvo la promiscuidad indiscriminada— es practicada por alguien en alguna parte. Algunos de nosotros incluso elegimos el celibato o renunciamos a tener hijos: la muerte genética. Así de maleable es el animal que somos.

Pero hay voces que susurran en nuestro interior: fuimos hechos para que durante los años fértiles nos apareáramos una y otra vez. ¡Qué mundo forjaría este imperativo sexual!

VIII. EROS
La aparición de las emociones sexuales

Nunca estamos tan indefensos contra el dolor como cuando nos enamoramos.

SIGMUND FREUD

Verla sonreír, oír la voz de él, verla caminar, recordar un momento encantador o un comentario ingenioso: hasta la menor visión de la persona amada envía una oleada de placer al cerebro. «Ese remolino, ese delirio de Eros», escribió el poeta Robert Lowell, uno de los millones, quizá miles de millones de personas que experimentaron la tormenta arrasadora del enamoramiento. Qué gran igualadora es esta pasión que reduce a poetas y presidentes, a académicos y técnicos, al mismo estado de tartamudez, expectativa, esperanza, agonía y éxtasis.

Después, cuando el enamoramiento pasa, una nueva sensación satura la mente: el apego. Tal vez sea éste el más sensato de los sentimientos humanos, esa sensación de bienestar, de compartir, de ser uno con otro ser humano. Cuando caminamos de la mano, cuando nos sentamos uno junto al otro al atardecer para leer un libro, cuando reímos al mismo tiempo viendo una película, o paseamos por el parque o por la playa, nuestras almas se funden en una sola. El mundo entero es nuestro paraíso.

Qué pena, sin embargo, que hasta el apego se empañe a veces y que lo reemplace una indiferencia plúmbea o una insoportable inquietud que poco a poco devora nuestro amor y nos lleva al adulterio, a la separación, al divorcio. Entonces, cuando el vínculo está finalmente terminado y ambos cónyuges se ven liberados de los sentimientos que los maniataban como a marionetas, algunas personas sienten otra vez la vieja esperanza y la intensa excitación que da volver a enamorarse.

El ansia humana de idilio, esa avidez que tenemos de establecer vínculos sexuados, nuestra inquietud cuando una relación se extiende demasiado, nuestro eterno optimismo respecto a un nuevo amor: estas pasiones nos arrastran como cometas en un vendaval cuando nos erguimos y volvemos a zambullirnos impredeciblemente de un sentimiento en otro. Estas emociones deben de provenir de nuestros antepasados. La hipótesis que propongo es que surgieron con la génesis para conducir a nuestros antepasados a formar y romper vínculos, unos cuatro millones de

años atrás.

EL AMOR ES ALGO PRIMITIVO

Existen realmente algunas pruebas de que el enamoramiento y el apego son emociones muy antiguas. Como recordará el lector, la teoría del psiquiatra Michael Liebowitz sostiene que la euforia y la energía de la atracción son producidas por un baño natural de anfetaminas que inundan los centros emocionales del cerebro. Por eso los amantes enamorados pueden permanecer despiertos toda la noche conversando, por eso son tan optimistas, tan sociables y están tan llenos de vida.

Sin embargo, con el correr del tiempo, el cerebro ya no puede tolerar este estado continuo de excitación. Las terminaciones nerviosas se vuelven inmunes o se agotan, y el regocijo se desvanece[346]. Algunas personas se mantienen en ese estado sólo unas semanas o unos meses. Los que bloquean el deseo respecto al objeto amoroso, por ejemplo porque están casados con terceros, pueden sostenerse en ese estado de éxtasis respecto al ser amado durante varios años. Pero la mayoría de las personas que se ven con frecuencia sienten la euforia de la atracción durante dos o tres años[347].

Después, cuando el entusiasmo y la novedad se desvanecen, el cerebro incorpora nuevos elementos químicos, las endorfinas, sustancias naturales semejantes a la morfina, que serenan la mente. Liebowitz sostiene que mientras las endorfinas irrumpen en las vías primarias del cerebro, inauguran la segunda etapa del amor —el apego— con sus sensaciones de seguridad y paz.

No sólo estas emociones sexuales se hallan emplazadas en el cerebro, lo cual demuestra la antigüedad de la atracción y del apego, sino que además ocurren en personas del mundo entero. Nisa, la mujer !kung del desierto de Kalahari de la que ya hablé, describe sucintamente la doble faz del desarrollo al que está sujeto el idilio diciendo: «Cuando dos personas primero están juntas, sus corazones se incendian y la pasión que los une es muy poderosa. Después de un tiempo, el fuego se atenúa y así permanece. Siguen amándose, pero de una manera diferente, cálida y dependiente»[348].

Son pocas las personas que han observado tan bien las etapas del amor romántico. Pero la inmensa mayoría de la gente acepta que la pasión romántica existe. Más aún, según un estudio reciente llevado a cabo en 168 sociedades, el 87% de estas culturas tan variadas dieron pruebas directas de que sus integrantes están familiarizados con ese estado parecido a la insania[349].

De modo que el enamoramiento y el apego tienen componentes fisiológicos, y dichas emociones son comunes a toda la humanidad. Más aún, Liebowitz afirma que

estos dos sistemas químicos cerebrales perfectamente diferenciables aparecieron en el animal humano por una simple razón: «Para el hombre primitivo había dos aspectos de la relación con el sexo opuesto que eran esenciales a la supervivencia como especie. El primero era que machos y hembras se atrajeran mutuamente el tiempo suficiente para que copularan y se reprodujeran. El segundo era que los machos se encariñaran tanto con las hembras como para que permanecieran cerca mientras ellas criaban a sus hijos, los ayudaban a obtener alimentos y resguardo, mantenían alejados a los intrusos y les enseñaban ciertas habilidades a sus vástagos»[350].

Yo avanzaré un paso más: tal vez la tendencia a separarnos de los cónyuges también tiene un componente fisiológico que surgió hace unos cuatro millones de años cuando nuestros primeros antepasados homínidos comenzaban a aparearse y luego a abandonarse mientras criaban a sus hijos.

Mis ideas a este respecto fueron inducidas por los trabajos de un etólogo, Norbert Bischof. En su afán de explicar por qué las aves abandonaban sus nidos al terminar la temporada de reproducción y se unían a una bandada, y por qué las criaturas dejaban la seguridad que les proporcionaba su primer hogar al terminar la infancia, Bischof señala que los animales sienten un «exceso de seguridad» al que responden apartándose del objeto de cariño[351]. Denominó a esta retirada la respuesta por empacho[352]. Sospecho que el mismo fenómeno podría presentarse en la humanidad. Llegado un punto en una relación larga, los receptores cerebrales de la endorfina probablemente pierden la sensibilidad o se sobresaturan y el apego se desvanece, preparando al cuerpo y al cerebro para la separación o el divorcio.

¿Se trata de una caducidad establecida en las terminaciones nerviosas para estimular en épocas pasadas la monogamia en serie? Tal vez.

Los occidentales adoramos el amor. Lo simbolizamos, estudiamos, idolatramos, idealizamos y aplaudimos, lo tememos y envidiamos, vivimos y morimos por él. El amor es muchas cosas para muchas personas. Pero si el amor es común a todas las personas en todas partes y está asociado a pequeñas moléculas que residen en las terminaciones nerviosas de los centros emotivos del cerebro, entonces el amor es algo primitivo.

Sospecho que los sistemas químicos que promueven el enamoramiento y el apego (y quizá la indiferencia) ya habían aparecido en la época en que Lucy y sus camaradas caminaban a través de las praderas del África oriental, unos tres millones y medio de años atrás. Aquéllos que sucumbían a la pasión del enamoramiento formaban parejas más seguras con sus amigos especiales. Los que sentían la fuerza del apego el tiempo suficiente para criar un hijo durante la infancia, cuidaban su propio ADN. Los machos que hacían escapadas ocasionales con otras amantes desparramaban más genes, mientras que las hembras que tenían aventuras obtenían

recursos adicionales para sus crías pequeñas.

Y los que cambiaban una pareja por otra tenían bebés más variados. Los hijos de estos individuos apasionados sobrevivieron desproporcionadamente y nos trasmitieron la química cerebral del enamoramiento, del apego y de la inquietud durante las relaciones demasiado largas.

¿Qué consecuencias iba a generar esta química del cerebro? El «marido», el «padre», la «esposa» y el «núcleo familiar», el sinfín de convenciones para el flirteo, las celebraciones humanas del matrimonio, los procedimientos para el divorcio, los castigos de la humanidad para el adulterio, los hábitos culturales de conducta sexual, los patrones de violencia familiar provenientes del abandono: incontables costumbres e instituciones que iban a derivarse de la simple tendencia de nuestros antepasados de aparearse y romper sus compromisos.

Sin embargo, el legado más desgarrador son las crisis emocionales que aún originan dichos registros del romanticismo. Mal de amores. Parecemos emocionalmente inacabados. Los enamorados tienden a sufrir durante los períodos de separación, por ejemplo los viajes de negocios o las vacaciones. Liebowitz piensa que durante la separación los enamorados se ven privados de la dosis diaria de drogas narcóticas naturales. Los niveles de endorfina bajan. Entonces, cuando se manifiesta la privación, los enamorados se añoran profundamente y en algunos casos llegan a desesperarse.

Es posible que este circuito romántico sea en parte la causa de que algunos hombres y mujeres se muestren dispuestos a tolerar los malos tratos psicológicos y físicos. Algunos amantes rechazados se comprometen a cosas ridiculas o aceptan castigos horribles por temor a perder al ser amado. Liebowitz cree que estos «adictos al amor» sufren de bajos niveles de las drogas narcóticas naturales, de modo que se aferran a la persona amada porque lo prefieren antes que el riesgo de la baja de dichos opiáceos. Como los adictos a la heroína, están químicamente casados con sus parejas[353]. Algo que es igualmente sorprendente es que las personas castigadas lleguen a asociar el sufrimiento vivido con el placer[354]. De modo que mientras son maltratados el nivel de las endorfinas puede llegar a subir de verdad, llevándolos a buscar más dolor y la correspondiente plenitud.

Los psiquiatras también piensan que la tristeza tiene un componente fisiológico conectado con el sistema cerebral de los afectos. Las personas se ponen tristes durante el duelo por un ser querido. Algunos apenas pueden trabajar, comer o dormir. Tal como lo describe el psiquiatra John Bowlby: «La pérdida de un ser querido es una de las experiencias más dolorosas que puede vivir un ser humano»[355]. La soledad que sienten las personas cuando no están enamoradas también debe de ser causada, al menos en parte, por moléculas del cerebro.

Tan intensos son estos sentimientos de amor, tan básicos de la naturaleza humana, que todos los conocemos, sea nuestro «objeto de amor» una persona del sexo opuesto o uno del propio.

Los científicos saben muy poco sobre las causas de la homosexualidad, así se trate de amor entre hombres o entre mujeres. Algunos investigadores informan que los homosexuales varones provienen con mayor frecuencia de hogares en los que el padre estaba ausente, o era un ser frío y distante, mientras que la madre mantenía con el hijo un vínculo primario, de asfixiante intimidad[356]. Otros sostienen que la vida de familia de homosexuales y heterosexuales no manifiesta diferencias esenciales[357].

En la actualidad, en cambio, algunos científicos consideran que la homosexualidad está asociada, en parte, con cambios en el cerebro del feto. Algunas semanas después de la concepción, las hormonas fetales comienzan a esculpir los genitales masculinos y femeninos. Hoy se piensa que dichas hormonas podrían conformar también el cerebro masculino o femenino del feto. Sin embargo, cualquier complicación en este baño hormonal modifica la orientación sexual de la persona en su vida posterior[358].

Se ha escrito una enorme cantidad de material sobre el tema de la homosexualidad, pero por ahora no existe consenso alguno. En mi opinión, sólo puedo agregar que la homosexualidad es muy común en la naturaleza[359]. Las gatas criadas sin contacto con machos exhiben patrones de conducta que indican la existencia de excitación homosexual. Las gaviotas hembra a veces se aparean como las parejas lesbianas. Los gorilas macho se juntan en bandas y tienen relaciones homosexuales. Las hembras de chimpancé pigmeo mantienen relaciones homosexuales con frecuencia. Incluso los peces espinosos de vez en cuando se comportan como hembras, así como los patos silvestres y otras aves. En realidad, la homosexualidad es tan común en otras especies —y se manifiesta en circunstancias tan variadas— que la homosexualidad humana llama la atención no por su frecuencia sino por su rareza.

Sospecho que tanto las hormonas como el medio ambiente tienen importantes efectos en las preferencias sexuales de la humanidad y de otros animales. Pero sólo un aspecto guarda relación con el presente estudio: los hombres y mujeres homosexuales experimentan las mismas sensaciones de amor romántico de las que hablan los heterosexuales, y sufren los mismos problemas del circuito romántico[360]. Es evidente que dichas emociones aparecieron mucho tiempo atrás.

LOS CELOS

«El monstruo de ojos verdes que ultraja la carne de la que se alimenta». Así de gráfica es la descripción que hace Shakespeare de los celos, esa intensa aflicción humana, esa combinación de posesividad y sospecha. Los celos pueden aparecer en cualquier momento de una relación. Durante la fase de la atracción, es decir, cuando las personas están perdidamente enamoradas; cuando ya están cómodamente encariñadas; mientras ellas mismas tienen aventuras; aun después de haberse ido o de haber sido abandonadas, el monstruo de ojos verdes puede hacer su aparición.

Exámenes psicológicos realizados a hombres y mujeres norteamericanos revelan que ninguno de los dos sexos es más celoso que el otro, si bien cada uno maneja los ataques de manera diferente. En general, las mujeres están más dispuestas a fingir indiferencia a fin de salvar una relación deteriorada. Los hombres, en cambio, frente a los celos abandonan a su pareja con mayor frecuencia. Según parece, sienten mayor necesidad de reparar su autoestima y salvar las apariencias[361]. Las personas que sufren un sentimiento de inadecuación o que son inseguras o muy dependientes de su pareja suelen ser más celosas.

Los celos masculinos son la causa principal de asesinato del cónyuge en los Estados Unidos[362]. Por otra parte, los celos no son monopolio de los occidentales. En otras culturas son tan comunes como el resfriado. Aun donde el adulterio es permitido, la gente siente celos cuando se entera de las aventuras de su ser amado[363]. Un aborigen de Arnhem Land, Australia, lo resumió de la siguiente manera: «Los yolngu somos un pueblo celoso y siempre lo hemos sido, desde la época en que vivíamos en clanes en los bosques. Tenemos celos de nuestro marido o de nuestra esposa por temor a que se interese en un tercero. Si un marido tiene varias esposas es aún más celoso, y las esposas tienen celos entre ellas… Que no le quepa duda, los celos son parte de nuestra naturaleza»[364].

Nunca sabremos si otros animales sienten celos. Pero machos y hembras de muchas especies exhiben conductas muy posesivas respecto a sus parejas. Los gibones macho, por ejemplo, expulsan a los otros machos del territorio de su familia, y las hembras echan a las otras hembras. En una ocasión, Pasión, una chimpancé hembra de la Reserva Gombe Stream, en Tanzania, coqueteó con un macho joven. Él se mantuvo indiferente a sus actitudes eróticas y se puso a copular con la hija de ella, Pom. Con expresión enfadada ella se le fue encima y lo abofeteó con fuerza[365].

Las aves nos proporcionan mejores ejemplos. En la prueba de «tolerancia a los cuernos», el antropólogo David Barash interrumpió el ritual de la cópula anual de un par de azulejos de la montaña que comenzaban a construir su nido. Mientras el macho

estaba fuera buscando comida, Barash colocó un azulejo macho de utilería a un metro del nido. El dueño de casa regresó y se puso a chillar, revolotear y hacer sonar el pico frente al supuesto intruso. Pero también atacó a su «esposa», arrancándole algunas plumas primarias del ala. Ella desapareció. Dos días más tarde una nueva «esposa» tomó su lugar[366]. ¿Una paliza a la esposa de parte de un azulejo celoso?

Esta posesividad tiene una lógica genética. Los machos celosos de cualquier especie vigilan a sus cónyuges más asiduamente, por lo tanto, los machos celosos tienen más posibilidades de engendrar a sus hijos y trasmitir sus genes. Por su parte, las hembras que no toleran la presencia de otras hembras obtienen más protección y beneficios. Gracias a los celos, han adquirido recursos adicionales, por lo cual su progenie tiene más posibilidades de sobrevivir. De esta manera, los animales posesivos se reprodujeron a lo largo de las eras en forma desproporcionada gracias a las diversas manifestaciones de ese sentimiento que llamamos celos. De igual manera, los celos de hombres y mujeres modernos adoptan diversas características: el hombre norteamericano suele ser más celoso si su pareja le es sexualmente infiel, y la mujer es más celosa si su cónyuge se compromete emocionalmente con otra mujer[367].

Los celos probablemente ya habían alcanzado su forma humana cuando Lucy y sus amigas comenzaron a perseguir muchachos y a aparearse con ellos, unos tres millones y medio de años atrás. Si un «marido» volvía de robar la caza ajena y sospechaba que su hembra le era infiel, puede haberse enfurecido, atacando a su rival con palos y piedras, alaridos y gruñidos. Y si Lucy hubiera descubierto a su marido con otra hembra, tal vez los habría atacado de palabra para luego tratar de aislar a su rival del grupo. Los celos sirven para poner límites a la infidelidad de las mujeres y al abandono por parte de los machos, poniendo en juego lo que sea que, en el cerebro del macho y de la hembra, contribuye a aumentar la intensidad del ataque de celos.

ES DIFÍCIL SEPARARSE

Qué torbellinos ha forjado la evolución. El deseo de una pareja, la dependencia emocional del cónyuge, la tolerancia a los malos tratos físicos y psicológicos, la melancolía, el dolor, los celos son reacciones emocionales poderosas que pueden desencadenarse cuando el sistema amoroso del cuerpo se ve amenazado. Pero para algunas personas el ciclón emocional tal vez más poderoso al que pueden verse expuestas es que el ser amado se vaya para siempre.

El sociólogo Robert Weiss, divorciado, se abocó al estudio de la separación marital en los integrantes de la organización Padres sin Pareja. Después, en función de conversaciones con 150 personas que participaron de sus «Seminarios para Separados», comenzó a entrever ciertas constantes en la separación[368]. En primer

lugar, confirmó la subsistencia de un sentimiento de cariño en el cónyuge abandonado. A pesar de las amargas desilusiones, las promesas no cumplidas, las enconadas discusiones y diversas humillaciones, el hogar sigue estando donde está la pareja: cualquier otro lugar es el exilio. Lo más interesante es que el vínculo amoroso se disuelve siguiendo un patrón, una configuración específica que podría haber evolucionado a lo largo de los milenios.

Si la relación termina abruptamente, el shock es la primera sensación que abruma a la persona rechazada. Mudo de asombro, él o ella reaccionan negando los hechos durante varios días, en algunos casos durante tanto como dos semanas. Pero con el tiempo la realidad se instala. «Ella» o «él» se han ido.

Luego comienza la etapa de la «transición». El tiempo pesa sobre los hombros. Muchas de las rutinas diarias se han evaporado, y uno apenas sabe qué hacer con el vacío. Una mezcla de rabia, pánico, pena, dudas acerca de sí mismo y una tristeza desesperante embargan al individuo rechazado. Weiss afirma que algunas personas abandonadas entran también en un estado de euforia o experimentan una sensación de liberación. Pero ésta alegría no es duradera. Los humores varían continuamente, y una decisión tomada hoy se desvanece mañana. Algunos se dan a la bebida o a las drogas, al deporte o a los amigos; otros recurren al psiquiatra, a consejeros o a libros de autoayuda; muchos simplemente se echan en la cama a llorar.

Y mientras se lamentan, no paran de darle vueltas a la relación, de un modo obsesivo. Hora tras hora se dedican a rebobinar viejos recuerdos, examinando las tardes compartidas y los momentos conmovedores, las discusiones y los silencios, las bromas y los comentarios irónicos, buscando hasta el infinito las claves de por qué «él» o «ella» se fueron. «¿Qué fue lo que falló?». «¿De qué otra manera podría haber manejado las cosas?». Mientras la persona reconstruye los hechos que llevaron a la separación, él o ella desarrollan una «versión» de quién le hizo qué a quién.

Los temas y los incidentes clave dominan la explicación mental, mientras el individuo queda fijado a las peores humillaciones. Pero con el tiempo él o ella elaboran una historia con un comienzo, un desarrollo y un final. Esta versión es algo así como la descripción de un accidente automovilístico: las percepciones aparecen entremezcladas. Pero el proceso es importante. Una vez definida, la historia puede ser dirigida, trabajada y, con el tiempo, descartada.

En algunos casos la fase de transición dura un año. Cualquier retroceso, como por ejemplo el fracaso de un intento de reconciliación o el rechazo por parte de un nuevo enamorado, puede arrojar al ser sufriente a un nuevo pozo de angustia. Pero en la medida en que él o ella desarrollan un nuevo y coherente estilo de vida, comienza la fase de «recuperación». Poco a poco el individuo abandonado adquiere una nueva identidad, algún grado de autoestima, nuevos amigos e intereses, y algo de flexibilidad. El pasado comienza a aflojar su nudo corredizo. Ahora él o ella pueden

seguir viviendo.

Pero hay dos aspectos del estudio de Weiss que resultan particularmente interesantes. Los datos demuestran que nuestras emociones tienen componentes fisiológicos y que la química del amor y del abandono surgieron hace muchísimo tiempo como parte de un diseño evolutivo específico. Weiss notó que ninguno de los 150 hombres y mujeres «separados» que participaron en sus seminarios había permanecido casado por menos de un año; unos pocos se habían separado durante el segundo año de matrimonio. Para explicar este hecho, Weiss deduce lo siguiente: «Hacen falta aproximadamente dos años de matrimonio para que los individuos integren del todo el nuevo estado a su vida emocional y social».

Sospecho que la química cerebral tiene que ver con esto. Como recordarán, en general transcurren un par de años antes de que el punto máximo del enamoramiento ceda y las drogas del apego comiencen a actuar, ligando profundamente a los individuos. Tal vez ésta sea también la razón de que tan pocas parejas divorciadas dentro de los dos años de matrimonio hayan participado de los seminarios de Weiss. Como nunca llegaron a la etapa del apego, no necesitaron ayuda en el proceso de la separación.

Todavía más interesante resulta que, según notó Weiss, el proceso completo de la separación normalmente toma de dos a cuatro años, «con un promedio que está más próximo a los cuatro que a los dos». El número cuatro aparece otra vez. No sólo tendemos a formar parejas que duran cuatro años, sino que además nos cuesta aproximadamente ese mismo tiempo disolver el vínculo.

El animal humano parece impulsado por una corriente de sentimientos que se entrelazan y fluyen de acuerdo con un compás interno, un ritmo que surgió cuando nuestros antepasados bajaron de los árboles que estaban en rápida desaparición en África y desarrollaron un ritmo en sus relaciones que estaba sincronizado con su ciclo natural de reproducción: aproximadamente cuatro años.

«CARNE FRESCA»

«Las cadenas del matrimonio son pesadas y hacen falta dos para soportar el peso, a veces tres», comentó alguna vez Oscar Wilde. Con lo cual subrayó otra emoción que probablemente tiene un componente fisiológico y que evolucionó con la humanidad: nuestra avidez de variedad sexual. Los psicólogos, psiquiatras, terapeutas sexuales y consejeros familiares están acostumbrados a entrevistar pacientes que luchan contra vínculos que se han vuelto rancios, y a muchos otros que optan por el alivio sexual en vínculos nuevos. ¿Qué lleva a las personas a la infidelidad?

Existen innumerables razones. Al parecer, algunas personas que cometen adulterio necesitan compañía cuando están en una ciudad extraña. Otros gustan de

pasar la noche con representantes de otros grupos étnicos, de otra clase social, de otra generación. Algunos procuran solucionar un problema sexual, o desean contactos íntimos, situaciones excitantes, o buscan venganza. El capítulo IV, que trata el tema del adulterio, enumera numerosas razones de orden psicológico por las cuales hombres y mujeres llegan a la cama con amantes auxiliares. Pero parece probable que también existe un componente biológico en la infidelidad que habría evolucionado a lo largo del tiempo y de incontables aventuras.

El trabajo del psicólogo Marvin Zuckerman y sus colegas nos proporciona pruebas sobre el aspecto fisiológico del adulterio y sobre las diferentes respuestas de la gente a las situaciones nuevas. Muchas personas las evitan. Pero los que buscan el estímulo de las emociones fuertes se pueden clasificar en cuatro grandes categorías[369]. Están los que ansían los deportes y las actividades al aire libre que ofrecen velocidad y peligro. Otros prefieren experimentar sensaciones internas por medio de drogas, viajes, las artes y estilos de vida transgresores. Los que están en los placeres mundanos gustan de las fiestas desenfadadas, de la variedad sexual, del juego y de ingerir grandes cantidades de alcohol. Por último, algunos individuos no toleran ni a las personas convencionales ni la rutina de cualquier tipo.

Estos hombres y mujeres sacan puntuaciones más altas en las pruebas de sensibilidad al aburrimiento, y las pruebas psicológicas muestran que sufren menos de ansiedad y falta de contención. Zuckerman concluye que en estos cazadores de emoción las conexiones cerebrales relacionadas con la búsqueda de sensaciones, experiencias, teatralidad y aventura, es decir, novedades de cualquier índole, están reforzadas.

La monoaminoxidasa, o MAO, puede ser la cómplice biológica. Los adultos con bajo nivel de MAO, una enzima cerebral, suelen ser gregarios, beben en abundancia, consumen drogas, les gustan los automóviles veloces y buscan el estímulo de los conciertos de música rock, de los bares y de otros lugares públicos de esparcimiento. Las personas con poca MAO también llevan una vida sexual activa y variada[370]. Parecen estar fisiológicamente preparados para generar aventura y excitación. Todo ello tal vez comienza en la infancia: los bebés recién nacidos con bajos niveles de MAO son más excitables y caprichosos.

Los seres humanos no son las únicas criaturas que parecen diferir en su relación con el peligro. Algunos gatos, perros, monos, lobos, cerdos, vacas y hasta peces buscan lo novedoso más que sus congéneres. Algunos se interesan indefectiblemente por lo desconocido mientras que otros lo rehúyen. La timidez es un rasgo congènito de carácter[371].

¿Por qué alguien con una relación relativamente satisfactoria habría de arriesgar su familia, sus amigos, su carrera, su salud y su tranquilidad por seguir adelante con una aventura ocasional? Los norteamericanos desaprueban la infidelidad, y sin

embargo se embarcan constantemente en aventuras extramatrimoniales. O sea que algo debe de haber en el cerebro que promueve semejante locura. Sea cual sea la fisiología cerebral subyacente, el componente genético de la infidelidad probablemente comenzó a aparecer poco después de que nuestros antepasados primigenios dieron los primeros pasos por el camino que conducía a la humanidad.

¿Estamos solos en nuestra inclinación a flirtear, a amarnos y abandonarnos unos a otros? ¿El potro que patea la tierra, inhala profundamente el aroma de una yegua en celo y la monta siente el mismo enamoramiento? ¿Siente apego el zorro que husmea una apetitosa rata muerta camino de su madriguera y de la hembra que lo espera hambrienta? ¿Sienten cariño uno por otro los cocodrilos del Nilo que crían a sus hijos en equipo? ¿Se alegran los azulejos de abandonar el nido en otoño? ¿Conocieron cientos de millones de animales a lo largo de millones de años el éxtasis del enamoramiento, la serenidad del apego, la tensión del flirteo, el dolor del abandono?

Varios factores llevan a pensar que un amplio espectro de animales son capaces de experimentar las sensaciones del amor. Todas las aves y mamíferos presentan un hipotálamo en las profundidades del cerebro. A veces llamada el caldero de las emociones, esta pequeña glándula desempeña un importante papel en la estimulación de las conductas sexuales. El hecho de que este nodulo ha evolucionado muy poco en los últimos setenta millones de años y es tan similar en todas las especies sugiere una continuidad entre hombre y bestia[372].

El sistema límbico del cerebro, que gobierna las sensaciones de lujuria, cólera, miedo y éxtasis, es rudimentario en los reptiles pero está bien desarrollado en aves y mamíferos, lo cual también sugiere que otras criaturas son capaces de sentir emociones intensas[373]. Por último, está generalmente aceptado que las emociones básicas de miedo, alegría, tristeza y asombro van unidas a expresiones faciales específicas. Y dado que los seres humanos y otras especies comparten varias de estas expresiones faciales, como el gruñido, es posible que también compartan algunas de dichas emociones[374].

Quizá todas las aves y mamíferos del mundo fueron condicionados por un par de sustancias químicas que fluyen a través de sus diversos sistemas nerviosos dirigiendo la trama y el desarrollo de la atracción, el apego y la indiferencia necesarias para la consumación de sus ciclos reproductores.

Y si los animales aman, Lucy amaba.

Es probable que haya flirteado con los muchachos que conocía cuando, a comienzos de la sequía, se congregaban los diferentes grupos. Y es posible que se haya enamorado de alguno que le regalaba carne. Puede haberse acostado junto a él entre los matorrales para besarse y abrazarse y luego haber permanecido despierta toda la noche, eufórica. Mientras ella y su amigo especial recorrían juntos la llanura

buscando melones, bayas y carne de antílope fresca, debe de haberse regocijado. Cuando se abrazaban para soñar juntos, probablemente sentía el calor cósmico del apego. Tal vez se aburrió a medida que pasaban los días, y conoció la alegría de escaparse al bosque para copular con otro. Probablemente se sintió muy triste cuando ella y su compañero se separaron una mañana para integrarse a grupos diferentes. Y luego volvió a enamorarse.

No me sorprende que sintamos con tanta intensidad. *Después de todo, la reproducción es el objetivo principal de todo organismo. La naturaleza habría hecho mal las cosas si no nos hubiese provisto de mecanismos poderosos que nos hicieran reproducir una y otra vez.*

¡Qué programación más asombrosa! La desgarradora pasión del enamoramiento, la profunda intimidad del apego, la seductora inclinación a la infidelidad, el tormento del abandono, la esperanza de una nueva pareja: los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de Lucy habrían de legarnos, a cada uno de nosotros y a través de las eras y de los laberintos del azar y las circunstancias, la semilla de la mente humana.

Y de esta historia evolutiva surgiría una lucha eterna del espíritu humano: la inclinación a casarnos, a ser infieles, a divorciarnos y a formar nuevas parejas.

No es de extrañar que rindamos culto al amor. No es de extrañar que tantas personas hayan conocido el dolor de un corazón destrozado. Si el amor es un proceso cíclico del cerebro humano que evolucionó para generar la variedad en nuestra especie, la pasión romántica debe ser poderosa, y pasajera.

Nuestro temperamento inquieto e inestable había de crear algo más que emociones sexuales. También dio lugar a la evolución de nuestra anatomía sexual humana, atributos físicos destinados a seducir a las parejas potenciales con cantos de sirena.

IX. CANTOS DE SIRENA
Evolución de la anatomía sexual humana

> ¿Por qué nos crucificó con el sexo? ¿Por qué no nos dio por terminados y completos en nosotros mismos, tal como empezamos, como él seguramente empezó, tan perfectamente solo?
>
> D. H. LAWRENCE, *Grito de tortuga*

Narices rojizas, pechos escarlata, nalgas prominentes, rayas, lunares y motas, penachos, coronas y melenas, cuernos y manchones sin pelo, tales son los adornos de la naturaleza. Los seres sexuados parecen arbolitos de Navidad, adornados con un arsenal de atributos que les permitan asegurar su fortuna y su futuro mediante la cópula y la reproducción. Los seres humanos tenemos además nuestro propio arsenal. Entre ellos, grandes penes, barbas y pechos carnosos, labios protuberantes y rojizos, receptividad femenina continua, y otros rasgos femeninos y masculinos seductores que funcionan como cantos de sirena, señuelos sexuales que evolucionaron a través de millones de seducciones.

¿Cómo hemos llegado a estar adornados de esta manera?

SELECCION SEXUAL

Más de cien años atrás Darwin propuso una solución a muchos enigmas sobre la sexualidad humana. Intentaba explicar por qué los venados tienen cornamenta y los leones melena, por qué los pavos reales machos despliegan una cola tan espectacular y los elefantes marinos machos son dos veces más grandes que las hembras. Dado que semejantes características representan un obstáculo, elementos de escasa utilidad en la vida diaria, poco adaptativas incluso, Darwin no podía creer que resultasen de la selección natural, por supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida. De modo que en *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* (La herencia del hombre y la selección en relación con la sexualidad) (1871), presentó un corolario detallado a la selección natural: la selección sexual.

Según mi teoría, dichas peculiaridades evolucionaron a través de una forma de selección algo diferente e íntimamente relacionada con la otra: la selección reproductora, el juego del apareamiento[375].

El argumento de Darwin era sensato. Si una melena hacía que un león resultara más amenazador para los otros machos, o más atractivo para las hembras, los que tuvieran melena copulaban más a menudo y se reproducían más, y las crías trasmitían dicho rasgo, por lo demás inútil. Del mismo modo, si los elefantes marinos de mayor tamaño mantenían alejados a los más pequeños y débiles y además podían sincronizar esto con la formación de un harén que disfrutaban durante la breve temporada de apareamiento, los machos grandes copulaban con mayor frecuencia. O sea que a través de estas interminables batallas y rituales de seducción, el venado adquirió la cornamenta, el pavo real su brillante cola, el elefante marino su apabullante tamaño y excesivo peso.

Darwin era muy consciente de que la selección sexual no alcanza a explicar todas las diferencias entre los sexos. Pero la eterna lucha de quién copulará y tendrá cría con quién —el juego del apareamiento— es la única explicación para la evolución de algunos asombrosos atavíos sexuales creados por la naturaleza, como por ejemplo el pene humano.

Los hombres tienen grandes penes, de mayor tamaño incluso que el de los gorilas, un primate con un cuerpo tres veces más grande que el del varón humano. Los gorilas por lo visto tienen penes pequeños porque no compiten con sus genitales. Son animales que viven con harenes estables. Los machos son dos veces más grandes que las hembras y buscan apabullar a sus rivales por el tamaño del cuerpo; los genitales no forman parte del despliegue. De ahí que el pene en erección del gorila llegue apenas a los cinco centímetros.

No se sabe por qué el hombre tiene genitales tan llamativos, pero el macho de chimpancé intenta seducir a la hembra abriéndose de piernas, mostrándole el pene erecto, y agitándolo con un dedo mientras mira fijamente a los ojos a su potencial pareja. Un pene prominente y bien notable sirve para promover la individualidad y el vigor sexual del macho y puede seducir a sus amigas. En muchas especies de insectos y primates, los machos tienen penes muy perfeccionados y los científicos piensan que evolucionaron de esta forma porque las hembras *eligen* a los machos con genitales perfeccionados y sexualmente estimulantes[376]. De modo que quizá, cuatro millones de años atrás, cuando los antepasados de Lucy se convirtieron en bípedos, los machos comenzaron a alardear de sus penes con el fin de seducir a las hembras que les interesaban y que los seleccionaban en función de sus grandes órganos.

Sin embargo, hay dos factores que hacen que un pene llame la atención: el grosor y la longitud. Estos dos aspectos pueden haber evolucionado por separado y a través de medios algo diferentes de selección sexual.

Los penes humanos son relativamente gruesos, lo que puede haber surgido en la evolución humana simplemente porque Lucy y sus amigas preferían los penes gruesos. Un pene grueso distiende los músculos del tercio externo del canal vaginal y tironea de la cápsula del clítoris, creando una fricción excitante y haciendo que el orgasmo se produzca con mayor facilidad. En verdad, si las hembras *elegían* a los machos con penes gruesos, como posiblemente lo hicieron, entonces los que poseían penes gruesos tenían más amigas especiales a lo largo de toda la vida y también más amantes paralelas. Estos machos produjeron más niños. Y los penes gruesos evolucionaron. Como escribió Darwin: «El poder de seducir a una hembra ha sido a veces más importante que el poder de vencer a otros machos en batalla». Es realmente probable que el grosor del pene sea resultado de esto.

LA GUERRA DE LA ESPERMA

Los penes largos, por su parte, pueden haber evolucionado por una causa diferente: otra forma de la selección sexual llamada competencia espermática. La teoría de la competencia espermática surgió primero para explicar las tácticas de apareamiento de los insectos[377]. La mayoría de los insectos hembra son muy promiscuos, copulan con diversos machos y luego eliminan la esperma o la acumulan durante días, meses y hasta años. Así que los machos compiten entre sí en el interior del sistema reproductor de las hembras.

El macho de mosca damisela, por ejemplo, emplea el pene para extraer la esperma de los machos que lo precedieron, antes de eyacular. Los insectos macho también intentan diluir la esperma de sus rivales o de empujarla hasta lograr desplazarla. Algunos introducen un «tapón de apareamiento» en la abertura del genital femenino después de la cópula, mientras que otros vigilan a la hembra hasta que ella deposita sus huevos[378]. Tal vez el largo pene humano también se debe a la competencia espermática, y está diseñado para dar a los eyaculadores una ventaja inicial[379].

Los testículos de tamaño medio del hombre probablemente son también el resultado de batallas entabladas en el canal vaginal. Este razonamiento se basa en datos acerca de los chimpancés. Los machos de chimpancé tienen testículos muy grandes en relación con el tamaño de sus cuerpos, además de penes largos, y se cree que transportan dichos órganos debido a su promiscuidad. En una horda de chimpancés, los machos se toleran bastante bien mutuamente, y hasta forman fila para copular. De modo que, siguiendo esta línea de pensamiento, en el pasado los machos de chimpancé con grandes testículos y abundantes y rápidos espermatozoides habrían depositado en el sistema reproductor femenino cantidades mayores de una esperma altamente móvil. Estos chimpancés concebían más temprano, dando origen

así a la selección de chimpancés con grandes testículos. Los gorilas, por otra parte, tienen testículos muy pequeños y, como es de esperar, copulan con escasa frecuencia y poca competencia por parte de los otros machos[380].

Estos hechos condujeron al científico Robert Smith a proponer que los testículos de tamaño medio del hombre y su copiosa eyaculación evolucionaron por la misma razón que surgieron en los chimpancés: los hombres ancestrales con vigorosas bolsas de semillas y más espermatozoides producían más concepciones, generándose de este modo los testículos tamaño promedio del hombre y su abundante y dinámica semilla. Smith piensa que incluso las poluciones nocturnas y la masturbación masculina son el resultado de la competencia espermática entre machos, una forma placentera de reemplazar la esperma vieja por nueva[381].

Competencia entre machos. Selectividad femenina. Los científicos en general subrayan estos dos aspectos de la selección sexual porque las hembras deberían ser naturalmente selectivas con sus amantes, mientras que los machos deberían enfrentarse entre ellos por el privilegio de engendrar[382].

En realidad, esta línea de pensamiento hace gala de una lógica impecable, dado que para las hembras de muchas especies los costos de la reproducción son altos. Las hembras conciben el embrión, cargan el feto durante días y meses, y casi siempre crían a sus hijos con muy escasa ayuda. Además, las hembras están limitadas en la cantidad de crías que pueden producir: lleva tiempo gestar y criar a cada hijo, nidada o lechigada. De modo que a la hembra le conviene seleccionar cuidadosamente a su consorte, no tiene tantas oportunidades de reproducirse.

Para los machos de la mayoría de las especies los costos de la reproducción son mucho más bajos. Los machos simplemente donan su esperma. Y lo que es más importante, los machos pueden concebir crías con mucha mayor regularidad que las hembras, en tanto en cuanto puedan mantener a raya a los otros aspirantes y logren atraer a las hembras y aguantar el agotamiento sexual. De modo que, desde el punto de vista reproductor, a los machos les conviene copular con relativa indiscriminación.

Debido a estas diferencias en la «inversión parental», son por lo general los machos de las especies los que *compiten* entre sí por las hembras, y casi siempre las hembras las que *eligen* entre los diversos machos. Pero la forma alternativa de selección sexual, es decir, machos que eligen entre diversas hembras y hembras que compiten entre ellas para gestar, también se da en la naturaleza. Los seres humanos no somos una excepción. Basta con ir a un bar o a una fiesta cualquiera y ponerse a observar cómo las mujeres rivalizan entre sí mientras los hombres eligen a la que prefieren. Como sintetiza H. L. Mencken: «Cuando las mujeres se saludan siempre parecen pugilistas dándose la mano antes de la pelea».

En realidad, varios atributos femeninos importantes son probablemente consecuencia de la arcaica rivalidad entre hembras frente a machos que elegían entre ellas. Entre los más llamativos figuran los siempre agrandados pechos femeninos.

¿POR QUÉ LOS PECHOS SON TAN GRANDES?

En 1967, el etólogo Desmond Morris propuso que cuando nuestros antepasados se convirtieron en bípedos, los signos sexuales que inicialmente ornamentaban la grupa, pasaron a decorar el tórax y la cabeza[383]. A partir de ahí las mujeres desarrollaron labios rojizos y protuberantes para semejar labios vaginales, y pechos bamboleantes y carnosos para semejar nalgas prominentes. A los machos ancestrales los atraían las mujeres con estos signos de predisposición sexual, de modo que las mujeres con pechos protuberantes engendraron más hijos, legando este rasgo a través de los siglos.

Varios científicos agregaron otras hipótesis. Quizá los pechos evolucionaron para indicar «potencial ovulatorio». Como las mujeres en edad reproductora óptima tienen pechos más voluptuosos que las muy jóvenes o las posmenopáusicas, los hombres ancestrales pueden haber interpretado esta carnosidad como un signo de fertilidad segura[384]. Otra hipótesis propone que, como entre los primates los pechos de las hembras sólo se hinchan durante el período de amamantamiento, estos símbolos visibles se convirtieron evolutivamente en promoción de la capacidad de las mujeres para reproducirse y alimentar a las crías[385] —la señal de la «buena madre»—, o sea, en un truco para engatusar a los machos y hacerles creer que una determinada hembra resultaría una buena inversión reproductora[386]. Una última e interesante teoría sostiene que los senos eran originalmente depósitos de grasa, reservas cruciales de las que nutrirse durante el embarazo o durante la lactancia si la comida escaseaba[387].

Todas estas teorías tienen una lógica genética.

Pero ¡qué error de diseño! Estas protuberancias en torno a las glándulas mamarias están muy mal emplazadas. Se bambolean dolorosamente cuando la mujer corre. Se interponen en la visión cuando se inclina a buscar alimentos, y pueden asfixiar al bebé mientras mama. Más aún, los pechos (de cualquier tamaño) son sensibles al contacto. ¿Por qué? Los pezones de la mujer se endurecen ante el más mínimo contacto. Y en el caso de muchas, acariciarlos estimula el deseo sexual.

En ello no quiero pasar por alto la original teoría de Morris acerca del sentido sexual de los pechos femeninos: por las razones genético-adaptativas que fuesen (y probablemente había más de una), a los machos ancestrales les *gustaban* las hembras con esos apéndices sensibles y mullidos y copulaban con mayor frecuencia con las que estaban dotadas de grandes pechos, dando pie así a la trasmisión de dicho adorno.

Mientras las mujeres seleccionaban a sus amantes y los hombres elegían entre las mujeres, mientras todos nuestros antepasados competían por esposas y maridos que fueran buenos «partidos», probablemente se fraguaron otros aspectos fundamentales de la sexualidad humana.

Los hombres tienen barba, las mujeres tienen cutis delicados; los hombres desarrollan voces graves en la pubertad mientras que las mujeres mantienen sus tonos melifluos. ¿Por qué? Del vello facial Darwin escribió: «Nuestros progenitores semejantes a los simios adquirieron sus barbas como ornamento para seducir o excitar al sexo opuesto…»[388] Tal vez las barbas eran señal de fuerza y madurez para las mujeres. Darwin también se refirió a la aguda voz femenina como un instrumento musical, y llegó a la siguiente conclusión: «Podemos inferir que originalmente adquirieron poderes musicales para atraer al sexo opuesto»[389]. Tal vez para los hombres las dulces voces femeninas sonaban inofensivas como las de niños.

Por las razones que fuesen, en la época de Lucy algunos machos y hembras se apareaban antes que otros, seleccionándose en función de los peculiares ornamentos físicos de los individuos en cuestión: gruesos y largos penes, pechos siempre de gran tamaño, barbas masculinas y dulces voces femeninas.

Somos realmente simios desnudos, y la pérdida del pelo del cuerpo podría deberse también, al menos en parte, a la selección sexual. En realidad no perdimos el pelo del cuerpo; tenemos el mismo número de folículos pilosos que los simios, pero el pelo en sí mismo está menos desarrollado.

Las explicaciones de este rasgo, nuestro ralo pelaje, han costado mucha tinta y papel. La explicación clásica es que resulta de una modificación en el sistema de refrigeración y calefacción del cuerpo. El corredor empapado en sudor. A fin de que nuestros ancestros cazadores-ladrones de caza ajena pudieran recorrer grandes distancias en busca de alimento, el poder aislante del pelo fue reemplazado por tejido adiposo y glándulas sudoríparas que, cuando el calor era excesivo, cubrían el pecho y miembros expuestos al aire con una película de líquido refrigerante. Otras teorías afirman que nuestros antepasados perdieron el pelo para reducir la frecuencia de infecciones por parásitos. Otros científicos opinan que nuestra piel lampiña puede haber evolucionado junto con el rasgo humano de ser excesivamente inmaduros al nacer (véase capítulo XII[390]).

Pero Morris propuso que estos patrones capilares humanos también cumplieron la función de señuelos sexuales. Con una pelambre mínima, las zonas delicadas del pecho y de la ingle quedaron a la vista, más expuestas, más sensibles al tacto. No por casualidad las mujeres perdieron el pelo alrededor de los labios y los senos, zonas en las que la estimulación puede derivar fácilmente en el acto sexual. Y cabe pensar que los lugares donde nuestros antepasados mantuvieron el pelo resultan tan estimulantes

sexualmente como aquellos donde lo perdieron. El pelo debajo de los brazos y en la entrepierna retiene los aromas del sudor y del sexo, olores que resultan sexualmente excitantes para mucha gente.

Como la barba, las voces profundas, los mentones suaves y las voces agudas, algunos patrones capilares modernos también se manifiestan en la pubertad, al comienzo del período sexual de la vida. De modo que la explicación más simple es que todas esas características evolucionaron por diversas razones, entre otras, para deslumbrar al cónyuge y a los amores paralelos, cuando nuestros antepasados emergieron inicialmente de las selvas en retroceso de África para aparearse y criar a sus hijos como futuros «maridos» y «esposas».

De todos nuestros hábitos sexuales los más notables y placenteros, tanto para los hombres como para las mujeres, son tres insólitos rasgos de la hembra humana: la capacidad de copular cara a cara, el intenso pero inestable patrón orgàsmico y su rara capacidad para copular en cualquier momento. Los hombres vienen ensalzando esos encantos femeninos desde hace siglos, por no decir milenios.

¿Copularía Lucy cara a cara? Yo creo que sí. La vagina de las mujeres modernas apunta hacia abajo, en lugar de la vulva vuelta hacia atrás de todas las otras primates. Gracias a la vulva inclinada la cópula cara a cara es cómoda. En realidad, en esta posición los huesos pelvianos del hombre frotan contra el clítoris, lo cual convierte al acto sexual en algo extremadamente estimulante.

No es nada extraño que la cópula cara a cara, en la postura del misionero, sea la preferida en la mayoría de las culturas, si bien abundan las variaciones[391]. Los kuikuru de Amazonia duermen en hamacas individuales colgadas en derredor del hogar familiar, de modo que los amantes tienen escasa intimidad. Más aún, con un solo movimiento en falso los cónyuges caerían sobre las brasas ardientes. A causa de estos inconvenientes los cónyuges y los amantes hacen el amor en la selva, donde el suelo es desparejo y a menudo está húmedo. Aquí la mujer no puede tenderse boca arriba para copular, por lo tanto se pone en cuclillas, se echa hacia atrás y mantiene las nalgas en el aire, con los brazos y piernas flexionados. De todos modos, hace el amor mirando a su amante. Las personas han inventado docenas de posiciones para hacer el amor. Pero la posición cara a cara es conocida en el mundo entero; es probablemente un distintivo del animal humano.

El canal vaginal humano apuntado hacia abajo podría haber evolucionado por vía de la selección sexual[392]. Si Lucy tenía una vagina inclinada y buscaba el coito cara a cara, sus amantes podían verle la cara, susurrarle cosas, mirarla y percibir sutilezas de su expresión. La cópula cara a cara favorece la intimidad, la comunicación y la mutua comprensión. O sea que, igual que las hembras ancestrales con pechos bamboleantes y sensibles, las que poseían vaginas inclinadas tal vez establecían vínculos más fuertes con sus amigos especiales, y engendraron más hijos, y nos

legaron dicha característica.

EL ORGASMO MULTIPLE

Otro rasgo femenino deslumbrante es el «orgasmo múltiple». A diferencia de los de su pareja, los genitales femeninos no expulsan todo su líquido durante el orgasmo, y —si sabe cómo hacerlo— la mujer puede alcanzar el clímax una vez tras otra. ¿Por qué tienen las mujeres la capacidad del orgasmo múltiple y los hombres, en cambio, no lo tienen?

Es una buena pregunta. En los machos, el orgasmo es esencial para la inseminación: las embestidas empujan los espermatozoides dentro de la vagina. Pero el huevo de la mujer es expulsado naturalmente por el ovario una vez al mes, independientemente de su respuesta sexual. En realidad, el antropólogo Donald Symons piensa que, al no tener el orgasmo femenino una utilidad directa en la concepción, es un fenómeno anatómico y fisiológico innecesario que ha subsistido a la evolución femenina sólo por su importancia para los hombres. Compara el orgasmo femenino y el clítoris a los pezones de las tetillas masculinas, apéndices inútiles que decoran el cuerpo sólo porque son de vital importancia para el otro. Symons concluye por lo tanto que el orgasmo femenino no es en absoluto adaptativo[393].

Pero atención. El clítoris no es una pedazo relativamente inerte de tejido como el pezón masculino, sino un nudo nervioso muy sensible que produce el orgasmo, una sensación física violenta y palpitante, una experiencia emocional tumultuosa. Más aún, el orgasmo es señal de algo: de satisfacción. A los hombres les gusta que la mujer alcance el orgasmo porque es la prueba de la gratificación de su compañera y tal vez porque suponen que de ese modo tenderá menos a buscar aventuras sexuales. El orgasmo femenino alimenta el ego del macho[394]. Si no fuera así, ¿por qué simularían algunas mujeres el orgasmo?

Y para la mujer el orgasmo es un viaje, un estado alterado de conciencia, una realidad diferente que la eleva por una espiral que llega hasta el caos, y que luego le proporciona sensaciones de calma, ternura, y cariño, que tienden a cimentar la relación con el compañero[395]. El orgasmo también sacia a la mujer, y eso la induce a permanecer acostada, así es menos factible que la esperma escape del canal vaginal. Por último, es probable que el propio orgasmo estimule a la mujer a buscar el coito, que inevitablemente también facilita la concepción.

No puedo estar de acuerdo con Symons. Considero que el orgasmo femenino evolucionó con objetivos importantes: estimular a las mujeres a que busquen la sexualidad, a que entablen vínculos íntimos con un compañero reproductor o con un amante paralelo, a que le expresen su satisfacción y a que propicien la

fertilización[396].

Y probablemente evolucionó mucho antes de que nuestros antepasados descendieran de los árboles. Todas las hembras de primate y los mamíferos superiores hembra tienen clítoris. El clítoris de la hembra de chimpancé es más largo que el de la mujer, tanto relativa como absolutamente, y cuando la hembra de chimpancé se excita copula a un ritmo febril, sugiriendo que alcanza el clímax varias veces. Las hembras de varias especies evidencian modificaciones en la presión arterial, en la respiración, el ritmo cardiaco, la tensión muscular, los niveles de hormonas y los tonos de la voz de modo semejante al que experimenta la mujer durante el orgasmo. De modo que el orgasmo probablemente se manifiesta en muchas otras criaturas[397].

El orgasmo múltiple también habría sido adaptativo para nuestras antepasadas que vivían en los árboles, cuya supervivencia dependía del establecimiento de buenas relaciones con varios machos. O sea que Lucy probablemente heredó la capacidad de tener orgasmos múltiples de sus antepasadas en los árboles y nos la trasmitió a nosotras.

Sin embargo, las mujeres no alcanzan siempre el clímax. Incluso esta característica puede haber evolucionado milenios atrás. Las mujeres suelen lograr el orgasmo cuando están relajadas, con hombres que se ocupan sexualmente de ellas, y con compañeros de bastante tiempo, con los cuales se sienten comprometidas. Las mujeres alcanzan el orgasmo con mucho mayor frecuencia con sus maridos, por ejemplo, que con un amante clandestino. Y las prostitutas callejeras, que copulan con extraños, llegan al clímax con menor frecuencia que las prostitutas más refinadas, que se acuestan con clientes de más dinero y más considerados. Quizá esta selectividad orgàsmica es un mecanismo que las mujeres desarrollaron inconscientemente a fin de reservarse para el hombre adecuado, paciente y dedicado, y no entregarse a amantes impacientes[398].

Podemos elegir. El orgasmo femenino tal vez no sea más que una rareza sin función práctica, una consecuencia del desarrollo embrionario que resulta de tan crucial importancia para la sexualidad masculina que las mujeres la han preservado durante su evolución, o un rasgo muy adaptativo de la compleja estrategia femenina para salir airosa en el juego del apareamiento.

¿ELLA QUERRA O NO?

De todas las tácticas sexuales adquiridas por las mujeres en el pasado, ninguna es tan cautivante para los científicos —ni tan placentera para hombres y mujeres— como la habilidad femenina para copular siempre que la mujer tiene ganas. Como el lector recordará, para machos y hembras de ninguna otra especie viviente es posible la sexualidad constante. ¿Por qué? Porque las hembras en edad de reproducirse

sexualmente tienen períodos de celo, o estro, y si no están en celo generalmente rechazan a los machos.

Por supuesto, hay excepciones[399]. Pero las mujeres se clasifican en el extremo más distante de una conducta casi constante: pueden copular —y lo hacen— durante todo el ciclo menstrual mensual; pueden copular durante casi todo el embarazo, y pueden —y a menudo lo hacen— retomar el coito tan pronto como se recuperan del parto, meses o años antes de que el bebé sea destetado.

Los críticos dicen que la predisposición sexual femenina constante sólo existe en los temores de los viejos y en las esperanzas de los jóvenes. No es verdad. Si la mujer *quiere, puede* copular cuando le da la gana. Las norteamericanas casadas copulan, como promedio, de una a tres veces por semana, dependiendo de la edad[400]. Según los informes, en muchas culturas las mujeres hacen el amor todos los días o todas las noches, excepto cuando los rituales de guerra, la religión u otras costumbres locales lo impiden[401]. La sexualidad tampoco termina con la menopausia o la vejez[402]. Ello no significa que la libido femenina se mantenga siempre alta. Pero la hembra humana dejó atrás el período de celo.

Existen varias teorías acerca de la pérdida del período de celo[403]. La explicación clásica sostiene que las hembras ancestrales perdieron el estro a fin de cimentar el vínculo de pareja con el macho. La posibilidad de copular en cualquier momento permitía a las hembras mantener permanentemente atentos a sus amigos especiales. Es una idea interesante. Pero muchas aves y algunos mamíferos son monogámicos, y las hembras de ninguna de estas especies excepto las mujeres manifiestan dicha predisposición erótica permanente. Por lo tanto, tiene que existir una explicación de más peso para este notable rasgo humano.

Tal vez el adulterio originó la selección resultante en la pérdida del celo. Si las cópulas clandestinas proporcionaron protección y sostén adicional a Lucy y sus compatriotas hembras, habría sido una ventaja para ellas poder copular paralelamente siempre que surgiera la oportunidad. Pero para tener aventuras hay que aprovechar el momento. Si el amigo especial estaba de excursión en busca de alimento y aparecía su hermano para buscar nueces con ella, no podía esperar hasta que el período de celo se presentara, debía hacer el amor en ese momento.

La disponibilidad sexual constante dio a las hembras la posibilidad de concretar sus *dos* estrategias reproductoras fundamentales: hacer pareja con un macho y copular paralelamente con amantes ocasionales.

Los factores ecológicos sin duda contribuyeron a la pérdida del celo. Habría sido adaptativo por parte de nuestros ancestros dar a luz en cualquier momento del año para que las crías no nacieran todas al mismo tiempo, lo cual habría resultado problemático para el grupo y habría atraído a los leones a un fácil banquete. La

pérdida del celo habría favorecido los nacimientos durante todo el año. Quizá el estro representaba también una suerte de exceso de equipaje, una parte del sistema hormonal femenino del que debían librarse a fin de incorporar otras adaptaciones fisiológicas. Y lo principal es que la pérdida del estro pudo representar un vale de comida. Cuando los chimpancés machos obtienen una presa y todos se congregan a su alrededor para mendigarle bocados, las hembras en estro reciben porciones adicionales[404]. Las mujeres ancestrales pudieron necesitar también estos beneficios.

De modo que si Lucy hubiese tenido un período mensual de receptividad sexual un poco más largo, que durara alrededor de veinte días en lugar de diez, habría mantenido relaciones sexuales más prolongadas con su amigo especial y con sus amantes clandestinos, y habría obtenido de ese modo más protección y más alimentos. Habría sobrevivido. Sus hijos habrían sobrevivido. Y la propensión a períodos de receptividad sexual más prolongados habría evolucionado[405]. Del mismo modo, las hembras que copulaban durante la mayor parte del embarazo y más pronto después del parto también habrían recibido beneficios adicionales, habrían sobrevivido desproporcionadamente y habrían legado a las mujeres modernas el rasgo de la disponibilidad sexual ininterrumpida.

OVULACION SILENCIOSA

Tan magnífico es este extraño rasgo de la disponibilidad sexual constante que debió de ser la culminación de varias fuerzas ambientales y reproductivas. Pero ¿perdieron el celo las mujeres o entraron en celo permanente?

Lo perdieron. Las mujeres no manifiestan prácticamente ningún signo de ovulación en mitad del ciclo. Poco después de que el óvulo es despedido por el ovario, la mucosidad viscosa del cuello del útero se vuelve más resbaladiza, suave y elástica. Algunas mujeres sienten molestias. Unas pocas tienen leves pérdidas de sangre en ese momento. A otras el cabello se les pone más grasoso, los senos se les vuelven más sensibles, o tienen más energía de la usual. La temperatura corporal de la mujer sube más de un grado durante la ovulación y permanece normal o algo superior a lo normal hasta la menstruación siguiente. Y en la medida en que se eleva el voltaje de su cuerpo, toda ella se carga de más electricidad[406]. Aparte de estas excepciones, la ovulación es silenciosa.

Las mujeres tampoco se obsesionan con el sexo en mitad del ciclo[407]. No todas las primates exhiben genitales inflamados y llamativos durante el celo. Pero todas sin excepción delatan la ovulación con seductores aromas y persistentes actitudes provocativas. De ahí el término *estrus*, derivado de la palabra griega equivalente a «tábano». Sin embargo, la mayoría de las mujeres no saben cuándo están en el

período fértil. Más aún, las mujeres deben copular con regularidad a fin de quedar embarazadas y tomar precauciones si quieren evitarlo. Para las mujeres, el momento de la ovulación es un dato oculto.

¡Qué inconveniente más peligroso es la «ovulación silenciosa»! Ha derivado en millones, tal vez cientos de millones de embarazos no deseados. Pero es fácil comprender las ventajas de la ovulación silenciosa en la época de Lucy.

Si el compañero de Lucy no sabía cuándo ella entraba en el período de fertilidad, estaba obligado a copular con ella regularmente a fin de engendrar un hijo. La ovulación silenciosa mantenía al amigo especial en íntima proximidad constante, y aseguraba el suministro de protección y comida que la hembra necesitaba. Los amantes paralelos tampoco sabían cuándo Lucy estaba fértil. También podía contar con sus atenciones. Y como los primates macho que se aparean con una hembra son casi siempre solícitos con las crías de ella, los amantes auxiliares tal vez sentían debilidad por sus hijos. La ovulación silenciosa suministraba a la hembra abundancia de aquello que precisaba: machos.

Los machos lograban copular con mayor frecuencia. Con la pérdida del estro, la hembra estaba permanentemente disponible. Los amantes también estaban siempre a disposición. Con la ovulación silenciosa el «marido» no necesitaba espantar a los otros aspirantes a su hembra, porque ni la «esposa» ni los amantes daban indicación alguna del estado de fertilidad. La ovulación silenciosa probablemente contribuyó también a mantener la paz[408].

De todos los beneficios derivados de este magnífico rasgo femenino, el más asombroso era la posibilidad de elegir. Liberada del ciclo ovulatorio de los demás animales —y del impulso sexual que alcanzaba un punto máximo y después se desvanecía—, Lucy finalmente podía empezar a *elegir* a sus amantes con más cuidado.

Si bien las hembras de chimpancé sin duda dan prioridad a sus parejas y algunas veces se niegan a copular con los machos que no les gustan, por ejemplo moviéndose inapropiadamente en el momento culminante o mostrándose poco dispuestas a adoptar la postura de apareo, estas hembras no pueden ocultar su receptividad ni fingirse cansadas o rechazar a sus candidatos por medio de la indiferencia o los insultos. Sus procesos químicos las impulsan a copular. Una vez liberadas del flujo hormonal mensual, las hembras ancestrales obtuvieron más control *cortical* del deseo erótico. Podían copular por una multitud de razones, incluso por poder, despecho o lujuria, por la compañía o por amor. «¿Ella querrá o no?», fue la pregunta que se puso de moda.

De los penes grandes y los pechos bamboleantes a la cópula cara a cara y la disponibilidad sexual permanente, toda esa rivalidad sin tregua, esas aventuras amorosas y los reciclamientos de pareja comenzaron a cambiar nuestros cuerpos. A

medida que hombres y mujeres ancestrales se apareaban y trabajaban hombro a hombro, la selección operó también modificaciones a nivel del cerebro de ambos sexos.

Ya la psique humana estaba lista para cobrar altura.

X. ¿POR QUÉ LOS HOMBRES NO PUEDEN SER MÁS PARECIDOS A LA MUJERES?
Desarrollo del cerebro sexual humano

He aquí al hombre compuesto de dos partes. La primera es
toda naturaleza; la otra, arte.

ROBERT HERRICK, «*Upon Man*»

«El hombre tiene más coraje, es más belicoso y más enérgico que la mujer, y tiene más creatividad… La mujer parece diferenciarse del hombre… especialmente en su mayor capacidad de ternura y menor egoísmo». Darwin escribió estas líneas en 1871. El hombre agresor, la mujer educadora y nutricia. Darwin creía que estas cualidades de sexo eran características por «derecho de nacimiento» de la humanidad, adquiridas en nuestro lejano pasado.

Darwin también creía que los hombres son naturalmente más inteligentes. Sostenía que la inteligencia superior masculina se desarrolló porque los hombres jóvenes debían pelear para obtener parejas. Como los machos ancestrales necesitaban defender a sus familias, cazar para la subsistencia común, atacar a los enemigos y construir armas, los machos requerían facultades mentales superiores, «como por ejemplo la capacidad de observación, de razonamiento, de invención o de imaginación». Por lo tanto, a causa de la rivalidad ancestral entre machos y de la supervivencia del más apto, la inteligencia se desarrolló… en los hombres.

Un Adán poderoso e inteligente, una Eva delicada y simple: Darwin encontró a su alrededor múltiples pruebas de esta desigualdad entre sexos. Los poetas, comerciantes, políticos, científicos, artistas y filósofos de la Inglaterra victoriana eran, en sus inmensa mayoría, hombres. Por su parte, Paul Broca, el eminente neurólogo francés del siglo XIX, que además era una autoridad en razas, había confirmado el criterio de la inferioridad intelectual femenina. Después de calcular el peso de la masa encefálica en más de cien hombres y mujeres cuyos cuerpos habían sido sometidos a autopsia en los hospitales de París, Broca escribió en 1861: «Por término medio, las mujeres son un poco menos inteligentes que los hombres, una diferencia que no debemos exagerar pero que, de todos modos, existe»[409].

Broca no contempló en sus cálculos el menor tamaño del cuerpo femenino. Usó

una impecable «fórmula de corrección» para demostrar que los franceses eran tan capaces como los alemanes. Pero no hizo las adaptaciones para los cráneos de mujer. En cualquier caso, ya todo el mundo sabía que las mujeres eran intelectual mente inferiores: ésa era la creencia de la época.

El credo sexista era una reacción amarga tras la Primera Guerra Mundial. Margaret Mead estaba entre los líderes intelectuales que en la década de los veinte subrayaron el predominio de la educación sobre la naturaleza. Afirmaba que el medio ambiente moldeaba la personalidad. Como escribió en 1935: «Se podría afirmar que muchas —si no todas— de las características de personalidad que hemos definido como masculinas y femeninas están tan poco relacionadas con el sexo de las personas como la ropa, los modales o los tocados que una sociedad les impone en un momento dado a cada uno»[410].

El mensaje de Mead daba esperanzas a las mujeres —así como a las minorías étnicas, a los inmigrantes y a los pobres— y contribuyó a introducir en el dogma científico el concepto de «determinismo cultural», la doctrina según la cual los individuos son esencialmente todos similares[411]. Si las personas fueran despojadas de unos pocos ornamentos culturales, básicamente nos encontraríamos siempre frente al mismo animal. La sociedad y la educación hacen que las mujeres se comporten como mujeres y que los hombres tengan una conducta típicamente masculina. Y adiós a la biología.

En los años treinta y en las décadas siguientes vieron la luz innumerables tratados científicos proclamando que hombres y mujeres eran esencialmente iguales. Pero ahora el viento ha cambiado otra vez de dirección. Disponemos de una cantidad de datos nuevos, y hoy muchos científicos piensan que los sexos son bastante diferentes y que las diferencias empiezan a establecerse en el cerebro humano dentro del útero, durante la gestación.

Cuando el óvulo se une con el espermatozoide y se produce la fecundación, el embrión no tiene genitales femeninos ni masculinos. Pero alrededor de la sexta semana de vida fetal se produce un salto genético y los cromosomas dirigen a los precursores de las gónadas para que desarrollen testículos u ovarios. A estas alturas la suerte está echada. En el caso de los testículos, las gónadas diferenciadoras comienzan a producir testosterona fetal. Cuando en el tercer mes de vida esta poderosa hormona masculina impregna los tejidos embrionarios, se forman los genitales masculinos. Las hormonas fetales también conforman el cerebro masculino. Si el embrión ha de ser una mujer, se desarrollará sin la participación de hormonas masculinas, y los genitales femeninos emergen, junto con el cerebro femenino[412].

De modo que las hormonas otorgan la identidad sexual al cerebro.

Y varios científicos piensan que la arquitectura cerebral desempeña un papel

importante en la creación de las diferencias de sexo que se manifiestan después en la vida. Yo agregaría que las diferencias de sexo han surgido a lo largo de los siglos, que provienen de nuestro lejano pasado, cuando hombres y mujeres ancestrales comenzaron a aparearse y a criar a sus hijos, como «marido» y «mujer».

EL DON DEL HABLA

En exámenes de habilidad verbal efectuados a norteamericanos, se hace cada vez más evidente que, en términos generales, las niñas hablan antes que los varones. Hablan con mayor fluidez, con mayor corrección gramatical y con más palabras por emisión. Cuando alcanzan los diez años de edad, las niñas se destacan en razonamiento verbal, prosa escrita, memoria verbal, pronunciación y ortografía. Aprenden mejor los idiomas extranjeros. Tartamudean menos. La dislexia se manifiesta en ellas con una frecuencia cuatro veces menor. Y muchísimas menos niñas se quedan atrasadas en el aprendizaje de la lectura[413].

Ello no quiere decir que los varones sean incoherentes ni que *todos* los varones estén menos desarrollados verbalmente que *todas* las niñas. Los hombres varían; las mujeres varían. En realidad, hay más diferencias entre los individuos de un mismo sexo que entre sexos[414]. La prueba de esto la encontramos en nuestra herencia occidental. Durante los últimos cuatro mil años, la cultura occidental impidió que las mujeres fueran oradoras, escritoras, poetas, dramaturgas, y en cambio cultivó el genio de los hombres. No es de extrañar, pues que la enorme mayoría de los oradores públicos y de los gigantes literarios hayan sido hombres. Pero los científicos están comenzando a ponerse de acuerdo en que el promedio de las mujeres manifiestan mayor habilidad verbal que los hombres.

Las diferencias de sexo podrían ser adquiridas. Hay quienes afirman, por ejemplo, que el hecho de que las niñas nazcan más maduras que los varones explicaría que ingresen en el mundo con una ligera ventaja en habilidad lingüística, habilidad que los padres y el sistema educativo cultivan a medida que crecen[415]. En realidad, existe una amplia variedad de argumentos en el sentido de que las habilidades verbales son inculcadas a las niñas más regularmente que a los varones[416]. Pero la información actual apunta a demostrar que dichas diferencias entre los sexos tienen además un componente biológico subyacente.

Las mujeres tienen un discurso más fluido no sólo en los Estados Unidos sino en lugares tan diversos como Inglaterra, Checoslovaquia y Nepal[417]. La International Association for thè Evaluation of Educational Achievement (Asociación Internacional para la Evaluación de Logros de Aprendizaje) informó recientemente que en 43.000 muestras de redacción correspondientes a estudiantes de catorce países

en los cinco continentes, las niñas manifestaron sus ideas por escrito con mayor claridad que los varones. Sin embargo, el argumento más fuerte a favor de la superioridad verbal femenina es la relación entre el estròġeno, la hormona femenina, y la habilidad verbal femenina.

En un estudio reciente realizado con 200 mujeres en edad reproductora, los psicólogos demostraron que en mitad del ciclo menstrual, cuando el nivel de estròġeno alcanza su punto más alto, la habilidad verbal femenina es mayor[418]. Cuando se les solicitaba, por ejemplo, que repitieran el trabalenguas: «Tres tristes tigres comen tres platos de trigo» cinco veces seguidas, lo hacían especialmente bien cuando estaban en mitad de su ciclo. Directamente después de la menstruación, cuando el nivel de estrógenos alcanzaba el mínimo, la velocidad de estas mujeres declinaba. Aun en sus peores momentos, la mayoría de ellas superaba a los hombres en todas las tareas verbales.

LA DEFICIENCIA EN MATEMATICAS

Los hombres, en promedio, destacan en los problemas de altas matemáticas (no en aritmética). En general son superiores en la lectura de mapas, en la solución de laberintos y en completar varias otras tareas visuales-espaciales-cuantitativas[419].

Algunas de estas habilidades se manifiestan en la infancia. Los niños pequeños desmontan juguetes y exploran más el espacio que los rodea. Tienen mayor facilidad para detectar objetos en el espacio y perciben los diseños abstractos y las relaciones más correctamente. Al llegar a los diez años, son más numerosos los varones que pueden hacer girar en la imaginación objetos tridimensionales percibidos visualmente, que perciben correctamente espacios tridimensionales sobre un papel plano, y que comienzan a obtener puntuaciones más altas en otros problemas mecánicos y espaciales. Luego, en la pubertad, los varones superan a las niñas en álgebra, geometría y en otras materias que involucran habilidades visuales-espaciales-cuantitativas[420].

En un examen aplicado a casi 50.000 estudiantes de séptimo grado a los que se les tomó la Prueba de Aptitud Escolar, 260 varones y 20 niñas obtuvieron casi 700 (del total de 800) puntos en problemas matemáticos, una relación de 13 a l[421]. En los Estados Unidos, tres de cada cuatro individuos que se doctoran en matemáticas son hombres. Y tales diferencias entre los sexos en agudeza espacial e interés en las matemáticas se verifican también en varias otras culturas[422].

Igual que la habilidad verbal femenina, estas habilidades verificadas en muchos niños y hombres adultos tienen evidentemente un componente cultural. Pero también existe una relación entre la hormona masculina predominante, la testosterona, el

cromosoma masculino Y y la excelencia en matemáticas y en ciertas tareas visuales-espaciales-cuantitativas. Las niñas que reciben dosis inusuales de hormonas masculinas durante la gestación (debido a malformaciones fetales o a drogas ingeridas por la madre durante el embarazo) manifiestan conductas varoniles durante la infancia, y obtienen mejores notas en los exámenes de matemáticas mientras están en el colegio. Por su parte, los púberes varones con bajos niveles de testosterona obtienen notas bajas en las tareas que requieren alta percepción espacial. Más aún, los hombres con un cromosoma Y de más (XYY) logran puntuaciones superiores en los exámenes visuales-espaciales, mientras que los que tienen un cromosoma femenino de más (XXY, síndrome de Klinefelter) manifiestan una aptitud espacial inferior[423].

No es mi intención afirmar que las mujeres no han desarrollado una capacidad espacial superior. Al contrario. Los investigadores Irwin Silverman y Marion Beals descubrieron recientemente en las mujeres una enigmática aptitud espacial. Enseñaron diversos objetos distribuidos en una habitación y dibujados en una hoja de papel a un grupo de hombres y mujeres a los que se les solicitó que memorizaran los objetos que veían. Luego se les pidió a los participantes que enumeraran los que recordaban. El resultado fue que las mujeres recordaron muchos más de estos objetos estáticos y su ubicación en el espacio[424].

De modo que cada sexo tiene aptitudes espaciales propias y específicas.

¿Condicionará la sociedad a mujeres y hombres para fracasar respectivamente en matemáticas y en lengua?

Se han propuesto varias explicaciones culturales para dar cuenta de las diferencias entre sexos: las ideas de los maestros y su forma de tratar con los estudiantes, las actitudes de los padres con respecto a los hijos y su modo de prepararlos para la vida adulta, la concepción social de las matemáticas como un área masculina del conocimiento, los diferentes juegos y deportes practicados por niñas y varones, la percepción y aspiraciones propias de cada sexo, las múltiples presiones sociales que pesan sobre los adolescentes, hasta el diseño de las diversas pruebas y la interpretación que los científicos hacen de los resultados, todo incide sobre el resultado de los exámenes[425]. La Prueba de Aptitud Escolar, por ejemplo, arroja resultados que varían tanto en función de la clase social y el grupo étnico de pertenencia como del sexo. Y la brecha entre resultados de varones y mujeres en pruebas matemáticas estandarizadas ha disminuido desde los años setenta.

¿Determina la biología el destino?

No, en absoluto. Nadie niega que la cultura desempeña un papel de enorme importancia en el condicionamiento de las acciones humanas. Pero sería poco científico pasar por alto los siguientes hechos igualmente significativos: la serie de datos acerca de las diferencias de sexo en los bebés, la persistencia de las diferencias

masculino/femenino en otras pruebas además de la PAE, el hecho de que las adolescentes no se quedan atrás en las demás tareas a causa de las presiones sociales, la información confirmatoria proveniente de otros países. También la bibliografía que vincula a la testosterona con aptitudes espaciales y a los estrógenos con aptitudes verbales, que sin excepción corrobora el punto de vista según el cual los sexos realmente manifiestan diferencias en algunas aptitudes espaciales y verbales, y que dichas diferencias surgen, por lo menos en parte, de las variaciones biológicas masculino/ femenino.

Sólo cabe agregar que, desde una perspectiva antropológica, dichas diferencias entre sexos se articulan correctamente con el enfoque evolutivo. Cuando los machos ancestrales comenzaron a rastrear, a perseguir y a acorralar animales millones de años atrás, los machos que se orientaban bien o encontraban el camino en zonas laberínticas podrían haber sobrevivido en una proporción mucho mayor. Las mujeres ancestrales necesitaban localizar vegetales comestibles dentro de una tupida maleza de vegetación, de modo que habrían desarrollado la capacidad de memorizar la ubicación de objetos estáticos, es decir, un talento espacial diferente. Y para las mujeres que estaban a cargo de criar a los más pequeños, las habilidades verbales también pudieron ser decisivas.

En mi opinión, pues, cuando emergió el vínculo de pareja, y la tradición humana de cazar, recolectar y robar la caza ajena fue tomando forma, también se definieron estas sutiles diferencias en las aptitudes de ambos sexos.

Otras diferencias entre los sexos que también se manifiestan podrían asimismo tener un fundamento biológico y podrían haber evolucionado a lo largo de nuestro prolongado pasado nómada.

LA INTUICION FEMENINA

Darwin escribió: «En general, se piensa que en la mujer los poderes intuitivos… están más acentuados que en el hombre»[426].

La ciencia comienza a demostrar que Darwin tenía razón. Las pruebas demuestran que las mujeres, como promedio, perciben las emociones, el contexto y todo tipo de información periférica no verbal con más exactitud que los hombres[427]. Un leve ladeo de la cabeza, los labios apretados, los hombros alzados, el pasaje del peso corporal de un pie a otro, un cambio en el tono de voz, cualquiera de estos sutiles movimientos pueden llevar a una mujer a sentir que su invitado no está cómodo, que siente miedo, que está irritado o que algo lo decepcionó. ¿Podría surgir esta aptitud de la anatomía del cerebro? Tal vez.

El haz de fibras nerviosas que conecta las dos mitades del cerebro, el cuerpo calloso, es más grueso en las mujeres y forma una protuberancia en la parte posterior,

mientras que en los hombres es homogéneamente cilindrico[428]. Por lo tanto, las dos mitades del cerebro femenino están mejor conectadas. Las secciones dentro de cada hemisferio quizá también estén mejor conectadas[429]. Se realizaron varios cientos de experimentos con víctimas de infarto de miocardio, con enfermos de tumores cerebrales o con lesión cerebral, y con sujetos normales, y parecería que las aptitudes femeninas están distribuidas en toda la corteza mientras que las aptitudes masculinas se localizan más puntualmente y están más compartimentadas, y sus hemisferios funcionan con un poco más de independencia[430].

Este mapa de los circuitos cerebrales sugiere una explicación de la intuición femenina. Es posible que las mujeres absorban de modo simultáneo las claves de un espectro más amplio de percepciones visuales, auditivas, táctiles y olfativas. Luego conectan estos pedazos de información subordinada, lo cual otorga a las mujeres esa perspicacia inmediata de la que hablaba Darwin.

Y no sería nada absurdo inferir que, si efectivamente existe un componente biológico en la intuición femenina, éste habría evolucionado principalmente para que millones de años atrás las mujeres detectasen las necesidades de sus hijos pequeños[431].

La habilidad verbal femenina, la excelencia masculina en las matemáticas y en algunos problemas espaciales y la intuición femenina no son las únicas diferencias entre sexos que podrían responder a un componente biológico y que podrían haberse desarrollado durante nuestra larga prehistoria.

Las mujeres de cualquier edad tienen una coordinación motora «superior» y manipulan con facilidad los objetos pequeños. ¡No es de extrañar que sean mejores costureras! También manejarían mejor el escalpelo de cirugía. Esta destreza femenina se incrementa en la mitad del ciclo menstrual, cuando los niveles de estròg eno están más altos, lo cual indica la presencia de un elemento fisiológico en esta habilidad manual[432]. Los hombres y los niños, en promedio, son más hábiles en las aptitudes motrices groseras que requieren velocidad y fuerza, desde la carrera y el salto hasta el lanzamiento de un palo, una piedra o una pelota[433].

Una vez más, estas diferencias entre sexos se explican desde el enfoque evolutivo. En tanto en cuanto las mujeres ancestrales seleccionaban más raíces y bayas y con mayor regularidad quitaban briznas de hierba, motas de polvo y ramitas del pelaje de sus hijos, las que disponían de una destreza motriz superior pudieron sobrevivir en una proporción mucho mayor, y legaron a las mujeres modernas este rasgo. Por otra parte, parece probable que mientras los hombres arrojaban más proyectiles a depredadores y animales en movimiento, emergiera una aptitud masculina para la coordinación motriz más grosera.

LOS VARONES SERAN VARONES

Un último rasgo distingue a hombres y mujeres. Como decía Darwin, los hombres, en promedio, son más agresivos y las mujeres se ocupan más de la nutrición y la crianza.

En un estudio revelador sobre la agresión en aldeas de Japón, las Filipinas, México, Kenia e India, así como en «Orchard Town», una anónima ciudad de Nueva Inglaterra, Estados Unidos, los antropólogos Beatrice y John Whiting demostraron que los varones son más agresivos que las niñas en cada una de las culturas estudiadas[434]. Los psicólogos confirman este dato respecto a los norteamericanos. Los varones que empiezan a andar aferran y arañan. Los niños de guardería se persiguen y luchan. Los adolescentes prefieren los deportes de contacto físico. El juego de la lucha violenta es casi exclusivamente una preocupación de los varones y se extiende durante toda la infancia, igual que en otros primates. Más hombres se sienten atraídos por las violentas acciones de guerra. Y la enorme mayoría de los homicidios de todo el mundo son cometidos por hombres, a menudo por hombres jóvenes con altos niveles de testosterona[435].

No pretendo afirmar que las mujeres no son agresivas. Todos sabemos que las mujeres pueden ser sumamente duras y algunas veces físicamente violentas, y que protegen a sus hijos con celo. Bastaría amenazar a un bebé para que la madre tenga un acceso de furia indomable. Sin embargo, los científicos piensan que el entorno tendría una mayor incidencia en la agresividad femenina, mientras que en el hombre la agresividad está más sujeta a la influencia de las hormonas masculinas[436].

Este espíritu agresivo ciertamente les habría venido bien a los hombres varios millones de años atrás, mientras avanzaban contra sus enemigos y depredadores en las llanuras Áfricanas.

La función nutricia se considera a menudo el equivalente femenino de la agresividad masculina. Las mujeres de todos los grupos étnicos y de todas las culturas del mundo (y de todas las especies de primates) manifiestan mayor interés en los niños y más tolerancia ante sus demandas y necesidades. Además, en todas la sociedades registradas, las mujeres se ocupan de la mayoría de las tareas cotidianas relacionadas con la crianza de las criaturas[437].

Hay quienes prefieren considerar la función nutricia femenina como una conducta aprendida. Pero los datos disponibles indican que también este patrón podría responder a fundamentos biológicos[438]. Las bebés pequeñas parlotean, sonríen y arrullan a los rostros conocidos, mientras que, en el caso de los bebés varones, es igualmente factible que balbuceen ante un objeto cualquiera o ante una luz intermitente. Las niñas son más sensibles al contacto, a los sonidos agudos, a los

ruidos, a las inflexiones de la voz, a los sabores y a los olores. Las niñas pequeñas pueden concentrar su atención durante períodos más prolongados y dedican más tiempo a menos proyectos; los varones se distraen con mayor facilidad, son más activos, más proclives a la exploración. Las niñas manifiestan más interés en las personas nuevas, mientras que los varones se sienten atraídos por los juguetes nuevos.

Y las niñas son más capaces de captar el estado de ánimo de un adulto por su tono de voz. Todas estas características son útiles en la crianza de niños.

En su libro de 1982, *In a Different Voice* (Con una voz diferente), la psicóloga Carol Gilligan propone que las mujeres también poseen una extraordinaria sensibilidad para los vínculos interpersonales. Tras entrevistar a más de cien hombres, mujeres, niños y niñas, ella y sus colegas determinaron que las mujeres se insertan como protagonistas en una compleja red de afectos, afiliaciones, obligaciones y responsabilidades respecto a otras personas. Luego nutren estos vínculos, otro atributo útil en la crianza grupal de bebés.

Así como la agresividad masculina está relacionada con la testosterona, la capacidad nutricia femenina también parece tener un fundamento fisiológico. Las niñas que nacen con un sólo cromosoma x —síndrome de Turner— son «extremadamente femeninas», manifiestan menos interés en los deportes y las luchas infantiles y mayor interés en el arreglo personal que las niñas normales. También obtienen puntuaciones muy bajas en los exámenes de matemáticas y en las tareas que requieren noción del espacio. Estas niñas se muestran muy interesadas en la idea del matrimonio y les atraen intensamente los bebés[439].

Quizá la sensibilidad femenina a las relaciones interpersonales, su necesidad de afiliación, su natural interés en los rostros de las personas, su gran sensibilidad a los ruidos y a los olores, al contacto y a los sabores, así como su capacidad de concentración durante períodos prolongados, sean también aspectos de la psiquis femenina que evolucionaron mientras las hembras ancestrales criaban a sus hijos millones de años atrás.

«Si es cierto que descendemos de los monos, debe de haber sido de dos especies diferentes. Porque no somos parecidos en nada, ¿no es cierto?», le dice un hombre a una mujer en la obra *El padre*, escrita por August Strindberg en 1887. El misógino sueco por supuesto exageraba. Pero, por regla general, los hombres y las mujeres parecen estar dotados con habilidades diferentes en lo espacial, verbal e intuitivo, con tipos diversos de coordinación mano-ojo, y con disimilitudes en la agresividad y capacidad nutricia, que parecen responder a componentes biológicos. Y la lógica indica que dichas diferencias habrían evolucionado junto con la tradición de caza y recolección.

Sin embargo, ninguno de los dos sexos es más inteligente que el otro.

En eso Darwin estaba equivocado. La inteligencia es una combinación de miles de habilidades separadas, no es un rasgo único. Algunas personas destacan en la lectura de mapas o en el reconocimiento de rostros. Otras pueden hacer girar los objetos mentalmente, arreglar el coche o escribir un poema. Algunas personas razonan correctamente frente a los más complejos problemas científicos, otras lo hacen ante las situaciones sociales delicadas. Están los que aprenden música rápidamente y los que aprenden un idioma extranjero en pocas semanas. Algunos recuerdan teorías económicas, otros recuerdan sistemas filosóficos. Ciertas personas recuerdan mejor todo pero tienen dificultad para expresar correctamente lo que saben o para aplicarlo de forma significativa; otros saben muchas menos cosas pero se expresan creativamente o tienen una capacidad fuera de lo común para generalizar o poner en práctica sus ideas o conocimientos. De ahí la maravillosa variedad de la sagacidad, el ingenio y la personalidad humanas.

Sin embargo, los sexos no son idénticos. Algunas mujeres son brillantes matemáticas, compositoras o jugadoras de ajedrez; algunos hombres se destacan a nivel mundial por su oratoria, o como actores o dramaturgos. Pero existe una cantidad importante de datos que en general sugieren que cada sexo funciona de acuerdo con una corriente subyacente, con una especie de melodía, de tema.

¿Por qué los hombres no pueden ser más parecidos a las mujeres?

¿Por qué las mujeres no pueden ser más parecidas a los hombres?

La selección que condujo a las habilidades espaciales y verbales, a la intuición femenina, a la coordinación motora grosera o fina, a la agresividad o a las conductas nutricias pudo haber comenzado antes aún de que nuestros antepasados femeninos y masculinos avanzaran sobre la llanura del mundo antiguo para ponerse a cazar, a robar las presas ajenas y a acopiar alimentos con los cuales sobrevivir.

«El hombre darwiniano, aunque se ha bien comportado, en todo caso sólo es un mono bien afeitado». Así dice la cantinela escrita por el libretista británico W. S. Gilbert. En realidad, los científicos modernos no son los primeros en pensar que existe una continuidad entre el hombre y la bestia. De todos modos, el antropólogo William McGrew lo confirma con su descubrimiento de rudimentos de la tradición humana de caza y recolección entre los chimpancés modernos[440].

Como recordará el lector, los chimpancés macho que habitan en las márgenes del lago Tanganica, África oriental, practican la caza. Acechan a sus presas, las persiguen y matan. Estas son tareas espaciales, silenciosas y agresivas. Los machos también patrullan los límites de su dominio y protegen el territorio comunitario, ocupaciones que son aún más espaciales, silenciosas y agresivas. Los machos también arrojan ramas y piedras, hábitos motrices groseros.

Las hembras de chimpancé realizan la recolección. Se dedican a la caza de termitas y hormigas tres veces más a menudo que los machos, tareas que requieren

una delicada destreza manual. Las hembras de chimpancé común también se acicalan más que los machos, y necesitan una diestra motricidad fina para quitarse motas de polvo mutuamente durante largas horas. Y mientras recolectan alimentos y se acicalan mutuamente, las hembras de chimpancé interactúan con sus crías, tocándolas y vocalizando. Estas actividades estimularon su habilidad verbal. Del mismo modo que sus homólogos en muchas especies de primates, los chimpancés macho suelen emitir ladridos, gruñidos, rugidos y estridentes sonidos agresivos, mientras las hembras producen «llamados más claras», convocando a la parentela[441].

Estos datos sugieren que algunas diferencias modernas entre los sexos *precedieron* nuestro descenso a las llanuras de África. Entonces, cuando nuestros antepasados empezaron a procurarse presas pequeñas, a cazar, a robar presas ajenas y a recolectar semillas y bayas en las planicies desprotegidas, estas funciones determinadas por el sexo deben de haberse vuelto esenciales para la supervivencia, dando origen a las actuales diferencias masculino/femenino en lo que se refiere a habilidades espaciales y verbales, intuición, coordinación mano-ojo y agresividad.

«EL DESFILADERO»

Por supuesto, no tenemos ninguna prueba física de que cuatro millones de años atrás los machos amigos de Lucy robaran presas ajenas y cazaran en las sabanas de África ni de que sus compañeras hembras recolectaran alimentos. Sólo disponemos de huellas de pies y de unos pocos huesos antiguos. Pero los restos fósiles de dos millones de años de antigüedad son más abundantes. Y algunos restos arqueológicos peculiares sugieren que las funciones humanas de ambos sexos —y las diferencias cerebrales de cada sexo— ya comenzaban a insinuarse.

La información proviene del desfiladero de Olduvai, Tanzania, actualmente un cañón disecado y desértico. Sin embargo, unos 200.000 años atrás un río se abrió camino a través de esas tierras trazando a su paso una profunda grieta en las rocas que, al secarse el río, dejó expuestas las capas de antiguos estratos geológicos. A partir de 1930, Mary y Louis Leakey realizaron excavaciones en esta hendidura buscando pruebas del hombre antiguo. En 1959 Mary descubrió un yacimiento en el fondo del desfiladero, Estrato I, que dejaba al descubierto la vida tal como era de 1,7 a 1,9 millones de años atrás.

La zona había sido un lago color esmeralda, salobre y poco profundo. Estaba rodeado de pantanos, árboles y matorrales. Poblaban la zona pelícanos, cigüeñas, garzas e hipopótamos que caminaban por las aguas tranquilas. Los cocodrilos flotaban sobre las aguas salinas, y los patos y gansos hacían sus nidos en las plantas de papiro que rodeaban las orillas. Los matorrales se extendían desde las márgenes del lago hacia la llanura alta, donde cada tanto una acacia interponía su estatura.

Contra el horizonte se recortaban las selvas de árboles de caoba y de hoja perenne que avanzaban cuesta arriba por las laderas de las montañas hacia los picos volcánicos.

En la orilla oriental de lo que fuera el lago, donde los pantanos salobres alguna vez habían sido alimentados por arroyos de agua clara, Mary Leakey desenterró unas dos mil quinientas herramientas antiguas y fragmentos de piedra trabajada[442]. Alguien con «buen ojo» las había construido. Algunas eran grandes trozos de lava, cuarzo u otros tipos de piedra que presentaban algunas aristas cortadas de un golpe para que tuvieran filo. Otras eran pequeños desprendimientos resultantes del tallado de piedras más grandes. Cerca de la orilla se encontró *débitage*, pequeñas astillas de piedra filosa, y además grandes trozos de piedra sin trabajar. Algunas herramientas eran de piedra local, pero muchas se habían traído desde otras zonas, como por ejemplo los lechos de los arroyos y las lenguas de lava a kilómetros de distancia. Algunas se habían labrado en otro lugar y luego las abandonaron intactas junto al lago. Otras se habían trabajado o cortado entre los matorrales, donde sólo quedaron los fragmentos desprendidos. Aquí había, pues, una fábrica y un almacén de herramientas.

Este conjunto de hachuelas y descarnadores, conocido como las herramientas Oldowan, no es el más antiguo que se ha hallado. Dos millones y medio de años atrás, alguien dejó herramientas en Etiopía. Pero estos utensilios de Olduvai, Estrato I, eran especiales.

A su alrededor se encontraron sesenta mil fragmentos de huesos de diferentes animales. La mayoría eran de elefante, hipopótamo, rinoceronte, cerdo, búfalo, caballo, jirafa, órix, antílope, ñu azul, kongoni, topee, kobo, gacela Grant, gacela Thompson e impala. También yacían en el lugar restos de tortugas, musarañas elefante, liebres y patos, y huesos de cientos de aves y otros animales pequeños. Durante los años sesenta y setenta el matrimonio Leakey descubrió otros cinco yacimientos en los alrededores de este antiguo lago. En uno de ellos se había carneado un elefante.

Semejantes a palimpsestos, estos yacimientos de Olduvai son como pizarrones a medio borrar. Pero el flamante campo de la tafonomía ha comenzado a establecer qué ocurrió realmente siglos y siglos atrás junto a este lago.

ROMPECABEZAS OSEOS

La tafonomía es la ingeniosa ciencia que estudia los huesos fosilizados reconstruyendo hacia atrás[443]. Observando cómo descarnamos actualmente, cómo arrancan la carne de los huesos otros carnívoros modernos como leones y hienas, y cómo el agua y el viento desparraman los huesos por el paisaje, los tafonomistas

determinan de qué manera los huesos antiguos llegaron a ocupar las posiciones y a estar en las condiciones en que se los encuentra hoy. Por ejemplo, los tafonomistas han observado la manera en que los cazadores trocean las reses y nos informan de que cuando desprenden la carne dejan marcas de cuchillo en el centro de los huesos largos; a fin de extraer la piel y los tendones, hacen marcas visibles en los extremos de los huesos. Las hienas, en cambio, mastican las patas y las puntas de los huesos, y dejan marcas muy diferentes en los huesos abandonados.

Basándose en éstas y muchas otras claves tafonómicas, los antropólogos intentaron reconstruir lo que ocurrió en Olduvai unos dos millones de años atrás. Las conclusiones más convincentes son las de Henry Bunn y Ellen Kroll[444].

Tras analizar todos los huesos antiguos del yacimiento, los antropólogos mencionados sostienen que nuestros antepasados atraparon las tortugas, musarañas, garzas y otros animales pequeños con trampas armadas con cuerdas, o con las manos. Como los leones habrían arrastrado el cuerpo completo, concluyen que los animales medianos como las gacelas fueron cazados y matados por nuestros antepasados. Los huesos de animales más grandes que no presentan marcas de dientes de carnívoros, probablemente fueron atrapados por nuestros antepasados al final de la estación seca, cuando los animales se desploman solos. Y los huesos con marcas de dientes de carnívoro, sin duda pertenecen a piezas cazadas por otros animales y arrebatadas por nuestros antepasados.

Tal vez ahuyentaban a sus competidores carnívoros mediante estrategias intimidatorias y los mantenían alejados durante los segundos necesarios para robarles parte de la pieza cazada. Quizá recogían las sobras abandonadas cuando sus rivales se alejaban para dormitar. También pueden haber robado los animales muertos que los leopardos arrastraban hasta los árboles[445].

Nuestros antepasados no sólo recogían, robaban y cazaban animales. También deben de haberlos descarnado. Algunas herramientas presentan microscópicas rayaduras causadas al cortar carne. En muchos huesos aparecen marcas de cortes paralelos en medio del eje, donde alguien debe de haber sacado bocados de carne. Y otros huesos fósiles presentan marcas de cortes en las coyunturas donde alguien desarticuló los miembros y transportó estos largos huesos a la orilla del agua.

Por último, la desproporcionada cantidad de huesos de extremidades carnosas correspondientes a animales de tamaño mediano cómo los ñu azules indica que nuestros antepasados disponían de carne suficiente para compartir en «cooperativa». La «gente» había comenzado a descarnar, trasladar y compartir la carne hace casi dos millones de años[446].

Pero ¿por qué los huesos y piedras están amontonados en pilas separadas? Tras un cuidadoso análisis de los huesos, las herramientas y los emplazamientos, y de simulaciones computerizadas que combinaban toda esta información con factores

como el gasto de energía, el tiempo de traslado y otras variables, el antropólogo Richard Potts formuló la teoría de que las pilas de huesos y piedras de Olduvai eran «escondrijos de piedras», lugares en los que nuestros antepasados almacenaban sus herramientas y piedras en bruto[447]. Aquí fabricaban y guardaban herramientas, hasta aquí trasladaban trozos de animales para procesarlos rápidamente. Luego, tras arrancar la carne, extraer la médula y quitar los tendones y la piel, daban por terminadas las tareas antes de que llegaran las hienas. Cuando andaban de nuevo por la zona con algún trozo de carne, recurrían otra vez a los escondrijos de piedras.

Los huesos, las herramientas y las piedras en bruto se acumularon durante años, décadas y siglos. Hasta que un buen día Mary Leakey descubrió las pilas de basura.

Estos depósitos de desperdicios nos dicen algo acerca de las mujeres, de los hombres y de la evolución de las habilidades de cada sexo. Si dos millones de años atrás nuestros antepasados tenían escondites de piedras desperdigados por la llanura, en los cuales conservaban herramientas y piedras en bruto, adecuadas para cortar y acondicionar la carne, es evidente que estas personas coordinaban sus actividades, se ocupaban de la peligrosa aventura de obtener carne de animales de tamaño mediano a grande, se demoraban comiéndola, transportaban trozos de animales hasta puntos comunitarios junto al lago, que habían sido específicamente convenidos, descarnaban a los animales y disponían de suficiente comida para compartirla con familiares y amigos. Y es muy poco probable que muchas mujeres ancestrales, a menudo a cargo de niños pequeños, participaran en las peligrosas actividades de la caza o el robo de presas de tamaño mediano.

Después de que Darwin lanzó el concepto del «hombre cazador», pasaron varias décadas antes de que los científicos se ocuparan del papel que les correspondió a la mujeres ancestrales. Pero a comienzos de los años ochenta los antropólogos revisionistas empezaron a corregir los datos[448]. En la actualidad, la mayoría de ellos opina que las mujeres ancestrales se ocupaban principalmente de la tarea mucho más productiva y confiable de recolectar nueces, bayas, vegetales y pequeñas delicias como huevos y frutas.

Lamentablemente, las principales herramientas de recolección —las palas para cavar y las bolsas— normalmente no se fosilizan. Sin embargo, recientemente un equipo de científicos descubrió en la caverna de Swartkrans, en el África meridional, largos huesos de antílope quebrados y con los extremos pulidos. Los patrones microscópicos de desgaste de los bordes indican que alguien utilizó estos elementos también para sacar vegetales de la tierra. Los dientes antiguos correspondientes a la misma época sugieren que nuestros antepasados también comían abundante fruta[449]. En realidad, Potts sostiene que la carne representaba menos del veinte por ciento de la dieta.

De modo que si los hombres se ocupaban de la mayor parte de la caza y del robo

de la carne, mientras las mujeres realizaban casi toda la recolección de vegetales, hace dos millones de años las mujeres cumplían una tarea esencial.

Con el tiempo estas distintas funciones de cada sexo evolucionaron hasta convertirse en la habilidad innata masculina en rutas laberínticas y en otras tareas espaciales, y se volvieron características su agresividad y coordinación motriz grosera. Y a medida que los días se transformaban en siglos, la memoria espacial femenina para los objetos estáticos, su agudeza verbal, su capacidad nutricia, su hábil motricidad fina y su notable intuición también se consolidaban definitivamente.

LA NATURALEZA DE LA INTIMIDAD

Estos rasgos diferentes podrían explicar algunos malentendidos entre los sexos. Cada uno de nosotros, usted y yo incluidos, luchamos por la intimidad. Tanto los sondeos de opinión como los libros y los artículos de revistas revelan la desilusión de las mujeres ante la resistencia de sus parejas a hablar de sus problemas, a expresar sus emociones, a escuchar, a compartir verbalmente. Para las mujeres la intimidad deriva del hablar. Sin duda, semejante concepción de la intimidad les viene de su prolongada prehistoria de educadoras.

El sociólogo Harry Brod informa que los hombres a menudo buscan la intimidad por otra vía. Brod escribió: «Numerosos estudios demuestran que los hombres tienden más a definir la cercanía emocional como una situación de trabajo o juego compartido, mientras para las mujeres a menudo se define más apropiadamente como una situación de conversación cara a cara»[450]. Para los hombres, por ejemplo, la intimidad es el resultado de participar en encuentros deportivos o presenciarlos. No me sorprende. ¿Qué es un partido de fútbol sino una ruta, un laberinto, un rompecabezas, acción en el espacio y competencia agresiva, todo lo cual implica habilidades que entusiasman a la mente masculina? En realidad, mirar un partido de fútbol en televisión no es muy diferente de sentarse detrás de un matorral en la llanura Áfricana tratando de establecer qué ruta tomarán las jirafas. No es de extrañar que la mayoría de las mujeres no comprenda que los hombres disfruten tanto mirando programas deportivos: estos pasatiempos no despiertan ningún eco en sus psiques evolutivas.

Los psicólogos han comenzado incluso a capitalizar las diferencias entre los sexos en el concepto de intimidad. Un psicólogo de Iowa hace propaganda de su forma de terapia «sólo para hombres» en las páginas amarillas de la guía telefónica. Ofrece ayuda a los hombres por medio de actividades deportivas, danza y teatro. Sostiene que hablar es una actividad femenina, inadecuada para los hombres. El resto de nosotros haríamos bien en recordar esta diferencia masculino/femenino. Las mujeres probablemente deberían adoptar al menos una actividad de esparcimiento no verbal a

compartir con sus maridos, mientras que los hombres seguramente mejorarían las relaciones en el hogar si dedicaran tiempo a sentarse cara a cara con sus esposas a conversar y a practicar un poco la «escucha activa».

Otro rasgo que posiblemente sea una diferencia entre los sexos y que guarda relación con los conceptos de intimidad quizá proviene de nuestros antepasados. Los psicólogos consideran que las mujeres buscan con mayor frecuencia la inclusión, los vínculos afectivos, mientras que los hombres disfrutan más frecuentemente del espacio, el aislamiento y la autonomía[451]. El resultado: las mujeres dicen sentirse *evitadas* por sus maridos, mientras que los hombres dicen sentirse *invadidos* por sus esposas. ¿Podría haberse originado la evolución de ese interés de las mujeres en ser incluidas, en la época en que su papel de educadoras las llevó a sentirse cómodas dentro de los grupos? Tal vez la tendencia masculina a buscar la autonomía también comenzó en la época en que los hombres llevaban una vida solitaria como exploradores y rastreadores furtivos, y evolucionaron hasta el individuo que hoy disfruta de los espacios abiertos y la desconexión.

Tal vez algunas de nuestras preferencias sexuales también procedan de nuestro lejano pasado. Ciertos hombres son *voyeurs*. Algunos disfrutan de los espectáculos pornográficos. Otros tienen debilidad por la ropa interior, los camisones y los objetos eróticos. En realidad, es común que las fantasías sexuales masculinas se exciten ante estímulos visuales de todo tipo[452]. Tal vez estas peculiaridades sean, en parte, dirigidas por sus cerebros más espaciales. A las mujeres les gusta leer historias románticas y ver culebrones, tibia pornografía verbal. Quizá estas inclinaciones surgen de su sensibilidad al lenguaje.

Con esto no quiero decir que *todos* los hombres sean *voyeurs*, que *todos* los hombres se sientan invadidos por sus esposas, o que *todos* los hombres busquen la intimidad en los deportes o que sean verbalmente inexpresivos. Tampoco *todas* las mujeres leen novelas románticas, evitan mirar fútbol por televisión o buscan la intimidad en charlas cara a cara. La mezcla de gustos en cada personalidad humana es vasta. A mí me asombra siempre lo profundamente diferentes que son las personas. Pero, en cualquier caso, se han constatado esas diferencias en la conducta de hombres y mujeres.

Debemos admitir que los hombres siguen elucubrando acerca de la eterna pregunta: «¿Qué quieren las mujeres?». Por otra parte, las mujeres dicen habitualmente: «Ellos no entienden nada». Yo sospecho que nuestros antepasados habían comenzado a sorprenderse acerca del sexo opuesto dos millones de años atrás, cuando machos y hembras empezaron a discriminar sus actividades con relación a los alimentos alrededor del lago color esmeralda de Olduvai, y así dieron origen a las habilidades fundamentales de los dos sexos.

¿Quiénes eran esas «personas» de Olduvai?

En el Estrato I, o sea, en la capa sedimentaria inferior del desfiladero, se recuperaron los huesos de dos especies separadas de homínidos antiguos. Unos individuos con muelas enormes y cráneos de frente recesiva, conocidos como *Australopithecus boisei*, habitaron las márgenes del lago y desaparecieron cerca de un millón de años atrás. Si bien la capacidad craneal de esos homínidos había alcanzado de 430 a 550 centímetros cúbicos y los especímenes hallados presentan manos capaces de construir armas y herramientas con las cuales dar caza y descarnar presas[453], sus monstruosas mandíbulas y la estructura y patrón de desgaste de sus muelas sugiere que en cambio se sentaban entre los matorrales a masticar enormes cantidades de vegetales duros y fibrosos, nueces y semillas. Es probable que no fueran cazadores.

El «Hombre Hábil», u *Homo habilis*, también habitó estos parajes. Dicha especie tenía cráneos más ligeros y muelas de menor tamaño. Los primeros cuatro especímenes fósiles que se hallaron fueron familiarmente llamados Twiggy (un cráneo aplastado con siete piezas dentarias), George (piezas dentarias y fragmentos del cráneo), Cindy y el Niño de Johnny (más fragmentos de mandíbulas y piezas dentarias). Los cuatro habían muerto hace aproximadamente 1,9 millones de años, en puntos próximos a arroyos desde los cuales el agua potable desembocaba en los pantanos salobres de la margen oriental del lago. Hace poco se recuperó también el esqueleto parcial de una mujer: medía menos de un metro de estatura[454].

Al norte de Kooby Fora, una lengua de tierra reseca y desolada que se extiende hasta lo que hoy es el lago Turkana, en Kenia septentrional, estaban los parientes de Twiggy. Fue en este lugar donde, a partir de 1968, Richard Leakey, el hijo de Mary y Louis Leakey, descubrió más de trescientos especímenes. Un filón. El fósil más famoso es un cráneo al que todos conocen como «14550», nombre derivado del número de catálogo correspondiente. ¿Por qué es 1470 tan famoso?

Porque la capacidad craneal del individuo en cuestión había aumentado hasta alcanzar de 600 a 800 centímetros cúbicos. Más aún, igual que Twiggy y otros especímenes de Hombre Hábil, 1470 tenía una capacidad craneal muy por encima de la de sus contemporáneos y contemporáneas, los *australopithecines*, un volumen equivalente a la mitad de la del hombre moderno.

Los muchachos iban despertando. El antropólogo Ralph Holloway reconstruyó el exterior de sus cerebros haciendo vaciados en látex del interior de estos cráneos fósiles. Nos informa que las áreas frontal y parietal de la corteza —las porciones del cerebro empleadas para distinguir, categorizar, reflexionar y razonar— habían comenzado a adoptar la forma actual. Twiggy y sus parientes pueden muy bien haber desarrollado la capacidad para planificar por adelantado.

Pueden haber debatido sus planes, también. Los endovaciados de Holloway muestran una leve protuberancia en el área de Broca, así denominada en homenaje al

neurólogo del siglo pasado que ya mencioné al principio de este capítulo. El área de Broca es la porción de la corteza ubicada sobre la oreja izquierda que controla la boca, la lengua, la garganta y las cuerdas vocales, a fin de producir los sonidos del habla. En el cerebro de 1470, así como en el de otros especímenes de Hombre Hábil, este sector del lenguaje había empezado a crecer[455].

El lenguaje es el distintivo de la humanidad. A pesar de que se han escrito más de diez mil obras sobre el origen del lenguaje, nadie ha podido explicar cómo o cuándo nuestros antepasados comenzaron a asignar palabras arbitrariamente a los objetos (del mismo modo que llamamos gato al ser de cuatro patas que maúlla y con el que jugamos en el jardín), a separar las palabras en sonidos diferentes (g-a-t-o), o a recombinar estos pequeños sonidos para crear palabras nuevas con significados nuevos (como en t-o-g-a). Pero con nuestras pequeñas exclamaciones, ruidos, silbidos y bisbíseos sin sentido, unidos en forma de palabras, con todas las palabras relacionadas unas con otras de acuerdo con reglas gramaticales hasta formar oraciones, con el tiempo la humanidad iba a dominar el mundo.

Tal vez Twiggy cruzó este umbral de la humanidad.

¿Le diría Twiggy «hola» a su amante cuando volvía de recolectar nueces? ¿Le describiría ella las huellas de animales que había visto en la pradera o le susurraría que lo amaba cuando se acurrucaba para dormir? ¿Reprenderían George y 1470 a sus hijos? ¿Tendrían sentido del humor? ¿Contarían anécdotas, mentirían, se harían cumplidos, discutirían los planes de mañana y de ayer, con palabras? Por supuesto, no de la manera en que los hacemos nosotros hoy. Las posturas, los gestos, las expresiones faciales, las entonaciones de la voz probablemente eran esenciales también en la trasmisión del mensaje. Pero como el área de Broca realmente se estaba desarrollando en el cerebro, es probable que Twiggy haya conversado en un lenguaje prehumano, primitivo.

El hombre como explorador, rastreador, ladrón de caza ajena, cazador y protector. La mujer como recolectora, nutricia, educadora y mediadora. Tal vez nunca sepamos qué grupos humanos primitivos empezaron a encargarse de tareas distintas. Pero hace dos millones de años alguien se ocupaba de acarrear los pedazos de carne hasta los cañaverales y de arrancarla de los huesos[456]. Y no creo que las hembras con niños pequeños fueran las que se ocuparan de la caza y del descarne.

Al mismo tiempo, no hay razón para pensar que cada sexo tuviera funciones rígidas, fijas. Posiblemente las mujeres sin niños se unían a las partidas de caza y tal vez las dirigían. Por supuesto, los hombres muchas veces recolectaban plantas, nueces y bayas. Es posible que algunas parejas agitaran los pastizales conjuntamente para atrapar pequeños animales. Pero nuestros antepasados habían comenzado a recolectar, descarnar y compartir la carne. Los sexos habían comenzado a sobrevivir en equipo.

Freud llamó a la psique femenina «el continente oscuro». Y tenía razón. Durante décadas, por no decir siglos, los científicos que buscaban comprender la naturaleza humana emplearon la conducta masculina como punto de partida, comparando todos los datos sobre las mujeres con dicho modelo. Es por lo tanto muy poco lo que sabemos acerca de las tendencias biológicas de las mujeres. Los tiempos han cambiado. Y de lo que hoy sabemos de la psique femenina surge como algo cada vez más evidente que los dos sexos se crearon a lo largo de los milenios para unir sus esfuerzos.

Dichos hábitos de caza y recolección iban a originar un intrincado equilibrio entre las mujeres, los hombres y el poder.

XI. LAS MUJERES, LOS HOMBRES Y EL PODER
La naturaleza de la política sexual

Todo es la suma del pasado, y nada es comprensible salvo
a través de la historia.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

Una mañana de 1929, decenas de miles de mujeres, con las caras sucias de cenizas y vestidas con taparrabos y coronas de plumas, surgieron de las aldeas de Nigeria sudoriental y marcharon sobre sus centros locales de «administración nativa». Allí vivían los funcionarios coloniales británicos del distrito. Se congregaron frente a las puertas de dichos administradores y agitando los tradicionales bastones de guerra, bailaron y los ridiculizaron con canciones mordaces, mientras exigían las insignias de los hombres igbo locales que habían colaborado con este enemigo. En algunos centros de administración las mujeres se abrieron paso hasta las cárceles para soltar a los prisioneros; en otras incendiaron o destruyeron parcialmente los edificios de los tribunales. Pero a nadie le hicieron daño.

Los británicos tomaron represalias. Abrieron fuego sobre las manifestantes en dos centros y asesinaron a sesenta mujeres. Eso terminó con la insurrección. Los ingleses habían «ganado».

La historia por regla general registra la palabra de los ganadores, y esta «Guerra de las Mujeres», como la llamaron los igbo, rápidamente pasó a ser conocida como la Rebelión de Aba[457]. Pero los británicos nunca entendieron qué había detrás de la guerra, orquestada enteramente por las mujeres y para las mujeres. El concepto de violación de los derechos de la mujer estaba más allá de su capacidad de comprensión. En realidad, la mayoría de los funcionarios británicos estaban convencidos de que la manifestación la habían organizado los hombres igbo, que luego llevaron a sus esposas a la revuelta. Los funcionarios coloniales pensaron que las mujeres igbo se habían rebelado porque contaban con que los ingleses no abrirían fuego contra el sexo débil[458].

Un colosal abismo cultural separaba a los ingleses de los igbo, un vacío que dio pie a la Guerra de las Mujeres igbo y simbolizó la profunda incomprensión europea acerca de las mujeres, los hombres y el poder en las culturas del mundo entero.

Durante siglos, las mujeres igbo, igual que las mujeres de muchas otras sociedades del África occidental, habían sido autónomas y poderosas, en lo económico y en lo político. Vivían en aldeas patrilineales en las que el poder era informal: cualquiera podía participar en las asambleas de las aldeas igbo. Los hombres participaban en mayor número de debates y normalmente eran los que proponían la solución de los conflictos. Los hombres disponían de más recursos, y por lo tanto estaban en condiciones de pagar por la organización de banquetes que redundaban en más títulos y más prestigio. Además, los hombres controlaban la tierra, pero al casarse estaban obligados a entregarle a sus esposas algo de tierra para cultivo.

Esta tierra era la cuenta bancaria de las mujeres. Cultivaban una gran variedad de productos y llevaban las cosechas a los mercados locales, que eran manejados exclusivamente por mujeres[459]. Y de ese modo las mujeres llegaban a casa con artículos de lujo y dinero en efectivo que eran de su propiedad. O sea que las mujeres igbo disponían de un patrimonio propio, es decir, de independencia financiera y poder económico. Por lo tanto, si un hombre permitía que sus vacas pastaran en tierras de una mujer, maltrataba a su esposa, violaba el código del mercado, o cometía algún otro delito grave, las mujeres le hacían lo mismo que a los administradores británicos: se congregaban frente a la casa del ofensor, lo insultaban con cánticos, y a veces llegaban a destruir su casa. Los hombres igbo respetaban a las mujeres, el trabajo de las mujeres, los derechos de las mujeres y las leyes de las mujeres.

Entran en escena los británicos. En 1900, Inglaterra declaró a Nigeria meridional protectorado de la corona e instaló un sistema de cortes regionales de nativos. Cada distrito era gobernado desde su propia sede, la corte de nativos, por un funcionario colonial británico. Semejante sistema era muy poco aceptado. Pero, además, los ingleses incorporaron a un nativo al personal de cada corte en calidad de representante de su aldea. Casi siempre era un joven igbo que intercambiaba favores con los conquistadores y no un respetable anciano de la aldea. Siempre era un hombre. Formados en el credo Victoriano de que las esposas son meros apéndices de sus maridos, los ingleses no podían concebir que las mujeres ocuparan lugares de poder. De modo que las excluyeron a todas. Las mujeres igbo perdieron la posibilidad de participar.

Luego, en 1929, los británicos decidieron realizar inventarios de los patrimonios femeninos. Temiendo la aplicación de inminentes impuestos, las mujeres igbo se encontraron en las plazas donde funcionaban sus mercados para discutir esta destructiva acción económica. Estaban preparadas para la rebelión. En noviembre, tras una serie de enfrentamientos entre las mujeres y los censistas, éstas se vistieron con los tradicionales atavíos de guerra y marcharon hacia el frente de batalla. La revuelta abarcó un territorio de diez mil kilómetros cuadrados y participaron decenas

de miles de mujeres.

Después de que los británicos aplastaran la revolución, las mujeres igbo solicitaron que ellas también pudieran ocupar el papel de representantes de aldea en las cortes de nativos. Fue inútil. Para ellos, el lugar de la mujer estaba en su hogar.

«ES UN MUNDO DE HOMBRES»

La convicción occidental de que los hombres dominan universalmente a las mujeres pasa de generación en generación como un gen pernicioso[460]. ¿Es un hecho real? ¿Ha sido siempre así? Antes de analizar la larga historia de la evolución de las mujeres, los hombres y el poder, intentaré descifrar lo que sabemos de las relaciones entre los dos sexos en las sociedades de todo el mundo en la actualidad.

Antes del movimiento femenino de los años setenta, los antropólogos norteamericanos y europeos simplemente daban por sentado que los hombres eran siempre más poderosos que las mujeres, y sus investigaciones reflejaban sus convicciones. La información disponible acerca de los aborígenes australianos nos proporciona un ejemplo interesantísimo.

Varios académicos —en su mayoría, hombres— escribieron que el sistema matrimonial de estos pueblos por el cual las niñas eran casadas con hombres treinta años mayores que ellas al mismo tiempo que, además, cada hombre tenía varias esposas, era el ejemplo supremo de dominación masculina. Desde su perspectiva, las mujeres aborígenes eran meros peones, patrimonio, caudales en efectivo manipulados en las negociaciones matrimoniales de los hombres[461]. Afirmaban que la separación en las ceremonias religiosas de hombres y mujeres era una prueba más de la subordinación femenina. Y en cuanto al trabajo de las mujeres, en 1937 Ashley Montagu resumió el punto de vista en boga al definirlas como «vacas domesticadas»[462].

Hoy sabemos que semejante interpretación de la vida aborigen es una distorsión. Varias etnógrafas han viajado al interior de Australia para hablar con las mujeres. Gracias a las conversaciones registradas en el curso de expediciones de recolección, durante las competiciones de natación o a través de las hogueras nocturnas, estas estudiosas pudieron descubrir que las mujeres aborígenes politiquean ávidamente en el juego de póquer de los compromisos matrimoniales y que comienzan a elegir a sus propios nuevos maridos cuando alcanzan la madurez. Es común que las mujeres tengan amantes. En algunas tribus existe un jilimi o campamento de mujeres solas, en el cual, libres de los hombres, viven las viudas, las mujeres separadas y las que están de paso. Lejos de ser esposas maltratadas, las mujeres a veces golpean al marido perezoso con el «bastón de pelea». Las mujeres realizan ceremonias de las cuales excluyen a los hombres. Y la contribución femenina a la economía familiar es de

suma importancia para la vida cotidiana. En síntesis, si bien las actividades de hombres y mujeres a menudo están segregadas, la mujer aborigen de Australia parece disponer de tantos poderes como el hombre[463].

Ningún sexo domina al otro, un concepto que aparentemente resultaba inconcebible para los eruditos occidentales. La obsesión de las jerarquías, en coincidencia con valores profundamente asimilados acerca de los sexos, restó objetividad a los análisis de otros pueblos.

Las cosas cambiaron con el movimiento de liberación de la mujer, cuando las antropólogas feministas empezaron a poner en tela de juicio el dogma universal de la subordinación femenina. Arguyeron que, como casi todos los trabajos de campo habían estado a cargo de hombres, éstos habían buscado información entre los hombres y habían observado principalmente las actividades masculinas, por lo tanto, muchos informes antropológicos estaban desvirtuados. No habían escuchado las voces de las mujeres.

Algunas afirmaron, además, que los antropólogos hombres habían deformado lo que observaban, denigrando el trabajo femenino como «tareas domésticas», la conversación femenina como «chismorreo superficial», la creatividad femenina como «artesanía», y la participación femenina en las ceremonias como «no sagrada». En cambio, habían magnificado la caza, las artes masculinas, los rituales religiosos masculinos, la oratoria masculina y muchas otras actividades de los hombres[464]. Por culpa de la ceguera selectiva, del androcentrismo, o de la parcialidad sexista —llámesela como se quiera—, habían pasado por alto el trabajo y la vida de las mujeres, por lo que los informes antropológicos falseaban la realidad.

Estas acusaciones no son del todo ciertas. El sociólogo Martin Whyte comparó recientemente las funciones de los sexos en 93 sociedades tradicionales y detectó que en algunos de estos estudios las funciones femeninas habían sido descuidadas o minimizadas; en otros existían aspectos del poder masculino que no habían sido registrados. Sin embargo, las omisiones eran fortuitas, no respondían sistemáticamente a prejuicios contra las mujeres. Más aún, estas omisiones no estaban especialmente ligadas a autores de sexo masculino o femenino. Tal vez el androcentrismo no está tan generalizado como informan las feministas[465].

De todos modos, hasta un lector desprevenido de dicha literatura señalaría algunas etnografías clásicas en las cuales la mujer aparece como un ser sin rostro ni presencia. Y los omnipresentes artículos sobre «el hombre cazador» sólo recientemente se equilibran con la literatura acerca de «la mujer recolectora». De modo que la era feminista modificó las corrientes al agregar una lente necesaria a las investigaciones que los eruditos llevan a cabo con otros pueblos, compuestos tanto por mujeres como por hombres.

Este nuevo enfoque de la vida de las mujeres ha dejado al descubierto una realidad de gran importancia: igual que las mujeres igbo de Nigeria, *las mujeres de muchas otras culturas tradicionales eran relativamente poderosas, hasta la llegada de los europeos*[466]. Algunas sobrevivieron a la influencia occidental con su poder intacto. Pero muchas otras, como las igbo, fueron víctimas de las tradiciones europeas.

La antropóloga Eleanor Leacock llegó a esta conclusión mientras estudiaba a los indios montagnais-naskapi, del Canadá oriental. En su investigación le resultó de especial utilidad el diario del sacerdote jesuita Paul Le Jeune. Le Jeune ocupó su cargo como superior de la misión francesa en Quebec en 1632. Allí pasó el invierno con los montagnais-naskapi. Para su espanto se encontró con el espectáculo de una sociedad de padres indulgentes, mujeres independientes, hombres y mujeres divorciados, hombres con dos esposas, ningún líder formal, una cultura peripatética, relajada e igualitaria, en la que las mujeres tenían un nivel social y económico alto.

Le Jeune decidió de inmediato que él cambiaría semejante situación. Estaba sinceramente convencido de que el rigor con los niños, la fidelidad dentro del matrimonio, la monogamia de por vida y, sobre todo, la autoridad masculina y la obediencia femenina eran esenciales para la salvación. Como les decía a los indios: «En Francia las mujeres no mandan a sus maridos»[467]. A los pocos meses Le Jeune había convertido a un puñado de estos «herejes». Diez años más tarde algunos habían comenzado a golpear a las mujeres.

¿A cuántas mujeres maniataron el colonialismo y la cristiandad? Es imposible saberlo. Pero la Guerra de las Mujeres igbo no fue un hecho esporádico en la historia del colonialismo. Como lo sintetizó un científico: «La penetración del colonialismo occidental, y con él las prácticas y actitudes occidentales respecto a las mujeres, incidió sobre los papeles femeninos en las sociedades aborígenes hasta el punto de rebajar la condición femenina prácticamente en todo el mundo»[468].

EL PODER ENTRA EN ESCENA

Ya que sabemos, pues, que las mujeres han sido realmente poderosas en muchas sociedades tradicionales del planeta, ¿qué podemos deducir acerca de la vida en África durante nuestro largo pasado prehistórico nómada, millones de años antes de que los cañones y los evangelios europeos distorsionaran las relaciones de poder entre hombres y mujeres? Tenemos dos caminos para deducirlo: examinar la vida cotidiana en las sociedades tradicionales modernas, o hacer una vivisección de las relaciones de poder de nuestros parientes cercanos, los simios. Empecemos con el poder entre las personas[469].

En términos generales, los antropólogos está de acuerdo en que el poder (la capacidad para influir o persuadir, concepto contrapuesto al de autoridad, o sea, el mando formal institucionalizado) recae por regla general en manos de los que controlan bienes o servicios socialmente valorizados, y que tienen derecho a distribuir esta riqueza fuera de los límites del uso personal.

El regalo. Si alguien es dueño de la tierra, o si la arrienda, regala o distribuye recursos en ella, como pozos de agua o permisos de pesca, esa persona tiene poder. Si alguien está en condiciones de prestar un servicio, relacionado por ejemplo con la salud, o tiene conexiones con el mundo espiritual que las demás personas necesitan, esa persona tiene poder. Si alguien mata una jirafa y regala la carne, o si fabrica canastos, cuentas, mantas, u otros productos comercializables, esa persona puede hacer muchas amistades, alianzas que generan lazos comerciales, prestigio y poder. De modo que la cuestión de quién es dueño de qué, y quién regala, alquila, vende o comercializa qué con quién son cosas que importan en la danza del poder entre los sexos[470].

La sociedad tradicional de los inuit (los esquimales), en Alaska, representa un buen ejemplo de esta relación directa entre los recursos económicos y el control social. En los áridos territorios al norte del continente americano, donde la única vegetación que aparece sobre el permagel durante la mayor parte del año son el musgo y algunos pastos, no existían plantas que se pudieran recolectar. Como resultado de esto, tradicionalmente las mujeres no salían de sus casas para trabajar como recolectoras o para juntar bienes valiosos que pudieran ser permutados. Los hombres eran los únicos que se ocupaban de cazar. Eran ellos los que dejaban el hogar para perseguir focas o ballenas durante los largos meses de invierno, y los que cazaban o pescaban caribúes durante los largos días del verano ártico. Eran los hombres los que traían la grasa de ballena para las lámparas de aceite; las pieles con que confeccionar abrigos, pantalones, camisas y calzado; los tendones que se convertirían en cuerdas; los huesos para fabricar adornos y herramientas; y hasta el último bocado de comida. Las mujeres dependían de estas provisiones. Los hombres esquimales dependían de sus esposas para teñir los cueros, ahumar la carne, y confeccionar toda la ropa de abrigo. De modo que ambos sexos se necesitaban mutuamente para sobrevivir.

Pero los hombres tenían acceso a los recursos fundamentales. Y las niñas esquimales descubrían de muy jóvenes que el secreto del éxito residía en «casarse bien»[471]. Las mujeres jóvenes no tenían ninguna otra forma de acceso al poder.

En cambio, las mujeres bosquimanas !kung del desierto de Kalahari eran mucho más poderosas económicamente. Y el matrimonio no era para ellas una carrera profesional. Como ya hemos dicho, cuando en 1960 los antropólogos realizaron los primeros registros de sus hábitos de vida, las mujeres viajaban al trabajo y volvían a

sus casas con una gran parte del alimento diario. Las mujeres !kung tenían poder económico; también tenían voz y voto. Pero las esposas !kung, a diferencia de sus maridos, no compartían su comida con el resto del grupo social.

Esta distinción es importante. Al regresar de una expedición de caza exitosa, los hombres dividían la preciosa carne obtenida de acuerdo con las reglas, y todos juntos lo celebraban con entusiasmo. El dueño de la flecha que había matado al animal tenía la prestigiosa tarea de distribuir la presa. El hombre que primero lo había avizorado recibía algunas partes especialmente sabrosas, los que habían seguido el rastro recibían otras, etcétera. Luego, a su vez, cada participante en la obtención de la pieza distribuía porciones de carne y órganos entre sus familiares y otros allegados. Sin embargo, se trataba de «inversiones», no regalos. Los cazadores !kung esperan ser reembolsados. Porque en el acto de entregar estos trozos de carne a sus vecinos, el cazador acumulaba honra y obligaciones: poder. Y si bien las mujeres «disponían de un formidable grado de autonomía», tanto los hombres como las mujeres !kung pensaban que los hombres eran un poco más influyentes que sus esposas[472].

«Es mejor dar que recibir», afirma el refrán. Los !kung y muchos otros pueblos estarían de acuerdo. Los que manejan el dinero tienen un sustancial poder social: una fórmula económica según la cual las mujeres ancestrales habrían contado con un grado importante de ascendencia social.

Pero el poder, por supuesto, no es siempre una cuestión económica. ¿Puede alguien asegurar, por ejemplo, que las mujeres u hombres económicamente poderosos también son persuasivos en el dormitorio? Ese no es necesariamente el caso.

Las mujeres inuit buscarán casarse bien para progresar en la vida, pero ello no significa que se sientan subordinadas a sus esposos. ¿Quién puede estar seguro de que el granjero que preside la mesa durante la cena también domina las conversaciones cuando está a solas con su esposa? En realidad, en las sociedades campesinas contemporáneas en las que los hombres monopolizan todas las posiciones de prestigio y autoridad y las mujeres suelen actuar con deferencia frente a ellos cuando están en público, las mujeres poseen una gran influencia *informal*. La antropóloga Susan Rogers informa que, a pesar de los alardes y actitudes masculinas de poder, ninguno de los dos sexos considera realmente que los hombres dominan a las mujeres. Rogers llega a la conclusión de que el poder entre los sexos está más o menos equilibrado, y que el predominio masculino es un mito[473].

De modo que la economía indudablemente desempeñó un papel importante en las relaciones de poder de los hombres y mujeres de milenios atrás. Pero en realidad los sexos estaban enzarzados en un duelo mucho más complejo.

En un esfuerzo por desentrañar esta sutil dinámica del poder entre hombres y mujeres, Martin Whyte exploró el Archivo del Área de Relaciones Humanas, un

avanzado banco de datos que contiene información sobre más de ochocientas sociedades[474]. Basándose en el material de este archivo y de otras fuentes etnográficas, Whyte preparó un estudio acerca de noventa y tres culturas preindustriales. De ellas, un tercio eran cazadores-recolectores nómadas; otro tercio, granjeros labriegos, y el último tercio estaba compuesto por gente que se ganaba la vida cuidando rebaños y/o cultivando la tierra. El espectro de los pueblos estudiados iba desde los babilónicos que vivieron aproximadamente en el 1750 antes de la era cristiana hasta las culturas tradicionales modernas. La mayoría de dichas culturas venía siendo estudiada por antropólogos desde el 1800 de la era cristiana.

Whyte extrajo de esta información las respuestas a una cantidad de interrogantes sobre cada cultura: ¿De qué sexo eran los dioses? ¿Qué sexo era objeto de ceremonias fúnebres más elaboradas? ¿Quiénes eran los líderes políticos? ¿Quién contribuía con qué para la mesa familiar? ¿Quién tenía la última palabra en la educación de los hijos? ¿Quién arreglaba los matrimonios? ¿Quién heredaba las propiedades de valor? ¿Qué sexo tenía más iniciativa sexual? ¿Se creía que las mujeres eran inferiores a los hombres? Luego interrelacionó éstas y muchas otras variables a fin de determinar el lugar ocupado por las mujeres en las sociedades de todo el mundo.

Las conclusiones de Whyte confirman algunas creencias ampliamente difundidas[475].

No hubo *ninguna* sociedad en la cual las mujeres dominaran a los hombres en la mayoría de las esferas de la vida social. El mito de las mujeres amazonas, las historias de las matriarcas que gobernaban con puño de terciopelo, son sólo eso: mitos e historias. En el 67% del total de las culturas (principalmente en el caso de los pueblos agricultores) los hombres parecían haber controlado a las mujeres *en la mayoría* de los ámbitos de actividad. En una cantidad importante de sociedades (30%) hombres y mujeres parecían haber detentado jerarquías equivalentes, en especial en el caso de los pueblos dedicados a la horticultura y en el de los cazadores-recolectores. Y en el 50% del total de las culturas, las mujeres tenían mucha más influencia informal de la otorgada por las reglas de la sociedad.

Whyte descubrió un hecho aún más importante: no había ninguna constelación de factores interculturales que en su conjunto equivaliera a la posición social de la mujer. En cambio, en cada sociedad había sus más y sus menos. En algunas culturas las mujeres habían hecho una trascendental contribución económica, pero disponían de menor poder en sus vidas maritales y sexuales. En otras podían divorciarse con facilidad pero tenían escasa gravitación en el aspecto religioso o no ocupaban ningún puesto político formal. Aun en las sociedades en que las mujeres tenían valiosas propiedades y ejercían considerable poder económico, no necesariamente contaban con derechos políticos amplios o influencia religiosa. *En síntesis, el poder en un*

sector de la sociedad no se traducía en poder en los demás ámbitos.

En ningún lugar es este hecho más evidente que en los Estados Unidos. En 1920 las mujeres lograron el derecho al voto y su influencia política aumentó. Pero continuaron siendo ciudadanas de segunda clase en lo laboral. Actualmente, el poder de las mujeres dentro del mercado laboral está en alza. Muchas, además, recibieron una formación profesional del más alto nivel. Sin embargo, en el hogar las mujeres casadas continúan realizando la inmensa mayoría de las tareas domésticas, como cocinar, lavar y limpiar[476]. Debido a que los norteamericanos damos por sentado que la posición social es un fenómeno unifacético, no podemos comprender que las mujeres que trabajan sigan realizando casi todas las tareas domésticas. Pero la posición de una persona en un ámbito de la sociedad no afecta necesariamente a su posición en los demás.

Whyte demostró que no existe nada parecido a una posición social femenina *única*, que tampoco existe en el caso de los hombres. El juego por el poder entre los sexos es en cambio como una bola de cristal: si se gira un poco la esfera, proyectará una luz muy diferente. Por lo tanto, las mujeres ancestrales pueden haber sido poderosas en lo económico y tal vez tuvieron gran ascendiente informal, pero no por eso fueron necesariamente líderes de sus respectivos grupos de pertenencia.

¿Qué otra cosa puede revelar un estudio de los pueblos tradicionales sobre las mujeres, los hombres y el poder en el pasado? Bueno, las cuestiones de clase, de raza, la edad, el atractivo sexual, los logros y los lazos de familia también pueden contribuir a explicar el mosaico que llamamos poder.

En determinadas circunstancias el más insípido miembro de la clase alta o del grupo étnico dominante puede reinar sobre una persona más inteligente y más dinámica que esté situada un escalón más abajo. Y aunque tengamos tendencia a formular generalizaciones tajantes acerca de la miserable condición de las mujeres en Asia, las ancianas chinas o japonesas pueden ser tan autoritarias como cualquier hombre. En muchas culturas la edad establece importantes diferencias. También el atractivo sexual, el ingenio y la simpatía. La camarera de un bar puede dominar a un ejecutivo con el sexo; un humorista puede destruir a un político con papel y lápiz; una estudiante puede fascinar a su prestigioso y mucho más culto profesor con una mirada.

El parentesco también influye en quién domina a quién. En las sociedades patrilineales, en las que los hombres son en general los dueños de la tierra y los niños se identifican en función del padre del que descienden, las mujeres suelen disponer de escaso poder formal en la mayoría de los sectores de la sociedad. En cambio, en las sociedades matrilineales las mujeres tienen mayor patrimonio, lo que les otorga más influencia dentro del conjunto de la comunidad.

Por último, los sexos derivan poder del mundo simbólico de la sociedad a la que

pertenecen. A medida que una cultura evoluciona, va desarrollando un «patrón sexual» o guión social acerca de cómo deben comportarse los sexos, así como creencias sobre los poderes de cada uno[477]. Dichos guiones son incorporados mentalmente por las personas. Los pigmeos mbuti de Zaire, por ejemplo, creen que las mujeres son poderosas porque sólo ellas pueden dar a luz. Los mehinaku de Amazonia y muchos otros pueblos otorgan poder a la sangre menstrual, tocarla es causa segura de enfermedad. Los occidentales inmortalizaron el poder de seducción de la mujer sobre el hombre con la fábula de Adán, Eva, la serpiente y la manzana. En última instancia, lo que una sociedad designa como simbólicamente poderoso se vuelve poderoso.

El poder, pues, es un compuesto de múltiples fuerzas que operan en conjunto para que una mujer o un hombre tengan más influencia que otras mujeres y otros hombres.

¿Qué pasa entonces con Twiggy, George, 1470, y los otros homínidos a los que nos referimos en el capítulo anterior y que dejaron sus huesos junto al lago color turquesa de Olduvai hace dos millones de años? ¿Tenían esos hombres y mujeres poderes sociales equivalentes?

No cabe la menor duda de que entre esta «gente» no existían diferencias de clase o de raza. Es poco probable que tuvieran una vida cultural rica en asociaciones simbólicas de poder. Pero con cierto grado de certeza podemos aventurar algunas afirmaciones acerca de Twiggy y sus compañeros. Por ejemplo, que no vivían como los inuit, cuyos hombres obtenían todo el alimento mientras las mujeres se quedaban en casa. No había una «casa». Twiggy tampoco era la hija de un granjero. Por el contrario, era nómada. Nadie se quedaba en el campamento. Y las mujeres trabajaban.

Lo que es aún más importante: Twiggy y sus amigas comían carne.

Y como vengo diciendo, la caza y el robo de la caza ajena no son pasatiempos lógicos en mujeres embarazadas y madres de niños pequeños. Así pues, muy probablemente Twiggy dejaba que su amante se ocupara de obtener la carne, los tendones y la médula de los huesos de las bestias peligrosas, mientras ella y sus amigas se dedicaban a recolectar fruta, vegetales, semillas y a obtener presas menores. De esta manera Twiggy hacía una importantísima contribución a la alimentación diaria. De ser así, tenía poder económico, igual que las mujeres !kung lo tenían y lo tienen hoy en día. En el mundo de Twiggy, las mujeres sexualmente activas y carismáticas probablemente detentaban aún más poder.

Pero ¿cómo vivía Twiggy? ¿Quién mandaba realmente a quién?

No sólo las culturas tradicionales nos dan una clave; también lo hacen otras especies. En realidad, podemos lograr una buena comprensión del poder que ejercía Twiggy en la vida cotidiana analizando una fascinante colonia de chimpancés, en el zoológico Arnhem, de Holanda[478]. Para dichos chimpancés, la manipulación en

busca de prestigio y poder es la sal de la vida diaria.

LOS CHIMPANCES Y LA POLITICA

En 1971 más de una docena de chimpancés fueron instalados en su nueva residencia del zoológico. De noche dormían en jaulas bajo techo e independientes. Luego, después del desayuno, los chimpancés estaban en libertad de salir a un espacio al aire libre de aproximadamente una hectárea. El lugar estaba rodeado de un foso y un alto muro en el borde externo. Cerca de cincuenta robles y hayas, cada uno envuelto en un cerco electrificado que los volvía inaccesibles, se alzaban a su alrededor. Para trepar disponían de rocas y algunos robles secos que había esparcidos por el lugar. Aquí los chimpancés se dedicaban a sus juegos políticos, centrados en el objetivo de la gran huida.

Cada mañana los chimpancés inspeccionaban centímetro a centímetro su reducto a cielo abierto. Una tarde, después de que los antropólogos, los guardianes del zoológico y los entrenadores se habían retirado, pusieron en práctica su plan de fuga. Algunos de ellos calzaron una rama de árbol de cinco metros de largo contra el muro posterior y entonces varios chimpancés escalaron en silencio la fortaleza. Según los informes algunos hasta ayudaron a trepar a los menos ágiles. Luego descendieron por los árboles cercanos y tomaron a su cargo las instalaciones del zoológico. Gran Mamá, la hembra de mayor edad del grupo, se dirigió en línea recta a la cafetería del zoológico, donde se sirvió una leche con cacao y fue a instalarse entre sus protectores.

Tras ser devueltos a sus jaulas, los chimpancés se dedicaron de forma permanente a luchar entre ellos por el poder, manejos que vuelven más comprensible la vida de Twiggy en los tiempos antiguos y la naturaleza de los juegos humanos modernos en pos del poder.

Los chimpancés machos negocian constantemente por el poder. El macho comienza su «despliegue intimidatorio» erizando el pelo, gritando, balanceando el peso del cuerpo de un pie a otro o pateando la tierra, a menudo con una piedra o un palo en la mano. Luego pasa corriendo junto a su rival, golpea el suelo y ulula con gran convicción. En general, este ritual es suficiente para inducir a su oponente a retirarse. La retirada respetuosa es un gesto característico. El subordinado emite una secuencia de gruñidos cortos y jadeantes y hace una profunda reverencia ante su superior, o se pone en cuclillas con el pelaje aplastado para parecer más pequeño.

Los agresores también buscan aliados. Al comienzo de este despliegue intimidatorio el atacante casi siempre procura conseguir un compañero que lo respalde, para lo cual alza una mano con la palma hacia adelante en dirección al

amigo potencial, invitándolo así a secundarlo.

Si consigue un aliado puede cargar contra su oponente, apedrearlo, gritarle, golpearlo con los puños, morderle las manos, los pies o la cabeza. Pero al mismo tiempo vigila a su aliado. Si su lugarteniente parece vacilar en la alianza, el agresor renueva los gestos de ruego a él dirigidos.

Se dice que «nada es gratis», y esto se cumple tanto en la política de los chimpancés como en la de los seres humanos. Cuando un chimpancé respalda a otro, espera obtener una recompensa. En realidad, los chimpancés parecen disfrutar de las rencillas y pueden interrumpir una siesta perfectamente plácida para acercarse a observar un conflicto o para meterse en la refriega. Las alianzas son importantes. En una ocasión, en Arnhem, el macho que era segundo en la línea de mando dedicó su atención a cada una de las hembras, les dio palmaditas y jugó con sus crías. Inmediatamente después de terminado el recorrido, desafió al macho jefe. ¿Había sobornado a las hembras para que se pusieran de su parte? Probablemente. Igual que los políticos que besan a los bebés y hacen referencia a las reivindicaciones femeninas, los chimpancés macho cultivan el apoyo de las hembras.

Algunas coaliciones de machos duran años; la mayoría dura apenas unos minutos; los chimpancés macho hambrientos de prestigio hacen amistades poco profundas. Pero cuando un individuo se mete otra vez en problemas, «recurre a sus trucos», dando gritos hasta que sus aliados vienen a socorrerlo o a participar de la pelea. Algunas veces cuatro o cinco machos participan en la refriega, formando un gran nudo de alaridos, caídas y cuerpos de simios furiosamente enredados.

Quizá mientras Twiggy y sus camaradas homínidos descansaban a mediodía, un macho paseaba su prestigio resoplando, pegando gritos y balanceándose amenazador hasta que un subordinado se inclinaba reverente frente a él. De vez en cuando alguna pelea debía de surgir. Y es probable que los machos cultivaran la amistad de Twiggy buscando su apoyo y el de sus amigas.

LA FORMACION DE LAS REDES

Curiosamente, los machos y hembras de Arnhem se organizan en estructuras de poder muy diferentes, una disimilitud que bien podría darse también entre los seres humanos y que tendría sus orígenes en la época de Twiggy.

Los chimpancés macho se relacionan con sus amigos y enemigos por medio de una trama de intrigas jerárquicas que forman una pirámide flexible de dominio rematada por el macho que ocupa la cima. En ningún momento cabe ninguna duda acerca de quién ocupa cada nivel en la escala jerárquica, ya que cada uno está claramente demarcado. Pero en la medida en que un macho obtiene más aliados y participa en más escaramuzas, la escala de la dominación se modifica poco a poco.

Finalmente, una serie de confrontaciones o una única pelea muy feroz invierte los platillos de la balanza y un nuevo individuo emerge como rey de la jerarquía de los machos.

El jefe tiene una tarea importante: mantener el orden. Se mete en las peleas y aparta a los rivales uno de otro. Y se espera que se comporte como un árbitro imparcial. Si este macho alfa logra disminuir la cantidad de luchas al mínimo, sus compañeros lo respetan, lo apoyan y hasta le rinden pleitesía. Le hacen reverencias inclinando la cabeza y la parte superior del cuerpo en movimientos rápidos y repetidos. Le besan las manos, los pies, el cuello y el pecho. Se agachan para confirmar que están por debajo de él. Y lo siguen formando un séquito. Pero si el jefe no logra mantener la armonía, sus inferiores le quitan el apoyo hasta que la jerarquía cambia lentamente y se logra la paz. Los subordinados son los que crean al jefe.

Las hembras de chimpancé no crean esta especie de pirámide de jerarquía. En cambio, forman pandillas, subgrupos de individuos relacionados lateralmente que se cuidan mutuamente a las crías y se protegen y se ayudan en momentos de caos social. Las hembras son menos agresivas, menos interesadas en dominar, y esta red puede mantenerse estable —y con relativa igualdad— durante años. En realidad, la hembra más dominante por lo general adquiere dicha posición sólo en función de su personalidad, de su carisma tal vez, también de su edad, pero no mediante la intimidación.

Las chimpancés hembra tienen conflictos y, al igual que los machos, recurren a sus aliados para inclinar la balanza a su favor. En una ocasión una hembra en peligro llamó a un macho amigo para que la ayudara. En medio de agudos gritos de «indignación», apuntó con toda la mano (más que con un dedo) en dirección a su atacante, mientras acariciaba y besaba a su aliado. Al volverse sus llamadas más insistentes, el macho amigo contraatacó a la antagonista mientras la hembra observaba desde fuera con expresión satisfecha.

¿Tienden naturalmente los machos humanos a formar pirámides jerárquicas y luego, desde ahí, a procurarse mejores posiciones, mientras las mujeres forman grupos más igualitarios y estables? Sería difícil demostrarlo. Pero si Twiggy se asemejaba de alguna forma a las chimpancés de Arnhem, entonces tenía una red de amigos devotos. También tenía enemigos mortales. Y podía alimentar un rencor durante años.

Sin embargo, el papel más importante que Twiggy puede haber desempeñado era el de árbitro. En Arnhem, Gran Mamá cumplía esa función. Hacía cesar las discusiones entre los jóvenes con sólo pararse junto a ellos, gritando y agitando los brazos. Era siempre Gran Mamá la que dominaba al vencedor cuando se subía al árbol seco situado en el centro del cercado. Y después de cualquier reyerta el perdedor corría gimiendo hacia ella. Con el paso del tiempo, Gran Mamá se convirtió

en la zona de seguridad, la policía, el juez y el jurado.

Otras hembras de Arnhem también actuaban como mediadoras. En cierta ocasión, durante el «paseo intimidatorio» de un macho, una hembra fue hacia él, despegó uno por uno sus dedos de la piedra que empuñaba y se la llevó. Cuando el macho encontró otra piedra, ella también se la quitó; este proceso de confiscación se repitió seis veces seguidas. Otras mediadoras proceden de otras maneras. Algunas simplemente clavan la punta de los dedos en el costado del vencedor, empujándolo hasta su enemigo y haciéndolo sentar junto a él, para empezar la ceremonia de las caricias.

El ritual de las caricias tiene una estructura definida, y señala quizá el aspecto más importante de las relaciones de poder de nuestro pasado: hacer las paces era el mayor acontecimiento de la vida cotidiana. Pocos minutos después de una escaramuza, horas o quizá días más tarde, los chimpancés enemistados caminan uno hacia otro, se gruñen con suavidad, se dan la mano, se abrazan, se besan en los labios y se miran fijamente a los ojos. Entonces toman asiento, se lamen mutuamente las heridas y se acarician. Los chimpancés rivales también invierten extraordinarias cantidades de energía en suprimir la animosidad, acariciándose recíprocamente con furia cuando están bajo gran tensión.

Los chimpancés y todos los otros primates realizan grandes esfuerzos para apaciguar a sus compañeros. La violencia es poco habitual; lo normal es aplacar, como debió de ser entre nuestros antepasados en tiempos de Twiggy.

Basándose en las perpetuas luchas por el poder en el zoológico de Arnhem, el primatólogo Franz De Waal demostró varias cosas acerca del poder entre estos primates, principios que probablemente se aplican a nuestros antepasados en las llanuras de África milenios atrás y que fueron trasmitidos a través del tiempo hasta la humanidad moderna.

En primer lugar, el poder cambia de manos. Las jerarquías se formalizan, pero los animales son parte de una dúctil red de relaciones. Por otra parte, la capacidad para gobernar no depende de la fuerza, el tamaño, la velocidad, la agilidad o la agresividad; depende del ingenio, de las amistades, de cómo se pagan las deudas sociales. Por último, el poder puede ser tanto formal como informal. Como fuerzas de apoyo y árbitros, las hembras desempeñan un papel fundamental en el juego del poder. En las circunstancias adecuadas hasta una hembra podría reinar.

En realidad, cuando los visitantes le preguntaron a De Waal quiénes detentaban más poder, si las hembras o los machos de chimpancé, él se encogió de hombros y dio la siguiente explicación. Si uno se fija en quién saluda a quién, los machos dominan a las hembras el 100% del tiempo. En función de quién gana en las interacciones agresivas, los machos ganan el 80% de las veces. Pero si se toma en cuenta quién le quita la comida a quién, o quién se sienta en los mejores lugares, las

hembras ganan el 80% de las veces. Y para subrayar la complejidad del poder, a De Waal le gustaba agregar: «Nikkie (macho) es el simio que ocupa la posición más alta en la jerarquía, pero depende totalmente de Yeroen (macho). Luit (macho) es individualmente el más poderoso. Pero a la hora de ver quién puede hacer a los otros a un lado, Mamá (hembra) es la que manda»[479].

De Waal confirmó las dos cosas observadas por los antropólogos en las culturas humanas: la jerarquía no es una cualidad única, monolítica, que pueda medirse de una sola manera, y el dominio de los machos, si implica poder sobre las hembras en todos los aspectos de la vida, es un mito.

Hay un último factor que puede haber contribuido al poder de Twiggy: su estado civil. En varias especies de primates, como los babuinos, por ejemplo, los grupos de hembras emparentadas permanecen generalmente juntas, mientras que los machos cambian de una manada a otra. Dentro de cada manada, una «matrilínea» tiende a predominar sobre las otras, y así sucesivamente, de modo que se forma una jerarquía dinástica relativamente estable, la red de «las chicas mayores»[480]. Por lo tanto, con frecuencia una jovencita perteneciente a un clan de hembras de gran jerarquía dominará a una hembra madura de una familia de menor prestigio.

Por otra parte, las crías a menudo asumen la jerarquía de la madre. Entre los chimpancés salvajes de Gombe, donde las hembras no están organizadas en clanes matrilineales sino que forman pandillas, los hijos de la hembra reinante, Flo, al crecer adquirieron influencia sobre la comunidad, mientras que las crías de una compañera sometida se convirtieron en adultos sometidos.

LAS RELACIONES ENTRE SEXOS EN LA ANTIGUA OLDUVAI

Las relaciones de poder en las culturas humanas tradicionales y la política entre los chimpancés, nuestros parientes vivos más cercanos, ciertamente indican cómo puede haber sido la vida de nuestros antepasados y de qué manera pueden haber rivalizado entre sí por el poder en el desfiladero de Olduvai hace dos millones de años.

El primer recuerdo de Twiggy puede haber sido el de la hierba ondulando en la pradera, mientras su madre corría con ella montada sobre una cadera. Para la época en que cumplió tres o cuatro años, ya sabía dónde crecían los árboles de acajú y cómo desenterrar raíces. Probablemente jugaba en los pozos de agua mientras su madre buscaba cangrejos y se hamacaba de las ramas de las higueras mientras los adultos buscaban retoños y frutas dulces. Si su madre era poderosa, como Gran Mamá, probablemente Twiggy descansaba en los lugares umbríos. Si el amante de mamá era un buen ladrón de caza ajena, cenaba lengua y otros bocados deliciosos de ñu azul. Y

tal vez cuando todos se ponían en fila para beber el agua fresca que goteaba de una roca, Twiggy iba primera.

Si estos antepasados viajaban en grupos de machos o de hembras emparentados, es algo que nunca sabremos. Pero cada mañana, entre diez y cincuenta miembros de la manada de Twiggy deben de haberse despertado, parloteado, bebido, hecho sus necesidades, y abandonado sus guaridas nocturnas para recorrer las márgenes del lago o lanzarse a la pradera. Algunas veces unos pocos machos se desprendían del grupo para explorar o robar carne y regresaban más tarde. Entonces, al atardecer, se instalaban juntos a compartir la comida y a dormir bajo un montecillo de higueras, en un risco cubierto de hierba, o en el lecho de un arroyo seco. Y a la mañana siguiente todo volvía a empezar.

A medida que pasaban los días, Twiggy probablemente se acostumbró a ver que otros machos y hembras se inclinaban y hacían reverencias a su madre a medida que avanzaban. Al crecer un poco más, probablemente pasó a corretear pegada a su hermana mayor, formó una pandilla con otras niñas, y pasaban el tiempo acicalándose mutuamente, jugando al corre que te pillo y persiguiendo a los varones. Sin duda, Twiggy sabía cuál era su lugar en la red social y sonreía, se inclinaba, y besaba las manos y los pies de sus superiores. Cuando Twiggy peleaba con otros niños, su madre (o su padre) la defendía y ella ganaba. Y, por medio de artilugios y simpatía, Twiggy se hizo amiga de los varones, y luego los halagó para que compartieran con ella sus bocados de carne.

Cuando Twiggy llegó a la pubertad, debe de haberse apareado con algún amigo especial. Tal vez él pertenecía a otra manada con la que se cruzaron mientras la suya realizaba la peregrinación anual de la temporada seca hasta el lago color turquesa. Juntos, Twiggy y su amante cruzaron las abiertas llanuras; juntos compartieron la comida y tuvieron un hijo. Si la vida en pareja se agrió, ella probablemente esperó hasta que su cría dejó de mamar y entonces buscó su varita de cavar y su bolsa y se unió a una manada vecina. La autonomía económica permitía a Twiggy abandonar a su pareja tan pronto como su hijo podía tenerse en pie.

También puede haber sido poderosa en otros aspectos de la vida diaria. Si Twiggy recordaba constantemente dónde encontrar miel y vegetales muy preciados, era digna de admiración. Tal vez también era árbitro, y quitaba las piedras y los palos de la mano de su marido mientras él se balanceaba y le gritaba a un rival. Es indudable que tenía una o dos amigas que siempre la defendían en las peleas. Y si Twiggy era carismática, brillante, respetada y sabía qué hacer para retener a sus amigos, puede muy bien haber sido líder de su grupo. Entre los primates la ley de la selva no es la fuerza bruta sino la inteligencia.

Esta inteligencia pronto descubrió el fuego e inventó nuevas herramientas y armas. Y entonces nuestros antepasados entraron como un cohete en la vida social

«casi humana».

XII. CASI HUMANOS
Génesis del parentesco y de la adolescencia

Descender de antepasados importantes es algo realmente deseable, pero la gloria les pertenece a ellos.

PLUTARCO, *Moral*

Fuego.

A partir de su descenso de los árboles, nuestros antepasados deben de haber corrido a lagos y arroyos cada vez que los volcanes escupían bolas de roca incandescente o cuando los rayos lamían la pradera y las llamas se propagaban por los pastizales. A través de la llanura todavía ardiente, pisando con cuidado entre las brasas, probablemente volvían atrás recogiendo en su camino liebres, lagartos, colmenas caídas y semillas, y luego se deleitaban con el sabor de la comida asada.

En la entrada de las cavernas, donde el excremento de búhos, murciélagos, tigres de largos colmillos y demás habitantes de las mismas se acumulaba en ricos depósitos, las llamas pueden haber ardido durante días y tal vez semanas, y poco a poco los antiguos se acostumbraron a dormir junto a estas brasas e incluso a alimentar las ávidas llamas con ramas secas, hasta que el paso de alguna presa, la promesa de distantes frutales en flor o la escasez de agua forzaban al pequeño grupo a dejar atrás el brillo cálido y protector.

El fuego acompañaba a la humanidad, como enemigo cuando se descontrolaba y como amigo cuando cedía. Pero cuando nuestros antepasados descubrieron la forma de controlar las llamas, de trasladar brasas dentro de un cráneo de babuino o envueltas en hojas carnosas, el fuego se convirtió en su fuerza más importante. Mediante el fuego podían endurecer la madera para fabricar lanzas más mortíferas. Quemando musgo podían hacer humo y así sacar a los roedores de sus madrigueras o conducir a los conejos hacia las trampas. Haciendo hogueras podían mantener alejados a los sigilosos depredadores nocturnos de las presas a medio consumir. Y con ramas encendidas podían sacar a las hienas de sus cuevas para usurpar sus refugios y dormir dentro del haz de luz. Ahora, tanto los heridos como los machos y hembras entrados en años, las hembras encintas y los niños pequeños podían permanecer en el campamento. Porque había un campamento. Liberados de la

dependencia total del sol, nuestros antepasados podían alimentar las brasas y holgazanear al alba, reparar las herramientas al atardecer y revivir los hechos del día hasta avanzada la noche.

Esta innovación era sólo una parte de los adelantos logrados por nuestros antepasados hace un millón de años, con lo cual también abrían la puerta a profundos cambios en la sexualidad.

Tal vez no sepamos nunca con certeza cuándo la humanidad comenzó a controlar el fuego. Los antropólogos no se ponen de acuerdo[481]. Pero lo que podría ser la más antigua prueba de un campamento con fuego la encontramos en la caverna de Swartkrans, en Suráfrica, donde los antropólogos C. K. Brain y Andrew Sillen recientemente descubrieron doscientos setenta restos de huesos de animales chamuscados[482].

Ellos informan que los fósiles se quemaron a una temperatura entre 200 y 800 grados centígrados. Este es el espectro térmico generado hoy por un fuego de campamento armado con ramas de los árboles malolientes. Quizá alguien haya recogido ramas secas de los muchos árboles malolientes que cubrieron esta zona durante milenios, y haya disfrutado de las ventajas del fuego casi un millón y medio de años atrás. Y una vez que nuestros antepasados comenzaron a hacer hogueras, repitieron la operación una y otra vez. Más de veinte niveles diferentes de restos de hogueras se superponían en Swartkrans, lo cual nos remite a nuestro atávico amor por el fuego.

¿Qué «gente» era la que se calentaba las manos y quemaba estos huesos en la caverna de Swartkrans?

Entre los restos encontrados aparecen partes de esqueletos de *Australopithecus robustus* primitivos, los cuales desaparecieron hace aproximadamente un millón de años. Pero también los *Homo erectus* habitaron la región. Y Brain piensa que fueron estos homínidos más avanzados quienes arrojaron ramas en las hogueras. ¿Por qué? Porque los homínidos *Homo erectus* eran mucho más inteligentes y más orientados hacia la humanidad.

Esa «gente» aparece en los registros de restos fósiles encontrados en el desfiladero de Olduvai, Tanzania, en Koobi Fora, Kenia, y en el valle del Río Orno, en Etiopía meridional, con una antigüedad de 1,8 millones de años. Pero el yacimiento más elocuente de *Homo erectus* es Nariokotome III[483].

Aquí, entre áridos sedimentos situados cerca de la orilla del lago Turkana, en Kenia, un individuo joven murió entre los matorrales hace casi 1,6 millones de años. El aspecto robusto del cráneo y la forma de las caderas indican casi con seguridad que se trataba de un varón[484]. Debía de tener unos doce años de edad y medía poco menos de un metro setenta en la fecha de su muerte. Si hubiera sobrevivido,

posiblemente habría superado el metro ochenta. Sus manos, brazos, caderas y piernas eran muy semejantes a los nuestros. El pecho era un poco más redondeado que el de los hombres modernos, y tenía una vértebra lumbar más. Pero si este joven, vestido con ropas actuales, hubiese golpeado la puerta del lector con una máscara en la víspera de Todos los Santos (Halloween), con seguridad no habría reparado en él.

En cambio, si se hubiese quitado la máscara, el lector habría salido corriendo. La mandíbula prominente y los dientes enormes, la protuberante estructura ósea sobre los ojos, la frente plana y recesiva, el grueso cráneo y los abultados músculos del cuello habrían paralizado hasta al policía de la esquina. Sin embargo, el muchacho era razonablemente inteligente. Tenía una capacidad craneal de 900 centímetros cúbicos, mucho mayor que la de Twiggy o sus contemporáneos australopitecinos y muy poco por debajo del promedio humano actual de 1.000 a 2.000. Los cráneos de los *Homo erectus* posteriores muestran capacidades craneales aún mayores, que llegan hasta los 1.300 centímetros cúbicos.

Resulta interesante destacar que a los chimpancés les gusta fumar cigarrillos y tienen gran habilidad para encender fósforos y apagar la llama de un soplo[485]. De modo que es probable que el *Homo erectus*, con una capacidad craneal muchísimo mayor que la de los chimpancés, supiera cómo manejar el fuego y abanicar las llamas en la caverna de Swartkrans más de un millón de años atrás. Con sus avanzados cerebros, estos creativos animales empezarían a construir los aspectos sociales y sexuales de nuestro mundo humano actual.

En primer lugar, el *Homo erectus* creó herramientas sofisticadas.

Mientras los primitivos residentes de la caverna de Swartkrans habían fabricado rudimentarias herramientas de cristal de roca —simples trozos de roca gastados por el agua y partidos de un golpe a fin de sacarles filo—, el ingenioso *Homo erectus* comenzó a apartar las delicadas escamas desprendidas de las piedras mayores. Probablemente empleaban estas pequeñas escamas para cortar, tajear, raspar o cavar. Sin embargo, resultan aún más impresionantes sus grandes hachas de mano, de piedra, que miden de quince a dieciocho centímetros. Se las llama hachas de mano achelenses, porque las primeras se descubrieron en la localidad de St. Acheul, Francia. Con un extremo romo y redondeado, y cuidadosos cortes en ambos laterales hasta formar en el otro extremo una punta ahusada, dichas herramientas tenían aspecto de almendras, peras o lágrimas de piedra.

Como pelotas de golf en una trampa de agua, las hachas de mano se hallaron desparramadas a lo largo de antiguos arroyos y ríos, en bancos que atravesaban canales, en las márgenes de los lagos, en pantanos y ciénagas del África meridional y oriental, así como junto a diversos cursos de agua de Europa, la India e Indonesia. De modo que, si bien algunas pueden haberse empleado para cavar alrededor de los vegetales que crecían junto a las orillas, desde hace tiempo se piensa que el *Homo*

erectus primitivo utilizaba las herramientas fusiformes principalmente para arrancar el cuero y desarticular animales muertos junto al agua, así como para separar la carne del hueso, cortar los tendones y partir los huesos para extraerles la médula.

Éste pudo muy bien haber sido el destino de un cachorro de rinoceronte cuyos restos fueron encontrados junto al lago Turkana, en lo que 1,5 millones de años atrás era un lago fangoso y poco profundo. Se hallaron varias hachas de mano achelenses en los alrededores. Y siete huellas de pie de un individuo *Homo erectus* quedaron marcadas en el barro de las cercanías[486]. Quizá el individuo, que medía más o menos un metro sesenta y pesaba unos 60 kilos, vadeó silenciosamente las aguas hasta el lugar donde la bestia retozaba, y la mató.

Fuego. Herramientas sofisticadas. Cazar animales de mayor tamaño. Actualmente, los antropólogos piensan que estos antepasados también tenían residencias permanentes a las que regresaban, campamentos en los que pasaban días o semanas[487]. En síntesis, los hombres y mujeres *Homo erectus* habían comenzado a perfeccionar los elementos esenciales del estilo de vida cazador-recolector. Con estos progresos, los fundamentos de nuestra forma de vida humana, de nuestra sexualidad y de nuestra concepción del amor iban a emerger a corto plazo. Sin embargo, nuestro cerebro en expansión creó algunas complicaciones que aceleraron el recorrido de dicho camino.

NACIDOS ANTES DE TIEMPO

A partir de la década de los sesenta, los antropólogos consideran que en algún momento de la evolución de los homínidos el cerebro se volvió tan grande en proporción con el canal pelviano de la madre que la mujeres comenzaron a tener dificultades con los partos de criaturas con grandes cerebros. En síntesis, con sus cabezas expandidas no podían salir. Esta conflictiva estrechez es conocida como el dilema obstétrico[488]. La solución de la naturaleza fue que los partos se produjeran antes, en una etapa anterior del crecimiento fetal (feto más pequeño), para que el desarrollo cerebral se completara *a posteriori*, en la vida posnatal[489]. Como lo resume Ashley Montagu: «Si no hubiesen nacido en el momento en que lo hacían, no habrían nacido nunca»[490].

En realidad nacemos antes de tiempo: el bebé humano recién nacido es apenas un embrión. Todos los primates dan a luz criaturas inmaduras, y el grado de inmadurez va en aumento de monos a simios, y de simios a humanos. Pero los bebés humanos nacen aún más inmaduros que los de nuestros parientes más cercanos, una característica conocida como inmadurez o altricialidad secundaria[491]. El recién nacido humano tarda entre seis y nueve meses en adquirir las respuestas químicas de

hígado, riñones, sistema inmunológico y tracto digestivo, las reacciones motoras y el desarrollo cerebral del que otros primates disponen poco después del nacimiento.

Los científicos calculan que nuestros antepasados comenzaron a dar a luz bebés muy inmaduros cuando el cráneo del adulto alcanzó una capacidad de 700 centímetros cúbicos, es decir, hace casi un millón de años, en tiempos del *Homo erectus*[492],

Esa adaptación tuvo grandes repercusiones en los patrones humanos de conducta en las áreas del matrimonio, el sexo y el amor. En particular, las criaturas indefensas debieron de aumentar enormemente la «carga reproductora» de las mujeres *Homo erectus*, estimulando más aún la elección del enamoramiento, el apego y la monogamia. Entonces, el tener un consorte estable era todavía más decisivo para la supervivencia de la indefensa criatura[493].

La antropóloga Wenda Trevathan considera que las complicaciones de esta estrechez del canal pelviano en el parto también estimularon el surgimiento de la primera profesión femenina especializada: la de comadrona partera. En su libro *Human Birth: An Evolutionary Perspective* (El nacimiento humano: una perspectiva evolucionista), Trevathan analiza el parto humano desde la perspectiva de observadora conductista. Propone, por ejemplo, que cuando una madre humana acaricia a su recién nacido, este gesto proviene no sólo de la necesidad psicológica de establecer vínculos, sino también de la costumbre de los mamíferos de lamer al recién nacido para estimularlo a que respire y a que cumpla otras funciones biológicas. Debido a que los recién nacidos humanos vienen al mundo cubiertos de un fluido cremoso conocido como *vernix caseosa*, tal vez las madres que acaban de dar a luz heredaron el hábito de acariciarlos de las que los frotaban para que este gel grasoso lubricara la piel y los protegiera de virus y bacterias. Trevathan también destaca que, al margen de que sean diestras o zurdas, las madres sostienen al recién nacido con el brazo izquierdo, directamente sobre el corazón, probablemente porque los latidos calman al niño.

De todavía mayor pertinencia para nuestra historia, Trevathan piensa que en tiempos del *Homo erectus* los partos se habían vuelto tan difíciles que las mujeres necesitaban de alguien que cogiera al recién nacido. Así habría aparecido la tradición humana de la comadrona. Quizá esas ayudantas también quedaban relacionadas con el bebé, ampliándose de este modo el círculo de adultos que se sentían responsables del niño[494].

Nuestros antepasados *Homo erectus* se enfrentaron con otra carga monstruosa: los adolescentes. A partir de las características de los dientes antiguos, los antropólogos infieren a qué velocidad crecían nuestros antepasados. Parecería que en cierto momento, entre un millón y doscientos mil años atrás, el proceso humano de

maduración se volvió más lento. En ese momento no sólo las mujeres daban a luz bebés muy inmaduros, sino que también se hizo más larga la infancia[495].

Démosle la bienvenida a la aparición de la adolescencia, otra característica exclusiva del animal humano, una divergencia que lo distingue claramente de nuestros parientes, los simios. El chimpancé tiene una infancia bastante similar a la de los pueblos cazadores-recolectores, de unos cuatro años. Pero el primer molar de los chimpancés aparece aproximadamente a los tres años, y entran en la pubertad más o menos a los diez años de edad. Nuestro primer molar no aparece hasta los seis años. Y es frecuente que las niñas de los pueblos cazadores-recolectores no tengan la menarquía hasta los dieciséis o diecisiete años; los varones también atraviesan una prolongada adolescencia. En realidad, los seres humanos no cesan de crecer físicamente hasta cerca de los veinte años.

Lo que resulta más sorprendente es que los padres continúen suministrando casa y comida a los hijos adolescentes. Cuando la madre chimpancé desteta a su bebé, éste pasa a procurarse su propia comida y arma su propio nido todas las noches. El chimpancé joven todavía permanece cerca de la madre la mayor parte del tiempo. Pero en cuanto dejan de mamar, la madre del simio se desentiende de la alimentación y la habitación de sus crías. No ocurre así con la humanidad. A los cinco años un niño humano apenas podría desenterrar una raíz; aun el niño más adelantado de una sociedad cazadora-recolectora sería incapaz de procurarse comida y de sobrevivir hasta pasada la adolescencia. De modo que los padres continúan criando a sus hijos unos diez o doce años más después del destete[496].

Por lo tanto, la infancia humana se volvió el doble de larga que la de chimpancés y otros primates.

¿Por qué el proceso de maduración humana se hizo tan prolongado? Creo que para ganar tiempo, tiempo en la niñez que permita descubrir pautas de supervivencia en un mundo cada vez más complejo. Los varones necesitaban aprender dónde buscar piedras adecuadas, cómo y exactamente dónde golpearlas para quitarles una arista y para darles la forma correcta para arrojarlas. Los varones debían observar a los animales, aprender cuándo y dónde las hembras daban a luz a sus crías, qué animales conducían los rebaños, cómo cambiaban los vientos y las estaciones, qué presa seguir, cómo seguir un rastro, cómo acorralar y atacar a la presa, cómo descuartizarla y dividir los pedazos.

Las niñas tenían aún más que aprender: cómo transportar el fuego, dónde crecían las matas de bayas, qué plantas evitar, dónde buscar los huevos de las aves, cómo eran los ciclos vitales de cientos de plantas diferentes, dónde se refugiaban los animales pequeños y dónde se asoleaban los reptiles, y qué hierbas eran mejores para los resfriados, las gargantas doloridas y los estados febriles. Todo este aprendizaje implicaba prueba, error e inteligencia. Quizá los jóvenes también tenían que

memorizar largos cuentos, historias ejemplares que les proporcionaban información acerca del clima, de los hábitos de las plantas y los animales que los rodeaban.

Además, debían aprender las sutilezas del juego del apareamiento. Con la evolución de la adolescencia pudieron disponer de todos esos años adicionales para experimentar en las artes del cortejo, la sexualidad y el amor: aspectos cruciales de la vida en un mundo socializado en el cual hombres y mujeres necesitaban aparearse para compartir su comida y criar a sus hijos en equipo.

AMOR FRATERNAL

A medida que se expandía el cerebro y las mujeres comenzaban a parir criaturas indefensas con una larga adolescencia por delante, la presión sobre los padres debió de aumentar, dando pie al desarrollo de otra característica humana: el parentesco.

Muchos animales, incluso todos los grandes primates, reconocen el parentesco biológico y tienden a favorecer a tíos, sobrinos y aun a parientes más lejanos. De modo que las raíces del parentesco humano están profundamente incorporadas desde nuestro más distante pasado de mamíferos. Pero cuando nuestros antepasados comenzaron a dar a luz criaturas indefensas que necesitaban casi veinte años para madurar, estas nuevas presiones debieron de acelerar la evolución de una de las más importantes invenciones sociales humanas: los parientes formales con funciones específicas, la argamasa de la vida social humana tradicional.

Se podría decir que la aparición de los adolescentes dependientes obligó a los padres a permanecer juntos por más tiempo a fin de satisfacer sus necesidades. Pero, como ya subrayé en el capítulo v, los divorcios tienden a acumularse en el cuarto año de matrimonio, es decir, la duración aproximada de la primera infancia. En ninguna parte del mundo es característico que las personas permanezcan unidas hasta completarse la adolescencia de sus hijos y que después, sistemáticamente, se separen.

Como nuestros antepasados no adoptaron la estrategia reproductora de permanecer juntos para criar a sus hijos adolescentes, la naturaleza dio un paso creativo dando lugar al fenómeno humano del parentesco. ¡Qué recurso tan ingenioso!: una red de individuos emparentados *y no emparentados,* enlazados en una trama formal de lazos y deberes, una alianza eterna e inquebrantable dedicada al cuidado mutuo de sus descendientes, del ADN común. ¿Cómo ocurrió esto, y qué relación guarda con la evolución del matrimonio, el adulterio y el divorcio?

La naturaleza de los primeros grupos humanos de parientes y la evolución de nuestros exclusivos sistemas de parentesco concentran algunas de las más antiguas polémicas antropológicas. Un aspecto esencial del debate es qué vino primero, si la cultura matrilineal o patrilineal, es decir, si nuestros antepasados rastreaban sus

orígenes en función de la herencia materna o de la paterna. Analizaremos esta polémica en el capítulo XV. Por ahora sólo quiero puntualizar una cosa.

Entre los chimpancés comunes, los machos emparentados suelen permanecer juntos para defender a la comunidad, mientras que es característico de las hembras abandonar el grupo en la pubertad para buscar pareja en otra parte. Por lo tanto, los hermanos comparten la vida adulta y las hermanas tienden a dispersarse. He aquí la semilla de la cultura patrilineal, el sistema de parentesco basado en los lazos masculinos. Entre los babuinos de la sabana ocurre lo contrario. Los grupos de hembras emparentadas se trasladan en conjunto, mientras que al llegar a la edad adulta los machos se apartan a fin de integrarse en otras manadas. He aquí el origen de la cultura matrilineal. ¿Qué pretendo demostrar con esto? Como la estructura de parentesco varía entre los primates, es imposible formular una hipótesis fundamentada acerca de los lazos de parentesco de las manadas homínidos tempranas.

Pero hay una excepción. Tal como ya lo expuse, los machos y las hembras ancestrales comenzaron a relacionarse y desplazarse en conjunto por la llanura tan pronto como descendieron de los árboles, unos cuatro millones de años atrás. Ahora puedo agregar que las parejas viajaban dentro de grupos mayores, cuyos miembros estaban sólidamente unidos a través de lazos formales de parentesco.

Cómo las vagas nociones viscerales de parentesco se convirtieron en reglas concretas es un tema sobre el que sólo podemos hacer suposiciones. De pequeña, la niña antigua probablemente esperaba que el amigo especial de su madre compartiera la carne con ella, que la protegiera y la tomara en sus brazos cuando lloraba. El vínculo específico que tenía con él se transformaría en el de «hija-padre». La niña tenía la obligación de ayudar en la crianza de sus hermanos pequeños, un deber definido que se convertiría en el lazo «hermana-hermano». Y a las hembras que estaban generalmente cerca de su madre con el tiempo las llamaría «tías».

Con el desarrollo de la caza de animales de mayor tamaño, la intensificada división del trabajo entre sexos y las vicisitudes de criar a los bebés indefensos hasta completada la adolescencia, nuestros antepasados comenzaron a visualizar *categorías* de individuos, cada una con responsabilidades, tareas específicas y funciones sociales implícitas. Y con la evolución de los sistemas de parentesco, nuestros antepasados debieron de empezar a definir quién podía aparearse con quién. Como se verá en el próximo capítulo, en ese momento surgieron las reglas sexuales.

FUERA DE África

Nuestros antepasados *Homo erectus* también comenzaron a desparramarse por todo el globo. Algunos antropólogos piensan que los primeros homínidos aparecieron

en Europa hace dos millones de años[497]. En algunos puntos al norte del mar Mediterráneo se encontraron herramientas que se calcula tienen una antigüedad aproximada de un millón de años. A esas alturas, nuestros mayores indudablemente habían avanzado también hacia el éste, llegando a Java. Hace unos 500.000 años llegaron también al norte de China. En realidad, se han hallado sus cráneos y huesos, así como sus herramientas, en yacimientos de toda Eurasia que se remontan a 500.000 años atrás.

No conocemos la razón por la cual nuestros antepasados abandonaron África. Tal vez porque podían hacerlo. Un millón de años atrás la temperatura de la Tierra había vuelto a descender mucho. Al norte, en Europa y Asia, la nieve se acumulaba en las tierras altas durante los inviernos más largos y fríos, y se derretía menos cantidad de nieve durante los fríos días y noches del verano. A lo largo de los siglos las capas de hielo se convirtieron en costras glaciales de más de un kilómetro de altura. Luego la fuerza de gravedad volteó estas fortalezas de hielo de las altas cumbres, y dio pie de este modo a la formación de valles, cambió grandes masas rocosas de lugar, arrancó árboles y extendió el crudo clima hacia el sur. Cada espasmo de frío se prolongaba durante varios miles de años.

Con cada golpe de frío intenso era mayor la masa de agua de los mares que se convertía en hielo. De modo que imperceptiblemente el nivel del mar bajó unos ciento cincuenta metros y dejó al descubierto grandes puentes terrestres, caminos que conducían hacia el norte.

No sólo podían nuestros ancestros caminar ahora hacia el norte, tal vez tuvieron que hacerlo. A medida que se volvieron más hábiles en el arte de la caza, probablemente necesitaron ampliar sus horizontes y buscar presas en las tierras del norte[498]. Por otra parte, las grandes antorchas con las que podían cazar y protegerse, así como las herramientas más eficaces para carnear las presas, les permitían obtener más carne, lo cual facilitó la supervivencia de más niños. De modo que cuando un pequeño grupo aparecía en la caverna Swartkrans, otro ya estaba instalado allí; de lo contrario, el grupo que llegaba se apoderaba de las higueras y de los estanques de cangrejos. Por último, el estallido de conflictos entre vecinos o entre integrantes de un mismo grupo podrían haber derivado en el hecho de que subgrupos o comunidades enteras abandonaran la región natal.

Sea cual fuere la causa de la migración, poco a poco nuestros antepasados empezaron a explorar los nuevos ríos formados en los valles y las nuevas vías de salida de África. Avanzando no más de quince kilómetros por generación, en menos de veinte mil años habrían llegado a Pekín.

Y eso es precisamente lo que hicieron.

La más importante reserva de pruebas está en Dragón Bone Hill, un yacimiento ubicado a unos cuarenta y cinco kilómetros de Pekín, un lugar bien conocido por los

antropólogos con el nombre de Zhoukoudian. Aquí los cazadores de fósiles venían encontrando huesos arcaicos desde siglos atrás, tesoros que vendían a los químicos locales. Estos, a su vez, molían los fragmentos hasta convertirlos en un polvo de sabor agrio que luego pregonaban como elixires medicinales. En 1927, después de oír hablar de estas expediciones, el anatomista canadiense Davidson Black organizó su propia peregrinación a la zona.

Desde entonces, más de una docena de cráneos, unos ciento cincuenta dientes y fragmentos de más de cuarenta individuos *Homo erectus* fueron desenterrados en Dragón Bone Hill, junto con huesos de cerdos salvajes, elefantes, rinocerontes, caballos, así como cientos de herramientas de piedra. Curiosamente, algunos cráneos de homínidos habían sido destrozados en la base, como si les hubiesen extraído el cerebro.

¿Canibalismo?

Esta es la explicación aceptada. Hombres y mujeres *Homo erectus* acampaban en el lugar, tal vez en el otoño, época en que los mamuts y mastodontes, rinocerontes, ciervos y antiguos caballos pasaban a todo galope junto al campamento buscando un clima más cálido y húmedo en las tierras del sur. En este punto, hace aproximadamente 500.000 años, algunos individuos *Homo erectus* se alimentaron con carne de otros individuos, ya fuera como un ritual destinado a honrar a amigos muertos o para execrar a sus enemigos[499].

Mientras algunos de nuestros mayores seguían a los ciervos, bueyes almizcleros, bisontes, alces gigantes y otras bestias de gran tamaño en su travesía en dirección a China del norte, unos 500.000 años atrás, otros se trasladaron en pequeños grupos rumbo al sur, hacia Java, donde dejaron sus restos junto al vaporoso río Solo. Otros muchos comieron cerca del mar de Galilea hace unos 700.000 años. Y otros, en diversos momentos que oscilan entre los 400.000 y los 200,000 años atrás, acamparon y abandonaron sus desperdicios en Hungría, Francia, Inglaterra, Gales y España[500].

¿Qué ocurrió entonces con la sexualidad, el amor y la vida cotidiana de los hombres y mujeres que merodeaban en torno a los hipopótamos en el lago Turkana, de los que comían y dormían en Zhoukoudian, así como de todos esos antiguos que dejaron sus huesos, herramientas y desechos en los alrededores de las dunas de Argelia, las tundras de España, las llanuras de Hungría, las estepas de Rusia, los bosques de Inglaterra y las junglas de Java entre 1.600.000 y 200.000 años atrás?

Probablemente, los hombres valoraban a las mujeres por su trabajo como recolectores y madres. Estas mujeres debían de estar familiarizadas con cada planta de artemisa, con cada árbol azucarero. Seguramente conocían hasta el más mínimo matorral de habichuelas, cada hilo de agua resbalando por las rocas, todos los huecos, cuevas y senderos en cien millas a la redonda, aun en llanuras aparentemente tan

uniformes como el océano Pacífico. La mayoría de las mañanas las mujeres debían de dejar el campamento con sus niños dentro de bolsas de piel sujetas a la espalda. Y cada atardecer regresaban con nueces, bayas, madera para el fuego, y a menudo información acerca de rebaños, agua, enemigos y parientes. Los hombres contaban con las mujeres para la supervivencia.

Las mujeres deben de haber apreciado el coraje de sus hombres en la caza, así como sus regalos de bocados, trozos y costillas de carne asada, y su protección contra los enemigos. Las mujeres necesitaban las pieles de los animales carneados para confeccionarse chales y mantas, los cráneos como recipientes, los huesos para herramientas y los tendones para fabricar cuerdas y cordeles.

Seguramente, por la noche, al volver al campamento a alimentar el fuego, hombres y mujeres sonreían y bromeaban al relatarse los acontecimientos del día. Sin duda flirteaban unos con otros a través de la niebla humeante del fuego mientras chupaban los huesos y comían bayas.

Y es probable que mientras la oscuridad de la noche cerraba su cerco, se deslizaran uno junto a otro a la luz de los rescoldos y que a veces se besaran y ya tarde se durmieran abrazados. Pero lo que estas personas soñaban, a quién amaban o qué pensaban mientras se quedaban dormidos es algo que se desvaneció con la luz de sus hogueras.

No eran réplicas antiguas de la gente actual. No pintaban osos ni bisontes en los muros de las cavernas. Ninguna pequeña aguja de hueso sugiere que cosieran sus atavíos. Ningún amuleto indica que adoraran al sol, a las estrellas o a algún dios. No dejaron tumba alguna. Pero eran casi humanos. Tenían grandes cerebros. Alimentaban el fuego. Daban a luz bebés muy indefensos, como hoy lo hacemos nosotros. Los inmaduros adolescentes iban tras uno de sus padres o detrás de ambos y del resto del grupo. Los ancianos y los jóvenes estaban íntimamente relacionados en una compleja red de parentesco. Y la hoguera se había vuelto sinónimo de «hogar».

Hace 300.000 años, algunos antepasados nuestros habían comenzado a adoptar formas arcaicas del hombre y la mujer modernos. Ahora nuestro mundo sexuado tomaría una forma definitivamente humana.

XIII. LA PRIMERA SOCIEDAD OPULENTA
El surgimiento de la conciencia

> Dos cosas llenan mi mente con creciente asombro y perplejidad, y con mayor frecuencia e intensidad el pensamiento se concentra en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí.
>
> IMMANUEL KANT, *Crítica de la razón pura*

Al sur de las serenas ciudades del sudoeste francés, en los Pirineos, y al norte de España, los furiosos torrentes antiguos abrieron un laberinto de cavernas. Allí, en las cuevas sin viento de las profundidades de la tierra, cual si fueran centinelas, las estalagmitas y estalactitas vigilan como fantasmales soldados de marfil. En el silencio absoluto, el restallar metálico de las gotas de agua suena como balazos. La danza inquieta de los murciélagos delata la existencia de agujeros y huecos, y el rugido repentino de ríos que subsistieron a los siglos sube por conductos y túneles para desvanecerse a la distancia tras algún recodo.

Lo que la naturaleza construyó, entre veinte y diez mil años atrás, nuestros antepasados lo decoraron, y dejaron miles de pinturas, dibujos y grabados rupestres como prueba de que la humanidad moderna estaba instalada sobre la Tierra.

En las gigantescas rotondas de la caverna de Lascaux, cerca de Les Eyzies, Francia, alguien pintó docenas de animales de rebaño en estampida. En un repliegue de la caverna de Les Trois Frères, en los Pirineos, otro artista grabó una bestia mágica con la cabeza de un hombre, la cornamenta de un venado y el cuerpo y la cola de un caballo. En la caverna de El Juyo, en España, nuestros mayores esculpieron la monstruosa cabeza de piedra de un ser mitad hombre y mitad gato. En más de treinta cavernas aparecen las figuras de gigantescos bisontes, venados, mamuts, cabras monteses, osos y otras bestias pintadas en rojo o negro, el pelaje y los músculos delineados con cuidado y las fisuras y protuberancias de la roca aprovechadas para otorgar relieve a las figuras.

Y donde las figuras reales son reemplazadas por otras, posiblemente mágicas —caballos sin cabeza, personas semejantes a ornitorrincos, osos con cabeza de lobo, manos sin el cuerpo correspondiente y con menos de cinco dedos, brazos y piernas

flotantes, formas de serpiente—, puntos y rayas danzan por los muros y el techo. Algunas de estas pinturas se hicieron en grandes galerías; otras se encuentran en callejones sin salida tan remotos que más de un espeleólogo profesional se desmayó de claustrofobia buscando el acceso a estas criptas.

Algo trascendente estaba ocurriendo en estos túneles sin luz solar en los que tanto los sonidos como el frío se agudizan, y la falta de ventilación vicia la atmósfera. Nadie vivía allí. Nuestros antepasados, en cambio, ingresaban en las profundas cavernas para pintar y reunirse a fin de tratar asuntos comunitarios. Tal vez realizaban ceremonias invocativas de una buena temporada de caza, o celebraban el nacimiento de un hijo o una hija. Quizá era en dichos lugares donde se curaba a los enfermos, se cumplían rituales dictados por la mitología, o tantas otras actividades[501]. John Pfeiffer, en su libro *The Creative Explosion* (La explosión creadora), propone la explicación de que tal vez también se realizaban allí complejas ceremonias de iniciación.

Pfeiffer considera posible que los jóvenes iniciados fueran dejados a solas en tumbas aisladas en las entrañas de la tierra hasta que el miedo, la soledad y la monotonía les hacían perder los sentidos normales y los introducía en un estado de trance especialmente receptivo. Entonces sus mayores, por medio de trucos e ilusiones, conducían a los jóvenes hechizados a través de las galerías, y les informaban mientras tanto de las importantes tradiciones del clan, de su historia, sus leyendas, y de la sabiduría acumulada de la tribu.

Para subrayar la importancia de un hecho en un relato enciclopédico, los hechiceros tal vez levantaban la lámpara hasta una determinada pintura. La temblorosa luz de la antorcha iluminaba una mano o un ave o un pez y entonces, repentinamente, a fin de animar un detalle concreto del relato, mostraba un ante bufando o un venado nadando. Entonces, después de cada sesión formativa, los sacerdotes reunían a sus desorientados estudiantes en grandes teatros subterráneos donde, con los cerebros lavados, los sometían a más rituales y repeticiones que permeaban sus mentes para siempre con estos «libros de texto».

¿Cuál era el mensaje de sus mayores? ¿Por qué este primer florecimiento del arte humano? ¿Qué nos dice esta primera manifestación de la expresión artística respecto a la sexualidad humana de veinte mil años atrás?

Pfeiffer piensa que dicha gente experimentaba una especie de «explosión informativa» derivada de amplias modificaciones en lo tecnológico así como en la trama social. Y puesto que en varias cavernas las huellas de pies de niño son mucho más numerosas que las de adulto, su teoría es que los jóvenes eran conducidos a estos irreales laberintos para participar en rituales de iniciación destinados a impartirles todas esas enseñanzas.

Aún hoy semejante estrategia es moneda corriente. Los seres humanos de todo el mundo acumulan conceptos e información en forma de obras de arte. Una mirada a la cruz esvástica puede evocar un gran conjunto de información incorporada acerca de Hitler y el nazismo, mientras que una cruz contiene tremendo poder simbólico para el cristiano. Los aborígenes australianos emplean sus mitos y artes como mnemotecnias (así como para muchos otros fines), y fue la inventiva de esa gente lo que llevó a Pfeiffer a formular su teoría acerca del arte de las cavernas.

Los aborígenes australianos viven en el desierto más árido del mundo. A fin de encontrar agua con regularidad están obligados a recordar cada elevación, cada bajada, cada árbol, roca y agujero de la región en varios cientos de kilómetros. De modo que las características del paisaje se transmiten en complejas historias de los seres míticos ancestrales. Los puntos, culebras y figuras que pintan en sus herramientas, en los muros y sobre sus propios cuerpos a menudo ilustran simbólicamente los pozos de agua y las formaciones rocosas visitados por estas apariciones. De este modo, los mitos, las canciones y el arte pictórico son en realidad mapas del interior de Australia. Cuando se recuerdan las aventuras de los dioses, con ellas vuelven también a la memoria los más mínimos detalles del desierto.

Para enseñar a sus hijos el saber de las tradiciones, los aborígenes australianos los someten a todo tipo de penosas pruebas. Tradicionalmente, los arunta de Australia central conducían a los varones que iban a ser iniciados al desierto, lejos del hogar y la familia, les negaban ropa y comida y cantaban, danzaban y representaban estas historias de supervivencia para ellos[502]. En la noche final del ritual los jóvenes eran escondidos bajo mantas junto a una gran hoguera. Y después de que las canciones, la oscuridad, el aislamiento y el miedo habían hecho presa de ellos, les practicaban un corte en el pene desde el extremo hasta la base. Una experiencia espantosa. Pero estos muchachos nunca olvidaban el argumento trasmitido, algo que para siempre los conduciría de un pozo de agua a otro.

Pfeiffer piensa que las pinturas rupestres de los antiguos pobladores de Europa cumplían una función semejante, eran claves para antiguas historias épicas, parte de un «curso de supervivencia» en una era de peligrosos cambios sociales.

Nunca sabremos con seguridad qué ocurría en las entrañas de la tierra tanto tiempo atrás. Pero una cosa es evidente: la humanidad había sufrido una metamorfosis. De simples animales cazadores-ladrones de caza ajena-recolectores que conocían el fuego y fabricaban algunas herramientas rudimentarias habían pasado a ser individuos que conscientemente buscaban la profundidad de las cavernas para pintar sus muros, primates ricamente dotados de una cultura simbólica abstracta.

Los antropólogos emplean el concepto de *pensamiento simbólico* para referirse a la capacidad de asignar arbitrariamente un concepto abstracto al mundo concreto. El ejemplo clásico es el agua bendita. Para un chimpancé, el agua del recipiente de

mármol cóncavo de una catedral es sólo eso: agua. Para un católico es algo enteramente diferente, es agua bendita. Del mismo modo, el color negro es negro para cualquier chimpancé, mientras que para uno podría connotar el concepto de muerte. Cuando nuestros antepasados adquirieron la capacidad de crear símbolos para los pensamientos, las ideas y los conceptos, y aprendieron a emplear dichos símbolos para expresarse, el verdadero mundo moderno había surgido.

En nuestro días se discute si el precursor inmediato de los pintores de cavernas, el hombre de Neanderthal, tenía ya un pensamiento simbólico o si en cambio el pensamiento simbólico cobró vida con los modernos artistas de las cavernas[503]. Dicha cuestión es importante para comprender la evolución de la sexualidad humana, ya que gracias al pensamiento simbólico y a la formulación de ideas abstractas como las de bien/mal, correcto/equivocado y deber/prohibición la humanidad estuvo realmente en condiciones de desarrollar reglas morales, la conciencia, y nuestro vasto código de creencias, rituales, tabúes y reglas culturales sobre el sexo y el amor.

Como era de esperar, los registros fósiles aportan un cúmulo confuso de claves al enigma de cuándo surgió el pensamiento simbólico en la historia de la humanidad.

EL FENOMENO NEANDERTHAL

Desde más de un millón de años antes de que nuestros predecesores empezaran a pintar los muros de las cavernas de Francia y España, grandes olas de frío habían cubierto de hielo las regiones septentrionales y castigado con sequías las zonas tropicales. Cada edad de hielo se prolongó varios miles de años, seguida de un clima más benigno. Durante las duras eras glaciales y las épocas interglaciales más cálidas, nuestros antepasados avanzaron hacia el norte en pequeños grupos. Unos 100.000 años atrás, el *Homo sapiens neanderthalensis* —una arcaica variante racial del hombre moderno— vivió en Europa, así como en el Próximo Oriente y en Asia central[504].

Los hombres de Neanderthal reunían una curiosa combinación de características físicas. Tenían prominentes arcos superciliares, robustos dientes y mandíbulas, y cuerpos musculosos, de huesos pesados. Si hoy nos cruzáramos con uno por la calle, desde luego pensaríamos que es un ser brutal. Sin embargo, esa gente con cejas de escarabajo tenía cráneos de *mayor* tamaño que los nuestros, así como cerebros organizados igual que los de todos nosotros. Lo sabemos gracias al estudio de la periferia craneana, algo bastante fácil de hacer por medio de endovaciados.

Se trata de invenciones ingeniosas: simplemente se toma un poco de goma, se vuelca dentro de un cráneo Neanderthal, se deja que fragüe y se extrae. Sobre la superficie de este endovaciado aparecen todas las pequeñas impresiones del cráneo hechas por el cerebro cuando dicho protoplasma se hizo un lugar dentro de su casco

óseo. De modo que el diseño de costuras, estrías y fisuras de la superficie de goma revela cómo estaban organizados los lóbulos cerebrales. Los endovaciados indican que el cerebro del hombre de Neanderthal estaba construido tal como el nuestro actualmente[505].

Esos seres pensaban.

También hablaban. El notable descubrimiento de un hueso hioides de Neanderthal, es decir, del pequeño hueso en forma de U que está suspendido en la garganta y contribuye al lenguaje, indica que el hombre de Neanderthal tenía la capacidad física de hablar con el lenguaje humano moderno[506]. Pero aquí surge el desacuerdo. Algunos científicos informan que la forma de la base craneal del hombre de Neanderthal, el *basicranium,* no aparece flexionada por completo (como en el cráneo humano contemporáneo), lo cual indicaría que la laringe (o caja de resonancia de la voz) no había descendido del todo por la garganta[507]. Por lo tanto, el hombre de Neanderthal puede no haber estado en condiciones de pronunciar los sonidos de las vocales i y u. Tal vez hablaban de modo más nasal que la gente actual.

Sin embargo, varios antropólogos no están convencidos de la exactitud de esta conclusión. Afirman que la forma del *basicranium* puede no ser un indicador adecuado de la forma de las cavidades orales. Además, nosotros no necesitamos todo el despliegue de sonidos lingüísticos para hablar con tonos humanos o para formar construcciones gramaticales humanas. Las lenguas de Hawai, por ejemplo, presentan muchos menos sonidos que el inglés, y la de los indios navajo menos aún. Sin embargo, todos estos pueblos emplean un lenguaje humano moderno.

Sospecho que hace unos 100.000 años, en la época en que el hombre de Neanderthal asaba lenguas de mamut y se acostaba en sus cavernas cubiertas de nieve de la antigua Francia, hablaba de modo muy semejante al nuestro.

Pero ¿«creía» en algo el hombre de Neanderthal? ¿Había creado el concepto de alma o proyectaba una vida en el más allá? ¿Tenía un mundo simbólico?

En varias cavernas de Europa los arqueólogos han encontrado lo que parecerían ser tumbas superficiales, en las cuales el hombre de Neanderthal quizá enterraba a sus muertos en posición de reposo. Los parientes tal vez también dejaban ofrendas a los muertos, ya que algunos esqueletos aparecían rodeados de herramientas de piedra, rocas cuidadosamente distribuidas o huesos y cornamentas de animales. En el yacimiento más controvertido, una caverna ubicada en un punto alto de las colinas de Irak, amigos y amantes tal vez colocaron ramos de flores sobre el cuerpo de sus muertos hace unos sesenta mil años. En torno a los huesos se descubrieron restos fosilizados del polen de malva real, jacintos, aciano, hierba caballar y otras flores silvestres de la región[508].

Si el hombre de Neanderthal creía en la vida más allá de la muerte, si pensaba que

los seres humanos tenían alma, entonces podía simbolizar. Y si podía simbolizar y pensar en términos abstractos, sin duda también había desarrollado creencias y reglas acerca de cosas tan fundamentales como la sexualidad y el matrimonio.

Los escépticos no aceptan esta posibilidad. Opinan que los enfermos pudieron arrastrarse hasta estas cavernas para morir, que otros fueron enterrados sólo para desembarazarse de los cuerpos y que algunos otros cuerpos fueron arrastrados hasta las cavernas por animales carnívoros. Los objetos se materializaron posteriormente en torno a los esqueletos por casualidad. O sea que, según ellos, los enterramientos no fueron intencionales. Y en cuanto a las flores, el polen podría haber entrado en las cavernas por obra del viento, o también los roedores podrían haberlo llevado pegado a las patas o quizá los insectos lo llevaron adherido a las alas. Llegan a la conclusión de que no existieron ceremonias fúnebres ni ofrendas sobre las tumbas ni ramo de flores alguno. El hombre de Neanderthal no había desarrollado la capacidad de pensar simbólicamente[509].

Los escépticos probablemente argüirían que el almagre (u ocre rojo) descubierto en varios yacimientos Neanderthal tampoco demuestra su capacidad para pensar simbólicamente. Numerosos pueblos de todo el mundo utilizan el almagre para colorear sus rostros, manos, cuerpos y atavíos especiales antes de una ceremonia. Pero esta roca roja que se desmenuza con facilidad se emplea también para teñir cueros y para repeler las sabandijas. Tal vez el hombre de Neanderthal lo utilizaba solamente para estos fines prácticos; tal vez no tenía el sentido simbólico estético necesario para decorarse a sí mismo.

¿PARA QUE SIRVE EL ARTE?

Nadie sabe si el hombre de Neanderthal había comenzado a ornamentar los entierros de los seres amados con ofrendas fúnebres o si se adornaba a sí mismo y sus pertenencias. Pero la etóloga Ellen Dissanayake formula una interesante, propuesta acerca de la evolución del impulso humano a crear y a apreciar el arte.

En su libro *What Is Art For*? (¿Para qué sirve el arte?) atribuye el origen de todas las artes a la aparente necesidad humana de modelar y embellecer los objetos y las actividades a fin de convertirlos en algo «especial». Los que volvían especial un acontecimiento o una herramienta con adornos o rituales luego recordaban la ocasión. Y dado que la creación de herramientas y la práctica de ceremonias eran actos de importancia para la supervivencia, los que creaban arte y lo apreciaban vivían más tiempo. Por lo tanto, nuestros antepasados desarrollaron la tendencia biológica a producir y disfrutar de las pinturas, las esculturas y las demás artes.

Dissanayake destaca que hace unos 250.000 años dos individuos que habitaban en la Inglaterra actual tallaron en trozos de pedernal dos mangos de hacha. Ambas

herramientas presentaban una conchilla fósil bien visible en el centro del mango. Estas personas habían hallado los fósiles y dieron forma a las herramientas a su alrededor. Habían comenzado a reconocer lo especial de los objetos y a fabricar herramientas especiales. Más o menos en la misma época de la prehistoria alguien abandonó terrones de ocre rojo, amarillo, marrón y violeta en una cueva de un risco sobre el mar de Francia. Tal vez estas personas también habían comenzado a buscar un aspecto especial para sí mismos y para sus pertenencias personales.

Sin embargo, el hombre de Neanderthal no nos legó mucho arte, si suponemos que lo haya tenido. Uno de ellos marcó unos dientes de oso con finas ranuras; otro agujereó un diente de zorro; otro perforó un hueso de reno. Sólo nos quedan unos pocos signos cuestionables del esfuerzo artístico de este período de la prehistoria humana, un inventario no muy impresionante de creatividad estética. Pero eran los comienzos. De modo que Dissanayake está convencida de que el hombre de Neanderthal realmente buscaba embellecer sus tumbas y de que empleaba ocre para fines decorativos; es decir, que a estas alturas se manifestaba por primera vez en la naturaleza humana una predisposición artística codificada en nuestro ADN.

El hombre de Neanderthal sigue siendo un misterio. No podemos tener la certeza de que disfrutara del pensamiento simbólico abstracto o de que hubiese reglamentado la sexualidad y el amor. Lo único que sabemos con seguridad es que vivió en reducidos grupos nómadas cazadores, que fabricaba grandes herramientas de piedra, que algunos grupos recorrieron grandes distancias a través de Europa, que cazaba grandes animales y que comía mucha carne. Varios miles de huesos de mamuts, de rinocerontes lanudos, de renos y de bisontes fueron descubiertos bajo muros de roca pura a los cuales estos hombres los conducían desde mesetas más elevadas. La caza mediante la técnica del «despeñamiento» marcó una innovación, y era planeada de modo organizado y sistemático[510].

Cómo amaba esta gente, a quiénes amaban, dónde se amaban, son aspectos de su vida sobre los que sólo podemos formular preguntas. La pasión y el dolor, los celos y las intrigas, los conflictos y las conversaciones se han desvanecido. Sólo esos antiguos vestigios de polen sobre viejas tumbas nos indican que tantos años atrás un ser puede haber entrado en duelo por la muerte de otro.

Luego, hace unos 36.000 años, el hombre de Neanderthal desapareció misteriosamente, reemplazado en Europa por el moderno *Homo sapiens*, hombres y mujeres cuya apariencia era exactamente igual a la nuestra, personas totalmente modernas que comenzaron a pintar los muros de las cavernas de Francia y España y a llevar a cabo ceremonias bajo tierra, en un mundo húmedo y silencioso.

Los nuevos individuos dejaron tras de sí todo tipo de objetos, claros signos de que los seres humanos habían desarrollado la capacidad de pensar de modo simbólico y abstracto, además de una conciencia, un complejo sistema de creencias acerca del

bien y el mal y estrictas reglas acerca del sexo y el amor.

Cómo y por qué la humanidad moderna reemplazó al hombre de Neanderthal son interrogantes que han cautivado la imaginación de arqueólogos, novelistas y legos desde hace más de un siglo. Tradicionalmente, los científicos pensaban que el *Homo sapiens* era el resultado de la evolución a partir del hombre de Neanderthal que habitaba Europa. Actualmente, en cambio, muchos piensan que este hombre moderno se originó en África no menos de 90.000 años atrás y que avanzó sobre Europa desde el Próximo Oriente, exterminando al hombre de Neanderthal[511]. Cualesquiera que fueran sus relaciones, lo cierto es que el desventurado hombre de Neanderthal dejó de existir y el nuevo hombre de Cro-Magnon, así llamado por referencia al lugar de Francia donde sus huesos fueron descubiertos inicialmente, apareció en Europa hace unos 35.000 años.

A estas alturas, el arte y la vida cultural humanas estallaron.

Hay quienes piensan que esta notable explosión creativa comenzó con la presión demográfica[512]. En esa época, la inclemencia climática de la más reciente era glacial hacía estragos en el norte. La tierra en la que hoy se encuentra Londres estaba cubierta por una capa de hielo de un kilómetro y medio de espesor. Pero a lo largo de lo que hoy es el mar Mediterráneo existían vastas praderas muy semejantes al actual Serengeti. Aquí pastaban manadas de mamuts y rinocerontes lanudos, renos, cabras monteses, bisontes y antiguos caballos, y cientos de otros animales con cascos. Empujados por los glaciares del norte y los desiertos del sur, nuestros antepasados también se congregaron en estas sabanas que hoy conforman Francia y España.

Y a medida que los individuos vivían rodeados por más individuos, se vieron forzados a forjar nuevas redes sociales y a crear todo tipo de tradiciones a fin de sobrevivir.

El arte rupestre fue sólo una de sus innovaciones. Un equipo de aproximadamente doce personas debió de trabajar durante una semana apilando una sobre otra las mandíbulas de noventa y cinco mamuts hasta formar un diseño de espina de pescado. La construcción, que tiene unos 20.000 años de antigüedad, se descubrió en Ucrania y constituye los lados de una choza oval[513]. Otras personas de esta antigua aldea se tomaron el trabajo de ordenar los grandes huesos de mamut en forma de chozas ovales. Luego, esos primitivos arquitectos tendieron cueros sobre los huesos o calafatearon cada estructura con barro y pasto para que no penetraran los vientos del invierno. Y cerca de sus casas cavaron pozos para el almacenamiento de alimentos, lo cual significa que nuestros antepasados habían comenzado a echar raíces.

El hombre de Cro-Magnon también construyó casas de cuero y madera en las márgenes de los ríos, donde iban a beber grandes rebaños, sobre las laderas de las montañas con vista al paisaje y en soleadas praderas anegadizas, en medio de las

rutas migratorias. En general, estas casas miraban al sur para aprovechar el calor del sol. Es indiscutible que para la época en que el arte rupestre alcanzó su apogeo, unos 15.000 años atrás, algunos de nuestros antepasados vivían en grandes comunidades según la estación del año.

Los hombres y mujeres ya no podían recoger sus pertenencias y marcharse cuando surgían conflictos. En cambio, los grupos debían cooperar unos con otros, y establecer así las condiciones para el surgimiento de jerarquías sociales y políticas reglamentadas.

Con el surgimiento de más poblaciones y la disminución de los recursos, el hombre de Cro-Magnon se vio forzado a inventar nuevas herramientas y también armas. Mientras el hombre de Neanderthal sólo había fabricado grandes herramientas de piedra, estos modernos seres humanos manufacturaron utensilios de marfil, hueso y cuerno. Surgió un vasto despliegue de nuevas armas mortales, compuesto de ligeros arpones dentados, anzuelos, cerbatanas y minúsculos proyectiles puntiagudos, tal vez utilizados con los primeros arcos y flechas[514]. Ello permitió que se intensificara la caza de grandes piezas, como venados y ganado salvaje.

Impresiones de cordeles trenzados descubiertas en un trozo de barro en la caverna de Lascaux indican que sabían cómo fabricar cuerdas, probablemente sogas, hilo, redes y sedal para pescar. Además, el descubrimiento de ámbar procedente del Báltico en sus hogares de la llanura rusa, y de conchas del Atlántico en Les Eyzies, Francia, a más de ciento cincuenta kilómetros de la costa de origen, indica que esos seres humanos debieron de establecer redes de intercambio y que en forma regular comerciaban a larga distancia con piedras preciosas y materia prima lítica[515].

La vida se volvió alegre. El hombre de Cro-Magnon inventó la flauta, el silbato y el tambor. Usaban collares de dientes de oso y de león, brazaletes de hueso y pendientes, y cientos y cientos de cuentas de marfil, de concha y de piedra[516]. Agujas de hueso tan pequeñas y afiladas como cualquiera de las que hoy adquirimos con un juego de elementos de costura se empleaban para coser abrigos con capucha y camisas con cuello y puños, túnicas, sobrecalzas, botas y otras prendas de vestir. Estatuillas portátiles del tamaño de la mano con la imagen de mujeres de senos y nalgas enormes (conocidas como estatuillas de Venus), así como animales esculpidos en marfil, hueso y cerámica, se han hallado en diversos lugares dispersos entre los Pirineos y los Urales. Tal vez se trataba de símbolos de la fertilidad, accesorios de la adivinación o amuletos de la buena suerte[517].

Es posible que también hayan surgido clases sociales. En los funerales de dos niños enterrados cerca de Moscú, nuestros antepasados Cro-Magnon decoraron los cuerpos con anillos, brazaletes para los tobillos, saetas, dardos, dagas y unas diez mil cuentas. No es posible que estos muchachos adquirieran fama como poderosos cazadores ni líderes de ninguna clase. ¿Pertenecerían a una clase superior?

Con bastante razón Pfeiffer piensa que esa gente llevaba a sus niños a las entrañas de la tierra y casi los mataban del susto a fin de prepararlos para la vida adulta. La vida se había vuelto infinitamente más compleja. Estos seres vivían en estrecha intimidad en las primeras aldeas estacionales del mundo. Tenían mitos, magia, rituales y dioses. Disfrutaban de la música, la danza y el canto. Enterraban a sus muertos con bienes fúnebres. Usaban abrigos de piel de zorro, se trenzaban el cabello, usaban joyas y fabricaban sus vestimentas. Empleaban lámparas de piedra en las que quemaban aceite a fin de pintar las cavernas y alumbrarse de noche. Se sentaban en torno a hogares bien construidos, asaban grandes trozos de carne y hablaban un lenguaje humano. Su aspecto era igual al nuestro; su pensamiento también. Y tenían todo un corpus de tradiciones que reflejaban en su arte. La suya fue la sociedad opulenta original.

Esos hombres y mujeres debían de tener costumbres acerca de la sexualidad, el matrimonio, el adulterio y el divorcio. ¿Cuáles eran sus códigos para el amor?

EL FRUTO PROHIBIDO

Todas las sociedades humanas tienen algún tipo de tabú sobre el incesto[518]. En algunos momentos de la historia tanto los egipcios como los iraníes, los romanos y otros pueblos dieron el visto bueno al incesto entre hermanos en el caso de grupos especiales como los de la realeza. Pero, salvo estas curiosas excepciones, los apareamientos madre-hijo, padre-hija y hermano-hermana no estaban permitidos. El tabú del incesto es universal en la humanidad. Más aún, esta estricta regla es la primera restricción sexual que aprenden los niños. La infracción algunas veces es castigada severamente, hasta con la muerte, la mutilación o el ostracismo. Y el tabú no se levanta jamás, al margen de la edad o la aptitud procreadora de los interesados.

Por varias razones se justifica suponer que el tabú humano del incesto existía ya entre el hombre de Cro-Magnon, y tal vez mucho antes. Por otra parte, el incesto habría sido muy poco práctico. Si una niña de Cro-Magnon se apareaba con su hermano o su padre y daba a luz a un bebé, el grupo familiar tenía un nuevo miembro indefenso y ningún nuevo adulto que colaborara en la crianza y el mantenimiento. ¡Qué carga económica más peligrosa! Era mucho más lógico desde el punto de vista económico reproducirse con un extraño e incorporarlo como mano de obra para que participara en la crianza del hijo.

Las parejas incestuosas también habrían originado interminables conflictos sociales. Los seres humanos somos criaturas celosas y posesivas; no estamos creados para compartir a nuestras parejas sexuales. De modo que el sexo incestuoso habría sido la causa de graves rivalidades domésticas y esto, a su vez, habría puesto en peligro la frágil relación entre marido y mujer, y habría debilitado además los

vínculos de amistad entre parientes, perturbando así el orden social[519]. Por otra parte, el incesto podría haber afectado también al desarrollo social del niño. Los niños sienten afecto por sus padres. Pero si un progenitor llega a la relación sexual con su hijo, ello puede debilitar la autoridad del adulto, inhibir la confianza y obstaculizar el proceso psicológico de separación de la familia.

El hombre de Cro-Magnon no podía permitirse todos estos conflictos.

Además, el incesto implicaba responsabilidades políticas. Como dice el viejo axioma: «Más vale casarse con un extraño que morir a sus manos»[520]. Si una hija abandonaba el grupo para formar pareja con un hombre del valle vecino, las relaciones con esa gente mejoraban; se convertían en parientes. Si se quedaba en casa para formar pareja dentro de la familia, no se obtenían mejores intercambios comerciales ni se establecían nuevas alianzas sociales o para la guerra.

No es nada sorprendente que la enorme mayoría de las culturas humanas recomiendan que los jóvenes se casen con pretendientes externos a la familia, al clan, algunas veces hasta a la comunidad[521]. Ello no impide necesariamente el incesto, pero garantiza el flujo de adultos, de bienes y de información entre las diferentes unidades sociales y reduce las posibilidades de incesto además de estimular la política del «buen vecino». Reproducirse con extraños también era importante para evitar los defectos físicos peligrosos[522].

De modo que, probablemente, por razones económicas, sociales, políticas y genéticas, el hombre de Cro-Magnon tenía reglas que establecían que con padres y hermanos carnales el apareamiento no estaba permitido. En realidad, tan importantes eran los que colaboraban en la crianza de los jóvenes y en la defensa de la armonía grupal, en la cohesión de la banda, en los vínculos políticos y en la salud genética, que nuestros antepasados de Cro-Magnon pudieron incluso heredar un desagrado *biológico* por las relaciones incestuosas, una predisposición a aparearse y reproducirse fuera del núcleo familiar.

INCESTO

¿Una tendencia genética a evitar el sexo con la madre, el padre y los hermanos? Semejante idea no es nueva. En 1891 Edward Westermarck la propuso por primera vez. Dijo que los niños desarrollan una repulsión física natural a todos aquellos con los que se crían[523]. Posteriormente dicha aversión fue confirmada por los estudios sobre sexualidad llevados a cabo en Israel.

Las investigaciones comenzaron a raíz de la observación, por parte de Melford Spiro, de los niños que crecían juntos en un *kevutza*, un espacio común que funcionaba como sala de estar, baño y dormitorio, y en el que un grupo de la misma

edad compartía la vida hasta la juventud[524]. Aquí, varones y niñas realizaban juegos sexuales, se acostaban juntos bajo las mantas y se examinaban unos a otros en un juego que llamaban la clínica, que consistía en besarse, abrazarse y en tocarse mutuamente los genitales. Sin embargo, cuando rondaban los doce años estos mismos niños se volvían tímidos y tensos cuando estaban juntos; a los quince años habían desarrollado fuertes lazos fraternales.

Si bien dichos jóvenes, que no estaban relacionados por vínculos de sangre, tenían total libertad para copular y casarse entre sí, hasta donde Spiro pudo verificarlo ni uno solo de ellos contrajo matrimonio ni tuvo relaciones sexuales con un compañero del mismo *kevutza*.

Prosiguiendo con esta investigación a comienzos de la década de los setenta, el sociólogo Joseph Shepher logró acceder a los registros de matrimonio completos de todos los miembros de *kevutzas*. De 2.769 matrimonios, sólo 13 fueron entre individuos que habían crecido en el mismo grupo de iguales. Y en ninguno de los 13 casos los cónyuges habían ingresado al *kevutza* para compartir la rutina cotidiana de la niñez antes de cumplir los seis años de edad. Shepher piensa que existe un período crítico de la niñez, entre los tres y los seis años de edad, en el que los niños desarrollan una aversión sexual natural respecto a las personas que ven regularmente[525].

La química parece desempeñar un papel en la tendencia a evitar el incesto. Y esta respuesta fisiológica debió de manifestarse ya en la época en que nuestros antepasados usaban abrigos de piel de zorro, tocaban la flauta y decoraban los muros de las cavernas de Francia y España, ya que el hecho de evitar el incesto presenta un amplio correlato en el resto de la comunidad animal.

Entre las aves, los insectos y otros mamíferos, los animales de sexo opuesto que se criaron juntos también prefieren aparearse con extraños. En realidad, las otras especies han desarrollado tantas formas de evitar el apareamiento dentro de la familia que los biólogos piensan que el tabú humano del incesto deriva de nuestra naturaleza animal[526].

Los grandes primates, por ejemplo, reconocen a los parientes y raras veces se aparean con los muy cercanos, en especial con la madre. Una de las razones para esto es bellamente ilustrada por los jóvenes machos de mono rhesus de la isla de Cayo Santiago, al este de Puerto Rico, si bien el principio también se aplica a nosotros. En dicho lugar los machos crecen bajo la tutela de la madre y de las hembras más íntimamente emparentadas. Sin embargo, a medida que los jóvenes maduran, raras veces se relacionan sexualmente con la madre. La imagen de esta hembra, en cambio, es investida de autoridad y opera además como muro de los lamentos. En lugar de intentar seducirla se vuelven infantiles frente a ella, se acurrucan en su regazo y la

arrullan; algunos hasta intentan mamar[527]. Hombres y mujeres a veces también hacemos regresiones y nos volvemos bastante infantiles en presencia de nuestros progenitores.

El incesto entre hermanos y el apareamiento entre padre e hija son raros en la naturaleza por otro motivo. En muchas especies, los púberes, ya sea el macho o la hembra, abandonan el grupo social. Sin embargo, los chimpancés hermanos algunas veces terminan quedándose en la misma comunidad, y en la Reserva Gombe Stream, de Tanzania, Goodall presenció varios apareamientos incestuosos. Durante dichas cópulas, ya fuera el hermano o la hermana parecían estar profundamente aburridos o de lo contrario surgía entre ellos una tremenda pelea. Fifí, por ejemplo, se colgó de la rama de un árbol y se puso a gritar mientras su hermano, Figan, la obligaba a copular con él.

Las mismas antipatías naturales al incesto deben de haberse manifestado durante nuestro lejano pasado humano. Es probable que ya cuatro millones de años atrás los individuos sintieran rechazo por aquellos con quienes se habían criado, que buscaran a sus padres cuando necesitaban auxilio y no para copular, y que niñas y varones cambiaran de grupo de pertenencia en la pubertad. En condiciones «naturales» el incesto era raro. Luego, cuando la humanidad desarrolló un cerebro capaz de establecer, recordar y cumplir reglas sexuales, la gente intuyó rápidamente las desventajas económicas, sociales y políticas del incesto. *De modo que lo que había sido una tendencia natural se convirtió además en un dictado cultural*[528].

Cuándo ocurrió esto en la historia humana es algo que nunca sabremos, pero con toda seguridad ya en la época en que las mujeres y los hombres de Cro-Magnon aprendían las leyendas de sus antepasados en las espectrales cavernas al pie de los Pirineos, sabían a quién podían seducir y con quién podían casarse, y quién era «fruto prohibido». El incesto se había convertido en tabú.

Indudablemente, esa gente tenía otras prohibiciones sexuales. Los tabúes posparto figuran entre las costumbres más universales, ya que existen en el 94% de las culturas registradas[529]. En general, se espera que las parejas se abstengan de copular durante unos seis meses después de que un niño es dado a luz. Es probable que dichas reglas surgieran evolutivamente para que la madre y el padre pudieran ocuparse de la criatura indefensa.

En todas la sociedades conocidas la actividad sexual ha dado pie al surgimiento de miles de creencias, por ello está justificado suponer que nuestros antepasados Cro-Magnon también tenían las suyas. Pero ¿cuáles eran? Por ejemplo, los bellacoola de la Columbia Británica central, en el Canadá, creen, como muchos cristianos, que la castidad acerca al hombre a lo sobrenatural. Muchos pueblos consideran que la continencia es esencial antes de la caza y algunos entrenadores norteamericanos de

fútbol están convencidos de que los jugadores tendrán una mejor actuación deportiva si evitan el sexo antes del partido.

Las parejas de Cro-Magnon probablemente evitaban hacer el amor durante un tiempo después del parto y nunca lo hacían antes de salir a perseguir animales o de participar en un ritual en las cavernas. Y deben de haberse apareado en la oscuridad o donde nadie pudiera verlos. En ninguna parte del mundo las personas copulan normalmente a la vista de los demás.

En la enorme mayoría de las sociedades hombres y mujeres asignan poder a la sangre menstrual. Nuestros antepasados europeos estaban inmersos en supersticiones acerca de esto. Sir James Frazer, el gran investigador de las diversas características de la tradición en todos los rincones del mundo, escribió: «En varios puntos de Europa todavía se cree que si una mujer que tiene la regla entra en una destilería de cerveza, la bebida se pondrá agria; que si toca la cerveza, el vino, el vinagre o la leche, éstos se arruinarán; que si prepara mermelada, no se conservará; que si monta una yegua preñada, el animal abortará; que si toca pimpollos de alguna flor, se marchitarán; que si trepa a un cerezo, el árbol se secará»[530]. Hasta la década de 1950 las mujeres norteamericanas todavía se referían a la menstruación como «la maldición» y evitaban las relaciones sexuales cuando la tenían.

Es probable que nuestros antepasados de Cro-Magnon también evitaran hacer el amor durante el período menstrual femenino.

Indudablemente, también cumplían con códigos de pudor sexual. Hasta en las selvas húmedas y vaporosas de la Amazonia hombres y mujeres usan ropa, aunque podríamos no reconocerla como tal. Las mujeres yanomano sólo usan una cuerda alrededor de la cintura. Pero si se le pide a una de ellas que se quite el cordel, se angustiará tanto como una mujer norteamericana a la que se le pida que se quite la blusa. El hombre yanomamo lleva una cuerda atada en torno al abdomen, bajo la cual coloca cuidadosamente a resguardo la piel del pene, de modo que sus genitales quedan apoyados y cómodos contra el vientre. Cuando el pene se desliza fuera de su refugio, el hombre yanomamo reacciona con tanta turbación como la que mostraría un jugador de tenis al que el pene se le asomara por la pernera del pantalón corto.

Sea un cinturón de cuerda en la Amazonia o un vestido largo en la Inglaterra victoriana, hombres y mujeres otorgan poder a las vestimentas. Sin estos ropajes quedarían desnudos, vulnerables, avergonzados. Dado que nuestros antepasados de Cro-Magnon usaban túnicas de cuero y collares de dientes de león, no cabe duda de que tenían códigos acerca de la ropa que se ponían con el fin de cubrir sus genitales. Y eran exigentes respecto al pudor sexual.

Por último, nuestros mayores deben de haber tenido preceptos sobre el adulterio y el divorcio. Como recordará el lector, los pueblos cazadores-recolectores y los horticultores en general son menos estrictos con la infidelidad que muchas sociedades

industriales de Occidente. Quizá el castigo a la infidelidad en una comunidad de Cro-Magnon no pasaba de una tarde de ridiculización pública, unos leves azotes o alguna discusión acalorada. Pero seguramente 35.000 años atrás nuestros antepasados ya habían desarrollado normas con respecto a la fidelidad, y tanto hombres como mujeres conocían las reglas.

Hasta los más rebeldes también deben de haber cumplido con las costumbres fundamentales del divorcio. En pequeños grupos, en los que las habladurías son el eterno pasatiempo y el ostracismo es equivalente a la muerte, nadie está dispuesto a arriesgarse demasiado al aislamiento. De modo que mucho antes de que el hombre y la mujer de Cro-Magnon reunieran algunas pertenencias y huyeran en dirección al próximo valle para integrarse a otro grupo, él o ella debieron de pasar muchas tardes contemplando el horizonte, dudando, deliberando acerca de cómo dar la noticia, decidiendo cuál sería el momento más apropiado para partir y cómo hacerlo de acuerdo con las reglas de la etiqueta.

LOS ORÍGENES DEL «DEBER SER»

Reglas, reglas y más reglas. ¿Cómo lograba el hombre de Cro-Magnon dominar sus deseos sexuales y cumplir con todas las restricciones? ¿Tenía una conciencia, un sentido de la moral, conceptualizaba el bien y el mal?

Probablemente. Darwin escribió: «De todas las diferencias entre el hombre y los animales inferiores, el sentido moral o conciencia es sin lugar a dudas el más importante». Definió la conciencia con las siguientes palabras: «Se resume en ese breve pero imperativo concepto: “deber ser”»[531]. Sospecho que el *deber ser* era un término bastante usado en la época en que la gente de Cro-Magnon aterrorizaba y educaba a sus hijos en cavernas mágicas ocultas en las entrañas de la tierra.

¿Cómo surgió esta cosa extraordinaria, nuestra conciencia humana?

En 1962 Michael Chance propuso una teoría para explicar la evolución de la autodisciplina que nos da una clave sobre cómo podría haber aparecido la conciencia en la humanidad[532]. Chance pensó que para manipular a los machos adultos y poderosos y lograr trepar en la espiral de la dominación, los primates más jóvenes tenían que «equilibrar», sopesar los pros y los contras de las diferentes opciones y controlar sus impulsos sexuales y agresivos. Aquéllos que conseguían actuar desde la cabeza y no desde el corazón eran los que sobrevivían, dando origen entre los grandes primates a la selección de un cerebro más expandido y de una mayor capacidad para postergar la gratificación y controlar los impulsos sexuales.

El antropólogo Robin Fox empleó luego este núcleo de pensamiento para proponer una teoría sobre la evolución de la conciencia en las personas. Pensó que en la medida en que la vida social se fue desarrollando, los hombres jóvenes tuvieron

que cumplir con estrictas reglas nuevas en lo concerniente a quién cortejar y a quién evitar, intensificando así la necesidad de reprimir los impulsos sexuales y agresivos. Fox escribe: «El resultado de este proceso selectivo fue la aparición de una criatura que era capaz de sentirse profundamente culpable acerca de su sexualidad»[533].

Y Fox está convencido de que nuestra conciencia está profundamente «encarnada» en el cerebro. Define dicha predisposición como «un síndrome de conductas genéticamente determinadas por las cuales en particular el púber humano es susceptible a la culpa y a otras formas de condicionamiento respecto a los impulsos sexuales y agresivos»[534]. Fox piensa que el lugar donde reside la conciencia es la amígdala, una pequeña glándula conectada con el primitivo centro emocional (el sistema límbico), así como con el vecino hipocampo que controla la memoria, y con las complejas áreas de pensamiento neocorticales del cerebro.

Bienvenida, amígdala. ¿Será posible que este trocito de protoplasma extra sea uno de los responsables de nuestras noches en blanco cuando necesitamos resolver un problema ético? Algunos científicos piensan que las endorfinas, las sustancias químicas cerebrales que nos permiten «sentirnos bien», también estarían relacionadas. Cuando uno actúa de acuerdo con las reglas, secreta estas morfinas naturales y se siente gratificado y seguro[535].

Tal vez Fox haya dado con el quid de la cuestión. Quizá la proclividad a la ética está alojada en nuestro ADN. Los estudios con niños ciertamente confirman este punto de vista. Los científicos suponen en la actualidad que el potencial de las reacciones éticas ya está presente cuando el neonato sale del útero[536]. Un niño, por ejemplo, se pondrá a llorar si oye sollozar a otro. Conocida como empatia global, esta preocupación generalizada, esta solidaridad, esta «piedra fundamental», como la llamaba Darwin, es el primer guiño de lo que en el niño florecerá como código moral.

Posteriormente, la moral se desarrolla por etapas[537]. Entre el primer y el segundo año de vida, el niño adquiere el sentido del «yo» y de «el otro» y comienza a poner de manifiesto atenciones especiales para con los que lo rodean. Un niño que está empezando a caminar intentará consolar a su amigo lastimado, por ejemplo. Los niños sienten vergüenza y, algo más adelante, culpa. Comprenden las reglas que establecen lo que está bien y lo que está mal. Hacen todo lo posible por cumplir con las convenciones, saben guardar un secreto, pueden actuar furtivamente y cumplir con los cánones sociales.

A partir de estas bases, niñas y varones continúan absorbiendo las reglas morales impuestas por la cultura y edifican sus propios estilos de adhesión y subversión. Aun esos estilos generalizados tienen un componente adaptativo. Los niños pequeños son extraordinariamente egocéntricos. En realidad, mirados desde una perspectiva darwiniana *deben* ser egocéntricos; el altruismo no es lógico en los muy jóvenes,

cuyo objetivo primordial es la supervivencia. Por otra parte, conviene a la adaptación de un adolescente que establezca alianzas con sus iguales. Y todos sabemos que los adolescentes son muy sensibles a la aprobación de los compañeros de la misma edad. Sus códigos éticos reflejan la necesidad obsesiva de que aprueben sus actos. Luego, a medida que maduran, las personas hacen propios los sistemas morales de sus padres, evidentemente a fin de prepararse para criar a sus propios hijos.

«No sólo no sé si la virtud es algo que aprendemos o heredamos: ni siquiera sé qué es», dijo Sócrates una vez. La verdad es que las definiciones de la ética varían con la edad, con la condición social, y también de un sujeto a otro y de una cultura a la siguiente. Lo que en Nueva Guinea es considerado como un comportamiento virtuoso no lo es necesariamente en los Estados Unidos. Pero parecería que el animal humano nace para elaborar principios sobre el bien y el mal, después absorbemos las costumbres de nuestra cultura y posteriormente luchamos con nuestra predisposición interna a cumplir o romper dichas reglas. Por lo tanto, no es preciso que nadie nos enseñe a sentirnos culpables; los demás nos enseñan simplemente ante qué debemos tener remordimientos.

EL DESDOBLAMIENTO DE LA CONCIENCIA

Cuándo evolucionó la predisposición humana a las conductas morales es harina de otro costal. Darwin observó que muchos animales presentaban «instintos sociales», lo que se comprueba, por ejemplo, en cómo defienden a sus crías, en la manera de consolarse unos a otros y en la tendencia a compartir la comida, conductas que los seres humanos definimos sin dudarlo como comportamientos morales cuando los observamos entre nosotros. La moralidad tenía analogías en las criaturas no humanas. De modo que Darwin propuso que las formas ancestrales del hombre también tenían esos instintos sociales, que esos impulsos servían en una etapa muy arcaica como un grosero código de bien y mal. Pero en la medida en que el hombre desarrolló gradualmente su poder intelectual… también subió más y más de nivel su moralidad[538].

No es difícil imaginar que cuatro millones de años atrás la evolución de la monogamia en serie y el adulterio clandestino originaran la elección que derivó en el surgimiento de estas conexiones morales. ¡Qué conflicto debió de producir esta doble estrategia reproductora! Formar una pareja y además cometer adulterio requería la capacidad de engañar y juzgar, y además el criterio suficiente para sopesar los pros y los contras, para equilibrar, como dice Chance. Por lo tanto, si lo que afirma Fox es correcto, en la medida en que la vida social humana se fue volviendo más compleja y nuestros antepasados continuaban luchando por obtener más satisfacción sexual y más poder, también desarrollaron la conciencia.

La antropóloga Mary Maxwell avanza todavía un paso más en la disección de cómo evolucionó la conciencia[539]. Maxwell propone que a medida que hombres y mujeres participaban en redes cada vez mayores de obligaciones sociales, los individuos se sintieron más y más tironeados por valores opuestos: por un lado, el interés personal en reproducirse, y por otro la necesidad de cooperar dentro de una comunidad mayor. Y aquí aparece el conflicto. El buen samaritano corría peligro de desaparecer por no aprovechar las oportunidades sexuales y obedecer las reglas. De modo que, a partir de que los individuos aprendieron a disimular mientras buscaban el rédito reproductivo, los preceptos morales —junto con la predilección humana por evaluar la corrección o incorrección de las acciones, comúnmente conocida como conciencia— evolucionaron para contrarrestar este egoísmo.

El biólogo Richard Alexander agrega un último estímulo a la evolución de las reglas morales y de la conciencia: la guerra. Sostiene que nuestros antepasados cazadores y recolectores vivían en entornos superpoblados y ricos en los cuales surgían bastantes problemas entre vecinos. Las bandas necesitaban presentar un frente unido contra sus enemigos. A causa de que cada individuo era, en última instancia, un egoísta, fue necesario que surgieran las reglas morales. Estas opiniones ampliamente difundidas y aceptadas —acerca de las restricciones morales— sentaron precedentes. Y el acuerdo entre los integrantes del grupo les dio cohesión, paz y un frente unido contra los vecinos hostiles.

Sin embargo, los tramposos también fueron seleccionados; mientras no fueran descubiertos podían obtener beneficios personales secundarios de sus indiscreciones. O sea que cuando los individuos comenzaron a sopesar las desventajas e inconvenientes de adherir a dichas costumbres en lugar de hacer trampa aquí y allá, hombres y mujeres desarrollaron la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. También desarrollaron una conciencia, «la pequeña vocecita que nos dice hasta dónde podemos llegar en la búsqueda de nuestros propios intereses sin correr riesgos intolerables», como dice Alexander[540].

«Una sociedad funciona bien cuando la gente desea hacer lo que debe hacer», afirmó el psicoanalista norteamericano Erich Fromm. Conocía el poder de la conciencia como aglutinante social.

¿Qué ocurrió, pues, con los hombres y mujeres de Cro-Magnon? Estos antepasados nuestros por cierto ya no eran salvajes sin preocupaciones, libres de vagabundear cuanto quisieran, de copular y de abandonar a sus parejas. Sin lugar a dudas el núcleo de su espíritu moral surgía directamente de su naturaleza y ya estaba presente en forma embrionaria hace cuatro millones de años, cuando nuestros primeros antepasados homínidos desarrollaron evolutivamente la estrategia humana de la monogamia, la infidelidad y el divorcio. El hombre de Neanderthal, con cerebro moderno pero con una cultura en general desprovista de arte, probablemente tenía

nociones del bien y del mal, unas cuantas reglas morales y un sentido del deber que lo llevaba a seguir las costumbres de la comunidad. Luego, para la época en que el hombre de Cro-Magnon pintaba símbolos en los muros de las cavernas al sur de la antigua Francia, nuestros antepasados ya estaban abrumados de códigos sexuales, presionados por sus iguales, por las supersticiones y por sus conciencias.

«El corazón del hombre está preparado para conciliar las contradicciones», afirmó en una ocasión David Hume, el filósofo escocés del siglo XVIII. Puedo imaginar a más de una mujer de Cro-Magnon desvelada dentro de su tibia choza de cuero, revolviéndose en su jergón y escuchando el crepitar de las ascuas y la respiración de su marido dormido mientras intentaba decidir si encontrarse o no con otro hombre en un claro del bosque a la mañana siguiente.

Esas mujeres no fueron las últimas en bregar con las pasiones volubles de la humanidad.

XIV. PASIONES VOLUBLES
El idilio de antaño

> Soy el rostro de la familia; la carne perece, yo sobrevivo, proyectando peculiaridades y huellas a través de los tiempos, y brincando de un lugar a otro por encima del olvido. El rasgo heredado por el tiempo que puede en una curva o en la voz o los ojos burlar el lapso humano de duración: ése soy yo, la porción eterna del hombre, que no atiende las llamadas de la muerte.
>
> THOMAS HARDY, «Herencia»

«Río arriba, más allá de la saliente de piedra, verás unos pequeños guijarros blancos en el sendero que lleva al bosque. Síguelos. No muy lejos por el sendero llegarás a un lugar donde el agua gotea de la roca. Desde encima de la roca se ve un paisaje de pinos. Espérame allí. Vendré a ti». El hombre se sentó y prestó atención mientras recordaba la risa de ella y pensaba en sus claras indicaciones, en este lugar secreto. Mientras así pensaba continuó tallando el caballito de marfil del tamaño de su puño. Pensó que ese día le entregaría su regalo.

¿Cuántos millones de hombres y mujeres se han amado a lo largo de tantas estaciones que nos precedieron? ¿Cuántos de sus sueños se cumplieron? ¿Cuántas veces nuestros antepasados se encomendaron a las estrellas para un cambio de suerte, o agradecieron a los dioses por la paz que les daba dormirse acurrucados uno en brazos del otro? Algunas veces, mientras recorro las salas del Museo Norteamericano de Historia Natural, me maravilla pensar en las grandes historias de amor que continúan vivas en los pequeños caballitos de marfil, en las cuentas de concha, en los pendientes de ámbar y en las antiguas herramientas, huesos y piedras que hoy reposan en las vitrinas de los museos.

¿Cómo amaban nuestros antepasados?

Tenemos una clave cierta sobre la naturaleza de la sexualidad en épocas lejanas: las vidas de los pueblos tradicionales que hoy habitan el mundo. De modo que elegí dos para escribir sobre ellos, los !kung del desierto de Kalahari y los mehinaku de la Amazonia. El motivo principal de mi elección es la vívida descripción que los

antropólogos Marjorie Shostak y Thomas Gregor hicieron de sus actitudes y conductas sexuales[541].

Ninguna de las dos culturas refleja lo que era la vida hace 20.000 años, cuando nuestros antepasados de Cro-Magnon habían empezado a desarrollar una moral y a tener inquietudes, a adorar deidades y a obedecer, a tallar mujeres de grandes pechos y a dibujar vaginas en los muros de húmedas cavernas subterráneas. Pero las sociedades tradicionales contemporáneas comparten entre sí ciertos patrones de conducta sexual. Esos temas, esas similitudes, esos patrones básicos de idilio, se observan también en otras sociedades del mundo, y por lo tanto debieron de evolucionar cuando amanecía la humanidad moderna, y tal vez muchísimo antes.

LA SEXUALIDAD EN EL KALAHARI

Los primeros recuerdos sexuales de Nisa se refieren a sus padres, acostados junto a ella en su pequeña choza de troncos y paja, apenas lo suficientemente grande para que pudieran dormir dentro de ella. Si Nisa fingía dormir podía observar a sus padres «hacer la tarea». Papi se mojaba la mano con saliva, ponía el líquido en los genitales de mami y se balanceaba sobre ella. Algunas veces, durante una excursión al bosque en busca de vegetales, la madre dejaba a Nisa a la sombra de un árbol y se iba a copular con otro hombre. Una vez Nisa se impacientó tanto que gritó a su madre a través de los matorrales: «¡Le voy a contar a papá que ese hombre ha hecho el amor contigo!».

Nisa sabía mientras era pequeña que el sexo era una de esas cosas que hacían los grandes y que tenía reglas que ellos a menudo rompían.

Tras ser destetada, Nisa dejó de acompañar a la madre en sus expediciones de recolección. Los !kung dicen que los niños caminan demasiado despacio y que sólo sirven para complicar la vida. En lugar de acompañar a la madre, Nisa se quedaba en el campamento y jugaba con sus compañeras. Sin embargo, a menudo los niños salían del círculo de cinco o seis chozas para entrar en el bosque que estaba a cierta distancia y construir una aldea «de mentira». Allí jugaban a que cazaban, recolectaban, cantaban, «se enamoraban», cocinaban, compartían y «se casaban».

«Casarse» consistía en elegir pareja, compartir la «presa» supuestamente cazada con el supuesto «esposo» y practicar juegos sexuales con el cónyuge. Los chicos quitaban a las chicas los delantales de cuero que llevaban puestos, se acostaban sobre ellas, mojaban sus genitales con saliva y apoyaban allí su miembro en una semierección como si estuviesen copulando. Según Nisa comentó a la antropóloga, al principio ella no estaba ansiosa por jugar pero en cambio le gustaba mirar.

Chicos y chicas también se escapaban al bosque para encontrarse y hacer el amor con parejas prohibidas. En general, eran los muchachos quienes iniciaban este juego

diciendo: «Seremos vuestros amantes porque ya tenemos esposas en otras chozas por ahí. Nos encontraremos y haremos lo que hacen los amantes, luego volveremos con ellas». Otra variante era «ser infieles». Una vez más eran los muchachos los que tomaban la iniciativa diciendo a las chicas: «La gente nos comenta que os gustan otros hombres». Las chicas lo negaban. Pero los muchachos insistían en que las chicas habían sido infieles y amenazaban con castigarlas para que nunca más tuvieran otros amantes. Según el relato de Nisa, así jugaban interminablemente.

Los padres !kung no aprueban estos juegos sexuales, pero sólo se limitan a reprender a sus hijos y a decirles que «jueguen bien». Con los adolescentes usan esa táctica tan difundida en los Estados Unidos que consiste en mirar en otra dirección.

El primer amor de adolescente de Nisa fue Tikay. Ella y su amigo construyeron una pequeña choza y todos los días jugaban al sexo «haciendo de todo salvo copular». Pero como dijo Nisa: «Yo todavía no entendía qué era el placer sexual, simplemente me gustaba lo que hacía Tikay y disfrutaba jugando con él de ese modo». Nisa tampoco quería compartir a su amante. Se puso furiosamente celosa cuando Tikay decidió «tomar una segunda esposa», y pasó a jugar un día con Nisa y al siguiente con la otra niña.

¿Comenzarían nuestros antepasados de Cro-Magnon a jugar en la infancia a que se casaban y se eran infieles para luego, en la adolescencia, tener sus primeros enamoramientos? Es probable. Los niños norteamericanos juegan a ser médicos, inventan toda clase de pasatiempos un tanto sexuados, y tienen una sucesión de enamoramientos en la pubertad. Estos juegos infantiles y pasiones de adolescentes son bastante comunes en el mundo entero; probablemente comenzaron mucho tiempo atrás.

La vida sexual de Nisa como adulta —sus varios matrimonios y numerosas aventuras— también nos resulta familiar.

Alrededor de los dieciséis o diecisiete años las jovencitas !kung «empiezan la luna», es decir, comienzan a menstruar. A menudo a esta edad se casan con muchachos elegidos por sus padres, si bien algunas lo hacen antes de entrar en la pubertad. Los padres son los que deciden si un pretendiente es o no es aceptable. Por lo general seleccionan a un hombre varios años mayor que su hija. Dado que los jóvenes deben atravesar por ceremonias iniciáticas secretas y también matar un animal de gran tamaño antes de ser considerados aptos para el matrimonio, los novios son normalmente hasta diez años mayores que las novias[542]. Los padres desean además que sus yernos sean buenos cazadores y prefieren hombres responsables y solteros, en lugar de casados en busca de una segunda esposa.

Las jóvenes parecen no expresar ninguna opinión acerca de con quién querrían casarse. Los muchachos, sin embargo, dicen que prefieren mujeres jóvenes, laboriosas, atractivas, simpáticas y fértiles. Y cuando Shostak preguntó a un hombre

si se casaría con una mujer más inteligente que él, el hombre respondió: «Por supuesto. Si me casara con ella me enseñaría además a ser más inteligente».

Nisa se casó antes de la pubertad. Sus padres eligieron a un muchacho mayor, pero no más responsable. Como era la costumbre, tras las negociaciones y el intercambio preliminar de regalos, el casamiento se llevó a cabo. A la caída del sol los amigos condujeron a la pareja a la nueva choza construida a cierta distancia del campamento. Cruzaron el umbral llevando a Nisa en brazos y la depositaron dentro, mientras su marido tomaba asiento del lado de fuera de la puerta. Entonces la familia de Nisa y los parientes del novio trajeron brasas para encender fuego nuevo frente a la choza de la pareja, y todos juntos cantaron y danzaron e hicieron bromas hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente tanto el marido como la mujer recibieron de manos de la madre del cónyuge una friega ceremonial con aceite, una celebración normal.

Pero Nisa tuvo una extraña noche de bodas, y un matrimonio que sólo duró unos pocos días de furia. Nisa no había comenzado a menstruar, y tal como es normal entre los !kung, una mujer mayor se acostó con Nisa y el marido para tranquilizar a la joven novia. Pero la dama de compañía de Nisa tenía otras intenciones. Tomó al nuevo marido como amante propio, y traumatizó a Nisa con su ardiente cópula. Nisa no pudo dormir. Cuando dos días más tarde sus padres se enteraron de lo que estaba ocurriendo se pusieron furiosos. Tras anunciar que daban el matrimonio por terminado, abandonaron el campamento con cajas destempladas, llevando a Nisa con ellos.

El segundo matrimonio de Nisa tuvo otros problemas. Entre los !kung la virginidad no es un requisito previo para el compromiso matrimonial. En realidad, Shostak no pudo descubrir una palabra de su idioma que hiciera referencia a ella. Pero muchas veces las niñas jóvenes no consuman los matrimonios en la noche de bodas. Son mucho más jóvenes que sus maridos; tanto, que se comportan con indiferencia y rechazan al novio. Ese era el estilo de Nisa. Sus pechos comenzaban a desarrollarse; no estaba preparada para hacer el amor. Y su forma de negarse a copular fue tan persistente que, después de varios meses, su segundo marido, Tsaa, se hartó de esperarla y la abandonó.

Entonces Nisa se enamoró de Kantla, un hombre casado. Kantla y su esposa intentaron convencerla de que se convirtiera en coesposa. Pero ella se negó. A las mujeres !kung no les gusta compartir el marido. Dicen que los celos respecto a la sexualidad, los sutiles favoritismos y las peleas pesan más que la compañía y las ventajas de compartir las tareas domésticas. Más aún, los tres compañeros a menudo comparten la pequeña choza-dormitorio, de modo que ninguno de los tres dispone de intimidad alguna. A consecuencia de todas estas presiones, apenas un 5 por ciento de los hombres !kung mantienen relaciones conyugales prolongadas con dos esposas a la

vez. Los hombres que integran el otro 95 por ciento se divierten enormemente y cuentan historias sobre las complicaciones que surgen en estos *ménages á trois*.

A Nisa le gustaba su tercer marido. Con el tiempo llegó a enamorarse de él, y le hizo el amor. Según contó a Shostak: «Vivíamos juntos y yo lo amaba y él me amaba a mí. Lo amaba del modo que saben amar los adultos jóvenes; sencillamente *lo amaba*. Cuando se iba y yo me quedaba sola, lo echaba de menos… Me entregué a él totalmente».

Al poco tiempo, Nisa comenzó a tener amantes secretos. Kantla, su amor de la pubertad, fue el primero de muchos. Algunas veces se encontraba con su amante en el monte mientras el marido estaba lejos, cazando o de viaje; otras veces lo recibía en su choza mientras estaba sola. Si visitaba a algún pariente también tenía amantes en los otros campamentos.

Estos encuentros eran tan apasionantes como peligrosos; a menudo eran también emocionalmente dolorosos. Los !kung creen que si una mujer hace el amor con un amante mientras está embarazada, abortará al hijo. Nisa abortó un feto después de una aventura con un amante. Pero de todos modos buscó tener más amantes. Y algunos la llenaron de celos y de ese intolerable sentimiento de angustia que sufren las personas cuando son rechazadas.

Al morir prematuramente su joven marido, Nisa se convirtió en una mujer sola con hijos pequeños. Su padre y demás parientes le daban carne y ella parecía decidida a criar a su familia sin la ayuda de un nuevo cónyuge. El progenitor solo no es un fenómeno exclusivo del mundo occidental.

Hasta que un día Besa, uno de los amantes de Nisa, después de perseverar por mucho tiempo, la convenció y ella se casó por cuarta vez. Nisa y Besa discutían constantemente, en general sobre su vida sexual. Como Nisa le dijo a la antropóloga Shostak: «Besa era como un muchacho joven, un niño casi, que constantemente quiere hacer el amor con su mujer. Y a ella terminan doliéndole los genitales». «Eres como un gallo», le gritaba a su marido. «Una vez por noche está bien; una vez es suficiente; …pero tú, ¡en una noche eres capaz de matar a una mujer con tanto sexo!»[543] Y a partir de ahí las discusiones se volvían cada vez más violentas.

Pero Nisa y Besa vivieron juntos varios años, y ambos tenían aventuras extramaritales. Una vez Besa siguió las huellas de Nisa. Ella había ido a juntar leña y sus rastros se unían a los de un hombre. A poca distancia Besa encontró a su esposa descansando bajo un árbol junto a su amante. Los amantes comenzaron a temblar cuando vieron la expresión de Besa. Tras largas y amargas acusaciones, el airado Besa los condujo de regreso al campamento, donde el jefe condenó tanto a Nisa como a su enamorado a ser azotados. Nisa se negó a aceptar el castigo, afirmando con arrogancia que prefería que le pegaran un tiro. A continuación se alejó majestuosamente. Su compañero recibió el castigo: cuatro azotes fuertes.

Aquí tenemos, entonces, los patrones de sexualidad humana de los !kung, patrones que se asemejan a los de las culturas occidentales: juegos infantiles, enamoramientos adolescentes, ensayos de apareo entre jóvenes, y luego una serie de matrimonios y aventuras a lo largo de los años reproductores. Todos estos patrones de comportamiento eran probablemente comunes hace 20.000 años, en la época en que nuestros antepasados pintaban murales de bestias en estampida en las oscuras cavernas de Francia y España.

Los !kung también tienen todo tipo de códigos sexuales, otro elemento fundamental del juego humano del apareamiento. A diferencia de la enorme mayoría de los pueblos tradicionales, los !kung no sienten temor alguno ante la sangre menstrual u otros fluidos del cuerpo. Piensan que las mujeres deben abstenerse de participar en una cacería mientras sangran. Hombres y mujeres por lo general también evitan hacer el amor en el momento de mayor flujo menstrual. Pero si desean tener un niño, los cónyuges reinician la cópula durante los últimos días. Ellos creen que la sangre menstrual se combina con el semen para formar a la criatura.

Y a los !kung les encanta hacer el amor. «El sexo alimenta», afirman. Piensan que si una niña crece sin aprender a disfrutar del coito, su mente no se desarrollará normalmente y luego andará por allí comiendo pasto. «La falta de suficiente sexo puede ser mortal», sostienen categóricamente.

Sin embargo, las mujeres tienen quejas concretas acerca de los genitales masculinos. No les gusta que el pene del hombre sea demasiado grande porque produce dolor, o que eyacule demasiado semen porque es sucio. De modo que las mujeres hablan entre ellas del tamaño y contenido de los penes de sus hombres. Y exigen orgasmos. Si un hombre «termina su trabajo», debe seguir haciéndole el amor a la mujer hasta que su propio trabajo también esté terminado. Se supone que las mujeres deben quedar sexualmente satisfechas.

Los hombres, por supuesto, también tienen opiniones claras sobre lo que constituye un buen coito. Uno de ellos sintetizó una mala experiencia de este modo: «Esta mujer la tiene tan ancha que parece la boca de un herero[544]. Yo flotaba dentro de ella pero no sentía nada. No sé cómo habrá sido para ella, pero a mí me duele la espalda y estoy agotado». Los hombres se preocupan también por su comportamiento. Cuando no logran tener erecciones se medican.

A los !kung les encanta besarse en la boca, pero no practican el sexo oral. «La vagina quemaría los labios y la lengua del hombre», explica Nisa. Tanto hombres como mujeres se masturban de vez en cuando. Todos bromean acerca de la sexualidad. Una reunión puede convertirse en un torneo de comentarios ingeniosos, bromas y burlas procaces. Los sueños eróticos son considerados buenos. Y las mujeres chismorrean interminablemente acerca de sus amantes mientras recolectan

vegetales en compañía de amigas íntimas.

Sin embargo, hay algunas reglas estrictas de etiqueta sexual. Hombres y mujeres siempre hacen todo lo posible por ocultar sus aventuras a los cónyuges. Sienten que las relaciones furtivas golpean en zonas delicadas: un «corazón ardiente». Como los cónyuges sienten celos, es prudente ocultar las pasiones que uno siente para evitar la violencia en el hogar. De modo que los amantes tratan de encontrarse en lugares seguros, lejos de ojos indiscretos y lenguas malintencionadas. Dicen que su amor por el cónyuge es algo diferente. Cuando se deja atrás el tórrido deseo sexual de comienzos del matrimonio, es frecuente que marido y mujer se vuelvan excelentes amigos y formen una relación de características filiales.

El quinto marido de Nisa desempeñó este papel. Ella dice: «Peleamos y nos amamos; discutimos y nos amamos. Así vivimos». Mientras tanto, Nisa sigue escapándose al monte con su primer amor, Kantla, así como con otros hombres.

¿Sentirían nuestros antepasados hace 20.000 años la misma avidez sexual que Nisa? ¿Jugarían los niños a juegos eróticos y sentirían los adolescentes las mismas pasiones mientras perseguían venados a través de las praderas de Francia y España? ¿Se casarían tras horrendos rituales iniciáticos en las cavernas subterráneas? Y, como Nisa, ¿se divorciarían y volverían a casarse cuando las cosas no resultaban bien, mientras continuaban encontrándose de vez en cuando con sus amantes para una tarde divertida en algún rincón oculto?

Probablemente sí, ya que las escapadas sexuales de los pueblos tradicionales que habitan lejos de los áridos matorrales del África meridional no son muy diferentes de los de Nisa y sus amigos. Ambas culturas evidentemente reflejan un mundo erótico y romántico que surgió muchos años antes de la época contemporánea.

AMOR EN LA JUNGLA

«El buen pescado se pudre, pero el sexo, en cambio, es siempre divertido», explicó Ketepe, un hombre perteneciente a la tribu mehinaku, que habita en el centro del Brasil, en el corazón de la Amazonia, al antropólogo Thomas Gregor. Ketepe tiene una esposa a la que dice querer. Le gusta llevarla junto con sus hijos en largas excursiones de pesca para estar juntos. Cuando los niños se duermen y Ketepe intenta copular con ella en su hamaca, invariablemente algún vecino se levanta para avivar el fuego o sale a hacer sus necesidades: el hogar no es un lugar privado que estimule el erotismo. Es más, Ketepe a menudo está demasiado ocupado para encontrarse con su esposa por la tarde y hacer el amor en el huerto de la familia. Dice que la vida en la aldea es muy caótica.

Ketepe abandona su hamaca al amanecer. Algunas veces él y su esposa van hasta

el río para bañarse juntos, y se detienen por el camino para conversar con otras parejas. Pero la mayor parte de las veces se une a alguno de los grupos de pesca que salen de la aldea al alba. Su esposa se queda en casa para dar de comer a los niños y realizar otras tareas domésticas, cosas de mujeres. Para el mediodía Ketepe está de regreso, entrega el pescado a su esposa y se reúne con sus amigos en la «casa de los hombres», situada en el centro de la plaza de la aldea.

Las mujeres tienen prohibida la entrada en la casa de los hombres. Ninguna de ellas entró jamás, ya que aquí, ocultas en un rincón, están guardadas las flautas sagradas. Si una mujer accidentalmente contempla esos objetos sagrados, los hombres la acecharán en la selva y la violarán por turno, una práctica común en varias sociedades de la región amazónica.

La casa de los hombres es un lugar alegre. Además de bromear, contar historias obscenas y chismorrear, los hombres tejen canastos, trabajan en sus flechas o se decoran el cuerpo con pinturas que preparan para «la hora de la lucha», a media tarde. Luego, tras el esfuerzo, los gruñidos, el polvo levantado y los gritos de aliento que en general provocan las competencias, tanto los vencedores como los vencidos se retiran a sus casas con techo de paja, dispuestas en círculo alrededor del campo de juego de la plaza. Aquí Ketepe se sienta junto al fuego con su familia, come rebanadas de pan de mandioca sobre el cual dispone porciones generosas de un sabroso guisado de pescado y juega con sus hijos hasta la hora en que todos se dirigen a sus respectivas hamacas y se abandonan al sueño.

Los mehinaku son gente muy laboriosa. Las mujeres trabajan entre siete y nueve horas por día en el procesamiento de harina de mandioca, en el tejido de hamacas, el hilado y devanado de algodón, en la búsqueda de madera para el fuego y en el traslado de barriles de agua desde el arroyo vecino. Los hombres trabajan bastante menos. La pesca, el intercambio, echar una mano en el huerto de la familia y participar en los numerosos rituales locales les ocupa apenas unas tres horas y media por día, salvo cuando hay sequía, ocasión en la cual trabajan duramente limpiando la tierra y dejándola en condiciones para la nueva plantación de mandioca.

Pero los aldeanos también se dedican ávidamente a otra actividad que les absorbe mucho tiempo: el sexo. Afirman: «El sexo es el condimento que da vigor y vida». Y sazonan liberalmente su vida cotidiana con sexo.

Poco después de empezar a caminar, los niños mehinaku se integran en los grupos que juegan en la plaza. Mientras las criaturas se revuelcan y forcejean en el campo de juego, los adultos bromean diciendo, por ejemplo: «Mira, mira, mi hijo está copulando con tu hija». Los niños aprenden rápidamente. Cuando crecen, igual que los niños !kung, juegan a «casarse».

Los niños y las niñas cuelgan hamacas de los árboles que hay detrás de la aldea y mientras ellas simulan encender el fuego o juegan a hilar algodón, los niños juntan

grandes hojas. Ellos traen «peces de mentiras» que orgullosamente presentan a las esposas para que los cocinen. (Esto, como se recordará, es una forma simbólica de cortejar por medio de alimentos). Entonces, después de que la pareja comió, comienza otro juego: el de «tener celos». Ya sea el varón o la niña se dirigen a hurtadillas al monte seguidos de cerca por el celoso «cónyuge», que cuando descubre a su pareja en una supuesta traición finge ponerse furioso.

Los niños de más edad han observado a sus padres copulando en el huerto de la familia y a menudo abandonan sus inocentes juegos por actividades sexuales más serias y adultas. Sin embargo, si los padres descubren a sus hijos jóvenes tratando de aparearse, los castigan sin piedad, de modo que los niños aprenden temprano en la vida a ser prudentes.

Los despreocupados días de la sexualidad infantil terminan de repente cuando los niños alcanzan más o menos los once o doce años de edad. A estas alturas, las estrictas reglas de decoro sexual exigen que los varones cumplan con un máximo de tres años de reclusión. El padre levanta un muro de estacas y hojas de palmera en un extremo de la casa de la familia y cuelga la hamaca de su hijo detrás de dicha barrera. Allí el adolescente pasará la mayor parte de su tiempo, y tomará medicinas que garanticen su crecimiento. El adolescente debe hablar suavemente, cumplir severas restricciones dietéticas y, sobre todo, evitar todo encuentro erótico. No obstante, hacia el final de su permanencia comienza a escabullirse y tener aventuras.

Cuando el padre se entera de alguna de estas aventuras, derriba el muro. El muchacho se ha convertido en un hombre, está listo para hacer prolongadas excursiones de pesca por su cuenta, está preparado para acondicionar un huerto y buscarse una esposa.

A partir de ese momento los jóvenes tienen libertad para permitirse las aventuras amorosas, aventuras que se convertirán en parte normal de su vida de adultos. Los jóvenes se encuentran con sus enamoradas en el bosque y copulan[545]. Dedican escaso tiempo a los juegos preparatorios[546]. Si una pareja encuentra un lugar adecuado, donde haya un gran tronco caído, puede que hagan el amor sobre él en la posición convencional, es decir, con el hombre sobre la mujer. Pero los troncos confortables son escasos, el suelo está a menudo embarrado y los insectos pican. De modo que los amantes normalmente hacen el amor sentados frente a frente, la mujer sobre el hombre, con las piernas enroscadas alrededor de las caderas de su amante.

Otro recurso muy difundido es que el hombre se arrodille sobre la mujer y pase las piernas por debajo del cuerpo de ella a fin de mantener sus muslos, nalgas y parte inferior de la espalda separados del suelo, mientras ella levanta la mitad superior colgándose con ambos brazos del cuello de su amante. A los amantes también les gusta el coito realizado dentro de aguas tranquilas. Afirman que estar cubiertos hasta el pecho es la profundidad que permite la palanca perfecta. Y si disponen de poco

tiempo, los amantes pueden copular de pie: la mujer rodeará la cintura de su amante con una pierna mientras él la alza ligeramente en el aire.

El coito termina inmediatamente cuando el hombre eyacula. A pesar de que los mehinaku no tienen una palabra para nombrar el orgasmo femenino, tienen plena conciencia de que el clítoris se agranda durante la cópula y de que es la sede del placer femenino. Comparan los genitales femeninos con una cara: el clítoris es la nariz, que «husmea a los amantes». Pero si es normal o no que las mujeres tengan orgasmos es un dato que los antropólogos desconocen.

Enseguida de terminada la cópula los amantes vuelven a sus respectivas casas por diferentes caminos, no sin antes intercambiar pequeños regalos. El pescado es moneda corriente para el sexo. Tras una expedición de pesca ocurre con frecuencia que el hombre se detenga a las puertas de la aldea, que aparte el más carnoso de los pescados y que lo envíe a una amante por medio de un mensajero. Además, le entregará un segundo pescado cuando se encuentren. Por otra parte, es normal que los amantes intercambien recuerdos entre sí, por ejemplo un huso para hilar, una canasta o alguna pequeña alhaja de concha. Esta sexualidad adolescente es tan común, que cuando una joven atraviesa la plaza central manchada con la pintura del cuerpo de algún amante, a nadie se le mueve un pelo. Los mehinaku no consideran que el sexo prematrimonial en los bosques tenga nada de malo.

Pero los padres se ponen furiosos si una hija soltera queda embarazada. De modo que al completarse el período de reclusión de las niñas, que comienza con la primera menstruación y dura por lo menos un año, la casan. El día del casamiento es muy especial. El nuevo esposo instala su hamaca en casa de la novia y le ofrece una abundante cantidad de pescado. Ella prepara una partida de pan de mandioca especialmente dulce. Y durante varios días los amigos y parientes intercambian más regalos y recuerdos.

Los mehinaku consideran que los despliegues de amor romántico son una tontería, y de mal gusto, de modo que se espera que los recién casados sean reservados. Creen que pensar demasiado en un ser amado puede atraer a víboras venenosas, jaguares y espíritus malévolos. Sin embargo, los recién casados comparten una hamaca de gran tamaño y pasan los días bañándose juntos, conversando y haciendo el amor en los bosques que rodean la aldea. Los jóvenes casados también se ponen celosos si descubren al cónyuge en una aventura.

Las aventuras extramatrimoniales suelen comenzar poco después del casamiento. Algo que los mehinaku consideran esencial en los encuentros es lo que llaman «hacer la del cocodrilo». El hombre que estableció un vínculo con una mujer se queda esperándola en un «lugar de cocodrilos», ya sea en el bosque detrás de su casa, en uno de los senderos que surgen como radios de la plaza central, cerca de los huertos o de los lugares de baño. Cuando la mujer pasa por el lugar, su pretendiente le tira

besos para llamarle la atención, y cuando la tiene más cerca, la invita a acostarse con él. La mujer puede hacer lo que el hombre le pide o concretar una cita para más adelante. Los hombres dicen que las mujeres son «mezquinas con sus genitales», aunque nosotros pensaríamos lo contrario. Tamalu, la mujer más promiscua de la aldea, tiene catorce amantes. Como promedio, todo hombre mehinaku tiene cuatro amantes independientes.

Gregor informa que los vínculos extramatrimoniales cumplen una función social valiosa: dar cohesión a los aldeanos. Los mehinaku piensan que el semen hace a los bebés y que son necesarias varias eyaculaciones para formar uno. Según informan los hombres, hacer un bebé es un «proyecto de trabajo colectivo», algo parecido a una excursión de pesca. Por esa razón cada amante está convencido de que la criatura de la que está embarazada una mujer es en parte suya. Algunas veces ocurre que un hombre reconoce como propio al bebé de un rival y ayuda en la crianza del niño[547]. Pero los esposos se ponen celosos; como ellos dicen: «Se valoran mutuamente los genitales». De modo que el verdadero padre de una criatura rara vez se revela. Dicha creencia acerca de la forma en que se conciben los bebés vincula silenciosamente a hombres y mujeres en una compleja red de parentescos.

Probablemente a consecuencia de todas estas veladas conexiones sexuales, los adúlteros pocas veces resultan castigados o golpeados. En los mitos de los mehinaku los esposos infieles son golpeados, descuartizados, hasta asesinados. Pero en la vida real sólo los recién casados arman un escándalo o se enfrentan con el cónyuge por una infidelidad, por razones comprensibles. Los aldeanos a menudo se burlan de los esposos celosos y los llaman «martín pescador», porque dichos pájaros aletean sin rumbo, chillando y protestando. Rara vez un hombre está dispuesto a correr el riesgo de que su dignidad se vea ridiculizada de este modo.

Ello no quiere decir que hombres y mujeres con cónyuges inestables no sufran; la tensión sexual con frecuencia acaba en divorcio. La discordia matrimonial se mide con especial claridad en función del lugar donde duermen los cónyuges. Si los esposos colgaron sus hamacas a pocos centímetros una de otra es probable que sean razonablemente felices. Estas parejas suelen conversar de los acontecimientos del día cuando sus hijos se quedan dormidos, y hasta copulan en una de las dos hamacas. Cuando sus peleas suben de tono, cuelgan sus hamacas más alejadas una de otra; a veces llegan a dormir uno a cada lado del fuego del hogar. Y si la esposa se enfurece, hasta puede tomar un machete y cortar las ataduras de la hamaca del esposo, lo cual suele iniciar el divorcio.

Si bien algunas mujeres solteras con niños pequeños viven en la aldea, la enorme mayoría de los adultos vuelve a casarse. Lo tienen muy claro: el hombre necesita una esposa que busque leña para el fuego, prepare la mandioca y remiende su hamaca, así como alguien que lo acompañe y haga el amor con él. Como los !kung y muchos

otros pueblos, los mehinaku cumplen metódicamente con la estrategia reproductora humana mixta de casarse, cometer adulterio, divorciarse y volver a casarse.

Coincidiendo también en eso con los !kung, a los mehinaku les encanta el sexo, una preocupación que se manifiesta en sus miles de creencias. Tanto el pescado como la mandioca, sus dos fuertes, tienen connotaciones sexuales. Cuando las mujeres rallan los tubérculos de mandioca, una actividad que las ocupa la mayor parte del día, los aldeanos dicen que están copulando. El sexo es el cañamazo donde se tejen las bromas diarias. Hombres y mujeres con mucha frecuencia se gastan bromas sobre asuntos sexuales. Las mujeres se pintan el cuerpo, se depilan el vello del pubis y usan un taparrabos que les cubre los labios vulvares y las nalgas a fin de subrayar sus genitales. Los mitos de los mehinaku, sus canciones y rituales, su actividad política, su forma de vestir y su rutina cotidiana están profundamente saturadas de simbolismo sexual.

Sin embargo, en su sexualidad existe una fuerte corriente de miedo subyacente. Gregor piensa que los hombres mehinaku padecen de una fuerte angustia de castración. En un estudio que realizó sobre los sueños de los mehinaku, descubrió que al 35% de los hombres les preocupaba la posibilidad de que su miembro viril fuera mutilado o triturado, un porcentaje mucho más alto del verificado en los hombres norteamericanos. Los mehinaku también sienten pánico a la impotencia, y por muy buenas razones. La murmuración y el chismorreo son males endémicos en esta aldea de apenas ochenta y cinco personas, y el grado de virilidad de un hombre es información que rápidamente se vuelve pública. Por lo tanto, tener dificultades para copular por la mañana, al anochecer puede haberse transformado en «angustia de rendimiento».

Por otra parte, los hombres sienten terror ante la sangre menstrual de las mujeres. Afirman que, en cuanto la mujer comienza a sangrar, la oscura y maloliente secreción se apresura a contaminar los recipientes con agua, el guisado de pescado, el jugo de mandioca y el pan. Creen que si este veneno llega a penetrar bajo la piel de un hombre, se convertirá en un cuerpo extraño y causará dolores hasta que un brujo, por medio de artes mágicas, lo extraiga. De modo que no es raro ver a una esposa arrojar en la selva la harina de mandioca obtenida mediante todo un día de trabajo si una mujer en la casa comienza a menstruar al atardecer.

Los mehinaku afirman que el sexo detiene el crecimiento, debilita al hombre, inhibe su capacidad para luchar y pescar y atrae a los espíritus malignos. Hasta pensar en copular mientras se está de viaje puede ser peligroso para la salud.

Estas creencias intimidan de tal modo a algunos hombres que llegan a la impotencia o se abstienen. Otros, en cambio, dejan a un lado la cautela y plantan sus semillas siempre que pueden y dónde sea. Gregor opina que, en general, los mehinaku son gente llena de preocupaciones. Piensan que el exceso de sexo o las

relaciones en momentos prohibidos o con una compañera inapropiada a causa de la relación de parentesco pueden causar enfermedades, lesiones o la muerte. Gregor define las aventuras amorosas de este pueblo como «pasiones ansiosas», definición que, a nuestro juicio, resulta insuficiente.

RADIOGRAFIA DE LA SEXUALIDAD HUMANA

¿Son las escapadas de Ketepe en los bosques junto al Amazonas muy diferentes de los encuentros de Nisa y Kantla en el desierto de Kalahari? Seguramente nuestros antepasados de Cro-Magnon crecieron en una atmósfera cargada de sexo. De pequeños jugaron a copular, en la adolescencia tuvieron que someterse a ceremonias de iniciación que anunciaban su condición sexual adulta[548], e ingresaron en un laberinto de matrimonios y aventuras impregnados de pasión, reglas y supersticiones.

Seguramente, por la noche los niños de Cro-Magnon se amontonaban sobre alfombras de piel de oso, dentro de chozas construidas con huesos de mamut, y oían los movimientos y la respiración pesada de sus padres. Por la mañana los veían sonreírse mutuamente. En ocasiones, después de que el padre dejaba el campamento para salir de caza, veían cómo la madre desaparecía detrás de la colina con un hombre que la admiraba y le hacía regalos. Y como los niños de muchas otras culturas, los que tenían más picardía estaban al tanto de en qué andaban sus padres y podían recitar los nombres de los amantes clandestinos de casi todos los adultos de la comunidad. Sin embargo, probablemente no lo comentaban.

Al llegar a los diez años de edad, los jóvenes de Cro-Magnon deben de haber comenzado sus propias incursiones en la sexualidad y el amor[549]. Las niñas pequeñas pueden haber escapado al río con los varones para bañarse y jugar a «casarse» y a «tener celos». Probablemente se movían en grupo, y al alcanzar la adolescencia —bastante antes de la pubertad— muchas empezaban a jugar al sexo en serio[550]. Mientras algunas amaban a un compañero y luego a otro, seguramente también estaban las que eran fieles a un solo amor.

Al entrar en la adolescencia invertían horas en la decoración de sus propios cuerpos —tal como hacen las adolescentes en muchas culturas—, trenzándose el cabello, tejiendo guirnaldas de flores para tener buen olor, colocándose brazaletes y pendientes, y decorando sus túnicas y polainas con pieles, plumas, cuentas y ocre amarillo. Entonces, a la luz del fuego de las hogueras, se pavoneaban y alardeaban frente a sus compañeras.

En algún momento de la prepubertad nuestros antepasados de Cro-Magnon comenzaban los importantes rituales de la madurez que culminaban en las cavernas subterráneas. Aquí accedían al mundo espiritual y danzaban y cantaban en ceremonias destinadas a enseñarles a ser valientes e inteligentes. Y a medida que

maduraban, las chicas se iban casando con los muchachos mayores que habían demostrado su capacidad para cazar.

Cuando en la primavera los venados comenzaban su migración anual, la pareja de «recién casados» y sus amigos deben de haber encendido hogueras de ramas secas a fin de provocar las estampidas de estas bestias, a las que entonces conducían hasta el borde de profundos barrancos al pie de los cuales se estrellaban. A continuación carneaban a las enormes bestias y volvían a casa con grandes pedazos de carne. En torno a un gran fuego comentaban los momentos más emocionantes de la caza. Entonces algunos de ellos se escabullían al monte, lejos de la luz, para abrazarse y acariciarse.

En los meses de verano la mujer posiblemente teñía el cuero del oso atrapado por su marido, asaba el pescado obtenido en el arroyo, y volvía a casa de sus excursiones de recolección para informarle de dónde pastaban los caballos y dónde las abejas fabricaban la miel. El marido mostraba a su mujer el lugar donde había descubierto un grupo de nogales y un buen lugar para pescar. Juntos recolectaban frambuesas y moras. Y luego, al atardecer, buscaban rincones ocultos donde descansar.

En el otoño pueden haber realizado juntos algunas excursiones hasta el lugar de la playa donde las olas caían con fuerza. Allí trocaban pieles de zorro por conchas de color violeta y piedras doradas, y se encontraban con viejos amigos y parientes. Luego, cuando el invierno comenzaba a hacer sentir su furia, probablemente pasaban largas horas dentro de la casa, perforando cuentas, tallando estatuillas y relatando historias.

Algunos hombres y mujeres se casaban más de una vez. Algunos tenían amantes extramatrimoniales. Pero todos conocían la esperanza y el miedo y sabían lo que era el amor porque en el fondo de sus corazones tenían grabada una vieja inscripción, el patrón que rige los vínculos humanos. Como lo describió Thomas Hardy: «Ese aire de familia, lo eterno en el hombre que no atiende a la llamada de la muerte».

Esta naturaleza humana fundamental iba a verse severamente puesta a prueba por lo que ocurrió después. Hace unos 10.000 años, la más reciente edad de hielo había terminado, y había dado lugar al deshielo interglacial actual. La tierra empezó a calentarse. Los glaciares que avanzaban sobre el planeta llegando tan al sur como a la moderna ciudad de Londres, se retiraron hacia el norte, y las vastas praderas que cubrían Eurasia desde Europa hasta la porción meridional del mar de la China se cubrieron de kilómetros y kilómetros de tupidos bosques. Desaparecieron los mamuts y rinocerontes lanudos, así como muchos otros mamíferos, que fueron reemplazados por venados, ciervos, jabalíes y otros animales modernos que aún habitan los bosques europeos. Ahora hombres y mujeres se vieron forzados a cazar animales más pequeños, a pescar más peces, a matar más aves y a buscar muchos más vegetales en la selva[551].

A corto plazo, algunos de ellos iban a establecerse y echar raíces, y aprenderían a domesticar tanto las semillas como a las bestias salvajes. Con esto, los antepasados de los hombres y mujeres occidentales modificarían las características del matrimonio al introducir dos nuevas ideas: «honrarás a tu esposo» y «hasta que la muerte nos separe».

XV. «HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE»
Aparición de la subordinación femenina en Occidente

> Prometemos, a partir de este día, para bien y para mal, en la abundancia y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, amarnos y respetarnos, hasta que la muerte nos separe.
>
> *Libro de oraciones* (1549)

Los golpes secos y sonoros retumbaron en el bosque. Un sauce gigantesco crujió, se balanceó y lentamente se desplomó con estruendo sobre el margen del lago. Truchas, percas, sollos, cachos y bagres se alejaron del lugar a toda velocidad, pasando como saetas bajo los juncos y las hojas flotantes de los lirios de agua que cubrían las orillas del lago. Un jabalí herido y enloquecido de miedo salió corriendo de entre los matorrales. Con sonoros gritos y aleteos, patos, gansos y gallinas levantaron vuelo desde el cañaveral. Entre las espadañas, dos nutrias prestaron atención, paralizadas de sorpresa. Alguien nuevo había llegado al bosque.

Para el año 5000 antes de la era cristiana Europa central estaba cubierta de lagunas, lagos y ríos, restos de enormes glaciares que se habían retirado hacia el norte unos cinco mil años antes. Alrededor de las huellas de los glaciares habían crecido enormes y espesos bosques. Primero fueron abedules y pinos los que cubrieron las praderas. Luego surgieron los robles, olmos, abetos y piceas. Recién unos 5.000 años antes de Cristo, las hayas, los castaños, fresnos y arces poblaron los valles de los ríos. Donde los robles extendían sus ramas, la luz bañaba el suelo del bosque. Allí, los cardos, las ortigas y otros tipos de maleza podían prosperar, y proporcionaban un lujurioso entorno a la vibrante vida selvática. Pero donde se apretujaban las hayas, las gruesas hojas se bebían la luz solar y a sus pies sólo crecían helechos, cebollas silvestres, plantas de ajo y pastizales.

Los gritos de los mamuts y los mastodontes ya no atronaban el aire de la mañana. Habían desaparecido las llanuras, la hierba ondulante, los matorrales achaparrados y el helado aire de la mañana. En su lugar, la luz de agosto danzaba en la cristalina superficie de lagos y lagunas y se reflejaba en las hojas y la corteza de los árboles. Criaturas solitarias, venados, jabalíes, ciervos y tejones, buscaban bocadillos en el suelo del bosque. Corzos y osos marrones merodeaban en los bordes de las mesetas,

donde crecían matas de fresas, avellanas, frambuesas y saúco. Los linces perseguían a los conejos por los claros cubiertos de diente de león. El paisaje moderno y toda la fauna que hoy vive en Europa habían aparecido[552].

Otro tipo de gente habitaba también en la región: los granjeros.

Junto a los valles de los ríos de Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia y los Países Bajos, hombres y mujeres habían comenzado a talar árboles y a trabajar la tierra. En algunos claros había una sola casa. En otros puntos habían surgido pequeñísimos villorrios compuestos de cuatro a diez rústicas construcciones de madera de escasa altura. En pequeñas «huertas domésticas» emplazadas frente a la puerta de entrada, estos primeros granjeros europeos cultivaban guisantes, lentejas, amapolas y lino. Tenían ganado domesticado, cerdos, ovejas y cabras, en establos adyacentes a la casa. Los perros dormían a sus pies. Y detrás de sus casas se extendían las plantaciones de trigo.

Nunca sabremos cómo se llevaban los primeros granjeros del sudoeste alemán con los cazadores-recolectores locales. Pero la arqueóloga Susan Gregg tiene una hipótesis que basa en datos ingeniosos[553].

A fin de reconstruir la vida cotidiana en estas riberas, seleccionó una hipotética aldea formada por seis casas, habitadas por treinta y cuatro mujeres, hombres y niños. Luego, tras analizar meticulosamente el paisaje, los objetos de la época y los ciclos vitales del trigo, los guisantes, los cerdos y otras plantas y animales que vivían en la región, Gregg reconstruyó la rutina de trabajo de los primeros granjeros, así como sus métodos de cultivo y pastoreo, y calculó su producción y consumo anuales en carne, leche, granos y vegetales por individuo.

Sus cálculos incluyeron la cantidad exacta de tiempo necesaria para sembrar cada hectárea con trigo antiguo, los tamaños más adecuados para las parcelas y las huertas, y las pérdidas que caracoles, ratones, pájaros y el almacenamiento invernal ocasionaban en las cosechas. A la ecuación le agregó el rendimiento de paja obtenido con cada cosecha, la cantidad de tierra requerida para el pastoreo y el forraje y ramas del bosque necesarios para mantener el número óptimo de ganado de ovejas, cabras y cerdos. También calculó el término medio de vida de estas especies, el número de crías nacidas anualmente, la disponibilidad de bayas, vegetales y condimentos, el tiempo invertido diariamente en cortar leña y muchos otros factores a fin de determinar el mejor estilo de vida de los granjeros.

Su conclusión: plantaban trigo en la primavera y empleaban a trabajadores locales para que los ayudaran a sembrar las tierras.

Gregg opina que a cambio de esto los granjeros entregaban a los braceros contratados carne extra, corderos, terneros y lechones muertos en seguida de nacer, a comienzos de la primavera, cuando los nómadas encontraban más dificultades para sobrevivir. Gregg piensa que luego, en agosto, cuando el trigo maduraba, los

granjeros volvían a contratar a los nómadas de la región para que los ayudaran a cortar el grano, juntar la paja y estibarla en arcones, esta vez a cambio de leche. Es posible que también compraran a los nómadas los animales salvajes cazados por éstos, así como pedernales y rocas volcánicas adecuadas para la fabricación de hachas. Lo más importante que obtenían de ellos era información, noticias de otros granjeros, que estos nómadas obtenían durante sus viajes, Gregg piensa que los braceros mantenían buenas relaciones con los granjeros, no sólo por la carne, la leche y el grano, sino también por los campos que abandonaban. Estos claros abrían espacios en la espesura de los bosques donde brotaban nuevos retoños, hierbas y pastos que atraían a los ciervos y cerdos salvajes. De modo que en estos campos de rastrojos la caza debió de ser particularmente abundante. Y lo que es aún más importante, al disponer de productos de granja, los braceros podían encarar algunas de sus largas y arduas expediciones de pesca. También podían comenzar a radicarse en lugares fijos.

Sin duda los antiguos contactos entre granjeros y braceros no eran tan amistosos ni tan simbióticos como los describe Gregg. Seguramente cazadores y plantadores muchas veces tenían enfrentamientos violentos. Pero con el tiempo los últimos prevalecieron. Al establecer códigos y actitudes sexuales respecto a las mujeres que nos serían legados a través de los siglos, estos colonizadores alteraron los antiguos papeles sexuales de manera fundamental.

APARICION DE UNA NUEVA CLASE EN EUROPA

De qué modo y por qué la agricultura arraigó en Europa es un tema ávidamente debatido[554]. Pero el cultivo de la tierra en Occidente se originó en las laderas que se extienden como una herradura de caballo desde Jordania septentrional, a través de Israel, Líbano, Siria y Turquía, hasta el sur cruzando por Irak e Irán, el Oriente Fértil. Aquí, unos 10.000 años antes de nuestra era, en los claros que se abrían en el bosque de pistachos, olivos, enfebros, cedros, robles y pinos, la hierba silvestre crecía y las manadas de cerdos, ovejas y cabras salvajes venían a pastar.

Nuestros antepasados nómadas probablemente cazaban y recolectaban granos en estas praderas desde miles de años antes. Sin embargo, a medida que los veranos cálidos y secos se fueron volviendo más cálidos y más secos y la gente se amontonó en torno a los escasos lagos de agua fresca que quedaban, la disponibilidad de alimento disminuyó. Con el tiempo estas comunidades comenzaron a almacenar los granos obtenidos en el bosque, y en un esfuerzo por incrementar su provisión de cereales silvestres, plantaron las semillas. Los primeros granjeros pueden haber habitado la región del valle del Jordán. Pero unos 8.000 años antes de Cristo habían surgido muchos otros caseríos, y los aldeanos del Oriente Fértil habían aprendido a

plantar trigo, centeno y cebada silvestres y tenían rebaños de ovejas y cabras[555]. La piedra fundamental de la civilización occidental había sido colocada.

La agricultura se extendió luego hacia el norte y el oeste. Y en la medida en que la costumbre de plantar cereales y vegetales penetró en Europa a lo largo de las riberas del Asia Menor, el cultivo de la tierra se convirtió poco a poco en un estilo de vida. Durante cuatro millones de años nuestros antepasados habían recorrido el mundo antiguo en una constante búsqueda de alimentos. Ahora el nomadismo se transformaba en algo del pasado. El arqueólogo Kent Flannery sintetiza muy gráficamente la situación: «¿Adónde puede uno ir con una tonelada métrica de trigo?».

El arado. Probablemente no hay una sola herramienta en la historia de la humanidad que haya originado una revolución tan profunda en la vida de hombres y mujeres o que haya estimulado la aparición de tantos cambios en los patrones humanos de conducta sexual y en la concepción humana dél amor como el arado. Nunca sabremos exactamente cuándo apareció el arado. Los primeros granjeros empleaban el azadón o la vara para cavar. Entonces, unos 3.000 años antes de Cristo, alguien inventó el arado primitivo, una herramienta que consistía en una cuchilla de piedra y un mango semejante al del arado.

¡Qué diferentes eran las cosas de este modo!

En las culturas donde la gente trabaja la tierra con azada, las mujeres realizan casi todas las tareas del cultivo. En muchas de esas sociedades las mujeres son también relativamente poderosas[556]. Pero con la aparición del arado —que requería mucha más fuerza— la mayor parte de las tareas de cultivo de la tierra fueron absorbidas por los hombres. Paralelamente, las mujeres perdieron su antiguo y honrado papel de recolectores independientes, suministradoras del alimento nocturno. Y poco después de que el arado se convirtiera en el elemento principal de la producción, en las comunidades agrícolas surgió una doble tabla de valores, es decir, un doble criterio moral que permitía más libertades sexuales al hombre que a la mujer. Las mujeres eran consideradas inferiores a los hombres.

HONRARAS A TU ESPOSO

La primera prueba escrita de la subyugación femenina en las comunidades agrícolas proviene de los códigos de leyes de la antigua Mesopotamia. En estos códigos, que se remontan al año 1100 antes de Cristo, las mujeres eran descritas como esclavas, posesiones[557]. Un código indicaba que la esposa podía ser sacrificada por fornicación, pero al esposo le estaba permitido copular fuera del vínculo matrimonial, siempre y cuando no violara la propiedad de otro hombre, es

decir, su esposa. El matrimonio estaba principalmente destinado a la procreación, de modo que el aborto estaba prohibido[558]. Y si una mujer no producía descendientes, el marido podía divorciarse de ella.

El tratamiento de las mujeres como productoras de niños, o sea, seres inferiores, no era monopolio de los pueblos del Medio Oriente. Estas costumbres surgieron en muchas comunidades agrícolas[559].

En la India, región tradicionalmente agraria, se esperaba que la viuda honesta se arrojara al fuego de la pira funeraria de su esposo, una costumbre conocida como sutí. En la China, cuando las niñas de clase alta cumplían aproximadamente cuatro años, se le vendaban los dedos de los pies —todos salvo el pulgar— doblados hacia abajo. Esto hacía que caminar fuera terriblemente doloroso y que les resultara imposible huir del hogar del esposo. Durante la edad de oro de la antigua Grecia, las niñas de clase alta eran casadas a los catorce años, asegurando que llegaran castas al matrimonio. Entre los pueblos germánicos que invadieron la Roma clásica, las mujeres podían ser compradas y vendidas[560].

«Esposas, someteos a vuestros esposos, que es ése el deseo de nuestro Señor», manda el Nuevo Testamento[561]. Semejante credo no respondía solamente al punto de vista cristiano. En la antigua Sumeria, en Babilonia, Asiria, Egipto, la Grecia clásica y Roma, en toda la Europa preindustrial, en la India, Japón y las comunidades agrícolas de África del norte, los hombres se convierten en sacerdotes, líderes políticos, guerreros, comerciantes, diplomáticos y jefes de familia. La mujer era primero súbdita de su padre y de su hermano, luego de su marido, y por último de su hijo.

En el siglo v antes de Cristo, el historiador griego Jenofonte encapsuló los deberes de la esposa en el siguiente mandato: «Sé por lo tanto diligente, virtuosa y púdica, y dame la necesaria atención a mí, a tus hijos y a tu hogar, y tu nombre será honrado aun después de tu muerte»[562].

No es mi deseo dar a entender que el doble criterio moral que otorga más libertad al hombre que a la mujer sea exclusivo de las culturas agrícolas. En algunas comunidades de la Amazonia que cultivan la tierra (y que emplean la vara de cavar y no el arado) y en ciertas sociedades del África oriental, las mujeres están indudablemente sometidas a los hombres en la mayoría de las situaciones de la vida social. Pero los códigos de valores que someten a la mujer en lo sexual y lo social no se observan en todas las comunidades que crían animales, que cultivan la tierra con azada o que cazan y recolectan como forma de supervivencia, mientras que, en cambio, sí prevalecen en las sociedades que utilizan el arado[563].

Tampoco deseo insinuar que *todas* las mujeres en las sociedades agrícolas están sometidas a igual grado de restricción sexual e inferioridad social. La condición de

las mujeres ha cambiado siglo a siglo. La clase social, la edad, y la situación socioeconómica también incidieron en la posición femenina.

Hatshepsut, por ejemplo, gobernó Egipto en el año 1505 antes de Cristo y hubo varias reinas egipcias poderosas. A diferencia de las amas de casa de la Grecia clásica, que vivían recluidas, las cortesanas eran educadas y muy independientes. En los siglos I y II de la era cristiana algunas mujeres romanas de la clase alta urbana alcanzaron notoriedad como literatas; otras trascendieron en la política. Durante la Edad Media muchas monjas fueron intermediarias del poder dentro de la Iglesia; otras ejercieron enorme influencia en el mundo mercantil. En el 1400 algunas mujeres pertenecientes al mundo islámico del Imperio Otomano eran dueñas de tierras y barcos. Y durante el Renacimiento, una cantidad importante de mujeres inglesas y del continente eran tan cultas como cualquier hombre.

Por otra parte, aun donde el sometimiento de las mujeres es cuidadosamente preservado, no siempre está garantizado el poder informal de los hombres, su influencia en lo cotidiano. Como todos sabemos, la más insípida de las mujeres perteneciente a la clase alta o a un grupo étnico prestigioso puede a veces dominar a un hombre de un estrato social inferior. Las mujeres maduras casi siempre pueden dominar a los hombres más jóvenes. Las mujeres jóvenes y atractivas pueden manipular a los hombres más influyentes que ellas. Las hermanas pueden dominar a los hermanos. Y, desde luego, las esposas pueden gobernar a sus maridos. Aun donde el sometimiento se aplica con especial rigor, los hombres nunca dominaron universalmente a las mujeres; por cierto, no lo hicieron en la Norteamérica agrícola ni en las pequeñas granjas que abrazaban el Danubio varios miles de años atrás.

A pesar de estas excepciones, no cabe duda de que durante nuestro prolongado pasado agrícola la sexualidad femenina se vio seriamente restringida; además, en casi todas las circunstancias las mujeres eran consideradas ciudadanas de segunda. A diferencia de las mujeres de las sociedades nómadas cuya supervivencia se basaba en la recolección y que rutinariamente salían del campamento para trabajar y traer a casa bienes preciosos e información valiosa, que se desplazaban libremente para visitar a amigos y parientes y tenían una vida amorosa independiente, las mujeres pertenecientes a las sociedades agrícolas ocupaban su lugar en la huerta o la casa y cumplían con sus deberes: criar a los hijos y servir al hombre.

Con la incorporación del arado a la agricultura llegó la subordinación femenina y quedaron establecidas las bases del panorama general de la vida sexual y social de Occidente.

Exactamente de qué modo el arado y la vida en las granjas desencadenó los cambios en la sexualidad occidental ha sido objeto de amplios debates durante los últimos cien años. Personalmente, yo propongo como explicación que la vida sedentaria, la necesidad de una monogamia que fuera para toda la vida, el

surgimiento de la sociedad de clases, la intensificación de las guerras, así como una peculiar propiedad de la testosterona, la hormona sexual masculina, fueron todos factores de importante participación en el fenómeno. Pero antes de presentar mis argumentos con relación a la hipótesis de la evolución de la subordinación femenina en el pasado de Europa, querría revisar algunas de las principales teorías modernas sobre el tema. Es interesante comprobar que la monogamia para toda la vida es mencionada en cada una de ellas.

Primero, querría recordar al lector que *matriarcado* significa *gobierno* por parte de las mujeres; *matrilínea*, en cambio, alude al rastreo genealógico a través de la línea femenina.

EL DERECHO DE LA MADRE

Uno de los primeros en proponer una explicación para la pérdida de poder por parte de las mujeres fue Johann Jakob Bachofen, un abogado alemán que, en 1861, escribió *Das Mutterrecht* (El derecho de la madre). En dicha obra Bachofen propuso que inicialmente la humanidad vivía en un estado de promiscuidad sexual en el cual las mujeres tenían exactamente tanto poder como los hombres. Con la invención de la agricultura —por parte de las mujeres—, la sociedad evolucionó a su primera forma de orden social, el matriarcado.

Bachofen sostenía que, como nadie podía tener certeza acerca de qué hombre había engendrado a qué hijo, los agricultores pioneros rastreaban la ascendencia a través de la línea materna: matrilínea. Como las mujeres eran las exclusivas progenitoras de la próxima generación, también se las honraba. Por lo tanto, las mujeres gobernaban: matriarcado. La sociedad reemplazó el «derecho de la madre» por el «derecho del padre» durante la edad heroica en Grecia a causa de la adopción de la *monogamia*, y a causa también del cambio de los preceptos religiosos. Bachofen basó su teoría sobre la caída de las mujeres en innumerables pasajes de la literatura clásica, textos que remiten a los antiguos mitos, según los cuales las mujeres detentaron otrora gran poder[564].

El concepto del matriarcado primigenio predominó en los círculos intelectuales del siglo XIX. Poco después, el antropólogo norteamericano Lewis Henry Morgan presentó pruebas que demuestran la teoría de Bachofen sobre la decadencia de las mujeres.

Como Morgan vivió con los iroqueses, que rastreaban sus orígenes a través de la línea materna, señaló a dichos indios como una reliquia viviente de la etapa matriarcal original del orden social humano. Igual que Bachofen, Morgan pensó que con el surgimiento de la agricultura, la promiscuidad primitiva se transformó en un orden social matriarcal, y que con el posterior desarrollo de la misma, el matriarcado

fue suplantado por el patriarcado. A diferencia de Bachofen, propuso una explicación económica para la evolución del dominio de los hombres.

Morgan pensaba que la propiedad privada estaba en la raíz de la subordinación sexual. Así, en su libro de 1877, *Ancient Society* (La sociedad antigua), propuso que, en la medida en que los agricultores fueron adquiriendo las tierras de cultivo comunitarias, obtuvieron el poder suficiente para terminar con el dominio de las mujeres. De gran interés resulta el origen del «apareamiento exclusivo», un aspecto básico de la teoría de Morgan. Hasta que no surgió la monogamia *permanente* —lo cual daba a los granjeros la seguridad de la paternidad— no pudieron éstos arrogarse el poder, y comenzar a legar su propiedad a los hijos varones.

Friederich Engels ahondó sobre el esquema de Morgan, y llegó a su propia fórmula económica acerca de la pérdida de los derechos femeninos. Engels propone que en la primera época de las sociedades agrícolas, la propiedad era patrimonio de la comunidad. Mujeres y hombres vivían en grupos emparentados matrilinealmente más que en núcleos familiares encabezados por hombres. La paternidad era relativamente secundaria; el divorcio y la infidelidad eran cosa de todos los días; las mujeres obtenían por lo menos igual cantidad de productos para la subsistencia que los hombres, y las mujeres gobernaban la extensa familia con la que vivían. Luego, en la medida en que hombres y mujeres comenzaron a sembrar y cosechar, y empezó la cría de animales, el papel de los hombres como granjeros y pastores se fue volviendo más y más importante. Con el tiempo, los hombres surgieron como propietarios de la única propiedad valiosa: el suelo y las bestias. Los hombres utilizaron su poder como dueños del patrimonio para instituir la patrilínea y el patriarcado.

Tal como Bachofen y Morgan lo habían hecho antes que él, Engels consideró que la monogamia —que definió como la estricta fidelidad femenina *de por vida* a un único cónyuge— fue decisiva en la pérdida del poder de las mujeres. Afirmó que la monogamia evolucionó para garantizar la paternidad. Y como la monogamia estaba reñida con los lazos y obligaciones de la esposa respecto a un grupo más amplio de parientes, la monogamia abrió las puertas de la esclavitud femenina. Engels se refiere a esta transición como «la derrota mundial histórica del sexo femenino»[565].

¿Era el Paraíso Perdido? Los científicos han demostrado ahora que estas teorías estaban en general equivocadas, si bien, a la vez, tenían algo de cierto. El pensamiento moderno empezó con el siglo, cuando los antropólogos comenzaron a observar que ninguna sociedad existente funcionaba como un matriarcado; la mayoría ni siquiera eran matrilineales[566]. A partir de entonces los antropólogos han estudiado muchas sociedades más, y continúan sin encontrar ni una sola cultura matriarcal. Por lo demás, no existen pruebas arqueológicas de que alguna vez en la historia haya habido una sociedad matriarcal en la tierra.

Algunas feministas modernas no están de acuerdo. Arguyen que las figuras

femeninas en las vasijas antiguas y las diosas y otros motivos femeninos descubiertos tanto en las sociedades arqueológicas como en las tradicionales contemporáneas son prueba de que originalmente hubo matriarcados[567]. Pero esta línea de pensamiento también se contradice con los datos disponibles. De las 93 sociedades estudiadas por el sociólogo Martin Whyte en la década de los setenta, 83 carecían de creencias populares sobre un período de poder omnímodo de las mujeres. Y en las culturas en que la gente veneraba a diosas mujeres y se hacía referencia a mitos de dominio femenino, no había rastros de supremacía política femenina[568].

Sin embargo, es cierto que en otra época las mujeres tuvieron mucho más poder. Como ya lo analizamos en el capítulo XI, la enorme mayoría de los pueblos cazadores-recolectores son (y probablemente fueron) relativamente igualitarios. Ninguna sociedad cazadora-recolectora, saqueadora o cultivadora de la tierra se maneja con una rígida codificación de la subordinación femenina. Y las mujeres han tenido una posición inferior en sociedades que utilizan el arado en la agricultura[569]. De modo que, si bien posiblemente nunca existieron sociedades matriarcales, Bachofen, Morgan y Engels tenían parte de razón: una *relativa igualdad* entre los sexos era probablemente la regla en muchas sociedades preagrícolas antiguas, y es verdad que este equilibrio de poder entre los sexos se volvió *marcadamente desigual* algún tiempo después de que se generalizó el uso del arado.

En los años setenta la antropóloga marxista feminista Eleanor Leacock actualizó todas estas ideas con nuevos argumentos. Sabiamente abandonó la idea del matriarcado femenino. Pero introdujo datos provenientes de todo el mundo para demostrar que en las comunidades prehistóricas hombres y mujeres eran, en realidad, prácticamente iguales (ver capítulo XI). Y formuló la hipótesis de que, en la medida en que los granjeros comenzaron a trocar bienes, a vender artículos comerciables y a monopolizar las redes de comercialización, las esposas de los granjeros quedaron subordinadas a sus esposos[570]. Como sus predecesores Bachofen, Morgan y Engels, Leacock también afirmó que la emergencia de la familia monogámica como núcleo económico vital (en conjunción con la vida sedentaria y la implantación del arado) fue de central importancia en el deterioro de la vida cotidiana de las mujeres.

«GRANDES HOMBRES»

«Todo pensamiento es una hazaña de asociaciones», dijo Robert Frost en cierta oportunidad. De modo que me gustaría tomar prestadas todas estas líneas de pensamiento, agregarles una perspectiva biológica y proponer una hipótesis un poco más completa acerca de la decadencia de las mujeres.

Empecemos, entonces, con lo que tenemos. El arado era pesado, requería ser

arrastrado por un animal grande, exigía la fuerza de los hombres. Como cazadores, los maridos habían suministrado los lujos que volvían interesante la vida, satisfaciendo también parte de las necesidades diarias, pero como labradores de la tierra se volvieron esenciales para la supervivencia. Por otra parte, el papel imprescindible de las mujeres como recolectoras perdió importancia cuando nuestras antepasadas comenzaron a depender menos de las plantas silvestres que de las cosechas en la preparación del alimento diario. Durante largos siglos las mujeres habían sido las proveedoras de la sustanciosa comida de cada día, pero ahora pasaron a realizar tareas secundarias, como arrancar la maleza, cosechar y cocinar la cena. En síntesis, los antropólogos coinciden en que, cuando las tareas de labranza de la tierra realizadas por los hombres se hicieron esenciales, el papel primordial en la subsistencia pasaron a desempeñarlo ellos y ya no por mujeres.

Este factor ecológico —la asimetría en la división entre los sexos del trabajo por la supervivencia y el control por parte de los hombres de los recursos vitales de producción— es suficiente para explicar la pérdida de poder social por parte de las mujeres. El que controla la economía familiar gobierna el mundo. Pero hubo además otros factores que concurrieron a determinar la caída de las mujeres. Con el advenimiento de la agricultura del arado, ni el marido ni la mujer pudieron ya divorciarse. Trabajaban la tierra juntos. Ninguno de los cónyuges podía abrir la mitad de los surcos y abandonar la tarea. Habían quedado ligados a la propiedad común, y uno al otro: monogamia permanente.

Se comprende mejor de qué manera contribuyeron el fenómeno del arado y de la monogamia permanente a la decadencia de la mujer si lo observamos conjuntamente con un tercer fenómeno insidioso de la vida de los granjeros: la jerarquía. A lo largo de los milenios los «grandes hombres» deben de haber surgido de entre nuestros antepasados nómadas durante las expediciones de caza, saqueo e intercambio. Pero los cazadores-recolectores tienen poderosas tradiciones de equidad y solidaridad. Para la enorme mayoría de la humanidad, las jerarquías formales no existían. Sin embargo, la organización de la cosecha anual, el almacenamiento de cereales y forraje, la distribución del alimento sobrante, la planificación del comercio sistemático a larga distancia y la representación de la comunidad en las reuniones regionales dieron pie al surgimiento de los líderes.

En los documentos arqueológicos europeos hay algunas pruebas de que ya existían las jerarquías quince mil años atrás. En algunas tumbas se observaron adornos fúnebres mucho más valiosos que en otras. Por lo tanto, cabe inferir que los jefes de aldea habían adquirido poder con el surgimiento de los primeros asentamientos estacionales de estas comunidades no agrícolas. Más aún, unos 5.000 años antes de nuestra era, en los villorrios a lo largo del Danubio, una de las chozas generalmente era de mayor tamaño que las otras, de modo que la estratificación

social seguramente ya había comenzado en esa época. Más tarde, con la difusión de la agricultura del arado y la vida sedentaria, la organización política se volvió más y más compleja, y con seguridad también más jerárquica[571].

De modo que aquí estamos ahora, ante el sedentarismo, la monogamia permanente y las jerarquías.

Otro factor que influyó en la pérdida de los derechos sociales y sexuales de la mujer es la guerra. Cuando las aldeas proliferaron y la densidad de población aumentó, la gente se vio obligada a defender su propiedad, y también a ampliar sus territorios cuando podían. Los guerreros se volvieron de incalculable valor para la vida social. Y como subraya el antropólogo Robert Carneiro, en todas las partes del mundo en que luchar contra los enemigos constituye una actividad esencial de la vida cotidiana, los hombres incrementan su poder sobre las mujeres.

¡Qué mezcla más volátil!: la importante función económica que les correspondía a los hombres como labradores, la inevitable necesidad de permanecer juntos los cónyuges dentro de las propias tierras, los aldeanos que necesitaban jefes que organizaran su trabajo, las sociedades que requerían guerreros para la defensa del territorio. He allí el perfecto conjunto de condiciones para que un sexo estableciera su autoridad sobre el otro.

En realidad, eso es exactamente lo que ocurrió. El patriarcado estalló a través de toda Eurasia y echó fuertes raíces en la tierra.

Pero ¿por qué el patriarcado y no el matriarcado? ¿Por qué no fueron las mujeres las que se apoderaron de los resortes del poder? La fuerza física necesaria para manejar el arado y la valentía requerida por la guerra son suficiente respuesta a estas preguntas. Pero creo que al menos un factor más intervino en el florecimiento del patriarcado y la decadencia del mundo femenino: la biología.

En todas las sociedades donde prevalecen las jerarquías, los hombres detentan la mayoría de las funciones de autoridad. En realidad, en el 88% de las 93 sociedades estudiadas, *todos* los líderes políticos locales e intermedios son hombres; en el 84% de dichas culturas los hombres también ocupan *todas* las posiciones de mayor autoridad dentro del grupo familiar[572]. Ello no se debe a que a las mujeres se les prohíba el acceso a dichas funciones. En muchas de estas culturas —como en los Estados Unidos, por ejemplo—, a las mujeres se les permite buscar puestos influyentes en el gobierno. Hoy en día, un número cada vez mayor de mujeres se presentan como candidatas. Pero ni siquiera en la actualidad las mujeres tratan de obtener los puestos políticos con la regularidad con que lo hacen los hombres.

A fin de explicar la diferencia de sexo que determina quiénes persiguen y obtienen prestigio y poder político, el sociólogo Steven Goldberg afirma que los hombres están neuroendocrinológicamente condicionados —por la testosterona, que inscribe el sexo en el cerebro fetal— para buscar el poder con más energía que la

mujer. Goldberg llama a este impulso el «logro masculino». Por lo tanto, a causa del impulso biológico de obtener una jerarquía más alta, los hombres están más dispuestos a renunciar a su tiempo, placer, salud, seguridad, afecto y recreación a cambio de obtener prestigio, autoridad y poder[573].

Se trata de una idea peligrosa. La mayoría de las feministas seguramente la rechazarán, así como cualquiera que deje de lado los factores biológicos que intervienen en las actividades humanas. Pero como alguien que se toma la ciencia seriamente, no puedo descartar la posibilidad de que la biología desempeñe un papel importante en la adquisición de prestigio. En realidad, existen varias líneas de pensamiento que apoyan dicha conclusión.

Es un hecho que las hormonas fetales determinan sexualmente el cerebro antes del nacimiento. Hay una evidente relación entre la testosterona y el comportamiento agresivo en los animales y las personas[574]. El ocupar altos puestos en la jerarquía también va asociado con altos niveles de hormonas masculinas en hombres[575] y monos[576]. Por último, en muchas culturas las mujeres ocupan puestos de mayor nivel de liderazgo una vez dejados atrás los años de capacidad reproductora[577]. Ciertamente existen motivos culturales para este fenómeno. Aliviadas de las absorbentes tareas de la crianza de los hijos, las mujeres posmenopáusicas se ven en condiciones de asumir actividades fuera del hogar. Pero también puede haber razones de orden biológico para semejante transformación. Los niveles de estròg eno declinan con la menopausia, desenmascarando los niveles de testosterona. La naturaleza ha combinado la química de modo que posiblemente contribuya a este surgimiento del impulso a obtener prestigio y jerarquía.

Puede haber otro elemento químico más en el cóctel. La serotonina, otra de las moléculas del cerebro. Según pudieron demostrar los científicos, el mico macho típico del África del sur con más autoridad en la manada siempre presenta niveles más altos de serotonina en la sangre. Los monos macho que crecen al mando exhiben una elevación natural de los niveles de serotonina en la sangre.

Y cuando la autoridad de un mono declina, sus niveles naturales de serotonina disminuyen[578]. Cuando a un mono macho se le administra serotonina artificialmente su autoridad aumenta, y los monos macho que reciben drogas que inhiben la secreción de serotonina experimentan una disminución de autoridad[579].

Las mismas correlaciones se observan en los seres humanos. Los líderes de las asociaciones estudiantiles presentan niveles más altos de serotonina en sangre que los que no lo son. Lo mismo ocurre con los capitanes de equipos deportivos[580]. Estas simples correlaciones no parecen estar presentes en las mujeres. Los científicos concluyen preliminarmente que en las mujeres y los primates hembra se observa un sistema más complejo no sólo de comportamiento sino también fisiológico en relación con el dominio.

Sin embargo, parece existir una correlación directa entre la testosterona y la jerarquía, así como hay algunas pruebas de que otras sustancias cerebrales contribuyen a la biología de las jerarquías.

«HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE»

De modo que nuestros antepasados se volvieron sedentarios y se pusieron a trabajar la tierra. Se aparearon para toda la vida. Araban, hacían la guerra y comerciaban. Y gradualmente las nuevas tareas de los hombres como encargados de arar y como guerreros se volvieron esenciales para la subsistencia, mientras que la función vital de recolectoras de las mujeres fue perdiendo importancia. Luego, cuando surgió la cuestión de la jerarquía y los hombres forcejearon para obtenerla, el poder formal de las mujeres se desvaneció. Porque los pies de cada granjero estaban ahora metidos profundamente en la tierra. Una mezcla de inmovilidad, funciones económicas asimétricas, monogamia permanente, una incipiente sociedad de jerarquías, el florecimiento de la guerra y, muy posiblemente, una peculiar combinación de testosterona y otros mecanismos fisiológicos pusieron en movimiento los sistemas patriarcales característicos de las sociedades agrícolas. Con el patriarcado, las mujeres se convirtieron en una propiedad que había de ser vigilada, guardada y explotada, lo que promovió el desarrollo de preceptos sociales perversos a los que se alude colectivamente como doble criterio moral o subordinación de la mujer. Estos credos fueron entonces legados a todos nosotros.

La difundida creencia de que los hombres tienen apetitos sexuales más apremiantes que las mujeres, la convicción de que los hombres son menos fieles, la tradición de que la mujer debe llegar virgen al matrimonio y la vieja idea de que en general las mujeres son débiles, estúpidas y dependientes están profundamente arraigadas en la tierra que el hombre rotura con el arado. Sin embargo, de todos los cambios sociales que originó la agricultura, el más espectacular es el de nuestros patrones de divorcio.

Los índices de divorcio fueron muy bajos durante la mayor parte de nuestro pasado agrícola. En las antiguas tierras de Israel, por ejemplo, el divorcio era raro[581]. Los antiguos griegos se permitían prácticamente cualquier experimento en el terreno de la sexualidad, pero estaba prohibida cualquier actividad sexual (como traer a una cortesana al hogar) que pusiera en peligro la estabilidad de la vida familiar[582]. El divorcio estaba permitido para los griegos de la época de Homero, pero era poco frecuente. La disolución matrimonial era infrecuente en la primera época romana, cuando la inmensa mayoría de los ciudadanos eran agricultores. Hasta que no florecieron las ciudades y algunas mujeres se volvieron ricas e independientes

—y vivieron en las ciudades—, no subieron notablemente los índices de divorcio en la clase alta[583].

Los primeros padres cristianos consideraban que el matrimonio era un remedio necesario para la fornicación. Para ellos, solteros y solteras, célibes y vírgenes en nombre del Señor eran mucho más puros. Acerca del tema del divorcio sus opiniones estaban divididas. «Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe», había aconsejado Jesús[584]. No obstante, algunos pasajes de la Biblia enviaban mensajes contradictorios y algunos eruditos piensan que los primeros cristianos tenían el derecho tanto legal como religioso a divorciarse de su esposa por adulterio o por no ser creyente. De todos modos, el divorcio nunca fue común entre los cristianos agricultores, ni antes ni después de la decadencia romana[585].

Cuando los pueblos bárbaros teutónicos invadieron los territorios de Roma, aportaron sus propias costumbres. El divorcio y la poliginia estaban permitidos en las clases gobernantes de la Alemania prefeudal. Los pueblos precristianos celta y anglosajón también permitían el divorcio y un nuevo matrimonio. Considerando los beneficios genéticos que la poliginia tenía para los hombres, no es sorprendente que los que poseían un gran patrimonio tomaran varias esposas. Pero las pruebas disponibles sugieren que, durante las oscuras centurias que siguieron a la caída de Roma, la tasa de divorcio entre los pastores y agricultores europeos era muy baja[586].

Durante el siglo IX el feudalismo se extendió por Europa desde su lugar de origen, Francia. Como era costumbre dentro de este sistema, los señores feudales concedían tierras a sus vasallos a cambio de fidelidad y compromiso militar. Cada vasallo otorgaba luego sus tierras a los arrendatarios a cambio de servicios especiales. En teoría, tanto los vasallos como los arrendatarios «ocupaban» las heredades sin poseerlas, pero en la realidad vasallos y arrendatarios se traspasaban las concesiones —y la tierra— de generación en generación dentro de sus respectivas familias. Durante el feudalismo, por lo tanto, el matrimonio continuaba siendo la única forma de que la mayoría de los hombres y las mujeres pudieran adquirir tierras y asegurarlas para sus herederos.

Las parejas europeas podían hacer anular un matrimonio por adulterio, impotencia, lepra o consanguinidad, lo cual los ricos y los bien relacionados por cierto hacían[587]. Un cónyuge también podía abandonar a su consorte si una corte adecuadamente constituida sentenciaba una separación judicial que les ordenaba vivir separados. Pero este acuerdo traía aparejada una restricción: ninguno de los dos podía volver a contraer enlace[588]. En ese caso, ¿quién iba a ocuparse del patrimonio, las tierras, los animales, la casa? Sin pareja, un agricultor no podía mantenerse apropiadamente. En la Europa feudal sólo los ricos podían permitirse el lujo de divorciarse de sus cónyuges.

La monogamia permanente. Lo que la naturaleza y la economía habían prescripto

para los labradores de la tierra fue santificado por los líderes cristianos. Se piensa que San Agustín fue el primer líder de la Iglesia que consideró el matrimonio un sacramento sagrado, pero con el paso de los siglos prácticamente todas las autoridades cristianas coincidieron con este criterio. El divorcio se volvió impensable en cualquier circunstancia para los miembros de la Iglesia católica[589]. A pesar de que la doctrina católica continúa contemplando la posibilidad de anulaciones y separaciones, el matrimonio permanente —un requisito de la vida en las granjas— se convirtió en un mandato emanado directamente de Dios.

Con el desarrollo de las ciudades y del comercio en Europa en los siglos X y XI, las mujeres se hicieron cargo de todo tipo de ocupaciones. En el Londres medieval, en el 1300, las mujeres negociaban en mercancías textiles y alimenticias, y trabajaban como barberas-cirujanas, comerciantes en sedas, panaderas, destiladoras de cerveza, servicio doméstico, bordadoras, zapateras, joyeras, fabricantes de sombreros y artesanas. No resulta nada sorprendente que algunas mujeres, como la esposa de Bath, la concupiscente empresaria de Chaucer, tuvieran cinco maridos sucesivos. Pero ésta no era una mujer corriente. En general, las mujeres trabajaban hombro con hombro con sus maridos y estaban socialmente sometidas a ellos. De hecho, las deudas de comercio de una mujer eran responsabilidad del marido, la mujer no era «una persona libre y legítima»[590]. Como era de prever, el divorcio era poco frecuente en las ciudades medievales europeas.

Este patrón de bajos índices de divorcio persistió. Tras la Reforma, para los protestantes el matrimonio se convirtió en un contrato civil más que en un sacramento. De modo que las mujeres del 1600 que habitaban en países no católicos podían obtener el divorcio de las autoridades civiles[591]. En realidad, los índices de divorcio fluctuaron ostensiblemente durante los siglos siguientes a la exigencia de Cristo de respetar la monogamia permanente. En las regiones donde hombres y mujeres *podían* interrumpir la convivencia, así lo hacían. Pero los índices de divorcio continuaron siendo notablemente bajos en Escandinavia y las Islas Británicas, en las tierras agrícolas de Alemania, Francia, los Países Bajos, España e Italia, en Hungría y otras culturas europeas orientales, en Rusia, Japón, China y la India, y en las sociedades agrícolas musulmanas del África del norte, hasta que la Revolución Industrial comenzó a erosionar la vida familiar[592].

Cuando uno de los cónyuges moría (y un nuevo matrimonio estaba permitido), el otro volvía a casarse. Los hombres que eran dueños de tierras solían casarse pocos días después de terminado el período de luto. Un nuevo casamiento por parte de las viudas no era bien visto en las culturas agrícolas preindustriales europeas, tal vez porque ello alteraba el esquema de herencia. Pero, aun así, muchas mujeres volvían a contraer matrimonio.

Las realidades de la vida agrícola exigían el apareamiento.

No todos nuestros antepasados labriegos creían en Dios. No todos esos hombres y mujeres formaban parejas felices. A no todos ellos les entusiasmaba tampoco la idea de volver a casarse. Pero la inmensa mayoría de esas personas vivían del sol y de la tierra. Los labriegos estaban uncidos a sus tierras y a sus parejas… para siempre.

Hasta que no surgieron las fábricas detrás de los graneros y establos de Europa y Norteamérica, hombres y mujeres no empezaron a recuperar su independencia. Entonces, los patrones del sexo, el amor y el matrimonio avanzaban rápidamente hacia el pasado.

XVI. LA SEXUALIDAD DEL FUTURO
Avanzando hacia el pasado

Y la culminación de todas nuestras exploraciones será llegar
al punto de partida y conocerlo por primera vez.

T. S. ELIOT, *Cuatro sonetos*

«De modo que la suma de todas las cosas siempre se está renovando y los mortales viven, todos y cada uno, en un constante dar y recibir. Algunas razas ascienden y caen, y de pronto las comunidades de seres vivientes se modifican y cual corredores se pasan unas a otras la antorcha de la vida»[593]. Lucrecio, el poeta romano, se refirió de este modo a la cualidad inquebrantable de la naturaleza humana, aquellas disposiciones que emergieron con nuestro nacimiento y que actualmente podemos observar en todos los hombres y mujeres del mundo. Entre ellas figura nuestra estrategia humana de reproducción, la forma en que nos apareamos y reproducimos.

Día tras década tras siglo nuestros antepasados se enamoraron, formaron pareja, fueron infieles, se abandonaron uno a otro y formaron una pareja nueva, luego sentaron cabeza al volverse mayores o tener más hijos, seleccionándose para este mapa de la vida romántica humana. No todos se adaptaron a semejante esquema sexual multipartito. Los individuos difirieron en el pasado tal como lo hacen hoy, y como lo harán dentro de otros dos mil años. Pero los patrones naturales mencionados prevalecen en todo el mundo. A pesar de sus vaivenes, la cultura no borrará este esquema.

Sin embargo, la cultura puede cambiar la incidencia del adulterio y el divorcio, el *número* de personas que interpretan este antiguo guión. La vida rural, por ejemplo, introdujo en nuestras flexibles tribus la monogamia permanente. ¿Continuarán aumentando los índices de divorcio en los Estados Unidos[594]? ¿Sobrevivirá la institución del matrimonio? ¿Qué tipos de familias veremos en el futuro? ¿Hacia qué nos dirigimos actualmente?

Como se sabe, todo tipo de factores sociológicos, psicológicos y demográficos contribuyen a alimentar los índices de divorcio. La vida «nómada» es uno de ellos.

La inmensa mayoría de nosotros hemos abandonado el hogar de nuestros padres, que viven en otras ciudades, a menudo con nuevas parejas. De modo que la amplia red de apoyo familiar y comunitario que las parejas necesitan cuando llegan los momentos difíciles se ha desvanecido, lo cual incrementa las posibilidades de divorcio. Los que eligen cónyuges con hábitos diferentes, valores diferentes, intereses diferentes y diferentes actividades recreativas son más propensos a divorciarse. La vida urbana y secular está asociada a la disolución matrimonial. El énfasis contemporáneo en el individualismo y en la satisfacción personal también contribuyó a que la incidencia del divorcio aumentara.

Pero de todos los factores que promueven la inestabilidad matrimonial, quizá el más poderoso hoy en día en los Estados Unidos puede sintetizarse en tres palabras: mujeres que trabajan[595]. Las tasas de divorcio son altas en las parejas donde los ingresos del hombre son marcadamente inferiores a los de la mujer[596]. En las clases socioeconómicamente más altas los hombres tienen parejas más estables porque suelen tener más dinero que sus esposas. Y en general las mujeres con una sólida formación académica y un trabajo bien pagado se divorcian con mayor facilidad[597].

El dinero significa libertad. Las mujeres que trabajan disponen de mayor cantidad de dinero que las que se dedican a cuidar la casa. Y los demógrafos con frecuencia mencionan esta correlación entre las mujeres que trabajan y las elevadas tasas de divorcio.

Ello no quiere decir que las mujeres que trabajan son responsables de los altos índices de divorcio en los Estados Unidos. A pesar de que actualmente el 60% de los juicios de divorcio los inician las mujeres, los demógrafos nunca sabrán con certeza quién abandona a quién. Pero en los casos en que la mujer está en condiciones de traer al hogar productos, objetos suntuarios o dinero en efectivo, las parejas que comienzan a tener dificultades pueden romper el vínculo. Y de hecho lo hacen.

EL CAMINO AL DIVORCIO MODERNO

La Revolución Industrial inició la tendencia a que más mujeres trabajen fuera de casa. Rastrear éste solo fenómeno en los Estados Unidos explica muchas cosas sobre el ritmo de vida de la familia actual.

Tan pronto como las cabañas de los colonizadores europeos comenzaron a salpicar el paisaje de la costa atlántica, las mujeres norteamericanas comenzaron a ganar dinero fuera del hogar, vendiendo el jabón sobrante, frascos de frambuesas en conserva, velas perfumadas y pasteles caseros. Algunas solteronas abrieron comercios para la venta de libros y ropa importada. Algunas viudas se convirtieron en posaderas o se dedicaron a la venta de tierras. Pero la mayoría de las mujeres eran amas de casa.

Sin embargo, en 1815 las hilanderías habían comenzado a aparecer detrás de los jardines de cerezos y los gallineros, y algunas mujeres jóvenes comenzaron a salir del hogar para trabajar en las fábricas. Buscaban un ingreso estable y menos horas de trabajo, tiempo y dinero para gastar hojeando los catálogos de ropa de las grandes tiendas. Aun las mujeres casadas empezaron a realizar algunas tareas en el hogar a fin de hacerse con algún dinero adicional. Los Estados Unidos se volvían un país industrializado. Hacia mediados del siglo XIX el índice de divorcios empezó a subir.

A partir de entonces las tasas de divorcio continuaron aumentando por rachas. A mediados del siglo pasado la mano de obra barata —los hombres inmigrantes— arrebató a las mujeres sus trabajos. Esta vasta fuerza de trabajo que aparecía, la migración de la población rural masculina norteamericana del campo a las fábricas de la ciudad, la creencia de que las mujeres que trabajan hacían bajar la paga de los hombres, la convicción de que una prole más numerosa traía consigo una base imponible más amplia, un ejército más fuerte, el crecimiento del mercado de consumo y más cabezas en la iglesia los domingos popularizaron el aforismo: «El lugar de la mujer es su hogar»[598]. En 1900 apenas un 20% de las mujeres integraba el mercado laboral, la mayoría de las cuales eran inmigrantes, jóvenes y solteras. No obstante, había más mujeres casadas que trabajan que en las décadas anteriores, y los índices de divorcio aumentaron un poco más.

En el siglo XX somos testigos de una escalada periódica de estas tendencias sociales iniciadas en la era industrial: más mujeres que trabajan, más divorcios[599]. Con una excepción. El perfilamiento de los Estados Unidos como potencia mundial después de la Segunda Guerra Mundial trajo aparejada una etapa de estabilidad matrimonial que algunos consideran como la edad de oro.

En realidad, la década de los cincuenta fue la más atípica de nuestro siglo. Millones de mujeres abandonaron el trabajo cuando los veteranos de guerra volvieron al hogar y reclamaron sus empleos en la industria. Los maridos de posguerra recibieron todo tipo de beneficios económicos: préstamos para estudiantes, seguros de vida a bajo costo, hipotecas con garantía del gobierno, ventajas impositivas para los matrimonios, y además la economía en plena expansión. Estos jóvenes hombres y mujeres habían vivido además la Gran Depresión, cuando la vida de familia era particularmente turbulenta. Por lo tanto, apreciaban la estabilidad en el hogar.

De modo que en los años cincuenta los norteamericanos se quedaron tranquilos. En 1955 Adlai Stevenson sintetizó los criterios de la época al aconsejar a las mujeres que se graduaban en el Smith College que «ejercieran su influencia sobre hombres y niños» desde el «humilde lugar del ama de casa»[600].

Los Estados Unidos siguieron el consejo de Stevenson. La vida de hogar se puso de moda. Las revistas para mujeres advertían a las novias de los peligros de mezclar

el trabajo con la maternidad. Los psiquiatras describían a las mujeres profesionales como víctimas de la «envidia del pene». Y los críticos sociales proclamaban que la maternidad y las tareas domésticas eran las funciones naturales de la mujer. El antropólogo Ashley Montagu dio el golpe de gracia, diciendo: «Ninguna mujer casada y con hijos pequeños puede trabajar ocho horas fuera de su casa y ser, además y al mismo tiempo, una buena madre y esposa»[601].

No resulta nada sorprendente que hombres y mujeres se casaran más jóvenes en la década de los cincuenta que en cualquier otra década del siglo XX: la edad promedio de las mujeres era 20,2 y 22,6 la de los hombres[602]. El índice de divorcios permaneció atípicamente estable. Los índices de segundo matrimonio bajaron. Y las tasas de nacimiento alcanzaron el punto más alto del siglo XX: el *baby boom*. En 1957 la enorme cantidad de nacimientos alcanzó su punto más alto; los barrios residenciales en expansión se convirtieron en una gran cuna.

«Bate las palmas, bate las palmas hasta que papaíto llegue a casa porque papaíto tiene dinero y mamaíta no». Esta canción infantil pasó de moda a comienzos de los años sesenta, cuando las tendencias históricas desencadenadas por la Revolución Industrial se renovaron: más mujeres trabajando fuera del hogar, más divorcios. El difundido uso de nuevos métodos anticonceptivos como «la píldora», así como otros factores, pueden haber incidido también en el fenómeno[603]. Pero los demógrafos señalan a las jóvenes esposas como un factor clave en los altos índices de inestabilidad matrimonial.

Sin embargo, muchas mujeres no pretendían convertirse en profesionales. Buscaban trabajos administrativos, empleos que les permitieran complementar el presupuesto familiar o comprar un lavavajillas, una lavadora, un automóvil o un televisor. Su objetivo: la buena vida.

Y los empresarios norteamericanos les abrieron los brazos. Aquí tenían a estas mujeres que hablaban inglés, que sabían leer y escribir, que estaban dispuestas a aceptar empleos de media jornada, o a realizar tareas espantosamente aburridas y sin ninguna perspectiva de progreso. Como decía el antropólogo Marvin Harris refiriéndose a la situación de la época: «Cuando la generación de peones inmigrantes comenzó a desaparecer del escenario laboral, el ama de casa norteamericana salió de su estado de latencia y se convirtió en la bella durmiente del empresario, en cuanto a servicios e información»[604].

Ya sabemos lo que ocurrió después: el movimiento feminista entró en erupción. Y lo que es aún más importante para nuestro análisis, los Estados Unidos retomaron su rumbo moderno: entre 1960 y 1983 se duplicó el número de mujeres que trabajaban fuera de casa[605]. Entre 1966 y 1976 el índice de divorcios también se duplicó[606]. Y en 1981 la tasa de segundos matrimonios alcanzó los altos índices actuales[607].

Después de regir durante muchos siglos la monogamia permanente, establecida por nuestros antepasados rurales, resurgía el primitivo patrón humano de casamiento, divorcio y segundo casamiento.

¿Dejará de crecer alguna vez la espiral de los índices de divorcio? El demógrafo Richard Easterlin piensa que en la actualidad los índices están estabilizados, si bien sus críticos no concuerdan con él. Easterlin predice que en la década de los noventa, los Estados Unidos volverá atrás, a una época semejante a la década de los cincuenta, caracterizada por el matrimonio precoz, más hijos y menos divorcios[608].

Easterlin señala que tras el fenómeno del auge de los nacimientos hubo una generación opuesta, es decir, hacia fines de la década de los sesenta y comienzos de la de los setenta se produjo un descenso en las tasas de nacimiento. Y piensa que, como hay menos gente en esta generación disminuida, en la década de los noventa los hombres jóvenes irán a las mejores universidades, obtendrán mejores empleos y ascenderán más deprisa por los escalafones de las empresas. Como dichos jóvenes dispondrán de buenos ingresos, podrán permitirse matrimonios precoces y más hijos. Y como tendrán seguridad económica y familias más numerosas, se divorciarán con más dificultad. Por lo tanto, Easterlin cree que las tendencias de los años cincuenta se repetirán.

Ya veremos. Tras un alza en la tasa de divorcios en 1979 y 1981, los índices, en efecto, disminuyeron un poco, y han permanecido casi estables desde 1986[609]. De modo que la predicción de Easterlin tal vez se cumpla. Pero él basó su estimación en la escasez de hombres jóvenes. Yo agregaría que una característica intrínseca de la naturaleza humana, conjuntamente con un factor fortuito en la demografía norteamericana contemporánea, contribuirá también a la estabilidad matrimonial.

El riesgo de divorcio para hombres y mujeres es mayor alrededor de los veinte años de edad[610]. Como nuestros diarios y revistas informan siempre de la gente que se divorcia al llegar a la madurez, tendemos a pensar que la mayoría de los divorcios se producen cuando la gente pasa de los treinta, los cuarenta y los cincuenta años de edad. No es así. Como recordará el lector, en el capítulo V citamos estadísticas que demuestran que el divorcio es para los jóvenes. Con el paso del tiempo las posibilidades de divorcio disminuyen.

Este simple aspecto de la naturaleza humana se vuelve especialmente significativo si lo juntamos con el hecho de que los bebés de la etapa del auge de nacimientos alcanzaron la mayoría de edad. Una asombrosa cantidad de setenta y seis millones de bebés nacieron en los Estados Unidos entre 1946 y 1964. Una enorme cantidad. Los bebés del auge se movilizan en la sociedad norteamericana como un cerdo desplazándose a través de una serpiente pitón, es decir, cambiando visiblemente nuestra cultura a medida que crecen. Cuando este grupo tenía corta

edad, los publicistas inventaron los frascos para medicamentos a prueba de bebés. Cuando llegaron a la adolescencia fue la explosión del *rock and roll*. Cuando tenían apenas más de veinte años, se produjo la revolución sexual (y la revolución de la droga). Y ahora que tienen entre treinta y más de cuarenta años, los temas principales de los medios de difusión son las guarderías de bebés, las mujeres que trabajan y el aborto.

O sea que, aparentemente, los Estados Unidos hacen lo que dictan los bebés del boom. Y pronto sentarán cabeza. ¿Por qué? Porque estos bebés ya han dejado atrás la edad del riesgo de divorcio. Además, muchos de ellos siguen teniendo hijos, con lo cual se reduce aún más la posibilidad de que se separen. Como afirmó Margaret Mead en cierta ocasión: «La primera relación busca el sexo; la segunda, los hijos; la tercera, la compañía». Los bebés parecen estar entrando en esta tercera etapa en la cual se busca el alma gemela. La mayoría se casará o volverá a casarse, y permanecerán juntos. Está inscrito en sus genes.

Y mientras las minúsculas familias de los bebés encanecidos salpican el paisaje norteamericano, estas parejas pueden contribuir a iniciar unas dos décadas de relativa estabilidad matrimonial.

A TRAVÉS DEL ESPEJO DE LA PREHISTORIA

«Si puedes contemplar las semillas del tiempo y predecir cuáles granos germinarán y cuáles no, entonces hablaremos», escribió Shakespeare. Predecir el futuro es peligroso. Pero el animal humano fue preparado por la evolución para hacer ciertas cosas con mayor facilidad que otras. Recurriendo a nuestra prehistoria como guía, me atreveré a formular algunos pronósticos acerca del futuro de las relaciones hombre/mujer. ¿Qué puede el pasado decirnos sobre el futuro?

Las mujeres seguirán trabajando.

Recientemente, la socióloga Eli Ginzberg definió el ingreso de la mujer en el mercado laboral como «el acontecimiento más importante de nuestro siglo»[611]. Pero ¿es en realidad tan asombroso que las mujeres trabajen? Las hembras de chimpancé trabajan. Las hembras de gorila, orangután y babuino trabajan. Durante milenios las mujeres de las comunidades cazadoras-recolectores trabajaron. En las tierras de labranza las mujeres trabajaban. El ama de casa es más un invento de los grupos privilegiados de las sociedades opulentas que una función natural en el animal humano. La familia con una doble fuente de ingresos es parte de nuestra herencia humana.

En mi opinión, por lo tanto, si la predicción de algunos científicos se cumple y la mujer de la década de los noventa vuelve a ocultarse en el hogar, el hecho se traducirá apenas en un pequeño salto en las curvas demográficas, tal como ocurrió en

la década de los cincuenta. Desde la perspectiva antropológica, las mujeres que trabajan llegaron para quedarse, mañana y dentro de mil años.

¿Qué más puede decirnos el pasado acerca del futuro?

Sí, quiero. Sí, quiero. Sí, quiero. «El casamiento es la única aventura que corren hasta los cobardes», dijo Voltaire. En realidad, los norteamericanos participan con mucho gusto. Hoy en día, más del 90% de los hombres y las mujeres de los Estados Unidos tarde o temprano se casan. Y a pesar de que nuestros periódicos afirman que son cada vez menos los que están dispuestos a correr el riesgo, los índices de matrimonio han cambiado muy poco a lo largo de nuestra historia. De hecho, el porcentaje de personas que «nunca se casaron» era casi el mismo en 1989 que en 1890, casi cien años atrás[612].

Los norteamericanos ni siquiera se casan más tarde en la vida, que es lo que en cambio nos dicen a menudo[613]. En 1990 la edad promedio a la que se casaban las mujeres era 23,9 años y para los muchachos la edad era 26,1 años; en 1890 las mujeres se casaban a una edad promedio de 22,0 y los hombres, a su vez, a los 26,1[614]. A causa de que los norteamericanos tienden a comparar los patrones de matrimonio actuales con los de la década de los cincuenta, cuando hombres y mujeres sí se casaban mucho más jóvenes, se llega a la conclusión de que la edad promedio actual es un fenómeno nuevo. No lo es. Más aún, a pesar de que muchos afirman que el casamiento pasó de moda, el casamiento es un signo distintivo del *Homo sapiens*.

Vincularse es humano. Es un impulso que surgió hace unos cuatro millones de años y, si sobrevivimos como especie, debería continuar siendo parte de nosotros dentro de cuatro millones de años más.

Las mujeres seguirán dando a luz menos niños, también otro distintivo que nos viene del pasado. Las familias numerosas contradicen la naturaleza humana. Las mujeres !kung y las madres de otras sociedades tradicionales tienen de cuatro a cinco niños cada una, pero en general sólo dos de sus hijos alcanzan la edad adulta. De modo que las familias eran pequeñas durante nuestro prolongado pasado nómada[615]. En los hogares de los labradores, en cambio, era barato criar hijos y las pequeñas manos venían bien en los huertos, campos y establos. O sea que a comienzos del siglo XIX las mujeres norteamericanas daban a luz un promedio de siete a ocho niños. Con la industrialización y el desarrollo de la vida urbana comenzaron a disminuir los promedios de nacimientos porque las parejas vieron que criar muchos niños era antieconómico[616].

El promedio actual de hijos de las mujeres norteamericanas que alcanzan la edad adulta es de 1,8[617]. Por lo tanto, en la medida en que los hijos se volvieron innecesarios como mano de obra de la tierra, las mujeres están volviendo a un patrón de reproducción más natural: la familia pequeña.

¿Por qué habría de cambiar este patrón?

Las mujeres han empezado también a espaciar sus embarazos[618]. Como sabemos, en las sociedades en las que las mujeres recolectan o atienden la huerta como forma de supervivencia, suelen dar a luz niños cada cuatro años. Ello permite a la madre dedicarse sin interrupciones a la crianza de cada niño antes de engendrar otro. Actualmente, con el espaciamiento de los embarazos este rasgo está volviendo.

Bravo. Varios estudios indican que los niños provenientes de familias pequeñas obtienen mejores resultados en los exámenes escolares. Avanzan hasta más alto en la pirámide educativa. Y reciben más atención de sus padres a medida que crecen[619]. Para los padres también es saludable espaciar más los nacimientos. Ni hombres ni mujeres fueron preparados por la evolución para asumir la carga de criar dos niños al mismo tiempo. Tener menos hijos más espaciados debería no sólo aumentar su potencial educativo, sino que además reduciría el maltrato de los niños por parte de los padres que no pueden manejar los problemas de criar más de un niño a la vez.

Veamos entonces. Sabiendo lo que sabemos de la naturaleza humana y de las fuerzas de la cultura moderna, podríamos proponer con fundamento que, al comenzar el siglo XXI, nuestro antiguo esquema reproductor permanecerá básicamente inalterado: los jóvenes se enamorarán y formarán parejas; muchos se abandonarán y formarán vínculos nuevos. Con el paso de los años y cuantos más hijos hayan nacido y cuantos más permanezcan juntos, más posibilidades tendrán los cónyuges de continuar unidos toda la vida. Mujeres y hombres continuarán casándose a más edad que en la década de los cincuenta y tendrán menos hijos, más espaciados. Las mujeres seguirán trabajando fuera del hogar y manteniendo los índices de divorcio relativamente altos. Para equilibrar esta tendencia estarán todas las parejas que se casarán a mayor edad y todos los que sentarán cabeza tardíamente. Por lo tanto, reinará una relativa estabilidad matrimonial.

No es mi intención afirmar que los bebés del boom o cualquiera de nosotros retrocederá al estilo de vida de Ozzie y Harriet, el matrimonio ejemplar de la televisión de la década de los cincuenta. Por el contrario, en 1987 sólo el 10% de las familias norteamericanas pertenecían a la categoría rural tradicional, en la cual el padre aportaba todos los ingresos del hogar y la madre se quedaba en casa para criar a los niños. Hoy en día las madres salen a trabajar. Y algunos observadores afirman que estamos entrando en una era de nuevos formas de asociación.

No es así. Tomemos la hipergamia, por ejemplo. La costumbre de «casarse bien» está desapareciendo rápidamente. En las granjas, el objetivo principal de las niñas era casarse bien; el matrimonio era su única fuente de beneficio económico y social. Pero en la actualidad los esfuerzos de la mujer apuntan a la educación y al empleo. Las mujeres aún suelen casarse con hombres que tienen un sueldo más alto porque, en general, los hombres ganan más dinero. Pero las mujeres ya no *necesitan* casarse

«bien» para progresar. Pueden permitirse formar pareja por la compañía y no buscando el beneficio económico o social.

¿Es este fenómeno tan novedoso? Indudablemente, durante todo nuestro pasado de caza y recolección las mujeres y los hombres también aspiraban a casarse bien. Y, por cierto, ambos cónyuges dependían de alguna manera del otro para sobrevivir. Pero, para asegurar el futuro, el cónyuge no era la única preocupación de la mujer. Ella tenía a sus parientes, a sus amigos, su propia capacidad productora, tan valorada socialmente. O sea que en el pasado remoto las mujeres de la mayoría de las sociedades estaban en condiciones de elegir a sus compañeros sin prestar atención a las posibilidades de ascenso social, igual que cada vez más mujeres han comenzado a hacer hoy.

Es posible que con el descenso de la hipergamia veamos más esposas maduras con maridos jóvenes y un incremento de los hombres y mujeres que se casan con miembros de otros grupos étnicos, religiosos, económicos y sociales.

El matrimonio de personas que trabajan en lugares distantes y que se ven de vez en cuando no es algo novedoso. Actualmente es común conocer a una mujer que trabaja en Nueva York y que está casada con un hombre que vive en Boston o Chicago. Estos vínculos tienen ventajas e inconvenientes. Algunos bebés del boom ya entrados en años y con empleos que les otorgan mucho poder consideran que este tipo de matrimonio es un alivio, al principio. La pareja puede asumir los compromisos con facilidad. No se ve amenazada la profesión de ninguno de los dos. No necesitan fusionar ninguna propiedad. Y algunos de ellos afirman que la distancia mantiene viva la frescura del matrimonio.

Desde una perspectiva antropológica, en parte tienen razón. El animal humano no está preparado para vivir pegado a su pareja las veinticuatro horas del día. En muchas sociedades tradicionales los cónyuges no se ven hasta la hora de retirarse a compartir las historias del día antes de dormir. Más aún, los hombres organizan expediciones de caza que duran varios días y las mujeres viajan para visitar a sus parientes y permanecen ausentes durante varias semanas. Las barreras geográficas pueden vivificar el vínculo. También ayudan a las parejas modernas a separar el trabajo del placer, y dan origen al «momento del encuentro», las horas libres de interferencias en las que los cónyuges pueden dejar los problemas de trabajo en la oficina y estar realmente juntos.

Sin embargo, este tipo de relación contraría otras tendencias naturales del ser humano. Las parejas jóvenes necesitan pasar mucho tiempo uno cerca del otro a fin de establecer sus funciones, sus bromas, su intimidad, sus proyectos. La pareja apartada inhibe este proceso de vinculación. Las personas mayores también sufren las consecuencias de este tipo de vínculo. Como me dijo una amiga de más de cincuenta años: «En los años de mayor empuje siempre se piensa en el futuro. Pero con la edad

uno se interesa más en el presente. Quieres llegar a casa por la noche y compartir tus ideas con tu pareja hoy, no el próximo fin de semana». Otro problema de las parejas que se hallan en lugares distantes es que facilitan la infidelidad: el animal humano tiene una predisposición a ser infiel que la pareja a distancia promueve.

En la década del auge del jazz, la de los años veinte, los teóricos sociales de «avanzada» proponían a hombres y mujeres que formaran parejas con «régimen de visita», es decir, los matrimonios debían mantener hogares separados y visitarse sólo tras previo acuerdo[620]. Algunos lo hicieron. O sea que las parejas a distancia no son una novedad. Tenían adeptos en la década de los veinte y probablemente prevalecían un millón de años atrás.

VIVIR EN PECADO

En su famoso artículo del *Redbook* de julio de 1966, Margaret Mead propuso que los norteamericanos crearan otro esquema matrimonial aparentemente no convencional: el matrimonio «en dos etapas»[621].

Mead afirmó que la pareja joven sin planes inmediatos de reproducción debería casarse primero «individualmente», un vínculo legal que excluyera la concepción de niños, que no implicara un compromiso de por vida y que no tuviera consecuencias económicas en caso de que la pareja decidiera separarse. Mead recomendaba además que cuando esta pareja decidiera reproducirse entraran en un casamiento «de padres», un vínculo legal que confirmara el compromiso a largo plazo y previera formalmente las necesidades de los hijos en caso de divorcio.

En la década de los sesenta la propuesta de Mead se consideró de vanguardia. Pero en los años setenta se popularizó enormemente una versión adaptada de la primera parte del casamiento en dos etapas: las parejas se iban a «vivir juntos». Las cifras se triplicaron entre 1970 y 1981. Lo que empezó siendo escandaloso se convirtió en rutina. Resulta interesante que el 60% de dichas relaciones con el tiempo terminó en el altar[622]. Sin embargo, es difícil apreciar el efecto de los matrimonios a prueba en los índices de divorcio porque la información disponible es contradictoria. Según algunos estudios, estas parejas de convivencia están asociadas a índices de divorcio más altos, pero otros estudios afirman exactamente lo contrario[623]. Es perfectamente posible que la convivencia previa al casamiento no sea un factor que incida de manera importante en el divorcio.

Los sociólogos saben poco acerca de estas parejas de convivencia salvo que no hay signos de que vayan a desaparecer. No me sorprende. La convivencia de prueba es tan antigua como la humanidad misma.

No obstante, hay un ingrediente esencial del plan de matrimonio de Mead que ha

sido descuidado: las parejas de norteamericanos que entran en la segunda etapa por lo general no prevén nada respecto a lo que ocurrirá con sus hijos en caso de divorcio. No nos gustan las negociaciones prenupciales. Y aquí contradecimos nuestra prehistoria.

Mucho antes del día del casamiento, los cónyuges de muchas sociedades tradicionales saben exactamente qué derechos tienen sobre la casa, la tierra y los hijos. Cuando una criatura navajo nace y se incorpora al clan de su madre, todo el mundo sabe quién será el «dueño» del niño si los padres se separan. La tierra y el patrimonio tampoco son negociables. Las mujeres navajo son las dueñas de su propio patrimonio, y los hombres del suyo. Como resultado de esto, a pesar de lo traumático del divorcio, no surgen discusiones acerca de a quién le pertenece cada cosa.

Entre la mayoría de los norteamericanos la situación es diferente. En el momento de la boda, por regla general mezclamos nuestros bienes. Y estamos tan entregados a las emociones románticas que nos negamos a prever la separación o a llegar a los más elementales acuerdos sobre el futuro de nuestros hijos en caso de que el matrimonio fracase.

Este cóctel de sentimentalismo y falta de sentido práctico se vuelve volcánico cuando llega el momento del divorcio. Los individuos involucrados en un juicio de divorcio en los Estados Unidos forman legión: jueces, alguaciles, abogados, detectives, mediadores, tasadores de propiedad, corredores de fincas, hasta artistas que eliminan rostros de los álbumes de fotos de la familia. La infatigable «industria del divorcio», que abarca desde diseñadores de tarjetas de saludo hasta expertos en impuestos, es un negocio floreciente en nuestro país. El antropólogo Paul Bohannan piensa que deberíamos convertir este inmenso sector empresarial en una «industria de la familia unida»[624]. Mead tal vez agregaría a esto un convenio prenupcial frente al altar.

La industria de las «segundas nupcias» también es todo un éxito[625]. En los Estados Unidos, las asociaciones a favor de una vida saludable, los clubs atléticos, las agencias de turismo, los bares para solteros, los grupos de apoyo, los servicios de citas y los perfiles personales por aviso clasificado están todos relacionados con nuestra búsqueda de «él» o «ella». A pesar de una cierta estabilización del matrimonio en lo que va de la década de los noventa, es probable que aproximadamente un 50% de las parejas de norteamericanos que se casan busquen luego el divorcio. De modo que las industrias del divorcio y del segundo matrimonio deberían continuar siendo un éxito. Es incluso posible que vuelva a ponerse de moda el viejo oficio del casamentero.

PRISIONEROS DEL TIEMPO PRESENTE

Así pues, hoy en día las mujeres trabajan. Dan a luz menos niños y en forma más espaciada. Las mujeres ya no consideran el casamiento como una profesión. Algunas hacen parejas de prueba. Algunos cónyuges viajan constantemente entre dos hogares. Todos estos patrones de conducta tienen antecedentes en las etapas tempranas de la evolución humana. Pero ¿qué pasa con las familias con un solo progenitor y con las familias «mezcladas»? ¿Son realmente un fenómeno nuevo, o somos una vez más prisioneros de la tendencia a conjugar en tiempo presente?

En 1987 alrededor de un 20% de las familias norteamericanas estaba a cargo de un único progenitor: en aproximadamente el 90% de los casos era la madre y en el 10%, el padre. La cantidad de estos hogares manejados por progenitores únicos se duplicó desde comienzos de la década de los setenta hasta la fecha, no solamente a causa de los altísimos índices de divorcio, sino también porque más mujeres tienen hijos sin casarse[626]. Una de cada cuatro criaturas pasa algún tiempo en un hogar con sólo el padre o la madre. ¿Es esto atípico?

Sí y no. Menos de un siglo atrás se acostumbraba que las madres solteras entregaran sus hijos a orfelinatos o al cuidado de parientes. En 1940, hace apenas medio siglo, uno de cada diez niños norteamericanos no vivía con *ninguno* de sus padres. Actualmente sólo uno de cada treinta y siete niños es criado en un hogar adoptivo. Más vale un progenitor que ninguno. Por otra parte, muchas familias a cargo del padre o de la madre no son permanentes. La inmensa mayoría de los padres divorciados vuelven a casarse; aproximadamente la mitad lo hace dentro de los tres años posteriores al divorcio[627]. O sea que el promedio de tiempo que los hijos de una pareja divorciada pasa en un hogar con sólo el padre o la madre es de unos cuatro años[628]. Por lo tanto, dichos hogares son en general soluciones provisorias.

Además, la paternidad o la maternidad individual no es ninguna novedad. Considerando que los índices de divorcio eran probablemente bastante altos entre nuestros antepasados cazadores y recolectores, las familias con sólo el padre o la madre son casi con seguridad otro atavismo que nos llega del pasado.

Como lo son todas nuestras familias mezcladas. Más de uno de cada seis niños norteamericanos vive en familia con un padrastro; muchos conviven además con medio hermanas y medio hermanos. Y aquí la historia nos habla en voz clara y fuerte. Dado que en el pasado más hombres y mujeres morían a una edad temprana, las familias en realidad permanecían unidas durante períodos de tiempo *más cortos*[629]. Por lo tanto, el segundo matrimonio, las familias mezcladas, y los padrastros eran fenómenos bastante comunes cien años atrás.

¿Es la familia una especie en extinción? En absoluto. Los segundos vínculos, los entretejidos de los lazos matrimoniales, no eran nuevos en el siglo XIX. Tampoco lo eran entre los antepasados nuestros que por primera vez encendieron antorchas en las

cavernas de África hace más de un millón de años. El divorcio, las familias con sólo el padre o la madre, el nuevo matrimonio, los padrastros, las familias mezcladas son todos tan antiguos como el animal humano, creaciones de una distante edad prehistórica. Como lo resume Paul Bohannan: «La familia es la más adaptable de las instituciones humanas y cambia con cada demanda social. La familia no se rompe durante una tormenta como si fuera un roble o un pino, pero se inclina ante el viento como lo hace el árbol de bambú en los cuentos orientales y vuelve a su lugar»[630].

NUEVA PARENTELA

¿Qué fenómeno es entonces auténticamente nuevo? Desde la perspectiva antropológica el único fenómeno de la vida de familia evidentemente novedoso es el elevado número de personas solteras o divorciadas y de viudas y viudos que viven solos. «Sopa para uno» podría ser el lema del día.

En realidad, el número de norteamericanos adultos y solteros no ha cambiado en los últimos cien años. En nuestros días, alrededor del 41% de los norteamericanos mayores de quince años permanecen solteros. En 1900, el promedio de personas mayores de quince años que permanecían solteros era del 46%.[631] Pero en nuestro pasado como país y en *todas* las sociedades tradicionales, los padres únicos, los jóvenes solteros y las viudas y viudos que no volvían a casarse vivían con parientes, no vivían solos. Sin embargo, en 1990, casi veintitrés millones de norteamericanos vivían solos. (Un dato interesante: el tiempo promedio durante el cual hombres y mujeres viven solos es de 4,8 años).

Esto no tiene antecedentes. Más aún, dicho hábito contemporáneo está generando un fenómeno que podría considerarse como una forma de vida de familia realmente moderna: la asociación. Los antropólogos afirman que las asociaciones se componen de amigos no emparentados[632]. Los miembros conversan entre sí con frecuencia, y comparten sus logros y sus problemas. Se reúnen para celebrar acontecimientos menores, como por ejemplo los cumpleaños o el Día del Trabajo, y se prestan ayuda unos a otros cuando están enfermos. Estas personas tienen una red de amigos a los que consideran su familia. Sin embargo, la red suele quebrarse para las fiestas importantes como Navidad, ocasión en la que las personas se reúnen con sus parientes genéticos. No es de extrañar que dichas fiestas puedan ser tan angustiantes. Desplazadas de su vida de familia cotidiana, las personas se sienten fuera de lugar, enajenadas.

De modo que, por primera vez en la historia de la humanidad, los norteamericanos y otros pueblos industrializados han comenzado a elegir a sus parientes, forjando así una flamante red de parentescos basada en la amistad en lugar de en la sangre. Tales asociaciones pueden con el tiempo originar nuevos términos de

parentesco, nuevos tipos de pólizas de seguro, nuevas cláusulas en las coberturas de salud, nuevos contratos de alquiler, nuevos proyectos de construcción de viviendas, y muchos otros cambios en el terreno de lo legal y lo social.

¿Qué otra cosa es realmente nueva?

Bueno, observamos una revolución en la psiquiatría que podría modificar el rostro del amor. El cerebro ha sido un misterio durante siglos; los científicos aún se refieren a él como la caja negra. Pero ahora comenzamos a desentrañar los mecanismos de la mente. Tal como lo planteamos antes en este libro, los psiquiatras Michael Liebowitz, Héctor Sabelli y otros opinan que el enamoramiento está asociado a ciertas anfetaminas naturales que se acumulan en los centros emocionales del cerebro, mientras que el apego está relacionado con sustancias semejantes a la morfina, las endorfinas. Y algunos psiquiatras han comenzado a tratar a los hombres y mujeres enfermos de amor con drogas que actúan como antídotos sobre algunas de estas sustancias químicas cerebrales.

¿Podremos entonces curar el «síndrome del donjuanismo» mediante comprimidos? ¿Podrá algún nuevo elixir ayudar a los «enamorados crónicos» a terminar con las relaciones frustrantes en cadena? Tal vez durante el próximo siglo los científicos profundizarán su comprensión del enamoramiento y del apego y dispondremos de pociones para el amor o de curas provisionales. Si fuera así, seguramente los que desfallecen de amor por alguien a quien le resultan indiferentes y los que sufren porque alguien los ha abandonado comprarán estos preparados por litros, ya sea para avivar la pasión en otros o para apagar la propia obsesión.

Los «elixires de amor» se vendían mil años atrás; volverán a venderse dentro de mil años más.

El médico francés Étienne-Émile Baulieu encendió la chispa de una verdadera revolución en el control de la natalidad con la droga RU-486. Finalmente dispondremos de una píldora abortiva eficaz y segura, un antídoto contra los embarazos no deseados que reforzaría varias de las tendencias sociales modernas ya mencionadas.

Pero la droga RU-486 no es de uso legal en los Estados Unidos ni está disponible en el mercado. A causa, sobre todo, de la amplia oposición por parte de los grupos en defensa de la vida, pueden pasar varios años antes de que la droga RU-486 esté a disposición del público, en el consultorio del médico. Pero ¿esperaron alguna vez los norteamericanos hasta que el uso de una droga fuera legalizado? Si la RU-486 no se legaliza, casi con seguridad para el año 2000 aparecerá un mercado negro de alguna versión de la droga.

De ser así, los adolescentes la comprarán como si fuera su tabla de salvación. Nuestros años de juventud fueron traicionados por la evolución. En los tiempos prehistóricos la pubertad se producía en las niñas entre los dieciséis y los diecisiete

años de edad, y le seguía una etapa de ovulaciones irregulares que duraba no menos de dos años y que es conocida como la subfertilidad adolescente. O sea que durante nuestro prolongado pasado de cazadores y recolectores, los adolescentes podían copular durante varios años sin los riesgos ni los costos de los embarazos. Sin embargo, en la actualidad nuestra dieta rica en grasas y nuestro estilo sedentario de vida elevaron el peso corporal y provocaron en nuestros cuerpos una pubertad temprana. Por lo tanto, en Occidente la edad promedio para la menarquía es hoy en día alrededor de los trece años de edad, mientras que en 1900 era los dieciséis[633].

No es extraño que nuestras jóvenes queden embarazadas mucho antes de lo que deberían. Están diseñadas por la naturaleza para experimentar con la sexualidad y el amor, y sin embargo sus mecanismos naturales de control de la natalidad han desaparecido. No obstante, si surge un mercado negro para la comercialización de la RU-486, las adolescentes norteamericanas podrán arriesgarse a solucionar el problema de los embarazos, sin ayuda y por sí mismas, al margen de lo que establezcan nuestras leyes sobre el aborto. Y esta opción reproductora probablemente estimulará la tendencia a que más mujeres salgan a trabajar, a que tengan menos hijos, a que haya más divorcios y más nuevos casamientos.

SURGIMIENTO DE NUEVOS EMPRESARIOS

Los Estados Unidos están en el punto de convergencia de varias tendencias comerciales que deberían afectar a mujeres y hombres, así como al amor. En primer lugar, muchos de aquellos bebés del auge se están iniciando como empresarios. Estos hombres y mujeres se integraron a la mano de obra activa cuando tenían alrededor de veinte años y en la actualidad muchos se sienten empantanados en puestos directivos medios. Tienen la formación, la experiencia, los contactos y el deseo de romper los moldes convencionales. El espíritu empresarial norteamericano querría verlos abrirse paso. Las empresas sufren las consecuencias de un engrosamiento de sus niveles directivos medios. Tres millones de ejecutivos norteamericanos perdieron sus empleos en la década de los ochenta, y es probable que continúe la «reducción de escala» de las empresas[634]

Y mientras las empresas expulsan a los bebés del boom, las industrias de servicios los absorben. La franja de nuestros ciudadanos de más edad, las mujeres que trabajan, todos los solitarios y hasta las grandes empresas compran una enorme variedad de servicios. No sólo de personal doméstico y comidas para llevar, sino también de masajistas, decoradores y demás. Algunos profesionales muy ocupados contratan incluso a especialistas para que les limpien y organicen los armarios.

O sea que, según el futurólogo Marvin Cetron: «Para fines de siglo la mayoría de nuestras medianas empresas habrán desaparecido, pero miles de pequeñas compañías

habrán florecido a los pies de los gigantes»[635]. El desarrollo de todas estas pequeñas empresas se verá facilitado por una cantidad de innovaciones tecnológicas, como por ejemplo los ordenadores personales y las máquinas de fax. El *timing* es perfecto: la «cabaña electrónica» pronosticada por Alvin Toffler está alcanzando la mayoría de edad.

La globalización es otra gran tendencia de cambio en el mundo de los negocios. Las compañías abren sucursales en todo el mundo. Estas empresas requieren «agentes culturales», individuos capaces de actuar con eficacia en diferentes sociedades, con actitudes diferentes y en diferentes idiomas.

¿Qué influencia tendrán sobre el idilio estas tendencias, la aparición de los nuevos empresarios y la globalización?

Favorecen a las mujeres.

Como decíamos en el capítulo 10, las mujeres tienen, en general, mayores aptitudes verbales que los hombres. También son mejores que ellos en captar los signos más adecuados y eficaces de la comunicación no verbal. Y son extraordinarias en el establecimiento de redes de contactos. Antes de la aparición de los ordenadores personales, antes de que se comenzara a tejer con agujas, antes incluso del arco y la flecha, las mujeres ya habían desarrollado otra herramienta de trabajo: el arbitraje. ¿Recuerda el lector a Gran Mamá, la reina de la colonia de chimpancés del zoológico de Arnhem? Gran Mamá era el árbitro del grupo, constantemente tenía que estar interrumpiendo peleas y aplacando los ánimos tras las discusiones políticas incesantes que complicaban la vida de la comunidad chimpancé. Durante milenios las mujeres ancestrales deben de haber cumplido una función semejante, manipulando a sus iguales con ingenio y palabras en lugar de con los puños. La negociación es un talento femenino.

Un último aspecto favorable de la situación en que estará la mujer en el siglo XXI será su edad. En las sociedades tradicionales las mujeres se vuelven más seguras y aplomadas a medida que envejecen. En general también adquieren más poder en el terreno político, el religioso y el de la vida social. Sin duda ello se debe a que están menos atadas a las tareas derivadas de la crianza de los hijos. Pero como ya he mencionado, la biología puede estar desempeñando un papel importante en este fenómeno. Con la menopausia, los niveles de estròageno declinan y la dosis de testosterona del cuerpo son desenmascaradas. La testosterona suele estar presente en asociación con la autoridad y la jerarquía.

En cierta ocasión Margaret Mead afirmó: «No hay poder más grande en el mundo que el tesón de una mujer posmenopáusica». Mediante palabras e inducciones no verbales, a través de sus redes de contactos y su talento negociador —así como con la testosterona liberada—, es muy posible que las mujeres se perfilen de una forma mucho más visible en el mundo moderno de los negocios nacionales e

internacionales.

Y casi con certeza las poderosas mujeres de negocios cumplirán con las tendencias iniciadas por la Revolución Industrial: matrimonios más tardíos, menos hijos, más divorcios, y más nuevos matrimonios.

Nuestros problemas con el sexo en las oficinas probablemente se agudizarán, ya que en este terreno estamos nuevamente en conflicto con nuestra prehistoria. Durante milenios hombre y mujeres realizaron tareas diferenciadas. A consecuencia de ello, a veces resulta incómodo para hombres y mujeres trabajar en situaciones de gran proximidad: tendemos a flirtear. No es de extrañar que los lugares de trabajo hayan funcionado desde tiempo atrás como pantanos de acoso sexual. En parte estas tonterías pueden resultar de utilidad, por supuesto: algunas aventuras de oficina terminan en matrimonios felices. Pero yo me refiero a las proposiciones sexuales no deseadas.

Mead indicó un antídoto para el libertinaje en las oficinas; propuso que se instituyeran tabúes. Las reuniones periódicas de concienciación serían un buen comienzo. En estos encuentros, el personal y los ejecutivos se reunirían para recibir información acerca de las cuatro etapas del flirteo y de cómo no deben sonreír, del poder de la mirada, de los sutiles mensajes que las personas emiten con los pequeños contactos, los gestos, las posturas del cuerpo, las entonaciones de la voz, la ropa, el uso del espacio y los demás ingredientes del acoso sexual. A pesar de las consiguientes bromas sobre la reunión, algunos puntos importantes quedarían establecidos.

Los mediadores institucionales, especialistas empleados para escuchar las quejas sexuales y autorizados para recomendar acciones concretas, también pueden volverse corrientes. Estos policías no siempre logran erradicar a los depredadores ni salvan infaliblemente a las víctimas. Pero, al menos, cada uno de ellos mantendrá en primer plano la política de la empresa y se convertirá en una luz roja de peligro: «¡Cuidado! La empresa no permite el juego sucio». Otro factor de control probablemente será el miedo. A medida que más y más casos de acoso sexual aparezcan en los periódicos, cuantos más políticos, ejecutivos de empresas y personalidades conocidas sean castigados públicamente, y cuantas más leyes sean promulgadas y puestas en vigor, más posibilidades habrá de contener el acoso sexual.

Sin embargo, me parece poco probable que desaparezca. Nuestros genes están dispuestos al flirteo, aun cuando sólo nos traiga problemas. El único hecho novedoso tal vez será que en una proporción mayor los acosadores serán mujeres.

Cientos de factores más afectarán a nuestros matrimonios. Los horarios de trabajo más flexibles, los empleos de media jornada, los empleos compartidos y las licencias por maternidad y paternidad posiblemente modificarán nuestra vida de pareja. Las esposas que trabajen fuera de sus casas no serán por supuesto el tipo de compañeras

que fueron las amas de casa. Las conversaciones serán diferentes. Las formas de discutir pueden cambiar. La decisión de quién paga la cuenta del restaurante puede ser diferente. Pero dudo de que muchas esposas logren que sus maridos absorban proporciones mayores de las tareas domésticas. Como ya dije anteriormente, en todo el mundo las mujeres se ocupan de la inmensa mayoría de las tareas del hogar, tanto en los países que son económicamente poderosos como en los que no lo son.

Pienso que los cónyuges seguirán asignándose las tareas domésticas según sus reglas personales. Y la multiplicación de las mujeres económicamente poderosas no modificará demasiado estos acuerdos.

AVANZANDO HACIA EL PASADO

De modo que somos criaturas que vivimos en un mar de corrientes que tironean nuestra vida de familia en una y otra dirección. Sobre el antiguo mapa de la monogamia en serie y el adulterio clandestino, nuestra cultura proyecta la sombra de su propio diseño. El hecho de que para los Estados Unidos también pasen los años tenderá a estabilizar los índices de divorcio. Que nos casemos hoy a mayor edad que en la década de los cincuenta es otro hecho que colabora para estabilizar las tasas de divorcio. No obstante, las mujeres que trabajan fuera de sus casas y las parejas a distancia deberían contrarrestar las influencias estabilizadoras, manteniendo los índices de divorcio relativamente altos. Y otros fenómenos como los matrimonios de prueba, las madres solteras, las familias más pequeñas y las familias mezcladas deberían volverse corrientes en las décadas venideras.

Pero ninguna de estas tendencias sociales modernas es nueva. Por el contrario, nos llegan a través de los siglos, desde los primitivos que recorrían las llanuras de África por lo menos cuatro millones de años atrás.

Sin embargo, de todos los cambios sociales que se están produciendo, el más interesante de todos es, en mi opinión, el siguiente: estamos desprendiéndonos de nuestra tradición agrícola y, de alguna manera, vamos camino de regreso a nuestras raíces nómadas.

Muy pocos de nosotros viven aún en la casa en la que se criaron. En cambio, muchos de nosotros tenemos varios lugares que consideramos nuestra casa: la de nuestros padres, la oficina, nuestra propia residencia, y tal vez un lugar de veraneo. Migramos de uno a otro. Ya no cultivamos lo que vamos a comer. Actualmente, cazamos y recolectamos en el supermercado y llevamos la presa a casa, tal como Twiggy y el *Homo erectus* hacían más de un millón de años atrás. (Tampoco me sorprende que nos gusten las comidas rápidas, o que comamos entre comidas, aquí y allá y a lo largo del día. Nuestros antepasados ciertamente se alimentaban mientras viajaban de un punto a otro). De nuevo tenemos que viajar para realizar nuestro

trabajo. Y tenemos una red difusa de amigos y parientes, muchos de los cuales viven lejos de nosotros.

Todos estos hábitos nos vienen del pasado.

También nos estamos desprendiendo de las actitudes sexuales de la vida de los granjeros. En la Europa preindustrial, un casamiento casi siempre marcaba la integración de propiedades y la alianza de dos familias, de modo que los matrimonios debían ser estables y permanentes. Esta necesidad ya no existe. La tarea de la mujer era llevar en su cuerpo la semilla del marido y criarle los hijos, por lo tanto, nuestros antepasados agrícolas exigían que la mujer llegara virgen al matrimonio. Dicha costumbre ya no existe. La mayoría de nuestros antepasados rurales negociaban sus matrimonios. Este hábito prácticamente ha desaparecido. Prohibían el divorcio. Ya no es así. Respecto al adulterio, la prohibición regía sólo para la mujer. Esto ha cambiado. Y honraban dos lemas matrimoniales sagrados: «Honrarás a tu esposo» y «Hasta que la muerte nos separe». Esto también tiende a desvanecerse.

Durante los últimos miles de años la mayoría de las mujeres rurales tenían fundamentalmente tres opciones: convertirse en esposas ignorantes y sometidas, ser monjas de clausura o ser cortesanas, prostitutas o concubinas. Los hombres, en cambio, eran los únicos depositarios de la responsabilidad de proveer a las necesidades materiales de la familia y al progreso de los hijos.

Actualmente, numerosísimas mujeres trabajan fuera de sus hogares. Las familias suelen disponer de una doble fuente de ingresos. Somos más nómadas y existe mayor igualdad entre los sexos. En este sentido, estamos volviendo a una forma de vivir el amor y el matrimonio más compatible con nuestro antiguo espíritu humano.

BIBLIOGRAFIA

ABRAMS, A. 1973. «Medieval women and trade». En *Women: From, the Greeks to the French Revolution*, ed. S. G. Bell. Stanford: Stanford University Press.

ABU-LUGHOD, L. 1986. *Veiled Sentiments: Honor and Poetry in a Bedouin Society*. Berkeley: University of California Press.

—. 1987. Bedouin blues. *Natural History*, julio, 24-34.

ACKERMAN, C. 1963. Affiliations: Structural determinants of differential divorce rates. *American Journal of Sociology* 69:13-20.

ACKERMAN, D. 1990. *The Natural History of the Senses*. Nueva York: Random House. [Edición española: *Una historia natural de los sentidos*. Barcelona: Anagrama, 1992.]

ACKERMAN, S. 1989. «European history gets even older». *Science* 246:28-29.

ADAMS, D. B., A. R. Gold y A. D. Burt. 1978. «Rise in female-initiated sexual activity at ovulation and its suppresion by oral contraceptives». *New England Journal of Medicine* 299:1145-50.

ADAMS, V. 1980. «Getting at the heart of jealous love». *Psychology Today*, mayo, 38-48.

ALCOCK, J. 1987. «Ardent adaptationism». *Natural History*, abril, 4.

ALEXANDER, R. D. 1974. «The evolution of social behavior». *Annual Review of Ecology and Systematics* 5:325-83.

—. 1987. *The Biology of Moral Systems*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

—. 1990. *How Did Humans Evolve*? Museo de Zoología, Universidad de Michigan, Special Publication n.° 1.

ALEXANDER, R. D., y K. M. NOONAN. 1979. «Concealment of ovulation, parental care and human social evolution». En *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*, ed. N. A. Chagnon y W. Irons. North Scituate. Massachusetts: Duxbury Press.

ALFORD, R. R., y R. FRIEDLAND. 1985. *Powers of Theory: Capitalism, the State, and Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.

ALLEN, L. L., P. S. BRIDGES, D. L. EVON, K. R. ROSENBERG, M. D. RUSSELL, L. A. SCHEPARTZ, V. J. VlTZTHUM y M. H. WOLPOFF. 1982. «Demography and human origins». *American Anthropologist* 84:888-96.

ALLEN, M. 1981. «Individual copulatory preference and the “Strange female effect” in a captive group-living male chimpanzee (*Pan troglodytes*).» *Primates* 22:221-36.

ALTSCHULER, M. 1971. «Capaya personality and sexual motivation». En *Human Sexual Behavior*, ed. D. S. Marshall y R. C. Suggs. Englewood Cliffs. Nueva Jersey: Prentice-Hall.

AMBROSE, S. H. 1986. «Comment on: H. T. Bunn and E. M. Kroll, Systematic butchery by Plio/Pleistocene hominids at Olduvai Gorge, Tanzania». *Current Anthropology* 27:431-53.

ANDREWS, P. 1981. «Species diversity and diet in monkeys and apes during the Miocenes». En *Aspects of Human Evolution*, ed. C. B. Stringer. Londres: Taylor Sc Francis.

ANDREWS, P., y J. E. Cronin. 1982. «The relationships of *Sivapithecus and Ramapithecus* and the evolution of the orangutan». *Nature* 297:541-46.

ANDREWS, P., y J. A. H. VAN Couvering. 1975. «Palaeoenvironments in the East África Miocene». En *Approaches to Primate Paleobiology*, ed. F. S. Szalay. Basel: S. Karger.

ANGIER, N. 1990. «Mating for life? It's not for the birds or the bees». *New York Times*, 21 de agosto.

—. 1991. «A potent peptide promotes an urge to cuddle». *New York Times*, 22 de enero.

ARENSBURG, B., A. M. TILLIER, B. VANDERMEERSCH, A. DUDAY, L. A. SCHEPARTZ y Y. RAK. 1989. «A middle paleolithic human hyoid bone». *Nature* 338:758-60.

ATWATER, L. 1987. «College students extramarital involvement». *Sexuality Today*, 30 de noviembre, pag. 2.

AVERY, C. S. 1989. «How do you build intimacy in an age of divorce?». *Psychology Today*, mayo, 27-31.

AXELROD, D. I., y P. H. Raven. 1977. «Late Cretaceous and tertiary vegetation history in África». En *Biogeography and Ecology of Southern África*, ed. M. J. A. Werger. La Haya: Junk.

BADRIAN, A., y N. BADRIAN. 1984. «Social organization of *Pan paniscus* in the Lomako Forest, Zaire». En *The Pygmy Chimpanzee*, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

BADRIAN, N., y R. K. MALENKY. 1984. «Feeding ecology of *Pan paniscus* in the Lomako Forest, Zaire». En The Pygmy Chimpanzee, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

BALSDON, J. P. V. D. 1973. «Roman women: Their history and habits». En *Women: From the Greeks to the French Revolution*, ed. S. G. Bell. Stanford: Stanford University Press.

BARASH, D. P. 1977. Sociology and Behavior. Nueva York: Elsevier.

BARDIS, P. 1963. «Main features of the ancient Roman family». *Social Science* 38 (octubre): 225-40.

BARNES, J. 1967. «The frequency of divorce». En *The Craft of Social Anthropology*, ed. A. L. Epstein. Londres: Tavistock.

BARRETT, N. 1987. «Women and the economy». En *The American Woman*, 1987-88, ed. Sara E. Rix. Nueva York: W. W. Norton.

BARRINGER, F. 1989a. «U.S. birth level nears 4 million mark». *New York Times*, 31 de octubre.

—. 1989b. «Divorce data stir doubt on trial marriage». *New York Times*, 9 de junio.

—. 1991. «Changes in U.S. households: Single parents amid solitude». *New York Times*, 7 de junio.

BATEMAN, A. J. 1948. «Intra-sexual selection in drosophila». *Heredity* 2:349-68.

BEALS, R. L. 1946. *Cheran: A Sierra Tarascan village*. Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology, Publication n.° 2. Washington, D.C.: Government Printing Office.

BEARDSLEY, R. K., J. W. Hall y R. E. Ward. 1959. *Village Japan*. Chicago: University of Chicago Press.

BEHRENSMEYER, K. 1984. «Taphonomy and the fossil record». *American Scientist* 72:558-66.

BEHRENSMEYER, K., y A. P. Hill. 1980. *Fossils in the Making*. Chicago: University of Chicago Press.

BELKIN, L. 1989. «Bars to equality of sexes seen as eroding, slowly». New York Times, 20 de agosto.

BELL, A. P., y S. Weinberg. 1978. *Homosexualities: A Study of Diversity among Men and Women*. Nueva York: Simon and Schuster.

BELL, D. 1980. «Desert politics: Choices in the "marriage market"». En *Women and Colonization*, ed. Mona Etienne y Eleanor Leacock. Nueva York: Praeger.

BELL, S. G., ed. 1973. *Women: From the Greeks to the French Revolution*. Stanford: Stanford University Press.

BENBOW, C. P., y J. C. STANLEY. 1980. «Sex differences in mathematical ability: Fact or artifact». *Science* 210:1234-36.

—. 1983. «Sex differences in mathematical reasoning ability: More facts». *Science* 222:1029-31.

BENDERLY, B. L. 1987. *The Myth of Two Minds: What Gender Means and Doesn't Mean*. Nueva York: Doubleday.

—. 1989. «Don't believe everything you read: A case study of how the politics of sex differences research turned a small finding into a major media flap». *Psychology Today*, noviembre 63-66.

BENSHOOF, L., y R. THORNHILL. 1979. «The evolution of monogamy and concealed ovulation in humans». *Journal of Social and Biological Structures* 2:95-106.

BERGER, J. 1986. *Wild Horses of the Great Basin: Social Competition and Population Size*. Chicago: University Chicago Press.

BERGGREN, W. A., y C. D. Hollister. 1977. «Plate tectonics and paleo-circulation-Commotion in the ocean». *Tectonophysics* 38:11-48.

BERNARD, J. 1964. «The adjustment of married mates». En *Handbook of Marriage and the Family*, ed. H. I. Christensen. Chicago: Rand McNally.

BERNDT, C. H. 1981. «Interpretations and "facts" in aboriginal Australia». En *Woman the Gatherer*, ed. F. Dahlberg. New Haven: Yale University Press.

BERNOR, R. L. 1985. «Neogene palaeoclimatic events and continental mammalian response: Is there global synchroneity?». *South Áfrican Journal of Science* 8:1261.

BERREMANN, G. 1962. «Pahari polyandry: A comparison». *American Anthropologist* 64:60-75.

BERTRAM, B. C. R. 1975. «Social factors influencing reproduction in wild lions». *Journal of Zoology* 177:463-82.

BETZIG, L. L. 1982. «Despotism and differential reproduction: A cross-cultural correlation of conflict asymmetry, hierarchy and degree of polygyny». *Ethology and Sociobiology* 3:209-21.

—. 1986. *Despotism and Differential Reproduction: A Darwinian View of History*. Hawthorne, Nueva York: Aldine.

—. 1989. «Causes of conjugal dissolution: A cross-cultural study». *Current Anthropology* 30:654-76.

BETZIG, L., A. HARRIGAN y P. TURKE. 1989. «Childcare of Ifaluk». *Zeitschrift fr Ethnologie* 114:161-77.

BIEBER, I., H. J. DAIN, P. R. DINCE, M. G. DRELLICH, H. G. GRAND, R. H. GUNDLACH, M. W. KREMER, A. H. RIFKIN, C. B. WILBUR y T. B. BIEBER. 1962. *Homosexuality: A Psychoanalytic Study of Male Homosexuals*. Nueva York: Basic Books.

BINFORD, L. R. 1981. *Bones: Ancient Men and Modern Myths*. Nueva York: Academic Press.

—. 1985. «Human ancestors: Changing views of their behavior». *Journal of Anthropological Archaeology* 4:292-327.

—. 1987. «The hunting hypothesis: Archaeological methods and the past». *Yearbook of Physical Anthropology* 30:1-9.

BIRDSELL, J. B. 1968. «Some predictions for the Pleistocene based on equilibrium systems among recent hunter-gatherers». En *Man the Hunter*, ed. R. B. Lee y I. DeVore. Nueva York: Aldine.

—. 1979. «Ecological influences on Australian aboriginal social organization». En *Primate Ecology and Human Origins*, ed. I. S. Bernstein y E. O. Smith. Nueva

York: Garland STPM Press.

BISCHOF, N. 1975a. «A systems approach toward the functional connections of attachment and fear». *Child Development* 46:801-17.

—. 1975b. «Comparative ethology of incest avoidance». En *Biosocial Anthropology,* ed. R. Fox. Londres: Malaby Press.

BLAKE, J. 1989a. *Family Size and Achievement*. Berkeley: University of California Press.

—. 1989b. «Number of siblings and educational attainment». *Science* 245:32-36.

BLUMENSCHINE, R. J. 1986. *Early Hominid Scavenging Opportunities: Implications for Carcass Availability in the Serengeti and Ngorongoro Ecosystems*. British Archaeological Reports International Series, n.° 283. Oxford: BAR.

—. 1987. «Characteristics of an early hominid scavenging niche». *Current Anthropology* 28:383-407.

—. 1989. «A landscape taphonomic model of the scale of prehistoric scavenging opportunities». *Journal of Human Evolution* 18:345-71.

BLUMLER, M. A., y R. BYRNE. 1991. «The ecological genetics of domestication and the origins of agriculture». *Current Anthropology* 32:23-54.

BLUMSTEIN, p., y P. SCHWARTZ. 1983. *American Couples: Money*, Work, Sex. Nueva York: William Morrow.

BLURT0N-J0NES, N. G. 1984. «A selfish origin for human sharing: Tolerated theft». *Ethology and Sociobiology* 5:1-3.

BOESCH, C., y A. BOESCH. 1984. «Mental map in wild chimpanzees. An analysis of hammer transports for nut cracking». *Primates* 25:160-70.

BOHANNAN, P. 1985. *All the Happy Families: Exploring the Varieties of Family Life*. Nueva York: McGraw-Hill.

BONNEFILLE, R. 1985. «Evolution of the continental vegetation: The palaeobotanical record from East África». *South África*n *Journal of Science* 81:267-70.

Borgerhoff Mulder, M. 1990. «Kipsigis women's preferences for wealthy men: Evidence for female choice in mammals?». *Behavioral Ecology and Sociobiology* 27:255-64.

BOTWIN, C. 1988. *Men Who Can't Be Faithful*. Nueva York: Warner Books.

BOWER, B. 1984. «Fossil find may be earliest known hominid». *Science News* 125:230.

—. 1985. «A mosaic ape takes shape». *Science News* 127:26-27.

—. 1986. «The math gap: Puzzling sex differences». *Science News* 130:357.

—. 1988a. «Ancient human ancestors got all fired up». *Science News* 134:372.

—. 1988b. «Retooled ancestors». *Science News* 133:344-45.

—. 1989. «Conflict enters early European farm life». *Science News* 136:165.

—. 1990. «Average attractions: Psychologists break down the essence of physical beauty». *Science News* 137:298-99.

—. 1991. «Darwin's minds». *Science News* 140:232-34.

BOWLBY, J. 1969. *Attachment and Loss. Vol. 1, Attachment*. Nueva York: Basic Books.

BRAIN, C. K. 1981. *The Hunters of the Hunted? An Introduction to África n Cave Taphonomy*. Chicago: University of Chicago Press.

BRAIN, C. K., y A. Sillen. 1988. «Evidence from the Swartkrans cave for the earliest use of fire». *Nature*, 336:464-66.

BRANDWEIN, N. J., MACNEICE y P. SPIERS. 1982. *The Group House Handbook: How to Live with Others* (*and love it*). Reston, Virginia: Acropolis Books.

BRAY, O. E., J. KENNELLY y J. L. GUARINO. 1975. «Fertility of eggs produced on territories of vasectomized red-winged blackbirds». *Wilson Bulletin* 87:187-95.

BRIGGS, J. L. 1970. *Never in Anger: Portrait of an Eskimo Family*. Cambridge: Harvard University Press.

BRINK, A. S. 1957. «The spontaneous fire-controlling reactions of two chimpanzee smoking addicts». *South África n Journal of Science* 53:241-47.

BROD, H. 1987. «Who benefits from male involvement in wife's pregnancy?». *Marriage and Divorce Today* 12 (n.° 46): 3.

BROMAGE, T. G. 1987. «The biological and chronological maturation of early hominids». *Journal of Human Evolution* 16:257-72.

BROWN, E. 1987. «The hidden meaning: An analysis of different types of affairs». *Marriage and Divorce Today* 12 (n.° 44): 1.

BROWN, F., *et al*. 1985. «Early *Homo erectus* skeleton from West Lake Turkana, Kenya». *Nature* 316:788-92.

BROWN, P. 1988. *The Body and Society: Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity*. Nueva York: Columbia University Press.

BULLOUGH, V. L. 1976. *Sexual Variance in Society and History*. Chicago: University of Chicago Press.

BULLOUGH, V. L„ y B. BULLOUGH. 1987. *Women and Prostitution: A Social History*. Buffalo: Prometheus Books.

BUNN, H. T., y E. M. KROLL. 1986. «Systematic butchery by Plio/Pleistocene hominids at Olduvai Gorge, Tanzania». *Current Anthropology* 27:431-53.

BURCH, E. S., Jr., y T. C. CORRELL, 1972. «Alliance and conflict: Interregional relations in north Alaska». En *Alliance in Eskimo Society*, ed. L. Guemple. Seattle: University of Washington Press.

BURGESS, E. W., y L. S. Cottrell. 1939. *Predicting Success and Failure in Marriage*. Nueva York: Prentice-Hall.

BURLESON, M. H., y W. R. TREVATHAN. 1990. «Non-ovulatory sexual activity: Possible physiological effects on women's lifetime reproductive success». Conferencia pronunciada en la reunión anual de la Human Behavior and Evolution Society, Los Ángeles.

BURLEY, N. 1979. «The evolution of concealed ovulation». *American Naturalist* 114:835-58.

BURNS, G. 1990. En *Newsweek Special Edition*, invierno/primavera, 10.

BURTON, F. D. 1971. «Sexual climax in female *Macaca mulatta*». En *Proceedings of the Third International Congress of Primatology*, Zurich 1970, 3:180-91. Basel: Karger.

BUSS, D. M. 1989. «Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses tested in 37 cultures». *Behavioral and Brain Sciences* 12:1-49.

BYGOTT, J. D. 1974. «Agonistic behavior and dominance in wild chimpanzees». Tesis de doctorado, Universidad de Cambridge.

—. 1979. «Agonistic behavior, dominance and social structure in wild chimpanzees of the Gombe National Park». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

BYRNE, G. 1989. «Overhaul urged for math teaching». *Science* 243:597.

CAMPBELL, B., ed. 1972. *Sexual Selection and the Descent of Man, 1871-1971*. Chicago: Aldine.

CANT, J. G. H. 1981. «Hypothesis for the evolution of human breasts and buttocks». *American Naturalist* 117:199-204.

CAPELLANUS, A. 1959. *The Art of Courtly Love*. Traducción J. Parry. Nueva York: Ungar.

CARCOPINO, J. 1973. «The emancipation of the Roman matron». En *Women: From the Greeks to the French Revolution*, ed. S. G. Bell. Stanford: Stanford University Press.

CARNEIRO, R. L. 1958. «Extra-marital sex freedom among the Kuikuri Indians of Mato Grosso». *Revista do Museu Paulista* (Sao Paulo) 10:135-42.

—. 1981. «The chiefdom: Precursor of the state». En *The Transition to Statehood in the New World*, ed. G. D. Jones y R. R. Kautz. Nueva York: Cambridge University Press.

—. 1987. «Cross-currents in the theory of state formation». *American Ethnologist* 14:756-70.

—. 1991. «The nature of the chiefdom as revealed by evidence from the Cauca valley of Colombia». En *Profiles in Cultural Evolution*, ed. A. T. Rambo y K. Gillogly. Anthropology Papers. Museo de Antropología, Universidad de Michigan, n. ° 85:167-90.

CAVALLO, J. A. 1990. «Cat in the human cradle». *Natural History*, febrero, 53-

60.

CAVALLO J. A., y R. BLUMENSCHINE. 1989. «Tree stored leopard kills: Expanding the hominid scavenging niche» *Journal of Human Evolution* 18:393-99.

CETRON, M., y O. DAVIES. 1989. *American Renaissance: Our Life at the Turn of the 21st Century*. Nueva York: St. Martin's Press.

CHAGNON, N. 1982. «Sociodemographie attributes of nepotism in tribal populations: Man the rule breaker». En *Current Problems in Sociobiology*, ed. B. Bertram. Cambridge: Cambridge University Press.

CHANGE, M. R. A. 1962. «Social behavoir and primate evolution». En *Culture and the Evolution of Man*, ed. M. F. A. Montagu. Nueva York: Oxford University Press.

CHANGE, N. A. 1966. *The Eskimo of North Alaska*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.

CHASE, P. G., y H. L. Dibble. 1987. «Middle Paleolithic symbolism: A review of current evidence and interpretations». *Journal of Anthropological Archaeology* 6:263-96.

CHERLIN, A. J. 1978. «Women's changing roles at home and on the job». *Proceedings of a conference on the national longitudinal surveys of mature women in cooperation with the employment and training administration*. Departament of Labor Special Report, n.° 26.

—. 1981. *Marriage, Divorce, Remarriage*. Cambridge: Harvard University Press.

—. 1987. «Women and the family». En *The American Woman, 1987-88*, ed. S. E. Rix. Nueva York: W. W. Norton.

CHESTERS, K. I. M. 1957. «The Miocene flora of Rusinga Island, Lake Victoria, Kenya». *Palaeontographica* 101B:30-67.

CHIN, P. 1978. *The Family*. Traducción S. Shapiro. Peking: Foreign Languages Press.

CHIVERS, D. J. 1978. «Sexual behavior of the wild siamang». En *Recent Advances in Primatology*. Vol. 1, *Behavior*, ed. D. J. Chivers y J. Herbert. Nueva York: Academic Press.

CHUTE, M. 1949. *Shakespeare of London*. Nueva York: E. P. Dutton.

CIOCHON, R. L., y J. G. FLEAGLE. 1987. Part V: *Ramapithecus* and human origins. En *Primate Evolution and Human Origins*, ed. R. L. Ciochon y J. G. Fleagle. Nueva York: Aldine de Gruyter.

CLARK, G. 1980. *Mesolithic Prelude*. Edimburgo: Edinburgh University Press.

COHEN, M. N. 1977. *The Food Crisis in Prehistory: Overpopulation and the Origins of Agriculture*. New Haven: Yale University Press.

—. 1980. «Speculations on the evolution of density measurement and population regulation in *Homo sapiens*». En *Biosocial Mechanisms of Population Regulation*,

ed. M. N. Cohen, R. S. Malpass, y H. G. Klein. New Haven: Yale University Press.

—. 1989. *Health and the Rise of Civilization*. New Haven: Yale University Press.

COHEN, R. 1971. *Dominance and Defiance: A Study of Marital Instability in an Islamic África n Society*. Washington, D. C.: American Anthropological Association.

COHEN, Y. A. 1964. *The Transition from Childhood to Adolescence: Cross Cultural Studies of Initiation Ceremonies, Legal Systems, and Incest Taboos*. Chicago: Aldine.

COLLIER, J. F. 1988. *Marriage and Inequality in Classless Societies*. Stanford: Stanford University Press.

CONKEY, M. W. 1983. «On the origins of Paleolithic art: A review and some critical thoughts». En *The Mousterian Legacy*, ed. E. Trinkaus. Oxford: British Archaeological Reports.

—. 1984. «To find ourselves: Art and social geography of prehistoric hunter gatherers». En *Past and Present in Hunter Gatherer Societies*, ed. C. Schrire. Nueva York: Academic Press.

CONOWAY, C. H., y C. B. KOFORD. 1964. «Estrous cycles and mating behavior in a free-ranging band of rhesus monkeys». *Journal of Mammalogy*. 45:577-88.

CONROY, G. E., M. W. VANNIER y P. V. TOBIAS. 1990. «Endocranial features of *Australopithecus Áfricanus* revealed by 2 and 3-D computed tomography». *Science* 247:838-41.

CONSTANTINE, L. L., y J. N. CONSTANTINE. 1973. *Group Marriage: A Study of Contemporary Multilateral Marriage*. Nueva York: Macmillan.

COOLIDGE, H. J. 1933. «*Pan paniscus*, pygmy chimpanzee from south of the Congo River». *American Journal of Physical Anthropology* 18:1-59.

CORRUCCINI, R. S., R. L. CIOCHON y H. M. McHENRY. 1976. «The postcranium of Miocene hominoids: Were Dryopithecines merely “dental apes”?» *Primates* 17:205-23.

CORRUCCINI, R. S., y H. M. McHenry. 1979. «Morphological affinities of *Pan paniscus*». Science 204:1341-42.

COWAN, A. L. 1989. «Women’s gains on the job: Not without a heavy toll». *New York Times*, 2 de agosto.

CRONIN, J. E. 1983. «Apes, humans and molecular clocks: A reappraisal». En *New Interpretations of Ape and Human Ancestry*, ed. R. L. Ciochon y R. S. Corruccini. Nueva York: Plenum Press.

CROOK J. H., y S. J. Crook. 1988. «Tibetan polyandry: Problems of adaptation and fitness». En *Human Reproductive Behaviour*, ed. L. Betzig, M. B. Mulder y P. Turke. Cambridge: Cambridge University Press.

CUTLER, W. B., G. Preti, A. Krieger, G. R. Huggins, C. R. Garcia y H. J.

LAWLEY. 1986. «Human axillary secretions influence women's menstrual cycles: The role of donor extract from men». *Hormones and Behavior* 20:463-73.

DAHLBERG, F., ed. 1981. *Woman the Gatherer*. New Haven: Yale University Press.

DALY, M. 1978. «The cost of mating». *American Naturalist* 112:771-74.

DALY, M., y M. WILSON, 1978. *Sex, Evolution, and Behavior: Adaptations for Reproduction*. North Scituate, Massachusetts: Duxbury Press.

—. 1983. *Sex, Evolution, and Behavior*. Boston: Willard Grant Press.

—. 1988. *Homicide*. Nueva York: Aldine de Gryter.

DAMON, W. 1988. *The Moral Child: Nurturing Children's Natural Moral Growth*. Nueva York: Free Press.

DANIELS, D. 1983. «The evolution of concealed ovulation and self-deception» *Ethology and Sociobiology* 4:69-87.

DARWIN, C. 1859. *The Origin of Species*. Nueva York: Modern Library. [Edición española: *El origen de las especies*. Madrid: Akal, 1985.]

—. 1871. *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Nueva York: Modern Library.

—. [1872] 1965. *The Expression of the Emotions in Man and Animals. Chicago: University of Chicago Press*. [Edición española: *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza, 1984.]

DAVIS, D. E. 1964. «The physiological analysis of aggressive behavior». En *Social Behavior and Organization among Vertebrates*, ed. W. Etkin. Chicago: University of Chicago Press.

DAVIS, E. 1971. *The First Sex*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books.

DAWKINS, R. 1976. *The Selfish Gene*. Oxford: Oxford University Press.

DEGLER, C. N. 1991. *In Search of Human Nature: The Decline and Revival of Darwinism in American Social Tought*. Nueva York: Oxford University Press.

DE LACOSTE-UTAMSING, C, y R. L. Holloway. 1982. «Sexual dimorphism in the human corpus callusum». *Science* 216:1431-32.

DELSON, E., ed. 1985. *Ancestors: The Hard Evidence*. Nueva York: Alan R. Liss.

DE ROUGEMONT, D. 1983. *Love in the Western World*. Nueva York: Schoken Books. [Edición española: *El amor en Occidente*. Barcelona: Kairós, 1986.]

DE VOS, G. J. 1983. «Social behavior of black grouse: An observational and experimental field study». *Ardea* 71:1-103.

DE WAAL, F. 1982. *Chimpanzee Politics: Power and Sex among Apes*. Nueva York: Harper Row.

—. 1987. «Tension regulation and nonreproductive functions of sex in captive bonobos (*Pan paniscus*).» *National Geographic Research* 3:318-35.

—. 1989. *Peacemaking among Primates*. Cambridge: Harvard University Press.

DIAMOND, M. 1980. «The biosocial evolution of human sexuality. Reply to precis of *The evolution of human sexuality*, by Donald Symons». Behavioral and Brain Sciences 3:171-214.

DIANA, L. S. F. Extra-marital sex in Italy: A family responsibility. Social Science Program, Virginia Commonwealth University.

DlCKEMANN, M. 1979. «The ecology of mating systems in hypergynous dowry societies». *Social Science Information* 18:163-95.

DIONNE, E. J. 1989. «Struggle for work and family fueling women's movement». *New York Times*, 22 de agosto.

DlSSANAYAKE, E. 1988. *What is Art For*? Seattle: University of Washington Press.

DONALDSON, F. 1971. «Emotion as an accessory vital system». *Perspectives in Biology and Medicine* 15:46-71.

DOUGHERTY, E. G. 1955. «Comparative evolution and the origin of sexuality». *Systematic Zoology* 4-145-69.

DOUGLAS, C. 1987. «The beat goes on». *Psychology Today*, noviembre, 37-42.

DRAPER, P. 1985. «Two views of sex differences in socialization». En *Male-Female Differences: A Bio-Cultural Perspective*, cd. R. L. Hall, P. Draper, M. E. Hamilton, D. McGuinness, C. M. Otten y E. A. Roth. Nueva York: Praeger.

DUPÁQUIER, J., E. HÉLIN, P. LASLETT, M. LIVI-BACCI y S. SOGNER. 1981. *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*. Nueva York: Academic Press.

DURDEN-SMITH, J., y D. DESIMONE. 1983. *Sex and the Brain*. Nueva York: Arbor House.

DYCHTWALD, K., y J. Flower. 1989. *Age Wave: The Challenges and Opportunities of an Aging America*. Los Ángeles: Jeremy P. Tarcher.

EAST, R. 1939. *Akiga's Story: The Tiv Tribe as Seen by One of Its Members*. Londres: Oxford University Press.

EASTERL1N, R. A. 1980. *Birth and Fortune: The Impact of Numbers on Personal Welfare*. Nueva York: Basic Books.

EBERHARD, W. G. 1985. *Sexual Selection and Animal Genitalia*. Cambridge: Harvard University Press.

—. 1987. «Runaway sexual selection». *Natural History*, diciembre, 4-8.

—. 1990. «Animal genitalia and female choice». *American Scientist* 87:134-41.

EIBL-EIBESFELDT, I. 1970. *Ethology: The Biologhy of Behavior*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

—. 1989. *Human Ethology*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

EKMAN, P. 1980. *The Face of Man*. Nueva York: Garland STPM Press.

—. 1985. *Telling Lies: Clues to Deceit in the Marketplace, Politics, and Marriage*. Nueva York: W. W. Norton.

EKMAN, p. E., R. SORENSON, y W. V. FRIESEN. 1969. «Pan-cultural elements in facial displays of emotion». *Science* 164:86-88.

ELKIN, A. P. 1939. Introducción a *Aboriginal Woman: Sacred and Profane*, de P. M. Kaberry. Londres: Routledge and Kegan Paul.

ELLIS, B., y D. Symons. 1990. «Sex differences in sexual fantasy: An evolutionary psychological approach». Conferencia pronunciada en la reunión anual de la Human Behavior and Evolution Society, Los Ángeles.

EMBER, M., y C. R. EMBER. 1979. «Male-female bonding: A cross-species study of mammals and birds». *Behavior Science Research* 14:37-56.

EMLEN, S. T., y L. W. ORING, 1977. «Ecology, sexual selection and the evolution of mating systems». *Science* 197:215-23.

ENGELS, F. [1884] 1954. *Origin of the Family, Private Property, and the State*. Traducción: Ernest Untermann. Moscú: Foreign Languages Publishing House.

EPSTEIN, C. 1988. *Deceptive Distinctions: Sex, Gender and the Social Order*. Nueva York: Russell Sage.

ESPENSHADE, T. J. 1985. «Marriage trends in America: Estimates, implications, and underlying causes». *Population and Development Review* 11 (n.° 2): 193-245.

ETIENNE, M., y E. LEACOCK, eds. 1980. *Women and Colonization: Anthropological Perspectives*. Nueva York: Praeger.

EVANS, M. S. 1987. «Women in twentieth century America: An overview». En *The American Woman*: 1987-88, ed. S. E. Rix. Nueva York: W. W. Norton.

EVELETH, P. B. 1986. «Timing of menarche: Secular trend and population differences». En *School-Age Pregnancy and Parenthood: Biosocial Dimensions*, ed. J. B. Lancaster y B. A. Hamburg. Nueva York: Aldine de Gruyter.

FARAH, M. 1984. *Marriage and Sexuality in Islam: A Translation of al-Ghazall's*. Salt Lake City: University of Utah Press.

FEDIGAN, L. M. 1982. *Primate Paradigms: Sex Roles and Social Bonds*. Montreal: Eden Press.

FEHRENBAKER, G. 1988. «Moose courts cows, and disaster». *Standard-Times* (New Bedford, Massachusetts), 23 de enero.

FEINMAN, S., y G. W. Gill. 1978. «Sex differences in physical attractiveness preferences». *Journal of Social Psychology* 105:43-52.

FELD, A., ed. 1990. «How to stay married in the 90s.» Revista *Bride's*, diciembre, 126.

FENNEMA, E. 1990. «Justice, equity and mathematics education». En *Mathematics and Gender*, ed. E. Fennema y G. C. Leder. Nueva York: Teachers

College Press.

FENNEMA, E. y G. C. LEDER, eds. 1990. *Mathematics and Gender*. Nueva York: Teachers College Press.

FIELD, T. M., *et al*. 1982. «Discrimination and imitation of facial expressions by neonates». *Science* 218:179-81.

FINN, M. V., y B. S. Low. 1986. «Resource distribution, social competition and mating patterns in human societies». En *Ecological Aspects of Social Evolution*, ed. D. I. Rubenstein y R. W. Wrangham. Princeton: Princeton University Press.

FISHER, H. E. 1975. «The loss of estrous periodicity in hominid evolution». Tesis doctoral, Universidad de Colorado, Boulder.

—. 1982. *The Sex Contract: The Evolution of Human Behavior*. Nueva York: William Morrow.

—. 1987. «The four-year itch». *Natural History*, octubre, 22-33.

—. 1989. «Evolution of human serial pairbonding». *American Journal of Physical Anthropology* 78:331-54.

—. 1991. «Monogamy, adultery and divorce in cross-species perspective». En *Man and Beast Revisited*, ed. M. H. Robinson y L. Tiger. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

—. En preparación. «Human divorce patterns: An update».

FISHMAN, S. M., y D. V. Sheehan. 1985. «Anxiety and panic: Their cause and treatment». *Psychology Today*, abril, 26-32.

FLINN, M. V., y B. S. LOW. 1986. «Resource distribution, social competition and mating patterns in human societies». En *Ecological Aspects of Social Evolution*, ed. D. I. Rubenstein y R. W. Wrangham. Princeton: Princeton University Press.

FLUEHR-LOBBAN, C. 1979. «A Marxist reappraisal of the matriarchate». *Current Anthropology* 20:341-60.

FOLEY, R. A., y P. C. Lee. 1989. «Finite social space, evolutionary pathways, and reconstructing hominid behavior». *Science* 243:901-06.

FORD, C. S., y F. A. Beach. 1951. *Patterns of Sexual Behavior*. Nueva York: Harper Brothers.

FORSYTH, A. 1985. «Good scents and bad». *Natural History*, noviembre, 25-32.

FORTUNE, R. 1963. *Sorcerers of Dobu*. Nueva York: E. P. Dutton.

FOSSEY, D. 1979. «Development of the mountain gorilla (*Gorilla gorilla beringei*): The first thirty-six months». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

—. 1983. *Gorillas in the Mist*. Boston: Houghton Mifflin.

FOUCAULT, M. 1985. *The History of Sexuality*. Vol 2, *The Use of Pleasure*. Traducción R. Hurley. Nueva York: Pantheon Books. [Traducción española: *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI, 1978.]

FOUTS, D. 1983. «Louis tries his hand at surgery». *Friends of Washoe* 3, n.° 4.

FOX, R. 1972. «Alliance and constraint: Sexual selection in the evolution of human kinship systems». En *Sexual Selection and the Descent of Man,* ed. B. Campbell. Chicago: Aldine.

—. 1980. *The Red Lamp of Incest*. Nueva York: E. P. Dutton.

FRANK, R. 1985. *Choosing the Right Pond: Human Behavior and the Quest for Status*. Nueva York: Oxford University Press.

FRAYER, D. W., y M. H. WOLPOFF. 1985. «Sexual Dimorphism». *Annual Review of Anthropology*. 14:429-73.

FRAYSER, S. 1985. *Varietes of Sexual Experience: An Anthropological Perspective on Human Sexuality*. New Haven: HRAF Press.

FRAZER, J. G. [1922] 1963. *The Golden Bough*. Nueva York: Macmillan. [Traducción española: *La rama dorada*. Madrid: F.C.E., 1981.]

FREUD, S. 1918. *Totem and Taboo*. Traducción A. A. Brill. Nueva York: Moffat, Yard. [Traducción española: *Totem y tabú*. Madrid: Alianza, 1985.]

FRIEDL, E. 1975. *Women and Men: An Anthropologist's View*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

FRISCH, R. E. 1978. «Population, food intake and fertility». Science 199:22-30.1989. «Body weight and reproduction». *Science* 246:432.

FRISCH, R. E., y R. Revelle. 1970. «Height and weight at menarche and a hypothesis of critical weights and adolescent events». *Science* 169:397-99.

FULLER, C. J. 1976. *The Nayars Today*. Cambridge: Cambridge University Press.

FURSTENBERG, F. F., Jr. 1981. «Remarriage and intergenerational relations». En *Aging: Stability and Changes in the Family*, ed. R. W. Fogel *et al*. Nueva York: Academic Press.

FUSTENBERG, F. F., Jr., y G. B. SPANIER. 1984. *Recycling the Family: Remarriage after Divorce*. Beverly Hills, California: Sage Publications.

GAGE, R. L. 1979. *Fox Family*. Nueva York: Weatherhill/Heibonsha.

GALDIKAS, B. M. F. 1979. «Orangutan adaptation at Tanjung Puting Reserve: Mating and ecology». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park. California: Benjamin/Cummings.

GALDIKAS, B. M. F., y J. W. WOOD. 1990. «Birth spacing patterns in humans and apes». *American Journal of Physical Anthropology* 83:185-91.

GALLUP, G. G. 1982. «Permanent breast enlargement in human females: A sociobiological analysis». *Journal of Human Evolution* 11:597-601.

GARGETT, R. H. 1989. «Grave shortcomings: The evidence for Neanderthal burial». *Current Anthropology* 30:157-90.

GAULIN, S. J., y J. BOSTER. 1985. «Cross-cultural differences in sexual

dimorphism: Is there any variance to be explained?» *Ethology and Sociobiology* 6:219-25.

GAULIN, S. J., y R. W. FITZGERALD, 1989. «Sexual selection for spatial-learning ability». *Animal Behavior*. 37:322-31.

GAULIN, S. J., y M. J. Konner. 1977. «On the natural diet of primates, ineluding humans». En *Nutrition and the Brain*. Vol. 1, ed. R. y J. Wurtman. Nueva York: Raven Press.

GEHLBACK, F. R. 1986. «Odd couples of suburbia». *Natural History*, julio, 56-66.

GESCHWIND, N. 1974. «The anatomical basis of hemispheric differentiation». En *Hemispheric Function of the Human Brain*, ed. S. J. Dimond y J. G. Beaumont. Nueva York: John Wiley.

GIBBONS, A. 1990a. «Our chimp cousins get that much closer». *Science* 250:376.

—. 1990b. «Paleontology by bulldozer». *Science* 247:1407-9.

—. 1991. «First hominid finds from Ethiopia in a decade». *Science* 251:1428.

GIBBS, H. L., *et al*. 1990. «Realized reproductive sucess of polygynous redwinged blackbirds revealed by DNA markers». *Science* 250: 1394-97.

GIBSON, K. R., 1981. «Comparative neuroontogeny, its implications for the development of human intelligence». En *Infancy and Epistemology*, ed. G. Butterworth. Brighton, Inglaterra: Harvester Press.

GIES, F., y J. GlES. 1978. *Women in the Middle Ages*. Nueva York: Barnes & Noble Books.

GIESE, J. 1990. «A communal type of life, and dinner's for everyone». *New York Times*, 27 de septiembre.

GILLIGAN C. 1982a. *In a Different Voice*. Cambridge: Harvard University Press.

—. 1982b. «Why should a woman be more like a man?» *Psychology Today*, junio, 70-71.

GILLIGAN, C., y G. WIGGINS. 1988. «The origins of morality in early childhood relationships». En *Mapping the Moral Domain*, ed. C. Gilligan *et al*. Cambridge: Harvard University Press.

GIMBUTAS, M. A. 1989. *The Language of the Goddess*. San Francisco: Harper Row.

GIVENS, D. B. 1983. *Love Signals: How to Attract a Mate*. Nueva York: Crown.

—. 1986. «The big and the small: Toward a paleontology of gesture». *Sign Language Studies* 51:145-70.

GLADKIH, M. I., N. L. KORNIETA y O. SOFFER. 1984. «Mammoth-bone dwellings on the Russian plain». *Scientific American* 251 (n.° 5): 164-75.

GLENN, N., y M. SUPANCIC, 1984. «The social and demographic correlates of

divorce and separation in the United States: An update and reconsideration». *Journal of Marriage and the Family* 46:563-75.

GLICK, P. C. 1975. «Some recent changes in American families». *Current Population Reports*. Social Studies Series P-23, n.° 52. Washington, D.C.: U. S. Bureau of the Census.

GOLDBERG, S. 1973. *The Inevitability of Patriarchy*. Nueva York: William Morrow.

GOLDIN, C. 1990. *Understanding the Gender Gap: An Economic History of American Women*. Nueva York: Oxford University Press.

—. 1991. «A conversation with Claudia Goldin». *Harvard Gazette*, 1 de febrero, pp. 5-6.

GOLDIZEN, A. W. 1987. «Tamarins and marmosets: Communal care of offspring». En *Primate Societies*, ed. B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Seyfarth, R. W. Wrangham, y T. T. Struhsaker. Chicago: University of Chicago Press.

GOLDSTEIN, B. 1976. *Human Sexuality*. Nueva York: McCraw-Hill.

GOLDSTEIN, M. 1976. «Fraternal polyandry and fertility in a high Himalayan village in N. W. Nepal». *Human Ecology* 4 (n.° 3):223-33.

GOLDSTEIN, M. C. 1987. «When brothers share a wife». *Natural History*, marzo, 39-49.

GOLEMAN, D. 1981. «The 7,000 faces of Dr. Ekman». *Psychology Today*, febrero, 43-49.

—. 1986. «Two views of marriage explored: His and hers». *New York Times*, 1 de abril.

—. 1989. «Subtle but intriguing differences found in the brain anatomy of men and women». *New York Times*, 11 de abril.

GOODALE, J. C. 1971. *Tiwi Wives: A Study of the Women of Melville Island, North Australia*. Seattle: University of Washington Press.

GOODALL, J. 1968. «The behavior of free-ranging chimpanzees in the Gombe Stream Reserve». *Animal Behavior Monographs* 1:161-311.

—. 1970. «Tool-using in primates and other vertebrates». *Advanced Studies of Behavior* 3:195-249.

—. 1977. «Watching, Watching, Watching». *New York Times*, 15 de septiembre.

—. 1986. *The Chimpanzees of Gombe: Patterns of Behavior*. Cambridge: Belknap Press/Harvard University Press.

—. 1988. *In the Shadow of Man*. Ed. rev. Boston: Houghton Mifflin. [Traducción española: *En la senda del hombre*. Barcelona: Salvat, 1988.]

GOODALL,]., A. BANDORA, E. BERGMANN, C. BUSSE, H. MATAMA, E. MPONGO, A. PIERCE y D. RlSS. 1979. «Intercommunity interactions in the chimpanzee population of the Gombe National Park». En *The Great Apes*, ed. D. A.

Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

GOODENOUGHT, W. H. 1970. *Description and Comparison in Cultural Anthropology*. Chicago: Aldine.

GOODY, J. 1969. «Inheritance, property, and marriage in África and Eurasia». *Sociology* 3:55-76.

—. 1983. *The Development of the Family and Marriage in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

GORER, G. 1938. *Himalayan Village: An Account of the Lepchas of Sikkim*. Londres: M. Joseph.

GOUGH, E. K. 1968. «The Nayars and the definition of marriage». En *Marriage, Family, and Residence*, ed. P. Bohannan y J. Middleton. Garden City, Nueva York: Natural History Press.

GOULD, J. L. 1982. *Ethology: The Mechanisms and Evolution of Behavior*. Nueva York: W. W. Norton.

GOULD, J. L., y C. G. Gould, 1989. *The Ecology of Attraction: Sexual Selection*. Nueva York: W. H. Freeman.

GOULD, S. J. 1977. *Ontogeny and Phytogeny*. Cambridge: Harvard University Press.

—. 1981. *The Mismeasure of Man*. Nueva York: W. W. Norton.

—. 1987a. «Freudian slip». *Natural History*, febrero, 14-19.

—. 1987b. «Steven Jay Gould Replies to John Alcock's "Ardent Adaptationism"». *Natural History*, abril, 4.

GOVE, C. M. 1989. «Wife lending: Sexual pathwayst to transcendence in Eskimo culture». En *Enlightened Sexuality*, ed. G. Feuerstein. Freedom, California: Crossing Press.

GRAHAM, C. A., y W. C. McGrew. 1980. «Menstrual synchrony in female undergraduates living on a coeducational campus». *Psychoneuroendocrinology* 5:245-52.

GRAY, J. P., y L. D. Wolfe. 1983. «Human female sexual cycles and the concealment of ovulation problem». *Journal of Social and Biological Structures* 6:345-52.

GREENFIELD, L. O. 1980. «A late-divergence hypothesis». *American Journal of Physical Anthropology* 52:351-66.

—. 1983. «Toward the resolution of discrepancies between phenetic and paleontological data bearing on the question of human origins». En *New Interpretations of Ape and Human Ancestry*, ed. R. L. Ciochon y R. S. Corruccini. Nueva York: Plenum Press.

GREGERSEN, E. 1982. *Sexual Practices: The Story of Human Sexuality*. Londres: Mitchell Beazley.

GREGG, S. A. 1988. *Foragers and Farmers: Population Interaction and Agricultural Expansion in Prehistoric Europe*. Chicago: University of Chicago Press.

GREGOR, T. 1985. *Anxious Pleasures: The Sexual Lives of an Amazonian People*. Chicago: University of Chicago Press.

GRINE, F. E. 1989. *Evolutionary History of the Robust Australopithecines*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

GRIFFIN, D. R. 1984. *Animal Thinking*. Cambridge: Harvard University Press.

GUBERNICK, D. J. Departamento de Psicologia, Universidad de Wisconsin, Madison. Entrevista personal.

GUTTENTAG, M.,y P. F. SECORD. 1983. *Too Many Women? The Sex Ratio Question*. Beverly Hills, California: Sage Publications.

HALL, E. T. 1959. *The Silent Language*. Nueva York: Doubleday.

—. 1966. *The Hidden Dimensions*. Nueva York: Anchor Books.

—. 1976. *Beyond Culture*. Nueva York: Doubleday/Anchor Press. [Traducción española: *Más allá de la cultura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.]

HALL, J. 1984. *Nonverbal Sex Differences*. Baltimore: Johns Hopkins Press.

HALL, J. A., R. Rosenthal, D. Archer, M. R. DiMatteo, y P. L. Rogers. 1977. «The profile of nonverbal sensitivity». En *Advances in Psychological Assessment*. Vol. 4, ed. P. McRenyolds. San Francisco: Jossey-Bass.

—. 1978. «Decoding wordless messages». *Human Nature*, mayo 68-75.

HALL, R. L., 1982. *Sexual Dimorphism in Homo Sapiens: A Question of Size*. Nueva York: Preager.

HALL, T. 1987. «Infidelity and women: Shifting patterns». *New York Times*, 1 de junio.

HAMES, R. B. 1988. «The allocation of parental care among the Ye'kwana». En *Human Reproductive Behavior: A Darwinian Perspective*, ed. L. Betzig, M. Borgerhoff Mulder y P. Turke. Nueva York: Cambridge University Press.

HAMILTON, W. D. 1964. «The genetical evolution of social behaviour: I. and II». *Journal of Theoretical Biology* 7:1-52.

—. 1980. «Sex versus non-sex versus parasite». *Oikos* 35:282-90.

HAMILTON, W. D., P. A. Henderson, y N. A. Moran. 1981. «Fluctuation of environment and coevolved antagonist polymorphism as factors in the maintenance of sex». En *Natural Selection and Social Behavior*, ed. R. D. Alexander y D. W. Tinkle. Nueva York: Chiron Press.

HARCOURT, A. H. 1979. «Social relationships between adult male and female mountain gorillas in the wild». *Animal Behavior* 27:325-42.

—. 1979. «The social relations and group structure of wild mountain gorillas». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

HARRIS, M. 1977. «Why men dominate women». *New York Times Magazine*, 13 de noviembre, 46, 115-23.

—. 1981. *America Now: The Anthropology of a Changing Culture*. Nueva York: Simon and Schuster.

HARRISON, R. J. 1969. «Reproduction and reproductive organs». En *The Biology of Marine Mammals*, ed. H. T. Andersen. Nueva York: Academic Press.

HART, C. W. M., y A. R. Pilling. 1960. *The Tiwi of North Australia*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

HARWOOD, D. M. 1985. «Late Neogene climate fluctuations in the southern high-latitudes: Implications of a warm Pliocene and deglaciated Antarctic continent». *South Áfrícan Journal of Science* 81:239-41.

HASSAN, F. 1980. «The growth and regulation of human population in prehistoric times». En *Biosocial Mechanism of Population Regulation*, ed. M. N. Cohen, R. S. Malpass, y H. G. Kelin. New Haven: Yale University Press.

HAUSFATER, G. y S. B. Hrdy, 1984. *Infanticide: Comparative and Evolutionary Perspectives*. Nueva York: Aldine.

HAWKES, K., K. HILL y J. F. O'CONNELL, 1982. «Why hunters gather: Optimal foraging and the Ache of eastern Paraguay». *American Ethnologist* 9:379-98.

HAY, R. L., y M. D. LEAKEY, 1982. «The fossil footprints of Laetoli». *Scientific American*, febrero, 50-57.

HEIDER, K. G. 1976. «Dani sexuality: A low energy system». *Man* 11:188-201.

HENLEY, N. 1977. *Body Politics: Power, Sex and Nonverbal Communication*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall.

HENRY, D. J. 1985. «The little foxes». *Natural History*, enero, 46-56.

HENRY, J. 1941. *Jungle People*. Richmond: William Byrd.

HESS, E. H. 1975. *The Tell-Tale Eye*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold.

HEWLETT, B., ed. 1992. *Father Child Relations*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

HIATT, L. R. 1989. «On Cuckoldry». *Journal of Social and Biological Structures*. 12:53-72.

HITE, S. 1981. *The Hite Report on Male Sexuality*. Nueva York: Ballantine Books. [Traducción española: *El informe Hite*. Barcelona: Plaza & Janés, 1985.]

HOCHSCHILD, A., con A. MACHUNG. 1989. *The Second Shift*. Nueva York: Viking.

HOLLOWAY, R. L. 1985. «The poor brain of *Homo sapiens neanderthalensis*: See what you please…». En *Ancestors: The Hard Evidence*, ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

HOPSON, J. L. 1979. *Scent Signals: The Silent Language of Sex*. Nueva York:

William Morrow.

—. 1980. «Scent: Our hot-blooded sense». *Science Digest Special*, verano 52-53, 110.

HOWELL, J. M. 1987. «Early farming in northwestern Europe». *Scientific American* 257:118-24, 126.

HOWEELL, N. 1979. *Demography of the Dobe !Kung*. Nueva York: Academic Press.

HRDY, S. B. 1981. *The Woman That Never Evolved*. Cambridge: Harvard University Press.

—. 1983. «Heat loss». *Science* 83, agosto, 73-78.

—. 1986. «Empathy, polyandry, and the myth of the coy female». En *Feminist Approaches to Science*, ed. R. Bleier. Nueva York: Pergamon Press.

HUNT, M. M. 1959. *The Natural History of Love*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

—. 1974. *Sexual Behavior in the 1970s*. Chicago: Playboy Press. [Traducción española: *La conducta sexual hoy*. Barcelona: Edhasa, 1978.]

ISSAC, B. L., y W. E. FEINBERG, 1982. «Marital form and infant survival among the Mende of rural upper Bambara chiefdom, Sierra Leone». *Human Biology* 54:627-34.

JAMES, S. R. 1989. «Hominid use of fire in the Lower and Middle Pleistocene: A review of the evidence». *Current Anthropology* 30:1-26.

JANKOWIAK, W. 1992. *Sex, Death and Hierarchy in a Chinese City: An Anthropological Account*. Nueva York: Columbia University Press.

JANKOWIAK, W. R., y E. F. FISCHER. 1992. «A cross-cultural perspective on romantic love». *Ethnology* 31 (n.° 2): 149-55.

JARMAN, M. V. 1979. «Impala social behavior: Territory, hierarchy, mating and use of space». *Fortschritte Verhaltensforschung* 21:1-92.

JENNI, D. A. 1974. «Evolution of polyandry in birds». *American Zoology* 14:129-44.

JESPERSEN, O. [1922] 1950. *Language: Its Nature, Development and Origin*. Londres: George Allen and Unwin.

JIA, L. y H. WEIWEN. 1990. *The Story of Peking Man: From Archaeology to Mystery*. Nueva York: Oxford University Press.

JOHANSON, D. y M. EDEY. 1981. Lucy: *The Beginnings of Humankind*. Nueva York: Simon and Schuster.

JOHANSON, D. y J. SHREEVE. 1989. *Lucy's Child: The Discovery of a Human Ancestor*. Nueva York: William Morrow.

JOHANSON, D. C. y T. D. WHITE. 1979. «A systematic assessment of early África hominids». *Science* 203:321-30.

JOHNSON, A. W. y T. Earle. 1987. *The Evolution of Human Societies: From*

Foraging Group to Agrarian State. Stanford: Stanford University Press.

JOHNSON, L. L. 1989. «The Neanderthals and population as prime mover». *Current Anthropology* 30:534-35.

JOHNSON, R. A. 1983. *We: Understanding the Psychology of Romantic Love*. San Francisco: Harper Row.

JOHNSON, S. C. 1981. «Bonobos: Generalized hominid prototypes or specialized insular dwarfs?» *Current Anthropology* 22:363-75.

JOHNSTON, F. E., ed. 1982. «Pliocene hominid fossils from Hadar, Ethiopia». *American Journal of Physical Anthropology* 57:373-19.

JORGENSEN, W. 1980. *Western Indians*. San Francisco: W. H. Freeman.

JOST, A. 1972. «A new look at the mechanisms controlling sex differentiation in mammals». *Johns Hopkins Medical Journal* 130:38-53.

JUNGERS, W. 1988. «Relative joint size and hominoid locomotor adaptations». *Journal of Human Evolution* 17:247.

KABERRY, P. M. 1939. *Aboriginal Woman: Sacred and Profane*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

KAGAN, J. y S. Lamb, eds. 1987. *The Emergence of Morality in Young Children*. Chicago: University of Chicago Press.

Kagan, J. J. S. Reznick y N. Snidman. 1988. «Biological Bases of Childhood Shyness». *Science* 240:167-71.

KANO, T. 1979. «A pilot study on the ecology of pygmy chimpanzees, *Pan paniscus*». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

—. 1980. «Social behavior of wild pygmy chimpanzees (*Pan paniscus*) of Wamba: A preliminary report». *Journal of Human Evolution* 9:243-260.

KANO, T. y M. MULAVWA. 1984. «Feeding ecology of the pygmy chimpanzees (*Pan paniscus*) of Wamba». En *The Pygmy Chimpanzee*, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

KANTROWITZ, B. y P. Wingert, 1990. «Step by step». *Newsweek Special Edition*, invierno/primavera, 24-34.

KAY, R. F. 1981. «The nut-crackers: A new theory of the adaptations of the Ramapithecinae». *American Journal of Physical Anthropology* 55:141-51.

KlMURA, D. 1983. «Sex differences in cerebral organization for speech and praxic functions». *Canadian Journal of Psychology* 37:19-35.

—. 1989. «How sex hormones boost or cut intellectual ability». *Psychology Today*, noviembre, 63-66.

KINSEY, A. C., W. B. Pomeroy y C. E. Martin. 1948. *Sexual Behavior in the Human Male*. Filadelfia: W. B. Saunders.

KINSEY, A. C., W. B. Pomeroy, C. E. Martin y P. H. Gebhard. 1953. *Sexual*

Behavior in the Human Female. Filadelfia: W. B. Saunders.

KINZEY, W. G. 1987. «Monogamous primates: A primate model for human mating systems». En *The Evolution of Human Behavior*, ed. W. G. Kinzey. Albany: State University of New York Press.

KIRKENDALL, L. A., y A. E. GRAVATT. 1984. «Marriage and family: Styles and forms». En *Marriage and the Family in the Year 2000*, ed. L. A. Kirkendall y A. E. Gravatt. Buffalo: Prometheus Books.

KLEIMAN, D. G. 1977. «Monogamy in mammals». *Quarterly Review of Biology* 52:39-69.

KLEIMAN, D. G., y J. F. ElSENBERG. 1973. «Comparisons of child and felid social systems from an evolutionary perspective». *Animal Behavior* 21:637-59.

KLEIMAN, D. G., y J. R. Malcolm. 1981. «The evolution of male parental investment in mammals». En *Parental Care in Mammals*, ed. D. J. Gubernick y P. H. Klopfer. Nueva York: Plenum Press.

KLEIN, L. 1980. «Contending with colonization: Tlingit men and women in change». En *Woman and Colonization*, ed. M. Etienne y E. Leacock. Nueva York: Praeger.

KOHLBERG, L. 1969. «Stage and sequence: The cognitive-developmental approach to socialization». En *Handbook of Socialization Theory and Research*, ed. D. A. Goslin. Chicago: Rand McNally.

KOHLER, W. 1925. *The Mentality of Apes*. Londres: Routledge and Kegan Paul. Reedición. Nueva York: Liveright, 1976.

KONNER, M. J. 1982. *The Tangled Wing: Biological Constraints on the Human Spirit*. Nueva York: Harper Row.

—. 1988. «Is orgasm essential?» *Sciences*, marzo-abril, 4-7.

KONNER, M., y C. WORTHMAN. 1980. «Nursing frequency, gonadal function, and birth spacing among !Kung hunter-gatherers». *Science* 207:788-91.

KRIER, B. A. 1988. «Why so many singles?» *Los Angeles Times*, 26 de junio.

KRISTOF, N. D. 1991. «Love, the starry-eyed kind, casts spell on China». *New York Times*, 6 de marzo.

KRUUK, H. 1972. *The Spotted Hyena: A Study of Predation and Social Behavior*. Chicago: University of Chicago Press.

KUMMER, H. 1968. *Social Organization of Hamadryas Baboons*. Chicago: University of Chicago Press.

KURODA, S. 1984. «Interaction over food among Pygmy Chimpanzees». En *The Pygmy Chimpanzee*, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

LACEY, W. K. 1973. «Women in democratic Athens». En *Women: From the Greeks to the French Revolution*, ed. S. G. Bell. Stanford: Stanford University Press.

LACK, D. 1968. *Ecological Adaptations for Breeding in Birds*. Londres:

Methuen.

LAITMAN, J. T., R. C. Heimbuch y E. S. Crelin. 1979. «The basicranium of fossil hominids as an indicator of their upper respiratory system». *American Journal of Physical Anthropology* 51:15-34.

LAITMAN, J. T. 1984. «The anatomy of human speech». *Natural History*, agosto, 20-27.

LAMPE, P. E., ed. 1987. *Adultery in the United States: Close Encounters of the Sixth (or Seventh) Kind*. Buffalo: Prometheus Books.

LANCASTER, J. B. 1979. «Sex and gender in evolutionary perspective». En *Human Sexuality*, ed. M. Katchadourian. Berkeley: University of California Press.

—. 1986. «Human adolescence and reproduction: An evolutionary perspective». En *School-Age Pregnancy and Parenthood*, ed. J. B. Lancaster y B. A. Hamburg. Nueva York: Aldine de Gruyter.

—. En preparación. «Parental investment and the evolution of the juvenile phase of the human life course». En *The Origins of Humanness*, ed. A. Brooks. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

LANCASTER, J. B., y C. S. LANCASTER, 1983. «Parental investment: The hominid adaptation». En *How Humans Adapt: A Biocultural Odyssey*, ed. D. J. Ortner. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

LATIMER, B. M., T. D. White, W. H. Kimbel, D. C. Johanson y C. O. LOVEJOY. 1981. «The pygmy chimpanzee is not a living missing link in human evolution». *Journal of Human Evolution* 10:475-88.

LAWRENCE, R. J. 1989. *The Poisoning of Eros: Sexual Values in Conflict*. Nueva York: Augustine Moore Press.

LAWSON, A. 1988. *Adultery: An Analysis of Love and Betrayal*. Nueva York: Basic Books.

LEACOCK, E. B., ed. 1972. *The Origins of the Family, Private Property and the State, By Frederick Engels with an Introduction by Eleanor Burke Leacock*. Nueva York: International Publishers.

LEACOCK, E. B. 1980. «Montagnais women and the Jesuit program for colonization». En *Women and Colonization*, ed. M. Etienne E. Leacock. Nueva York: Praeger.

—. 1981. *Myths of Male Dominance*. Nueva York: Monthly Review Press.

LEAKEY, M. D. 1971. *Olduvai Gorge*. Vol. 3. Londres: Cambridge University Press.

LEAKEY, M. D., y R. L. Hay. 1979. «Pliocene footprints in the Laetolil beds at Laetoli, northern Tanzania». *Nature* 278:317-23.

LEAKEY, M. D., R. L. HAY, G. H. CURTIS, R. E. DRAKE, M. K. JACKES y T. P. WHITE. 1976. «Fossil hominids from the Laetolil Beds». *Nature* 262:460-66.

LEBOEUF, B. J. 1974. «Male-male competition and reproductive success in elephant seals». *American Zoologist* 14:163-76.

LE CLERCQ, C. 1910. *New relation of Gaspesia*, ed. W. F. Ganong. Toronto: Champlain Society.

LEDER, G. C. 1990. «Gender differences in mathematics: An overview». En *Mathematics and Gender*, ed. E. Fennema y G. C. Leder. Nueva York: Teachers College Press.

LEE, R. B. 1968. «What hunters do for a living, or, How to make out on scarce resources». En *Man the Hunter*, ed. R. B. Lee y I. DeVore. Nueva York: Aldine.

—. 1980. «Lactation, ovulation, infanticide, and women's work: A study of hunter-gatherer population regulation». En *Biosocial Mechanisms of Population Regulation*, ed. M. N. Cohen, R. S. Malpass, y H. G. Klein. New Haven: Yale University Press.

LEHRMAN, N. S. 1962. «Some origins of contemporary sexual standards». *Journal of Religion and Health* 1:362-86.

—. 1963. «Moses, monotheism and marital fidelity». *Journal of Religion and Health* 3:70-89.

LEROI-GOURHAN, A. 1975. «The flowers found with Shanidar IV: A Neanderthal burial in Iraq». *Science* 190:562-64.

LÉVI-STRAUSS, C. 1985. *The View from Afar*. Nueva York: Basic Books. [Traducción española: *La mirada distante*. Barcelona: Argos Vergara, 1984.]

LEVINGER, G. 1968. «Marital cohesivenes and dissolution: An integrative review». En *Selected Studies in Marriage and the Family*, ed. R. R. Winth y L. L. Goodman. 3.ª ed. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

LEVITAN, S. A., R. S. Belous y F. Gallo. 1988. *What's Happening to the American Family*? Baltimore: Johns Hopkins University Press.

LEWIN, R. 1982. «How did humans evolve big brains?» *Science* 216:840-41.

—. 1983a, «Fossil Lucy grows younger, again». *Science* 219:43-44.

—. 1983b. «Is the orangutan a living fossil?» *Science* 222:1222-23.

—. 1985. «Surprise findings in the Taung child's face». *Science* 228-42-44.

—. 1987a. «África: Cradle of modern humans». *Science* 237:1292-95.

—. 1987b. «Four legs bad, two legs good». *Science* 235:969-71.

—. 1988a. «A revolution of ideas in agricultural origins». *Science* 240:984-86.

—. 1988b. «Conflict over DNA clock results». *Science* 241:1598-1600.

—. 1988c. «DNA clock conflict continues». *Science* 241:1756-59.

—. 1988d. «Subtleties of mating competition». *Science* 242:668.

—. 1989. «Species questions in modern human origins». *Science* 243:1666-67.

LEWIS, H. T. 1989. «Reply to Hominid use of fire in the Lower and Middle Pleistocene: A review of the evidence, by S. R. James». *Current Anthropology* 30:1-

26.

LEWIS, R. A., y G. B. Spanier. 1979. «Theorizing about the quality and stability of marriage». En *Contemporary Theories about the Family*, ed. W. Burr, R. Hill, F. Nye y I. Reiss. Nueva York: Free Press.

LIEBERMAN, P. 1984. *The Biology and Evolution of Language*. Cambridge: Harvard University Press.

LIEBOWITZ, M. R. 1983. *The Chemistry of Love*. Boston: Little, Brown.

LlNDBURG, D. G. 1982. «Primate obstetrics: The biology of birth». *American Journal of Primatology*. Supplement: 1:193-99.

LLOYD, H. G. 1980. *The Red Fox*. Londres: Bastford.

LLOYD, P. 1968. «Divorce among the Yoruba». *American Anthropologist* 70:67-81.

LONDON, K. A., y B. FOLEY Wilson. 1988. «D-i-v-o-r-c-e». *American Demographics*, octubre 22-26.

LOVEJOY, C. O. 1981. «The origin of man». *Science* 211:341-50.

LOW, B. S. 1979. «Sexual selection and human ornamentation». En *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*, ed. N. A. Chagnon y W. Irons. North Scituate, Massachusetts: Duxbury Press.

LOW, B. S., R. D. ALEXANDER y K. M. NOONAN. 1987. «Human hips, breasts and buttocks: Is fat deceptive?» *Ethology and Sociobiology* 8 (n.° 4):249-58.

LUCRECIO. 1965. On the Nature of the Universe. Nueva York: Frederick Ungar. [Traducción española: *De la naturaleza de las cosas*. Madrid: Cátedra, 1983.]

MACCOBY, E. E., y C. N. JACKLIN. 1974. *The Psychology of Sex Differences*. Stanford: Stanford University Press.

MACE, D., y V. Mace. 1959. *Marriage: East and West*. Garden City, Nueva York: Dolphin Books, Doubleday.

MACKINNON, J. 1979. «Reproductive behavior in wild orangutan populations». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

MACLEAN, P. D. 1973. *A Triune Concept of the Brain and Behaviour*. Toronto: Toronto University Press.

MAGLIO, V. J. 1978. «Patterns of faunal evolution». En *Evolution of Áfrican Mammals*, ed. V. J. Maglio y H. B. S. Cooke. Cambridge: Harvard University Press.

MALINOWSKI, B. 1965. *Sex and Repression in Savage Society*. Nueva York: World.

MANSPERGER, M. C. 1990. «The precultural human mating system». *Journal of Human Evolution* 5:245-59.

MARKS, J. 1989. «The hominin clad». *Science* 246:1645.

Marriage and Divorce Today. 1987. «The hidden meaning: An analysis of

different types of affairs». 1 de junio, pp. 1-2.

—. 1986. 12 de mayo, p. 1

MARTIN, M. K., y B. VooRHIES. 1975. *Female of the Species*. Nueva York: Columbia University Press.

MARTIN, R. D. 1982. «Human brain evolution in an ecological context. Fiftysecond James Arthur Lecture on the Evolution of the Human Brain». Museo Americano de Historia Natural, Nueva York.

MASCIA-LEES, F. E., J. H. Relethford y T. Sorger. 1986. «Evolutionary perspectives on permanent breast enlargement in human females». *American Anthropologist* 88:423-29.

MAXWELL, M. 1984. *Human Evolution: A Philosophical Anthropology*. Nueva York: Columbia University Press.

MAYNARD Smith, J. 1978. *The Evolution of Sex*. Cambridge: Cambridge University Press.

McCLINTOCK, M. K. 1971. «Menstrual synchrony and suppresions». *Nature* 229:244-45.

McCORRISTON, J., y F. HOLE. 1991. «The ecology of seasonal stress and the origins of agriculture in the Near East». *American Anthropologist* 93:46-69.

McGINNIS, P. R. 1979. «Sexual behavior in free-living chimpanzees: Consort relationships». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

McGREW, W. C. 1974. «Tool use by wild chimpanzees in feeding upon driver ants». *Journal of Human Evolution* 3:501-8.

—. 1979. «Evolutionary implications of sex differences in chimpazee predation and tool use». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

—. 1981. «The female chimpanzee as a human evolutionary prototype». En *Woman the Gatherer*, ed. F. Dahlberg. New Haven: Yale University Press.

McGUINESS, D. 1976. «Perceptual and cognitive differences between the sexes». En *Explorations in Sex Differences*, B. Lloyd y J. Archer. Nueva York: Academic Press.

—. 1979. «How schools discriminate against boys». *Human Nature*, febrero, 82-88.

—. 1985. «Sensory biases in cognitive development». En *Male-Female Differences: A Bio-Cultural Perspective*, ed. R. L. Hall, P. Draper, M. E. Hamilton, D. McGuinness, C. M. Otten, y E. A. Roth. Nueva York: Praeger.

McGUINNESS, D., y K. H. PRIBRAM. 1979. «The origin of sensory bias in the development of gender differences in perception and cognition». En *Cognitive Growth and Development*, ed. M. Bortner. Nueva York: Brunner/Mazel.

McGUIRE, M. M. RALEIGH y G. BRAMMER. 1982. «Sociopharmacology». *Annual Review of Pharmacology and Toxicology* 22:643-61.

McHENRY, H. M. 1986. «The first bipeds». *Journal of Human Evolution* 15:177.

McHENRY, H. M., y C. J. O'Brien. 1986. «Comment on H. T. Bunn and E. M. Kroll, "Systematic butchery by Plio/Pleistocene hominids at Olduvai Gorge, Tanzania"». *Current Anthropology* 27:431-53.

McMILLAN, V. 1984. «Dragonfly monopoly». *Natural History*, julio, 33-38.

McWHIRTER, N., y R. McWHIRTER. 1975. *Guinness Book of World Records*. Nueva York: Sterling.

MEAD, M. 1935. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. Nueva York: William Morrow.

—. 1949. *Male and Female*. Nueva York: William Morrow.

—. 1966. «Marriage in two steps». *Redbook*, julio, 47-49, 84, 86.

MEALEY, L. 1985. «The relationship between social status and biological success: A case study of the Mormon religious hierarchy». *Ethology and Sociobiology* 6:249-57.

MEGGIT, M. J. 1962. *Desert People: A Study of the Walbiri Aborigines of Central Australia*. Chicago: University of Chicago Press.

MELLARS, P. 1989. «Major issues in the emergence of modern humans». *Current Anthropology* 30:349-85.

MELLEN, S. L. W. 1981. *The Evolution of Love*. San Francisco: W. H. Freeman.

MICHOD, R. E. 1989. «What's love got to do with it?». *The Sciences*, mayo-junio, 22-28.

MlCHOD, R. E., y B. R. LEVIN, eds. 1987. *The Evolution of Sex: An Examination of Current Ideas*. Sunderland, Massachusetts: Sinauer.

MILLER, J. A. 1983. «Masculine/feminine behavior: New views». *Science News* 124:326.

MITTERAUER, M., y R. SIEDER. 1982. *The European Family: Patriarchy to Partnership from the Middle Ages to the Present*. Chicago: University of Chicago Press.

MIYAMOTO, M. M., J. L. SLIGHTOM y M. GOODMAN. 1987. «Phylogenetic relations of humans and África apes from DNA sequences in the IJJ7-globin region». *Science* 238:369-72.

MOCK, D. W., y M. FUJIOKA. 1990. «Monogamy and long-term pair bonding in vertebrates». *Trends in Ecology and Evolution* 5 (n.° 2):39-43.

MOIR, A., y D. JESSEL. 1989. *Brain Sex: The Real Differences between Men and Women*. Londres: Michael Joseph.

MOLLER, A. P. 1988. «Ejaculate quality, testes size and sperm competition in primates» *Journal of Human Evolution* 17:479.

MONEY, J. 1980. *Love and Love Sickness: The Science of Sex, Gender Difference, and Pair-Bonding*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

—. 1986. *Lovemaps: Clinical Concepts of Sexual/Erotic Health and Pathology, and Gender Transposition in Childhood, Adolescence and Maturity*. Nueva York: Irvington Publishers.

MONEY, J., y A. A. EHRHARDT. 1972. *Man and Woman, Boy and Girl: The Differentiation and Dimorphism of Gender Identity from Conception to Maturity*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

MONTAGU, A. 1937. *Coming into Being among the Australian Aborigines*. Londres: Routledge.

—. 1961. «Neonatal and infant immaturity in man». *Journal of the American Medical Association* 178:56-57.

—. 1971. *Touching: The Human Significance of the Skin*. Nueva York: Columbia University Press.

—. 1981. *Growing Young*. Nueva York: McGraw-Hill.

MORGAN L. H. 1877. *Ancient Society*. Nueva York: World.

MORRIS, D. 1967. *The Naked Ape*. Nueva York: McGraw-Hill. [Traducción española: *El mono desnudo*. Barcelona: Plaza Janés, 1987.]

—. 1971. *Intimate Behavior*. Nueva York: Bantam Books. [Traducción española: *El comportamiento íntimo*. Barcelona: Plaza Janés, 1984.]

MORRISON, P. 1987. «Review of *Dark caves, bright visions: Life in Ice Age Europe*, by Randall White». Scientific American 256 (n.° 3):26-27.

MOSS, C. 1988. *Elephant Memories: Thirteen Years in the Life of an Elephant Family*. Nueva York: William Morrow.

MURDOCK, G. P. 1949. *Social Structure*. Nueva York: Free Press.

—. 1965. «Family stability in non-European culture». En *Culture and Society*, ed. G. P. Murdock. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

—. 1967. *Ethnographic Atlas*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

MURDOCK, G. P., y D. R. WHITE. 1969. «Standard cross-cultural sample». *Ethnology* 8:329-69.

Naciones Unidas. Sección de estadística. Departamento de asuntos económicos y sociales. 1955. «Divorce rates per 1000 married couples, 1935-53». *Demographic Yearbook*: 1954. Tabla 35. Nueva York: Naciones Unidas.

—. 1958. «Technical Notes». *Demographic Yearbook*: 1954. Nueva York: Naciones Unidas.

—. 1984. *Demographic Yearbook: 1982*. Nueva York: Naciones Unidas.

NADEL, S. F. 1942. *A Black Byzantium: The Kingdom of Nupe in Nigeria*. Londres: Oxford University Press.

NADLER, R. D. 1975. «Sexual cyclicity in captive lowland gorillas». *Science*

189:813-14.

—. 1988. «Sexual aggression in the great apes». En *Human Sexual Aggression*, ed. R. A. Prentky y V. L. Quinsey. Anales de la Academia de Ciencias de Nueva York, vol. 528: 154-61. Nueva York: NYAS.

NIMUENDAJU, C. 1946. *The Eastern Timbira*. Traducción R. H. Lowie. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 41. Berkeley: University of California Press.

NlSHlDA, T. 1979. «The social structure of chimpanzees of the Mahali Mountains». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

NISSEN, H. J. 1988. *The Early History of the Ancient Near East, 9000-2000* B.C. Chicago: University of Chicago Press.

OACKLEY, K. P. 1956. «Fire as a Paleolithic tool and weapon». *Proceedings of the Prehistoric Society* 21:36-48.

O'BRIEN, E. M. 1984. «What was the acheulean hand ax?» *Natural History*, julio, 20-24.

OKONJO, K. 1976. «The dual-sex political system in operation: Igbo women and community politics in midwestern Nigeria». En *Women in África: Studies in Social and Economic Change*, ed. N. J. Hafkin y E. G. Bay. Stanford: Stanford University Press.

ORIANS, G. H. 1969. «On the evolution of mating systems in birds an mammals». *American Naturalist* 103:589-603.

ORTNER, S. B., y H. WHITEHEAD, 1981. «Introduction: Accounting for sexual meanings». En *Sexual Meanings*, ed. S. B. Ortner y H. Whitehead. Cambridge: Cambridge University Press.

OTTEN, C. M. 1985. «Genetic effects on male and female development and on the sex ratio». En *Male-Female Differences: A Bio-Cultural Perspective*, ed. R. H. Hall, P. Draper, M. E. Hamilton, D. McGuinness, C. M. Otten, y E. A. Roth. Nueva York: Praeger.

PAGELS, E. 1988. *Adam, Eve and the Serpent*. Nueva York: Vintage Books. [Traducción española: *Adán, Eva y la serpiente*. Barcelona: Crítica, 1990.]

PARKER, G. A., R. R. Baker y V. G. F. Smith. 1972. «The origin and evolution of gamete dimorphism and the male-female phenomenon». *Journal of Theoretical Biology* 36:529-53.

PAVELKA, M. S., y L. M. FEDIGAN. 1991. «Menopause: A comparative life history perspective». *Yearbook of Physical Anthropology* 34:13-38.

PECK, J. R., y M. W. FELDMAN. 1988. «Kin selection and the evolution of monogamy». *Science* 240:1672-74.

People. 1986. «Unfaithfully Yours: Adultery in America». 18 de agosto, 85-95.

PERPER, T. 1985. *Sex Signals: The Biology of Love*. Filadelfia: ISI Press.

PFEIFFER, J. E. 1982. *The Creative Explosion: An Inquiry into the Origins of Art and Religion*. Nueva York: Harper Row.

PHILLIPS, R. 1988. *Putting Asunder: A History of Divorce in Western Society*. Cambridge: Cambridge University Press.

PlLBEAM, D. 1985. «Patterns of hominoid evolution». En *Ancestors: The Hard Evidence,* ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

PITTMAN, F. 1989. *Private Lies: Infidelity and the Betrayal of Intimacy*. Nueva York: W. W. Norton.

PLOOJI, F. X. 1978. «Tool-use during chimpanzee's bushpig hunt». *Carnivore* 1:103-6.

POTTS, R. 1984: «Home bases and early hominids». *American Scientist* 72:338-47.

—. 1988. *Early Hominid Activities at Olduvai*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

—. 1991. «Untying the knot: Evolution of early human behavior». En *Man and Beast Revisited,* ed. M. H. Robinson y L. Tiger. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

POWER, E. 1973. «The position of women». En *Women: From the Greeks to the French Revolution,* ed. S. G. Bell. Stanford: Stanford University Press.

PRETI, G., W. B. CUTLER, C. R. GARCIA, G. R. HUGGINS y H. J. LAW-LEY. 1986. «Human axillary secretions influence women's menstral cycles. The role of donor extract of females». *Hormones and Behavior,* 20:474-82.

PRICE, D., y J. A. BROWN, eds. 1985. *Prehistoric Hunter-Gatherers. The Emergence of Cultural Complexity*. Nueva York: Academic Press.

PUSEY, A. E. 1979. «Intercommunity transfer of chimpanzees in Gombe National Park». *The Great Apes,* ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

—. 1980. «Inbreeding avoidance in chimpanzees». *Animal Behavior* 28:543-52.

QUADAGNO, D. M., H. E. SHUBEITA, J. DECK y D. FRANCOEUR, 1981. «Influence of male social contacts, exercise and all-female living conditions on the menstrual cycle». *Psychoneuroendocrinology* 6:239-44.

QUEEN, S. A., y R. W. HABENSTEIN. 1974. *The Family in Various Cultures*. Filadelfia: J. B. Lippincott.

RADCLIFFE-BROWN, A. R. 1922. *The Andaman Islanders*. Cambridge: Cambridge University Press.

RALEIGH, M., *et al*. En prensa. «Serotonergic mechanisms promote dominance acquisition in adult male vervet monkeys». *Brain Research*.

RANCOURT-LAFERRIERE, D. 1983. «Four adaptive aspects of the female orgasm». *Journal of Social and Biological Structures,* 6:319-33.

RAWSON, B., ed. 1986. *The Family in Ancient Rome: New Perspectives*. Ithaca: Cornell University Press.

REICHARD, G. S. 1950. *Navaho Religion*. Nueva York: Bollingen Foundation.

REITER, R. R. 1975. Introduction. En *Toward an Anthropology of Women*, ed. R. R. Reiter. Nueva York: Monthly Review Press.

—. ed. 1975. *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly Review Press.

REPENNING, C. A., y O. FEJFAR. 1982. «Evidence for early dat of Ubeidiya, Israel, hominid site». *Nature* 299:344-47.

RETALLACK, G. J., D. P. DUGAS y E. A. BESTLAND. 1990. «Fossil soils and grasses of the Middle Miocene East África grassland». *Science* 247:1325.

ROBERTS, L. 1988. «Zeroing in on the sex switch». *Science* 239:21-23.

RODMAN, P. S. 1988. «Orangutans». *Institute of Human Origins Newsletter* 6 (n.° 1):5.

ROGERS, S. C. 1975. «Female forms of power and the myth of male dominance: A model of female/male interaction in peasant society». *American Ethnologist* 2:727-56.

ROHRLICH-LEAVITT, R. B. SYKES, y E. WEATHERFORD. 1975. «Aboriginal woman: Male and female, anthropological perspectives». En *Toward an Anthropology of Women*, ed. R. R. Reiter. Nueva York: Monthly Review Press.

ROSALDO, M. Z. 1974. «Woman, culture, and society: A theoretical overview». En *Woman, Culture, and Society*, ed. M. Z. Rosaldo y L. Lamphere. Stanford: Stanford University Press.

ROSALDO, M. Z., y L. LAMPHERE, eds. 1974. *Women, Culture, and Society*. Stanford: Stanford University Press.

ROSES, M. D. 1983. «Miocene hominoid postcranial morphology: monkeylike, ape-like, neither, or both?» En *New Interpretations of Ape and Human Ancestry*, ed. R. L. Ciochon y R. S. Corruccini. Nueva York: Plenum Press.

ROSES, R. M., J. W. HOLADAY y I. S. BERNSTEIN. 1971. «Plasma testosterone, dominance rank and aggressive behavior in male rhesus monkeys». *Nature* 231: 366-68.

ROSE, R. M., I. S. BERNSTEIN, T. P. GORDON y S. F. CATLIN. 1974. «Androgens and aggression: A review and recent findings in primates». *Primate Aggression, Territoriality, and Xenophobia*, ed. R. L. Holloway. Nueva York: Academic Press.

ROSENBLUM, A. 1976. *The Natural Birth Control Book*. Filadelfia: Aquarian Research Foundation.

ROSSI, A. 1984. «Gender and parenthood». *American Sociological Review* 49:1-19.

ROWELL, T. E. 1972. «Female reproductive cycles and social behavior in primates». En *Advances in the Study of Behavior*, vol 4, ed. D. S. Lehrman, R. A. Hinde y E. Shaw. Nueva York: Academic Press.

RUE, L. L. 1969. *The World of the Red Fox*. Filadelfia: J. B. Lippincott.

RUSE, M. 1988. *Homosexuality: A Philosophical Inquiry*. Oxford: Basil Blackwell.

RUSSELL, M.J. 1976. «Human olfactory communication». *Nature* 260:520-22.

RUSSETT, C. E. 1989. *Sexual Science: The Victorian Construction of Womanhood*. Cambridge: Harvard University Press.

RUTBERG, A. T. 1983. «The evolution of monogamy in primates». *Journal of Theoretical Biology* 104:93-112.

RYAN, A. S., y D. C. Johanson. 1989. «Anterior dental microwear in *Australopithecus afarensis*: Comparisons with human and nonhuman primates». *Journal of Human Evolution* 18:235-68.

RYDER, N. B. 1974. «The family in developed countries». *Scientific American*, marzo, 123-32.

SABELLI, H. C. 1991. «Rapid treatment of depression with selegiline-phenylalanine combination. Letter to the editor». *Journal of Clinical Psychiatry* 52:3.

SABELLI, H. C., L. CARLSON-SABELLI, y J. I. JAVAID. 1990. «The thermodynamics of bipolarity: A bifurcation model of bipolar illness and bipolar character and its psychotherapeutic applications». *Psychiatry* 53:346-68.

SACKS, K. 1971. «Comparative notes on the position of women». Conferencia pronunciada en la reunión anual de la American Anthropological Association, Washington, D.C.

—. 1979. *Sisters and Wives: The Past and Future of Sexual Equality*. Urbana: University of Illinois Press.

SADE, D. S. 1968. «Inhibition of son-mother mating among free-ranging rhesus monkeys». *Science and Psychoanalysis* 12:18-37.

SAHLINS, M. 1972. *Stone Age Economics*. Nueva York: Aldine.

SANDAY, P. R. 1974. «Female status in the public domain». En *Woman, Culture, and Society*, ed. M. Z. Rosaldo y L. Lamphere. Stanford: Stanford University Press.

—. 1981. *Female Power and Male Dominance: On the Origins of Sexual Inequality*. Cambridge: Cambridge University Press.

SAPOLSKY, R. M. 1983. «Endocrine aspects of social instability in the olive baboon». *American Journal of Primatology* 5:365-76.

SARICH, V. M., y A. C. WILSON. 1967a. «Immunological time scale for hominid evolution». Science 158:1200-1203.

—. 1967b. «Rates of albumin evolution in primates». *Proceedings of the National Academy of Sciences* 58:142-48.

SARICH, V. M., y J. E. CRONIN. 1976. «Molecular systematics of the primates». En *Molecular Anthropology*, ed. M. Goodman y R. E. Tashian. Nueva York: Plenum Press.

SAVAGE-RUMBAUGH, E. S., y B. J. WlLKERSON. 1978. «Socio-sexual behavior in *Pan paniscus and Pan troglodytes*: A comparative study». Journal of Human Evolution 7:327-44.

SCHALLER, G. B. 1972. *The Serengeti Lion: A Study of Predator-Prey Relations*. Chicago: University of Chicago Press.

SCHALLER, G. B., y G. R. LOWTHER. 1969. «The relevance of carnivore behavior to the study of early hominids». *Southwestern Journal of Anthropology* 25:307-41.

SCHLEGEL, A. 1972. *Male Dominance and Female Autonomy: Domestic Authority in Matrilineal Societies*. New Haven: HRAF Press.

SCHNEIDER, H. K. 1971. «Romantic love among the Turu». En *Human Sexual Behavior*, ed. D. S. Marshall y R. C. Suggs. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall.

SCHRIRE, C., ed. 1984. *Past and Present in Hunter-Gatherer Societies*. Nueva York: Academic Press.

SELIGMAN, J. 1990. «Variations on a theme». *Newsweek Special Edition*, invierno/primavera, 38-46.

SERVICE, E. R. 1978. «The Arunta of Australia». En *Profiles in Ethnology*, ed. E. R. Service. ed. Nueva York: Harper Row.

Sexuality Today. 1988. «Approaching the male of the species». 7 de marzo, p. 5.

SHEPHER, J. 1971. «Mate selection among second generation kibbutz adolescents and adults: Incest avoidance and negative imprinting». *Archives of Sexual Behavior*, 1:293-307.

—. 1983. *Incest-A Biosocial View*. Nueva York: Academic Press.

SHERFEY, M. J. 1972. *The Nature and Evolution of Female Sexuality*. Nueva York: Vintage Books. [Traducción española: *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*. Barcelona: Barral, 1977.]

SHERMAN, J. 1978. *Sex-Related Cognitive Differences: An Essay on Theory and Evidence*. Springfield, Illinois: Charles C. Thomas.

SHIPMAN, P. 1984. «Scavenger Hunt». *Natural History*, abril, 20-27.

—. 1986. «Scavenging or hunting in early hominids. Theoretical framework and tests». *American Anthropologist* 88:27-43.

—. 1987. «Studies of hominid-faunal interaction at Olduvai Gorge». *Journal of Human Evolution* 15:691-706.

SHOREY, H. H. 1976. *Animal Communication by Pheromones*. Nueva York: Academic Press.

SHORT, R. V. 1976. «The evolution of human reproduction». *Proceedings of the Royal Society*, ser. B, 195:3-24.

—. 1977. «Sexual selection and descent of man». En *Reproduction and Evolution*, ed. J. H. Calaby y C. Tyndale-Biscoe. Canberra: Australian Academy of Science.

—. 1984. «Breast feeding». *Scientific American*, abril, 35-41.

SHOSTAK, M. 1981. *Nisa: The Life and Words of a !Kung Woman*. Nueva York: Random House.

SlBLEY, C., y J. AHLQUIST. 1984. «The phylogeny of hominoid primates, as indicted by DNA-DNA hybridization». *Journal of Molecular Evolution* 20:2-11.

SILVERMAN, I., y M. Beals. 1990. «Sex differences in spatial abilities: Evolutionary theory and data». Conferencia pronunciada en la reunión anual de la Human Behavior and Evolution Society, Los Ángeles.

SlLVERSTEIN, C. 1981. *Man to Man: Gay Couples in America*. Nueva York: William Morrow.

SIMONS, E. L. 1985. «Origins and characteristics of the first hominoids». En *Ancestors: The Hard Evidence*, ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

—. 1989. «Human origins». Science 245:1343-50.

SIMPSON-HEBERT, M., y S. L. HUFFMAN. 1981. «The contraceptive effect of breastfeeding». En *Breastfeeding*, ed. E. C. Baer y B. Winikoff. Número extraordinario de *Studies in Family Planning* 12 (n.° 4): 125-33.

SINCLAIR, A. R. E., M. D. LEAKEY, y M. NORTON-GRIFFITHS. 1986. «Migration and Hominid bipedalism». Nature 324:307.

SLOCUM, S. 1975. «Woman the gatherer. Male bias in anthropology». En *Toward an Anthropology of Women*, ed. R. R. Reiter. Nueva York: Monthly Review Press.

SMALL, M. F. 1988. «Female primate sexual behavior and conception: Are there really sperm to spare». *Current Anthropology* 29:81-100.

SMITH, B. H. 1986. «Dental development in *Australopithecus* and early *Homo*». *Nature* 323:327.

SMITH, R. L. 1984. «Human sperm competition». En *Sperm Competition and the Evolution of Mating Systems*, ed. R. L. Smith. Nueva York: Academic Press.

SMUTS, Barbara B. 1985. *Sex and Friendship in Baboons*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

—. 1987. «What are friends for?» *Nature History*, febrero, 36-44.

—. 1992. «Male-infant relationships in nonhuman primates: Parental investment or mating effort?» En *Father Child Relations*, ed. B. Hewlett. Nueva York: Aldine de Gruyter.

SOLECKI, R. S. 1971. *Shanidar: The First Flower People*. Nueva York: Knopf.

—. 1989. «On the evidence for Neanderthal burial». *Current Anthropology* 30:324.

SOLWAY, J. S., y R. B. LEE. 1990. «Foragers, genuine or spurious». *Current Anthropology* 31:109-46.

SOSTEK, A. J., y R. J. WYATT. 1981. «The chemistry of crankiness». *Psychology Today*, octubre, 120.

SPENCER, R. F. 1959. *The North Alaskan Eskimo: A Study in Ecology and Society*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

SPIRO, M. E. 1958. *Children of the Kibbutz*. Cambridge: Harvard University Press.

SPRINGER, S. P., y G. DEUTSCH. 1985. *Left Brain, Right Brain*. Ed. rev. San Francisco: W. H. Freeman. [Traducción española: *Cerebro izquierdo, cerebro derecho*. Barcelona: Gedisa, 1984.]

STENDHAL. [1822] 1975. *Love*. Traducción G. Sale y S. Sale. Harmonds-worth, Inglaterra: Penguin Books. [Traducción española: *Del amor*. Madrid: Alianza, 1973.]

STEPHENS, W. N. 1963. *The Family in Cross-Cultural Perspective*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.

STOEHR, T., ed. 1979. *Free Love in America: A Documentary History*. Nueva York: AMS Press.

STONE, L. 1990. *Road to Divorce: England, 1530-1987*. Nueva York: Oxford University Press.

STRASSMAN, B. I. 1981. «Sexual selection, parental care, and concealed ovulation in humans». *Ethology and Sociobiology* 2:31-40.

STRAUS, L. G. 1989. «On early hominid use of fire». *Current Anthropology* 30:488-89.

STRINGER, C. B., y P. ANDREWS., 1988. «Genetic and fossil evidence for the origin of modern humans». *Science* 239:1263-68.

STRUM, S. 1990. *Almost Human: A Journey into the World of Baboons*. Nueva York: W. W. Norton.

SUGGS, R. C, y D S. MARSHALL. 1971. «Anthropological perspectives on human sexual behavior». En *Human Sexual Behavior*, ed. D. S. Marshall y R. C. Suggs. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall.

SUSMAN, R. L. 1984. «The locomotor behavior of *Pan paniscus* in the Lomako Forest». En *The Pygmy Chimpanzee*, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

—. 1989. «New hominid fossils from the Swartkrans formation excavations (1979-1986): Postcranial specimens». *American Journal of Physical Anthropology* 79:451-74.

—. 1990. «Evidence for tool behavior in the earliest hominids». Conferencia pronunciada en el departamento de antropologia de la Academia de Ciencias de

Nueva York, 19 de noviembre.

SUSMAN, R. L., J. T. Stern, Jr., y W. L. Jungers. 1985. «Locomotor adaptations in the Hadar hominids». En *Ancestors: The Hard Evidence*. ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

SYMONS, D. 1979. *The Evolution of Human Sexuality*. Nueva York: Oxford University Press.

—. 1982. «Another woman that never existed». *Quarterly Review of Biology* 57:297-300.

SYMONS, D., y B. Ellis. 1989. «Human male-female differences in sexual desire». En *The Sociobiology of Sexual and Reproductive Strategies*, ed. A. E. Rasa, C. Vogel, y E. Voland. Nueva York: Chapman and Hall.

TANNER, N. M. 1981. On *Becoming Human*. Cambridge: Cambridge University Press.

TANNER, N. M., y A. L. ZlHLMAN. 1976. «Women in evolution. Part I: Innovation and selection in human origins». *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 1:585-608.

TAVRIS, C., y S. SADD. 1977. *The Redbook Report on Female Sexuality*. Nueva York: Delacorte Press.

TELEKI, G. 1973a. *The Predatory Behavior of Wild Chimpanzees*. Lewis-burg: Bucknell University Press.

—. 1973b. «The omnivorous chimpanzee». *Scientific American*, enero, 3-12.

TENNOV, D. 1979. *Love and Limerence: The Experience of Being in Love*. Nueva York: Stein and Day.

TEXTOR, R. B. 1967. *A Cross Cultural Summary*. New Haven: HRAF Press.

THOMAS, H. 1985. «The Early and Middle Miocene land connection of the Afro-Arabian plate and Asia: A major event for hominoid dispersal?». *Ancestors: The Hard Evidence*, ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

THOMPSON-HANDLER, N., R. K. Malenky y N. Badrian. 1984. «Sexual behavior of *Pan paniscus* under natural conditions in the Lomako Forest, Equateur, Zaire». En *The Pygmy Chimpanzee*, ed. R. L. Susman. Nueva York: Plenum Press.

THORNHILL, R., y J. ALCOCK. 1983. *The Evolution of Insect Mating Systems*. Cambridge: Harvard University Press.

TIGER, L. 1992. *The Pursuit of Pleasure*, Boston: Little, Brown.

TOBIAS, P. V. 1991. *Olduvai Gorge. Vol. 4, The Skulls, Endocasts and Teeth of Homo habilis*. Nueva York: Cambridge University Press.

TOFLER, A. 1980. *The Third Wave*. Nueva York: William Morrow. [Traducción española: *La tercera ola*. Barcelona: Plaza Janés, 1987.]

TORRENCE, R., ed. 1989. *Time, Energy and Stone Tools*. Nueva York: Cambridge University Press.

TREVATHAN, W. R. 1987. *Human Birth: An Evolutionary Perspective*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

TRIVERS, R. L. 1972. «Parental investment and sexual selection». En *Sexual Selection and the Descent of Man*, 1871.1971, ed. B. Campbell. Chicago: Aldine.

—. 1985. *Social Evolution*. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

TUNNELL, G. G. 1990. «Systematic scavenging: Minimal energy expenditure at Olare Orok in the Serengeti ecosystem». En *Problem Solving in Taphonomy*, ed. S. Solomon, I. Davidson y D. Watson. Santa Lucia, Queensland, Australia: University of Queensland Press.

TURKE, P. W. 1984. «Effects of ovulatory concealment and synchrony on protohominid mating systems and parental roles». *Ethology and Sociobiology* 5:33-44.

TURNBULL, C. M. 1981. «Mbuti womanhood». En *Woman the Gatherer*, ed. F. Dahlberg. New Haven: Yale University Press.

TUTIN, C. E. G. 1979. «Mating patterns and reproductive strategies in a community of wild chimpanzees (*Pan troglodytes schweinfurthii*).» *Behavioral Ecology and Sociobiology* 6:39-48.

TUTIN, C. E. G., y R. McGlNNIS. 1981. «Chimpanzee reproduction in the wild». *Reproductive Biology of the Great Apes*, ed. C. E. Graham. Nueva York: Academic Press.

TUTTLE, R. H. 1990. «The pitted pattern of Laetoli feet». *Natural History*, marzo, 61-64.

TYLOR, E. B. 1889. «On a method of investigating the development of institutions: Applied to laws of marriage and descent». *Journal of the Royal Anthropological Institute* 18:245-69.

UDRY, J. R., y N. M. MORRIS. 1977. «The distribution of events in the human menstrual cyele». *Journal of Reproductive Fertility* 51:419-25.

U. S. Bureau of the Census. 1986. *Statistical Abstract of the United States*. Washington D.C. 1985. Tabla 124.

VAN ALLEN, J. 1976. «“Aba Riots” or Igbo Women’s War? Ideology, Stratification, and the Invisibility of Women». En *Women in África*, ed. N. J. Hafkin y E. G. Bay. Stanford: Stanford University Press.

VAN COUVERING, J. A., y J. A. H. VAN COUVERING. 1975. «África n isolation and the Tethys seaway». En *Proceedings of the VI Congress of the Regional Committee on Mediterranean Neogene Stratigraphy*. Bratislava: Slovak Academy of Science.

VAN COUVERING, J. A. H. 1980. «Community evolution and succession in East África during the Late Cenozoic». En *Bones in the Making*, ed. A. Hill y K. Berensmeyer. Chicago: University of Chicago Press.

VAN DEN BERGHE, P. L. 1979. *Human Family Systems: An Evolutionary View*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.

VANDIVER, P., O. SOFFER, B. KLIMA y J. SVOBODA. 1989. «The origins of ceramic technology at Dolni Vestonice, Czechoslovakia». *Science* 246:1002-8.

VAN GULIK, R. 1974. *Sexual Life in Ancient China: A Preliminary Survey of Chinese Sex and Society from Ca. 1500 BC until* 1644 AD. Leiden: E. J. Brill.

VAN HOOFF, J. A. R. A. M. 1971. *Aspects of the Social Behavior and Communication in Human and Higher Non-Human Primates*. Rotterdam: Bronder-Offset.

VANVALEN,L. 1973. «A new evolutionary law». *Evolutionary Theory* 1:1-30.

VEIT, P, G. 1982. «Gorilla society». *Natural History*, marzo, 48-58.

VELLE, W. 1982. «Sex, hormones and behavior in animals and man». *Perspectives in Biology and Medicine* 25:295-315.

VERNER, J., y M. F. WILLSON. 1966. «The influence of habitats on mating systems of North American passerine birds». *Ecology* 47:143-47.

Vital Statistics of the United States, 1960. 1964. Vol. 3. Washington, D.C.: National Center for Health Statistics. Tabla 4-7.

—. *1970*. 1974. Vol. 3. Rockville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-4.

—. *1977*. 1981. Vol. 3. Hyattsville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-17.

—. *1979*. 1984. Vol. 3. Hyattsville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-22.

—. *1981*. 1985. Vol. 3. Hyattsville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-13.

—. *1983*. 1987. Vol. 3. Hyattsville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-10.

—. *1986*. 1990. Vol. 3. Hyattsville, Maryland: National Center for Health Statistics. Tabla 2-29.

VRBA, E. S. 1985. «África n Bovidae: Evolutionary events since the Miocene». *South África n Journal of Science*. 81:263-66.

WAGNER, J., ed. 1982. *Sex Roles in Contemporary American Communes*. Bloomington: Indiana University Press.

WASHBURN, S. L., y C. S. LANCASTER. 1968. «The evolution of hunting». En *Man the Hunter*, ed. R. B. Lee y I. DeVore. Nueva York: Aldine.

WASHBURN, S. L., y R. Moore. 1974. *Ape into Man: A Study of Human Evolution*. Boston: Little, Brown.

WATANABE, H. 1985. *Why Did Man Stand Up?: An Etnoarchaeological Model for Hominization*. Tokio: University of Tokyo Press.

WEINER, A. B. 1976. *Women of Value, Men of Renown: New Perspective in Tobriand Exchange*. Austin: University of Texas Press.

WEISMAN, S. R. 1988. «Broken marriage and brawl test a cohesive cast». *New York Times*, 21 de febrero.

WEISS, R. 1987. «How dare we? Scientists seek the sources of risk-taking behavior». *Science News* 132:57-59.

—. 1988. «Women's skills linked to estrogen levels». *Science News* 134:341.

WEISS, R. S. 1975. *Marital Separation*. Nueva York: Basic Books.

WERNER, D. 1984. «Paid sex specialists among the Mekranoti». *Journal of Anthropological Research* 40:394-405.

WESTERMACK, E. 1922. *The History of Human Marriage*. 5.ª ed. Nueva York: Allerton.

—. 1934. «Recent theories of exogamy». *Sociological Review* 26:22-44.

WESTNEAT, D. F., P. W. Sherman y M. L. Morton. 1990. «The ecology and evolution of extra-pair copulations in birds». En *Current Ornithology*. Vol. 7, ed. D. M. Power. Nueva York: Plenum Press.

WHITE, J. M. 1987. «Premarital cohabitation and marital stability in Canada». *Journal of Marriage and the Family* 49:641-47.

WHITE, R. 1986. *Dark Caves, Bright Visions: Life in Ice Age Europe*. Nueva York: Museo Americano de Historia Natural.

—. 1989a. «Visual thinking in the Ice Age». *Scientific American*, julio, 92-99.

—. 1989b. «Production complexity and standardization in Early Aurignacian bead and pendant manufacture. Evolutionary implications». *The Human Revolution*, ed. P. Mellars y C. B. Stringer. Vol. 1. Edimburgo: Edinburgh University Press.

WHITE, T. D. 1977. «New fossil hominids from Laetoli, Tanzania». *American Journal of Physical Anthropology* 46:197-229.

—. 1980. «Additional fossil hominids from Laetoli, Tanzania: 1976-1979 specimens». *American Journal of Physical Anthropology* 53:487-504.

—. 1985. «The hominids of Hadar and Laetoli: An element-by-element comparison of the dental samples». En *Ancestors: The Hard Evidence*. ed. E. Delson. Nueva York: Alan R. Liss.

WHITING, B. 1965. «Sex identity conflict and physical violence: A comparative study». *American Anthropologist* 67:123-40.

WHITING, B. B., y J. W. M. Whiting. 1975. *Children in Six Cutures*. Cambridge: Harvard University Press.

WHITTEN, R. G. 1982. «Hominid promiscuity and the sexual life of protosavages. Did *Australopithecus swing?» Current Anthropology* 23:99-101.

WHYTE, M. K. 1978. *The Status of Women in Preindustrial Societies*. Princeton: Princeton University Press.

—. 1990. *Dating, Mating, and Marriage*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

WICKLER, W. 1976. *The Ethological Analysis of Attachment*. Berlin: Verlag Paul Parey.

WILLIAMS, G. C. 1975. *Sex and Evolution*. Princeton: Princeton University Press.

WILMSEN, E. N. 1989. *Land Filled with Flies: A Political Economy of the Kalahari*. Chicago: University of Chicago Press.

WILMSEN, E. N., y J. R. DENBOW. 1990. «Paradigmatic history of Sanspeaking peoples and current attempts at revision». *Current Anthropology* 31:489-524.

WILSON, E. O. 1975. *Sociobiology: The New Synthesis*. Cambridge: Belknap Press/Harvard University Press.

WILSON, H. C. 1988. «Male axillary secretions influence women's menstrual cycles: A critique». *Hormones and Behavior* 22:266-71.

WILSON, M., y M. Daly. 1991. «The man who mistook his wife for a chattel». En *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, ed. J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby. Nueva York: Oxford University Press.

WITTENBERGER, J. F., y R. L. TlLSON. 1980. «The evolution of monogamy: Hypotheses and evidence». *Annual Review of Ecology and Systematics* 11:197-232.

WOLFE, L. 1981. *Women and Sex in the 80s: The Cosmo Report*. Nueva York: Arbor House.

WOLPOFF, M. H. 1980. *Paleo-Anthropology*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

—. 1982. «Ramapithecus and hominid origins». *Current Anthropology* 23:501-22.

—. 1984. «Evolution of *Homo erectus*: The question of stasis». *Paleobiology* 10:389-406.

—. 1989. «Multiregional evolution: The fossil alternative to Eden». En *The Human Revolution*, ed. P. Mellars y C. B. Stringer. Vol. 1. Edim-burgo: Edinburgh University Press.

WOLPOFF, M. H., J. N. Spuhler, F. H. Smith, J. Radovcic, G. Pope, D. W. Frayer, R. Eckhardt y G. CLARK. 1988. «Modern human origins». *Science* 241:772.74.

WOODBURN, J. 1968. «An introduction to Hadza ecology». En *Man the Hunter*, ed. R. B. Lee y I. DeVore. Nueva York: Aldine.

WRANGHAM, R. W. 1977. «Feeding behavior of chimpanzees in Gombe National Park, Tanzania». En *Primate Ecology*, ed. T. H. Clutton-Brock. Londres: Academic Press.

—. 1979a. «On the evolution of ape social systems». *Social Science Information* 18:335-68.

—. 1979b. «Sex differences in chimpanzee dispersion». En *The Great Apes*, ed. D. A. Hamburg y E. R. McCown. Menlo Park, California: Benjamin/Cummings.

WUDUNN, S. 1991. «Romance, a novel idea, rocks marriages in China». *New York Times*, 17 de abril.

YERKES, R. M., y J. H. ELDER. 1936. «Oestrus, receptivity and mating in the chimpanzee». *Comparative Psychology Monographs* 13:1-39.

ZIHLMAN, A. L. 1979. «Pygmy chimpanzee morphology and the interpretation of early hominids». *South Áfrican Journal of Science* 75:165-68.

—. 1981. «Women as shapers of the human adaptations». En *Woman the Gatherer*, ed. F. Dahlberg. New Haven: Yale University Press.

ZIHLMAN, A. L., y N. TANNER. 1978. «Gathering and hominid adaptation». En *Female Hierarchies*, ed. L. Tiger y H. Fowler. Chicago: Beres-ford Book Service.

ZIHLMAN, A. L., J. E. CRONIN, D. L. CRAMER y V. M. SARICH. 1987. «Pygmy chimpanzee as a possible prototype for the common ancestor of humans, chimpanzees and gorillas». En *Interpretations of Ape and Human Ancestry*, ed. R. L. Ciochon y R. S. Corruccini. Nueva York: Plenum Press.

ZIMEN, E., ed. 1980. *The Red Fox: Symposium on Behavior and Ecology*. La Hay a: Junk.

ZUCKERMAN, M. 1971. «Dimensions of sensation seeking». *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 36:45-52.

ZUCKERMAN, M., M. S. BUCHSBAUM y D. L. Murphy. 1980. «Sensation seeking and its biological correlates». *Psychological Bulletin* 88:187-214.

ZUCKERMAN, M., J. A. HALL, S. W. DeFRANK y R. ROSENTHAL. 1976. «Encoding and decoding of spontaneous and posed facial expressions». *Journal of Personality and Social Psychology* 34:966-77.

ZUCKERMAN, SIR S. 1932. *The Social Life of Monkeys and Apes*. Londres: But

HELEN E. FISHER. La doctora Helen Elizabeth Fisher (nacida en 1945) es una antropóloga, bióloga e investigadora del comportamiento humano en la Universidad Rutgers, y ha estudiado el fenómeno del amor (atracción interpersonal) desde un punto de vista científico durante alrededor de 30 años. Antes de convertirse en profesora e investigadora de la Universidad Rutgers, fue asociada de investigación en el Museo Americano de Historia Natural, en Nueva York.

Como conclusiones de su trabajo de investigación ha publicado cinco libros, traducidos a siete idiomas, así como gran número de artículos en las más destacadas revistas científicas de los Estados Unidos.

La Dra. Fisher es miembro de prestigiosas asociaciones científicas tales como the American Anthropological Association, the American Association of Physical Anthropologists, the American Association for the Advancement of Science, The New York Academy of Sciences, the Sex Information and Education Council of the United States, the Human Behavior and Evolution Society, the Society for Neuroscience, and the Gruter Institute for Law and Behavioral Research.

APÉNDICE: Tablas de divorcio

Gráfico 1: Evolución del divorcio en Finlandia, 1950-1987

A) Finlandia, 1950
B) Finlandia, 1966
C) Finlandia, 1974
D) Finlandia, 1981
E) Finlandia, 1987

Gráfico 2: La comezón del cuarto año: punto álgido de divorcios 62 sociedades, años disponibles, 1947-1989

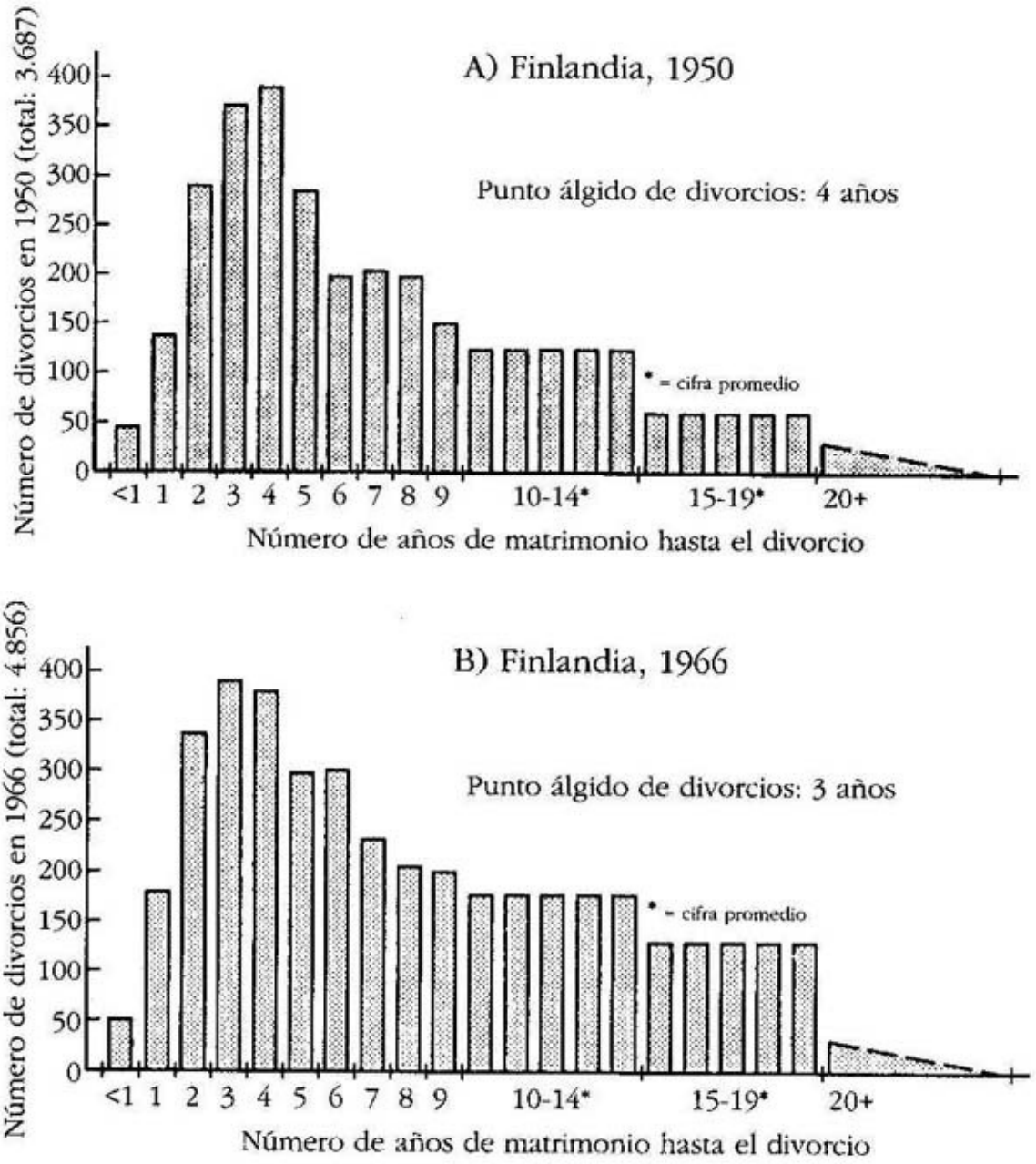
Gráfico 3: El divorcio en Egipto en 1978

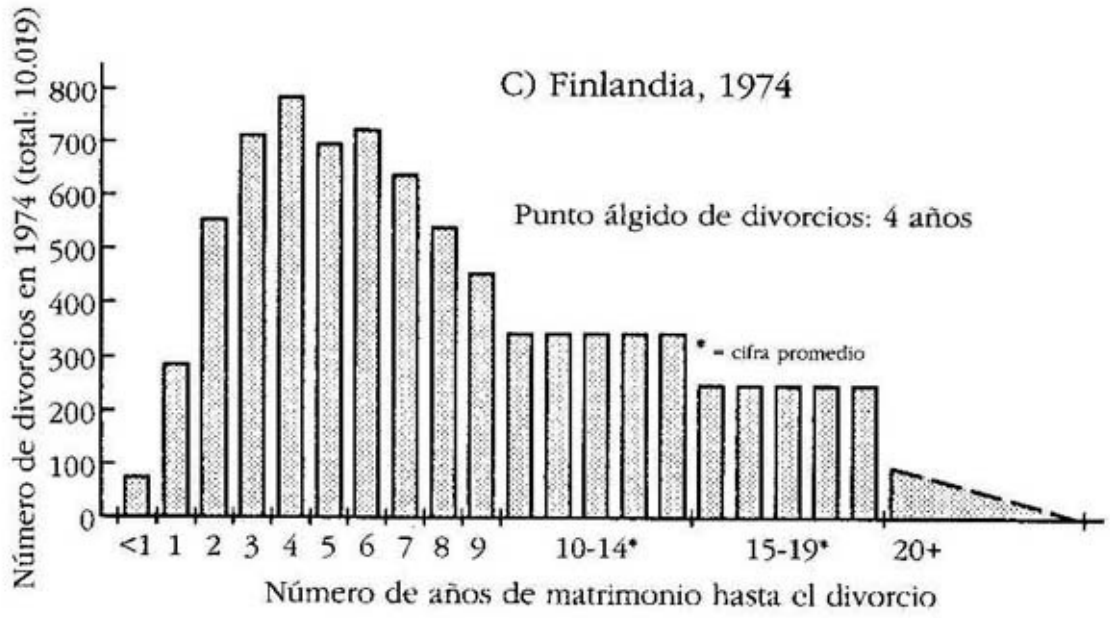
Gráfico 4: El divorcio en los Estados Unidos en 1986

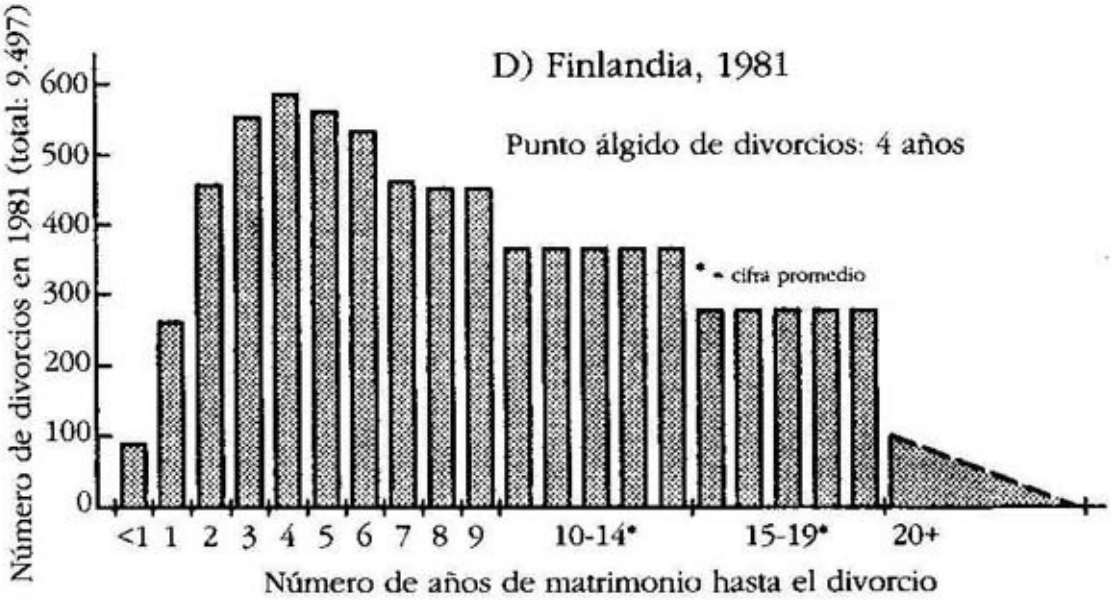
[Apéndice, gráfico 1]

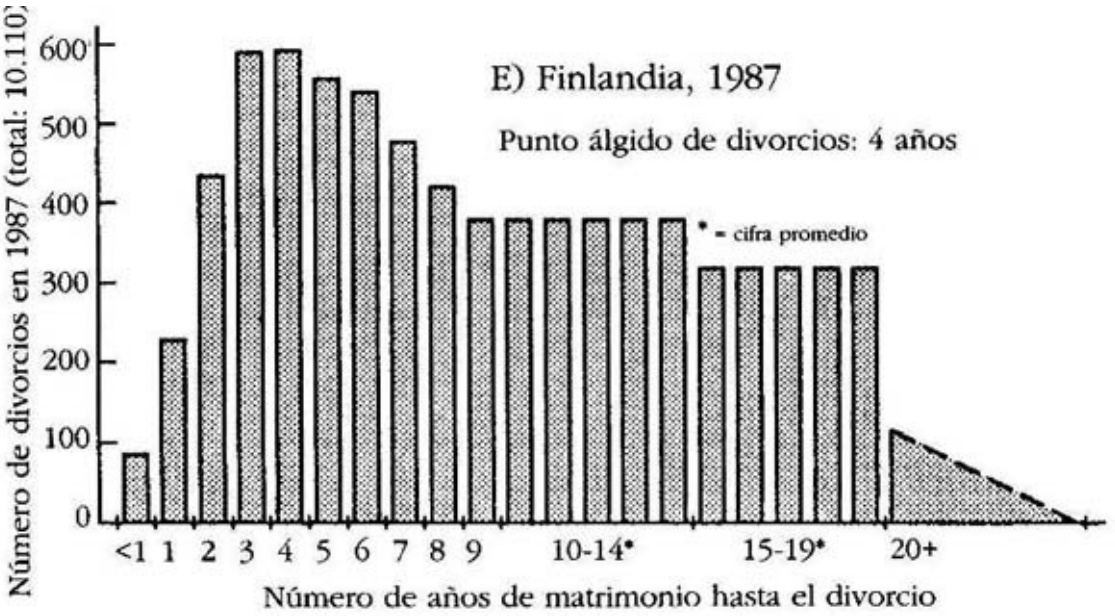
Gráfico 1: Evolución del divorcio en Finlandia, 1950-1987

Los gráficos A-E muestran la evolución del divorcio en Finlandia en cinco años no consecutivos, según los datos de los informes demográficos anuales publicados por las Naciones Unidas.




C) Finlandia, 1974
Punto álgido de divorcios: 4 años
* = cifra promedio
Número de divorcios en 1974 (total: 10.019)
800
700
600
500
400
300
200
100
0
<1 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10-14* 15-19* 20+
Número de años de matrimonio hasta el divorcio


D) Finlandia, 1981
Punto álgido de divorcios: 4 años
* = cifra promedio
Número de divorcios en 1981 (total: 9.497)
600
500
400
300
200
100
0
<1 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10-14* 15-19* 20+
Número de años de matrimonio hasta el divorcio

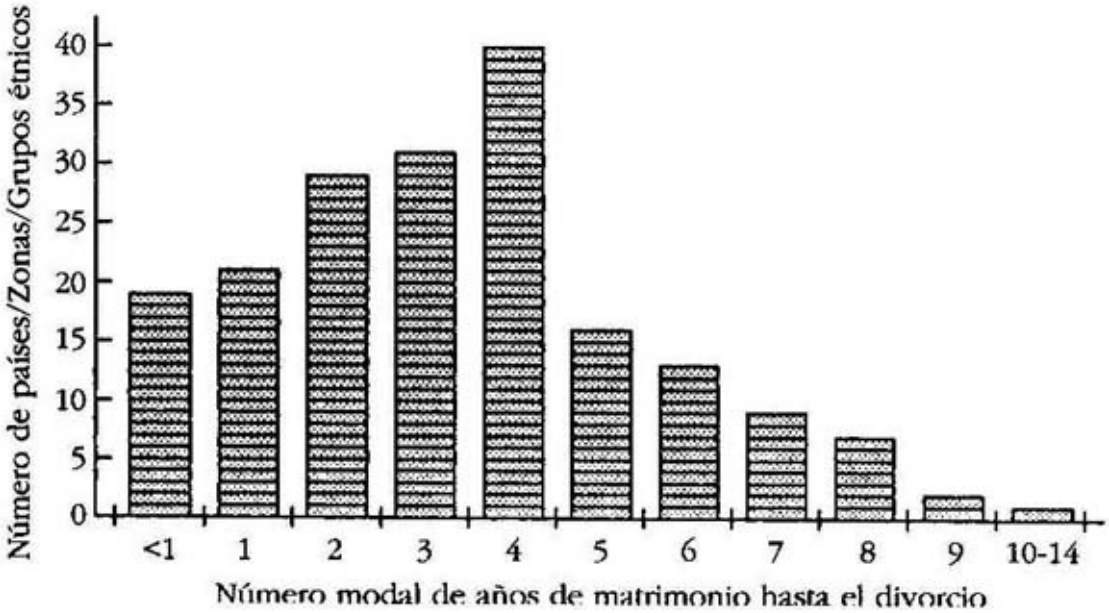

E) Finlandia, 1987
Punto álgido de divorcios: 4 años
* = cifra promedio
Número de divorcios en 1987 (total: 10.110)
600
500
400
300
200
100
0
<1 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10-14* 15-19* 20+
Número de años de matrimonio hasta el divorcio

En 1987, por ejemplo, ochenta y cuatro parejas se divorciaron antes de un año de matrimonio, doscientas veintiocho después de un año, cuatrocientas treinta y dos después de dos años, y así sucesivamente. La mayoría de los divorcios tuvieron lugar entre los cuatro y cinco años de matrimonio. Los datos sobre los divorcios entre los quince y los diecinueve años de matrimonio son una cifra promedio, porque en las estadísticas aparecían en un solo bloque. Los divorcios posteriores a los veinte años de matrimonio están considerados como «divorcios entre veinte y cuarenta años», y también son cifras promedio. En realidad, el número de divorcios desciende de manera constante a medida que aumenta el número de años de matrimonio. Como es posible ver en estos gráficos, los divorcios tienden a aumentar hasta llegar a su número máximo, que se da alrededor del cuarto año de matrimonio, y esta curva se mantiene constante, a pesar del creciente aumento en el porcentaje de divorcios en las décadas que hemos estudiado.
<<

[Apéndice, gráfico 2]

Gráfico 2: LA COMEZÓN DEL CUARTO AÑO:

Punto álgido de divorcios en 62 sociedades. Estadísticas de los años 1947-1989 (188 casos)

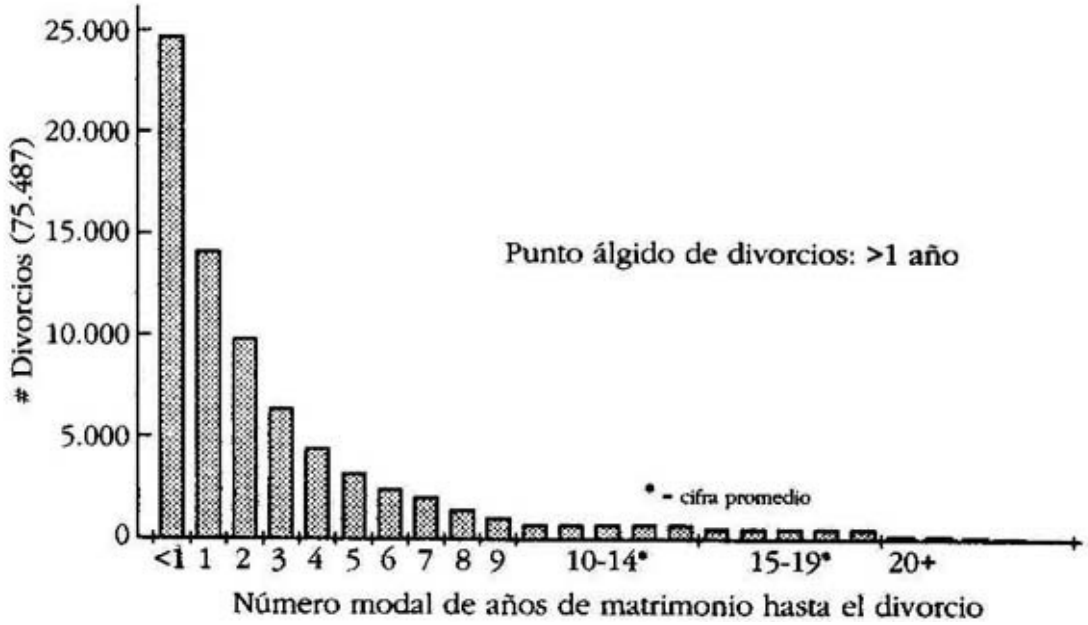


El gráfico 2 muestra la evolución del divorcio en sesenta y dos países; se han trazado las zonas y grupos étnicos en años determinados entre 1947 y 1988 (188 casos). Posteriormente el punto álgido de divorcios para cada uno de esos histogramas fue señalado como un segmento en el gráfico principal. Finlandia 1987, por ejemplo, está representada como un segmento en la columna cuatro. Se advierte que los seres humanos, en una gran variedad de sociedades, tienden a divorciarse entre el segundo y el cuarto año de matrimonio, y el número más alto de divorcios se da en el cuarto año.

<<

[Apéndice, gráfico 3]

Gráfico 3: EL DIVORCIO EN EGIPTO, 1978

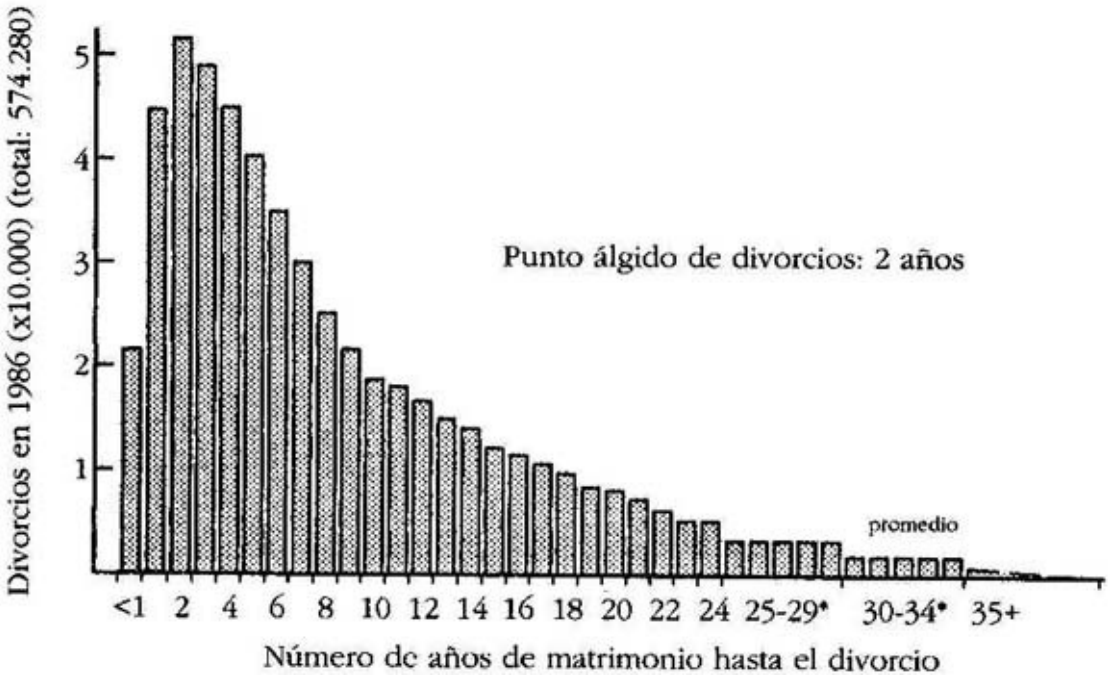


El gráfico 3 muestra que en Egipto (1978), así como en casi todos los otros países musulmanes de los que las Naciones Unidas tienen datos disponibles en el período 1947-1989, la mayoría de los divorcios tuvieron lugar antes de cumplirse un año de matrimonio, y que cuanto más tiempo las parejas permanecen casadas, más posibilidades tienen de continuar unidas. En el capítulo V explicamos los motivos de esta variación.

<<

[Apéndice, gráfico 4]

Gráfico 4: EL DIVORCIO EN LOS EE.UU., 1986



El gráfico 4 muestra la evolución del divorcio en los EE.UU., según Vital Statistics of the United States. Los datos sobre los divorcios entre los veinticinco y veintinueve años de matrimonio, entre los treinta y treinta y cuatro años, y más de treinta años y cinco años, son datos promedio, porque en las estadísticas aparecían agrupados en un único bloque. La mayoría de los divorcios tienen lugar entre el segundo y tercer año de matrimonio, y lo mismo sucede en los otros años que he examinado del período 1960-1989-En el capítulo V se explica esta pauta.

<<

Notas

[1] ETOLOGÌA: el término *etología* proviene del griego *ethos*, que significa «modales» o «conducta» (véase Gould, 1982). En general, se considera que la etologia es la observación y análisis del comportamiento animal en su medio natural. Parte de la premisa de que los patrones característicos de conducta de una especie determinada evolucionaron de la misma manera que las características físicas, es decir, a través de la selección natural y la evolución. Darwin sentó las bases para la etología con su análisis de los patrones motrices, como por ejemplo el gruñido y otros gestos faciales, en las diferentes especies (véase Darwin [1872], 1965). <<

[2] Para similitudes entre especies en su lenguaje corporal y expresiones faciales, véase Givens, 1986, 1983; Goodall, 1986; Van Hooff, 1971; Darwin [1872], 1965. <<

[3] Eibl-Eibesfeldt, 1989; Hess, 1975. <<

[4] De Waal, 1987. <<

[5] Smuts 1985, 1987. <<

[6] Ekman, 1985. <<

[7] Darwin [1872], 1965. <<

[8] Ekman, Sorenson y Friesen, 1969; Ekman, 1980, 1985; Goleman, 1981. CARTOGRAFÍA DEL ROSTRO: mediante textos de anatomía, cámaras y un espejo, el psicólogo Paul Ekman y sus colegas aprendieron a contraer sus músculos faciales individualmente y a voluntad. Cuando no estaban seguros de qué músculos estaban usando, se insertaban agujas con conexiones especiales en músculos concretos a fin de aislar la actividad de cada uno. Ekman informa que la «sonrisa amplia» humana es una de las expresiones faciales menos complicadas. Sólo con la participación del «elevador de la comisura de los labios», el «formador de hoyuelos» y el «elevador de las mejillas» nuestra sonrisa se vuelve amplia y sugerente. Las noventa y seis versiones principales del enojo emplean varios cientos de combinaciones musculares, según su intensidad. Véanse Ekman, 1985; Goleman, 1981. <<

[9] Field y otros, 1982; Trevathan, 1987. <<

[10] Givens, 1983; Perper, 1985. <<

[11] TERRITORIOS ESPACIALES HUMANOS: la gente divide el espacio en cuatro tipos diferenciados. Para los norteamericanos, el «espacio íntimo» es en general de cuarenta y cinco centímetros alrededor de la cabeza. Sólo a personas de íntimo conocimiento y a las mascotas se les permite el acceso a este territorio privado durante un tiempo significativo. El «espacio personal» es el territorio de sesenta centímetros a un metro veinte en torno a la persona; los amigos tienen acceso a él. El «espacio social» va del metro veinte a los dos metros cuarenta y se utiliza en la interacción con otras personas en el trabajo y en las reuniones sociales. Los «espacios públicos» son todas las áreas a una distancia superior a los dos metros setenta o tres metros. Las diversas sociedades miden el territorio en torno al cuerpo de diferentes maneras, pero en todas existe un código de la proximidad. Véase Hall, 1966. <<

[12] TÁCTICAS DE CONVERSACIÓN EN EL CORTEJO: cuando una pareja comienza a conversar, busca intereses comunes e intenta establecer compatibilidades. Pueden ponerse mutuamente a prueba mediante el desacuerdo, y luego observar cómo maneja el otro este inconveniente. El objetivo es la confianza. Una persona puede revelar una debilidad y sin embargo presentarla dentro de una imagen de sí mismo positiva. Y cuando el cortejo comienza, uno de los dos puede pedir un pequeño favor, otra puesta a prueba. Existen tres corrientes ocultas que resultan de vital importancia en estas interacciones. La gente hace grandes esfuerzos por «dejar una buena impresión», busca llamar la atención del otro y hace regresiones a los arrullos y a otros comportamientos infantiles. Mientras tanto, intenta trasmitir un conjunto de virtudes, como por ejemplo estabilidad, autocontrol, inteligencia, bondad, consideración, aceptación, competencia, seriedad, valentía, sentido del humor y, sobre todo, disponibilidad. Véase Eibl-Eibesfeldt, 1989. <<

[13] EL CONTACTO: en la primera infancia nuestros antepasados eran tenidos en brazos continuamente y dormían contra el pecho materno, de modo que los seres humanos están condicionados para el contacto constante con la piel de otros. En algunas culturas se sostiene a los niños en brazos de forma tan permanente que nunca gatean; su primera exploración independiente del mundo ocurre cuando intentan caminar. Como resultado de esto, lo natural es que nos guste tocar y ser tocados, a menos que se nos haya educado de otra manera. Véanse Hall, 1959; Montagu, 1971; Morris, 1971; Henley, 1977. <<

[14] Givens, 1983. <<

[15] Eibl-Eibesfeldt, 1989. <<

[16] Hall, 1976. <<

[17] Douglas, 1987. <<

[18] Whyte, 1978. <<

[19] Yerkes y Eider, 1936. <<

[20] Daly y Wilson, 1983. <<

[21] LA COMIDA COMO OFRENDA DE CORTEJO: es posible que la comida como ofrenda de cortejo reproduzca la mecánica de la alimentación del bebé por parte de la madre, lo cual desencadenaría sentimientos de cuidado y protección en el hombre y de aceptación infantil en la mujer, que cimientan el desarrollo del vínculo. Véase Eibl-Eibesfeldt, 1989 <<

[22] Goodall, 1986; Teleki, 1973a. <<

[23] Ford y Beach, 1951. <<

[24] *Ibid*. <<

[25] Jespersen [1922], 1950. <<

[26] Hunt, 1959, 45. <<

[27] Tennov, 1979. <<

[28] Stendhal [1822], 1975. <<

[29] Ackerman, 1990; Russell, 1976; Hopson, 1979. <<

[30] FEROMONAS: el término *feromonas*, acuñado en 1959, puede aplicarse a cualquier sustancia química que una criatura excrete como señal inductiva de una respuesta específica, no aprendida, en otras criaturas. A pesar de que las criaturas producen feromonas como repelentes y para otros fines, el término *feromonas* en general se utiliza para aludir a los que cumplen la función de atraer sexualmente. Véase Shorey, 1976. <<

[31] Hopson, 1979; Ackerman, 1990. <<

[32] Gregersen, 1982. <<

[33] Cutler y otros, 1986; FEROMONAS HUMANAS MASCULINAS: estos datos sobre las feromonas humanas masculinas son hasta el presente puramente especulativos (véase Wilson, 1988). Pero es un hecho que la presencia de un macho estimula el celo en otras especies. Los científicos del Monell Chemical Senses Center sugieren que la «esencia masculina» puede llegar a ser útil en la corrección de ciertos tipos de esterilidad, regulando el ciclo menstrual, mejorando el método rítmico en el control de la natalidad y aliviando algunos de los síntomas de la menopausia. <<

[34] Forsyth, 1985. <<

[35] McClintock, 1971. Entre los que ponen en duda esta información cabe mencionar a Graham y McGrew, 1980; Quadagno y otros, 1981. <<

[36] Preti y otros, 1986. <<

[37] Eibl-Eibesfeldt, 1989. <<

[38] Givens, 1983. <<

[39] Money, 1986. <<

[40] *Ibid*., 19. <<

[41] PERVERSIONES SEXUALES: John Money (1986) propone que las parafilias o perversiones sexuales comienzan en la infancia cuando algún hecho traumático impide el desarrollo normal de los sentimientos eróticos, sexuales y amorosos, y los impulsos sexuales del niño son en cambio dirigidos hacia esquemas desviados de atracción y excitación. Cuando entra en la adolescencia, el sujeto ha desarrollado un mapa amoroso excéntrico. A estas personas les resulta imposible encontrar un compañero cuyo mapa amoroso se complemente con el propio, y por esta razón buscan compañeros inadecuados que satisfagan sus necesidades de excitación sexual. El vínculo entre amor y lujuria ha sido en su caso cercenado, bloqueado o distorsionado, y el sujeto comienza a permitirse las perversiones sexuales. Para profundizar en el tema de las perversiones sexuales humanas y su etiología, véase Money, 1986. <<

[42] Feinman y Gilí, 1978. <<

[43] Bower, 1990. <<

[44] Ford y Beach, 1951; Frayser, 1985. <<

[45] Buss, 1989. <<

[46] Shepher, 1971; Spiro, 1958. <<

[47] Tennov, 1979. <<

[48] Capellanus, 1959. <<

[49] Jankowiak, 1992. <<

[50] *Ibid*. <<

[51] Jankowiak y Fischer, 1992. <<

[52] Givens, 1983. <<

[53] Fehrenbacker, 1988. <<

[54] Liebowitz, 1983. <<

[55] Sabelli y otros, 1990. <<

[56] Sabelli, 1991. <<

[57] EL PAPEL DE LA HLHL EN EL ENAMORAMIENTO: es probable que haya varios neuroquímicos más asociados al enamoramiento. Entre ellos está la HLHL, u hormona luteinizante-hormona liberadora. El hipotálamo produce HLHL, que entonces se traslada hasta la vecina pituitaria. Desde allí, la HLHL dispara la producción de hormonas que regulan la producción de estròg eno y progesterona en los ovarios, y los andrógenos en los testículos. En algunos animales la HLHL también viaja directamente desde el hipotálamo a las zonas emocionales e intelectuales del cerebro, suministrándoles la información acerca de cuándo cortejar y copular. La asociación entre el hipopituitarismo y la falta de excitación erótico-sexual sugiere que esta brecha en la retroalimentación hormonal está en relación directa con el enamoramiento. Véase Money, 1980. <<

[58] Money y Ehrhardt, 1972. <<

[59] Money, 1980, 65. <<

[60] Liebowitz, 1983, 200; Bowlby, 1969. <<

[61] LA OXITOCINA Y LA EXCITACIÓN SEXUAL: indudablemente, se descubrirá que otros neurotrasmisores cerebrales y hormonas secretadas por el cerebro contribuyen a nuestro sistema humano de apego y desapego. La oxitocina, por ejemplo, es un péptido sintetizado primariamente por el hipotálamo, que está ubicado en la base del cerebro y forma parte del sistema límbico. Es conocido por la función que desempeña en la estimulación de las contracciones uterinas durante el parto y en la producción de la leche materna humana. Actualmente los científicos piensan que la oxitocina también puede cumplir una función en los impulsos sexuales, en la tendencia a cuidar y proteger a los niños y en las sensaciones de placer y satisfacción en el contacto físico, en la excitación sexual y en la plenitud sexual. Un estudio llevado a cabo con hombres demostró que los niveles de oxitocina en sangre durante el orgasmo aumentaban de tres a cinco veces (Angier, 1991). <<

[62] Daly, 1978. <<

[63] Van Valen, 1973. <<

[64] Hamilton, 1980; Hamilton y otros, 1981. <<

[65] Dougherty, 1955. <<

[66] Parker, Baker y Smith, 1972. <<

[67] EL ORIGEN DE LOS SEXOS: hay varias teorías acerca de por qué surgieron *dos* sexos. En ciertas algas verdeazuladas primitivas se observan dos tipos reproductores a los cuales se designa con el símbolo + y -, respectivamente, debido a que el sexo no es identificable en ninguno de los dos. Una de las teorías sostiene que los dos tipos reproductores de estas algas evolucionaron para evitar la endoprocreación (véase Daly y Wilson, 1983). La teoría de la «reparación genética» propone que, mediante la reproducción sexual, las nuevas combinaciones podrían reparar el daño mutacional sufrido por el material ADN, que había ocurrido durante las divisiones celulares precedentes (véase Michod, 1989). Otra teoría es conocida como la hipótesis de la parasitación. Los sexos surgieron de la misma manera en que actualmente los virus parasitan a las células receptoras: el virus incorpora su propio ADN a la célula receptora; luego, cuando la célula receptora se reproduce, copia asimismo el ADN del virus. De ese modo, los precursores de los machos eran minúsculos gametos que parasitaban a los gametos femeninos, de mayor tamaño. Para un análisis de las ventajas de la reproducción sexual y asexual, de las implicaciones de la reproducción sexual y de las teorías acerca del origen de la reproducción sexual, véanse Daly y Wilson, 1983; Williams, 1975; Maynard Smith, 1978; Low, 1979; Daly, 1978 Michod y Levin, 1987. <<

[68] Hamilton, 1964. <<

[69] «APTITUD INCLUSIVA» Y ALTRUISMO: la teoría de la aptitud inclusiva la propuso inicialmente Darwin (1859) cuando observó que la selección natural puede operar a nivel de la familia más que a nivel individual. La aptitud inclusiva fue nuevamente anticipada en la década de los treinta por el genetista británico J. B. S. Haldane. Pero la teoría la propuso formalmente en 1964 el genetista demográfico británico William D. Hamilton a fin de explicar la evolución del altruismo: si un hombre ancestral se sacrificaba para salvar a un hermano en trance de perecer ahogado, en realidad estaba salvando la mitad de su propio ADN y, por lo tanto, una parte de su propia naturaleza altruista. Por lo tanto, la aptitud de cada uno se mide por la cantidad de genes propios más los de los parientes de cada uno que sobreviven. Por medio de los conceptos de Hamilton sobre la aptitud inclusiva, muchas otras conductas sociales se volvieron comprensibles: los animales defienden el territorio común; los animales comparten y cooperan; las personas son nacionalistas porque cuando colaboran con sus parientes fortalecen su propio ADN (véase Wilson, 1975). Hoy en día, la aptitud inclusiva, así como el concepto de selección relacionado con ella en el terreno del parentesco, son ejemplos habitualmente utilizados para explicar algunas conductas animales. Véanse *idem*.\ Barish, 1977; Hamilton, 1964. <<

[70] ESTRATEGIAS REPRODUCTORAS: esta adaptación de los términos ha sido incompleta. Las dos variantes de monogamia —monoginia y mo-nandria— no se emplean para describir los sistemas humanos de matrimonio. Como resultado de esto, las tácticas reproductoras *diferentes* de hombres y mujeres son en general dejadas de lado. Por ejemplo, se nos informa que los afikpo ibo de Nigeria oriental son «poliginios». Algunos hombres afikpo ibo tienen varias esposas. Pero las mujeres afikpo ibo se casan con un solo hombre a la vez: monandria. De modo que, en realidad, corresponde diferenciar dos esquemas matrimoniales simultáneos: poliginia y monandria, según si se habla de hombres o de mujeres. Cuando los científicos sociales describen una sociedad como poliginia, pasan por alto las tácticas reproductoras femeninas. <<

[71] Wittenberger y Tilson, 1980, 198. <<

[72] Véanse Trivers, 1985; Mock y Fujioka, 1990; Westneat, Sherman y Morton, 1990; Hiatt, 1989; Wilson y Daly, en impresión. <<

[73] Bray, Kennelly y Guarino, 1975. <<

[74] Gibbs y otros, 1990. <<

[75] Lampe, 1987; Wolfe, 1981. <<

[76] DEFINICIONES DE MATRIMONIO: muchos antropólogos han formulado definiciones del matrimonio. La versión de Suzanne Frayser es una de las mejores: «El matrimonio es la relación dentro de la cual la sociedad aprueba que haya relaciones sexuales y que se den a luz niños» (Frayser, 1985, 248). En una definición semejante, el antropólogo Ward Goodenough propone que los tres componentes esenciales del matrimonio son: la dimensión jurídica o legal, la prioridad del acceso sexual y la idoneidad reproductora (Goodenough, 1970, 12). <<

[77] Cherlin, 1981. <<

[78] Fisher, 1989. <<

[79] Murdock, 1967; Van den Berghe, 1979; Betzig, 1986. <<

[80] Betzig, 1982, 1986. <<

[81] EL MATRIMONIO PARA LOS TIWI Y EL PAPEL QUE DESEMPEÑA LA MUJER: las mujeres tiwi no son sólo peones en las guerras matrimoniales de los hombres. Muy por el contrario, desempeñan un papel crucial en las negociaciones. Todo yerno debe hacerse cargo de satisfacer las necesidades de la mujer que dará a luz a sus esposas, y toda suegra puede romper este contrato si sus regalos y su trabajo son insuficientes. De modo que las mujeres tiwi son nodulos poderosos en el sistema matrimonial, así como lo son en otros aspectos de la sociedad. Véanse Goodale, 1971; Hart y Pilling, 1960; Rohrlick-Leavitt, Sykes y Weatherford, 1975; Berndt, 1981. <<

[82] Verner y Willson, 1966; Orians, 1969; Borgerhoff Mulder, 1990. <<

[83] LA POLIGINIA Y LAS MUJERES: las mujeres que viven con otras coesposas son generalmente menos fértiles que las mujeres de los matrimonios monogámicos (Daly y Wilson, 1978). Sin embargo, entre las mujeres que viven con esposos poliginios, la primera esposa a menudo procrea más hijos que las esposas más jóvenes, probablemente porque realiza menos tareas exigentes y tiene acceso a una mejor alimentación (Isaac y Feinberg, 1982). <<

[84] Bohannan, 1985; Mealey, 1985. <<

[85] FORMAS DE POLIGINIA: los machos de la comunidad animal adquieren harenes como mínimo de cuatro formas; cada una tiene su paralelo en la humanidad (Flinn y Low, 1986). La poliginia se observa comúnmente en las especies cuya fuente de alimentación, guaridas, lugares de anidación o áreas de apareamiento aparecen apiñadas. Las hembras tienden a reunirse en estos lugares para comer o alimentar a sus crías, y si un macho logra erigirse en único propietario de uno de estos ricos emplazamientos, puede hacerse un harén con sólo ahuyentar a los otros machos y esperar a que lleguen las hembras. Esta táctica es conocida como POLIGINIA COMO DEFENSA DE LOS RECURSOS (Emlen y Oring, 1977). Entre los kipsigis de Kenia, las mujeres en general eligen casarse con hombres poliginios que sean propietarios de grandes territorios (Borgerhoff Mulder, 1990). El macho de algunas especies rodea a un grupo de hembras y por la fuerza impide que otros machos se les acerquen. Esta técnica se conoce como POLIGINIA POR DEFENSA DE LAS HEMBRAS. Si un marido tiwi, de Australia, sospecha que una de sus esposas le es infiel, puede golpearla o quejarse a la familia de origen de la mujer. Si un muchacho y una adolescente casada se fugan juntos y el varón se niega a arrepentirse, el airado esposo puede matar al ladrón (Goodale, 1971). Esta conducta de guardián es reminiscente de la poliginia por defensa de las hembras observada en otras especies (Flinn y Low, 1986). Otra estrategia es conocida como POLIGINIA POR DOMINACIÓN MASCULINA. Los machos maniobran entre ellos sabiamente para adquirir «estaciones de apareamiento» sobre los barrancos (véase capítulo I), en puntos bien a la vista de las hembras que pasan. Las hembras entonces caminan entre ellos y descansan en las estaciones de apareamiento a fin de aparearse. Los machos mayores y más vigorosos tienden a atraer a la mayoría de las hembras que pasan (De Vos, 1983). Entre los !kung san del Desierto de Kalahari, en el sur de África, algunos hombres son carismáticos, fuertes y saludables, y ocasionalmente obtienen dos esposas sin recursos pero con fuerte personalidad (Shostak, 1981). Los orangutanes, los antes y los abejorros buscan persistentemente hembras receptivas, se aparean y siguen su camino. Esta técnica es identificada como POLIGINIA POR BÚSQUEDA. Una variación de esta técnica para formar un harén es característica de los camioneros, los viajantes de comercio, los ejecutivos internacionales y los marineros que tienen «una novia en cada puerto». Véanse Flinn y Low, 1986; Dickemann, 1979. <<

[86] Frayser, 1985; Van den Berghe, 1979; Murdock y White, 1969. <<

[87] Murdock, 1949, 27-28. <<

[88] Murdock, 1967; Van den Berghe, 1979. <<

[89] Klein, 1980. <<

[90] Alexander, 1974; Finn y Low, 1986; Goldizen, 1987; Jenni, 1974. <<

[91] Lancaster y Lancaster, 1983. <<

[92] TRADICIONES MATRIMONIALES DE LOS NAYAR: los nayar, que habitan la Costa Malabar de Kerala, en la India, tienen una forma de casarse que desafía toda clasificación. Estas personas viven en grupos formados por los hermanos y la madre. El jefe de la familia es un hombre. La ceremonia del primer casamiento de una mujer es breve y sencilla. Después del ritual no necesita mantener relaciones sociales ni sexuales con su esposo. Si desea tener otros amantes está en libertad de hacerlo. El marido y los amantes la visitan sólo de noche, por lo tanto, se los llama esposos visitantes. Las mujeres tienen un mínimo de tres y hasta doce amantes simultáneos. La relación matrimonial cesa cuando el esposo deja de hacerle regalos a su mujer en los festivales anuales. Es esencial que uno o más hombres del grupo social adecuado reconozcan la paternidad cuando una «esposa» queda embarazada, a pesar de que a menudo el padre biológico se limite a respetar posteriormente el tabú del incesto, si está seguro de que la criatura es suya. Para los nayar, el matrimonio sólo cumple la función de proporcionar legitimidad a los hijos. Véanse Gough, 1968; Fuller, 1976. <<

[93] COMUNIDADES DE «AMOR LIBRE»; estudios realizados en seis comunidades norteamericanas indican que sus miembros no practican realmente el «amor libre». En cambio, las reglas sobre sexualidad son rígidas y las funciones sexuales y sociales son jerárquicas y muy estructuradas. Véase Wagner, 1982; Stoehr, 1979; Constantine y Constantine, 1973. <<

[94] Véase Van den Berghe, 1979. <<

[95] Bohannan, 1985. <<

[96] POLIGINIA Y POLIANDRIA: ESTRATEGIAS REPRODUCTORAS HUMANAS SECUNDARIAS: debido a que la poliginia proporciona a los varones ciertas ventajas genéticas, y la poliandria representa para las mujeres beneficios adicionales, algunos antropólogos afirman que estas estrategias reproductivas son primariamente tácticas reproductivas de la humanidad, que los hombres y las mujeres toleran la monogamia sólo porque los hombres son incapaces de obtener los recursos necesarios para formar harenes, y que las mujeres soportan la monogamia sólo porque no logran inducir a más de un varón a suministrarles recursos. En apoyo de esta teoría están las abundantes manifestaciones de poliginia observables entre hombres poderosos (Betzig, 1986). Pero la estrategia reproductiva *variable* de la monogamia en combinación con el adulterio proporciona ventajas reproductivas semejantes: los varones tienen la oportunidad de inseminar a múltiples mujeres, y las mujeres logran obtener recursos adicionales. Es más, la *mayoría* de los seres humanos practican la monogamia en combinación con el adulterio. De modo que, en mi opinión, ésta es la estrategia reproductiva *primaria del Homo sapiens*, mientras que la poliginia y la poliandria son tácticas reproductivas *oportunistas* y secundarias. <<

[97] Whyte, 1978, 74; Frayser, 1985, 269. <<

[98] Mace y Mace, 1959. <<

[99] Diana, sin fecha. <<

[100] Carneiro, 1958. <<

[101] PATRONES MUNDIALES DE ADULTERIO: en el 72% de 56 sociedades estudiadas, el adulterio femenino es de moderado a común (Van der Berghe, 1979). De 139 sociedades estudiadas en la década de los cuarenta, el 39% permitía que hombres y mujeres tuvieran relaciones extramaritales ya fuera durante ciertas fiestas o celebraciones, con ciertos y determinados parientes, como por ejemplo la hermana de la esposa o el hermano del esposo, o en otras circunstancias especiales. Las relaciones extramaritales eran extremadamente comunes en 17 de las 85 culturas restantes, y los transgresores rara vez recibían algún castigo (véase Ford y Beach, 1951). En un estudio diferente, el antropólogo George Murdock analizó 148 sociedades, pasadas y recientes, y descubrió que 120 de ellas tenían tabúes contra el adulterio, 5 permitían el adulterio en forma irrestricta, 19 permitían la infidelidad en determinadas circunstancias y 4 desaprobaban pero no prohibían de forma estricta el sexo fuera del vínculo matrimonial (Murdock, 1949). En todos los casos, no obstante, Murdock estaba midiendo el adulterio como una actividad sexual con personas remotamente emparentadas o no emparentadas en absoluto. Esta distinción es importante. Murdock confirmó el descubrimiento de Ford y Beach (1951) de que una mayoría sustancial de sociedades permiten las relaciones extramaritales con individuos emparentados en alguna medida. Suzanne Frayser (1985) también confirmó la existencia ampliamente difundida del tabú del adulterio con sujetos no emparentados. Su informe establece que el 74% de 58 culturas prohíben el adulterio, ya sea a la mujer o a ambos cónyuges. Destaca que el castigo del adulterio varía. En el 83% de 48 sociedades, ambos cónyuges reciben castigo por cometer adulterio; en el 40% de ellas, hombres y mujeres son castigados con igual severidad; en el 31% de los casos, el castigo infligido al hombre es más severo que el que recibe su amante. Ninguna sociedad tolera que la mujer tenga aventuras, y en cambio castiga a los hombres por el mismo motivo; y una mayoría significativa de culturas impone más restricciones a las mujeres que a los hombres. Las sociedades con escasas restricciones contra los vínculos extramaritales de cualquier tipo y con un alto grado de conducta sexual extramarital en ambos sexos incluyen a los dieri de Australia, los gilyak del nordeste asiático, los indios hidatsa de Dakota del Norte, los lesu de Nueva Irlanda, los masai del África oriental, los toda de la India, los kaingang de Brasil y los yápese del Pacífico (Ford y Beach, 1951). Stephens (1963) informa que aun en las culturas donde el adulterio es tolerado, hombres y mujeres tienen celos. <<

[102] Schneider, 1971. <<

[103] Gove, 1989. <<

[104] Westermarck, 1922. <<

[105] Revista *People*, 1986. <<

[106] Bullough, 1976. <<

[107] *Ibid.* <<

[108] Lampe, 1987. <<

[109] Lampe, 1987; Bullough, 1976. <<

[110] Bullough, 1976. <<

[111] Canción de Salomón, 3:16. <<

[112] Lawrence, 1989; Foucault, 1985. <<

[113] Lampe, 1987; Bullough, 1976. <<

[114] ORIGEN DE LOS TÉRMINOS SEXUALES: en el siglo IV de la era cristiana el adulterio era tan común en Roma que los funcionarios comenzaron a multar a los transgresores. Los ingresos obtenidos con dichas multas eran tan abultados que aparentemente el Estado construyó con ellos un templo para honrar a Venus (Bardis, 1963). Los términos *sexo oral, jelación, masturbación y prostituta* provienen todos del dialecto de la antigua Roma (Bullough, 1976). <<

[115] Bullough, 1976; Lawrence, 1989. <<

[116] Véanse Bullough, 1976; Lawrence, 1989; Brown, 1988; Pagels, 1988. <<

[117] Bullough, 1976, 192. <<

[118] Lampe, 1987, 26; Lawrence, 1989, 125; Pagels, 1988. <<

[119] Burns, 1990. <<

[120] Lawrence, 1989, 169. <<

[121] Kinsey, Pomeroy y Martin, 1948; Kinsey y otros, 1953. <<

[122] Hunt, 1974, 263. <<

[123] Tavris y Sadd, 1977. <<

[124] Wolfe, 1981. <<

[125] Hite, 1981. <<

[126] Lawson, 1988; Lampe, 1987. <<

[127] *Marriage and Divorce Today*, 1987. <<

[128] Blumstein y Schwartz, 1983. <<

[129] OPORTUNIDAD Y DURACIÓN DE LAS RELACIONES EXTRAMARITALES: la duración de las relaciones extramaritales es difícil de establecer a partir de la bibliografía. En un estudio llevado a cabo con 200 parejas, los esposos mantuvieron sus relaciones extramaritales durante un promedio de 29 meses, mientras las esposas mantuvieran las suyas durante un promedio de 21 meses (Hall, 1987). Kinsey (1953) observó que aproximadamente el 42% de los casos de su muestra de mujeres copuló fuera de la pareja matrimonial durante un período inferior al año, el 23% lo hizo durante 2 a 3 años, y el 35% lo hizo durante 4 años o más. Pero Kinsey no informa la duración de cada aventura sino apenas cuánto tiempo estas mujeres copularon fuera del matrimonio. Un estudio realizado con aproximadamente 600 hombres y mujeres ingleses estableció que los hombres casados en la década de los setenta tuvieron su primera relación extramarital 5 años después del casamiento y que las mujeres fueron fieles a su pareja durante 4 años y medio a contar desde el casamiento. Los hombres casados en la década de los sesenta esperaron un promedio de 7 años; las mujeres esperaron un promedio de 8 años antes de tener su primera aventura. Entre los casados antes de 1960, los hombres tomaron una amante después de un promedio de 11 años, mientras que las mujeres esperaron un promedio de 14 años y medio (Lawson, 1988). <<

[130] Kinsey y otros, 1953, 409. <<

[131] Véanse Bateman, 1948; Trivers, 1972; Symons, 1979. <<

[132] Symons, 1979, V, 291. <<

[133] Ruse, 1988. <<

[134] Kinsey, Pomeroy y Martin, 1948; Kinsey y otros, 1953. <<

[135] Kinsey, Pomeroy y Martin, 1948. <<

[136] Shostak, 1981, 271. <<

[137] Hrdy, 1981, 1986. <<

[138] Ford y Beach, 1951, 118. <<

[139] Kinsey y otros, 1953, 415. <<

[140] Werner, 1984; Bullough y Bullough, 1987. <<

[141] Gregor, 1985. <<

[142] Reichard, 1950. <<

[143] Bullough y Bullough, 1987. <<

[144] Nimuendaju, 1946. <<

[145] Beals, 1946. <<

[146] Nadel, 1942. <<

[147] Symons y Ellis, 1989. <<

[148] Véanse Lampe, 1987, 178 y sigs… Brown, 1987; Hall, 1987; Lawson, 1988; Pittman, 1989; Atwater, 1987; Wolfe, 1981, Hite, 1981; Hunt, 1974; Tavris y Sadd, 1977; Kinsey, Pomeroy y Martin, 1948; Kinsey y otros, 1953. <<

[149] Botwin, 1988. <<

[150] Shostak, 1981. <<

[151] Lampe, 1987, 199. <<

[152] Abu-Lughod, 1987, 24. <<

[153] Abu-Lughod, 1986. <<

[154] Farah, 1984. <<

[155] *Ibid.* <<

[156] *Ibid*. 26. <<

[157] *Ibid*. 20. <<

[158] Murdock, 1965. <<

[159] Weisman, 1988. <<

[160] Murdock, 1965; Betzig, 1989. <<

[161] EL DERECHO AL DIVORCIO DEL HOMBRE Y DE LA MUJER: en 30 de las 40 sociedades tradicionales analizadas por George Peter Murdock en 1950, hombres y mujeres tenían igual derecho a iniciar el divorcio; en el 10% de dichas culturas las mujeres tenían mayores privilegios respecto al divorcio. Murdock llegó a la conclusión de que el divorcio era igualmente accesible a ambos sexos (Murdock, 1965). En un estudio que realizó con noventa y tres sociedades, Whyte confirmó esta conclusión al afirmar: «Observamos que la equivalencia de derecho al divorcio para ambos sexos es evidentemente el patrón más difundido» (Whyte, 1978). Suzanne Frayser informó que, de las 45 sociedades por ella estudiadas, el 38% permitía que tanto el marido como la mujer se divorciaran; uno de los cónyuges o ambos tuvieron dificultades en obtener el divorcio en el 62% de dichas culturas. En muchas sociedades insulares del Pacífico el divorcio era fácil de obtener tanto para hombres como para mujeres. En las sociedades que circundaban el Mediterráneo era más difícil para las mujeres obtener el divorcio, pero en muchas sociedades Africanas era en general más dificultoso para los hombres. Véase Frayser, 1985. <<

[162] Murdock, 1965, 319. <<

[163] Betzig, 1989. <<

[164] EL MATRIMONIO COMO ESTRATEGIA REPRODUCTORA: Murdock (1949) sostiene que, dado que el sexo y la reproducción eran accesibles fuera del matrimonio, la cooperación económica y la división del trabajo entre los sexos eran las razones principales para el casamiento. Pero en las 40 sociedades tradicionales que analizó en 1950, observó que la razón principal del divorcio eran los problemas de reproducción (Murdock, 1965). Un estudio de Frayser confirma el importante papel que desempeña la reproducción en el divorcio, y por lo tanto en el casamiento. En una muestra de 56 culturas, los hombres se divorciaban de sus esposas, en primer lugar, debido a problemas de reproducción; en segundo lugar, por incompatibilidad; tercero, debido a infidelidad por parte de la mujer. En un muestreo de 48 culturas, las mujeres abandonaban a sus esposos con mayor frecuencia debido a incompatibilidad de caracteres; segundo, porque el hombre era incapaz de cumplir con sus responsabilidades económicas y domésticas; tercero, a causa de agresiones físicas. Véase Frayser, 1985. <<

[165] EL NUEVO CASAMIENTO: un estudio de 37 pueblos tradicionales demostró que el nuevo casamiento era ampliamente permitido en el 78% de los casos; en los casos en que un nuevo matrimonio era difícil de lograr (en el 22% de estas culturas), en general era más problemático volver a casarse para las mujeres que para los hombres (Frayser, 1985). El nuevo matrimonio se practicaba en las sociedades de la Europa occidental preindustrial, pero por lo general como consecuencia de la muerte de uno de los cónyuges más que tras el divorcio, ya que el mismo era prohibido por la Iglesia católica apostólica romana. En estos pueblos era común la adhesión a la *tradición charivari*, es decir, a la creencia de que era antiético que las viudas volvieran a casarse. Subyacente a dicho precepto estaban las complejas transacciones y mecanismos de herencia patrimonial que el nuevo casamiento de la viuda ponía en peligro (Dupáquier y otros, 1981). A pesar de que el nuevo casamiento de las viudas (y en algunos casos, de los viudos) fuera desaprobado por los pueblos agricultores europeos de siglos anteriores, los nuevos casamientos se daban con frecuencia y estaban ampliamente difundidos (Dupáquier y otros, 1981; Goody, 1983). El nuevo casamiento por parte de las viudas era dificultoso en la época preindustrial en la India, China y Japón, así como en culturas agrícolas (Dupáquier y otros, 1981; Goody, 1983, 40). *Sin embargo, en todas las sociedades de las que se tienen datos, los índices de nuevos casamientos eran más altos en el caso de las mujeres en edad reproductiva*. Véanse Dupáquier y otros, 1981; Furstenberg y Spanier, 1984; véase también el capítulo XIV de la presente obra. <<

[166] Cherlin, 1981. <<

[167] Howell, 1979; Shostak, 1981. <<

[168] Howell, 1979. <<

[169] LA AUTONOMÍA FEMENINA Y LOS ALTOS ÍNDICES DE DIVORCIO: las culturas que presentan un alto grado de autonomía femenina así como altos índices de divorcio incluyen a los semang, de la península de Malasia (Sanday, 1981; Murdock, 1965; Textor, 1967); a varias poblaciones del Caribe (Flinn y Low, 1986); a los dobu, que habitan en una isla frente a la punta oriental de Nueva Guinea (Fortune, 1963); a los ngoni de Fort Jameson, a los yao y los lozy de África del sur (Barnes, 1967); a los turu de Tanzania (Schneider, 1971); a los samoanos de Oceanía (Textor, 1967); a los gururumba de Nueva Guinea (Friedl, 1975); a los isleños trobriand de Papúa y Nueva Guinea (Weiner, 1976); a los nativos de Mangaia, Polinesia (Suggs y Marshall, 1971); a los tlingit de Alaska del sur (Laura Klein, Departamento de Antropología, Universidad Luterana del Pacífico, comunicación personal con la autora); a los kaingang del sur de Brasil, a los crow de Montana y a los iroqueses de Nueva York (Murdock, 1965). <<

[170] Lloyd, 1968, 79. <<

[171] Friedl, 1975. <<

[172] Brenda Kay Manuelito, Departamento de Antropología, Universidad de Nuevo México, comunicación personal con la autora. <<

[173] Van den Berghe, 1979. <<

[174] Le Clercq, 1910, 262. <<

[175] Dupáquier y otros, 1981. <<

[176] Evangelio según San Marcos 10:11-12; Lawrence, 1989, 63. <<

[177] Fisher, 1987, 1989. <<

[178] Cherlin, 1981; Levitan, Belous y Gallo, 1988; Glick, 1975; Espenshadé, 1985; Whyte, 1990. <<

[179] LA PROGRESIVA AUTONOMÍA DE LAS MUJERES ROMANAS: los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de las razones ni del momento en que comenzó a aumentar la emancipación y la afirmación de sí mismas de las mujeres de la antigua Roma. Algunos señalan la derrota de Aníbal en el año 202 antes de Cristo; otros, la derrota de Macedonia en el 168 antes de Cristo, y están los que piensan que coincidió con la destrucción de Cartago en el año 146 antes de Cristo. Sin embargo, a consecuencia de una serie de acontecimientos históricos, Roma experimentó una época de opulencia en los siglos que precedieron el nacimiento de Cristo, un aumento concomitante de los poderes económico, político y social de las mujeres y un alza en el índice de divorcios. Véanse Balsdon, 1973; Carcopino, 1973; Rawson, 1986; Hunt, 1959. <<

[180] Burgess y Cottrell, 1939; Ackerman, 1963; Lewis y Spanier, 1979; Bohannan, 1985; London y Wilson, 1988. <<

[181] Whyte, 1990, 201. <<

[182] Cohen, 1971. <<

[183] Levinger, 1968. <<

[184] Bernard, 1964. <<

[185] Guttentag y Secord, 1983. <<

[186] Paul Morgan, Departamento de Sociología, Universidad de Pensilvania, comunicación personal con la autora. <<

[187] Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[188] Fisher, 1989. <<

[189] DATOS SOBRE DIVORCIO EN EL ARCHIVO DEL ÁREA DE RELACIONES HUMANAS: el Archivo del Área de Relaciones Humanas proporciona información comparada de diversas culturas y las tasas de divorcio. Este archivo, conocido como el AARH, lo inició en los años cincuenta George Peter Murdock, que obtuvo «etnografías» (descripciones antropológicas de culturas concretas) y luego clasificó y registró los libros y artículos mediante diferentes formas de ingreso en la información. Actualmente están catalogadas más de 850 culturas. Sin embargo, los datos sobre divorcio en este archivo presentan diversos problemas. Como lo indica Charles Ackerman (1963): «La mayoría de los etnógrafos informan que el divorcio es “poco frecuente”, “frecuente”, “atípico”, etc. Rara vez un etnógrafo justifica sus aseveraciones acerca de las frecuencias de divorcio con cifras sobre su incidencia real». Ackerman destaca asimismo que la información del AARH impide la comparación de los índices de divorcio *entre* las diversas sociedades. Es imposible saber si un índice «bajo» dentro de una cultura es equivalente al índice «bajo» de otra. Además, el investigador no tiene forma de saber si el «bajo» índice informado para una comunidad se refiere a los índices de divorcio de las aldeas vecinas o a la misma comunidad en otras décadas. Se carece de datos sincrónicos y diacrónicos sobre el fenómeno del divorcio. Más aún, diferentes etnógrafos de la misma cultura informan diferentes frecuencias de divorcio, y en algunos registros la información se contradice con la proporcionada por científicos sociales en otros artículos de revistas especializadas y en libros (Textor, 1967). Por último, son pocos los etnógrafos que tabulan la duración del matrimonio que culmina en divorcio, la edad a la que el divorcio se produce, el número de niños afectados por el divorcio y otros datos que podrían utilizarse para realizar comparaciones con los pueblos occidentales. <<

[190] Ackerman, 1963; Murdock, 1965; Friedl, 1975. <<

[191] Cohen, 1971. <<

[192] Avery, 1989, 31. <<

[193] Barnes, 1967; Murdock, 1965; Textor, 1967; Friedl, 1975. <<

[194] Fisher, 1989, 1991, en preparación. <<

[195] LA COMEZÓN DEL SÉPTIMO AÑO: el concepto norteamericano de comezón del séptimo año se originó en el empleo demográfico del valor medio a fin de determinar la duración del matrimonio. El valor medio es el número central de un grupo de números. El 50% de los incidentes ocurren antes del valor medio y el otro 50% después del valor medio. En los Estados Unidos, entre 1960 y 1982, la duración promedio del matrimonio que culminó en divorcio oscilaba entre los 7,2 y los 6,5 años, por lo tanto, el 50% de todos los matrimonios se habían disuelto alrededor de los siete años (U. S. Bureau of the Census, 1986, tabla 124). Pero lo que a mí me interesa es determinar lo que la *mayoría* de las personas hace, el *pico* o *modo* de divorcio. El universo estudiado por Naciones Unidas confirma que un promedio del 48% de todos los divorcios ocurre dentro de los siete años de matrimonio —el valor medio—, pero los divorcios se acumulan en torno al pico de los cuatro años (Fisher, 1989). <<

[196] Andrew Cherlin, Departamento de Sociología, Universidad de Johns Hopkins, comunicación personal con la autora. <<

[197] Bullough, 1976, 217. <<

[198] Fisher, 1989. <<

[199] *Vital Statistics of the United States*, 1981. <<

[200] *Ibid*. 1964, 1974, 1984, 1985, 1987, 1990. <<

[201] Cherlin, 1981. <<

[202] Bohannan, 1985, 147. <<

[203] PROBLEMAS DE PROCEDIMIENTO QUE DESVIRTUARON LOS DATOS DE LA ONU: en los casos incluidos en la muestra de Naciones Unidas, el tiempo transcurrido desde la petición de divorcio hasta la sentencia que lo concede es de un período que oscila entre unas semanas y alrededor de un año (Naciones Unidas, 1958, 1984). Algunos otros tecnicismos tienden a desvirtuar estas estadísticas sobre divorcio: ciertos países incluyen las anulaciones, que disminuyen la duración del matrimonio; otros incluyen las separaciones legales, que aumentan la duración del matrimonio; los hay también que incluyen el divorcio en ciertas condiciones, como por ejemplo la «separación por dos años», con lo cual se prolonga el proceso de divorcio; otros basan sus estadísticas en las «peticiones de divorcio» en lugar de en las sentencias de divorcio, etcétera. Los problemas de procedimiento, como el hecho de que hacia fin de año se acumulen las demandas de divorcio y las audiencias de los casos, también contribuyen a desvirtuar la información. Afortunadamente, la incidencia de las anulaciones y las separaciones legales es baja. (Véase Naciones Unidas, 1984, tabla 37). Debido a la imprecisión de estos datos sobre duración legal del matrimonio, preferiría estudiar la duración de los vínculos humanos de pareja, a contar desde el momento en que un hombre y una mujer comienzan a salir juntos y a comportarse como una pareja hasta el momento en que deciden dar el vínculo por terminado. Pero estas cifras no están disponibles. <<

[204] Naciones Unidas, 1955, 1984; Fisher, 1989. <<

[205] Johnson, 1983, 1. <<

[206] Fisher 1989, 1991, en preparación. <<

[207] *Ibid.* <<

[208] EL RIESGO DE DIVORCIO POR NÚMERO DE NIÑOS DEPENDIENTES: UN PROBLEMA IMPORTANTE: para determinar el *riesgo* de divorcio en casos con cantidades específicas de niños en la familia se necesitaría información que los anuarios de las Naciones Unidas no proporcionan. Por ejemplo, para determinar el *riesgo* de divorcio de una pareja con un solo hijo dependiente, es necesario dividir el número de parejas que se divorcian con un hijo dependiente por el número de parejas con un solo hijo que no lo hacen. Me fue imposible obtener los datos de correlaciones adecuadas entre censos que me habrían permitido determinar el riesgo de divorcio por número de hijos dependientes, correspondientes a un año y a un país extranjero determinado, o para un año cualquiera dentro de los Estados Unidos. Por lo tanto, los datos sobre divorcio con hijos dependientes que se mencionan *sugieren* que la presencia de hijos estabiliza el matrimonio, pero no lo demuestran. <<

[209] London y Wilson, 1988. <<

[210] Glick, 1975. <<

[211] Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[212] Cherlin, 1981. <<

[213] Naciones Unidas, 1984. <<

[214] RELACIÓN ENTRE ESTOS PERFILES DE DIVORCIO: estos datos acerca de la duración de los matrimonios que terminan en divorcio, de las edades a las que el divorcio se produce y de los casos de divorcio con hijos dependientes, fueron extractados de los anuarios demográficos de las Naciones Unidas y no están disponibles en forma polivalente. Por lo tanto, no pueden reflejar las relaciones existentes entre estos tres perfiles de divorcio. El pico de divorcio en las parejas con uno o ningún hijo, por ejemplo, puede ser un motivo del pico de divorcio durante o alrededor del cuarto año de matrimonio. <<

[215] Chute, 1949. <<

[216] Chagnon, 1982. <<

[217] Barnes, 1967. <<

[218] Murdock, 1965. <<

[219] Betzig, 1989. <<

[220] Beardsley y otros, 1959. <<

[221] Radcliffe-Brown, 1922. <<

[222] East, 1939. <<

[223] PATRONES MUNDIALES DE TENENCIA DE HIJOS Y DISTRIBUCIÓN DEL PATRIMONIO TRAS EL DIVORCIO: los motivos más frecuentes de inhibición del divorcio surgen en las parejas a raíz de la indecisión acerca de la tenencia de los hijos y la distribución del patrimonio y otros recursos. El estudio de 41 culturas reveló que el 44% resolvían la tenencia de los hijos en función de las circunstancias que habían precipitado la separación, o según las preferencias o edades de los niños «en litigio». En el 22% de las 41 sociedades analizadas, la tenencia de los niños se dio al esposo; en el 20% de los casos los niños se convirtieron en propiedad de la esposa. Las circunstancias del divorcio determinaron la asignación de bienes en el 41% de 39 sociedades. En el 29% de las 39 culturas los recursos económicos se repartieron equitativamente entre los cónyuges; en el 23% de los casos, la esposa sufrió una pérdida financiera mayor, y el esposo y sus parientes sufrieron una mayor devastación económica en el 15% de los casos (Frayser, 1985). <<

[224] Henry, 1941. <<

[225] Cohen, 1971, 135. <<

[226] Howell, 1979. <<

[227] La fauna y flora mencionados aquí y en capítulos posteriores del libro son variedades antiguas de antiguas especies y familias que en la actualidad están extinguidas. <<

[228] Chesters, 1957; Andrews y Van Couvering, 1975; Bonnefille, 1985; Van Couvering, 1980. <<

[229] Corruccini, Ciochon y McHenry, 1976; Rose, 1983. <<

[230] Sibley y Ahlquist, 1984; Simons, 1985. <<

[231] Corruccini, Ciochon y McHenry, 1976; Rose, 1983. <<

[232] Andrews, 1981. <<

[233] Smuts, 1985, 16. <<

[234] Nadler, 1988. <<

[235] Goodall, 1986; Fossey, 1983; Galdikas, 1979. <<

[236] Tutin y McGinnis, 1981; Fossey, 1979; Veit, 1982; Galdikas, 1979. <<

[237] COMPORTAMIENTO SEXUAL DE LOS CHIMPANCÉS PIGMEOS: en los chimpancés pigmeos, también conocidos como bonobos, se observan conductas y hábitos sexuales bastante diferentes de los observados en otros simios. Aparece un índice alto de homosexualidad, y si bien la actividad homosexual alcanza su punto más alto durante el celo, dichos contactos se presentan también en otros momentos del ciclo menstrual (De Waal, 1987; Thompson-Handler, Malenky y Badrian, 1984). La actividad heterosexual de los bonobos es asimismo observable durante todo el ciclo menstrual (ibid.). Y las hembras bonobo vuelven a la actividad heterosexual dentro del año posterior al parto (Badrian y Badrian, 1984). Debido a que en los chimpancés pigmeos se observan estos extremos de la sexualidad de los simios, y debido a que los datos bioquímicos sugieren que los chimpancés pigmeos aparecieron sobre la Tierra no más de dos millones de años atrás (Zihlman y otros, 1987), no me inclino a considerarlos un modelo adecuado de la vida de los hominoideos hace veinte millones de años. <<

[238] Hrdy, 1981; Goodall, 1986; De Waal, 1982. <<

[239] Conoway y Koford, 1964; Goodall, 1986; Rowell, 1972; Harcourt, 1979; Veit, 1982; Fossey, 1983. <<

[240] Goodall, 1986; MacKinnon, 1979. <<

[241] Fossey, 1983. <<

[242] Veit, 1982; Fossey, 1983; De Waal, 1982, 1987. <<

[243] LA VIOLACIÓN EN OTRAS ESPECIES: en diversas pruebas de libre acceso (PLA), una hembra de chimpancé, de gorila o de orangután fue alojada con un macho de la misma especie dentro de una jaula compartida; cada uno de los animales tenía acceso constante al otro. Algunos de los machos de las tres especies dominaban a la hembra y forzaban la cópula, al margen del estado sexual de la hembra o de sus preferencias (Nadler, 1988). Los ejemplos más frecuentes y conspicuos de violación los dieron los machos de orangután. La violación se producía en cada ocasión en que una hembra y un macho eran encerrados juntos, independientemente del momento del ciclo menstrual en que la hembra se encontrara o de su disposición a la cópula. En una segunda prueba se instaló una puerta que dividía la jaula en dos mitades iguales. El diseño de la puerta permitía que la hembra ingresara libremente en el sector del macho, pero el macho no podía entrar libremente en el sector de la hembra. En estas condiciones, las hembras de las tres especies sólo buscaron la cópula solamente durante un período restringido, asociado al momento central del celo (*ibid*). Por lo tanto, cuando las hembras podían controlar el apareamiento, la actividad sexual se volvió marcadamente periódica (*ibid*.). La violación también se produce en los simios en libertad. Existen informes de dos ocasiones en que se observaron cópulas forzadas entre chimpancés (Tutin y McGinnis, 1981). En ambos casos, un macho atrapó a una hembra en un árbol y forzó el apareamiento. En algunas ocasiones se observó que el gorila macho dirigía gestos agresivos a la hembra durante el cortejo, pero en ninguno de los casos la cópula fue forzada (Harcourt, 1979). La violación tal vez sea una de las estrategias reproductoras primarias de los orangutanes macho subadultos. Los machos dominantes y plenamente desarrollados entablan el cortejo de la hembra durante su período receptivo; no fuerzan a la hembra a copular (Galdikas, 1979). Pero los subadultos a menudo abordan a la hembra e intentan copular por la fuerza (MacKinnon, 1979). Estas «violaciones furtivas» son ahora consideradas como una «estrategia reproductora alternativa estable» de los orangutanes (Rodman, 1988). La violación también se ha observado en otras especies como patos, gaviotas, garzas, albatros y golondrinas de ribera. El macho de golondrina de ribera, por ejemplo, una especie monógama que anida en colonias, intentará derribar en pleno vuelo a otras hembras apareadas con otros machos para forzar la cópula (véase Daly y Wilson, 1983). <<

[244] Van Couvering, 1980. <<

[245] Berggren y Hollister, 1977. <<

[246] Van Couvering y Van Couvering, 1975; Berggren y Hollister, 1977; Thomas, 1985. <<

[247] Axelrod y Raven, 1977. <<

[248] Andrews y Van Couvering, 1975, 65. <<

[249] Van Couvering, 1980; Axelrod y Raven, 1977. <<

[250] Andrews y Van Couvering, 1975. <<

[251] La sabana es un terreno tapizado de hierbas con adecuado drenaje y cubierto de un 10% a un 40% de árboles (Retallack, Dugas, y Bestland, 1990). <<

[252] Andrews y Van Couvering, 1975; Van Couvering, 1980; Retallack, Dugas y Bestland, 1990. <<

[253] Andrews y Van Couvering, 1975; Van Couvering, 1980; Axelrod y Raven, 1977; Maglio, 1978; Bernor, 1985; Vrba, 1985. <<

[254] Kay, 1981; Pilbeam, 1985. <<

[255] Greenfield, 1980, 1983; Andrews y Cronin, 1982; Conroy y otros, 1990. <<

[256] Wolpoff, 1982; Ciochon y Fleagle, 1987. <<

[257] LA DIVERSIFICACIÓN HUMANA EN EL TIEMPO: la información proveniente del ADN y de las diferencias entre la humanidad y los simios Áfricanos determinadas por medio de análisis bioquímicos, anatómicos y genéticos sugiere épocas para la diversificación de la línea humana que varían un poco. Los cálculos van de los 10 a los 4 millones de años antes de la época presente. (Véanse Sarich y Wilson, 1967a, 1967b; Cronin, 1983; Sibley y Ahlquist, 1984; Andrews y Cronin, 1982). Información más reciente señala que los seres humanos están más íntimamente relacionados con los chimpancés, y que los gorilas se diversificaron más temprano (Miyamoto, Slightom y Goodman, 1987). Partes de esta investigación, sin embargo, se han puesto en duda (Lewin, 1987b). <<

[258] Veit, 1982. <<

[259] Nadler, 1975. <<

[260] Veit, 1982. <<

[261] Fossey, 1983. <<

[262] Darwin, 1871; Freud, 1918; Engels [1884], 1954. <<

[263] Lucrecio, 1965, 162-63. <<

[264] Kano, 1979; Kano y Mulavwa, 1984. <<

[265] Kano, 1979; Badrian y Malenky, 1984. <<

[266] De Waal, 1987; Thompson-Handier, Malenky y Badrian, 1984; Kano y Mulavwa, 1984. <<

[267] Kuroda, 1984; De Waal, 1987; Savage-Rumbaugh y Wilkerson, 1978. <<

[268] De Waal, 1987. <<

[269] Ford y Beach, 1951. <<

[270] De Waal, 1987. <<

[271] Kano, 1980. <<

[272] EL COITO CARA A CARA EN LA NATURALEZA: diversos animales copulan cara a cara algunas veces, incluso los gorilas (Nadler, 1975), los orangutanes (Galdikas, 1979), las siamangas (Chivers, 1978) y las ballenas y marsopas (Harrison, 1969). <<

[273] Coolidge, 1933; Zihlman y otros, 1987; Zihlman, 1979; Susman, 1984. <<

[274] Ellen Ingmanson, antropóloga, comunicación personal. <<

[275] McGinnis, 1979; Goodall, 1986. <<

[276] Tutin, 1979; McGinnis, 1979; McGrew, 1981; Goodall, 1986. <<

[277] McGrew, 1981; Goodall, 1986; De Waal, 1982; McGinnis, 1979. <<

[278] McGinnis, 1979; Tutin, 1979; Goodall, 1986; McGrew, 1981. <<

[279] Pusey, 1980. <<

[280] McGinnis, 1979; Tutin, 1979; Goodall, 1986. <<

[281] Tutin y McGinnis, 1981. <<

[282] Bygott, 1979; Goodall y otros, 1979; Wrangham, 1979b; Goodall, 1986. <<

[283] Goodall y otros, 1979. <<

[284] Bygott, 1974, 1979; Goodall y otros, 1979; Goodall, 1986. <<

[285] Teleki, 1973a, 1973b; Goodall, 1986. <<

[286] Teleki, 1973a; McGrew, 1981. <<

[287] Plooij, 1978. <<

[288] Goodall, 1968, 1970, 1986; McGrew, 1981. <<

[289] De Waal, 1989. <<

[290] McGrew, 1979, 1981; véase también Boesch y Boesch, 1984. <<

[291] Goodall, 1970, 1986; McGrew, 1974, 1981. <<

[292] Goodall, 1986. <<

[293] Fouts, 1983. <<

[294] Moss, 1988. <<

[295] Tanner, 1981; McGrew, 1981; Fisher, 1982; Mansperger, 1990; Foley y Lee, 1989. <<

[296] Hay y Leakey, 1982. <<

[297] LOS TÉRMINOS HOMINOIDEO Y HOMÍNIDA: tradicionalmente los antropólogos usaban el término *hominoideo* para designar a los antepasados de los grandes simios y de la humanidad. El término *homínida* lo empleaban para designar exclusivamente a los antepasados de los seres humanos. Desde entonces la ciencia de las cladísticas ha evolucionado. Esta escuela de pensamiento afirma que las especies deberían agruparse según lo reciente de sus antepasados comunes, y a causa de las remotas relaciones bioquímicas entre los humanos y los orangutanes y de la íntima relación entre humanos, chimpancés y gorilas, algunos de estos científicos aspiran a cambiar estos términos en función de ello. Personalmente, empleo el término tradicional *hominoideo* para designar a todos los antepasados de los simios y de los seres humanos, y *homínida* lo reservo exclusivamente para los antepasados de la humanidad (véase Marks, 1989). <<

[298] Leakey y Hay, 1979; Hay y Leakey, 1982. <<

[299] Leakey y otros, 1976; White, 1977, 1980. <<

[300] Johanson y Edey, 1981; Johnston, 1982; Lewin, 1983a. <<

[301] Johanson y White, 1970; véanse Johnston, 1982; Susman, Stern y Jungers, 1985; Jungers, 1988; McHenry, 1986. <<

[302] Johanson y White, 1979; White, 1985; Tuttle, 1990. <<

[303] Van Couvering, 1980. <<

[304] *Ibid*.\ Vrba, 1985; Axelrod y Raven, 1977; Bernor, 1985. <<

[305] Pilbeam, 1985. <<

[306] Binford, 1981, 1985; Blumenschine, 1986, 1987, 1989; Shipman, 1986; Potts, 1988; Sinclair, Leakey y Norton-Griffiths, 1986; Lewin, 1987b. <<

[307] Tunnell, 1990; Schaller y Lowther, 1969; Blumenschine, 1986. <<

[308] EL ROBO DE LA CAZA AJENA ENTRE LOS PRIMATES NO HUMANOS: Goodall informó de robos de la caza ajena observados entre los chimpancés de la Reserva Gombe Stream, de Tanzania, en diez ocasiones. En la mayoría de los casos se trataba de un chimpancé que volvía para comer carne abandonada por un grupo de chimpancés que habían capturado y matado una presa más temprano ese mismo día. En uno de los casos, un chimpancé robó el cuerpo exánime de un mono en el mismo momento en que Goodall lo enfocaba con la cámara fotográfica. Los chimpancés de Gombe no prestaban la menor atención a la carne fresca de un cervatillo muerto ni de una gallina. Pero en cuatro oportunidades chimpancés procedentes del territorio de investigación de las Montañas Mahale, ubicado en las inmediaciones, robaron restos de antílopes azules o de ciervos (Goodall, 1986). Los babuinos de sabana también realizan robos de presas ajenas (Strum, 1990; Cavallo y Blumenschine, 1989). <<

[309] Cavallo, 1990; Cavallo y Blumenschine, 1989. <<

[310] McHenry, 1986; Ryan y Johanson, 1989. <<

[311] Gaulin y Konner, 1977. <<

[312] LOS PUEBLOS CAZADORES-RECOLECTORES MODERNOS COMO MODELO DE LA EVOLUCIÓN HOMÍNIDA: en la década de 1960 se puso de moda entre los antropólogos emplear a los !kung como modelo para reconstruir la vida como habría sido durante nuestro pasado de cazadores-recolectores (Lee, 1968). Actualmente la tendencia cayó en desuso. Wilmsen (1989) argumenta que los !kung tienen contacto con pueblos pastores vecinos desde hace varios siglos y que sus aparentes costumbres de pueblo recolector de alimentos son el resultado de acontecimientos históricos recientes (*ibid*.). Por lo tanto, los !kung no representan la prístina sociedad cazadora-recolectora que en un momento los antropólogos creyeron haber descubierto; tampoco ofrecen un modelo adecuado para la comprensión de la vida en el pasado. Recientemente, los antropólogos comenzaron a analizar las actividades de caza y recolección de los pueblos tradicionales en términos de «ESTRATEGIAS ÓPTIMAS PARA ALIMENTARSE». Esta línea de investigación afirma que una sociedad modificará su forma cotidiana de obtener alimento según las dificultades para conseguirlo y procesarlo, la constancia de la fuente y la cantidad y calidad del alimento obtenido, así como varios factores más, a fin de optimizar su incorporación de nutrientes y minimizar el gasto de energía, tiempo y riesgo requeridos (Hawkes y otros, 1982; Torrence, 1989). Por lo tanto, como desconocemos las características del microentorno específico del África oriental en los milenios pasados, no podemos estar seguros de que los actuales cazadores-recolectores sean modelos aceptables para la reconstrucción de la vida de las poblaciones antiguas. Tras estas advertencias, aún consideramos justificado afirmar que el pueblo !kung tradicional vivió en un medio ambiente básicamente semejante al de los primeros homínidos y que desplegaron una organización social notablemente poco contaminada por las influencias exteriores. Por lo tanto, en mi intento de comprender nuestro pasado continuaré recurriendo a los !kung como modelo. Véanse Schrire, 1984; Solway y Lee, 1990; Wilmsen y Denbow, 1990. <<

[313] Sahlins, 1972. <<

[314] Darwin, 1871, 434. <<

[315] Tanner y Zihlman, 1976; Zihlman y Tanner, 1978; Zihlman, 1981; Tanner, 1981. <<

[316] Potts, 1988; Watanabe, 1985. <<

[317] LA PATERNIDAD EN LAS DIVERSAS ESPECIES: en los machos de numerosas especies se observan conductas paternales, a pesar de que muchos no son monogámicos. La manifestación paternal del macho se presenta de dos maneras: *a)* cuidados directos, como por ejemplo la alimentación y/o la carga de las crías, su custodia en ausencia de la madre, dormir en contacto con las crías, su higienización, los juegos y/o el entrenamiento para captura y devolución de objetos; *b)* cuidados indirectos, como la defensa de los recursos, el almacenamiento de alimentos o la construcción de guaridas para las crías, la colaboración con las hembras preñadas o que amamantan, el marcado y/o mantenimiento del territorio, la defensa y patrullaje de los límites del propio territorio, la expulsión de intrusos y/o los gritos para espantarlos (Kleiman y Malcolm, 1981; véase también Hewlett, 1992). <<

[318] Wittenberger y Tilson, 1980; Kleiman, 1977; Orians, 1969; Lack, 1968; Mock y Fujioka, 1990. <<

[319] UNA PERSPECTIVA TRANSVERSAL DE LA MONOGAMIA EN LAS DIVERSAS ESPECIES: varias circunstancias deben concurrir para que se produzca la monogamia, y los investigadores proponen explicaciones alternativas para la evolución de la monogamia en las diferentes criaturas. El trabajo de Devra Kleiman es el que mayor influencia ejerció sobre mi punto de vista; específicamente, su opinión de que la monogamia se manifiesta «cuando más de un único individuo (la hembra) es necesario para criar a los hijos» (Kleiman, 1977, 51). Esto mismo afirmaron con otras palabras Ember y Ember (1979): «Las parejas heterosexuales aparecen siempre que la necesidad de la madre de satisfacer sus necesidades de nutrición entran en conflicto con el cuidado de las crías. La duración del vínculo depende de cuánto tiempo necesiten los cuidados de los padres». Creo que este factor fue decisivo en la evolución de la monogamia en el *Homo sapiens*. Para el estudio de la monogamia en aves y mamíferos, véanse Kleiman, 1977; Wittenberger y Tilson, 1980; Lack, 1968; Orians, 1969; Rutberg, 1983; Peck y Feldman, 1988; Mock y Fujioka, 1990. <<

[320] CRÍAS PRECOCES: las criaturas cuyas crías nacen en un estado de relativa madurez, a diferencia de la inmadurez, se dice que dan a luz crías precoces. Los caballos proporcionan un buen ejemplo: el potrillo puede ver y caminar pocas horas después de nacer. <<

[321] Kleiman, 1977; Henry, 1985; Lloyd, 1980; Zimen, 1980; Gage, 1979; Rué, 1969. <<

[322] Trivers, 1972; Emlen y Oring, 1977. <<

[323] Henry, 1985; Lloyd, 1980; Zimen, 1980; Gage, 1979; Rué, 1969. <<

[324] Orians, 1969; Mock y Fujioka, 1990. <<

[325] Eugene Morton, Departamento de Ornitología, Smithsonian Institution, comunicación personal. <<

[326] EL DIMORFISMO SEXUAL, LA POLIGINIA Y LA MONOGAMIA: en numerosas especies poliginias los machos se disputan físicamente el privilegio de convertirse en jefe del harén. Los más débiles y pequeños son ahuyentados, los machos grandes se aparean, y se produce de este modo la selección de los machos grandes. Como los huesos desenterrados en Hadar y Laetoli eran de diferentes tamaños, algunos antropólogos sostienen que estos individuos tenían un sistema de apareamiento poliginio. Dicho argumento presenta varios problemas, *a)* La correlación entre machos grandes, hembras pequeñas y poliginia no es una constante en la naturaleza. Las excepciones son tan numerosas que los antropólogos ahora postulan que no existe ninguna conexión necesaria entre el grado del dimorfismo sexual y las estrategias de apareamiento (Frayer y Wolpoff, 1985; Mock y Fujioka, 1990). *b)* Muy pocos huesos fósiles se encuentran en Hadar y Laetoli y las muestras poco abundantes a menudo no expresan nada acerca de poblaciones enteras (Gaulin y Boster, 1985). *c)* La diferencia de tamaño en estos huesos se puede explicar por otras fuerzas ecológicas. El robo de la presa ajena y la caza (así como la monogamia en serie) pueden haber provocado la selección de los machos grandes, mientras que el diminuto esqueleto de Lucy podría deberse a una compensación de las exigencias en la crianza de los hijos. A causa del embarazo y la lactancia, los mamíferos hembra necesitan calorías adicionales, deben comer por dos y luego amamantar a la criatura, de modo que mientras más pequeña fuera Lucy, menos alimento necesitaría para ella misma. Para más datos sobre dimorfismos sexuales, véase Hall, 1982. <<

[327] Cohen, 1980; Hassan, 1980; Lee, 1980; Short, 1976, 1984; Konner y Worthman, 1980; Simpson-Hebert y Huffman, 1981; Lancaster y Lancaster, 1983; Frisch, 1978. <<

[328] Birdsell, 1979. <<

[329] Galdikas y Wood, 1990. <<

[330] Raymond Hames, Departamento de Antropología, Universidad de Nebraska, comunicación personal. <<

[331] Briggs, 1970. <<

[332] Gorer, 1938. <<

[333] Heider, 1976. <<

[334] Lancaster y Lancaster, 1983. <<

[335] EL CICLO DE CUATRO AÑOS PARA LA RECUPERACIÓN DE LA FECUNDIDAD: VARIACIONES MODERNAS, ORIGEN DE LOS SIMIOS: la vida moderna ha modificado este ciclo general de cuatro años para la recuperación de la fecundidad humana. Incluso las mujeres que practican la lactancia constante en la India, Bangladesh, los Estados Unidos y Escocia comienzan a ovular tras un período de cinco a dieciocho meses a contar desde el parto (Simpson-Hebert y Huffman, 1981; Short, 1984). De modo que los intervalos entre nacimientos pueden durar apenas dos años o menos. Este fenómeno se explica actualmente por medio de la HIPÓTESIS DEL NIVEL «ESENCIAL DE GRASA». En los años setenta Rose Frisch y sus colegas propusieron la hipótesis de que para disparar el mecanismo de la ovulación la mujer necesita disponer de los niveles adecuados de grasa (Frisch y Revelle, 1970; Frisch, 1978, 1989). A causa de la dieta hipercalórica moderna, de la falta de ejercicio y de la frecuencia limitada de la lactancia, las mujeres a menudo ovulan y quedan embarazadas pocos meses después del parto. Sin embargo, los ciclos modernos de espaciamiento de los nacimientos no se ajustan a los patrones tradicionales. Cuando nuestros antepasados caminaban kilómetros para encontrar qué comer ese día, cuando se alimentaban de fruta y carne magra y las mujeres amamantaban a sus crías continuamente, las reservas de grasa eran inferiores y es muy probable que las mujeres dieran a luz a intervalos de aproximadamente cuatro años (Lancaster y Lancaster, 1983). La información sobre intervalos entre nacimientos de los simios confirma la antigüedad de este patrón reproductor. Entre los chimpancés y los gorilas los intervalos entre nacimientos son en general de aproximadamente cuatro a cinco años, mientras que los intervalos entre nacimientos de los orangutanes son casi siempre de ocho años (Alien y otros, 1982; Galdikas y Wood, 1990). <<

[336] Tanner, 1981; McGrew, 1981; Fisher, 1982; Foley y Lee, 1989; Mansperger, 1990. <<

[337] Strum, 1990; Smuts, 1985, 1992. <<

[338] COMPOSICIÓN DE LOS GRUPOS homínidos PRIMITIVOS: Birdsell (1968) propuso que los grupos primitivos de homínidos estaban compuestos por aproximadamente veinticinco individuos, la mitad de los cuales eran adultos. Este modelo estándar de los grupos sociales primitivos de homínidos me parece razonable. Véase también Foley y Lee, 1989. <<

[339] Laura Betzig, Programa de Evolución y Conducta Humana, Universidad de Michigan, comunicación personal. <<

[340] RAZONES ADAPTATIVAS PARA QUE LOS MACHOS VUELVAN A CONTRAER «MATRIMONIO»; entre los simios, los machos prefieren copular con hembras de más edad y más maduras en lugar de con adolescentes, presumiblemente porque las hembras con hijos ofrecen el antecedente de una buena trayectoria reproductora. Esto plantea el interrogante de por qué los machos homínidos ancestrales habrían de buscar el apareamiento con hembras jóvenes en lugar de con las más maduras. Considero que la respuesta reside en la ecología de la monogamia. En las especies monógamas los machos invierten tiempo y esfuerzo en la crianza de sus propias crías. Por lo tanto, los valores adscritos a la juventud —como por ejemplo óvulos frescos, cuerpo elástico, personalidad adaptable y futuro reproductor más prolongado— pueden resultar más importantes para un macho que los antecedentes de una buena trayectoria reproductora. <<

[341] RAZONES ADAPTATIVAS PARA QUE LAS HEMBRAS VUELVAN A CONTRAER «MATRIMONIO»: el psicólogo David Buss (Departamento de Psicología, Universidad de Michigan, comunicación personal) destaca que una vez que una mujer ha dado a luz a un niño, su valor reproductor desciende, lo cual la vuelve menos atractiva para los machos que están en su plenitud. Por lo tanto, a medida que una mujer envejecía, sus apareamientos posteriores eran con hombres de menor valor reproductor. En consecuencia, la monogamia en serie no era una estrategia adaptativa en el caso de las hembras ancestrales. Este argumento es lógico. No obstante, debemos considerar diversas variables prácticas, *a)* El tamaño del grupo y la escasa frecuencia de los contactos intergrupales pueden haber reducido las oportunidades de las hembras para conseguir machos potentes en sus primeros apareamientos, lo cual significaba buenas posibilidades de subir en la escala en los apareamientos sucesivos, *b)* El valor reproductor del primer cónyuge de una hembra podía bajar repentinamente a causa de una lesión, por lo tanto, aunque la segunda pareja pudiera no estar en la flor de la edad, resultaría de mayor valor reproductor que la primera, *c)* Es probable que los machos jóvenes fuesen fuertes y rápidos para cazar y proteger, aunque también fueran inexpertos, mientras que los machos maduros indudablemente tenían más experiencia en la caza, el robo de la caza ajena y la paternidad (aunque también tenían la carga económica de esposas e hijos anteriores). Por consiguiente, el valor reproductor de los machos probablemente variaba muchísimo a causa de factores independientes de la edad, *d)* El valor reproductor de la hembra puede haber aumentado con la edad en el caso de que se volviera una recolectora más eficaz y a la vez permaneciera fértil, con lo cual atraería a más machos potentes en sus apareamientos posteriores. Sospecho que el valor reproductor de cada macho y cada hembra subía o bajaba de acuerdo con diversas variables. Seguramente, las vicisitudes del medio ambiente también agregaban sus propias variables. Por consiguiente, que las hembras temieran una estrategia reproductora de monogamia en serie, flexible y «oportunista» habría sido adaptativo. <<

[342] Bertram, 1975; Schaller, 1972; Hausfater y Hrdy, 1984. <<

[343] Daly y Wilson, 1988. <<

[344] Tylor, 1889, 267-68. <<

[345] Friedl, 1975. <<

[346] Liebowitz, 1983. <<

[347] Tennov, 1979; Money, 1980. <<

[348] Shostak, 1981, 268. <<

[349] Jankowiak y Fischer, 1992. <<

[350] Liebowitz, 1983, 90. <<

[351] Bischof, 1975; Wickler, 1976. <<

[352] LOCALIZACIONES DEL AFECTO: los etólogos observan que los animales se encariñan (buscan y mantienen el contacto) con diferentes cosas: objetos, por ejemplo un árbol o una cerca; lugares, por ejemplo una porción de terreno o de playa; individuos o grupos de la misma especié, por ejemplo infantes, parejas, o agrupaciones de compañeros. Las personas se encariñan con los mismos objetos mencionados: el hogar, ciertas porciones de terreno, niños, parientes y amigos. Varios científicos han confirmado que la motivación del cariño es instintiva. Véanse Wickler, 1976; Bowlby, 1969. <<

[353] EL CARIÑO EN LOS ANIMALES: los cachorros pequeños, los bebés de mono, los pollitos y los cobayos lloran cuando la madre los deja solos, aunque estén abrigados, cómodos y no tengan hambre. El pulso cardíaco se acelera, la presión arterial aumenta y la temperatura del cuerpo se eleva en la medida en que la «angustia de la separación» se intensifica hasta alcanzar el pánico. Sin embargo, si se les administran endorfinas u otros opiáceos naturales, estas criaturas se calman. El locus ceruleus, un área del tronco cerebral, y otros loci del cerebro también desempeñan un papel en el pánico episódico y en los ataques de angustia. Véase Liebowitz, 1983. <<

[354] Michael Trupp, psiquiatra de la ciudad de Nueva York, comunicación personal. <<

[355] Bowlby, 1969. <<

[356] Bieber y otros, 1962; Ruse, 1988. <<

[357] Bell y Weinberg, 1978. <<

[358] Ruse, 1988. <<

[359] Merry Ratliff Muraskin, terapeuta y antropólogo de Nueva York, comunicación personal. <<

[360] Kinsey, Pomeroy y Martin, 1948; Kinsey y otros, 1953; Silverstein, 1981; Ruse, 1988. <<

[361] Adams, 1980. <<

[362] Daly y Wilson, 1988. <<

[363] Stephens, 1963. <<

[364] Hiatt, 1989. <<

[365] Goodall, 1986. <<

[366] Hiatt, 1989. <<

[367] David Buss, Departamento de Psicología, Universidad de Michigan, comunicación personal. <<

[368] Weiss, 1975. <<

[369] Zuckerman, Buchsbaum y Murphy, 1980; Zuckerman, 1971; Weiss, 1987. <<

[370] Sostek y Wyatt, 1981; Weiss, 1987. <<

[371] Kagan, Reznick y Snidman, 1988. <<

[372] Donaldson, 1971. <<

[373] Mellen, 1981; Donaldson, 1971. <<

[374] Darwin [1872], 1965. <<

[375] SELECCIÓN NATURAL VERSUS SELECCIÓN SEXUAL: en términos de transmisión de genes, no existe ninguna diferencia entre selección natural y selección sexual. La distinción se refiere al tipo de selección y al tipo de resultados adaptativos. La selección sexual se define como selección en función de características que están específicamente conectadas con el aumento de las propias posibilidades de éxito en la atracción y obtención de parejas. Los resultados son la evolución de rasgos útiles a la sexualidad y la reproducción más bien que adaptaciones al entorno general. De acuerdo con Darwin, es habitual distinguir dos tipos de selección sexual: *a)* LA SELECCIÓN INTRASEXUAL es la selección basada en los rasgos que permitirán la competencia con miembros del mismo sexo por parejas del sexo opuesto; *b)* LA SELECCIÓN IN-TERSEXUAL es la selección basada en las características que volverán al sujeto atractivo para el sexo opuesto. Véanse Darwin, 1871; Campbell, 1972; Gould y Gould, 1989. <<

[376] Eberhard, 1987, 1990. <<

[377] Smith, 1984: Eberhard, 1985, 1990. <<

[378] Daly y Wilson, 1983. <<

[379] Smith, 1984. <<

[380] Short, 1977; Moller, 1988; Lewin, 1988d. <<

[381] Smith, 1984. <<

[382] Darwin, 1871; Bateman, 1948; Trivers, 1972. <<

[383] Morris, 1967. <<

[384] Gallup, 1982. <<

[385] Lancaster, 1986. <<

[386] Low, Alexander y Noonan, 1987. <<

[387] Mascia-Lees, Relethford y Sorger, 1986. <<

[388] Darwin, 1871, 907. <<

[389] *Ibid*. 881. <<

[390] Alexander, 1990. <<

[391] Ford y Beach, 1951. <<

[392] NEOTENIA: Ashley Montagu (1981) propone la hipótesis de que la curvatura hacia abajo del canal vaginal de la hembra humana y el coito cara a cara evolucionaron como subproducto de la «neotenia», o fenómeno de irse «volviendo joven». El término neotenia alude al notable fenómeno de la continuidad de rasgos infantiles en la vida adulta; tenemos varios rasgos neoténicos, incluso los rostros planos, los cráneos redondeados, la capacidad lúdica, la curiosidad, así como otros rasgos emocionales y físicos observables en los primates no humanos durante la infancia, pero ausentes en los adultos. La vagina curvada hacia abajo está presente en los embriones de todos los mamíferos, pero después del nacimiento el canal vaginal gira hacia atrás y queda alineado paralelamente con la columna vertebral. Las mujeres retienen esta orientación embrionaria de la vagina toda la vida. Montagu (1981) formuló la hipótesis de que el emplazamiento inmaduro de la vagina humana (así como los demás rasgos neoténicos humanos) evolucionaron en conjunto cuando la evolución favoreció el desarrollo del cerebro milenios atrás. El cerebro fetal en expansión requirió que la madre diera a luz a sus criaturas en una etapa anterior del desarrollo. Montagu sostiene que, junto con el parto prematuro, los seres humanos experimentaron una maduración más lenta, una niñez más prolongada y retuvieron numerosos rasgos infantiles que perduran en la vida adulta, entre ellos la vagina curvada hacia abajo. Información obtenida posteriormente se contradice con la teoría de Montagu. Diversos rasgos neoténicos del cráneo homínida pueden haber evolucionado en diferentes momentos, lo cual indica que cada uno estuvo sujeto a una selección directa (Lewin, 1985). <<

[393] Symons, 1979. <<

[394] Rancourt-Laferriere, 1983. <<

[395] EL ORGASMO COMO UNA FORMA DE ESTIMULAR LAS SENSACIONES FISIOLÓGICAS DEL APEGO: la oxitocina, un péptido originado en el cerebro por la glándula pituitaria, es secretada (al menos en los hombres) durante el orgasmo y cumple la función de producir sensaciones de placer y plenitud sexual (Angier, 1991). Ello significa que el orgasmo podría producir respuestas químicas que aumentan los sentimientos de apego. <<

[396] Smith, 1984; Alcock, 1987. <<

[397] Burton, 1971; De Waal, 1982; Whitten, 1982; Lancaster, 1979; Hrdy, 1981; Savage-Rumbaugh y Wilkerson, 1978. <<

[398] LA INESTABILIDAD DEL ORGASMO FEMENINO HUMANO: a partir de datos relacionados con la forma en que las personas aprenden, actualmente se ha podido demostrar que las recompensas parciales o no constantes las estimulan a realizar esfuerzos más persistentes que las recompensas totales y constantes. Por eso hay quien afirma que la frustración sexual provocada por la irregular respuesta del orgasmo femenino cumplió la función de estimular a las hembras ancestrales a buscar nuevas relaciones sexuales (Diamond, 1980). <<

[399] LAS RELACIONES SEXUALES FUERA DEL CELO EN OTROS ANIMALES: las hembras de chimpancé pigmeo tienen relaciones sexuales con otras hembras de forma cotidiana. Las cópulas heterosexuales también se observan durante la mayor parte del ciclo menstrual, si bien no todo (Thompson-Handler, Malenky y Badrian, 1984). Los informes indican que las hembras de delfín se masturban y copulan regularmente, con escasos signos de periodicidad (Diamond, 1980). En las hembras de varias especies de primates se observan conductas sexuales fuera del pico central del celo, como por ejemplo durante las revueltas en la manada, cuando viven en cautiverio o durante la preñez. Podrían mencionarse numerosas excepciones, pero en términos generales la mayoría de las relaciones heterosexuales entre las hembras de primate ocurren en el momento pico del celo. Véanse Fedigan, 1982; Lancaster, 1979; Hrdy, 1981. <<

[400] Kinsey y otros, 1953; Ford y Beach, 1959; Wolfe, 1981. <<

[401] Ford y Beach, 1951. <<

[402] LA MENOPAUSIA: el complejo cese programado de la ovulación conocido como menopausia, que ocurre en todas las mujeres de edad madura, no parece presentarse en otros primates ni en otros mamíferos, si bien en las hembras de elefante, en las ballenas piloto y en algunas hembras de primates se observan algunos signos de menopausia cuando llegan a la vejez (Alexander, 1990, Pavelka y Fedigan, 1991). En la actualidad, algunos científicos piensan que la menopausia evolucionó en las homínidos ancestrales como una estrategia adaptativa destinada a favorecer la supervivencia de las crías existentes y de otros parientes genéticos, en lugar de generar nuevas crías que requerirían muchos años de cuidados. En consecuencia, la madre posmenopáusica podía desempeñar los papeles de ABUELA y NIÑERA de los nietos. La menopausia también podría ser un efecto secundario de la prolongación de la vida, o efecto pleiotrópico (Pavelka y Fedigan, 1991). Tal vez el alto nivel de *libido* de la hembra homínida posmenopáusica evolucionó para favorecer el mantenimiento de los apareamientos (y las coaliciones político-sociales a las cuales servían de base), así como para permitir a las hembras que continuaran obteniendo recursos adicionales a cambio de las cópulas «extramaritales». Véanse Alexander, 1990; Dawkins, 1976; Pavelka y Fedigan, 1991. <<

[403] Strassman, 1981; Alexander y Noonan, 1979; Turke, 1984; Fisher, 1975, 1982; Lovejoy, 1981; Burley, 1979; Small, 1988; Gray y Wolfe, 1983; Benshoof y Thornhill, 1979; Daniels, 1983; Burleson y Trevathan, 1990; Hrdy, 1983. <<

[404] Teleki, 1973a; Goodall, 1986. <<

[405] Fisher, 1975, 1982. <<

[406] Rosenblum, 1976. <<

[407] PICOS NATURALES EN EL IMPULSO SEXUAL FEMENINO HUMANO: los estudios indican que el pico de la sexualidad femenina se manifiesta en la mitad de su ciclo menstrual (Hrdy, 1981). Las mujeres casadas a las que se les suministró una amplia variedad de dispositivos anticonceptivos manifestaron, durante la ovulación y prácticamente en cualquier condición, un incremento en la actividad sexual por ellas iniciada; esto desapareció con la administración de anticonceptivos orales (Adams, Gold y Burt, 1978). Sin embargo, en una muestra de mujeres norteamericanas casadas la intensidad de la actividad sexual alcanzó su punto máximo inmediatamente después de terminada la menstruación (Udry y Morris, 1977). Otros estudios indican que las esposas norteamericanas (así como las mujeres de otras culturas) experimentan un alza de la excitabilidad inmediatamente antes o después de la menstruación (Ford y Beach, 1951; Kinsey y otros, 1953). Esta información me lleva a proponer que las mujeres tienen dos picos naturales del impulso sexual: uno durante y alrededor de la ovulación, y otro justo antes o durante la menstruación. El pico que se produce durante la ovulación puede ser un remanente del celo. El pico en la menstruación puede haber evolucionado como consecuencia de convertirse en bípedas. Antes de la menstruación la sangre se acumula naturalmente en la región pelviana, y a esas alturas del ciclo el hecho de ser bípedas podría elevar la tensión en los tejidos genitales. <<

[408] Daniels, 1983. <<

[409] Gould, 1981; Russett, 1989. <<

[410] Mead, 1935, 280. <<

[411] DETERMINISMO CULTURAL: el marcado viraje hacia el «determinismo cultural» que tuvo lugar en los años veinte y treinta no se concentró solamente en las diferencias de sexo, sino que fue una reacción intelectual ante el movimiento eugenésico de aquel momento, y también subrayó los aspectos raciales y étnicos comunes. Para una mejor comprensión de la historia del debate naturaleza-educación y de los acontecimientos a comienzos del siglo XX que influyeron en la polémica, véase Degler, 1991. <<

[412] Jost, 1972; Otten, 1985. <<

[413] Maccoby y Jacklin, 1974; McGuinness, 1976, 1979, 1985. <<

[414] Benderly, 1987, 1989. <<

[415] Sherman, 1978. <<

[416] Benderly, 1987. <<

[417] McGuinness, 1985, 89. <<

[418] Kimura, 1989; Weiss, 1988. <<

[419] Fennema y Leder, 1990. <<

[420] Maccoby y Jacklin, 1974; McGuinness, 1979; Fennema y Leder, 1990. <<

[421] Benbow y Stanley, 1980, 1983. <<

[422] Leder, 1990; Benderly, 1987. <<

[423] Kimura, 1989; Moir y Jessel, 1989. <<

[424] Silverman y Beals, 1990. <<

[425] Fennema y Leder, 1990; Sherman, 1978; Benderly, 1987; Bower, 1986. <<

[426] Darwin, 1871. <<

[427] McGuinness, 1979; McGuinness y Pribram, 1979; Hall y otros, 1978, 1977; Zuckerman y otros, 1976; Hall, 1984. <<

[428] De Lacoste-Utamsing y Holloway, 1982. <<

[429] Kimura, 1983; McGuinness, 1985. <<

[430] Geschwind, 1974; Springer y Deutsch, 1985. <<

[431] ORÍGENES DE LA INTUICIÓN FEMENINA. UNA PERSPECTIVA DIFERENTE: Donald Symons (1979) sostiene que las mujeres desarrollaron su notable habilidad para interpretar claves no verbales porque las hembras homínidos necesitaban seleccionar al macho adecuado para la crianza de los hijos. Las hembras que lograban «leer» correctamente las claves de la personalidad sobrevivían mucho más (Symons, 1979). Los sociólogos señalan que los individuos de baja clase social son observadores más agudos de los individuos de clase alta que lo contrario. Y podría argumentarse que la intuición femenina proviene de su larga historia de ciudadanas de segunda clase en las sociedades patriarcales. Los factores culturales ciertamente desempeñan un papel importante en la capacidad personal de captar las claves no verbales. Pero sospecho que las funciones ancestrales de las mujeres como cuidadoras proporcionaron la presión selectiva primaria del talento intuitivo femenino. <<

[432] Kimura, 1989. <<

[433] McGuinness, 1979, 1985; McGuinness y Pribram, 1979. <<

[434] Whiting y Whiting, 1975. <<

[435] Konner, 1982. <<

[436] Miller, 1983. <<

[437] Rossi, 1984; Frayser, 1985. <<

[438] McGuinness, 1979, 1985; McGuinness y Pribram, 1979. <<

[439] Otten, 1985; Moir y Jessel, 1989; Money y Ehrhardt, 1972. <<

[440] McGrew, 1981. <<

[441] McGuinness, 1979. <<

[442] Leakey, 1971. <<

[443] Behrensmeyer y Hill, 1980; Brain, 1981. <<

[444] Bunn y Kroll, 1986. <<

[445] Cavallo, 1990; Cavallo y Blumenschine, 1989. <<

[446] ALGO MÁS SOBRE EL ROBO DE PRESAS MUERTAS: existe una gran polémica acerca del papel cumplido por el robo de presas muertas en la dieta homínida primitiva. Pat Shipman, por ejemplo, afirma que nuestros ancestros robaban en grupo en lugar de cazar, y que probablemente lo que más obtenían eran piel y tendones. Por lo tanto, «los cuerpos de animales… no eran troceados y trasladados sistemáticamente a los campamentos para su ingesta colectiva». Véanse Shipman, 1984, 27; Shipman, 1987; Binford, 1985. <<

[447] Potts, 1984, 1988. <<

[448] Zihlman, 1981. <<

[449] Lewin, 1987b; McHenry, 1986. <<

[450] Brod, 1987; Goleman, 1986. <<

[451] Gilligan, 1982a. <<

[452] Ellis y Symons, 1990. <<

[453] Bower, 1988a; Susman, 1989, 1990. <<

[454] Johanson y Shreeve, 1989. <<

[455] Tobias, 1991. <<

[456] ¿QUIÉN FABRICABA LAS HERRAMIENTAS Y ARRANCABA LA CARNE EN OLDUVAI? Si bien la información reciente sugiere que los robustos australopitecinos podrían haber fabricado y empleado herramientas, y que esas criaturas presentaban un agrandamiento del área de Broca en el cerebro, diversas líneas de estudio sugieren que dos millones de años atrás los individuos *Homo habilis* fabricaban y almacenaban estas herramientas y que idearon el sistema de escondrijos para el descarne en Olduvai: *a)* Las pequeñas piezas dentarias laterales del *Homo habilis* indican que se alimentaban especialmente de carne (McHenry y O'Brien, 1986), *b)* La capacidad craneal incrementada de esta especie tal vez requiriera la ingesta de alimentos ricos en energía, como por ejemplo la carne (Ambrose, 1986), *c)* Los huesos de *Homo habilis* descubiertos están dispuestos en diseños espaciales semejantes a los de las herramientas de hueso encontradas en Olduvai, y estos diseños en Olduvai coinciden con los diseños de fósiles y herramientas de Koobi Fora, *d)* Varios detalles anatómicos de estos huesos fósiles sugieren que el *Homo habilis* está ubicado en la línea directa de la humanidad. <<

[457] Van Alien, 1976. <<

[458] *Ibid.* <<

[459] Van Alien, 1976; Okonjo, 1976. <<

[460] ENFOQUES SOBRE LA DOMINACIÓN MASCULINA UNIVERSAL: los antropólogos han propuesto diversas razones por las cuales los hombres dominan universalmente a las mujeres. Algunos apuntan a la biología: los hombres son por naturaleza más fuertes y más enérgicos. Por esa razón los hombres siempre han dominado a las mujeres (Sacks, 1979). Otros proponen una explicación psicológica: los hombres dominan a las mujeres para rechazar a las mujeres poderosas de su vida (Whiting, 1965). Otros dicen que la dominación masculina universal se origina en las funciones reproductoras femeninas. Como las mujeres engendran hijos, están más relacionadas con el mundo natural que con el cultural (Ortner y Whitehead, 1981) o con el sector privado más que con el público (Rosaldo, 1974). A los interesados en el enfoque antropológico de la dominación masculina universal y en las teorías de por qué las relaciones entre los sexos varían de una cultura a otra, les recomiendo vean Dahlberg, 1981; Reiter, 1975; Etienne y Leacock, 1980; Leacock, 1981; Friedl, 1975; Harris, 1977; Sanday, 1981; Sacks, 1979; Ortner y Whitehead, 1981; Rosaldo y Lamphiere, 1974; Collier, 1988. <<

[461] Elkin, 1939; Hart y Pilling, 1960; Rohrlich-Leavitt, Sykes y Weatherford, 1975; Berndt, 1981. <<

[462] Montagu, 1937, 23. <<

[463] Kaberry, 1939; Goodale, 1971; Berndt, 1981; Bell, 1980. <<

[464] Reiter, 1975; Slocum, 1975. <<

[465] Whyte, 1978. <<

[466] SOCIEDADES TRADICIONALES CON MUJERES PODEROSAS: las mujeres pigmeas del Congo, las mujeres navajo del sudoeste de los EE. UU., las mujeres iroquesas de Nueva York, las mujeres tlingit del sur de Alaska, las mujeres algonkian del noreste de los EE. UU., las mujeres de Bali, las mujeres semang de las selvas tropicales de la península de Malasia, las mujeres de la Polinesia, las mujeres en ciertas regiones de los Andes, de África, del sudoeste asiático, del Caribe, las isleñas trobriand del Pacífico y las mujeres de muchas otras sociedades tradicionalmente detentan un poder económico y social considerable. Véanse Sanday, 1981; Etienne y Leacock, 1980; Dahlberg, 1981; Reiter, 1975; Sacks, 1979; Weiner, 1976. <<

[467] Leacock, 1980, 28. <<

[468] Sanday, 1981, 135. <<

[469] TIPOS DE PODER: el poder en las sociedades tradicionales se manifiesta de diversas maneras. Sin embargo, para el sociólogo Robert Alford el poder se divide en tres variantes bien diferenciadas: *a)* la capacidad para influir o persuadir; *b)* la autoridad o mando formalmente instituido; *c)* lo que los sociólogos a veces llaman hegemonía, acepción casi idéntica a uno de los significados del término cultura, dado que se refiere a las costumbres no cuestionadas y aceptadas de una cultura que invisten de poder a un sexo o individuo y no a otro (Alford y Friedland, 1985). Se recomienda a los interesados en un análisis de la evolución de la jerarquía y la autoridad que vean el capítulo XV del presente libro. <<

[470] Friedl, 1975; Sacks, 1971; Sanday, 1974; Whyte, 1978. <<

[471] Friedl, 1975. <<

[472] Shostak, 1981, 243. <<

[473] Rogers, 1975. <<

[474] EL ARCHIVO DEL ÁREA DE RELACIONES HUMANAS: muchos antropólogos consideran dicho archivo como una fuente muy irregular y equívoca debido a que la información sobre cada cultura fue recogida por diferentes etnógrafos. Cada uno de ellos formuló preguntas diferentes de maneras diferentes, registró sus percepciones en diferentes circunstancias y con el condicionamiento de perspectivas subjetivas. Los datos del archivo fueron luego tamizados por Whyte y svis colegas, reduciendo aún más las posibilidades de que resultaran fehacientes. Recurro aquí al análisis de Whyte porque no deseo pasar por alto una fuente disponible y porque mi experiencia con la bibliografía etnográfica indica que las conclusiones de Whyte acerca de este tema reflejan algunas verdades interculturales generales. <<

[475] Whyte, 1978. <<

[476] Belkin, 1989; Hochschild, 1989. <<

[477] Sanday, 1981. <<

[478] De Waal, 1982, 1989. <<

[479] De Waal, 1982, 187. <<

[480] Hrdy, 1981; Fedigan, 1982. <<

[481] EL USO DEL FUEGO: UN TEMA POLÉMICO: en la actualidad, varios antropólogos sostienen que el fuego en la caverna de Swartkrans y en otros puntos de África, el Próximo Oriente, Asia y Europa, en los que se constató una antigüedad que varía entre 1.800.000 y 120.000 años se produjo por obra de la naturaleza, es decir que sería el resultado de incendios de matorrales, erupciones volcánicas, rayos, combustión espontánea o ramas incendiadas que penetraron a través de grietas en los techos de las cavernas (James, 1989; Binford, 1981, 1985, 1987). Pero existen abundantes pruebas circunstanciales de que la humanidad que vivió en este período utilizó el fuego: *a)* Trozos de carbón, huesos quemados, piedras calcinadas, arcilla cocida, tierra enrojecida y otros indicios de fuego anteriores a los 120.000 años fueron descubiertos en treinta y cuatro localizaciones de África, el Próximo Oriente, Asia y Europa (James, 1989), *b)* Anualmente, durante la temporada de sequía, se producían pequeños incendios de matorrales, de modo que los humanos tuvieron tanto la oportunidad de experimentar a intervalos regulares con el uso del fuego, como la inteligencia suficiente para controlarlo, *c)* Las cavernas son húmedas, frías e inactivas; no proporcionan condiciones adecuadas para la atracción de rayos o la combustión espontánea de estiércol en estado de putrefacción, *d)* Rara vez los rayos provocan incendios importantes en pastizales, es más, la humanidad puede haber creado las praderas del África oriental *mediante el fuego*. Cuando la gente abandona una región en la actualidad, las sabanas rápidamente vuelven a conformar paisajes más naturales de praderas salpicadas de matorrales y árboles, *e)* En numerosas cavernas de toda África y Eurasia se han hallado huesos de homínidos ancestrales de una antigüedad correspondiente al período mencionado. ¿Podrían haber sobrevivido en cavernas congeladas si no hubiesen controlado el fuego? Estos datos han llevado a diversos antropólogos a la conclusión de que es muy probable que la humanidad que vivió en dicho período encendiese hogueras. Véanse James, 1989; Straus, 1989. <<

[482] Brain y Sillen, 1988. <<

[483] Brown y otros, 1985. <<

[484] EL *HOMO ERECTUS* Y EL DIMORFISMO SEXUAL: los fósiles de *Homo erectus* muestran una reducción del dimorfismo sexual a nivel del tamaño del cuerpo respecto a las formas homínidos más primitivas. No obstante, en las notas del capítulo VII sostengo que el dimorfismo sexual observable en el tamaño de los huesos de machos y hembras no puede decirnos nada acerca de las estrategias reproductoras ancestrales; por lo tanto, no analizaré aquí este rasgo evolutivo. <<

[485] Brink, 1957. <<

[486] Behrensmeyer, 1984. <<

[487] Gibbons, 1990b. <<

[488] Montagu, 1961; Gould, 1977; Fisher, 1975, 1982; Trevathan, 1987. <<

[489] Martin, 1982; Lewin, 1982. <<

[490] Montagu, 1961, 156. <<

[491] LA ALTRICIALIDAD HUMANA SECUNDARIA: los recién nacidos humanos no son uniformemente altriciales; en cambio, se observa en ellos un mosaico de rasgos, algunos de los cuales implican una mayor altricialidad que otros (Gibson, 1981). En nuestros días los científicos discuten si la «altricialidad secundaria» de algunos rasgos neonatales evolucionó en respuesta a la desproporción céfalo-pelviana (Lindburg, 1982). Personalmente, empleo la explicación más difundida de que la altricialidad secundaria es una respuesta a la desproporción céfalo-pelviana. Véanse Montagu, 1961; Gould, 1977; Bromage, 1987; Trevathan, 1987. <<

[492] Trevathan, 1987; Bromage, 1987 <<

[493] Fisher, 1975, 1982. <<

[494] Trevathan, 1987. <<

[495] Bromage, 1987; Smith, 1986. <<

[496] Lancaster y Lancaster, 1983; Lancaster, en preparación. <<

[497] Ackerman, 1989. <<

[498] LA EVOLUCIÓN DE LA CAZA: UNA POLÉMICA: algunos antropólogos dudan de que el *Homo erectus* cazara grandes animales; sostienen, en cambio, que el *Homo erectus* subsistía primordialmente gracias al robo de la caza ajena (Binford, 1981, 1985, 1987). Personalmente, y por las razones que siguen, pienso que el *Homo erectus* cazaba grandes piezas: *a)* Actualmente existen más de 105.000 kilogramos vivos de grandes animales por cada kilómetro cuadrado del Parque Nacional Albert, en Uganda, y la información arqueológica sugiere que un millón de años atrás prevalecían las presas salvajes, *b)* El *Homo erectus* fabricaba herramientas de piedra adecuadas para la función de descarnar piezas de caza, y dichas herramientas han sido encontradas a lo largo de las márgenes de los ríos, donde las bestias acudían para beber, *c)* Los halcones cazan; los tiburones cazan; los lobos cazan en manadas coordinadas; los chimpancés cazan grandes animales en relación con su propio tamaño y no dejan rastros arqueológicos de sus matanzas; no es realmente necesario un cerebro humano moderno para matar y comer carne. Pienso que el *Homo erectus* ya cazaba, mataba y compartía la carne hace un millón de años. <<

[499] Jia y Weiwen, 1990. <<

[500] EL homo sapiens ARCAICO: varios antropólogos piensan que es el *Homo sapiens* arcaico, en lugar del *Homo erectus*, la especie representada en estos yacimientos tardíos (Wolpoff, 1984). Más aún, algunos de ellos piensan que el *Homo erectus* era una especie única que cambió gradualmente a lo largo del tiempo (ibid.)\ otros piensan que estos huesos representan diversas variedades o incluso especies independientes y que sólo una de las ramas condujo al *Homo sapiens* moderno (Lewin, 1989). <<

[501] Conkey, 1984. <<

[502] Service, 1978; Pfeiffer, 1982. <<

[503] Gargett, 1989; Chase y Dibble, 1987. <<

[504] Para un análisis de los argumentos esgrimidos en torno a la evolución del *Homo sapiens* neanderthalensis, véanse Delson, 1985; Mellars, 1989. <<

[505] Holloway, 1985. <<

[506] Arensburg, 1989. <<

[507] Lieberman, 1984; Laitman, 1984; Laitman, Heimbuch y Crelin, 1979. <<

[508] Leroi-Gourhan, 1975; Solecki, 1971, 1989. <<

[509] Gargett, 1989; Chase y Dibble, 1987. <<

[510] Mellars, 1989. <<

[511] ORÍGENES DEL *HOMO SAPIENS*: LAS TEORÍAS: algunos antropólogos opinan que el *Homo erectus* surgió de África hace cosa de un millón de años y que luego, siguiendo líneas paralelas en diferentes regiones de África y Eurasia, es decir, según el modelo «candelabro», evolucionó poco a poco hasta convertirse en lo que son los pueblos modernos. Otros piensan que un único conjunto de pueblos modernos se originó en África hace más de 100.000 años y que desde allí se dispersó por todo el Viejo Mundo, reemplazando a medida que avanzaban a poblaciones preexistentes y más primitivas (entre ellas el hombre de Neanderthal), es decir, la hipótesis del «arca de Noé» o de «todo comenzó en África». Ciertos yacimientos de África y Medio Oriente, de una antigüedad que supera los 70.000 años, proporcionan pruebas de la existencia de pueblos plenamente modernos. También se encontraron restos de esqueletos de pueblos plenamente modernos en el sudeste asiático, Australia, Nueva Guinea y en el Nuevo Mundo. <<

[512] Para estudiar otras hipótesis respecto a los orígenes del arte, la cultura y la organización política del Alto Paleolítico, véanse Conkey, 1983; Price y Brown, 1985; Johnson y Earle, 1987; Cohén, 1977. <<

[513] Gladkih, Kornieta y Soffer, 1984. <<

[514] White, 1986. <<

[515] *Ibid*.\ Mellars, 1989. <<

[516] White, 1989a, 1989b. <<

[517] LA CERÁMICA PRIMITIVA, ¿UNA ACTIVIDAD AL SERVICIO DE LO RITUAL?: los restos arqueológicos procedentes de Checoslovaquia sugieren que estas estatuillas cumplían fines ceremoniales. En las laderas inferiores de los montes Pavlov, en lo que hoy es conocido como Moravia, hace 26.000 años estos antepasados construyeron sus casas de frente a la confluencia de dos ríos de tortuoso recorrido. A ochenta metros sobre el nivel de la aldea, en una ladera rocosa, construyeron una depresión circular con cúpulas en dos lados, uno de los varios hornos descubiertos en la región. Dentro de la construcción se encontraron miles de fragmentos de estatuillas, hechas de una cerámica fuerte y durable compuesta de grasa de mamut mezclada con ceniza de huesos, loes y algo de arcilla. Sólo una de las esculturas de estos yacimientos de Moravia permanece intacta, un glotón del tamaño de un puño. O nuestros antepasados eran unos pésimos alfareros o su intención era destrozar su obra a fin de adivinar el futuro o para algún otro fin ceremonial (Vandiver y otros, 1989). <<

[518] Fox, 1972, 1980; Bischof, 1975b: Frayser, 1985. <<

[519] Cohen, 1964; Fox, 1980; Malinowski, 1965. <<

[520] Tylor, 1889. <<

[521] LA EXOGAMIA COMO ESTRATEGIA PROCREADORA PRIVILEGIADA: los antropólogos ponen especial cuidado en la distinción entre las reglas sexuales, como el tabú del incesto, por ejemplo, y las reglas relativas al matrimonio. Sin embargo, estos fenómenos están íntimamente relacionados, y las evidentes ventajas políticas de aparearse fuera del círculo de la familia inmediata bien podrían haber favorecido la difundida tradición humana de la exogamia, el matrimonio con individuos externos a la comunidad. En un estudio intercultural de los patrones de matrimonio de 62 sociedades, Suzanne Frayser (1985) informa que en el 35% de los casos es imperativo contraer matrimonio fuera de la comunidad; en el 42% de los casos se espera que los sujetos se casen dentro de la comunidad; y en el resto no se especifican preferencias. <<

[522] ENDOGAMIA: a menudo son necesarias numerosas generaciones de endogamia muy cercana para que los genes dañinos sean seleccionados y causen las tan temidas alteraciones dentro de la línea de una familia. En realidad, cierta cantidad de endogamia es necesaria para acentuar los rasgos positivos; ése es el motivo por el cual los criadores cruzan a los perros buscando por ejemplo un cierto temperamento o capacidad de resistencia. Para una adecuada salud genética, una especie necesita la proporción de endogamia necesaria para fijar los rasgos positivos y la proporción de exogamia que enmascare los genes deletéreos recesivos y enriquezca el genoma con material genético nuevo y vital. De modo que, si bien el tabú del incesto (el apareamiento con miembros de la familia de origen) es universal, el apareamiento entre primos hermanos es obligatorio o privilegiado en muchas sociedades (Bischof, 1975; Daly y Wilson, 1983). <<

[523] Westermarck, 1934. <<

[524] Spiro, 1958. <<

[525] Shepher, 1971, 1983. <<

[526] Bischof, 1975b; De Waal, 1989. <<

[527] Sade, 1968; Bischof, 1975b. <<

[528] Bischof, 1975b; De Waal, 1989; Daly y Wilson, 1983. <<

[529] Frayser, 1985, 182. <<

[530] Frazer [1922], 1963, 702. <<

[531] Darwin, 1871, 47. <<

[532] Chance, 1962. <<

[533] Fox, 1972, 292. <<

[534] *Ibid*. 287. <<

[535] Eibl-Eibesfeldt, 1989. <<

[536] Damon, 1988; Kohlberg, 1969. <<

[537] Kohlberg, 1969; Gilligan y Wiggins, 1988; Damon, 1988; Kagan y Lamb, 1987. <<

[538] Darwin, 1871, 493. <<

[539] Maxwell, 1984. <<

[540] Alexander, 1987, 102. <<

[541] Shostak, 1981; Gregor, 1985. <<

[542] LAS DIFERENCIAS DE EDAD ENTRE LA NOVIA Y EL NOVIO: es corriente en todas las culturas del mundo que el novio sea varios años mayor que la novia (Daly y Wilson, 1983). <<

[543] Shostak, 1981, 226. <<

[544] Los hereros son pueblos pastores que se asentaron en la región de los !kung dobe a mediados de los años veinte. <<

[545] LA INTIMIDAD PARA EL SEXO: en todo el mundo las personas procuran copular en privado. Los chimpancés, los babuinos y otros primates alguna que otra vez se ocultan con la pareja detrás de los matorrales para copular, pero en general los primates realizan el coito a la vista de sus semejantes. El impulso humano de copular en privado y sin interrupciones es probablemente un rasgo más surgido en las llanuras Áfricanas cuando, milenios atrás, nuestros antepasados primitivos comenzaron a aparearse. <<

[546] LA ESTIMULACIÓN ERÓTICA PREVIA AL COITO: los habitantes de Ponape y de las islas Trobriand, en el Pacífico insular, dedican horas a la estimulación previa, mientras que los lepcha, de Sikkim, casi no se acarician antes del coito. La cantidad de juegos eróticos previos al coito varía de una sociedad a otra. Tras el análisis de los estudios realizados en el mundo sobre estimulación erótica, Goldstein (1976a) enumera en orden decreciente según la preponderancia mundial los diversos tipos de contacto previo a la cópula. Las caricias en todo el cuerpo son el tipo de estimulación más difundido; instintivamente tenemos tendencia a abrazarnos, tocarnos y acariciarnos antes de hacer el amor. El «beso simple», el contacto boca a boca, está tan próximo a la universalidad que probablemente también sea básico en nuestro repertorio sexual humano, a pesar de las escasas culturas en las cuales el beso resulta repugnante (Ford y Beach, 1951). El beso de lengua también es muy común. Acariciar los pechos de la mujer aparece en tercer lugar en el listado decreciente de las formas de estimulación sexual previa según su preponderancia mundial. A continuación aparecen la caricia de los genitales femeninos, la estimulación oral de sus pechos, la caricia de los genitales masculinos, la felación, el cunilinguo, el *anilingus* y, por último, la estimulación dolorosa de partes del cuerpo (Goldstein, 1976a). La estimulación previa se observa asimismo en otras especies. Las aves golpetean mutuamente sus picos. Los perros se lamen. Las ballenas se golpean recíprocamente con las aletas. La mayoría de las aves y de los mamíferos realizan algún tipo de estimulación precopulatoria. <<

[547] LA COVADA: en diversas sociedades del mundo se observa una tradición conocida como la covada, del francés couver, «incubar o empollar». Dicha costumbre establece que el padre imite algunas de las conductas de su esposa durante el embarazo y cuando se aproxima el momento del parto. En algunas culturas el hombre simula sufrir los dolores físicos del parto; en otras simplemente cumple con ciertos tabúes de la nutrición. Los mehinaku, por ejemplo, sólo exigen que se cumplan algunas restricciones dietéticas. En algunas ocasiones, el padre (que no es el marido de la mujer) cumplirá con las restricciones de la covada; pero es más frecuente que pase por alto estas tradiciones para que su vínculo con la madre del recién nacido no quede en evidencia. <<

[548] RITUALES DE LA PUBERTAD: la mayoría de las culturas celebran el ingreso en la pubertad con ceremonias destinadas tanto a los muchachos como a muchachas, de modo que probablemente en época de nuestros antepasados ambos sexos eran sometidos a rituales puberales antes del casamiento. Como los matrimonios de conveniencia también son comunes en el mundo entero, es posible que en aquella época fuera común que los padres seleccionaran el primer cónyuge del hijo adolescente. Véase Frayser, 1985. <<

[549] EL SEXO PREMATRIMONIAL: en la mayoría de las culturas del Pacífico insular, así como en numerosas regiones de África al sur del Sáhara y en Eurasia, los pueblos toleran el sexo prematrimonial. En muchas regiones alrededor del Mediterráneo el sexo prematrimonial está estrictamente prohibido. En el 82% de 61 culturas registradas, las mismas limitaciones (o falta de restricciones) se aplican a ambos sexos por igual; en dichas sociedades no se observa un sometimiento de la mujer con respecto a las relaciones sexuales prematrimoniales. En las culturas donde sí se observa un sometimiento de la mujer, el varón a veces recibe un castigo más severo que su pareja; muchas de estas sociedades habitan regiones de África, al sur del Sáhara (Frayser, 1985, 205). <<

[550] EDAD MEDIA DE LA MENARQUÍA: en la actualidad, la edad media para la menarquía o primera mestruación en las niñas blancas de los Estados Unidos es a los 12,8 años de edad; para las niñas negras la edad media es a los 12,5 años. La pubertad temprana también es común en las poblaciones europeas contemporáneas. No obstante, la edad de la menarquía ha bajado gradualmente en los últimos ciento cincuenta años en las culturas de los Estados Unidos y Europa. En 1840 la edad promedio oscilaba entre los 16,5 y los 17,5 años en diversos pueblos europeos. Esto no implica que la menarquía se esté adelantando progresivamente a través de la evolución humana. En las culturas griega y romana antiguas, las niñas tal vez tenían la menarquía ya a los 13 o 14 años (Eveleth, 1986). Como se recordará, en los pueblos cazadores-recolectores, en general las niñas se desarrollaban entre los 16 y los 17 años, lo cual sugiere que en los pueblos ancestrales la menarquía aparecía bastante cerca de los veinte años, y que la menarquía tardía es típica de la condición humana (Lancaster y Lancaster, 1983). <<

[551] Clark, 1980; Cohen, 1989. <<

[552] Gregg, 1988. <<

[553] *Ibid.* <<

[554] Actualmente se discute si la domesticación de plantas y animales en Europa fue introducida por inmigrantes o si la práctica se difundió de igual modo que otras nuevas que fueron adoptadas por los forrajeadores locales (Howell, 1987). <<

[555] Nissen, 1988; Clark, 1980; Lewin, 1988a; McCorriston y Hole, 1991; Blumler y Byrne, 1991. <<

[556] Whyte, 1978. <<

[557] Bullough, 1976, 53. <<

[558] EL ABORTO no fue siempre ilegal en la historia de Occidente. Los antiguos griegos, por ejemplo, estaban a favor de las familias pequeñas y aprobaban el aborto. Las leyes sobre el aborto han variado radicalmente en la historia occidental, en consonancia con las circunstancias sociales. <<

[559] Whyte, 1978. <<

[560] Lacey, 1973; Gies y Gies, 1978; Lampe, 1987. <<

[561] Colosenses, 3:18. <<

[562] Hunt, 1959, 22. <<

[563] Whyte, 1978. <<

[564] Leacock, 1972. <<

[565] *Ibid*. 120. <<

[566] Whyte, 1978. <<

[567] EL MATRIARCADO PRIMITIVO: a pesar de la insuficiente información disponible acerca de la ausencia o presencia de un matriarcado primitivo, diversos académicos contemporáneos defienden dicho concepto (véanse Fluehr-Lobban, 1979; Davis, 1971; Gimbutas, 1989). Partiendo de la supervivencia de las deidades femeninas de Grecia y Roma, de misteriosas figuras femeninas en el arte popular, de los cuentos de hadas europeos y de dibujos de figuras de apariencia divina en la alfarería y en los frescos primitivos, Gimbutas sostiene que los matriarcados existieron en Europa siete mil años atrás y que estos pueblos fueron luego dominados por pueblos merodeadores procedentes de las estepas rusas que trajeron consigo tradiciones de descendencia y gobierno patrilineal. <<

[568] Whyte, 1978. <<

[569] SUBORDINACIÓN SOCIAL DE LAS MUJERES EN LAS CULTURAS AGRÍCOLAS: el análisis de noventa y tres sociedades preindustriales muestra que las mujeres en las comunidades agrícolas detentan menos autoridad doméstica, menos solidaridad ritual con otras mujeres y menos control del patrimonio que las mujeres pertenecientes a sociedades dedicadas al cultivo de pequeñas huertas y a la caza y la recolección. Las mujeres de las comunidades agrícolas recurren con mayor frecuencia a formas informales de influencia. Los hombres expresan un temor más ritualizado de las mujeres en estas culturas. El trabajo de las mujeres es menos valorizado y se asigna menos valor a sus vidas (Whyte, 1978). <<

[570] Leacock, 1972; Etienne y Leacock, 1980. <<

[571] EVOLUCIÓN DE LAS JEFATURAS: Johnson y Earle (1987) sostienen que la organización política europea caracterizada por la presencia de «grandes hombres» permanentes o jefes surgió en el Alto Paleolítico de 35.000 a 12.000 años atrás, a causa de la caza en gran escala y de la necesidad de defender los territorios en las regiones densamente pobladas de Europa, pero que los jefes se volvieron un fenómeno corriente en Europa con el desarrollo de la agricultura. Para un análisis de la evolución de la organización política humana, véanse Carneiro, 1991, 1987, 1981; Nissen, 1988; Johnson y Earle, 1987. <<

[572] Whyte, 1978, 169. <<

[573] Goldberg, 1973. <<

[574] Davis, 1964. <<

[575] Eibl-Eibesfeldt, 1989, 267; Sapolsky, 1983. <<

[576] Velle, 1982; Sapolsky, 1983; Rose, Holaday y Bernstein, 1971; Rose y otros, 1974. <<

[577] Brown, 1988. Esta tendencia aparece en toda la bibliografía antropológica. <<

[578] McGuire, Raleigh y Brammer, 1982. <<

[579] Raleigh y otros, en impresión; Tiger, 1992. <<

[580] Frank, 1985. <<

[581] Goody, 1983, 211; Queen y Habenstein, 1974. <<

[582] Bullough, 1976; Lacey, 1973. <<

[583] Hunt, 1959, 63; Carcopino, 1973, 60; Phillips, 1988. <<

[584] Mateo, 19:3-9. <<

[585] Phillips, 1988. <<

[586] Gies y Gies, 1978; Bell, 1973; Bullough, 1978; Hunt, 1959; Phillips, 1988. <<

[587] Gies y Gies, 1978, 33. <<

[588] Queen y Habenstein, 1974, 265. <<

[589] Gies y Gies, 1978, 18; Dupâquier y otros, 1981. <<

[590] Bell, 1973; Power, 1973; Abrams, 1973. <<

[591] Phillips, 1988. <<

[592] Goody, 1983, 211; Dupâquier y otros, 1981; Phillips, 1988; Stone, 1990. <<

[593] Lucrecio, 1965. <<

[594] TASAS DE DIVORCIO: la tasa de divorcio es mucho más difícil de calcular de lo que comúnmente se cree. En 1989 la tasa de divorcio anual de los Estados Unidos era de 4,7 por cada 1.000 personas, lo cual significa que aproximadamente 5 de cada 1.000 personas se divorciaban por año. Dichas cifras no dicen nada acerca de las posibilidades que tiene una persona de divorciarse en el curso de su vida. Para calcularlo, los demógrafos emplean el término «método de la curva de la vida». Analizan qué experiencia han tenido respecto al divorcio diversos grupos de adultos de edades progresivas a lo largo de toda su vida, y establecen todos los factores que contribuyeron a la frecuencia de divorcio a través del tiempo en los grupos en cuestión. Luego evalúan la fuerza actual de estos factores, prevén nuevos factores que podrían contribuir al divorcio y emplean todos estos datos para calcular cuántas personas se divorciarán durante el año en curso y en las décadas venideras. Los CÁLCULOS ACTUALES, resultantes de la proyección de las tendencias de divorcio durante el presente siglo mediante la aplicación del «método de la curva de la vida», indican que el 47,4% de todos los norteamericanos que se casaron en 1974 se divorciarán con el tiempo, suponiendo que se mantengan estables los promedios de divorcio y de muerte prevalecientes en 1975 (Cherlin, 1981, 25). Otro pronóstico: el 54% de las mujeres casadas en primeras nupcias, que en 1987 tenían de veinticinco a veintinueve años de edad, terminarán divorciándose (Levitan, Belous y Gallo, 1988, 1). Para un detalle completo de los porcentajes de divorcio por edad, número de hijos y estado civil anterior, véanse London y Foley Wilson, 1988. <<

[595] Cherlin, 1981, 53; Levitan, Belous y Gallo, 1988, 32, 99; Glick 1975, 8; Espenshade, 1985. <<

[596] Cherlin, 1978. <<

[597] Glick, 1975. <<

[598] Harris, 1981; Levitan, Belous, y Gallo, 1988. <<

[599] Evans, 1987; Harris, 1981; Cherlin, 1981; Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[600] Cherlin, 1981, 35. <<

[601] Harris, 1981. <<

[602] Glick, 1975; Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[603] CONTROL DE LA NATALIDAD Y DIVORCIO: algunos científicos afirman que la introducción de la píldora anticonceptiva, los dispositivos intrauterinos y la esterilización quirúrgica desempeñaron un papel importante en la declinación de los índices de natalidad en los años sesenta y en décadas sucesivas. Sin embargo, los índices de natalidad también eran bajos durante la Gran Depresión, cuando las parejas en crisis económica preferían postergar la vida de familia y las formas modernas de control de la natalidad no existían (Cherlin, 1981, 57). Los índices de natalidad también bajaron a comienzos de la década de los sesenta, antes de que los métodos anticonceptivos alcanzaran su amplia difusión posterior (Harris, 1981). En realidad, la natalidad viene disminuyendo desde hace cien años, mucho antes de que los cambios tecnológicos de control se desarrollaran (Goldin, 1990). Sin embargo, las nuevas formas de control de la natalidad pueden haber afectado a las tendencias demográficas de otras maneras. Mediante el uso de estos dispositivos, más mujeres solteras pueden evitar el embarazo, por lo tanto menos mujeres se casan muy jóvenes, con el probable resultado de que la edad promedio para el primer casamiento haya aumentado y de que más mujeres se incorporen al mercado laboral más temprano. Sin embargo, el demógrafo Andrew Cherlin (1981) llega a la conclusión de que las nuevas formas de control de la natalidad no fueron los factores determinantes de las tendencias de los años sesenta a favor de matrimonios tardíos, menos hijos y más divorcios. <<

[604] Harris, 1981, 93. <<

[605] Evans, 1987. <<

[606] Cherlin, 1981. <<

[607] *Ibid*. Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[608] Easterlin, 1980; véanse también Cherlin, 1981; Espenshade, 1985; Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[609] Levitan, Belous y Gallo, 1988, 77. <<

[610] Fisher, 1989. <<

[611] Levitan, Belous y Gallo, 1988, 77. <<

[612] Norman Goodman, Departamento de Sociología, SUNY, Stony Brook, comunicación personal. <<

[613] EDAD EN EL MOMENTO DEL MATRIMONIO Y DIFERENCIAS DE EDAD ENTRE MARIDO Y MUJER: el matrimonio tardío no es habitual en las sociedades tradicionales. En el 69% de 45 culturas tradicionales estudiadas, las jóvenes se casaban a una edad inferior a los 18. La categoría de edad en la que aparecía la frecuencia más alta iba de los 12 a los 15 años (Frayser, 1985, 208). En el 74% de 42 culturas, los varones tenían un mínimo de 18 o más años en el momento de casarse. La categoría de edad que mostraba la frecuencia más alta iba de los 18 a los 21 (ibid.). Aun en los Estados Unidos, aproximadamente el 25% del total de mujeres se casan a los 19 años, y esta cifra permanece constante desde 1910 (Cherlin, 1981, 10). En las culturas agrícolas el sistema de dotes a menudo demora el matrimonio de una mujer que pasó de los veinte años de edad. Actualmente, el matrimonio tardío en los Estados Unidos es en general consecuencia de que las mujeres prefieran terminar sus estudios universitarios e incorporarse al mercado laboral (Glick, 1975). En todo el mundo los maridos suelen ser de dos a seis años mayores que sus esposas. En los Estados Unidos la diferencia de edad entre marido y mujer aumenta con la edad del varón porque los hombres divorciados suelen casarse por segunda vez con mujeres más jóvenes (London y Foley Wilson, 1988). <<

[614] Barringer, 1991; Levitan, Belous, y Gallo, 1988. <<

[615] Lancaster y Lancaster, 1983. <<

[616] Harris, 1981. <<

[617] Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[618] *Ibid.* <<

[619] *Ibid*.; Blake, 1989a, 1989b. <<

[620] Hunt, 1959. <<

[621] Mead, 1966; Kirkendall y Gravatt, 1984. <<

[622] Krier, 1988. <<

[623] Cherlin, 1981; White, 1987; Barringer, 1989b; Stone, 1990. <<

[624] LAS LEYES DE DIVORCIO EN EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS: para un análisis de la historia de las leyes y la práctica del divorcio en los Estados Unidos y Europa occidental, véanse Phillips, 1988; Stone, 1990; Bohannan, 1985; Dupáquier y otros, 1981. <<

[625] PORCENTAJE DE PERSONAS DIVORCIADAS QUE VUELVEN A CASARSE Y MOMENTO DEL NUEVO CASAMIENTO: la Oficina de Censos informa que el 76,3% de las mujeres que se divorcian antes de los treinta años con el tiempo vuelven a casarse; el 56,2% de las que se divorcian entre los treinta y los cuarenta vuelven a casarse, y el 32,4% de las que se divorcian después de los cuarenta vuelven a casarse (Levitan, Belous y Gallo, 1988). Aproximadamente el 75% de las mujeres y el 80% de los hombres que se divorcian volverán a casarse (Glick, 1975; Cherlin, 1981; Levitan, Belous y Gallo, 1988). Un tercio de los adultos jóvenes pueden hoy tener expectativas de un segundo matrimonio (Cherlin, 1981, 69). La mitad de los segundos matrimonios ocurren dentro de los tres años posteriores al divorcio (Cherlin, 1981; Furstenberg y Spanier, 1984). EL NÚMERO PROMEDIO DE AÑOS ENTRE EL DIVORCIO Y EL SEGUNDO MATRIMONIO es de 2,9 para las mujeres norteamericanas de menos de treinta años y sin hijos; de 3,0 años para las mujeres con uno a dos hijos, y aproximadamente de 4,4 años para las mujeres que tienen de tres a cinco hijos (Levitan, Belous y Gallo, 1988). Otros datos llevan a la conclusión de que lo normal es que las mujeres vuelvan a casarse cuatro años después del divorcio, mientras que lo normal en el caso de los hombres es que vuelvan a casarse a los tres años después del divorcio (London y Foley Wilson, 1988). El demógrafo Paul Glick (1975) informa que el promedio de años entre el divorcio y el nuevo casamiento es de tres años. La cantidad promedio y mediana de años que un niño pasa con uno solo de sus padres es de 3,98 (*Marriage and Divorce Today*, 1986). LAS TASAS DE NUEVO CASAMIENTO han aumentado progresivamente desde la década de los treinta, a excepción de la década de los cincuenta (Levitan, Belous y Gallo, 1988, 33). Unos pocos DIVORCIOS más se produjeron entre las parejas EN SEGUNDAS NUPCIAS que entre los cónyuges de primer matrimonio (Cherlin, 1981; Furstenberg y Spanier, 1984). Muy pocos hombres y mujeres se casan más de dos veces (Levitan, 1988). Glick informa que las mujeres que se divorcian y VUELVEN A CASARSE con un hombre soltero terminan teniendo 3,1 hijos, y que los hombres y mujeres que se casan una sola vez terminan teniendo 3,2 HIJOS. En los segundos casamientos entre dos personas divorciadas, hombres y mujeres terminan teniendo un número algo menor de hijos, un total de 2,9 criaturas (Glick, 1975). <<

[626] Levitan, Belous, y Gallo, 1988; Espenshade, 1985; Cherlin, 1987. <<

[627] Cherlin, 1981; Furstenberg y Spanier, 1984. <<

[628] *Marriage and Divorce Today*, 1986. <<

[629] Bohannan, 1985; Levitan, Belous y Gallo, 1988. <<

[630] Bohannan, 1985. <<

[631] Krier, 1988. <<

[632] MÁS INFORMACIÓN SOBRE ASOCIACIONES: hay abundantes razones para pensar que los sujetos de las sociedades basadas en el parentesco establecían lazos de familia con iguales que no eran parientes directos. Pero es muy poco probable que estas asociaciones cumplieran la misma función que cumplen hoy en día en las sociedades modernas, en las que los lazos de parentesco no definen la vida cotidiana (Leith Mullings, Departamento de Antropología, Centro de Graduados de la CUNY, comunicación personal). Más aún, estas asociaciones indudablemente no se formarán dentro de todas la poblaciones norteamericanas. Por ejemplo, me parece probable que se formen con mayor frecuencia en los medios urbanos que en los rurales, y que sean más comunes dentro de algunos grupos étnicos que en otros. <<

[633] Eveleth, 1986; Goldstein, 1976. <<

[634] Cetron y Davies, 1989. <<

[635] *Ibid.* <<